Rosa Luxemburgo

Rosa Luxemburg

Obras escogidas

Dicen de Rosa Luxemburgo que era la única dirigente marxista que podría haber hecho contrapeso a la genialidad teórica y política de Lenin y Trotsky.

La III Internacional, la Internacional Comunista, la fuerza revolucionaria más importante e influyente que ha conocido la historia antes de la degeneración a la que fue sometida por el estalinismo perdió en 1919, con el vil asesinato de Rosa, una de las figuras con más talento de la izquierda revolucionaria.

Con la publicación de esta colección de obras escogidas se rinde homenaje a quien fue injustamente vilipendiada tanto por la socialdemocracia y el imperialismo como por el estalinismo.

Rosa Luxemburgo

Obras escogidas

ePub r1.2
Titivillus 09.11.2019

Rosa Luxemburgo, 1919
Prólogo y notas: Mary Alice Waters

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

Cubierta

Obras escogidas

Introducción
Comienza la lucha
El lugar de Rosa Luxemburgo en la historia
La cuestión nacional
El carácter del partido revolucionario
La Revolución Rusa
Una revolucionaria

Reforma o revolución
Introducción de la autora
Primera Parte
El método oportunista
La adaptación del capitalismo
La construcción del socialismo mediante reformas sociales
El capitalismo y el Estado
Las consecuencias del reformismo social y la naturaleza general del revisionismo
Segunda parte
Desarrollo económico y socialismo
Cooperativas, sindicatos, democracia
La conquista del poder político
El colapso
Oportunismo en la teoría y en la práctica

La crisis socialista en francia

Estancamiento y progreso del marxismo

Problemas organizativos de la socialdemocracia

I
II

El socialismo y las iglesias
I
II
III
IV
V
VI

Huelga de masas, partido y sindicatos
1. La Revolución Rusa, el anarquismo y la huelga general
2. La huelga de masas, producto histórico y no artificial
3. Desarrollo del proceso de la huelga de masas en Rusia
4. Relación entre la lucha política y la económica
5. Lecciones de la movilización obrera rusa aplicables en Alemania
6. La colaboración de los obreros organizados y desorganizados es necesaria para la victoria
7. El papel de la huelga de masas en la revolución
8. La unidad de acción de los sindicatos y la socialdemocracia

¿Que es la economía?
I
V
VI

Utopías pacifistas
I
II

El folleto junius:
I
II
III
V
VI
VII

VIII
Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional

El espíritu de la literatura rusa: la vida de korolenko
I
II
III
IV

La revolución rusa
1. Importancia fundamental de la Revolución Rusa
2. La política agraria de los bolcheviques
3. La cuestión de las nacionalidades
4. La Asamblea Constituyente
5. La cuestión del sufragio
6. El problema de la dictadura
7. La lucha contra la corrupción
8. Democracia y dictadura

Contra la pena capital

Discurso ante el congreso de fundación del partido comunista alemán

Apéndice A. Acerca del folleto Junius

Apéndice B. De «notas de un periodista»

Apéndice C. Fuera las manos de Rosa Luxemburgo

Apéndice D. Luxemburgo y la Cuarta Internacional

Autor

Notas

INTRODUCCIÓN

Comienza la lucha

Rosa Luxemburgo nació en 1871, pocos días antes de que los obreros franceses proclamaran la Comuna de París. Murió poco más de un año después de la conquista del poder por los bolcheviques rusos en la Revolución de Octubre. Por lo tanto, su vida abarcó una gran época histórica, las cinco décadas que se abrieron con el primer ensayo general de revolución socialista y se cerraron con el nacimiento de una nueva era para la humanidad.

Durante toda su vida —desde su despertar político cuando iba a la escuela en Varsovia hasta su asesinato en Berlín en 1919— Rosa Luxemburgo dedicó su tremenda energía, capacidad y fuerza intelectual a la revolución socialista mundial. Comprendió que había mucho en juego, que se jugaba el destino de la humanidad y, mujer de acción, se entregó totalmente a la gran batalla histórica.

Dos semanas antes de su asesinato les dijo a sus camaradas: «Hoy nos podemos proponer la destrucción del capitalismo de una vez por todas. Más aún; no sólo estamos en situación de cumplir esa tarea, no sólo cumplimos con nuestro deber para con el proletariado, sino que nuestra solución es el único medio para salvar a la humanidad de la destrucción».

Ésa fue la convicción que guió su vida.

Sus palabras eran muy oportunas para un mundo que salía del holocausto de la Primera Guerra Mundial. Hoy, cincuenta años y varias guerras devastadoras después, la alternativa que ella planteó, socialismo o exterminio, sigue siendo la opción que tiene planteada la humanidad.

Rosa Luxemburgo nació el 5 de marzo de 1871 en la aldea de Zamosc, en el sudeste de Polonia. (Su fecha de nacimiento ha dado lugar a la polémica, porque solía utilizar documentos falsos con fechas cambiadas. Sus amigos más íntimos pensaban que había nacido en 1870, y ésta es la fecha más comúnmente aceptada; pero ahora ha quedado bastante bien establecido que la fecha correcta es 1871). Fue la más joven de cinco hermanos —tres varones y dos mujeres— de padres que, si bien no eran ricos, tenían una situación desahogada.

Zamosc era sede de una de las comunidades judeo-polacas más fuertes y cultas, pero los padres de Rosa tendían a desechar su judaísmo. Su padre, dueño de un aserradero, había sido educado en Alemania, y los idiomas hablados en su hogar eran el alemán y el polaco. Su madre era una mujer culta, y los clásicos alemanes eran lectura común en ese hogar. Rosa aprendió también el ruso a temprana edad.

A los dos años y medio se trasladó con su familia a Varsovia, donde trascurrió su niñez. A los cinco años contrajo una severa enfermedad en la cadera y tuvo que pasarse un año en cama, durante el cual aprendió sola a leer. Debido a un error de diagnóstico, la enfermedad fue mal tratada y ella jamás se recuperó totalmente; rengueó levemente todo el resto de su vida.

A los trece años ingresó a la escuela secundaria para mujeres de Varsovia, hazaña difícil para alguien de su origen, puesto que ese nivel de educación quedaba reservado generalmente para los hijos de los funcionarios rusos. Se graduó en 1887 con excelentes calificaciones, pero se le negó la medalla de oro por su «actitud rebelde» hacia las autoridades.

Fue durante sus años de escuela secundaria que empezó a actuar en el movimiento revolucionario clandestino. Ingresó en una de las pequeñas células del Partido Proletario, aliado al movimiento *narodnik* (populista) ruso. Ya egresada pasó dos años más en su casa, pero prosiguió con su actividad política. La policía pronto llegó a conocerla.

En 1889, cuando su arresto era inminente, decidió abandonar Polonia para proseguir sus estudios en Europa Occidental. Atravesó la frontera en la carreta de un campesino, tapada por un montón de heno. Contó para ello con la ayuda de un sacerdote católico, a quien había convencido de que

quena bautizarse para casarse con su amante pero no podía hacerlo en Polonia debido a la oposición de sus padres.

A fines de 1889 llegó a Zurich, que iba a ser su hogar durante los nueve años siguientes. Ingresó en la Universidad de Zurich, una de las pocas instituciones que en esa época admitían a hombres y mujeres en pie de igualdad, para estudiar matemáticas y ciencias naturales. Después de un par de años se pasó a la Facultad de Derecho y en 1897 completó una tesis sobre el desarrollo industrial de Polonia, lo que le valió el doctorado en ciencias políticas. La singularidad de su hazaña se ve reflejada en las graciosas anécdotas que ella misma relata sobre su búsqueda de vivienda en Berlín. Los propietarios de casas la consideraban una rareza; ¡jamás habían visto una mujer con título de doctor!

Pero en Zurich sus estudios ocupaban sólo parte de su tiempo y energías. Suiza era uno de los grandes centros de emigrados políticos en Europa Occidental, hogar de los grandes marxistas rusos exiliados: Plejanov, Axelrod y otros. Aunque Rosa hizo lo posible por mantenerse apartada de las intrigas personales entre los emigrados, estaba en el centro de las batallas políticas. Se educó rápidamente en el marxismo, y pasó poco tiempo antes de que comenzara a trenzarse con algunas de las autoridades «indiscutidas» de la Segunda Internacional.

Durante su estadía en Zurich participó principalmente en la política polaca. En 1892 estuvo entre los fundadores del Partido Socialista Polaco (PSP), el primer intento de unificar las distintas corrientes del socialismo polaco en una sola organización. Pero pronto entró en conflicto con los dirigentes de dicha organización en tomo a la cuestión del nacionalismo polaco. Opinaba que la lucha por la independencia de Polonia era una trampa que debía evitarse a toda costa, puesto que inevitablemente subordinaría los intereses obreros a los de la burguesía, teñidos de colorido nacionalista. En 1894 rompió con el PSP junto con otros cuatro emigrados para fundar la Socialdemocracia del Reino de Polonia, que cinco años más tarde se convirtió en el Partido Socialista Democrático de Polonia y Lituania (PSDPyL). Desde entonces hasta su muerte. Rosa Luxemburgo fue uno de los principales dirigentes de la socialdemocracia polaca, y la lucha contra el PSP (que se acercó cada vez más al nacionalismo burgués a la vez

que se alejó del socialismo) fue una de las constantes políticas más importantes de su vida.

Otro de los fundadores y dirigentes de la socialdemocracia polaca fue Leo Jogiches, colaborador político de Rosa durante el resto de su vida y su marido durante quince años. Poco después de que Rosa arribara a Zurich, cuando escapó de Polonia, él llegó a la misma ciudad proveniente de Vilna, capital de Lituania, donde se había ganado una buena reputación en el movimiento clandestino. Aunque jamás se casaron legalmente y debieron separarse durante periodos prolongados sus relaciones maritales duraron hasta 1907, y sus relaciones políticas unieron sus vidas hasta el fin. Jogiches fue arrestado y asesinado por las autoridades alemanas dos meses después de que Rosa corriera la misma suerte.

Rosa fue siempre escritora y agitadora. Su actuación pública la colocaba siempre en un primer plano; pero no fue buena organizadora. No le interesaba el funcionamiento del partido, las finanzas, la clandestinidad, las dificultades para lograr la publicación de la literatura partidaria y los mil y un detalles a solucionar si se quiere construir una organización eficiente. Tales cosas eran tarea de Jogiches, de quien se dice que era un hombre competente, aunque dominador y a veces autocrático. Él se mantuvo fuera de la luz pública, organizando el PSDPyL, y durante la guerra la Liga Espartaco, con callada eficiencia. Sin embargo, Jogiches era un agudo pensador político, y fue la «caja de resonancia» de Rosa durante muchos años. Es indudable que Rosa Luxemburgo elaboró muchas de sus ideas en sus conversaciones y debates con él, que a su vez fue su crítico más severo. Aunque la sombra de Rosa lo ha tapado, desempeñó un papel importante en el movimiento socialista internacional de principios del siglo XX.

Las primeras batallas con el PSP en tomo al problema del nacionalismo repercutieron en la Segunda Internacional, partiendo del problema de las delegaciones al tercer congreso, celebrado en 1893. Rosa exigió el derecho de participar en el congreso como representante de una tendencia polaca con publicaciones propias, pero las poderosas conexiones del PSP pudieron más y Rosa perdió la batalla.

Para el congreso de 1896 ya nadie cuestionaba su derecho a ser delegada. Su reputación se había incrementado en esos años y sus artículos

aparecían con frecuencia cada vez mayor en los grandes periódicos socialdemócratas de Europa occidental. Pronto comenzó a polemizar sobre la cuestión nacional con Karl Kautsky, Wilhelm Liebknecht y otras autoridades reconocidas del movimiento marxista.

Al completar sus estudios, en 1897, decidió trasladarse a Alemania, donde podría desempeñar un papel activo en un partido grande e influyente y ganarse la vida como publicista, escribiendo para las publicaciones del Partido Social Demócrata alemán (PSD). El primer problema a resolver era el de su ciudadanía. Como extranjera, las autoridades alemanas podían fácilmente obligarla a abandonar toda actividad política. La solución fue su casamiento con el hijo alemán de un amigo de toda la vida. En abril de 1897 se casó con Gustav Lubeck, obteniendo así la ciudadanía alemana de por vida, y los dos se separaron en la puerta del Registro Civil. Obtuvieron el divorcio cinco años más tarde.

Después de una prolongada estadía en París, Rosa se trasladó a Berlín en la primavera de 1898, donde jugó un papel de importancia en la lucha contra los intentos de Eduard Bernstein de trasformar a la socialdemocracia en un partido reformista. Dos años más tarde, Jogiches se pudo reunir con ella en Alemania.

Este libro contiene la crónica de sus batallas más importantes con los dirigentes del PSD, en sus palabras y en los resúmenes de los hechos políticos más importantes de su vida. Pero corresponde decir dos o tres palabras acerca del PSD.

Pese a que pasó la mitad de su vida en ese país, a Rosa nunca le gustó Alemania, y a medida que pasaban los años llegó a identificar su disgusto para con todo lo que fuese alemán con su odio hacia el aparato conservador, sofocante y reformista del PSD anterior a la guerra y los dirigentes sindicales socialdemócratas. Al llegar por primera vez describió a Berlín como «un lugar repugnante: frío, feo, macizo, una verdadera barraca; y los encantadores prusianos con su arrogancia, como si se les hubiera obligado a tragarse el palo con el que se los azotó diariamente[1]». Más de una década después, al discutir con un crítico e intelectual socialista alemán si Tolstoi era o no «artista», se enfureció y escribió: «Helo ahí en la calle, con un

vientre redondo como un mingitorio público […] En cualquier aldea servia hay más humanidad que en toda la socialdemocracia alemana junta[2]».

Y los dirigentes del PSD sentían por Rosa Luxemburgo el mismo cariño que ella sentía por ellos. Aunque tuvieron que aprender a respetar su gran inteligencia, la consideraban, dicho con toda franqueza, una jovencita extranjera insolente y, para colmo, mujer. Una de las primeras propuestas que le hicieron fue que trabajara en la organización femenina del PSD donde, pensaban, le correspondía estar a una mujer, y donde esperaban que quedara marginada de la vida política del partido. Rechazó la propuesta y buscó un nuevo campo de actividades.

Aunque comprendía la importancia de organizar a las mujeres para su participación en la lucha revolucionaria —una de sus amigas más íntimas fue Clara Zetkin, gran dirigente de la organización femenina del PSD— se negó consecuentemente a que la obligaran a jugar un rol partidario tradicionalmente reservado a las mujeres. Desgraciadamente, escribió poco o nada sobre el problema de la lucha por la liberación de la mujer. Se consideraba, y lo era, dirigente de hombres y mujeres y consideraba que los insultos que se le dirigían por ser mujer eran parte de los enfrentamientos propios de la lucha política. Comprendió que lo único que puede garantizar la liberación de la mujer es la revolución socialista y la eliminación de esa esclavitud económica que es la institución matrimonial, y dedicó todas sus energías a realizar esa revolución. Sentía que ése era su mejor aporte para la eliminación de la opresión de la mujer y de la clase obrera, las miñonas nacionales, los campesinos y demás sectores explotados de la población.

El PSD al cual entró Rosa Luxemburgo era una organización poderosa e impresionante: era *el* gran partido de la Segunda Internacional. Mientras los rusos y polacos trataban de juntar un puñado de hombres y organizarlos en algo que funcionara como partido, el PSD tenía una influencia y poder enormes, que crecieron regularmente desde la fundación del partido en 1875 hasta su suicidio moral al comienzo de la primera gran guerra. En 1912, por ejemplo, el PSD obtuvo 4.250 000 votos, el 34,7% del total, convirtiéndose en el bloque más numeroso del Reichstag, con ciento diez diputados. A principios de 1914, el partido tenía más de un millón de afiliados. Publicaba noventa periódicos que llegaban a alrededor de 1,4

millones de suscriptores. Tenía también una gran organización femenina y una juvenil, además de cooperativas, organizaciones deportivas y culturales y dirigía sindicatos con varios millones de afiliados. Movía un capital de 21,5 millones de marcos y alrededor de 3500 empleados en los aparatos partidarios y sindicales.

Como el PS de Debs en Estados Unidos en los primeros años de este siglo, el PSD reunía bajo su bandera a todas las tendencias concebibles dentro del movimiento socialista, y los distintos puntos de vista chocaban en las publicaciones, mítines públicos y congresos. Mientras que en teoría un afiliado podía ser expulsado si no cumplía con el programa del partido o no acataba sus resoluciones, en la realidad nadie perdió jamás la afiliación por ese motivo, y las tendencias más abiertamente reformistas coexistían cómodamente con las revolucionarias.

El parlamentarismo y el sindicalismo parecían haber demostrado su tremenda efectividad. Los resultados, a la vista de todos, se reflejaban en la cantidad de afiliados y en los votos obtenidos. El ala izquierda comenzó a notar muy pronto los síntomas de un viraje hacia la derecha: las concesiones políticas que hacía el partido con tal de ganar votos; el terror de las direcciones sindicales a cualquier lucha que pudiera ir más allá de las exigencias de aumento de salarios o mejoras en las condiciones de trabajo. Pero ni los más severos críticos de izquierda, incluida la propia Rosa Luxemburgo, *comenzaron* siquiera a comprender la profundidad del proceso que se desarrollaba, ni la vacuidad de los recitados rituales de ortodoxia marxista. Fue necesario el golpe de la Primera Guerra Mundial y el apoyo del PSD a los planes bélicos del imperialismo alemán para convencer al ala izquierda de que la dirección del PSD era incapaz de actuar según los principios marxistas y no estaba dispuesta a hacerlo.

Retrospectivamente no es difícil comprender la diferencia entre la charca política del PSD y la claridad organizativa y política del Partido Bolchevique de Lenin. A la luz de la historia es fácil entender por qué el PSD se fundió mientras que el Partido Bolchevique condujo a las masas rusas a la victoria. Pero en los primeros años del siglo XX la cuestión de qué clase de partido se necesitaba para garantizar la victoria de la revolución recién quedaba planteada; las diferencias no eran tan tajantes ni claras.

Muchas divergencias fundamentales se atribuían simplemente a distintas situaciones objetivas y al aislamiento de las masas de la socialdemocracia rusa.

Volveremos a tocar este problema, ya que la naturaleza del PSD, su aparente fuerza así como sus debilidades fatales, ejercieron gran influencia sobre el pensamiento y la vida política de Rosa Luxemburgo.

Otra gran influencia en su vida y pensamiento fueron sus relaciones con el movimiento polaco y su comprensión de la dinámica de la lucha que se cebaba en las entrañas del imperio zarista.

En la sesión del 18 de enero de 1919 del Soviet de Petrogrado, que rindió homenaje a los dirigentes muertos en la revolución alemana, Zinoviev se refirió a las discusiones de Rosa con los dirigentes bolcheviques y sostuvo que ella fue uno de los primeros marxistas que comprendió correctamente la revolución rusa de conjunto.

Captó la profunda significación revolucionaria de los acontecimientos que se desarrollaban en el imperio zarista, su potencial y el ejemplo que significaban para toda Europa. Trató constantemente de poner ese ejemplo ante los obreros alemanes, para inspirarlos. Su fuerza para soportar, a menudo sola, los veinte años de batallar contra el viraje hacia la derecha del PSD, para mantener su perspectiva profundamente revolucionaria ante la tremenda presión que la impulsaba a retroceder y hacerse un cómodo lugar en el aparato del partido debe de haber derivado, al menos en parte, de su profunda comprensión de las perspectivas revolucionarias en el imperio ruso y su significado para la humanidad. Cuando las tremendas tareas que se le imponían en Alemania la descorazonaban, encontraba esperanza y estímulo en el potencial revolucionario de su patria y de otras partes del territorio del zar. Su internacionalismo, que coronaba sus demás cualidades, hizo de ella una gran revolucionaria.

El lugar de Rosa Luxemburgo en la historia

Rosa Luxemburgo estaba destinada a ser una de las personalidades más controvertidas en la historia del movimiento socialista internacional, y muchos le han negado el sitio de honor que le corresponde entre los grandes marxistas revolucionarios. Sus detractores provienen de todas las tendencias y han utilizado prácticamente todos los métodos de distorsión y calumnia para desacreditarla, para mostrarla como lo opuesto a lo que fue, una revolucionaria.

Por supuesto la clase dominante —sea yanqui, alemana, japonesa, mejicana o lo que fuere— no tiene el menor interés en decir la verdad sobre Rosa Luxemburgo. Están muy dispuestos a ver cómo se mancha y entierra su legado revolucionario. Pero los detractores de Luxemburgo provienen también de muchas tendencias de la izquierda tradicional.

La primera categoría de difamadores corresponde a los que han tratado de convertirla en enemiga de la Revolución Rusa, los que la señalan como apóstol de alguna escuela especial de socialismo «democrático» en contraposición al socialismo «tiránico, dictatorial» de Lenin. Quizás el autor más difundido de esta categoría es Bertram D. Wolfe, editor antileninista de los trabajos en que Rosa Luxemburgo expresa sus diferencias con los bolcheviques. A esta categoría pertenecen también distintos sectores de la socialdemocracia de izquierda (hace mucho que el ala derecha desechó toda pretensión de ser heredera de la «Rosa roja»).

Los socialdemócratas de izquierda —a diferencia de Rosa Luxemburgo, que comprendió la trasformación económica y social fundamental provocada por la Revolución Rusa— consideran que la URSS y otros estados obreros degenerados o deformados son una especie de estado capitalista. Así, denuncian a estos países y no encuentran nada en ellos que los haga superiores a los países imperialistas de Occidente. En la búsqueda de alguna autoridad revolucionaria impecable a quien atribuir este análisis no marxista, encontraron a Rosa Luxemburgo y desde entonces se apropiaron de su legado, sobre la base fraudulenta de que ella también fue adversaria de la Revolución Rusa. Más adelante volveremos sobre su análisis de la Revolución Rusa, pero basta leer sus palabras en honor de los bolcheviques para ver claramente que ella era cualquier cosa menos adversaria de la Revolución Rusa.

La otra gran tendencia política que no ha escatimado esfuerzos para calumniar y distorsionar las opiniones de Rosa Luxemburgo es el stalinismo. En los primeros años de la Revolución Rusa, cuando tanto Lenin como Trotsky ocupaban posiciones centrales en la dirección del Partido Bolchevique y la Tercera Internacional, a Rosa Luxemburgo se la tenía en altísima estima. Se reconocía en ella a una verdadera revolucionaria, una revolucionaria que cometía errores, sí, pero una revolucionaria de acción, una luchadora cuyos errores jamás la llevaban a cruzarse al campo enemigo.

Su imagen póstuma está ligada a la Revolución Rusa; a medida que ésta degeneraba y Stalin accedía a la dirección de la poderosa burocracia, ella y otros revolucionarios se convirtieron en blanco de los ataques.

Uno de los temas centrales de los escritos de Rosa sobre la Revolución Rusa es que sin la ayuda de la revolución en Europa Occidental, sobre todo en Alemania, el régimen revolucionario que había tomado el poder en Rusia no podría sobrevivir. Lenin, Trotsky y muchos otros compartían esta opinión. La historia les dio la razón, pero a su manera, de una forma imprevista para cualquiera de los integrantes de la generación de marxistas que hizo la primera revolución socialista. El régimen soviético logró sobrevivir a la guerra civil y la invasión de los ejércitos hostiles. Con sacrificios increíbles pudo mantener las bases de la economía estatizada e industrializar el país. Su economía planificada, libre de la anarquía propia de la producción capitalista, no fue afectada por la gran crisis económica de los años 30 e hizo tremendos avances materiales, mientras los países capitalistas se estancaban y decaían.

Pero aunque las bases fundamentales sentadas por la Revolución Rusa jamás fueron destruidas, y aunque posibilitaron el crecimiento económico que trasformó a Rusia, el país agrícola más atrasado de Europa, en la segunda entre las naciones más industrializadas del mundo, la revolución no salió ilesa de su aislamiento y pobreza iniciales. Las terribles condiciones materiales en las que debió tachar, sin la ayuda que hubiera obtenido de haber triunfado la revolución socialista en otra parte, dieron origen y nutrieron a una tremenda casta burocrática que representaba los intereses de las capas medias de la sociedad soviética. Estas capas las componían

inicialmente el campesinado rico y medio. Posteriormente la casta burocrática de Stalin se apoyó cada vez más en los funcionarios, empleados y administradores económicamente privilegiados.

En su ascenso al poder el ala de Stalin tuvo que destruir al ala proletaria, leninista, dirigida por Trotsky. Stalin tuvo que eliminar hasta el último vestigio de la política y orientación revolucionarias pan realizar su programa, nacionalista antes que internacionalista, y sus proyecciones, contrarrevolucionarias y no revolucionarias. Fue absolutamente implacable. Estuvo dispuesto a utilizar (y lo hizo) toda forma de lucha, desde la calumnia y el fraude judicial a la tortura, el campo de concentración y el asesinato. Y mientras destruía todo aquello por lo que había luchado Lenin, mientras eliminaba físicamente el partido que Lenin había construido, mientras barría el último vestigio de democracia en el partido y la sociedad, ¡Stalin decía cobijarse bajo el manto de Lenin!

El proceso de la URSS se reflejaba en todos los partidos comunistas del mundo, destruyendo en cada uno la tradición revolucionaria.

Junto con Trotsky y otros que luchaban sin tregua por una política revolucionaria a nivel nacional e internacional contra los intereses de las capas privilegiadas de la sociedad soviética, Rosa Luxemburgo fue uno de los primeros blancos de los ataques de Stalin y sus compinches. Este hecho constituye un tributo a la influencia revolucionaria de su legado.

En 1923, Ruth Fischer y Arkady Maslow, dirigentes del Partido Comunista Alemán (PCA), iniciaron la campaña contra las «desviaciones derechistas» de Rosa Luxemburgo. Se tachó su influencia de «bacilo sifilítico» del movimiento comunista alemán, se «examinaron» sus «errores», descubriéndose que eran casi idénticos a los de Trotsky y se la acusó de ser la fuente principal de todos los defectos del comunismo alemán. Se descubrió que todos sus errores teóricos en *La acumulación del capital* iniciaban una teoría ya elaborada de «espontaneísmo» y que todos sus errores organizativos eran producto de sus cálculos económicos erróneos.

Después del congreso de 1925 de la Tercera Internacional los Partidos Comunistas giraron hacia la derecha. Pronto fueron expulsados Fischer y

Maslow, y Rosa Luxemburgo comenzó a ser atacada, no ya de «desviaciones derechistas» sino de ultraizquierdista.

Durante el Tercer Periodo —ultraizquierdista— que va de 1928 a 1935, cuando el PCA allanó el camino de Hitler al poder negándose a trabajar con el PSD para combatir al fascismo, se acusó a Rosa Luxemburgo de no tener «sino diferencias formales con los teóricos social-fascistas». («Social-fascista» era el término que utilizaba el Partido Comunista en esta época para designar a los socialdemócratas).

En 1931 el propio Stalin se sumó a la polémica con un artículo titulado «Problemas de la historia del bolchevismo», en el que reescribía la historia según su conveniencia. En él decretó, en contra de los hechos históricos y de lo escrito por él mismo anteriormente, que Rosa Luxemburgo era responsable de ese pecado de los pecados, la revolución permanente, y que Trotsky la había tomado de ella. Decretó también, a pesar de los datos históricos, que Rosa Luxemburgo había comenzado a atacar a Kautsky y al centrismo del PSD recién en 1910, después de que Lenin, que comprendió el problema mucho antes que ella, la convenciera.

Trotsky salió en defensa de Rosa Luxemburgo y de la verdad histórica en «Fuera las manos de Rosa Luxemburgo», incluido como apéndice en esta edición. Pero el artículo de Stalin sentó la línea del Partido Comunista hacia Rosa Luxemburgo por varias décadas. Puesto que jamás se la declaró «inexistente» ni fue eliminada de los libros de historia, como ocurrió con tantos contemporáneos suyos, el paso del tiempo ha restaurado parcialmente su figura. Alemania Oriental y Polonia conmemoran sus aniversarios, pero los stalinistas no han hecho ni harán una evaluación totalmente honesta de su papel histórico y sus ideas. En 1922 Lenin fustigó al Partido Comunista Alemán por no haber publicado sus obras completas. ¡Hoy, cincuenta años más tarde, esa tarea todavía está por cumplirse!

No es difícil adivinar la razón. El espíritu revolucionario de Rosa Luxemburgo vive en cada una de sus páginas. Su internacionalismo, su llamado a la acción, su alto sentido de la verdad y la honestidad, su dedicación a los intereses de la clase obrera, su preocupación por la libertad y por el desarrollo pleno del espíritu humano: ¡eso no condice para nada con el pensamiento de la casta burocrática que domina la vida económica,

política, social y artística de Europa Oriental! Prefieren ignorar su política revolucionaria y relegarla a las sombras del sacro martirologio.

Históricamente, la trayectoria política de Rosa Luxemburgo la coloca, sin duda alguna, en el campo revolucionario. En todas las cuestiones importantes a que se abocó durante su vida se opuso implacablemente al sistema capitalista y sus males. Luchó tenazmente contra todo intento de desviar al movimiento obrero de la lucha contra el capitalismo, contra todo esquema anticientífico, utópico, falso para reformar el sistema. Le gustaba repetir que la grandeza del marxismo consistía en darle una base científica al movimiento socialista, demostrando a partir de las propias leyes del capitalismo la necesidad de que la siguiente forma de organización social fuese el socialismo, si es que el hombre quería progresar y no descender otra vez a la barbarie. Se mantuvo fiel a esa concepción del marxismo revolucionario hasta el fin de su vida.

Dirigió la lucha teórica contra Bernstein y sus secuaces, que intentaban revisar el marxismo el marxismo e introducir la teoría de reformar el capitalismo hasta llegar al socialismo.

El francés Millerand fue el primer socialista que participó de un gabinete burgués; cuando lo hizo, ella planteó la falta de lógica de esa actitud y demostró que inevitablemente traicionaría los principios socialistas.

En la lucha contra los dirigentes sindicales alemanes explicó las razones materiales de su conservadorismo y su rechazo de la perspectiva revolucionaria. Advirtió sobre el peligro que implicaba para el partido el sindicalismo.

En la discusión sobre el valor de las elecciones como método de la lucha contra el sistema capitalista se negó a ceder ante aquellas fuerzas que en el PSD querían subordinar todo a la chicana parlamentaria y exigió que el PSD siguiera organizando a las masas para otras formas de lucha.

En las discusiones sobre el carácter de las revoluciones rusas de 1905 y 1917 estuvo en todo de acuerdo con los bolcheviques contra los mencheviques, afirmando que la clase obrera debía dirigir la lucha por sus intereses. Miraba con desprecio la política menchevique de contemporizar y hacer compromisos con los partidos capitalistas liberales.

Comprendió que en la lucha política el programa es decisivo. Luchó siempre por la claridad programática y trabajó para elaborar un programa que ayudara a que la lucha de clases llevara a la revolución socialista.

Vivió durante el primer gran crecimiento del militarismo moderno, y fue uno de los primeros en reconocer la importancia de los gastos militares como válvula de seguridad para el capitalismo. Al comprender la creciente capacidad destructiva de los amos imperialistas, no subestimó ese peligro ni se rindió ante él.

En la hora crucial de la Primera Guerra Mundial, histórica línea divisoria entre el campo revolucionario y el contrarrevolucionario, dirigió junto con Karl Liebknecht al puñado de militantes del PSD que se negaron a apoyar los planes bélicos de su propio gobierno imperialista.

Años antes de que Lenin o cualquier otro dirigente revolucionario europeo comprendiera el problema, ya había discernido la debilidad de Kautsky y el «centro» del PSD alemán, acusándolos correctamente de carecer de principios y previendo que su capitulación a la derecha sería cuestión de tiempo.

Aunque sus mayores aportes están en sus escritos, no era una revolucionaria de biblioteca. Estuvo siempre en el centro de la acción.

Por último, apoyó la Revolución de Octubre, declarando su respaldo incondicional a los bolcheviques y proclamando que el futuro era del bolchevismo.

Pocos socialdemócratas europeos de la posguerra pueden igualar semejante trayectoria. Y los errores de Rosa Luxemburgo se enmarcan en una perspectiva totalmente revolucionaria y en la búsqueda del camino más rápido y seguro al socialismo.

La cuestión nacional

Los errores principales de Rosa Luxemburgo se centran en tres problemas: el derecho de las naciones a la autodeterminación; la naturaleza del partido y sus relaciones con las masas; y algunos aspectos de la política

bolchevique posterior a la Revolución de Octubre. Sus errores teóricos en el terreno de la economía, desarrollados en *La acumulación de capital*, también son importantes para la historia del marxismo, pero puesto que sus escritos económicos están fuera de los alcances de este libro nos referiremos a ellos sólo al pasar.

Del principio al fin de su vida política, Rosa Luxemburgo fue enemiga acérrima de la posición marxista sobre el significado revolucionario de las luchas de las minorías nacionales oprimidas y de las naciones por su autodeterminación. Publicó sus primeros tos sobre el tema en 1893 y los últimos pocos meses antes de su muerte, en un folleto sobre la Revolución Rusa. Puede decirse con certeza que no cambió de parecer al respecto antes de su asesinato.

Publicó gran parte de sus escritos sobre las luchas nacionales en polaco, y desgraciadamente pocos han sido traducidos a otros idiomas. Por ejemplo, el más importante, «La cuestión de la nacionalidad y la autonomía», escrito en 1908, jamás ha sido publicado en otro idioma que el original polaco. Lenin polemiza contra este escrito en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*, uno de sus trabajos fundamentales. Sin embargo, la esencia de su posición está expresada en el *Folleto Junius* y en la parte de *La Revolución Rusa* dedicada al problema nacional. Ambos figuran en esta colección.

Sin enumerar todos los argumentos y ejemplos en que se apoya, se puede sintetizar su posición de la siguiente manera: Un objetivo del socialismo es la eliminación de toda forma de opresión, incluso el sometimiento de una nación a otra. Sin la eliminación de toda forma de opresión no se puede ni hablar de socialismo. Pero Rosa Luxemburgo sostenía que era incorrecto que los revolucionarios afirmaran el derecho incondicional de todas las naciones a la autodeterminación. La autodeterminación era irrealizable bajo el imperialismo; una u otra de las grandes potencias imperialistas la pervertiría siempre. Bajo el socialismo perdería su importancia, puesto que el socialismo eliminaría *todas* las fronteras nacionales, por lo menos en un sentido económico, y los problemas secundarios de idioma y cultura se resolverían sin mayores dificultades.

El abogar por el derecho de las naciones a la autodeterminación era, en un sentido estratégico, sumamente peligroso para la clase obrera internacional, puesto que fortalecía a los movimientos nacionalistas que inevitablemente quedarían bajo la dirección de su propia burguesía. Opinaba que el apoyo a las aspiraciones separatistas sólo servía para dividir a la clase obrera internacional, no para unificarla en la lucha común contra las clases dominantes de todas las naciones. Abogar por el derecho de las naciones a la autodeterminación, que ella calificó de «fraseología y embuste hueco y pequeñoburgués», sólo sirve para corromper la conciencia de clase y confundir la lucha de clases. En *La Revolución Rusa* dice que «el carácter utópico, pequeñoburgués de esta consigna nacionalista» [derecho a la autodeterminación de las naciones] reside en que «en medio de la cruda realidad de la sociedad de clases, cuando los antagonismos de clase están exacerbados, se convierte en otro medio para la dominación de la clase burguesa».

Lenin y otros defensores de la posición marxista le respondieron clara y tajantemente.

No basta, dijeron, con afirmar que los socialistas se oponen a toda forma de explotación y opresión. Todos los políticos capitalistas del mundo dicen lo mismo. Como lo expresó la misma Rosa Luxemburgo con tanta fuerza, la Primera Guerra Mundial se libró bajo la supuesta bandera de garantizar la autodeterminación de las naciones. Los socialistas deben demostrar en la acción a las minorías nacionales oprimidas y explotadas que sus consignas no son huecas y carentes de significado como las de las clases dominantes.

Teóricamente es un error decir que *jamás* puede lograrse la autodeterminación bajo el capitalismo. Un ejemplo es la independencia que Noruega obtuvo de Suecia en 1905 con la ayuda de los obreros suecos.

Un gobierno socialista, afirmó Lenin, puede ganar a las minorías oprimidas para su causa sólo si está dispuesto y es capaz de demostrar su apoyo incondicional al derecho de ese pueblo de formar un estado separado si así lo quiere. Cualquier otra política equivaldría a la retención forzada de distintas nacionalidades dentro de un estado, una opresión nacional en nada distinta de la opresión nacional que practica el imperialismo. La libre

asociación de las distintas nacionalidades en una unidad política sólo puede obtenerse garantizando primero el derecho de cada uno a retirarse de esa unidad. Lenin acusó a Rosa Luxemburgo de tratar de soslayar la cuestión de la autodeterminación nacional pasando al terreno de la interdependencia económica.

Paradójicamente, mientras los socialistas deben luchar por el derecho incondicional a la autodeterminación, incluido el derecho a la separación, el único *partido* que puede dirigir esa lucha y garantizar la victoria de la revolución socialista es un partido centralista democrático como el que construyeron los bolcheviques, que incluye en sus filas y en su dirección a los sectores más conscientes de la clase obrera, el campesinado y los intelectuales de todas las nacionalidades que existen en las fronteras del estado capitalista. Como dijo Trotsky en la *Historia de la Revolución Rusa*: «La organización revolucionaria no es el prototipo del futuro estado sino simplemente el instrumento para su creación… Así la lucha centralizada puede garantizar el éxito de la lucha revolucionaria, aún donde la tarea sea la de destruir la opresión centralizada de las nacionalidades[3]».

Al mismo tiempo, agrega Lenin, el apoyo incondicional al derecho de autodeterminación no significa que los socialistas de la nación oprimida tengan la obligación de luchar por la separación. Ni entraña tampoco el apoyo a la burguesía nacional de la nación oprimida, salvo —como explica Lenin en *El derecho de las naciones a la autodeterminación*— en la medida en que el nacionalismo burgués de *cualquier* nación oprimida posee un contenido democrático general dirigido *contra* la opresión; a este contenido lo apoyamos *incondicionalmente*[4]. Pero sólo la clase obrera y sus aliados pueden llevar esta lucha hasta el final y las masas oprimidas jamás deben confiar en su propia burguesía que, dados sus vínculos con la clase dominante de la nación opresora y el capital internacional, no puede llevar esa lucha hasta su culminación.

Lenin explicó muchas veces que sus desacuerdos con Rosa Luxemburgo y los socialdemócratas polacos no radicaban en la negativa de éstos a exigir la independencia de Polonia, sino en que intentaran negar la obligación de los socialistas de apoyar el *derecho* a la autodeterminación y especialmente en que intentaran negar la absoluta necesidad de que el partido socialista

revolucionario de una nación opresora garantice incondicionalmente ese derecho. Al final de *El derecho de las naciones a la autodeterminación* Lenin señala que a los socialdemócratas polacos «su lucha contra la burguesía polaca, que engaña al pueblo con sus consignas nacionalistas, los llevó a negar, incorrectamente, la autodeterminación[5]».

Por último, sostenía que el derecho a la autodeterminación es uno de los derechos democráticos fundamentales de la revolución burguesa y que los socialistas tienen la obligación de luchar por los derechos democráticos. «Así como no puede haber un socialismo triunfante que no practique la democracia plena, el proletariado no puede prepararse para triunfar sobre la burguesía sin una lucha coherente y revolucionaria por la democracia[6]».

El argumento de Rosa Luxemburgo de que la consigna de autodeterminación es irrealizable bajo el capitalismo ignora el hecho de que «no sólo el derecho de las naciones a la autodeterminación, sino *todas* las consignas fundamentales de la democracia política son parcialmente "realizables" bajo el imperialismo, aunque en forma distorsionada y excepcional[7]».

No hay una sola de estas reivindicaciones que no pueda servir, y que no haya servido en determinados casos, de instrumento en manos de la burguesía para engañar a los obreros[8]. "Pero ello de ninguna manera exime a los socialistas de la obligación de luchar por los derechos democráticos, denunciar los engaños de la burguesía y demostrar a las masas que sólo la revolución socialista puede llevar a la plena realización de los derechos democráticos proclamados por la burguesía.

Rosa Luxemburgo creía sinceramente que la política bolchevique para la autodeterminación nacional era desastrosa y provocaría la liquidación de la revolución. Pero no podía estar más equivocada.

La Revolución de Febrero de 1917, que instauró una república liberal en Rusia, produjo un gran despertar de las naciones oprimidas del imperio zarista, pero la igualdad formal que les dio la Revolución sólo sirvió para demostrarles mejor el grado de su opresión. Y la negativa del gobierno liberal burgués a conceder, entre febrero y octubre, el derecho de autodeterminación cimentó la oposición de las nacionalidades oprimidas al gobierno menchevique de Petrogrado, sellando así su destino.

Sólo garantizando la autodeterminación, e inclusive el derecho a la separación de las pequeñas nacionalidades oprimidas de la Rusia zarista, el Partido Bolchevique se ganó su confianza indestructible. Esta confianza resultó en última instancia decisiva en la batalla contra la contrarrevolución y no condujo a la desintegración de las fuerzas revolucionarias, como temía Rosa Luxemburgo, sino a su victoria en las naciones oprimidas al igual que en la Gran Rusia.

Rosa subestimó totalmente la tremenda fuerza del nacionalismo que despertó en Europa Oriental recién a comienzos del siglo XX. No comprendió que estos movimientos estaban destinados a estallar con toda su furia *después* de la Revolución Rusa, y no porque los bolcheviques los alentaran sino en virtud de la dinámica interna generada por el despertar de las masas oprimidas.

Una de las declaraciones de Rosa Luxemburgo que más se suelen citar está tomada de *La Revolución Rusa*; describe el nacionalismo ucraniano como «un simple capricho, la ilusión de unos cuantos intelectuales pequeñoburgueses sin el menor arraigo en las relaciones económicas, políticas y sicológicas del país». Trotsky le respondió en el capítulo «El problema de las nacionalidades» de su *Historia de la Revolución Rusa*.

«Cuando Rosa Luxemburgo, en su polémica póstuma contra el programa de la Revolución de Octubre, afirmó que el nacionalismo ucraniano, que antes había sido una mera diversión de la *intelligentsia* pequeñoburguesa, fue inflado artificialmente por la levadura de la consigna bolchevique de autodeterminación cayó, a pesar de su lucidez, en un serio error histórico. El campesinado ucraniano no había formulado consignas nacionales en el pasado por la simple razón de que no había alcanzado el nivel de ente político. El gran aporte de la Revolución de Febrero —quizás el único, pero ampliamente suficiente— fue precisamente el haberles dado a las clases y naciones oprimidas de Rusia, por fin, la oportunidad de expresarse. Sin embargo, este despertar político del campesinado no se podría haber manifestado de otra manera que a través de su propio lenguaje, con todas sus consecuencias en los aspectos de la educación, la justicia, la autoadministración, etcétera. Oponerse a ello hubiera significado tratar de liquidar la existencia del campesinado[9]».

No pocos historiadores han querido demostrar que la oposición de Rosa al movimiento nacionalista fue puesta en práctica años después por Stalin, con su cruel persecución a las naciones oprimidas y todos los horrores que le fueron inherentes. Pero las acciones de Stalin fueron una perversión tanto del programa de Rosa Luxemburgo como del de Lenin. Un editorial de la revista *New International* de marzo de 1935 planteaba: «¿Puede imaginarse a Rosa en compañía de quienes estrangularon la Revolución China otorgándole a Chiang Kaishek y a la burguesía china la dirección del movimiento para "liberar a la nación del yugo del imperialismo extranjero"? ¿Puede imaginarse a Rosa en compañía de aquellos que saludaron, después de un golpe de estado, al mariscal Pilsudski como al "gran demócrata nacional" que instauraba "la dictadura democrática del proletariado y el campesinado" en Polonia? ¿Puede imaginarse a Rosa en compañía de aquellos que durante años canonizaron y glorificaron a cada demagogo nacionalista que tenía la amabilidad de enviar su tarjeta al Kremlin…?» [Unos años más tarde podía haberse preguntado: ¿Puede imaginarse a Rosa en compañía de aquellos que asesinaron prácticamente a todo el Comité Central del Partido Comunista Polaco?]

El artículo concluye: «¡Qué despreciables son los que tachan a Rosa Luxemburgo de "menchevique", cuando se han demostrado incapaces de llegar ni a la suela de sus zapatos**[10]**!».

Rosa Luxemburgo se equivocó en la cuestión nacional, pero su oposición a la autodeterminación no surgía de la hostilidad hacia la acción revolucionaria de las masas que conduce a la lucha por la abolición del capitalismo. Antes bien, no supo comprender los aspectos complejos y contradictorios de la dinámica revolucionaria de las luchas de las nacionalidades oprimidas en la época del imperialismo.

El carácter del partido revolucionario

Los errores de Rosa Luxemburgo relativos a la construcción del partido revolucionario y al problema paralelo de la relación del partido con las

masas trabajadoras fueron tan importantes como sus errores sobre la cuestión nacional. En el contexto de la situación alemana fueron tal vez más graves aún.

No es tan fácil establecer sus diferencias con los bolcheviques en torno a la concepción de la organización como las referentes a la autodeterminación nacional. Nunca expuso su pensamiento al respecto con tanta claridad y en un solo lugar, aunque se pueden discernir casi todos los elementos de su posición en su artículo «Cuestiones organizativas de la social democracia», escrito en 1904. Sus ideas se definieron más después de la Revolución de 1905.

Es un hecho que, a pesar de su polémica con Lenin sobre la naturaleza del partido revolucionario, no le preocupaban los problemas organizativos, y ése es uno de los índices más claros del carácter de sus errores. Aunque entendía que en la lucha política el programa es decisivo, no comprendió, como Lenin, que el programa y las posiciones tácticas se concretan a través de las concepciones organizativas.

Quizás uno de los ejemplos más reveladores de su tendencia a no prestar atención a los problemas organizativos de la dirección es el hecho de que durante años se negó a concurrir a los congresos del PSDPyL y a ser elegida miembro del Comité Central. A pesar de ello seguía siendo uno de los dirigentes más importantes del partido, y su principal vocero. Tampoco se trataba de un problema de ubicación, ya que el Comité Central del PSDPyL tenía su sede en Berlín. Siguió siendo dirigente en los hechos, pero sin ser miembro ni rendir cuentas ante ningún organismo de dirección.

Su actitud hacia las cuestiones organizativas estaba muy influida por su experiencia en el PSD. Desde el comienzo reconoció el tremendo peso conservador de la dirección del PSD y ya en su ensayo de 1904 señaló su incapacidad para considerar siquiera una estrategia que no fuera la parlamentaria, y nada más que la parlamentaria.

Otro aspecto del PSD que influyó en su pensamiento fue el tamaño y envergadura de la organización, que mantenía en su órbita a cualquier individuo capaz de pensar vagamente en términos socialistas.

Montar una oposición efectiva a una dirección tan fuerte y segura como la jerarquía del PSD no era cosa fácil. Requería una gran flexibilidad táctica

además de claridad política, y Rosa Luxemburgo jamás se abocó realmente a esa tarea. Año tras año se mantuvo en la oposición pero, hasta el comienzo de la guerra, no fue capaz de atraer, organizar y dirigir una fracción dentro del PSD.

La claridad de su comprensión política fundamental acerca de la dirección del PSD resalta en una carta que envió a su íntima amiga Clara Zetkin a principios de 1907. La misma carta revela su incapacidad, o su falta de voluntad, de darle a su comprensión política formas organizativas. Parece que ni siquiera pensó seriamente en la posibilidad de ser algo más que una oposición de uno o dos.

«Desde mi regreso de Rusia me siento un poco aislada… Veo la mezquindad y vacilaciones de nuestra dirección más dolorosa y claramente que antes. Sin embargo, no puedo sulfurarme tanto como tú porque percibo con deprimente claridad que no se puede cambiar las cosas y las personas hasta que haya cambiado la situación, e incluso entonces nos enfrentaremos a una resistencia inevitable si queremos conducir a las masas. He llegado a esa conclusión después de maduras reflexiones. La verdad desnuda es que Augusto [Bebel] y los demás se han quedado en el parlamento y el parlamentarismo; cuando pasa algo que trasciende los límites de la acción parlamentaria se vuelven inútiles; no, más que inútiles, porque hacen lo imposible para que el movimiento retorne a los canales parlamentarios y difaman furiosamente a cualquiera que ose aventurarse más allá de esos límites, llamándolo “enemigo del pueblo”. Pienso que los sectores de las masas que están en el partido están cansados del parlamentarismo y acogerían con agrado un cambio en la táctica partidaria, pero los dirigentes del partido, y aún más el estrato superior de periodistas oportunistas, diputados y dirigentes sindicales son como un íncubo. Debemos protestar vigorosamente contra este estancamiento oficial, pero es claro que tendremos en contra nuestra a los oportunistas, además de los dirigentes y Augusto. Mientras se trataba de defenderse contra Bernstein y sus amigos, Augusto y Cía. querían nuestra ayuda porque les temblaba hasta el alma. Pero cuando se trata de lanzar una ofensiva contra el oportunismo, Augusto y el resto se ponen del lado de Ede [Bernstein], Vollmar y David en contra

nuestra. Así veo la situación, pero lo importante es mantener el ánimo alto v no ofuscarse demasiado. Es una tarea que nos demandará años[11]».

Por importante que fuese la influencia del PSD, no basta sin embargo para explicar su posición. No sólo las condiciones objetivas sino también las concepciones organizativas la separaban de Lenin.

Sin embargo, antes de explicar sus teorías organizativas vale la pena aclarar lo que no pensaba. Tanto los que creen estar de acuerdo con ella como los que están en desacuerdo le han atribuido una teoría elaborada de la «espontaneidad», e incluso sostienen que abogaba por una posición parecida a la de los anarquistas. Pero se trata de una gran simplificación y distorsión de sus ideas.

Como se dijo más arriba, los stalinistas pretendieron alguna vez descubrir la fuente de sus errores organizativos en los errores teóricos de *La acumulación de capital*. En ésta su principal obra económica, Rosa trata de demostrar que el capitalismo, considerado como un sistema cerrado sin mercados precapitalistas o no capitalistas donde ejercer su canibalismo, no podía seguir expandiéndose. Su argumentación es teóricamente errónea pues no toma en cuenta los factores centrales de la competencia entre los distintos capitales y el desarrollo desigual entre los diferentes países, sectores de la economía y empresas, factores que constituyen la fuerza motriz de la expansión del mercado capitalista. Pero los stalinistas la acusaron de propagar una teoría grosera del fin «automático» o «mecánico» del capitalismo, que ocurriría apenas los mercados no capitalistas del mundo quedaran agotados o absorbidos por las relaciones capitalistas. A partir de allí *ellos* saltaban a las cuestiones organizativas, sosteniendo que para ella organizar la lucha para el derrocamiento del capitalismo no podía ser una necesidad urgente ya que su «derrumbe» estaba asegurado. Sus propias palabras, reflejadas en este libro, la defienden con elocuencia de semejantes distorsiones.

¿Cuál era su concepción fundamental?

Discrepaba con la posición de Lenin de que el partido debía ser una organización de revolucionarios profesionales con profundas raíces y vínculos con la clase obrera, organización que debía plantear la perspectiva de ganar la dirección de las masas en un periodo de auge revolucionario.

Opinaba, por el contrario, que el partido revolucionario más bien debía abarcar a la clase obrera organizada de conjunto. Lo plantea en su ensayo de 1904, donde polemiza contra la definición leninista del socialdemócrata revolucionario.

En *Un paso adelante, dos pasos atrás*, balance analítico del congreso de 1903 del partido ruso, en el cual se produjo una división entre «duros» y «blandos», es decir entre las fracciones bolchevique y menchevique, sobre el problema organizativo, Lenin había recogido la «palabra maldita» jacobino (nombre del ala izquierda de la Revolución Francesa) que se les había arrojado a los bolcheviques. Escribió: «El jacobino que mantiene un vínculo indisoluble con la *organización* del proletariado, un proletariado *consciente* de sus intereses de clase, es un *socialdemócrata revolucionario*[12]»'.

En respuesta, Luxemburgo escribió: «[…] Lenin define a su "socialdemócrata revolucionario" como un "jacobino unido a la organización del proletariado, que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase"».

«Es un hecho que la socialdemocracia no está *unida* a las organizaciones del proletariado. *Es* el proletariado […] El centralismo socialdemócrata […] sólo puede ser la voluntad concentrada de los individuos y grupos representativos de los sectores más conscientes, activos y avanzados de la clase obrera […]».

En otras palabras, no subestimaba el papel del partido como dirección política, pero tendía a atribuirle el papel de agitador y propagandista y negarle su rol como organizador cotidiano de la lucha de clases, como dirección en sentido técnico y también organizativo. No comprendió la concepción leninista del partido de combate: un partido que reconoce que al capitalismo hay que derrotarlo en la lucha y comprende que las masas trabajadoras deben ser dirigidas por una organización capaz de mantenerse en pie bajo la presión del combate; un partido profundamente arraigado en las masas, que obra conscientemente para movilizar la combatividad de éstas y ayuda a dar a las luchas un sentido anticapitalista; partido que, a despecho de su tamaño o etapa de desarrollo, basa su conducta en el firme intento de convertirse en un partido obrero de masas, capaz de abrir el

camino hacia la victoria, un partido que durante años se prepara para el papel que deberá desempeñar en las luchas decisivas; un partido que comprende la necesidad vital, indispensable, de una organización y dirección *conscientes*.

En cambio Rosa puso el acento en el papel de las propias masas en acción, sobre los pasos que podían dar sin dirección organizativa consciente, sobre las cosas que ella pensaba se podían lograr solamente con la combatividad. Les asignaba la tarea de desbordar y barrer a los dirigentes obreros conservadores y atrasados, y crear organizaciones revolucionarias nuevas para reemplazar a las viejas. Las llamaba a realizar tareas cuyo camino ella misma no estaba dispuesta a abrir, salvo en un sentido político muy general.

En su folleto sobre la huelga de masas describe el proceso con elocuencia: «De la tempestad y la tormenta, del fuego y el fluir de la huelga de masas y la lucha callejera, vuelven a surgir, como Venus de las olas, sindicatos nuevos, jóvenes, poderosos, altivos». Y más adelante advierte a los sindicatos que si tratan de obstaculizar el camino de las verdaderas luchas sociales «los dirigentes sindicales, al igual que los dirigentes partidarios en un caso análogo, serán barridos por los acontecimientos, y las luchas económicas y políticas de las masas se librarán sin ellos».

Contra la posición bolchevique de que era necesario organizar la revolución, estaba más cerca de la consigna menchevique de 1905: «desatar la revolución».

Trotsky reflejó su posición general en forma muy sucinta —y señaló su error central en su discurso «Problemas de la guerra civil» de julio de 1924. Sobre la cuestión del momento de la insurrección, dijo:

«Hay que reconocer que el problema de elegir el momento de la insurrección actúa en muchos casos como un papel de tornasol para probar la conciencia revolucionaria de muchos camaradas occidentales que no han perdido el método fatalista y pasivo de tratar los problemas de la revolución. Rosa Luxemburgo constituye el ejemplo más elocuente y talentoso. Sicológicamente, es fácil de entender. Ella se formó, digamos, en la lucha contra el aparato burocrático de la socialdemocracia y los sindicatos alemanes. No se cansó de demostrar que este aparato ahogaba la

iniciativa de las masas y no vio otra alternativa que el alza irresistible de éstas, que barrería con todas las barreras y defensas construidas por la burocracia socialdemócrata. Para Rosa Luxemburgo la huelga general revolucionaria, que desborda todos los diques de la sociedad burguesa, era sinónimo de la revolución proletaria.

Sin embargo, cualquiera sea su poder y masividad, la huelga general no soluciona el problema del poder; solamente lo plantea. Para tomar el poder es necesario, a la vez que se confía en la huelga general, organizar la insurrección. Toda la evolución de Rosa Luxemburgo iba, desde luego, en esa dirección. Pero cuando fue arrancada de la lucha no había dicho su última palabra, ni siquiera la penúltima[13]».

La evaluación correcta que hizo Rosa de la dirección del PSD y su oposición a la misma la llevaron a cuestionar el centralismo de la organización revolucionaria, del mismo modo que el de una organización reformista, a mirar con escepticismo a la dirección organizativa consciente en general.

Sin embargo, sería erróneo acusarla de rechazar cualquier tipo de organización centralizada. Le preocupaba principalmente el *grado* de centralización y el carácter de la función directiva del partido. Como dice Trotsky en «Luxemburgo y la Cuarta Internacional[14]»: «Lo más que puede decirse es que, en su evaluación histórico-filosófica del movimiento obrero, Rosa se quedó corta en la selección de la vanguardia en comparación con las acciones de masas que cabía esperar; mientras que Lenin —sin consolarse con los milagros de las acciones futuras— agrupó a los obreros avanzados y los fundió constante e incansablemente en núcleos firmes, legal o ilegalmente, en las organizaciones de masas o en la clandestinidad, mediante un programa bien definido».

Los bolcheviques respondieron a Rosa Luxemburgo, en las palabras y en los hechos, en los años subsiguientes. Señalaron que bajo el capitalismo la clase obrera en su conjunto es incapaz de llegar al nivel de conciencia necesario para enfrentar a la burguesía en todos los terrenos, para destruir la autoridad burguesa. Si pudiera hacerlo, el capitalismo habría dejado de existir hace mucho tiempo.

La decisión, implacabilidad y unidad de la clase dominante exigen que la clase obrera cree un partido serio y profesional desde todo punto de vista, disciplinado y cimentado por un sólido acuerdo político en torno a las tareas a realizar, entrenado y capaz de conducir a las masas a la victoria. Ese partido no surge espontáneamente, de la lucha misma. Es un arma que debe ser preparada antes de la lucha.

Lenin tachó las concepciones organizativas de Rosa Luxemburgo de «perogrulladas sobre la organización y la táctica como proceso, a no ser tomadas en serio[15]». No quiso decir, desde luego, que la organización se crea aislada de la situación objetiva, ni que la táctica no evoluciona ni cambia, ni se adapta a la realidad. A la posición luxemburguista de que el proceso histórico se encargaría de crear las organizaciones y elaborar las tácticas de lucha, Lenin contrapuso una relación diametralmente opuesta entre los procesos históricos y el partido: a la organización y la táctica no las crea el proceso, sino los que llegan a comprender el proceso mediante la teoría marxista y se convierten en parte de ese proceso a través de la elaboración de un plan basado en esa comprensión.

Walter Held, dirigente de la sección alemana de la Cuarta Internacional antes de la segunda gran guerra, explicó este concepto mediante una analogía extraída de las ciencias naturales: «La fuerza latente en una catarata puede transformarse en electricidad. Pero no cualquiera es capaz de lograr esa hazaña. La educación y preparación científicas son indispensables. Por otra parte, los ingenieros se ven obligados a trazar sus planes de acuerdo a los recursos naturales existentes. ¿Qué decir, empero del hombre que, en base a esto, se mofa de la ingeniería y ensalza la “fuerza elemental del agua que genera electricidad”? Se justificaría que lo hiciéramos callar con nuestras risas. Lo propio ocurre con el proceso social. Fue por ello, y por ninguna otra razón, que Lenin solía bromear acerca de la concepción del “proceso de organización” en contraposición a su concepción[16]».

Las teorías organizativas contrapuestas de Lenin y Luxemburgo tuvieron su prueba decisiva en el alza revolucionaria de la primera posguerra. El partido que Lenin construyó dirigió a las masas al poder. En Alemania, la falta de un partido y una dirección cohesionados, preparados,

educados y disciplinados resultó fatal para la revolución alemana y para muchos revolucionarios valientes.

Observándolas retrospectivamente, las diferencias resultan obvias; la historia ha puesto en evidencia los errores de Luxemburgo. Pero en esa época la cuestión no estaba planteada con tanta claridad. La historia estaba dando la última palabra sobre la naturaleza del partido revolucionario, señalando lo que hacía falta para alcanzar la victoria. Ni siquiera Lenin creía que su obra era tan original. Antes de 1914 sus esfuerzos se concentraban en la creación de un «ala Kautsky-Bebel» en la socialdemocracia rusa. No llegó a comprender el carácter político del «ala Kautsky-Bebel» del PSD hasta varios años después de que Rosa Luxemburgo había dirigido su fuego político contra esos centristas vacilantes.

Sin embargo en los años que siguieron a la Revolución Rusa, después de que fueron extraídas las lecciones de las revoluciones rusa y alemana y la historia resolvió el problema de la concepción organizativa, muchas corrientes en el movimiento obrero siguen rechazando las concepciones fundamentales del Partido Bolchevique, considerando a Rosa Luxemburgo una alternativa revolucionaria frente al leninismo. Estas corrientes fundamentalmente socialdemócratas —que llegaron a igualar leninismo con stalinismo en lugar de reconocer que se trata de polos opuestos— han señalado que Trotsky sustentaba posiciones parecidas a las de Luxemburgo antes de 1917. Por suerte Trotsky estaba vivo para defenderse.

En 1904, Trotsky escribió un folleto titulado *Nuestras tareas políticas*, uno de cuyos párrafos suele ser citado por muchos adversarios del leninismo, entre ellos Bertram D. Wolfe y Boris Souvarine. Trotsky dice: «Los métodos de Lenin conducen a esto: la organización partidaria sustituye al partido en su conjunto; luego el Comité Central sustituye a la organización; finalmente, un “dictador” sustituye al Comité Central[17]…».

En respuesta a todos sus admiradores antileninistas que citaban con aprobación el pronóstico de Trotsky y veían en su exilio una confirmación de todas las advertencias hechas por Trotsky y Rosa Luxemburgo en 1904, Trotsky afirmó: «Toda la experiencia posterior me ha demostrado que Lenin tenía razón, contra Rosa Luxemburgo y contra mí. Marceau Pivert

contrapone el “trotskismo” de 1904 al “trotskismo” de 1939. Pero después de todo en esos años hubo, en Rusia solamente, tres revoluciones. ¿Es que no hemos aprendido nada en estos treinta y cinco años[18]?».

Nadie sabe lo que hubiera dicho Rosa Luxemburgo en la misma situación, pero ella también era capaz de aprender de la historia.

La Revolución Rusa

Ya hemos tratado las críticas más serias de Rosa Luxemburgo a la política de los bolcheviques: sus diferencias sobre la cuestión nacional y sus diferencias organizativas, expresadas en su artículo sobre la Revolución Rusa. Pero plantea toda una serie de problemas que vale la pena discutir. Haría falta un libro para agotarlos, y es justamente en la monumental *Historia de la Revolución Rusa* de Trotsky donde se encuentran las respuestas más completas. Pero lo que aquí se intenta es simplemente indicar en qué dirección debe buscar el lector las soluciones a los complejísimos problemas que plantea la primera revolución socialista de la historia.

Las circunstancias que rodean la publicación póstuma del artículo sobre la Revolución Rusa que escribió Rosa están explicadas en la nota introductoria a dicho escrito, pero corresponde hacer algunos comentarios adicionales.

Encerrada en la prisión de Breslau, su aislamiento le permitía un acceso muy limitado a las informaciones sobre lo que ocurría en Rusia. Incluso fuera de las cárceles era difícil obtener informes veraces. Podemos compararlo con las dificultades en obtener informes de lo que ocurre hoy en Vietnam, sobre todo en las zonas dominadas por el Gobierno Provisional Revolucionario.

Después de la Revolución de Octubre, el ministro del interior alemán liquidó la libertad de prensa ordenando que «toda explicación o alabanza de las acciones de los revolucionarios en Rusia deben suprimirse[19]». Todo lo que en la opinión de los militares servía para desacreditar al gobierno

revolucionario de Rusia recibía amplia difusión; todo lo que pudiera ganar simpatías para él mismo era censurado.

Una vez fuera de la cárcel, con acceso a mejor información, Rosa Luxemburgo mantuvo algunas de sus críticas y se retractó de otras. Y en cuanto a muchos otros problemas, la situación no es clara porque nunca volvió a expedirse públicamente sobre ellos. Los tremendos problemas que tuvo que enfrentar la dirección revolucionaria entre noviembre de 1918 y enero de 1919 se convirtieron en su gran preocupación.

Lo que más llama la atención en su proyecto de artículo es que ella no ofrece una política de alternativa, sino que más bien plantea cuál hubiera sido el curso óptimo si la situación hubiese sido diferente; si la revolución proletaria hubiese triunfado simultáneamente en toda Europa; si los obreros alemanes, franceses e ingleses hubiesen podido acudir en ayuda de sus camaradas rusos. En esas condiciones no hubiera existido la necesidad de restringir las libertades democráticas hasta tal punto. No hubieran actuado grandes fuerzas contrarrevolucionarias apoyadas por todas las potencias capitalistas.

Los dirigentes de la Revolución Rusa también lo reconocían. Lenin y Trotsky jamás dejaron de referirse al aislamiento de la revolución y al retraso —y eventual postergación por tiempo indeterminado— de la revolución alemana. Esos factores históricos determinaron en gran medida el rumbo de la Revolución Rusa.

Durante 1918 Rosa Luxemburgo puso el acento una y otra vez en la importancia que tenía la revolución alemana para la supervivencia del régimen bolchevique.

«Todo lo que ocurre en Rusia es comprensible y representa una cadena inevitable de causas y efectos, cuyos eslabones primero y último son: el fracaso del proletariado alemán y la ocupación de Rusia por el imperialismo alemán. Les estaríamos exigiendo algo sobrehumano a Lenin y a sus camaradas si esperáramos que en semejantes circunstancias pudieran crear la mejor democracia, la más ejemplar dictadura del proletariado y una economía socialista floreciente. Con su posición revolucionaria, su fuerza ejemplar para la acción y su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, han hecho todo lo que era dable hacer en condiciones tan

endiabladamente difíciles… Los bolcheviques han demostrado que son capaces de hacer todo lo que un partido revolucionario puede hacer dentro de los límites de las posibilidades históricas. No pueden hacer milagros. Una revolución proletaria modelo e intachable en un país aislado y agotado por la guerra mundial, estrangulada por el imperialismo y traicionada por el proletariado internacional sería un milagro».

No podría pedirse una mejor declaración de apoyo a la Revolución Rusa ni una comprensión más clara de sus dificultades. Sus críticas están formuladas en ese marco.

Hacia fines de noviembre de 1918, una vez liberada de la cárcel, escribió a su viejo camarada de la dirección del PSDPyL Adolfo Warsawski, también llamado A. Warski, que en esa época residía en Varsovia:

«Si nuestro partido [PSDPyL] se siente entusiasmado con el bolchevismo y al mismo tiempo se opuso a la paz bolchevique de Brest-Litovsk, y además se opone a su línea de autodeterminación, entonces lo nuestro es entusiasmo combinado con un espíritu crítico. ¿Qué más se nos puede pedir?

»Compartía todas sus dudas y reservas, pero he desechado las que se refieren a las cuestiones más importantes y en las demás jamás fui tan lejos como usted. El terrorismo es síntoma de graves debilidades internas […] pero está dirigido contra enemigos que […] tienen apoyo y estímulo de los capitalistas extranjeros. Una vez que se produzca la revolución europea, los contrarrevolucionarios rusos no sólo perderán este apoyo; también, lo que es más importante, perderán todo su coraje. El terror bolchevique es, por sobre todas las cosas, el reflejo de la debilidad del proletariado europeo. Naturalmente, la situación agraria constituye el problema más grave de la Revolución Rusa. Pero aquí también es válido lo de que la más grande las revoluciones sólo puede lograr lo que ha madurado por [el desarrollo] de las circunstancias sociales. Sólo la revolución europea puede hacerlo. ¡Y se viene[20]!».

Las críticas más importantes que Rosa Luxemburgo formuló a la política bolchevique se dirigieron contra la firma del tratado de Brest-

Litovsk, la disolución de la Asamblea Constituyente, el reparto de la tierra a los campesinos y la violencia revolucionaria.

Se opuso a la decisión de los bolcheviques de firmar un tratado de paz por separado con el gobierno alemán a principios de 1918 porque pensaba que eso significaba ceder una gran parte de la Rusia revolucionaria a la contrarrevolución, es decir, al imperialismo alemán. Temía que postergara el fin de la guerra y condujera a una victoria de los ejércitos alemanes.

Aunque sus temores resultaron infundados, no era la única que los sustentaba. Los compartía casi la mayoría del Comité Central bolchevique. Recién después de que quedó claro que el ejército alemán tenía la intención y la capacidad de conquistar sectores aún mayores de territorio ruso mediante el avance militar, Lenin logró convencer a la mayoría del Comité Central de que debía firmarse el tratado de Brest-Litovsk, a pesar de los términos desfavorables. Lenin temía que el precio de no firmar un tratado de paz con las Potencias Centrales sería la firma de la paz entre Alemania y sus enemigos imperialistas, seguida de una coalición entre todas las potencias capitalistas para invadir la Rusia revolucionaria.

Dichos temores se materializaron posteriormente, a pesar de la firma del tratado de Brest-Litovsk, pero mientras tanto las masas rusas, hartas de guerra, ganaron un respiro, el gobierno revolucionario empezó a consolidarse, se profundizó el proceso revolucionario en los territorios ocupados por los alemanes y se sentaron las bases del Ejército Rojo; en fin, el tratado de Brest-Litovsk, a pesar de los temores de todos los que se le opusieron, fue la única salida para el gobierno bolchevique y posibilitó la victoria posterior de la revolución. No fue por opción sino por una necesidad de hierro que los bolcheviques firmaron el tratado.

Encerrada en la cárcel, Rosa criticó acerbamente la disolución de la Asamblea Constituyente, elegida inmediatamente después del triunfo de la Revolución de Octubre. Cambió de posición cuando se halló en libertad. Durante la insurrección revolucionaria de noviembre y diciembre de 1918 la Liga Espartaco comprendió rápidamente que el llamado a Asamblea Constituyente era el grito de guerra del PSD y de otros contrarrevolucionarios. Al llamado a Asamblea Constituyente, Espartaco opuso la consigna de traspaso del poder a los Consejos de Obreros y

Soldados. Así, obligados por la lógica de su propia lucha contra los personeros de la contrarrevolución, Espartaco elaboró una posición parecida a la bolchevique, y Rosa comprendió rápidamente que el problema no era tan simple como podía parecer desde Breslau.

Sin embargo, en el ensayo escrito en prisión su error fundamental en cuanto a la democracia revolucionaria fue el de ignorar el papel de los soviets, la institución más democrática de los tiempos modernos.

Los bolcheviques no disolvieron la Asamblea Constituyente porque la mayoría les era adversa. Si los bolcheviques y socialrevolucionarios de izquierda hubieran tenido la mayoría, se habrían disuelto y delegado su autoridad en los soviets, que de todas maneras detentaban el poder. Disolvieron la Asamblea Constituyente porque no era en absoluto representativa, como lo explica Trotsky en el trabajo citado por Rosa Luxemburgo, y lejos de constituir un organismo más de la democracia obrera, sujeto a la presión de las masas, se hubiera convertido rápidamente en una tribuna de la contrarrevolución. Una vez disuelta, desapareció la necesidad de la Asamblea Constituyente, puesto que los soviets asumieron las funciones de ese organismo.

Rosa Luxemburgo llegó rápidamente a la comprensión de estos problemas a través de sus experiencias en la revolución alemana.

Ella enmarca cuidadosamente sus críticas a la política agraria de los bolcheviques en las tareas históricas a realizar y en las tremendas dificultades que acarrea la victoria de la revolución socialista en uno de los países capitalistas más atrasados.

En los países de Europa Occidental las revoluciones burguesas habían destruido en gran medida las relaciones agrarias feudales; Rusia era un país donde la mayoría de los campesinos no poseían tierras. La Revolución de Febrero fue, para los campesinos, el inicio de la lucha contra los terratenientes, el despertar de su conciencia. A partir de las primeras consignas cautelosas, como la reducción de los arrendamientos y otras mejoras en su intolerable situación, el movimiento campesino ganó rápidamente en profundidad, envergadura y contenido político. Propiedad tras propiedad era saqueada, incendiada y la tierra distribuida, ya meses antes de la victoria de la Revolución de Octubre.

Aunque la división de las grandes propiedades figuraba formalmente en el programa de los socialrevolucionarios, el partido de masas del campesinado, éstos se opusieron a la toma de la tierra por los campesinos porque esas acciones hacían peligrar el apoyo de la burguesía terrateniente a la coalición gubernamental que integraban los socialrevolucionarios.

Durante el verano y el otoño de 1917, cuando el gobierno menchevique eserista (socialrevolucionario) comenzó a enviar tropas contra los campesinos y para protección de los terratenientes, el campesinado comenzó a respaldar más y más a los bolcheviques, que prometían apoyar la toma de las tierras.

En otras palabras, la expropiación de las grandes propiedades y la distribución de la tierra entre los campesinos no era simplemente una política realizada por los bolcheviques, sino un *hecho* en gran medida consumado antes de la llegada de los bolcheviques al poder. Oponerse a la división de las grandes propiedades hubiera provocado una guerra contra el campesinado y la derrota de la revolución, así como esa política por parte de los mencheviques provocó la caída del gobierno burgués.

Así lo reconoció Rosa Luxemburgo: «La solución del problema mediante la toma y distribución directa e inmediata de la tierra por los campesinos fue seguramente la fórmula más breve, simple y clara para lograr dos cosas: liquidar la gran propiedad terrateniente y ligar a los campesinos al gobierno revolucionario en forma inmediata. Como medida política de fortalecimiento del gobierno socialista proletario, fue una jugada táctica excelente».

Acertó, desde luego, cuando señaló los peligros que ello podría entrañar para la revolución si el proceso no se revertía y si un sector importante de campesinos ricos llegaba a incrementar su poder. Reconoció la necesidad absoluta de solucionar el problema agrario, que la revolución burguesa jamás había resuelto en el imperio zarista; pero no vio cómo esta tarea se combinaba con las tareas de la revolución proletaria. Aprobó la nacionalización de las grandes propiedades pero propuso que se las dejara intactas y se las hiciera funcionar como unidades agrícolas en gran escala. Aunque correcta en teoría, esa política estaba mucho más allá de las posibilidades históricas.

Los bolcheviques ganaron el apoyo del campesinado con la política agraria que adoptaron, y sólo la alianza con los campesinos permitió a la revolución derrotar a las fuerzas contrarrevolucionarias coligadas.

La última gran crítica de Rosa Luxemburgo a la política bolchevique estaba dirigida contra la utilización de la violencia para aplastar la contrarrevolución. Su posición era fundamentalmente moral, un rechazo humanitario de la utilización de la fuerza o la violencia para destruir una vida. Pero sería erróneo colocarla en el campo de los pacifistas liberales que se oponen hipócritamente a todo tipo de violencia.

Estaba totalmente de acuerdo en que de ninguna manera puede compararse la violencia del oprimido con la del opresor. Ésta se justifica, la otra no. No había en su mente confusión alguna en cuanto al origen de la violencia y destrucción más grandes que había conocido la humanidad. El 24 de noviembre de 1918 escribió en *Rote Fahne*:

«[Aquellos] que enviaron a 1,5 millones de jóvenes alemanes a la masacre sin pestañear, que durante cuatro años apoyaron con todos los medios a su disposición el derramamiento de sangre más grande que conozca la humanidad, se enronquecen gritando sobre el “terror” y las supuestas “monstruosidades” de la dictadura del proletariado. Pero estos caballeros deberían contemplar su propia historia[21]».

Comprendió muy bien que ninguna revolución podía consolidarse sin aplastar violentamente a las viejas fuerzas dominantes; ninguna revolución en la historia había logrado triunfar sin emplear la violencia, ninguna lo lograría. Pero deseaba fervientemente lo contrario y se lamentaba de que las fuerzas revolucionarias en la Unión Soviética fueran tan débiles que tenían que recurrir a la violencia para aplastar a la contrarrevolución.

Al mismo tiempo comprendía que la debilidad de la revolución era un reflejo de su aislamiento internacional. Comprendía que el triunfo de la revolución en Alemania disminuiría la necesidad de la violencia en Rusia y que cada triunfo revolucionario debilitaría a las fuerzas de la contrarrevolución y disminuiría la necesidad de la violencia.

Una vez más, sus críticas a los bolcheviques se reducían a exhortar a los obreros alemanes a acudir en ayuda de sus camaradas rusos. Cuando escribió: «No cabe duda […] de que Lenin y Trotsky […] han adoptado

más de una medida decisiva con grandes vacilaciones internas y oponiéndose íntimamente a ello», se refería probablemente a la violencia y la íntima repugnancia que le provocaba, aunque entendía plenamente su necesidad. Comprendía que en caso de triunfar la contrarrevolución la violencia que ésta desataría sería infinitamente más implacable y bárbara que la violencia revolucionaria de la clase que actuaba con la historia a su favor.

Rosa Luxemburgo concluye su artículo sobre la Revolución Rusa en el mismo tono con que lo inicia: con el apoyo inequívoco a los bolcheviques, proclamando que el futuro del mundo está en manos del bolchevismo.

Sólo los más necios e hipócritas son capaces de distorsionar sus ideas para hacerla aparecer como enemiga del comunismo. Sus propias palabras la defienden mejor que cualquier comentario:

«Todo lo que un partido podía dar en cuanto a coraje, clarividencia revolucionaria y coherencia, Lenin, Trotsky y sus camaradas lo han brindado en buena medida. El honor y capacidad revolucionaria que le falta a la socialdemocracia occidental, lo tienen los bolcheviques. Su Insurrección de Octubre no fue sólo la salvación de la Revolución Rusa; fue también la salvación del honor del socialismo internacional».

Una revolucionaria

Esta selección relata la vida de Rosa Luxemburgo a través de sus propias palabras. Registra sus principales batallas, las posiciones que asumió en todas las cuestiones importantes que en su momento dividieron a la izquierda, las respuestas que dio a los que no concordaban con ella. Como se dijo más arriba, pocos de sus contemporáneos pudieron demostrar tanta coherencia revolucionaria.

En cierta manera, los escritos dicen más sobre ella que cualquier biografía. Han sido dispuestos en orden cronológico para mostrar su vida y sus ideas políticas en desarrollo. La creciente madurez y confianza que reflejan sus escritos, al igual que su estilo más fluido, se vuelven obvios a

medida que se avanza en ellos. La lectura de los primeros escritos requiere mayor esfuerzo. Parecen más rígidos y cohibidos. El estilo de todos los escritos parece un poco retórico, al menos para el lector moderno, y más de una vez uno desea que ella hubiera dicho lo que quería decir y pasado a otra cosa. Pero, al igual que muchos intelectuales revolucionarios de su generación, se ganaba la vida con el periodismo, y éste no es un gran incentivo para la brevedad de estilo.

Sin embargo, sus artículos están bien construidos, sin cabos sueltos ni argumentos extraños. Su estilo es irónico y agudo, sobre todo cuando se dirige a sus archienemigos del PSD y expresa todo su desprecio por su cobardía, su oportunismo y su rastrerismo ante el poder omnipotente del capital.

La información biográfica e histórica de las notas introductorias a cada escrito proviene en gran medida de las biografías de Paul Frölich y J. P. Nettl.

Frölich fue dirigente de la Liga Espartaco en los meses que siguieron a la Primera Guerra Mundial. La Liga se convirtió en Partido Comunista Alemán y él permaneció en el mismo durante casi diez años. Fue expulsado en 1928 y luego pasó por una serie de agrupaciones políticas. Escribió su biografía de Rosa Luxemburgo a fines de los años 30, cuando estaba exiliado en Francia luego del ascenso de Hitler al poder. Esta biografía brinda mucha información de primera mano, sobre todo acerca de los últimos meses de vida de Rosa, pero sus juicios políticos se ven afectados por el subjetivismo. Por ejemplo, tiende a supersimplificar las razones del fracaso de la Revolución Alemana de 1919, atribuyéndolo a las condiciones extremadamente difíciles, como si todas las revoluciones no se realizaran bajo «circunstancias extremadamente difíciles». No trata adecuadamente las diferencias entre las organizaciones construidas respectivamente por Rosa Luxemburgo y por Lenin.

La biografía en dos tomos de J. P. Nettl apareció en 1966 y es sumamente valiosa desde el punto de vista de la investigación y el trabajo académico. La biografía de Nettl es más digna de confianza que la de Frölich en cuanto a nombres, fechas y otros datos. Tiene anotaciones y referencias extensas y es muy rica en informes sobre la vida y escritos,

libros, folletos, artículos periodísticos y correspondencia de Rosa Luxemburgo. Es muy valiosa su investigación sobre sus trabajos en Polonia.

Desgraciadamente, Nettl no hace un cuadro de la época en la que Rosa vivió y no comprende la esencia de muchas de sus polémicas políticas. Su antileninismo mal informado es tan irritante como su actitud profesoral, pero su trabajo será sin duda la biografía más completa que tendremos por mucho tiempo.

Poco puede decirse en conclusión sobre Rosa Luxemburgo que no parezca superfluo. Su seriedad, su dedicación abnegada a la liberación de la humanidad, su disciplina y su coraje se reflejan en las páginas que siguen. El mayor tributo que puede rendírsele es proclamar que en lo más profundo de su ser Rosa Luxemburgo fue una revolucionaria: una de las más grandes que produjo la humanidad.

Mary Alice Waters

REFORMA O REVOLUCIÓN

[Reforma o Revolución es la primera gran obra política de Rosa Luxemburgo y una de las que más perduran. Ella misma la consideró con acierto la obra que le ganaría el reconocimiento político en el Partido Social Demócrata Alemán, y obligaría a la «vieja guardia» a considerarla una verdadera dirigente política, a pesar de que era veinteañera, extranjera y mujer.

Rosa abandonó Suiza, donde acababa de obtener el doctorado, y se trasladó a Berlín en mayo de 1898. Inmediatamente se vio envuelta en la pugna en torno al revisionismo en el PSD.

De 1897 a 1898 Eduard Bernstein[22] publicó una serie de artículos en *Neue Zeit*, órgano teórico del PSD, en los que trató de refutar las premisas básicas del socialismo científico, fundamentalmente la afirmación marxista de que el capitalismo lleva en su seno los gérmenes de su propia destrucción, y que no puede mantenerse para siempre. Negó la concepción materialista de la historia, la creciente agudeza de las contradicciones capitalistas y la teoría de la lucha de clases. Llegó a la conclusión de que la revolución era innecesaria, que se podía llegar al socialismo mediante la reforma gradual del sistema capitalista, a través de mecanismos tales como las cooperativas de consumo, los sindicatos y la extensión gradual de la democracia política. El PSD —dijo— debe transformarse de partido para la revolución social en partido para la reforma social. Posteriormente sus ideas adquirieron una forma más elaborada en su libro *Die Voraussetyungen des Sojialismus und die Aufgaben der Sojialdemokmtie* (Las premisas para el socialismo y las tareas de la socialdemocracia).

Cuando comenzaron a aparecer los artículos de Bernstein, la dirección del PSD tomó la controversia a la ligera. Bernstein era amigo íntimo de toda la dirección partidaria: August Bebel, Karl Kautsky, Wilhelm Liebknecht, Ignaz Auer y otros[23]. Era uno de los albaceas literarios de Engels y exdirector de uno de los periódicos socialdemócratas. Kautsky, director del *Neue Zeit*, aceptó de buen grado la publicación de los artículos. La actitud de uno de los periódicos socialdemócratas, el *Leipziger Volkszeitung*, fue altamente sintomática: «Observaciones interesantes que, de todas maneras, culminan en una conclusión falsa; algo que siempre puede ocurrir, sobre todo a personas inquietas y de espíritu crítico; no es más que eso».

Aunque lo negó ruidosamente, los escritos de Bernstein intentaban por primera vez dar una justificación teórica sistemática a aquellas corrientes del PSD que en la práctica repudiaban el marxismo revolucionario, es decir, la base, de su programa. Pero no estaba solo, por cierto. Contaba con muchos partidarios entre los intelectuales socialistas, los gremialistas y los alemanes del sud. [Sumamente significativa era la posición sostenida por estos últimos. El PSD había sido fundado en 1875 e ilegalizado en 1878. A pesar de su *status* ilegal, creció rápidamente y, cuando se derogaron las leyes antisocialistas en 1890, el partido surgió como una importante fuerza política legal, con un bloque fuerte en el Reichstag[24] federal y en varias legislaturas provinciales. Bajo su dirección se construyó un poderoso movimiento sindical. En la Internacional[25] el PSD era sin duda el «gran» partido, el modelo para toda la Internacional.

Pero la corriente reformista de la que Bernstein sería el teórico comenzó a desarrollarse tempranamente. Durante la etapa prolongada de paz y la relativa prosperidad europea de fines de siglo, encontró terreno fértil para crecer. Una de sus primeras manifestaciones fue la política del «particularismo sudalemán».

La política oficial del PSD de «ni un hombre, ni un centavo para este sistema» se traducía en el accionar legislativo, a nivel federal, en el rechazo incondicional de todo presupuesto, ya que los gravámenes sobre los obreros y campesinos servían para mantener la tiranía del

estado capitalista alemán y las cortes, la policía y el ejército de la clase dominante. Pero ya en 1891 los diputados socialdemócratas de Württemberg, Bavaria y Baden, argumentando las condiciones especiales que imperaban en el sur de Alemania, votaron a favor de los presupuestos provinciales, con el pretexto de que, puesto que sus votos eran a menudo decisivos, podían utilizar su peso político para obtener de la burguesía concesiones y un presupuesto «mejor» para mantener el capitalismo. Aunque esta práctica era ampliamente repudiada en el PSD, se mantuvo el mito del particularismo sureño, y varias mociones tendientes a prohibirles a los diputados del PSD que votaran a favor de *cualquier* presupuesto, federal, provincial o comunal, fueron derrotadas en los congresos nacionales de 1894 y 1895. (Después del congreso de 1894 el propio Engels envió una carta a Liebknecht, fechada el 27 de noviembre de 1894, en la que criticaba severamente la actitud del dirigente provincial del sur Georg Von Vollmar[26] y protestaba contra ésta).

Estas tendencias derechistas en el seno del PSD, decididas a reformar el capitalismo, constituían la base más firme para las teorías de Bernstein.

Cuando llegó Rosa Luxemburgo la batalla apenas despuntaba. Mientras que la mayoría del ejecutivo discrepaba con Bernstein, actuaba como si esperara que la controversia se liquidara sola de algún modo. Karl Kautsky, principal teórico del PSD, adujo su falta de tiempo y su gran amistad con Bernstein para no polemizar. Ninguno de los periódicos partidarios contestaba sistemáticamente a las teorías de Bernstein, con la excepción del *Sächsische Arbeiterzeitung* en que Parvus[27], emigrado ruso y director del periódico, hacía una crítica implacable.

Rosa Luxemburgo entró en escena con los artículos reproducidos aquí. La primera parte apareció en el *Leipziger Volkszeitung* de septiembre de 1898. En abril de 1899 publicó un segundo artículo en respuesta a *Die Voraussetzungen…* Los dos artículos aparecieron bajo el título de *Reforma o Revolución* en 1900. La segunda edición apareció en 1908. Esta traducción sigue la versión inglesa de Integer.

La discusión prosiguió en el seno del partido y de la Segunda Internacional durante algunos años. Al principio el ejecutivo del PSD alentó la discusión teórica, manteniendo una posición ambivalente, pero no era posible ignorar por mucho tiempo las consecuencias prácticas del hecho de que Bernstein abandonara la perspectiva revolucionaria. Los dirigentes alemanes e internacionales entraron, uno tras otro, en la lucha contra el revisionismo. La polémica se extendió a toda la Internacional.

En los congresos del partido de 1901 y 1903, y en el congreso internacional de 1904, se aprobaron resoluciones de repudio a la base teórica del revisionismo. Sin embargo, Bernstein, Vollmar y otros teóricos del revisionismo permanecieron en el PSD; y en qué medida el triunfo sobre el revisionismo resultó ser una victoria sin contenido, inclusive en esa fecha, lo demuestra el hecho de que el propio Bernstein, que no había cambiado su parecer, votó a favor de dichas resoluciones.

Como dijo Ignaz Auer, secretario del PSD, en carta a Bernstein, «Mi querido Ede, uno no toma formalmente la decisión de hacer las cosas que tú sugieres, uno no *dice* esas cosas, simplemente las hace».

La mayoría del PSD siguió inconscientemente la fórmula de Auer, como se demostró quince años después, cuando el partido votó formalmente el apoyo al gobierno imperialista en la Primera Guerra Mundial, una traición de los principios más elementales del internacionalismo proletario y el marxismo revolucionario. Como dijo Rosa Luxemburgo, la controversia con Bernstein pone sobre el tapete «la existencia misma del movimiento socialdemócrata».

El hecho de que ella fue la primera en advertirlo y dar la alarma le asegura un sitio permanente en el cuadro de honor revolucionario, aunque jamás hubiera hecho otra cosa de importancia.]

Introducción de la autora

A primera vista, el título de esta obra puede provocar sorpresa. ¿Es posible que la socialdemocracia se oponga a las reformas? ¿Podemos

contraponer la revolución social, la transformación del orden imperante, nuestro objetivo final, a la reforma social? De ninguna manera. La lucha cotidiana por las reformas, por el mejoramiento de la situación de los obreros en el marco del orden social imperante y por instituciones democráticas ofrece a la socialdemocracia el único medio de participar en la lucha de la clase obrera y de empeñarse en el sentido de su objetivo final: la conquista del poder político y la supresión del trabajo asalariado. Entre la reforma social y la revolución existe, para la socialdemocracia, un vínculo indisoluble. La lucha por reformas es el medio; la revolución social, el fin.

Es en la teoría de Eduard Bernstein, expuesta en sus artículos acerca de «problemas del socialismo», *Neue Zeit* 1897-1898, y en su libro *Die Voraussetzungen des Sozialismus und die Aufgaben der Sozialdemokratie* [Las premisas para el socialismo y las tareas de la Socialdemocracia] que encontramos por primera vez la oposición de ambos factores en el movimiento obrero. Su teoría tiende a aconsejarnos que renunciemos a la transformación social, objetivo final de la socialdemocracia, y hagamos de la reforma social, el medio de la lucha de clases, su fin último. El propio Bernstein lo ha dicho claramente y en su estilo habitual: «El objetivo final, sea cual fuere, es nada; el movimiento es todo».

Pero puesto que el objetivo final del socialismo es el único factor decisivo que distingue al movimiento socialdemócrata de la democracia y el radicalismo burgueses, el único factor que transforma la movilización obrera de conjunto de vano esfuerzo por reformar el orden capitalista en lucha de clases contra ese orden, para suprimir ese orden, la pregunta «reforma o revolución», tal como la plantea Bernstein es, para la socialdemocracia, el «ser o no ser». En la controversia con Bernstein y sus correligionarios, todo el partido debe comprender claramente que no se trata de tal o cual método de lucha, del empleo de tal o cual táctica, sino de la existencia misma del movimiento socialdemócrata.

Un vistazo superficial a la teoría de Bernstein puede provocar la impresión de que todo esto es una exageración. ¿Acaso él no menciona continuamente a la socialdemocracia y sus objetivos? ¿Acaso pierde ocasión de repetir, en lenguaje muy explícito, que él también lucha por el objetivo final del socialismo, pero de otra manera? ¿Acaso no destaca

especialmente que aprueba en todo el accionar actual de la socialdemocracia?

No cabe duda de que sí. También es cierto que todo movimiento nuevo, cuando empieza a formular su teoría y política, parte de apoyarse en el movimiento precedente, aunque se encuentre en contradicción directa con el mismo. Comienza adaptándose a las formas que tiene más a mano y hablando el idioma utilizado hasta entonces. A su tiempo, el nuevo grano sale de la vieja vaina. El nuevo movimiento encuentra sus propias formas y lenguaje.

Esperar que una oposición al socialismo científico exprese desde el comienzo con toda claridad, íntegramente y hasta sus últimas consecuencias su verdadero contenido; esperar que niegue abierta y categóricamente el fundamento teórico de la socialdemocracia: esto equivale a subestimar el poder del socialismo científico. Quien desee hacerse pasar por socialista y, a la vez, declarar la guerra contra la doctrina marxista, el producto más extraordinario de la mente humana de este siglo, debe partir de una estima involuntaria por Marx. Debe reconocerse discípulo suyo, buscando en las enseñanzas de Marx los puntos de apoyo para lanzar un ataque contra éste, a la vez que califica a su ataque de desarrollo de la doctrina marxista. Por ello debemos desechar las formas externas de la teoría de Bernstein, para llegar al meollo que esconden. Se trata de una necesidad apremiante para las amplias capas del proletariado industrial que militan en nuestro partido.

No se puede arrojar contra los obreros insulto más grosero ni calumnia más indigna que la frase «las polémicas teóricas son sólo para los académicos». Hace un tiempo Lassalle[28] dijo: «Recién cuando la ciencia y los obreros, polos opuestos de la sociedad, se aúnen, aplastarán en sus brazos de acero todo obstáculo hacia la cultura». Toda la fuerza del movimiento obrero moderno descansa sobre el conocimiento científico.

Pero en este caso particular este conocimiento es doblemente importante para los obreros, porque lo que está en juego aquí son los obreros y su influencia en el partido. Es su pellejo lo que está en juego. La teoría oportunista del partido, la teoría formulada por Bernstein, no es sino el intento inconsciente de garantizar la supremacía de los elementos pequeñoburgueses que han ingresado al partido, de torcer el rumbo de la

política y objetivos de nuestro partido en esa dirección. El problema de reforma o revolución, de objetivo final y movimiento es, fundamentalmente, bajo otra forma, el problema del carácter pequeñoburgués o proletario del movimiento obrero.

Interesa, por tanto, a la masa proletaria del partido, conocer, activa y detalladamente, la actual polémica teórica con el oportunismo. Mientras el conocimiento teórico siga siendo el privilegio de un puñado de «académicos» en nuestro partido, éstos corren el peligro de desviarse. Recién cuando la gran masa de obreros tome en sus manos las armas afiladas del socialismo científico, todas las tendencias pequeñoburguesas, las corrientes oportunistas, serán liquidadas. El movimiento se encontrará sobre terreno firme y seguro. «La cantidad lo hará».

Berlín, 18 de abril de 1899

Primera Parte

El método oportunista

Si es cierto que las teorías son sólo imágenes de los fenómenos externos en la conciencia humana, debe agregarse, respecto del sistema de Eduard Bernstein, que las teorías suelen ser imágenes invertidas. Pensad en una teoría que pretende instaurar el socialismo mediante reformas sociales ante el estancamiento total del movimiento reformista alemán. Pensad en una teoría del control sindical de la producción ante la derrota de los obreros metalúrgicos en Inglaterra. Considerad la teoría de ganar una mayoría en el parlamento, después de la revisión de la constitución de Sajonia y ante los atentados más recientes contra el sufragio universal. Sin embargo, el eje del sistema de Bernstein no reside en su concepción de las tareas prácticas de la socialdemocracia. Está en su posición acerca del proceso objetivo del desarrollo de la sociedad capitalista, el que a su vez está estrechamente ligado a su concepción de las tareas prácticas de la socialdemocracia.

Bernstein considera que la decadencia general del capitalismo aparece como algo cada vez más improbable porque, por un lado, el capitalismo demuestra mayor capacidad de adaptación y, por el otro, la producción capitalista se vuelve cada vez más variada.

La capacidad de adaptación del capitalismo, dice Bernstein, se manifiesta en la desaparición de las crisis generales, resultado del desarrollo del sistema de crédito, las organizaciones patronales, mejores medios de comunicación y servicios informativos. Se ve, secundariamente, en la persistencia de las clases medias, que surge de la diferenciación de las ramas de producción y la elevación de sectores enormes del proletariado al nivel de la clase media. Lo prueba además, dice Bernstein, el mejoramiento de la situación política y económica del proletariado como resultado de su movilización sindical.

De esta posición teórica derivan las conclusiones generales acerca de las tareas prácticas de la socialdemocracia. Ésta no debe encaminar su actividad cotidiana a la conquista del poder político sino al mejoramiento de la situación de la clase obrera dentro del orden imperante. No debe aspirar a instaurar el socialismo como resultado de una crisis política y social, sino que debe construir el socialismo mediante la extensión gradual del control social y la aplicación gradual del principio del cooperativismo.

El mismísimo Bernstein no encuentra nada de nuevo en sus teorías. Todo lo contrario, cree que concuerdan con ciertas declaraciones de Marx y Engels. Así y todo, nos parece difícil negar que se encuentran en contradicción formal con las concepciones del socialismo científico.

Si el revisionismo de Bernstein consistiera en afirmar que la marcha del desarrollo capitalista es más lenta de lo que se pensaba antes, simplemente estaría presentando un argumento a favor de la postergación de la conquista del poder por el proletariado, en lo que todos estaban de acuerdo hasta ahora. Su única consecuencia sería la de disminuir el ritmo de la lucha.

Pero no se trata de eso. Lo que Bernstein cuestiona no es la rapidez del desarrollo de la sociedad capitalista, sino la marcha misma de ese desarrollo y, en consecuencia, la posibilidad misma de efectuar el vuelco al socialismo.

Hasta ahora la teoría socialista afirmaba que el punto de partida para la transformación hacia el socialismo sería una crisis general catastrófica. En esta concepción debemos distinguir dos aspectos: la idea fundamental y su forma exterior.

La idea fundamental es la afirmación de que el capitalismo, en virtud de sus propias contradicciones internas, avanza hacia una situación de desequilibrio que le impedirá seguir existiendo. Había buenas razones para concebir que la coyuntura asumiría la forma de una catastrófica crisis comercial general. Pero su importancia es secundaria frente a la idea fundamental.

El fundamento científico del socialismo reside, como se sabe, en los tres resultados principales del desarrollo capitalista. Primero, la anarquía creciente de la economía capitalista, que conduce inevitablemente a su ruina. Segundo, la socialización progresiva del proceso de producción, que crea los gérmenes del futuro orden social. Y tercero, la creciente organización y conciencia de la clase proletaria, que constituye el factor activo en la revolución que se avecina.

Bernstein desecha el primero de los tres pilares fundamentales del socialismo científico. Dice que el desarrollo del capitalismo no va a desembocar en un colapso económico general.

No rechaza cierta forma de colapso. Rechaza la mera posibilidad de colapso. Dice textualmente: «Se podría decir que el colapso de esta sociedad significa algo más que una crisis comercial general, peor que todas las demás, o sea un colapso total del sistema capitalista provocado por sus propias contradicciones internas». Y a esto responde: «Con el creciente desarrollo de la sociedad el colapso general del sistema de producción imperante se vuelve cada vez menos probable, porque el desarrollo del capitalismo aumenta su capacidad de adaptación y, a la vez, la diversificación de la industria». (*Neue Zeit,* 1897-1898, vol. 18, p. 551).

Pero aquí surge el interrogante: en ese caso, ¿cómo y por qué alcanzaremos el objetivo final? Según el socialismo científico, la necesidad histórica de la revolución socialista se revela sobre todo en la anarquía creciente del capitalismo, que provoca el *impasse* del sistema. Pero si uno concuerda con Bernstein en que el desarrollo capitalista no se dirige hacia

su propia ruina, entonces el socialismo deja de ser una necesidad objetiva. Y quedan otros dos pilares de la explicación científica del socialismo, que también se supone que sean consecuencias del capitalismo: la socialización de los medios de producción y la conciencia creciente del proletariado. Bernstein las tiene en cuenta cuando dice: «La supresión de la teoría del colapso de ninguna manera priva a la doctrina socialista de su poder de persuasión. Porque, si los examinamos de cerca, ¿qué son los factores que enumeramos y que hacen a la supresión de la modificación de las crisis anteriores? No son sino las condiciones, e inclusive en parte los gérmenes, de la socialización de la producción y el cambio». (Neue *Zeit*, 1897-1898, vol. 18, p. 554).

No se necesita pensar mucho para comprender que aquí también nos encontramos ante una conclusión falsa. ¿Dónde está la importancia de los fenómenos que, según Bernstein, son los medios de adaptación del capitalismo: los monopolios, el sistema crediticio, el desarrollo de los medios de comunicación, el mejoramiento de la situación de la clase obrera, etcétera? Obviamente, en que suprimen, o al menos atenúan, las contradicciones internas de la economía capitalista y detienen el desarrollo o agravamiento de dichas contradicciones. Así, la supresión de las crisis sólo puede significar la supresión del antagonismo entre producción y cambio sobre una base capitalista. El mejoramiento de la situación de la clase obrera o la penetración de ciertos sectores de la clase obrera en las capas medias sólo puede significar la atenuación del conflicto entre el capital y el trabajo. Pero si los factores mencionados suprimen las contradicciones capitalistas y en consecuencia salvan al sistema de su ruina, si le permiten al capitalismo mantenerse —por eso Bernstein los llama «medios de adaptación»—, ¿cómo pueden los cárteles, el sistema de crédito, los sindicatos, etcétera, ser al mismo tiempo «las condiciones e inclusive en parte los gérmenes» del socialismo? Es obvio que solamente en el sentido de que expresan más claramente el carácter social de la producción.

Pero al presentarlo en su forma capitalista, los mismos factores hacen superflua, a su vez, en la misma medida, la transformación de esta producción socializada en producción socialista. Por eso sólo pueden ser

gérmenes o condiciones para el orden socialista en un sentido teórico, no histórico. Son fenómenos que, a la luz de nuestra concepción del socialismo, sabemos que están relacionados con el socialismo pero que, de hecho, no conducen a la revolución socialista sino que, por el contrario, la hacen superflua.

Queda una sola fuerza que posibilita el socialismo: la conciencia de clase del proletariado. Pero ésta, también, en el caso dado, no es el mero reflejo intelectual de las contradicciones crecientes del capitalismo y de su decadencia próxima. No es más que un ideal cuya fuerza de persuasión reside únicamente en la perfección que se le atribuye.

Tenemos aquí, en pocas palabras, la explicación del programa socialista mediante la «razón pura». Tenemos aquí, para expresarlo en palabras más simples, la explicación idealista del socialismo. La necesidad objetiva del socialismo, la explicación del socialismo como resultado del desarrollo material de la sociedad, se viene abajo.

La teoría revisionista llega así a un dilema. O la transformación socialista es, como se decía hasta ahora, consecuencia de las contradicciones internas del capitalismo, que se agravan con el desarrollo del capitalismo y provocan inevitablemente, en algún momento, su colapso (en cuyo caso «los medios de adaptación» son ineficaces y la teoría del colapso es correcta); o los «medios de adaptación» realmente detendrán el colapso del sistema capitalista y por lo tanto le permitirán mantenerse mediante la supresión de sus propias contracciones. En ese caso, el socialismo deja de ser una necesidad histórica. Se convierte en lo que queráis llamarlo, pero ya no es resultado del desarrollo material de la sociedad.

Este dilema conduce a otro. O el revisionismo tiene una posición correcta sobre el curso del desarrollo capitalista y, por tanto, la transformación socialista de la sociedad es sólo una utopía, o el socialismo no es una utopía y la teoría de «los medios de adaptación» es falsa. He ahí la cuestión en pocas palabras.

La adaptación del capitalismo

Según Bernstein, el sistema crediticio, los medios perfeccionados de comunicación y las nuevas combinaciones capitalistas son factores importantes que favorecen la adaptación de la economía capitalista.

El crédito posee diversas aplicaciones en el capitalismo. Sus dos funciones más importantes son extender la producción y facilitar el intercambio. Cuando la tendencia interna de la producción capitalista a extenderse ilimitadamente choca contra las restricciones de la propiedad privada, el crédito aparece como medio para superar esos límites en forma típicamente capitalista. El crédito, a través de las acciones, combina en un gran capital muchos capitales individuales. Pone al alcance de cada capitalista el uso del dinero de otros capitalistas, bajo la forma del crédito industrial. En tanto que crédito comercial acelera el intercambio de mercancías y con ello la reinversión del capital en la producción y así ayuda a todo el ciclo del proceso de producción. La manera en que ambas funciones del crédito influyen sobre las crisis es bastante obvia. Si es cierto que las crisis surgen como resultado de la contradicción entre la capacidad de extensión, la tendencia al incremento de la producción y la capacidad de consumo restringida del mercado, el crédito es precisamente, a la luz de lo que decimos más arriba, el medio específico que hace que dicha contradicción estalle con la mayor frecuencia. En primer lugar, aumenta desproporcionadamente la capacidad de extensión de la producción y constituye así una fuerza motriz interna que lleva a la producción a exceder constantemente los límites del mercado. Pero el crédito golpea desde dos flancos. Después de provocar (como factor del proceso de producción) la sobreproducción, durante la crisis destruye (en tanto que factor de intercambio) las fuerzas productivas que él mismo engendró. Al primer síntoma de la crisis el crédito desaparece. Abandona el intercambio allí donde éste sería aún indispensable y, apareciendo ineficaz e inútil allí donde sigue existiendo algún intercambio, reduce al mínimo la capacidad de consumo del mercado.

Además de estos dos resultados principales, el crédito también influye en la formación de las crisis de otras maneras. Constituye un medio técnico que le permite al empresario tener acceso al capital de los demás. Estimula, a la vez, la utilización audaz e inescrupulosa de la propiedad ajena. Es decir,

que conduce a la especulación. El crédito no sólo agrava la crisis en su calidad de medio de cambio encubierto, también ayuda a provocar y extender la crisis transformando el intercambio en un mecanismo sumamente complejo y artificial que, puesto que su base real la constituye un mínimo de dinero efectivo, se descompone al menor estímulo.

Vemos que el crédito en lugar de servir de instrumento para suprimir o paliar las crisis es, por el contrario, una herramienta singularmente potente para la formación de crisis. No puede ser de otra manera. El crédito elimina lo que quedaba de rigidez en las relaciones capitalistas. Introduce en todas partes la mayor elasticidad posible. Vuelve a todas las fuerzas capitalistas extensibles, relativas, y sensibles entre ellas al máximo. Esto facilita y agrava las crisis, que no son sino choques periódicos entre las fuerzas contradictorias de la economía capitalista.

Esto nos lleva a otro problema. ¿Por qué aparece el crédito generalmente como un «medio de adaptación» del capitalismo? Sea cual fuere la forma o la relación en la que ciertas personas representan esta «adaptación», obviamente sólo puede consistir en su poder de suprimir una de las varias relaciones antagónicas de la economía capitalista, es decir, en el poder de suprimir o debilitar una de esas contradicciones y permitir la libertad de movimientos, en tal o cual momento, a las fuerzas productivas que de otro modo se encontrarían atadas. En realidad, es precisamente el crédito el que agrava estas relaciones al máximo. Agrava el antagonismo entre el modo de producción y el modo de cambio forzando la producción hasta el límite y, a la vez, paralizando el intercambio al menor pretexto. Agrava el antagonismo entre el modo de producción y el modo de apropiación separando la producción de la propiedad, es decir, transformando el capital empleado en la producción en capital «social» y transformando a la vez parte de la ganancia, bajo la forma de interés sobre el capital, en un simple título de propiedad. Agrava el antagonismo entre las relaciones de propiedad (apropiación) y las relaciones de producción dejando en pocas manos inmensas fuerzas productivas y expropiando a un gran número de pequeños capitalistas. Por último, agrava el antagonismo existente entre el carácter social de la producción y la propiedad privada capitalista volviendo innecesaria la ingerencia del estado en la producción.

En resumen, el crédito reproduce todos los antagonismos fundamentales del mundo capitalista. Los acentúa. Precipita su desarrollo y empuja así al mundo capitalista hacia su propia destrucción. El primer acto de adaptación capitalista, en lo que al crédito se refiere, debería ser el de destruir y suprimir el crédito. En realidad, el crédito de ninguna manera es un medio de adaptación capitalista. Es, por el contrario, un medio de destrucción de primera importancia revolucionaria. ¿Acaso el carácter revolucionario del crédito no ha inspirado planes de reforma «socialista»? Como tal no le han faltado distinguidos defensores, algunos de los cuales (Isaac Pereira en Francia) eran, al decir de Marx, mitad profetas, mitad pícaros.

Igualmente frágil es el segundo «medio de adaptación»: las organizaciones patronales. Dichas organizaciones, según Bernstein, terminarán con la anarquía de la producción y liquidarán las crisis regulando la producción. Las múltiples repercusiones de los cárteles y trusts no han sido objeto de estudio profundo hasta el momento. Pero representan un problema que sólo la teoría marxista puede resolver.

Una cosa es cierta. Podríamos hablar de poner coto a la anarquía capitalista mediante combinaciones capitalistas sólo en la medida en que los cárteles, trusts, etcétera se vuelvan, aunque más no sea aproximadamente, la forma dominante de producción. Pero la naturaleza propia de los cárteles excluye esa posibilidad. El objetivo y resultado económico final de las combinaciones es lo que pasamos a describir. Mediante la supresión de la competencia en una rama dada de la producción, la distribución de una masa de ganancias obtenida en el mercado se ve influida de manera tal que hay un incremento en la parte de las ganancias que le corresponde a esa rama de la industria. Semejante organización del mercado sólo puede aumentar la tasa de ganancia de una rama de la industria a expensas de otra. Es precisamente por eso que no puede generalizarse, porque cuando se extiende a todas las ramas importantes de la industria esta tendencia suprime su propia influencia.

Además, dentro de los límites de su aplicación práctica, el resultado de las combinaciones es diametralmente opuesto a la supresión de la anarquía industrial. Los cárteles generalmente incrementan sus ganancias en el mercado doméstico, produciendo a menor tasa de ganancia para el mercado

externo, utilizando así el suplemento de capital que no pueden utilizar para las necesidades internas. Eso significa que venden más barato en el exterior que en el interior. El resultado es la agudización de la competencia en el extranjero: lo contrario de lo que cierta gente quiere hallar. Un buen ejemplo lo proporciona la historia de la industria azucarera mundial.

En términos generales, las industrias asociadas, vistas como manifestación del modo capitalista de producción, constituyen una fase definida del desarrollo capitalista. En última instancia los cárteles no son sino un recurso del modo capitalista de producción para detener la caída inevitable de la tasa de ganancias en ciertas ramas de la producción. ¿Qué método emplean los cárteles para lograrlo? Mantienen inactiva una parte del capital acumulado. Es decir, emplean el mismo método que se utiliza, bajo otra forma, durante las crisis. El remedio y la enfermedad se parecen como dos gotas de agua. En realidad, el primero es un mal menor sólo hasta cierto punto. Cuando las salidas comienzan a cerrarse y el mercado mundial ha llegado a su límite, y está agotado por la competencia entre los países capitalistas —cosa que, tarde o temprano, ocurrirá— la inmovilidad parcial forzada del capital asumirá dimensiones tales que el remedio se transformará en enfermedad y el capital, ya bastante «socializado» a través de la regulación, tendera a volver a la forma de capital individual. Ante las dificultades crecientes para encontrar mercado, cada parte individual de capital preferirá arriesgarse por su propia cuenta. En ese momento las grandes organizaciones reguladoras estallarán como pompas de jabón y darán paso a una competencia mayor.

En términos generales los cárteles, al igual que el crédito, aparecen como una fase determinada del desarrollo capitalista, que en última instancia agrava la anarquía del mundo capitalista y refleja y madura sus contradicciones internas. Los cárteles agravan el antagonismo que impera entre el modo de producción y el de cambio agudizando la lucha entre el productor y el consumidor, como ocurre sobre todo en Estados Unidos. Agravan, además, el antagonismo entre el modo de producción y el modo de apropiación oponiendo de la manera más brutal la fuerza organizada del capital a la clase obrera e incrementando así el antagonismo entre el capital y el trabajo.

Por último, las combinaciones capitalistas agravan la contradicción entre el carácter internacional de la economía capitalista mundial y el carácter nacional del estado: en la medida en que siempre las acompaña una guerra aduanera general que agudiza las diferencias entre los estados capitalistas. A ello debemos agregar la influencia decididamente revolucionaria que ejercen los cárteles sobre la concentración de la producción, el progreso de la técnica, etcétera.

En otras palabras, cuando se los evalúa desde el punto de vista de sus últimas consecuencias sobre la economía capitalista, los cárteles y trusts son un fracaso como "medios de adaptación". No atenúan las contradicciones del capitalismo. Por el contrario, parecen instrumento de mayor anarquía. Estimulan el desarrollo de las contradicciones internas del capitalismo. Aceleran la llegada de la decadencia general del capitalismo.

Pero si el sistema crediticio, los cárteles, etcétera no suprimen la anarquía capitalista, ¿por qué no ha habido una crisis comercial importante en las últimas dos décadas, desde 1873? ¿No es esto un signo de que, contra el análisis de Marx, el modo capitalista de producción se ha adaptado —al menos de manera general— a las necesidades de la sociedad? Bernstein no acababa de refutar, en 1898, las teorías de Marx sobre las crisis, cuando una profunda crisis general estalló en 1900 y siete años más tarde una nueva crisis, originada en Estados Unidos, conmovió el mercado mundial. Los hechos demostraron la falsedad de la teoría de la "adaptación". Demostraron a la vez que los que abandonaron la teoría de las crisis de Marx sólo porque no se produjo crisis alguna en un lapso dado simplemente confundieron la esencia de la teoría con uno de sus aspectos secundarios: el ciclo decenal. La descripción del ciclo de la industria capitalista moderna como un lapso de diez años fue para Marx y Engels en 1860 y 1870 una simple afirmación de ciertos hechos. No se basó en una ley natural sino en una serie de circunstancias históricas dadas ligadas a la rápida expansión del capitalismo joven.

La crisis de 1825 fue, en efecto, resultado de la gran inversión de capital en la construcción de caminos, canales, tuberías de gas, que se dio en la década anterior sobre todo en Inglaterra, donde estalló la crisis. La crisis subsiguiente de 1836-1839 me asimismo el resultado de grandes

inversiones en la construcción de medios de transporte. La crisis de 1847 fue fruto de la construcción febril de ferrocarriles en Inglaterra (en el trienio de 1844 a 1847 el parlamento británico otorgó subsidios ferroviarios por valor de quince mil millones de dólares). En cada uno de los casos mencionados la crisis sobrevino después de sentarse nuevas bases para el desarrollo capitalista. En 1857 tuvo el mismo efecto la abrupta apertura de nuevos mercados para la industria europea en Norteamérica y Australia, después del descubrimiento de las minas de oro y la construcción extensa de ferrocarriles, sobre todo en Francia, donde a la sazón se imitaba el ejemplo británico. (De 1852 a 1856 se construyeron ferrocarriles por valor de 1250 millones de francos solamente en Francia). Y tenemos, por último, la gran crisis de 1873 como consecuencia directa del primer gran *boom* de la industria en gran escala en Alemania y Austria luego de los acontecimientos políticos de 1866 y 1871.

De modo que, hasta el momento, la repentina extensión del dominio de la economía capitalista y no su regresión fue, en cada caso, la cansa de la crisis comercial. El hecho de que las crisis internacionales sobrevinieran exactamente cada diez años fue puramente externo, un problema de azar. La fórmula marxista de las crisis, tal como la expone Engels en el *Antidürhing* y Marx en los tomos primero y tercero de *El Capital*, se aplica a todas las crisis sólo en la medida en que descubre su mecanismo internacional y devela sus causas fundamentales generales.

Las crisis pueden repetirse cada cinco o diez años, o aun cada ocho o veinte años. Pero la mejor prueba de la falsedad de la teoría de Bernstein es que en los países que poseen los famosos «medios de adaptación» en forma más desarrollada —créditos, buenas comunicaciones y trusts— la última crisis (1907-1908) se dio en forma más violenta.

La creencia de que la producción capitalista podía «adaptarse» al cambio presupone una de dos cosas: o el mercado mundial puede expandirse ilimitadamente o, por el contrario, el desarrollo de las tuerzas productivas se encuentra tan atado que no puede exceder los límites del mercado. La primera hipótesis es materialmente imposible. La segunda se ve igualmente imposibilitada por el constante progreso de la tecnología que diariamente crea nuevas fuerzas productivas en todas las ramas.

Queda todavía otro fenómeno que, según Bernstein, contradice el curso del desarrollo capitalista tal como se lo expone más arriba. En la «falange constante» de empresas medianas, Bernstein ve el signo de que el desarrollo de la gran industria no se desplaza en un sentido revolucionario y no es tan efectivo desde el punto de vista de la concentración de la industria como lo esperaba la «teoría» del colapso. Aquí cae víctima de su propia falta de comprensión. Porque ver en la desaparición progresiva de la mediana empresa un resultado necesario del desarrollo de la gran industria es no entender la naturaleza del proceso.

Según la teoría marxista, en el curso general del desarrollo capitalista los pequeños capitalistas desempeñan el rol de pioneros del progreso tecnológico. Lo hacen en dos sentidos. Inician los nuevos métodos de producción en ramas ya establecidas de la industria, y su importancia es fundamental en la creación de nuevas ramas de la producción aún no explotadas por el gran capitalista.

Es falso que la historia de la empresa capitalista mediana avanza en línea recta hacia su extinción gradual. El curso de este proceso es, por el contrario, bien dialéctico, y avanza en medio de contradicciones. Los sectores capitalistas medianos se encuentran, al igual que los obreros, bajo la influencia de dos tendencias antagónicas, una ascendente y otra descendente. En este caso la tendencia descendente es el alza continua de la escala de la producción, que sobrepasa periódicamente las dimensiones de las parcelas medianas de capital y las elimina una y otra vez del terreno de la competencia mundial. La tendencia ascendente es, en primer lugar, la depreciación periódica del capital existente, que disminuye nuevamente, durante un cierto lapso, la escala de la producción en proporción al valor del monto mínimo indispensable de capital. La representa, además, la penetración de la producción capitalista en nuevas esferas. La lucha de la empresa mediana contra el gran capital no puede considerarse como una batalla de trámite parejo en la que las tropas del bando más débil retroceden continuamente en forma directa y cuantitativa. Antes bien debe verse como la destrucción periódica de las empresas pequeñas, que vuelven a crecer rápidamente para ser destruidas una vez más por la gran industria. Las dos tendencias pelotean a los estratos capitalistas medianos. La tendencia

descendente deberá triunfar al final. El desarrollo de la clase obrera es diametralmente opuesto.

El triunfo de la tendencia descendente no necesariamente aparecerá como una disminución numérica absoluta de las empresas medianas. Debe aparecer, primeramente, como un aumento progresivo del capital mínimo indispensable para el funcionamiento de las empresas de las viejas ramas de producción; en segundo lugar, en la disminución constante del intervalo de tiempo durante el cual los pequeños capitalistas tienen la oportunidad de explotar las nuevas ramas de la producción. El resultado, en lo que concierne al pequeño capitalista, es la duración cada vez más breve de su permanencia en la nueva industria y un cambio progresivamente más rápido en los métodos de producción como campo para la inversión. Para los estratos capitalistas medianos en su conjunto hay un proceso cada vez más rápido de asimilación y desasimilación social.

Bernstein lo sabe perfectamente bien. Él mismo lo comenta. Pero parece olvidar que ésta es precisamente la ley del movimiento del común de las empresas capitalistas. Si uno reconoce que los pequeños capitalistas son los pioneros del progreso tecnológico, y si es cierto que éste constituye el pulso vital de la economía capitalista, entonces es claro que los pequeños capitalistas son parte integral del desarrollo capitalista y sólo desaparecerán con éste. La desaparición progresiva de la mediana empresa —en el sentido absoluto que le da Bernstein— no implica, como él piensa, un curso revolucionario del desarrollo capitalista, sino todo lo contrario, la cesación, la desaceleración del proceso. «La tasa de ganancia, es decir, el incremento relativo del capital —dijo Marx— es importante en primer término para los nuevos inversores de capital, que se agrupan en forma independiente. Apenas la formación de capital cae exclusivamente en manos de un puñado de grandes capitalistas, el fuego revivificante de la producción se extingue y muere».

La construcción del socialismo mediante reformas sociales

Bernstein rechaza la «teoría del colapso» como camino histórico hacia el socialismo. ¿Cuál es el camino a la sociedad socialista que propone su «teoría de la adaptación del capitalismo»? Bernstein contesta indirectamente. Konrad Schmidt[29], en cambio, trata de responder a este detalle a la manera de Bernstein. Según él, «las luchas sindicales por la jornada laboral y el salario, y las luchas políticas por reformas conducirán a un control cada vez más extenso sobre las condiciones de producción» y «a medida que las leyes disminuyan los derechos del propietario capitalista, su papel se reducirá al de un simple administrador». «El capitalista verá cómo su propiedad va perdiendo valor» hasta que finalmente «se le quitarán la dirección y administración de la explotación» y se instituirá la «explotación colectiva».

Por ello, los sindicatos, la reforma social y, agrega Bernstein, la democratización política del Estado son los medios para la realización progresiva del socialismo.

Pero el hecho es que la función más importante de los sindicatos (y quien mejor lo explicitó fue el mismo Bernstein en *Neue Zeit* en 1891) consiste en darles a los obreros el medio para realizar la ley capitalista del salario, es decir, la venta de su fuerza de trabajo al precio corriente del mercado. Los sindicatos permiten al proletariado utilizar a cada instante la coyuntura del mercado. Pero estas coyunturas (1) la demanda de trabajo creada por el nivel de la producción, (2) la oferta de trabajo creada por la proletarización de las capas medias de la sociedad y la reproducción natural de la clase obrera y (3) el grado momentáneo de productividad del trabajo permanecen fuera de la esfera de influencia de los sindicatos. Los sindicatos no pueden derogar la ley del salario. En el mejor de los casos, bajo las circunstancias más favorables, pueden imponerle a la producción capitalista el límite «normal» del momento. No tienen, empero, el poder de suprimir la explotación misma, ni siquiera gradualmente.

Es cierto que Schmidt ve al movimiento sindical actual en su «débil etapa inicial». Espera que «en el futuro» el «movimiento sindical ejercerá una influencia cada vez mayor sobre la regulación de la producción». Pero por regulación de la producción entendemos dos cosas: intervención en el dominio técnico de la producción y fijar la escala de la producción misma.

¿Cuál es la naturaleza de la influencia que ejercen los sindicatos sobre ambos sectores? Es claro que en la técnica de la producción el interés del capitalista concuerda, en cierta medida, con el progreso y desarrollo de la economía capitalista. Sus propios intereses lo estimulan a efectuar mejoras técnicas. Pero el obrero aislado se encuentra en una posición totalmente distinta. Cada transformación técnica contradice sus intereses. Agrava la impotencia de su situación depreciando el valor de su fuerza de trabajo y tornando su trabajo más intenso, monótono y difícil. En la medida en que los sindicatos pueden intervenir en el departamento técnico de la producción, sólo pueden oponerse a la innovación tecnológica. Pero no actúan en concomitancia con los intereses de la clase obrera de conjunto y su emancipación, que más bien necesita del progreso de la técnica, y, por tanto, con el interés del capitalista aislado. Actúan aquí en sentido reaccionario. Y en realidad encontramos esfuerzos por parte de los obreros por intervenir en la parte técnica de la producción no en el futuro, donde la busca Schmidt, sino en el pasado del movimiento sindical. Esos esfuerzos caracterizaban a la vieja etapa del movimiento sindicalista inglés (hasta 1860), cuando las organizaciones británicas todavía estaban atadas a los vestigios de las «corporaciones» medievales y se inspiraban en el principio gastado de «un jornal justo por una jornada de trabajo justa», como dice Webb[30] en su *History of Trade Unionism* [Historia del sindicalismo].

Por otra parte, el intento de los sindicatos de fijar la escala de la producción y los precios de las mercancías es un fenómeno reciente. Recién ahora hemos sido testigos de intentos semejantes, y fue nuevamente en Inglaterra. Por su naturaleza y tendencias, dichos intentos se asemejan a los que describimos más arriba. ¿Para qué sirve la participación activa de los sindicatos en la fijación de la escala y costo de producción? Sirve para formar un cártel de obreros y empresarios contra el consumidor y, sobre todo, contra el empresario rival. Su efecto en nada difiere del de las asociaciones comunes de empresarios. Fundamentalmente ya no tenemos un conflicto entre el capital y el trabajo sino la solidaridad del capital y el trabajo contra el conjunto de los consumidores. Desde el punto de vista de su valor social, parece ser un movimiento reaccionario que no puede constituir una etapa en la lucha por la emancipación del proletariado porque

es lo opuesto de la lucha de clases. Desde el punto de vista de su aplicación en la práctica es una utopía que, como lo demuestra una observación rápida, no puede extenderse a las grandes ramas de la industria que producen para el mercado mundial.

De modo que el radio de acción de los sindicatos se limita esencialmente a la lucha por el aumento de salarios y la reducción de la jornada laboral, es decir, a esfuerzos tendientes a regular la explotación capitalista en la medida en que la situación momentánea del mercado mundial lo impone. Pero los sindicatos de ninguna manera pueden influir en el propio proceso de producción. Además, el desarrollo de los sindicatos tiende —al contrario de lo que afirma Konrad Schmidt— a separar al mercado laboral de cualquier relación inmediata con el resto del mercado.

Esto lo demuestra el hecho de que hasta los intentos de relacionar los contratos de trabajo a la situación general de la producción mediante un sistema de escala móvil de salarios ha sido perimido por el proceso histórico. Los sindicatos británicos se distancian cada vez más de dichos intentos.

Inclusive dentro de los límites reales de su actividad el movimiento sindical no puede expandirse ilimitadamente como lo pretende la teoría de la adaptación. Por el contrario, si observamos los factores fundamentales del proceso social, vemos que no nos dirigimos hacia una época caracterizada por grandes avances de los sindicatos, antes bien hacia una época en que las dificultades que enfrentan los sindicatos aumentarán. Cuando el desarrollo de la industria haya alcanzado su cúspide y el capitalismo haya entrado en su fase descendente en el mercado mundial, la lucha sindical se hará doblemente difícil. En primer término, la coyuntura objetiva del mercado será menos favorable para los vendedores de fuerza de trabajo, porque la demanda de tuerza de trabajo aumentará a ritmo más lento y la oferta de trabajo a uno más lento que los que tienen actualmente. En segundo lugar, los capitalistas mismos, en vista de la necesidad de compensar las pérdidas sufridas en el mercado mundial, redoblarán sus esfuerzos tendientes a reducir la parte del producto total que les corresponde a los trabajadores (bajo la forma de salarios). Como dice Marx, la reducción de los salarios es uno de los medios principales para retardar la

caída de las ganancias. La situación en Inglaterra ya nos da una imagen del comienzo de la segunda etapa del desarrollo sindical. La acción sindical se reduce necesariamente a la simple defensa de las conquistas ya obtenidas y hasta eso se vuelve cada vez más difícil. Tal es la tendencia general de las cosas en nuestra sociedad. La contrapartida de esa tendencia debería ser el desarrollo del aspecto político de la lucha de clases.

Konrad Schmidt comete el mismo error de perspectiva histórica al tratar la reforma social. Espera que la reforma social, al igual que la organización sindical, «dictará al capitalista las normas a las que deberá ajustarse para emplear la fuerza de trabajo». Contemplando la reforma bajo esta luz, Bernstein califica la legislación laboral de parte del «control social» y, en tal carácter, de parte del socialismo. Asimismo Konrad Schmidt siempre usa el término «control social» cuando se refiere a las leyes protectoras. Una vez que ha transformado el Estado en sociedad, agrega confiado: «Es decir, la clase obrera en ascenso». Como resultado de este truco de sustitución, las inocentes leyes laborales formuladas por el Consejo Federal Alemán se transforman en medidas socialistas transitorias supuestamente promulgadas por el proletariado alemán.

La mistificación es obvia. Sabemos que el Estado imperante no es la «sociedad» que representa a la «clase obrera en ascenso». Es el representante de la sociedad capitalista. Es un Estado clasista. Por lo tanto, sus reformas no son la aplicación del «control social», es decir, el control de la sociedad que decide libremente su propio proceso laboral. Son formas de control aplicadas por la organización clasista del capital a la producción de capital. Las llamadas reformas sociales son promulgadas en beneficio del capital. Sí, Bernstein y Konrad Schmidt sólo ven en la actualidad «comienzos débiles» de este control. Esperan ver una larga sucesión de reformas en el futuro, todas a favor de la clase obrera. Pero aquí cometen un error parecido a su creencia en el desarrollo ilimitado del movimiento sindical.

Una premisa fundamental para la teoría de la realización gradual del socialismo mediante reformas sociales es el desarrollo objetivo de la propiedad capitalista y el Estado. Konrad Schmidt sostiene que el propietario capitalista tiende a perder sus derechos especiales en el proceso

histórico y a ver reducido su papel al de un simple administrador. Cree que la expropiación de los medios de producción no puede efectuarse como un hecho histórico de una sola vez. Por eso recurre a la teoría de la expropiación por etapas. Teniendo esto en mente divide el derecho de propiedad en (1) derecho de «soberanía» (propiedad), —que él atribuye a algo llamado «sociedad» y que quiere extender— y (2) su opuesto, el simple derecho de uso, ejercido por el capitalista, pero que supuestamente se reduce en manos del capitalista a la mera administración de su empresa.

O esta interpretación es un juego de palabras, en cuyo caso la teoría de la expropiación gradual carece de una base real, o es un cuadro real del desarrollo jurídico, en cuyo caso, como veremos, la teoría de la expropiación gradual es totalmente falsa.

La división del derecho de propiedad en varios derechos que lo componen, arreglo que le sirve a Konrad Schmidt de refugio a cuyo amparo puede construir su teoría de la «expropiación por etapas», caracterizaba a la sociedad feudal, basada en la economía natural. En el feudalismo, las clases sociales de la época se repartían el producto total en base a las relaciones personales imperantes entre el señor feudal y sus siervos o arrendatarios. La distribución de la propiedad en varios derechos parciales reflejaba la forma de distribución de la riqueza social de la época. Con el pasaje de la economía a la producción de mercancías y la disolución de todos los vínculos personales entre los participantes en el proceso de producción, la relación entre hombres y cosas (es decir, la propiedad privada) se volvió recíprocamente más fuerte. Puesto que la división ya no se efectúa en base a las relaciones personales sino a través del intercambio, los distintos derechos a una parte de la riqueza social ya no se miden como fragmentos del derecho de propiedad que comparten un interés común. Se miden según los valores que cada uno vuelca al mercado.

El primer cambio introducido en las relaciones jurídicas por el avance de la producción de mercancías en las comunas medievales fue el desarrollo de la propiedad privada absoluta. Ésta apareció en el propio seno de las relaciones jurídicas feudales. Este proceso ha avanzado a pasos agigantados en la producción capitalista. Cuanto más se socializa el proceso de producción, más se basa el proceso de distribución (reparto de la riqueza)

en el cambio. Y cuanto más inviolable y cerrada se vuelve la propiedad privada, más se torna la propiedad capitalista de derecho al producto del propio trabajo en derecho a la apropiación del trabajo ajeno. Mientras el propio capitalista administra su fábrica, la distribución sigue en cierta medida ligada a su participación personal en el proceso de producción. Pero a medida que la administración personal por parte del capitalista se vuelve superflua —lo que ocurre en las sociedades por acciones modernas— la propiedad del capital, en lo que concierne a su derecho a participar en la distribución (división de la riqueza), se desvincula de toda relación personal con la producción. Aquí aparece en su forma más pura. El derecho capitalista de la propiedad aparece en su máxima expresión en el capital apropiado bajo la forma de acciones y crédito industrial.

De modo que el esquema histórico de Konrad Schmidt, que pinta la transformación del capitalista «de propietario en mero administrador», es desmentido por el proceso histórico real. En la realidad histórica, el capitalista tiende a transformarse de propietario y administrador en simple propietario. A Konrad Schmidt le ocurre lo mismo que a Goethe:

Lo que es, lo ve como en un sueño.

Lo que ya no es, se vuelve para él realidad.

Así como el esquema histórico de Schmidt se retrotrae, económicamente, de una moderna sociedad anónima al taller del artesano, así quiere retrotraernos jurídicamente del mundo capitalista a la vieja cáscara feudal de la Edad Media.

Desde este punto de vista también el «control social» aparece bajo un aspecto diferente del que pinta Konrad Schmidt. Lo que hoy funciona como «control social» —legislación laboral, control de las organizaciones industriales mediante la tenencia de acciones, etcétera— nada tiene que ver con la «posesión suprema». Lejos de constituir, como cree Schmidt, una reducción de la posesión capitalista, su «control social» es, por el contrario, una protección de dicha posesión. O, desde el punto de vista económico, no amenaza sino que regula la explotación capitalista. Cuando Bernstein pregunta si hay mayor o menor contenido socialista en una ley de protección del trabajador, podemos asegurarle que en la mejor de las leyes de protección del trabajo no hay más contenido «socialista» que en la

ordenanza municipal que regula la limpieza de las calles o la iluminación de las mismas.

El capitalismo y el Estado

La segunda premisa para la realización gradual del socialismo es, según Bernstein, la evolución del Estado en la sociedad. Ya es un lugar común afirmar que el Estado imperante es un Estado clasista. A esto, al igual que a todo lo que se refiere a la sociedad capitalista, no hay que entenderlo de manera rigurosa y absoluta sino dialécticamente.

El Estado se volvió capitalista con el triunfo de la burguesía. El desarrollo capitalista modifica esencialmente la naturaleza del Estado, ampliando su esfera de acción, imponiéndole nuevas funciones constantemente (sobre todo en lo que afecta a la vida económica), haciendo cada vez más necesaria su intervención y control de la sociedad. En este sentido, el desarrollo capitalista prepara poco a poco la fusión futura del Estado y la sociedad. Prepara, por así decirlo, la devolución de la función del Estado a la sociedad. Siguiendo esta línea de pensamiento puede hablarse de evolución del Estado capitalista en la sociedad, y esto es indudablemente lo que Marx tenía en mente cuando se refirió a la legislación laboral como la primera intervención consciente de la «sociedad» en el proceso social vital, frase en la que Bernstein se apoya muchísimo.

Pero, por otra parte, el mismo desarrollo capitalista efectúa otra transformación en la naturaleza del Estado. El Estado existente es, ante todo, una organización de la clase dominante. Asume funciones que favorecen específicamente el desarrollo de la sociedad porque dichos intereses y el desarrollo de la sociedad coinciden, de manera general, con los intereses de la clase dominante y en la medida en que esto es así. La legislación laboral se promulga tanto para servir a los intereses inmediatos de la clase capitalista como para servir a los intereses de la sociedad en general. Pero esta armonía impera sólo hasta cierto momento del desarrollo capitalista. Cuando éste ha llegado a cierto nivel, los intereses de clase de la

burguesía y las necesidades del avance económico empiezan a chocar, inclusive en el sentido capitalista. Creemos que esta fase ya ha comenzado. Se revela en dos fenómenos sumamente importantes de la vida social contemporánea: la política de las barreras aduaneras y el militarismo. Ambos fenómenos han jugado un rol indispensable y, en ese sentido, revolucionario y progresivo en la historia del capitalismo. Sin protección aduanera ciertos países no hubieran podido desarrollar su industria. Pero ahora la situación es distinta.

En la actualidad la protección no sirve para desarrollar la industria joven sino para mantener artificialmente ciertas formas anticuadas de la producción.

Desde el punto de vista del desarrollo capitalista, es decir, de la economía mundial, poco importa que Alemania exporte más mercancías a Inglaterra o que Inglaterra exporte más mercancías a Alemania. Desde el punto de vista de este proceso se puede decir que el negro ha hecho su trabajo y es hora de que se vaya. Dada la situación de dependencia mutua en que se encuentran las distintas ramas de la industria, un impuesto proteccionista impuesto a cualquier mercancía provoca obligatoriamente el alza del costo de otras mercancías en el país. Impide, por lo tanto, el desarrollo de la industria. Pero no es así visto desde el ángulo de los intereses de la clase capitalista. Aunque la industria no necesita barreras aduaneras para desarrollarse, el empresario necesita impuestos que protejan sus mercados. Esto significa que en la actualidad los impuestos aduaneros ya no sirven para defender a un sector en desarrollo de la industria contra otro ya desarrollado. Son ahora el arma que usa un grupo nacional de capitalistas contra otro grupo. Además, los impuestos ya no sirven de protección a la industria que pugna por crear y conquistar el mercado interno. Son los medios indispensables para la concentración monopólica de la industria, es decir, medios que utiliza el productor capitalista contra la sociedad consumidora en su conjunto. Lo que subraya el carácter específico de la política aduanera contemporánea es el hecho de que hoy no es la industria sino la agricultura la que desempeña el rol predominante en la fijación de tarifas. La política de protección aduanera se ha convertido en

una herramienta para transformar los intereses feudales y reflejarlos en forma capitalista.

El mismo cambio ha ocurrido en el militarismo. Si vemos la historia tal como fue —no como podría o debería haber sido— debemos reconocer que la guerra ha sido un factor indispensable del desarrollo capitalista. Estados Unidos, Alemania, Italia, los estados balcánicos, Polonia, todos deben la situación o el surgimiento del capitalismo en su territorio a la guerra, sea en el triunfo o la derrota. Mientras hubo países marcados ya sea por la división política interna, ya por un aislamiento económico que había que romper, el militarismo desempeñó un rol revolucionario, desde el punto de vista del capitalismo.

Pero ahora la situación es distinta. Si la política mundial se ha vuelto escenario de conflictos en acecho, ya no se trata de abrir nuevos países al capitalismo. Se trata de antagonismos *europeos* ya existentes que, transportados a otras tierras, han explotado allí. Los adversarios armados que vemos hoy en Europa y en otros continentes no se alinean como países capitalistas de un lado y atrasados del otro. Son estados empujados a la guerra fundamentalmente como resultado de su desarrollo capitalista avanzado similar. En vista de ello, una guerra seguramente sería fatal para este proceso, en el sentido de que provocaría una profunda conmoción y una transformación de la vida económica de todos los países.

Sin embargo, la cuestión toma otro aspecto si la vemos desde el punto de vista de la *clase capitalista*. Para ésta, el militarismo se ha vuelto indispensable. Primero, como medio para la defensa de los intereses «nacionales» en competencia con otros grupos «nacionales». Segundo, como método para la radicación de capital financiero e industrial. Tercero, como instrumento para la dominación de clase de la población trabajadora del país. Estos intereses de por sí no tienen nada en común con el modo capitalista de producción. Lo que mejor revela el carácter específico del militarismo contemporáneo es el hecho de que se desarrolla en todos los países como resultado, digamos, de su propia fuerza motriz mecánica interna, fenómeno totalmente desconocido hace algunas décadas. Lo reconocemos en el carácter ineluctable de la explosión inminente, que es inevitable a pesar de la indecisión total respecto de los objetivos y motivos

del conflicto. De motor del desarrollo capitalista, el militarismo se ha vuelto una enfermedad capitalista.

En el choque entre el desarrollo capitalista y los intereses de la clase dominante, el Estado se alinea junto a ésta. Su política, como la de la burguesía, entra en conflicto con el proceso social. Así, va perdiendo su carácter de representante del conjunto de la sociedad y se transforma, al mismo ritmo, en un Estado puramente *clasista*. O, hablando con mayor precisión, ambas cualidades se distancian más y más y se encuentran en contradicción en la naturaleza misma del Estado. Esta contradicción se vuelve progresivamente más aguda. Porque, por un lado, tenemos el incremento de las funciones de interés general del Estado, su intervención en la vida social, su «control» de la sociedad. Pero, por otra parte, su carácter de clase lo obliga a trasladar el eje de su actividad y sus medios de coerción cada vez más hacia terrenos que son útiles únicamente para el carácter de clase de la burguesía, pero ejercen sobre la sociedad en su conjunto un efecto negativo, como en el caso del militarismo y de las políticas aduanera y colonial. Además, el control social que ejerce el Estado se ve a la vez imbuido y dominado por su carácter de clase (ver cómo se aplica la legislación laboral en todos los países).

La extensión de la democracia, en la que Bernstein ve un medio para realizar gradualmente el socialismo, no contradice, antes bien corresponde en todo a la transformación sufrida por el Estado.

Konrad Schmidt afirma que la conquista de una mayoría socialdemócrata en el parlamento lleva directamente a la «socialización» gradual de la sociedad. Ahora bien, las formas democráticas de la vida política constituyen sin duda un fenómeno que refleja claramente la evolución del Estado en la sociedad. Constituyen, en esa medida, un avance hacia la transformación socialista. Pero el conflicto en el Estado capitalista que describimos más arriba se manifiesta aún más enfáticamente en el parlamentarismo moderno. En efecto, de acuerdo con su forma, el parlamentarismo sirve para expresar, dentro de la organización estatal, los intereses de la sociedad en su conjunto. Pero lo que el parlamentarismo refleja aquí es la sociedad capitalista, es decir, una sociedad donde predominan los intereses capitalistas. En esta sociedad, las instituciones

representativas, democráticas en su forma, son en su contenido instrumentos de los intereses de la clase dominante. Ello se manifiesta de manera tangible en el hecho de que apenas la democracia tiende a negar su carácter de clase y transformarse en instrumento de los verdaderos intereses de la población, la burguesía y sus representantes estatales sacrifican las formas democráticas. Es por eso que la concepción de la conquista de una mayoría parlamentaria reformista es un cálculo de espíritu netamente burgués liberal que se ocupa de un solo aspecto —el formal— de la democracia, pero no tiene en cuenta el otro: su verdadero contenido. En definitiva el parlamentarismo no es directamente un elemento socialista que va impregnando gradualmente el conjunto de la sociedad capitalista. Es, por el contrario, una forma específica del Estado clasista burgués, que ayuda a madurar y desarrollar los antagonismos existentes del capitalismo.

A la luz de la teoría del desarrollo objetivo del Estado, la creencia de Bernstein y Konrad Schmidt de que el incremento del «control social» redunda en la creación del socialismo se transforma en una fórmula que día a día se encuentra más reñida con la realidad.

La teoría de la introducción gradual del socialismo propone una reforma progresiva de la propiedad y el Estado capitalistas que tiende al socialismo. Pero en virtud de las leyes objetivas de la sociedad imperante, una y otro avanzan en el sentido opuesto. El proceso de producción se socializa cada vez más, y el control estatal sobre al proceso de producción se extiende. Pero al mismo tiempo la propiedad privada se vuelve cada vez más abiertamente una forma de explotación capitalista del trabajo ajeno, y el control estatal está imbuido de los intereses exclusivos de la clase dominante. El Estado, es decir, la organización *política* del capitalismo, y las relaciones de propiedad, es decir, la organización *jurídica* del capitalismo, se vuelven cada vez más *capitalistas*, no socialistas, poniendo ante la teoría de la introducción gradual del socialismo dos escollos insalvables.

El esquema de Fourier[31] de transformar, mediante un sistema de falansterios, el agua de todos los mares en sabrosa limonada fue una idea fantástica, por cierto. Pero cuando Bernstein propone transformar el mar de la amargura capitalista en un mar de dulzura socialista volcando

progresivamente en él botellas de limonada social reformista, nos presenta una idea más insípida, pero no menos fantástica.

Las relaciones de producción de la sociedad capitalista se acercan cada vez más a las relaciones de producción de la sociedad socialista. Pero, por otra parte, sus relaciones jurídicas y políticas levantaron entre las sociedades capitalista y socialista un muro cada vez más alto. El muro no es derribado, sino más bien es fortalecido y consolidado por el desarrollo de las reformas sociales y el proceso democrático. Sólo el martillazo de la revolución, es decir, *la conquista del poder político por el proletariado, puede derribar este muro*.

Las consecuencias del reformismo social y la naturaleza general del revisionismo

En el primer capítulo tratamos de demostrar que la teoría de Bernstein separó el programa del movimiento socialista de su base material y trató de ubicarlo sobre una base idealista. ¿Qué ocurre con esta teoría cuando se la traduce a la práctica?

En una primera aproximación, la actividad partidaria resultante de la teoría de Bernstein no parece diferir de la actividad efectuada por la socialdemocracia hasta el presente. Antes la actividad del Partido Social Demócrata consistía en trabajar en el movimiento sindical, agitar por las reformas sociales y por la democratización de las instituciones existentes. La diferencia no reside en el *qué* sino en el *cómo*.

En la actualidad se considera que la lucha sindical y la actividad parlamentaria son medios para guiar y educar al proletariado en preparación de la tarea de la toma del poder. Desde el punto de vista revisionista, esta conquista del poder es a la vez imposible e inútil. Y por eso el partido realiza la actividad sindical y parlamentaria en pos de resultados inmediatos, es decir, con el objeto de mejorar la situación actual de los obreros, por la disminución gradual de la explotación capitalista, por la extensión del control social.

De modo que si dejamos de lado el mejoramiento inmediato de la situación de los trabajadores —objetivo que el programa del partido comparte con el revisionismo— la diferencia entre las dos posiciones es, en síntesis, la siguiente. De acuerdo con la concepción actual del partido, la actividad parlamentaria y la sindical son importantes para el movimiento socialista porque esas actividades *preparan* al proletariado, es decir, crean el factor *subjetivo* para la transformación socialista, para la tarea de realizar el socialismo. Para Bernstein, las actividades sindical y parlamentaria reducen gradualmente la propia explotación capitalista. Le quitan a la sociedad capitalista su carácter capitalista. Realizan *objetivamente* el cambio social deseado. Vistas más de cerca, vemos que las dos concepciones son diametralmente opuestas. Desde la posición actual de nuestro partido, vemos que, como resultado de sus luchas sindicales y parlamentarias, el proletariado se convence de la imposibilidad de lograr un cambio social profundo a través de esa actividad y llega a la comprensión de que la conquista del poder es inevitable. La teoría de Bernstein, en cambio, parte de la afirmación de que dicha conquista es imposible. Concluye afirmando que el socialismo sólo puede ser introducido como consecuencia de la lucha sindical y de la actividad parlamentaria. Desde el punto de vista de Bernstein, la acción sindical y parlamentaria reviste un carácter socialista porque ejerce una influencia socializante progresiva sobre la economía capitalista.

Hemos tratado de demostrar que dicha influencia es imaginaria. Las relaciones entre la propiedad capitalista y el Estado capitalista se desenvuelven en direcciones opuestas, de modo que la actividad práctica cotidiana de la socialdemocracia pierde, en última instancia, todo vínculo con la militancia por el socialismo. Desde el punto de vista de una movilización por el socialismo, la lucha sindical y nuestra actividad parlamentaria poseen una importancia inmensa en la medida en que despiertan en el proletariado la *comprensión*, la conciencia socialista y lo ayudan a organizarse como clase. Pero apenas se las considera como instrumentos para la socialización directa de la economía, no sólo pierden su efectividad sino que dejan de ser un medio para preparar a la clase obrera para la conquista del poder. Eduard Bernstein y Konrad Schmidt adolecen

de falta de comprensión del problema cuando se consuelan diciendo que, aunque el programa del partido se reduce a la reforma social y la lucha sindical, no se descarta el objetivo final del movimiento obrero porque cada paso adelante trasciende el objetivo inmediato y el objetivo final socialista está implícito como tendencia del supuesto avance.

Eso es, por cierto, completamente válido para el proceder actual de la socialdemocracia alemana. Es válido cuando la lucha sindical y la reforma social están impregnadas de una voluntad firme y consciente de conquistar el poder político. Pero si se separa esa voluntad del movimiento mismo y se convierte a las reformas sociales en fines en sí mismas, entonces dicha actividad no sólo no conduce al objetivo ulterior del socialismo sino que se mueve en sentido contrario.

Konrad Schmidt simplemente se apoya en la idea de que un movimiento aparentemente mecánico, una vez puesto en marcha, no puede detenerse solo, puesto que «el apetito viene comiendo» y se supone que la clase obrera no se satisfará con las reformas hasta tanto se alcance el objetivo socialista final.

La condición mencionada en último término es real. Su efectividad está garantizada por la insuficiencia misma de la reforma capitalista. Pero la conclusión que sacamos de allí sólo podría ser válida si fuera posible construir una cadena de reformas crecientes que llevara del capitalismo al socialismo sin solución de continuidad. Lo cual es, desde luego, fantasía pura. Dada la naturaleza de las cosas, la cadena se rompe muy rápidamente, y los caminos que puede tomar el supuesto avance son numerosos y variados.

¿Cuál será el resultado inmediato si nuestro partido cambia su manera general de actuar para adaptarse a una posición que subraya los resultados inmediatos de nuestra lucha, es decir la reforma social? Apenas los «resultados inmediatos» se convierten en objetivo principal de nuestra actividad, la posición tajante e intransigente que posee un significado en la medida en que se propone conquistar el poder, resultará una inconveniencia cada vez mayor. La consecuencia de ello será que el partido adoptará una «política de compensación», una política de canje político y una actitud de conciliación tímida y diplomática. Pero esta actitud no puede durar mucho.

Puesto que las reformas sociales no pueden ofrecer más que promesas carentes de contenido, la consecuencia lógica de semejante programa será necesariamente la desilusión.

No es cierto que el socialismo surgirá automáticamente de la lucha diaria de la clase obrera. El socialismo será consecuencia de (1) las crecientes contradicciones de la economía capitalista y (2) la comprensión por parte de la clase obrera de la inevitabilidad de la supresión de dichas contradicciones a través de la transformación social. *Cuando, a la manera del revisionismo, se niega la primera premisa y se repudia la segunda, el movimiento obrero se ve reducido a un mero movimiento cooperativo y reformista. Aquí nos desplazamos en línea recta al abandono total de la perspectiva clasista*.

La consecuencia también se hace evidente cuando investigamos el carácter general del revisionismo. Es obvio que el revisionismo no quiere reconocer que su punto de vista es el del apologista del capitalismo. No se une a los economistas burgueses para negar la existencia de las contradicciones capitalistas. Pero, por otra parte, lo que constituye precisamente el eje del revisionismo y lo distingue de la posición sustentada hasta el momento por la socialdemocracia es que no basa su teoría en la creencia de que el desenvolvimiento lógico del sistema económico imperante resultará en la supresión de las contradicciones del capitalismo.

Podemos decir que la teoría revisionista ocupa un punto intermedio entre dos extremos. El revisionismo no espera a ver la maduración de las contradicciones del capitalismo. No propone eliminar esas contradicciones mediante una transformación revolucionaria. Quiere disminuir, atenuar las contradicciones capitalistas. De modo que el antagonismo que existe entre la producción y el cambio se reducirá mediante la terminación de las crisis y la formación de cárteles capitalistas. El antagonismo entre el capital y el trabajo será resuelto mejorando la situación de la clase obrera y conservando las clases medias. Y la contradicción entre el Estado clasista y la sociedad quedará liquidada a través del incremento del control estatal y el progreso de la democracia.

Es cierto que el proceder de la socialdemocracia no consiste en aguardar a que se desarrollen los antagonismos del capitalismo y, recién entonces,

pasar a la tarea de liquidarlos. Por el contrario, la esencia del accionar revolucionario consiste en guiarse por la dirección que asume el proceso, establecer cuál es esa dirección e inferir a través de ésta las conclusiones necesarias para la lucha política. De este modo, la socialdemocracia ha lanzado campañas contra las guerras aduaneras y el militarismo sin esperar a que su esencia reaccionaria quedará plenamente en evidencia. El proceder de Bernstein no se guía por el desarrollo del capitalismo, por la perspectiva de que se agraven sus contradicciones. Se guía por la perspectiva de que esas contradicciones se atenúen. Lo demuestra al hablar de la «adaptación» de la economía capitalista.

¿Cuándo puede ser acertada dicha concepción? Si es cierto que el capitalismo seguirá desarrollándose según la dirección que se ha trazado hasta el momento, sus contradicciones necesariamente se agudizarán y agravarán en lugar de desaparecer. La posibilidad de que se atenúen las contradicciones capitalistas presupone que el modo capitalista de producción detendrá su propio avance. En síntesis, la premisa general de la teoría bernsteineana es el cese del desarrollo capitalista.

De esta manera, empero, su teoría se autoinvalida de dos maneras.

En primer lugar, manifiesta su carácter *utópico* al basarse en el mantenimiento del capitalismo. Porque va de suyo que un desarrollo defectuoso del capitalismo no puede llevar a una transformación socialista.

En segundo lugar, la teoría de Bernstein revela su carácter *reaccionario* al referirse al veloz desarrollo capitalista que se observa en la actualidad. Dado el desarrollo del capitalismo real, ¿cómo explicamos o, mejor dicho, cómo exponemos la posición de Bernstein?

Hemos demostrado en el primer capítulo la carencia de fundamentos de las condiciones económicas sobre las que Bernstein construye su análisis de las relaciones sociales imperantes. Hemos visto que ni el sistema crediticio ni los cárteles pueden calificarse de «medios de adaptación» de la economía capitalista. Hemos visto que ni la desaparición temporaria de las crisis ni la supervivencia de la clase media pueden considerarse síntomas de adaptación capitalista. Pero aunque no tuviéramos en cuenta, el carácter erróneo de todos estos detalles de la teoría de Bernstein, no podemos dejar de contemplar un rasgo que es común a todos ellos. La teoría de Bernstein

no toma estas manifestaciones de la vida económica contemporánea tal como aparecen en su relación orgánica con el desarrollo del capitalismo en su conjunto, con el mecanismo económico global del capitalismo. Su teoría arranca estos detalles de su contexto económico vivo. Los trata como *dissecta membra* (partes separadas) de una máquina muerta.

Consideremos, por caso, su concepción del efecto adaptador del crédito. Si reconocemos que el crédito es una etapa natural superior del proceso de cambio y, por tanto, de las contradicciones inherentes al cambio capitalista, no podemos considerarlo al mismo tiempo como medio de adaptación mecánico que existe fuera del proceso de cambio. Sería igualmente imposible considerar el dinero, la mercancía, el capital, como «medios de adaptación» del capitalismo.

Sin embargo el crédito, al igual que el dinero, la mercancía y el capital, constituye un eslabón orgánico de la economía capitalista en cierta fase de su desarrollo. Como ellos, es un engranaje indispensable en el mecanismo de la economía capitalista y, a la vez, un instrumento de su destrucción, puesto que agrava las contradicciones internas del capitalismo.

Lo propio puede decirse de los cárteles y de los medios de comunicación nuevos y perfeccionados.

Observamos la misma concepción mecánica cuando Bernstein trata de tachar la promesa del cese de las crisis de «adaptación» de la economía capitalista. Para él, las crisis son meros trastornos del mecanismo económico. Si éstas cesaran, piensa él, el mecanismo funcionaría bien. Pero el hecho es que las crisis no son «trastornos» en el sentido corriente del término. Son «trastornos» sin los cuales la economía capitalista no podría avanzar para nada. Porque si las crisis constituyen el único método que le permite al capitalismo —y son, por tanto, el método normal— resolver periódicamente el conflicto entre la extensión ilimitada de la producción y los estrechos marcos del mercado mundial, entonces las crisis son manifestaciones orgánicas inseparables de la economía capitalista.

En el avance «libre» de la producción capitalista acecha una amenaza para el capitalismo, mucho más grave que las crisis. Es la amenaza de la baja constante de la tasa de ganancia, que no resulta de la contradicción entre la producción y el cambio sino del incremento de la productividad

misma del trabajo. La caída de la tasa de ganancia lleva en sí la peligrosísima tendencia a imposibilitar cualquier tipo de empresa para los capitales pequeños y medianos. Limita, así, la nueva formación y, por lo tanto, la extensión de las radicaciones de capitales.

Y son precisamente las crisis las que constituyen la otra consecuencia del mismo proceso. Como resultado de su *depreciación* periódica de capital, las crisis provocan una caída en los precios de los medios de producción, la parálisis de una parte del capital activo y, con el tiempo, el incremento de las ganancias. Crean así las posibilidades para un nuevo avance de la producción. Por eso las crisis aparecen como instrumentos para reavivar el fuego del desarrollo capitalista. Su cese —no su cese temporario sino su desaparición total del mercado mundial— no provocaría un desarrollo mayor de la economía capitalista. Destruiría el capitalismo.

Fiel a la concepción mecánica de su teoría de la adaptación, Bernstein olvida la necesidad de las crisis al igual que la necesidad de radicaciones nuevas de capitales pequeños y medianos. Y es por ello que la reaparición constante del pequeño capital se le aparece como síntoma de cese del desarrollo capitalista, aunque en los hechos se trata de un síntoma de desarrollo capitalista normal.

Es importante notar que hay un punto de vista que ve los fenómenos arriba mencionados tal cual los ve la teoría de la «adaptación». Es el punto de vista del capitalista aislado (solo) que refleja en su mente los hechos económicos que lo rodean tal como aparecen refractados a través de las leyes de la competencia. Para el capitalista aislado, cada parte orgánica del conjunto de nuestra economía aparece como entidad independiente. Las ve según lo afectan a él, el capitalista aislado. Considera, por ende, que esos hechos son meros «trastornos» de meros «medios de adaptación». Es cierto que para el capitalista aislado las crisis son meros trastornos; el cese de las crisis le permite prolongar su existencia. En lo que a él concierne, el crédito es únicamente un medio de «adaptar» sus insuficientes fuerzas productivas a las necesidades del mercado. Y considera que el cártel que pasa a integrar realmente suprime la anarquía industrial.

El revisionismo no es sino una generalización teórica hecha desde el punto de vista del capitalista aislado. ¿Qué ubicación teórica le

corresponde, si no es la economía burguesa, vulgar?

Todos los errores de esta escuela se basan precisamente en la concepción que ve en los fenómenos de la competencia, tal como se le aparecen al capitalista aislado, los fenómenos de la economía capitalista en su conjunto. Así como Bernstein considera el crédito un medio de «adaptación», la economía vulgar considera el dinero como un buen medio de «adaptación» a las necesidades del cambio. También la economía vulgar trata de encontrar el remedio contra los males del capitalismo en los fenómenos capitalistas. Al igual que Bernstein, cree posible regular la economía capitalista. A la manera de Bernstein, desea paliar las contradicciones del capitalismo, es decir, cree en la posibilidad de emparchar las heridas del capitalismo. Termina suscribiendo un programa reaccionario. Termina en la utopía.

La teoría del revisionismo puede entonces definirse de la siguiente manera. Es la teoría de detenerse en el movimiento socialista construida, con la ayuda de la economía vulgar, sobre la teoría de la detención del capitalismo.

Segunda parte

Desarrollo económico y socialismo

La mayor conquista del movimiento proletario ha sido el descubrimiento de una fundamentación para la realización del socialismo en las *condiciones económicas* de la sociedad capitalista. El resultado de este descubrimiento fue que el socialismo se transformó, de sueño «ideal» milenario de la humanidad, en *necesidad histórica*.

Bernstein niega la existencia de condiciones económicas para el socialismo en la sociedad contemporánea. En este aspecto su pensamiento ha sufrido una interesante evolución. Al principio se limitaba en *Neue Zeit* a negar la rapidez del proceso de concentración que se daba en la industria. Basaba su posición en la comparación de las estadísticas de ocupación en

Alemania de 1882 y 1895. Para adaptar las cifras a sus propósitos, se vio obligado a proceder de manera esquemática y mecánica. En el mejor de los casos no pudo, ni siquiera demostrando la existencia de empresas medianas, debilitar de manera alguna el análisis marxista, porque éste no toma como condición para la realización del socialismo ni el grado de concentración de la industria —es decir, una *demora* en la realización del socialismo— ni, como hemos demostrado, la *desaparición absoluta* del pequeño capital, descripta generalmente como desaparición de la pequeña burguesía.

En el curso de la última evolución de sus ideas, Bernstein nos da en su libro una nueva serie de pruebas: las estadísticas de las *sociedades por acciones*. Utiliza esas estadísticas para demostrar que la cantidad de accionistas va en continuo aumento y, como resultado, la clase capitalista no se vuelve más chica sino más grande. Sorprende lo poco familiarizado que está Bernstein con su material de trabajo. Es asombroso constatar qué mal utiliza los datos que posee.

Si quisiera refutar la ley marxista del desarrollo industrial en base a la situación de las sociedades por acciones, debería haber recurrido a otras cifras. Cualquiera que conozca la historia de las sociedades por acciones de Alemania sabe que su capital inicial promedio ha ido en *disminución* casi constante. Mientras que antes de 1871 el capital inicial promedio alcanzó la cifra de 10,8 millones de marcos, se redujo a 4,01 millones de marcos en 1871, 3,8 en 1873, menos de un millón de 1882 a 1887, 0,52 millones en 1891 y tan sólo 0,62 en 1892. Después de ese año las cifras oscilaron en alrededor del millón de marcos, pasando a 1,78 en 1895 y 1,19 en el primer semestre de 1897 (Van de Borght: *Handworterbuch der Staatsswissenshcaften*, 1 [Manual de ciencias políticas]).

Las cifras son sorprendentes. Con ellas Bernstein quiso demostrar que hay una tendencia que contradice al marxismo de retransformación de empresas grandes en pequeñas. La respuesta obvia es la siguiente. Si uno quiere demostrar algo mediante estadísticas, debe demostrar en primer término que todas se refieren a las *mismas* ramas de la industria. Debe demostrar que las empresas pequeñas realmente reemplazan a las grandes, que no aparecen solamente donde las empresas pequeñas o aun la industria artesanal predominaban antes. Esto no puede demostrarse. El pasaje

estadístico de inmensas sociedades accionistas a empresas pequeñas y medianas sólo puede explicarse con referencia al hecho de que el sistema de sociedades por acciones sigue penetrando las nuevas ramas de la industria. Antes, sólo unas pocas empresas grandes se organizaban como sociedades por acciones. Poco a poco, la organización accionista se ha ganado a las empresas medianas e incluso a las pequeñas. Hoy vemos sociedades de accionistas con un capital social inferior a los 1000 marcos.

Ahora bien, ¿cuál es el significado de la extensión del sistema de sociedades por acciones? Económicamente significa la creciente socialización del proceso de producción bajo la forma capitalista: socialización no sólo de la gran producción, sino también de la pequeña y mediana. La extensión de las acciones, por tanto, no contradice la teoría marxista, sino que la confirma plenamente.

¿Qué significa, en última instancia, el fenómeno económico de la sociedad por acciones? Representa, por un lado, la unificación de una cantidad de fortunas pequeñas en un gran capital para la producción. Representa, por otro, la separación de la producción de la posesión capitalista. Es decir, denota que se le ha ganado una doble victoria al modo capitalista de producción: pero todavía sobre bases capitalistas.

¿Qué significan, pues, las estadísticas que cita Bernstein, según las cuales un número creciente de accionistas participan en las empresas capitalistas? Las estadísticas demuestran, precisamente, esto: en la actualidad una empresa capitalista no corresponde, como antes, a un único propietario de capital sino a una serie de capitalistas. En consecuencia, *la noción económica de «capitalista» ya no correponde a un individuo aislado. El capitalista industrial de hoy en día es una persona colectiva, compuesta de cientos, inclusive miles de individuos. La categoría de «capitalista» se ha vuelto una categoría social. Se ha «socializado», en el marco de la sociedad capitalista*.

En tal caso, ¿cómo explicar la creencia de Bernstein de que el fenómeno de las sociedades por acciones representa la dispersión y no la concentración del capital? ¿Por qué ve la extensión de la propiedad capitalista donde Marx vio su supresión?

Se trata de un mero error económico. Para Bernstein «capitalista» no es una categoría de la producción sino el derecho de propiedad. Para él, «capitalista» no es una unidad económica sino una unidad fiscal. Y para él, «capital» no es un factor en la producción sino una cantidad de dinero. Es por eso que en su trust de hilos de coser inglés no ve la fusión de 12 300 personas con dinero para formar una sola unidad capitalista sino 12 300 capitalistas distintos. Es por eso que el ingeniero Schutze, cuya mujer le aportó una dote consistente en gran cantidad de acciones del accionista Müller, es también, para Bernstein, un capitalista. Es por eso que, para Bernstein, el mundo está plagado de capitalistas.

Aquí también la base teórica de su error económico es su «popularización» del socialismo. Porque eso es lo que hace. Al transportar el concepto de capitalismo de sus relaciones productivas a relaciones de propiedad, y al hablar de individuos en lugar de empresarios, traslada el problema del socialismo del campo de la producción al de las relaciones de riqueza, es decir, de la relación entre el capital y el trabajo a la relación entre ricos y pobres.

De esta manera se nos conduce alegremente de Marx y Engels al autor del *Evangelio del pescador pobre*. Sin embargo, hay una diferencia. Weitling[32], con el instinto certero del proletario, vio en la oposición de pobres y ricos los antagonismos de clase en su forma primitiva y quiso hacer de esos antagonismos una palanca para el movimiento socialista. Bernstein, en cambio, ubica la realización del socialismo en la posibilidad de enriquecer a los pobres. Es decir, la ubica en la atenuación de los antagonismos de clase y, por eso, en la pequeña burguesía.

Es cierto que Bernstein no se limita a las estadísticas de ingresos. Da estadísticas de empresas económicas, sobre todo de los siguientes países: Alemania, Francia, Inglaterra, Suiza, Austria y Estados Unidos. Pero esas estadísticas no son datos comparados de *distintos periodos* en cada país sino de cada periodo en distintos países. Por eso no nos da (salvo en el caso de Alemania, en que repite el viejo contraste entre 1895 y 1882) una comparación de estadísticas de empresas de un país dado en distintas épocas, sino cifras *absolutas* para distintos países: Inglaterra en 1891, Francia en 1894. Estados Unidos en 1890, etcétera.

Llega a la siguiente conclusión: «Aunque es cierto que la gran explotación predomina hoy en la industria, ésta representa, inclusive para las empresas que dependen de la gran explotación, hasta en un país tan desarrollado como Prusia, *sólo la mitad de la población empleada en la producción*». Eso es también válido para Alemania, Inglaterra, Bélgica, etcétera.

¿Qué demuestra aquí? No la existencia de tal o cual *tendencia del proceso económico* sino simplemente *la relación de fuerzas absoluta* entre distintos tipos de empresas, o, en otras palabras, la relación absoluta entre las distintas clases en nuestra sociedad.

Ahora bien, si uno quiere utilizar este método para demostrar la imposibilidad del socialismo, su razonamiento debe descansar sobre la teoría que se basa en las fuerzas materiales numéricas en pugna, es decir, sobre el factor *violencia*. En otras palabras, Bernstein, quien siempre pone el grito en el cielo cuando habla de blanquismo, cae en el más craso error blanquista[33]. Pero, sin embargo, existe una diferencia. A los blanquistas, que representaban una tendencia socialista y revolucionaria, la posibilidad de la realización económica del socialismo les parecía natural. Sobre esta posibilidad construyeron la viabilidad de una revolución violenta, aunque la realizara una pequeña minoría. Bernstein, en cambio, deduce de la insuficiencia numérica de la mayoría socialista la imposibilidad de la realización económica del socialismo. La socialdemocracia, empero, *no espera alcanzar sus objetivos como resultado de la violencia victoriosa de una minoría ni a través de la superioridad numérica de una mayoría. Ve el socialismo como resultado de la necesidad económica —y de la comprensión de esa necesidad— que lleva a las masas trabajadoras a destruir el capitalismo*.

Y esa necesidad se revela, sobre todo, en la anarquía del capitalismo.

¿Cuál es la posición de Bernstein acerca del problema decisivo de la anarquía en la economía capitalista? Sólo niega las grandes crisis generales. No niega las crisis parciales y nacionales. En otras palabras, rehúsa ver buena parte de la anarquía capitalista pequeño y sólo ve una parte. Es —como diría Marx— como esa virgen necia que tuvo un hijo «pero muy pequeño». Pero la desgracia es que en lo que hace a cuestiones como la

anarquía capitalista pequeño y grande son igualmente malos. Si Bernstein reconoce la existencia de una pequeña parte de esta anarquía, podemos señalarle que, mediante el mecanismo de la economía de mercado, este poquito de anarquía puede alcanzar proporciones inverosímiles, hasta llegar al colapso. Pero si Bernstein espera transformar gradualmente este poquito de anarquía en orden y armonía en el marco de la producción mercantil, cae nuevamente en uno de los errores fundamentales de la economía política burguesa, según la cual el modo de cambio es independiente del modo de producción.

No es éste el momento de entrar en una larga explicación de la sorprendente confusión de Bernstein en torno a los principios más elementales de la economía política. Pero hay un problema —al que nos lleva la cuestión fundamental de la anarquía capitalista— que merece respuesta inmediata.

Bernstein declara que la ley de la plusvalía de Marx es una mera abstracción. En la economía política una afirmación de este tipo es obviamente un insulto. Pero si la plusvalía es una mera abstracción, si es un producto de la imaginación, entonces cualquier ciudadano normal que ha cumplido con su servicio militar y paga sus impuestos en fecha tiene el mismo derecho que Karl Marx a elaborar su propio absurdo individual, a formular su propia ley del valor. «Marx tiene el mismo derecho a pasar por alto las propiedades de la mercancía hasta que no son más que la encarnación de las propiedades del simple trabajo humano, que el que tienen los economistas de la escuela Boehm-Jevons[34] a abstraer todas las propiedades de la mercancía menos su utilidad».

Es decir que, para Bernstein, el trabajo social de Marx y la utilidad abstracta de Menger[35] son bastante parecidos: abstracciones puras. Bernstein olvida que la abstracción de Marx no es un invento. Es un descubrimiento. No existe en la cabeza de Marx sino en la economía de mercado. No lleva una existencia imaginaria sino una verdadera existencia social, tan real que se la puede cortar, moldear, pesar y convertir en dinero. El trabajo humano abstracto que descubrió Marx no es, en su forma más desarrollada, sino el *dinero*.. Éste es, precisamente, uno de los mayores descubrimientos de Marx, mientras que para todos los economistas políticos

burgueses, desde el primero de los mercantilistas hasta el último de los clásicos, la esencia del dinero sigue siendo un enigma místico.

La utilidad abstracta de Boehm-Jevons es, en realidad, engreimiento mental. Dicho más correctamente, es una representación de vacuidad intelectual, un absurdo en privado por el cual no se puede responsabilizar al capitalismo ni a sociedad alguna, sino a la propia economía burguesa vulgar. Abrazados al hijo de su ingenio, Bernstein, Boehm y Jevons, y toda la cofradía subjetiva pueden permanecer veinte años en contemplación del misterio del dinero, sin llegar a ninguna conclusión distinta de la de un zapatero, fundamentalmente que el dinero es «útil».

Bernstein no comprende la ley del valor de Marx. Cualquiera que tenga un conocimiento mínimo de la economía marxista sabe que sin la ley del valor la doctrina marxista es incomprensible. Para hablar más en concreto: para quien no comprenda la naturaleza de la mercancía y el cambio, la economía capitalista, con todas sus concatenaciones, debe ser necesariamente un enigma.

¿Cuál es la clave que le permitió a Marx desentrañar los fenómenos capitalistas y resolver, como si nada, problemas cuya solución los genios más brillantes de la economía política burguesa ni siquiera llegaron a barruntar? Fue su concepción de la economía capitalista como fenómeno histórico, no sólo en la medida en que lo reconocen en el mejor de los casos los economistas clásicos, es decir, en lo que respecta al pasado feudal del capitalismo, sino también en lo que concierne al futuro socialista del mundo. El secreto de la teoría marxista del valor, de su análisis del problema del dinero, de su teoría del capitel, de su teoría de la tasa de ganancia y, en consecuencia, de todo el sistema económico existente, se basa en el carácter transitorio de la economía capitalista, en la inevitabilidad de su colapso que conduce —y éste es un aspecto más del mismo fenómeno — al socialismo. Fue sólo porque analizó el capitalismo desde el punto de vista socialista, es decir, histórico, que Marx pudo descifrar los jeroglíficos de la economía capitalista, y precisamente porque adoptó el punto de vista socialista como punto de partida para sus análisis de la sociedad burguesa pudo darle una base científica al movimiento socialista.

Con esta vara debemos medir las observaciones de Bernstein. Se queja del «dualismo» que aparece a cada instante en la obra monumental de Marx, *El capital*. «Esta obra aspira a ser un estudio científico y a demostrar, al mismo tiempo, una tesis ya elaborada desde mucho antes; se basa en un esquema que ya contiene el resultado al cual quiere llegar. La vuelta al *Manifiesto comunista* [¡es decir, al objetivo socialista! - R. L.] demuestra la permanencia de vestigios de utopismo en la doctrina de Marx».

¿Pero qué es el «dualismo» de Marx si no el dualismo del futuro socialista y el presente capitalista? Es el dualismo del capital y el trabajo, el dualismo de la burguesía y el proletariado. Es el reflejo científico del dualismo que existe en la sociedad burguesa, el dualismo de los antagonismos de clase que se debaten en el orden social capitalista.

Cuando Bernstein reconoce en este supuesto dualismo de Marx un «vestigio de utopismo», reconoce en realidad, ingenuamente, que él es el que niega el dualismo histórico de la sociedad burguesa, que niega la existencia de antagonismos de clase en el capitalismo. Es su forma de confesar que el socialismo ahora no es para él más que un «vestigio de utopismo». ¿Qué es el «monismo» de Bernstein —la unidad de Bernstein— sino la unidad eterna del régimen capitalista, la unidad del exsocialista que ha renunciado a su objetivo y ha decidido encontrar en la sociedad burguesa, única e inmutable, la meta del desarrollo de la humanidad?

Bernstein no ve en la estructura económica del capitalismo el proceso que conduce al socialismo. Pero para conservar su programa socialista, al menos formalmente, se ve obligado a refugiarse en una interpretación idealista, abstraída de todo proceso económico. Se ve obligado a transformar el socialismo de etapa histórica definida del proceso social en «principio» abstracto.

Es por eso que el «principio cooperativista» —la magra decantación de socialismo con que Bernstein quiere adornar a la economía capitalista— aparece como concesión, no al futuro socialista de la sociedad, sino al pasado socialista de Bernstein.

Cooperativas, sindicatos, democracia

El socialismo de Bernstein les ofrece a los obreros la perspectiva de compartir la riqueza de la sociedad. Los pobres han de volverse ricos. ¿Cómo llegará ese socialismo? Sus artículos en *Neue Zeit* sobre «Problemas del socialismo» sólo aluden ambiguamente al problema. En cambio su libro contiene toda la información que necesitamos.

El socialismo de Bernstein se realizará con ayuda de dos instrumentos: los sindicatos —o, al decir de Bernstein, la democracia industrial— y las cooperativas. Los primeros liquidarán la ganancia industrial, las segundas liquidarán la ganancia comercial.

Las cooperativas, sobre todo las de producción, constituyen una forma híbrida en el seno del capitalismo. Se las puede describir como pequeñas unidades de producción socializada dentro del intercambio capitalista.

Pero en la economía capitalista el intercambio domina la producción (es decir, la producción depende, en gran medida, de las posibilidades del mercado). Como fruto de la competencia, la dominación total del proceso de producción por los intereses del capitalismo —es decir, la explotación inmisericorde— se convierte en factor de supervivencia para cada empresa. La dominación por el capital del proceso de producción se expresa de varias maneras. El trabajo se intensifica. La jornada laboral se acorta o alarga según la situación del mercado. Y, según los requerimientos del mercado, la mano de obra es empleada o arrojada de nuevo a la calle. Dicho de otra manera, se utilizan todos los métodos que le permiten a la empresa hacer frente a sus competidoras en el mercado. Los obreros que forman una cooperativa de producción se ven así en la necesidad de gobernarse con el máximo absolutismo. Se ven obligados a asumir ellos mismos el rol del empresario capitalista, contradicción responsable del fracaso de las cooperativas de producción, que se convierten en empresas puramente capitalistas o, si siguen predominando los intereses obreros, terminan por disolverse.

El mismo Bernstein toma nota de estos hechos. Pero es evidente que no los ha comprendido. Porque, junto con la señora Potter-Webb[36], atribuye el fracaso de las cooperativas de producción inglesas a la falta de «disciplina». Pero lo que aquí se llama tan superficial y llanamente «disciplina» no es otra cosa que el régimen absolutista natural del

capitalismo, que, va de suyo, los obreros no pueden utilizar en su propia contra.

Las cooperativas de producción pueden sobrevivir en el marco de la economía capitalista sólo si logran suprimir, mediante algún ardid, la contradicción capitalista entre el modo de producción y el modo de cambio. Y lo pueden lograr sólo si se sustraen artificialmente a la influencia de las leyes de la libre competencia. Y sólo pueden lograr esto último cuando se aseguran de antemano un círculo fijo de consumidores, es decir, un mercado constante.

Las que pueden prestar este servicio a sus hermanas en el campo de la producción son las cooperativas de consumo. Aquí —y no en la distinción que traza Oppenheimer entre cooperativas que compran y cooperativas que venden— yace el secreto que busca Bernstein: la explicación del fracaso ineluctable de las cooperativas de producción con funcionamiento independiente y su supervivencia cuando las respaldan cooperativas de consumo.

Si es verdad que las posibilidades de existencia de las cooperativas de producción dentro del capitalismo están ligadas a las posibilidades de existencia de las cooperativas de consumo, entonces el alcance de las primeras se ve limitado, en el mejor de los casos, al pequeño mercado local y a la manufactura de artículos que satisfagan necesidades inmediatas, sobre todo de productos alimenticios. Las cooperativas de consumo, y, por tanto, también las de producción, quedan excluidas de las ramas más importantes de la producción de capital: las industrias textil, minera, metalúrgica y petrolera y de construcción de maquinarias, locomotoras y barcos. Por esta única razón (dejando de lado momentáneamente su carácter híbrido), no puede considerarse seriamente a las cooperativas de producción como instrumento para la realización de una transformación social general. La creación de cooperativas de producción en gran escala supondría, antes que nada, la supresión del mercado mundial, y el despedazamiento de la actual economía mundial en pequeñas esferas locales de producción y cambio. Se espera que el capitalismo altamente desarrollado y difundido de nuestro tiempo se retrotraiga a la economía mercantil de la Edad Media.

Dentro del marco de esta sociedad, las cooperativas de producción se reducen a meros apéndices de las de consumo. Parecería, por tanto, que éstas deberían ser el comienzo del supuesto cambio social. Pero de esta manera la supuesta reforma de la sociedad mediante cooperativas deja de ser una ofensiva contra la producción capitalista. Esto es, deja de ser un ataque directo a las bases fundamentales de la economía capitalista. Se convierte, en cambio, en una lucha contra el capital comercial, sobre todo el capital comercial pequeño y mediano. Se vuelve un ataque contra las ramas más pequeñas del árbol capitalista.

Según Bernstein, también los sindicatos sirven para atacar al capitalismo en el campo de la producción. Ya hemos demostrado que los sindicatos no pueden darles a los obreros una influencia decisiva sobre la producción. Los sindicatos no pueden determinar las dimensiones ni el progreso técnico de la producción.

Tomemos el aspecto puramente económico de la «lucha de la tasa salarial contra la tasa de ganancia», como Bernstein llama a la actividad sindical. Ésta no se libra en el cielo azul. Se libra dentro del marco bien delimitado de las leyes salariales. La actividad sindical no destruye sino que aplica la ley de salarios.

Según Bernstein, son los sindicatos los que dirigen —en la movilización general por la emancipación de la clase obrera— el verdadero ataque contra la tasa de ganancia industrial. Según Bernstein, los sindicatos tienen la tarea de transformar la tasa de ganancia industrial en «tasa salarial». El hecho es que los sindicatos son los menos capacitados para lanzar una ofensiva económica contra la ganancia. Los sindicatos no son más que una organización defensiva de la clase obrera contra los ataques de la ganancia. Reflejan la resistencia obrera ante la opresión de la economía capitalista.

Por un lado, los sindicatos tienen la función de influir sobre la situación del mercado de fuerza de trabajo. Pero esta influencia se ve constantemente superada por la proletarización de las capas medias de nuestra sociedad, proceso que aporta constantemente nueva mercadería al mercado de trabajo. La segunda función de los sindicatos es la de mejorar la situación de los obreros. Es decir, incrementar la parte de riqueza social que estos reciben. Esta parte, empero, se ve constantemente reducida con la ineluctabilidad de

un proceso natural: por el incremento de la productividad del trabajo. No es necesario ser marxista para comprenderlo. Basta leer *In Explanation of the Social Question* de Rodbertus[37].

En otras palabras, las condiciones objetivas de la sociedad capitalista transforman las dos funciones económicas de los sindicatos en una suerte de trabajo de Sísifo que es, de todas maneras, indispensable. Porque como resultado de las actividades de su sindicato, el obrero logra obtener la tasa salarial que le corresponde de acuerdo con la situación del mercado de fuerza de trabajo. Como resultado de la actividad sindical se aplica la ley capitalista de salarios y el efecto de la tendencia decreciente del desarrollo económico se ve paralizado o, más precisamente, atenuado.

Sin embargo, la transformación del sindicato en instrumento para la reducción progresiva de la ganancia en favor del salario presupone las siguientes condiciones sociales: primero, el cese de la proletarización de los estratos medios de nuestra sociedad; segundo, la detención del incremento de la productividad del trabajo. En ambos casos tenemos *un* retorno a las condiciones precapitalistas.

Las cooperativas y los sindicatos son totalmente incapaces de transformar el *modo capitalista de producción*. Esto Bernstein realmente lo comprende, si bien de manera distorsionada. Porque se refiere a las cooperativas y los sindicatos como medios para reducir las ganancias de los capitalistas y enriquecer así a los obreros. De esta manera renuncia a la lucha contra el *modo de producción capitalista* y trata de dirigir el movimiento socialista hacia la lucha contra la «distribución capitalista». Una y otra vez Bernstein se refiere al socialismo como un esfuerzo por lograr un modo de distribución «justo, más justo y aún más justo» (*Vorwaerts*, 26 de marzo de 1899).

No puede negarse que la causa directa que lleva a las masas populares al movimiento socialista es precisamente el modo de distribución «injusto» que caracteriza al capitalismo. Cuando la socialdemocracia lucha por la socialización del conjunto de la economía, aspira con ello a una distribución «justa» de la riqueza social. Pero la socialdemocracia, guiada por el comentario de Marx de que el modo de distribución de una época dada es consecuencia natural del modo de producción de dicha época, no lucha

contra la distribución en el marco de la producción capitalista. Antes bien lucha por la supresión de la propia producción capitalista. En una palabra, la socialdemocracia quiere establecer el modo de distribución socialista mediante la supresión del modo de producción capitalista. El método de Bernstein, por el contrario, propone combatir el modo de distribución capitalista con la esperanza de instaurar así, gradualmente, el modo de producción socialista.

¿Cuál es, en ese caso, el fundamento del programa de Bernstein para la reforma de la sociedad? ¿Se apoya en las tendencias de la producción capitalista? No; en primer lugar, él niega esas tendencias. En segundo lugar, la trasformación socialista es, para él, efecto y no causa de la distribución. No puede darle a su programa una base materialista, porque ya ha refutado los objetivos y medios del movimiento socialista y, con ello, sus condiciones económicas. Resultado de ello es que se ve obligado a construirse cimientos idealistas.

«¿Para qué representar el socialismo como resultado de la compulsión económica?», pregunta quejoso. «¿Por qué degradar el raciocinio del hombre, su sentimiento de justicia, su voluntad?» (*Vorwaerts*, 26 de marzo de 1899). La distribución superlativamente justa de la que habla Bernstein se logrará gracias a la libre voluntad del hombre, voluntad que actúa no en virtud de la necesidad económica, puesto que esta voluntad no es más que un instrumento, sino en virtud de la comprensión que tiene el hombre de la justicia, en virtud de la *idea de justicia* del hombre.

Así volvemos alegremente al principio de justicia, al viejo caballito de batalla sobre el cual han cabalgado todos los reformadores de la tierra durante milenios, por falta de un medio de transporte histórico más seguro. Volvemos al triste Rocinante sobre el cual han cabalgado los Quijotes de la historia en busca de la gran reforma de la tierra, para volver a casa con los ojos negros.

La relación entre pobres y ricos como base para el socialismo, el principio del cooperativismo como contenido del socialismo, la «distribución más justa» como su objetivo y la idea de justicia como su única legitimación histórica: ¡con cuánto más fuerza, ingenio y fuego defendió Weitling ese tipo de socialismo hace cincuenta años! Sin embargo,

el sastre genial no conocía el socialismo científico. Si hoy se toma la concepción que Marx y Engels despedazaron hace medio siglo, se la emparcha y se la presenta al proletariado como la última palabra en ciencia social, eso es, también, el arte de un sastre, pero no tiene nada de genial.

Los sindicatos y las cooperativas son los puntos de apoyo económicos de la teoría del revisionismo. Su condición política principal es el crecimiento de la democracia. Las manifestaciones actuales de reacción política no son para Bernstein sino «desplazamientos». Las considera fortuitas, momentáneas, y sugiere que no se las tenga en cuenta en la elaboración de las directivas generales para el movimiento obrero.

Para Bemstein la democracia es una etapa inevitable en el desarrollo de la sociedad. Para él, como para los teóricos burgueses del liberalismo, la democracia es la gran ley fundamental del proceso histórico, con todas las fuerzas de la vida política puestas al servicio de su realización. Pero la tesis de Bernstein es completamente falsa. Presentada en esta forma absoluta, aparece como una vulgarización pequeñoburguesa de los resultados de una fase brevísima del desarrollo burgués, los últimos veinticinco o treinta años. Llegamos a conclusiones totalmente distintas cuando examinamos el desarrollo histórico de la democracia un poco más de cerca y consideramos, a la vez, la historia política general del capitalismo.

La democracia apareció en las estructuras sociales más disímiles: grupos comunistas primitivos, estados esclavistas de la Antigüedad y comunas medievales. Asimismo el absolutismo y la monarquía constitucional se encuentran en los órdenes económicos más variados. Cuando el capitalismo comenzó como primera forma de producción de mercancías, recurrió a una constitución democrática en las comunas municipales del Medioevo. Luego, cuando desarrolló la manufactura, el capitalismo encontró su forma política correspondiente en la monarquía absoluta. Por último, como economía industrial desarrollada, engendró en Francia la república democrática de 1793, la monarquía absoluta de Napoleón I, la monarquía nobiliaria de la Restauración (1815-1830), la monarquía constitucional burguesa de Luis Felipe, nuevamente la república democrática, nuevamente la monarquía de Napoleón III y finalmente, por tercera vez, la república.

En Alemania, la única institución verdaderamente democrática —el sufragio universal— no es una conquista del liberalismo burgués. El sufragio universal alemán fue un instrumento para la fusión de los pequeños estados. Es sólo en este sentido que tiene importancia para el desarrollo de la burguesía alemana, que de otra manera quedaría bien satisfecha con una monarquía constitucional semifeudal. En Rusia, el capitalismo prosperó por mucho tiempo bajo el régimen del absolutismo oriental, sin que la burguesía manifestara el menor deseo de introducir la democracia. En Austria, el sufragio universal fue ante todo un salvavidas arrojado a una monarquía en descomposición y en bancarrota. En Bélgica, la conquista del sufragio universal por el movimiento obrero se debió indudablemente a la debilidad del militarismo local y, por consiguiente, a la situación geográfica y política particular de ese país. Pero aquí tenemos «un poco de democracia» ganada no por la burguesía sino *contra ella*.

La victoria ininterrumpida de la democracia, que para el revisionismo tanto como para el liberalismo burgués parece una gran ley fundamental de la historia humana y, sobre todo, de la historia moderna, demuestra ser, luego de una mirada más profunda, un fantasma. No puede establecerse una relación absoluta y general entre desarrollo capitalista y democracia. La forma política de un país dado es siempre resultado de la combinación de todos los factores políticos existentes, tanto internos como externos. Admite dentro de sus límites todo tipo de variantes, desde la monarquía absolutista hasta la república democrática.

Debemos abandonar, por tanto, toda esperanza de establecer la democracia como ley general del proceso histórico, inclusive en el marco de la sociedad moderna. Si volvemos la mirada a la fase actual de la sociedad burguesa, también aquí observamos factores políticos que, en lugar de garantizar la realización del esquema de Bernstein, conducen al abandono, por parte de la sociedad burguesa, de las conquistas democráticas logradas hasta ahora. Las instituciones democráticas —y esto posee la mayor importancia— han agotado totalmente su función de servir de ayuda al desarrollo de la sociedad burguesa. En la medida en que fueron necesarias para provocar la fusión de los pequeños estados y la creación de los grandes estados modernos (Alemania, Italia) ya no son más

indispensables. Mientras tanto, el desarrollo de la economía ha afectado una cicatrización orgánica interna.

Lo mismo puede decirse de la trasformación de toda la maquinaria estatal política y administrativa de mecanismo feudal o semifeudal en mecanismo capitalista. Mientras que esta trasformación ha sido históricamente inseparable del desarrollo de la democracia, se ha realizado hasta un grado tal que se pueden suprimir los «ingredientes» puramente democráticos de la sociedad, tales como el sufragio universal y la forma estatal republicana, sin que la administración, las finanzas estatales ni la organización militar tengan necesidad de retrotraerse a sus formas anteriores a la Revolución de Marzo.

Si el liberalismo en cuanto tal ya le es totalmente inútil a la sociedad burguesa, también se ha convertido, por otra parte, en un impedimento directo para el capitalismo. Dos factores dominan completamente la vida política de los estados contemporáneos: la política mundial y el movimiento obrero. Cada uno presenta un aspecto diferente de la fase actual del desarrollo capitalista.

Como resultado del desarrollo de la economía mundial y de la agudización y generalización de la competencia en el mercado mundial, el militarismo y la política de las grandes flotas se han vuelto, en tanto que instrumentos de la política mundial, un factor decisivo tanto en la vida interior como en la vida exterior de las grandes potencias. Si es cierto que la política mundial y el militarismo representan una fase ascendente en la etapa que atraviesa el capitalismo en la actualidad, entonces la democracia burguesa debe desplazarse, lógicamente, en sentido descendente.

En Alemania la era del gran armamentismo, comenzada en 1893, y la línea de la política mundial, inaugurada con la toma de Kiao-Cheou, se pagaron inmediatamente con el sacrificio de una víctima propiciatoria: la descomposición del liberalismo, la deflación del Partido del Centro, que pasó de la oposición al gobierno. Las recientes elecciones al Reichstag de 1907, realizadas bajo el signo de la política colonial alemana, fueron a la vez el entierro histórico del liberalismo alemán.

Si la política exterior empuja a la burguesía a los brazos de la reacción, lo mismo ocurre con la política interna, gracias al ascenso de la clase

obrera. Bernstein demuestra que lo reconoce cuando responsabiliza a la «leyenda» socialdemócrata que «quiere tragarse todo» —en otras palabras, los esfuerzos socialistas de la clase obrera— por la deserción de la burguesía liberal. Aconseja al proletariado renegar de su objetivo socialista, para que los liberales muertos de miedo puedan salir de la ratonera de la reacción. Al convertir la supresión del movimiento obrero socialista en condición esencial para la preservación de la democracia burguesa, demuestra palmariamente que esta democracia se encuentra en contradicción directa con la tendencia interna del desarrollo de la sociedad actual. Demuestra, al mismo tiempo, que el propio movimiento socialista es un producto directo de *esta tendencia*.

Pero demuestra, a la vez, otra cosa más. Al hacer de la renuncia al objetivo socialista una condición esencial para la resurrección de la democracia burguesa, demuestra cuán inexacta es la afirmación de que la democracia burguesa es una condición indispensable para el movimiento socialista y la victoria del socialismo. El razonamiento de Bernstein cae en un círculo vicioso. La conclusión se traga las premisas.

La solución es bien simple. Visto que el liberalismo burgués ha vendido su alma por miedo a la creciente movilización obrera y a su objetivo final, llegamos a la conclusión de que el movimiento obrero socialista es hoy el *único* puntal de aquello que no es el objetivo del movimiento socialista: la democracia. Debemos sacar la conclusión de que la democracia no tiene otro apoyo. Debemos sacar la conclusión de que el movimiento socialista no está atado a la democracia burguesa, sino que, por el contrario, la suerte de la democracia está atada al movimiento socialista. De ello debemos concluir que la democracia no adquiere mayores posibilidades de sobrevivir en la medida en que la clase obrera renuncia a la lucha por su emancipación, sino que, por el contrario, la democracia adquiere mayores posibilidades de supervivencia a medida que el movimiento socialista se vuelve lo suficientemente fuerte como para luchar contra las consecuencias reaccionarias de la política mundial y la deserción burguesa de la democracia. Quien desee el fortalecimiento de la democracia, debe también desear el fortalecimiento, y no el debilitamiento, del movimiento socialista.

Quien renuncia a la lucha por el socialismo, renuncia también a la movilización obrera y a la democracia.

La conquista del poder político

Hemos visto que la suerte de la democracia está ligada a la del movimiento obrero. ¿Pero es que el desarrollo de la democracia hace superflua o imposibilita la revolución proletaria, es decir, la conquista del poder político por los trabajadores?

Bernstein soluciona el problema sopesando minuciosamente los aspectos buenos y malos de la reforma y la revolución social. Lo hace casi de la misma manera en que se pesa la canela o la pimienta en el almacén de la cooperativa de consumo. Ve en el curso legislativo del proceso histórico el accionar de la «inteligencia», mientras que para él el curso revolucionario del proceso histórico revela la acción del «sentimiento». Ve en la actividad reformista un método lento para el avance histórico, y en la actividad revolucionaria un método rápido. En la legislación ve una fuerza metódica; en la revolución, una fuerza espontánea.

Sabemos desde hace tiempo que el reformador pequeñoburgués encuentra aspectos «buenos» y «malos» en todo. Mordisquea un poco de cada hierba. Pero esta combinación afecta muy poco el verdadero curso de los acontecimientos. La pilita tan cuidadosamente construida de todos los «aspectos buenos» de todas las cosas posibles se viene abajo ante el primer puntapié de la historia. Históricamente, la reforma legislativa y el método revolucionario se rigen por influencias mucho más poderosas que las ventajas o inconvenientes de uno y otro.

En la historia de la sociedad burguesa la reforma legislativa sirvió para fortalecer progresivamente a la clase en ascenso hasta que ésta concentró el poder suficiente como para adueñarse del poder político, suprimir el sistema jurídico imperante y construir uno nuevo, a su medida. Bernstein, al denostar la conquista del poder político como teoría blanquista de la violencia, tiene la mala suerte de tachar de error blanquista aquello que ha sido siempre el pivote y la fuerza motriz de la historia de la humanidad.

Desde la primera aparición de las sociedades de clases con la lucha de clases como contenido esencial de su historia, la conquista del poder político ha sido siempre el objetivo de las clases en ascenso. Éste es el punto de partida y el final de todo periodo histórico. Esto puede observarse en la prolongada lucha del campesinado latino contra los financistas y nobles de la antigua Roma, en la lucha de la nobleza medieval contra los obispos y en la lucha de los artesanos contra los nobles en las ciudades de la Edad Media. En los tiempos modernos lo vemos en la lucha de la burguesía contra el feudalismo.

La reforma legislativa y la revolución no son métodos diferentes de desarrollo histórico que puedan elegirse a voluntad del escaparate de la historia, así como uno opta por salchichas frías o calientes. La reforma legislativa y la revolución son diferentes *factores* del desarrollo de la sociedad de clases. Se condicionan y complementan mutuamente y a la vez se excluyen recíprocamente, como los polos Norte y Sur, como la burguesía y el proletariado.

Cada constitución legal es *producto* de una revolución. En la historia de las clases, la revolución es un acto de creación política, mientras que la legislación es la expresión política de la vida de una sociedad que ya existe. La reforma no posee una fuerza propia, independiente de la revolución. En cada periodo histórico la obra reformista se realiza únicamente en la dirección que le imprime el ímpetu de la última revolución, y prosigue mientras el impulso de la última revolución se haga sentir. Más concretamente, la obra reformista de cada periodo histórico se realiza únicamente en el marco de la forma social creada por la revolución. He aquí el meollo del problema.

Va en contra del proceso histórico presentar la obra reformista como una revolución prolongada a largo plazo y la revolución como una serie condensada de reformas. La transformación social y la reforma legislativa no difieren por su duración sino por su contenido. El secreto del cambio histórico mediante la utilización del poder político reside precisamente en la transformación de la simple modificación cuantitativa en una nueva cualidad o, más concretamente, en el pasaje de un periodo histórico de una forma dada de sociedad a otra.

Es por ello que quienes se pronuncian a favor del método de la reforma legislativa *en lugar de* la conquista del poder político y la revolución social *en oposición a éstas*, en realidad no optan por una vía más tranquila, calma y lenta hacia el *mismo* objetivo, sino por un objetivo *diferente*. En lugar de tomar partido por la instauración de una nueva sociedad, lo hacen por la modificación superficial de la vieja sociedad. Siguiendo las concepciones políticas del revisionismo, llegamos a la misma conclusión que cuando seguimos las concepciones económicas del revisionismo. Nuestro programa no es ya la realización del *socialismo* sino la reforma del *capitalismo*; no es la supresión del trabajo asalariado, sino la reducción de la explotación, es decir, la supresión de los abusos del capitalismo en lugar de la supresión del propio capitalismo.

¿Acaso la relación recíproca de la reforma legislativa y la revolución se aplican únicamente a las luchas de clases del pasado? ¿Es posible que ahora, como resultado del perfeccionamiento del sistema jurídico burgués, la función de trasladar a la sociedad de una fase histórica a otra corresponda a la reforma legislativa, y que la conquista del poder estatal por el proletariado se haya convertido, al decir de Bernstein, en «una frase hueca»?

Todo lo contrario. ¿Qué es lo que distingue a la sociedad burguesa de las demás sociedades de clase, de la sociedad antigua y del orden social imperante en la Edad Media? Precisamente el hecho de que la dominación de clase no se basa en «derechos adquiridos» sino en *relaciones económicas reales*: el hecho de que el trabajo asalariado no es una relación jurídica, sino exclusivamente económica. En nuestro sistema jurídico no existe una sola fórmula legal para la actual dominación de clases. Los pocos restos de semejantes fórmulas de dominación de clase (por ejemplo, la de los sirvientes) son vestigios de la sociedad feudal.

¿Cómo se puede suprimir la esclavitud asalariada «legislativamente», si la esclavitud asalariada no está expresada en las leyes? Bernstein, que quisiera liquidar el capitalismo mediante la reforma legislativa, se encuentra en la misma situación que el policía ruso de Uspenski**[38]** que dice: «¡Rápidamente tomé al pícaro de las solapas! Pero ¿qué es esto? ¡El muy

maldito no tiene solapas!». Tal es, precisamente, la dificultad que tiene Bernstein.

«Opresores y oprimidos se enfrentaron siempre, mantuvieron una lucha constante» (*Manifiesto comunista*). Pero en las fases que precedieron a la sociedad moderna, este antagonismo se expresaba en relaciones jurídicas bien determinadas y, en virtud de ello, podían acordarle un lugar a las nuevas relaciones dentro del marco de las viejas. «De los siervos de la Edad Media surgieron los villanos libres de las primeras ciudades» (*Manifiesto comunista*). ¿Cómo fue posible? Por la supresión progresiva de todos los privilegios feudales en los alrededores de la ciudad: la corvea, el derecho a usar vestimentas especiales, el impuesto sobre la herencia, el derecho del señor a apropiarse de lo mejor del ganado, el impuesto personal, el casamiento por obligación, el derecho a la sucesión, en fin, todo lo que constituía la servidumbre.

De la misma manera, la burguesía incipiente de la Edad Media logró elevarse, mientras se hallaba bajo el yugo del absolutismo feudal, a la altura de burguesía (*Manifiesto comunista*). ¿Con qué medios? Mediante la supresión parcial formal o la destrucción total de los vínculos corporativos, mediante la trasformación progresiva de la administración fiscal y del ejército.

En consecuencia, cuando estudiamos el problema desde un punto de vista abstracto, no desde el punto de vista histórico, podemos *imaginar* (en vista de las viejas relaciones de clase) un pasaje legal, según el método reformista, de la sociedad feudal a la sociedad burguesa. ¿Pero qué vemos en la realidad? En la realidad vemos que las reformas legales no sólo no obviaron la toma del poder político por la burguesía, antes bien, por el contrario, lo prepararon y condujeron a él. La transformación socio-política previa fue indispensable, tanto para la abolición de la esclavitud como para la supresión del feudalismo.

Pero ahora la situación es totalmente distinta. Ninguna ley obliga al proletariado a someterse al yugo del capitalismo. La pobreza, la carencia de medios de producción, obligan al proletariado a someterse al yugo del capitalismo. Y no hay ley en el mundo que le otorgue al proletariado los medios de producción mientras permanezca en el marco de la sociedad

burguesa, puesto que no son las leyes sino el proceso económico los que han arrancado los medios de producción de manos de los productores.

Tampoco la explotación dentro del sistema de trabajo asalariado se basa en leyes. El nivel salarial no queda fijado por la legislación, sino por factores económicos. El fenómeno de la explotación capitalista no se basa en una disposición legal sino en el hecho puramente económico de que en esta explotación la fuerza de trabajo desempeña el rol de una mercancía que posee, entre otras, la característica de producir *valor*, que *excede* al valor que se consume bajo la forma de medios de subsistencia para el que trabaja. En síntesis, las relaciones fundamentales de la dominación de la clase capitalista no pueden transformarse mediante la reforma legislativa, sobre la base de la sociedad capitalista, porque estas relaciones no han sido introducidas por las leyes burguesas, ni han recibido forma legal. Aparentemente, Bernstein no lo sabe, puesto que habla de «reformas socialistas». Por otra parte, parece reconocerlo implícitamente cuando dice en la página 10 de su libro: «la motivación económica en la actualidad actúa libremente, mientras que en el pasado estaba enmascarada por toda clase de relaciones de dominación, por toda clase de ideología».

Una de las peculiaridades del orden capitalista es que en su seno todos los elementos de la futura sociedad asumen en la primera instancia de su desarrollo una forma que no se aproxima al socialismo sino que, por el contrario, se aleja más y más del socialismo. La producción se socializa progresivamente. Pero ¿bajo qué forma se expresa el carácter social de la producción capitalista? Se expresa bajo la forma de la gran empresa, la firma accionista, el cártel, dentro del cual los antagonismos capitalistas, la explotación capitalista, la opresión de la fuerza de trabajo, se exacerban al extremo.

En el ejército, el desarrollo del capitalismo conduce a la extensión del servicio militar obligatorio, á la reducción del tiempo de servicio y, por consiguiente, a un acercamiento material a la milicia popular. Pero todo esto se da bajo la forma del militarismo moderno, en el que la dominación del pueblo por el Estado militarista y el carácter de clase del Estado se manifiestan con mayor claridad.

En el campo de las relaciones políticas, el desarrollo de la democracia acarrea —en la medida en que encuentra terreno fértil— la participación de todos los estratos populares en la vida política y, por tanto, cierto tipo de «estado popular». Pero esta participación sobreviene bajo la forma del parlamentarismo burgués, en el cual los antagonismos de clase y la dominación de clase no quedan suprimidos sino que, por el contrario, son puestos al desnudo. Justamente porque el desarrollo del capitalismo avanza en medio de dichas contradicciones, es necesario extraer el fruto de la sociedad socialista de su cáscara capitalista. Justamente por eso el proletariado debe adueñarse del poder político y liquidar totalmente el sistema capitalista.

Bernstein saca, desde luego, conclusiones diferentes. Si el avance de la democracia agrava en lugar de disminuir los antagonismos capitalistas, «la socialdemocracia —nos dice— para no dificultar su tarea, debe emplear todos los medios para tratar de detener las reformas sociales y la extensión de las instituciones democráticas». En efecto, ése sería el procedimiento correcto si la socialdemocracia deseara, a la manera de los pequeños burgueses, asumir la tarea vana de tomar para sí todos los aspectos buenos de la historia y desechar todos los malos. Sin embargo, en tal caso debería a la vez «tratar de detener» al capitalismo en general, porque no cabe duda de que éste es el malandrín que pone escollos en el camino al socialismo. Pero el capitalismo provee, además de loo *obstáculos*, las *posibilidades* de realizar el programa socialista. Lo mismo puede decirse de la democracia.

Si la democracia se ha vuelto, a los ojos de la burguesía, superflua y molesta, resulta, por el contrario, tanto más indispensable y necesaria para la clase obrera. Es necesaria para la clase obrera porque crea las formas políticas (administración autónoma, derechos electorales, etcétera) que le servirán al proletariado de puntos de apoyo para la tarea de transformar la sociedad burguesa. La democracia es indispensable para la clase obrera, porque sólo mediante el ejercicio de sus derechos democráticos, en la lucha por la democracia, puede el proletariado adquirir conciencia de sus intereses de clase y de su tarea histórica.

En síntesis, la democracia no es indispensable porque hace superflua la conquista del poder político por el proletariado, sino porque hace a esta

conquista *necesaria* y *posible*. Cuando, en su prólogo a *Las luchas de clases en Francia*, Engels revisó la táctica del movimiento obrero moderno y aconsejó la lucha legal en contraposición a las barricadas, no tenía en mente —como se desprende de cada línea del prólogo— el problema de la conquista específica del poder político, sino la lucha cotidiana contemporánea. No tenía en mente la actitud que debe asumir el proletariado hacia el Estado capitalista en el momento de la toma del poder, sino la actitud del proletariado en el marco del Estado capitalista. Engels formulaba directivas para el proletariado *oprimido*, no para el proletariado *victorioso*.

En cambio, la conocida frase de Marx acerca del problema agrario en Inglaterra (Bernstein la utiliza muchísimo) en la que dice: «Probablemente tendremos mejor éxito si compramos las propiedades a los terratenientes», se refiere a la posición del proletariado, *no antes, sino después de la victoria*. Porque, evidentemente, ni hablarse puede de comprar la propiedad de la vieja clase dominante sino cuando los obreros están en el poder. La posibilidad que Marx consideraba es la del *ejercicio pacífico de la dictadura del proletariado* y no la de reemplazar a éste por las reformas sociales capitalistas. Marx y Engels no abrigaban dudas acerca de la necesidad de que el proletariado conquiste el poder político. Es Bernstein quien considera que el gallinero del parlamentarismo burgués es un órgano mediante el cual realizaremos la transformación social más formidable de la historia, *el pasaje de la sociedad capitalista al socialismo*.

Bernstein presenta su teoría advirtiendo al proletariado sobre los peligros de tomar el poder con demasiada premura. Es decir que, según Bernstein, el proletariado debe permitir que la sociedad burguesa subsista bajo su forma actual, y sufrir una terrible derrota. Si el proletariado llegara al poder, podría sacar de la teoría de Bernstein la siguiente conclusión «práctica»: irse a dormir. Su teoría condena al proletariado, en el momento más decisivo de la lucha, a la inactividad, a la traición pasiva de su propia causa.

Nuestro programa sería un mísero pedazo de papel si no nos sirviera en *todas* las eventualidades, en *todos* los momentos de la lucha y si no nos sirviera por su *aplicación* y no por su no aplicación. Si nuestro programa

contiene la fórmula del desarrollo histórico de la sociedad del capitalismo al socialismo, debe también formular, con todos sus fundamentos característicos, todas las fases transitorias de ese proceso y, en consecuencia, debe ser capaz de indicarle al proletariado la acción que corresponde tomar en cada tramo del camino al socialismo. No puede llegar el momento en que el proletariado se encuentre obligado a abandonar su programa, o se vea abandonado por éste.

En la práctica, esto se revela en el hecho de que no puede llegar el momento en que el proletariado, colocado en el poder por la fuerza de los acontecimientos, no esté en condiciones o no tenga la obligación moral de tomar ciertas medidas para la realización de su programa, es decir, medidas transitorias que conduzcan al socialismo. Tras la creencia de que el programa socialista puede derrumbarse en cualquier momento de la dictadura del proletariado se oculta la otra creencia de que el *programa socialista es, en general y en todo momento, irrealizable*.

¿Y qué pasa si las medidas transitorias son prematuras? Esta pregunta oculta una enorme cantidad de ideas erróneas respecto del verdadero curso de una transformación social.

En primer lugar, la toma del poder político por el proletariado, es decir, por una gran clase popular, no se produce artificialmente. Presupone (con excepción de casos tales como la Comuna de París, en la que el proletariado no obtuvo el poder tras una lucha consciente por ese objetivo, sino que éste cayó en sus manos como una cosa buena abandonada por todos los demás) un grado específico de madurez de las relaciones económicas y políticas. He aquí la diferencia esencial entre los golpes de Estado según la concepción blanquista, realizados por una «minoría activa» y que estallan como un pistoletazo, siempre en un momento inoportuno, y la conquista del poder político por una gran masa popular consciente, que sólo puede ser producto de la descomposición de la sociedad burguesa y, por tanto, lleva en su seno la legitimación política y económica de su aparición en el momento oportuno.

Si, por lo tanto, vista desde el ángulo de su consecuencia política, la conquista del poder político por la clase obrera no puede materializarse «prematuramente», desde el punto de vista del mantenimiento del poder, la

revolución prematura, cuya sola idea le provoca insomnio a Bernstein, pende sobre nosotros cual espada de Damocles. Contra esto, de nada sirven preces ni súplicas, sustos ni angustias. Y esto es así por dos razones muy sencillas.

En primer lugar, es imposible pensar que una transformación tan grandiosa como es el pasaje de la sociedad capitalista a la sociedad socialista pueda realizarse de un plumazo feliz. Considerar esa posibilidad es, nuevamente, darles crédito a concepciones claramente blanquistas. La transformación socialista supone una lucha prolongada y tenaz, en el curso de la cual es bastante probable que el proletariado sufra más de una derrota, de modo que la primera vez, desde el punto de vista del resultado final de la lucha, necesariamente llegará al poder «inoportunamente».

En segundo lugar, será imposible evitar la conquista «prematura» del poder estatal por el proletariado, precisamente porque estos ataques «prematuros» del proletariado constituyen un factor, y, en verdad, un factor de gran importancia, que crea las condiciones políticas para la victoria final. En el curso de la crisis política que acompañará la toma del poder, en el curso de las luchas prolongadas y tenaces, el proletariado adquirirá el grado de madurez política que le permitirá obtener en su momento la victoria total de la revolución. Así, estos ataques «prematuros» del proletariado contra el poder del Estado son en sí factores históricos importantes que ayudan a producir y determinar el *momento* de la victoria definitiva. Vista desde este punto de vista, la idea de una conquista «prematura» del poder político por la clase trabajadora parece un absurdo político derivado de una concepción mecánica del proceso social, que le otorga a la victoria de la lucha de clases un momento fijado en forma *externa* e *independiente* de la lucha de clases.

Puesto que el proletariado no está en situación de adueñarse del poder político sino «prematuramente», puesto que el proletariado tiene la obligación absoluta de tomar el poder una o varias veces «prematuramente» antes de conquistarlo en forma definitiva, oponerse a la conquista «prematura» del poder no es, en el fondo, sino *oponerse en general a la aspiración del proletariado de adueñarse del poder estatal*. Así como todos los caminos conducen a Roma, así también llegamos lógicamente a la conclusión de que la propuesta revisionista de despreciar el objetivo final

del movimiento socialista es, en realidad, recomendarnos que renunciemos al movimiento socialista en sí.

El colapso

Bernstein comenzó su revisión de la socialdemocracia abandonando la teoría del colapso del capitalismo. Ésta es, empero, la piedra fundamental del socialismo científico. Al repudiarla, Bernstein repudia también la doctrina socialista en su conjunto. En el curso de su exposición, abandona una por una todas las posiciones del socialismo para poder respaldar su primera afirmación.

Es imposible la expropiación de la clase capitalista sin colapso del capitalismo. Por tanto, Bernstein renuncia a la expropiación y opta por la realización progresiva del «principio cooperativista» como objetivo del movimiento obrero.

Pero la cooperación no puede realizarse dentro de la producción capitalista. Por tanto, Bernstein renuncia a la socialización de la producción y propone simplemente reformar el comercio y crear cooperativas de consumo.

Pero la trasformación de la sociedad a través de las cooperativas de consumo, inclusive mediante los sindicatos, es incompatible con el verdadero desarrollo material de la sociedad capitalista. Por tanto, Bernstein abandona la concepción materialista de la historia.

Pero su concepción de la marcha del proceso histórico es incompatible con la teoría marxista de la plusvalía. Por tanto, Bernstein abandona la teoría del valor y de la plusvalía y, con ello, todo el sistema económico de Karl Marx.

Pero la lucha del proletariado no puede realizarse sin un objetivo final y sin una base económica que se encuentre en la sociedad actual. Por tanto, Bernstein abandona la lucha de clases y habla de la reconciliación con el liberalismo burgués.

Pero en una sociedad de clases, la lucha de clases es un fenómeno natural e inevitable. Por tanto, Bernstein cuestiona la existencia misma de

las clases en la sociedad. Para él, la clase obrera es una masa de individuos, divididos política, intelectual y también económicamente. Y la burguesía, según él, no se agrupa políticamente según sus propios intereses económicos, sino únicamente en virtud de la presión extrema que se ejerce sobre ella de arriba y de abajo.

Pero si no existen bases económicas para la lucha de clases y, por lo tanto, no hay clases en nuestra sociedad, las luchas proletarias, tanto pasadas como futuras, contra la burguesía parecen imposibles y la socialdemocracia y los éxitos que ha obtenido parecen incomprensibles, o se las puede entender únicamente como resultado de la presión política del gobierno; es decir, no como consecuencias naturales del proceso histórico sino como consecuencias fortuitas de la política de los Hohenzollern; no como hijos legítimos de la sociedad capitalista, sino como hijos bastardos de la reacción. Adhiriendo a una lógica rigurosa en este sentido, Bernstein pasa de la concepción materialista de la historia al punto de vista del *Frankfurter Zeitung* y del *Vossische Zeitung*.

Después de repudiar la crítica socialista de la sociedad, a Bernstein le resulta fácil descubrir que la situación actual es satisfactoria, al menos de manera general. Bernstein no vacila. Descubre que, en la actualidad, la reacción no es muy fuerte en Alemania, que «no podemos hablar de reacción en los países de Europa occidental», y que en todos los países de Occidente «la actitud de las clases burguesas para con el movimiento socialista es, en el peor de los casos, defensiva, no opresora» (*Vorwaerts*, 26 de marzo de 1899). La situación de los obreros, lejos de empeorar, está mejorando. La burguesía es políticamente progresista y moralmente sana. No podemos hablar de reacción ni opresión. Todo está perfectamente en el mejor de los mundos posibles…

Bernstein sigue así la secuencia lógica de la A a la Z. Partió del abandono del *objetivo final* manteniendo, supuestamente, el movimiento. Pero como no puede haber movimiento socialista sin objetivo socialista, termina renunciando al *movimiento*.

Y así, la concepción del socialismo de Bernstein se derrumba totalmente. La construcción simétrica soberbia y admirable del pensamiento socialista se convierte para él en una pila de basura, en la que los escombros

de todos los sistemas, los pensamientos de muchas mentes grandes y pequeñas, encuentran su fosa común. Marx y Proudhon, León von Buch y Franz Oppenheimer, Friedrich Albert Lange y Kant, Herr Prokopovich y el doctor Ritter von Neupauer, Herkner y Schulze-Gävernitz, Lassalle y el profesor Julius Wolf[39]: todos aportan algo al sistema de Bernstein. De cada uno toma un poco. Nada hay de asombroso en ello. Porque cuando abandonó el socialismo científico perdió el eje de la cristalización intelectual en torno al cual se agrupan los hechos aislados en la totalidad orgánica de una concepción del mundo coherente.

Su doctrina, compuesta de pedacitos de todos los sistemas posibles parece, a primera vista, libre de prejuicios. Porque a Bernstein no le gusta que se hable de una «ciencia del partido» o, más precisamente, de la ciencia de una clase, así como no le gusta tampoco que se hable del liberalismo de una clase o la moral de una clase. Cree que logra expresar la ciencia humana, general, abstracta, el liberalismo abstracto, la moral abstracta. Pero, puesto que la sociedad real está compuesta de clases que poseen intereses, aspiraciones y concepciones diametralmente opuestos, una ciencia social humana general, un liberalismo abstracto, una moral abstracta, son en la actualidad ilusiones, utopía pura. La ciencia, la democracia, la moral, que Bernstein considera generales, humanas, no son más que la ciencia, la democracia y la moral dominantes, es decir, la ciencia burguesa, la democracia burguesa y la moral burguesa.

Cuando Bernstein repudia la doctrina económica de Marx para jurar por las enseñanzas de Brentano, Bröhm-Bawerk, Jevons, Say y Julius Wollf[40], cambia el fundamento científico para la emancipación de la clase obrera por las disculpas de la burguesía. Cuando habla del carácter humano general del liberalismo y transforma al socialismo en una variante del liberalismo, priva al movimiento socialista (en general) de su carácter de clase y, por consiguiente, de su contenido histórico; el corolario de esto es que reconoce en la clase que representa históricamente al liberalismo, la burguesía, el campeón de los intereses generales de la humanidad.

Y cuando se pronuncia en contra de «elevar los factores materiales a la altura de una fuerza todopoderosa para el progreso», cuando protesta por el llamado desprecio por el ideal, que se supone rige la socialdemocracia,

cuando se atreve a hablar en nombre de los ideales, en nombre de la moral, a la vez que se pronuncia en contra de la única fuente de renacimiento moral del proletariado, la lucha de clases revolucionaria, no hace más que lo siguiente: predica para la clase obrera la quintaesencia de la moral de la burguesía, es decir, la conciliación con el orden social existente y la transferencia de las esperanzas del proletariado al limbo de la simulación ética.

Cuando dirige sus dardos más afilados contra nuestro sistema dialéctico, ataca en realidad el método específico de pensamiento empleado por el proletariado consciente en lucha por su liberación. Es un intento de romper la espada que le ha permitido al proletariado rasgar el velo del futuro. Es un intento de romper el arma intelectual con ayuda de la cual el proletariado, aunque se encuentre materialmente bajo el yugo de la burguesía, puede llegar a triunfar sobre la burguesía. Porque es nuestro sistema dialéctico el que le muestra al proletariado el carácter transitorio de su yugo, les demuestra a los obreros la ineluctabilidad de su victoria y ya está realizando una revolución en el dominio del pensamiento. Al despedirse de nuestro sistema dialéctico y recurrir, en cambio, al columpio intelectual del conocido «por un lado - por el otro», «si - pero», «aunque - sin embargo», «más - menos», etcétera, cae lógicamente en una forma de pensamiento que pertenece históricamente a la burguesía decadente, siendo fiel reflejo de la existencia social y la actividad política de la burguesía en esa etapa. El «por un lado-por el otro», «sí-pero» político de la burguesía contemporánea posee una semejanza notable con la manera de pensar de Bernstein, y constituye la prueba más palmaria e irrefutable de la naturaleza burguesa de su concepción del mundo.

Pero la palabra «burgués», tal como la utiliza Bernstein, no es una expresión de clase sino una noción social general. Fiel a su lógica hasta el fin, ha cambiado, junto con su ciencia, política, moral y manera de pensar, el lenguaje histórico del proletariado por el de la burguesía. Cuando utiliza la palabra «ciudadano» sin distinciones para referirse tanto al burgués como al proletario, queriendo, con ello, referirse al hombre en general, identifica al hombre en general con el burgués, y a la sociedad humana con la sociedad burguesa.

Oportunismo en la teoría y en la práctica

El libro de Bernstein posee gran importancia para el movimiento obrero alemán e internacional. Es el primer intento de proveer de una base teórica a las corrientes oportunistas que proliferan en el seno de la socialdemocracia.

Se puede decir que estas corrientes son de larga data en nuestro movimiento, si tenemos en cuenta las manifestaciones esporádicas de oportunismo tales como el problema de los subsidios a los barcos a vapor. Pero recién a partir de 1890, con la derogación de las leyes antisocialistas, aparece una corriente oportunista bien definida. El «socialismo de Estado» de Vollmar, el voto a favor del presupuesto bávaro, el «socialismo agrario» del sur de Alemania, la política de compensación de Heine, la posición de Schippel[41] en torno a las tarifas y el militarismo son los picos más altos del desarrollo de la práctica oportunista.

¿Cuál es, aparentemente, la característica principal de esta práctica? Cierta hostilidad para con la «teoría». Esto es natural, puesto que nuestra «teoría», es decir, los principios del socialismo científico, imponen limitaciones claramente definidas a la actividad práctica: en lo que hace a los objetivos de dicha actividad, los medios para alcanzar dichos objetivos y el método empleado en dicha actividad. Es bastante natural que la gente que persigue resultados «prácticos» inmediatos quiera liberarse de tales limitaciones e independizar su práctica de nuestra «teoría».

Sin embargo, cada vez que se trata de aplicar este método, la realidad se encarga de refutarlo. El socialismo de Estado, el socialismo agrario, la política de compensación, el problema del ejército, fueron todas derrotas para el oportunismo. Está claro que si esta corriente desea subsistir debe tratar de destruir los principios de nuestra teoría y elaborar una teoría propia. El libro de Bernstein apunta precisamente en esa dirección. Es por eso que en Stuttgart todos los elementos oportunistas de nuestro partido se agruparon inmediatamente en torno a la bandera de Bernstein. Si las corrientes oportunistas en la actividad práctica de nuestro partido son un fenómeno enteramente natural que puede explicarse a la luz de las circunstancias especiales en que se desenvuelve nuestra actividad, la teoría

de Bernstein es un intento no menos natural de agrupar dichas corrientes en una expresión teórica general, un intento de elaborar sus propias premisas teóricas y romper con el socialismo científico. Es por eso que en la publicación de las ideas de Bernstein debe reconocerse una prueba histórica para el oportunismo y su primera legitimación científica.

¿Cuál fue el resultado de esta prueba? Lo hemos visto. El oportunismo no está en condiciones de elaborar una teoría positiva capaz de resistir la crítica. Lo único que puede hacer es atacar distintas tesis aisladas de la teoría marxista y, como el marxismo constituye precisamente un edificio sólidamente construido, tratar por este medio de conmover todo el sistema, desde el techo a los cimientos.

Esto demuestra que la práctica oportunista es esencialmente incompatible con el marxismo. Pero también demuestra que el oportunismo es incompatible con el socialismo (el movimiento socialista) en general, que posee una tendencia interna a llevar al movimiento obrero por las sendas burguesas, que el oportunismo tiende a paralizar completamente la lucha de clases proletaria. Desde el punto de vista histórico, no tiene nada que ver con el marxismo. Porque antes de Marx, e independientemente de él, surgieron diversos movimientos obreros y doctrinas socialistas, cada una de las cuales fue, a su manera, expresión teórica, según las circunstancias del momento, de la lucha de la clase obrera por su emancipación. La teoría que consiste en basar el socialismo en la concepción moral de la justicia, en la lucha contra el modo de distribución, en lugar de basarlo en la lucha contra el modo de producción, en la concepción del antagonismo de clases como antagonismo entre pobres y ricos, el intento de injertar el «principio cooperativista» en la economía capitalista —todas las lindas ideas que se encuentran en la doctrina de Bernstein— ya existían antes de él. Y estas teorías, a pesar de su insuficiencia fueron, *en su momento*, teorías efectivas para la lucha de clases proletaria. Fueron las botas de siete leguas infantiles con las que el proletariado aprendió a caminar en la escena histórica.

Pero después de que el desarrollo de la lucha de clases y su reflejo en las condiciones sociales condujeron al abandono de dichas teorías y a la elaboración de los principios del socialismo científico, no podía haber socialismo —al menos en Alemania-fuera del socialismo marxista, y no

podía haber lucha de clases socialista fuera de la socialdemocracia. De ahí en más, socialismo y marxismo, lucha proletaria por la emancipación y socialdemocracia, se volvieron idénticos. Es por eso que el retorno a las teorías sociales premarxistas ya no significa retornar a las botas de siete leguas de la niñez del proletariado, sino a las débiles y gastadas pantuflas de la burguesía.

La teoría de Bernstein fue el *primero* y, a la vez, el *último* intento de darle una base teórica al oportunismo. Es el último porque en el sistema de Bernstein el oportunismo ha llegado —negativamente, a través de su repudio del socialismo científico; positivamente, reuniendo hasta el último escombro de confusión teórica que le fue posible hallar— al límite de su cuerda. En el libro de Bernstein, el oportunismo ha puesto el broche de oro a su desenvolvimiento teórico (así como completó su desenvolvimiento práctico en la posición que asumió Schippel respecto del problema del militarismo) y ha llegado a sus últimas conclusiones.

La doctrina marxista no sólo puede refutar al oportunismo en el campo de la teoría. Solamente ella puede explicar el oportunismo como fenómeno histórico en el desarrollo del partido. La marcha del proletariado, a escala histórica mundial, hasta su victoria final no es, por cierto, «tan simple». El carácter peculiar de este movimiento reside precisamente en el hecho de que, por primera vez en la historia, las masas populares, *en oposición* a las clases dominantes, deben imponer su voluntad, pero fuera de la sociedad imperante, más allá de la sociedad existente. Las masas sólo pueden forjar esta *voluntad* en lucha constante contra el orden existente. La unión de las amplias masas populares con un objetivo que trasciende el orden social imperante, la unión de la lucha cotidiana con la gran tarea de la transformación del mundo: tal es la tarea del movimiento socialdemócrata, que lógicamente debe avanzar a tientas entre dos rocas: abandonar el carácter de masas del partido o abandonar su objetivo final, caer en el reformismo burgués o en el sectarismo, anarquismo u oportunismo.

El arsenal teórico de la doctrina marxista forjó hace más de medio siglo armas que sirven para combatir ambos extremos por igual. Pero, puesto que nuestro movimiento es un movimiento de masas y puesto que los peligros que lo acechan no derivan del cerebro humano sino de las condiciones

sociales, la doctrina marxista no podía vacunamos, *a priori* y para siempre, contra las tendencias anarquistas y oportunistas. Sólo las podremos vencer cuando pasemos del campo de la teoría al campo de la práctica, pero sólo con las armas que nos legó Marx.

«Las revoluciones burguesas —escribió Marx hace medio siglo-como las del siglo XVIII avanzan arrolladoramente de éxito en éxito, sus efectos dramáticos se atropellan, los hombres y las cosas parecen iluminados con fuegos de artificio, el éxtasis es el espíritu de cada día; pero estas revoluciones son de corta vida, llegan enseguida a su apogeo y una larga depresión se apodera de la sociedad antes de haber aprendido a asimilar serenamente los resultados de su periodo impetuoso y agresivo. En cambio las revoluciones proletarias, como las del siglo XIX, se critican constantemente a sí mismas, se interrumpen constantemente en su propia marcha, vuelven sobre lo que parecía terminado para comenzarlo de nuevo, se burlan concienzuda y cruelmente de las indecisiones, de los lados flojos y de la mezquindad de sus primeros intentos, parece que sólo derriban a su adversario para que éste saque de la tierra nuevas fuerzas y vuelva a levantarse más gigantesco frente a ellos, retroceden constantemente aterradas ante la vaga y monstruosa enormidad de sus propios fines, hasta que se crea una situación que no permite volverse atrás y las circunstancias mismas gritan: "¡*Hic Rhodus, hic salta!*" [¡Aquí está Rodas, salta aquí!] **[42]**».

Esto sigue siendo válido, aun después de la elaboración de la doctrina del socialismo científico. El movimiento proletario hasta ahora no se ha vuelto socialdemócrata de pronto, ni siquiera en Alemania. Pero se vuelve cada vez más socialdemócrata, superando continuamente las desviaciones extremas del anarquismo y el oportunismo, que son sólo fases determinantes del desarrollo de la socialdemocracia, tomado como proceso.

Por estas razones, debemos decir que lo sorprendente aquí no es el surgimiento de una corriente oportunista, sino su debilidad. Mientras apareció en casos aislados de la actividad práctica del partido, se podía suponer que poseía un fundamento práctico sólido. Pero ahora que ha mostrado la cara en el libro de Bernstein, no se puede dejar de exclamar, asombrado: «¿Cómo? ¿Es eso todo lo que tiene que decir?». ¡Ni la sombra

de un pensamiento original! ¡Ni una sola idea que el marxismo no haya refutado, aplastado, reducido a polvo hace décadas!

Bastó que el oportunismo levantara la voz para demostrar que no tenía nada que decir. Ésa es, en la historia de nuestro partido, la única importancia del libro de Bernstein.

Al despedirse así de la forma de pensar del proletariado revolucionario, de la dialéctica y de la concepción materialista de la historia, Bernstein puede agradecerles por las circunstancias atenuantes que éstas proveen para su conversión. Porque sólo la dialéctica y la concepción materialista de la historia, con la magnanimidad que las caracteriza, podían hacer aparecer a Bernstein como instrumento inconsciente y predestinado, mediante el cual la clase obrera ascendente expresa su debilidad momentánea pero que, al observarla más de cerca, la deja de lado con desprecio y orgullo.

LA CRISIS SOCIALISTA EN FRANCIA

[Mientras Eduard Bemstein desarrollaba la justificación teórica para que los socialistas unieran sus fuerzas con la burguesía liberal sobre la base de un programa capitalista, Alexandre Millerand, socialdemócrata francés, llevó las ideas de Bernstein hasta su lógica conclusión y las puso en práctica.

En 1899, en el apogeo de la crisis social y política creada por el caso Dreyfus[43], el liberal Waldeck-Rousseau[44] formó un nuevo gabinete. Se lo llamó el «gabinete de defensa de la república» para poner el acento en la justificación de su existencia: la república hallábase en grave peligro de ser derrocada por las fuerzas monárquicas.

Por primera vez en la historia del movimiento obrero, un socialista aceptaba un puesto en un gabinete burgués. Alexandre Millerand fue nombrado ministro de comercio, junto con el ministro de guerra Gallifet, que había ordenado la ejecución de unos 30 000 comuneros en 1871. ¿Qué razones adujeron Millerand, Jaurés, Briand, Viviani[45] y otros dirigentes del Partido Socialista Francés? «Hay que salvar la república».

En una serie de artículos que aparecieron en *Neue Zeit* en 1900-1901 con el título «La crisis socialista en Francia», Rosa Luxemburgo denunció despiadadamente la traición de Millerand y demostró por qué la clase obrera no puede aliarse con el enemigo de clase para defender sus conquistas democráticas. Su análisis es tan relevante hoy como lo fue hace setenta años. [La Tercera República francesa nació de la derrota de Napoleón III en la guerra franco-prusiana de 1870-1871. Pero, a diferencia de la Primera y la Segunda República, que

perecieron respectivamente en 1799 y 1851, la Tercera sobrevivió a su infancia.

Como dice Rosa Luxemburgo en uno de los primeros artículos de la serie, la Tercera República pudo «subsistir el tiempo suficiente como para llevar una existencia normal y demostrarle a la burguesía que sabe adaptarse a sus intereses mejor de lo que podría hacerlo cualquier monarquía».

En consecuencia, en 1898 las fuerzas monárquicas habían disminuido enormemente, pudiendo obtener apenas el 12% de los votos, menos que los socialistas, que obtuvieron el 20%. Pero los escándalos y la corrupción reinante en las cúpulas dominantes revelaron la debilidad interna del gobierno. El ejército se convirtió en una fuerza cada vez más independiente y poderosa.

El famoso caso Dreyfus comenzó en 1894, cuando el capitán Alfred Dreyfus, oficial judío del Estado Mayor, fue acusado ante una corte marcial secreta de robar secretos militares para venderlos a una potencia extranjera y sentenciado a cadena perpetua en la Isla del Diablo.

Pronto quedó claro que lo habían sentenciado para proteger a otro oficial, un aristócrata no judío, y que los más altos oficiales del ejército estaban involucrados en la cuestión. A medida que se desarrollaba, el escándalo Dreyfus polarizaba a la sociedad francesa. Contra Dreyfus se alinearon el ejército, la iglesia católica, los monárquicos y la vieja aristocracia. Del lado de Dreyfus se colocaron los burgueses liberales capitaneados por Zola y Clemenceau[46] y el sector jauresista del Partido Socialista. En el momento de mayor agitación, Waldeck-Rousseau se puso a la cabeza del gobierno y perdonó a Dreyfus.

Se le ofreció a Millerand una cartera ministerial, y la mayoría de las fuerzas socialistas dirigidas por Jaurés y Millerand decidieron que correspondía aceptar. Cualquiera que haya sido su programa, una vez que entró en el gabinete Millerand se limitó a efectuar algunas reformas en la marina mercante, desarrollar el comercio, la educación técnica, el sistema de correos y otras medidas superficiales similares. Una vez asumido el compromiso —mediante la cartera de Millerand— de sostener el gabinete, el Partido Socialista se comprometió cada vez

más y traicionó las luchas obreras, con los desastrosos resultados que Rosa señala tan claramente.

Pocos años después hasta Jaurés se desilusionó y rompió con Millerand, Briand y Viviani, que también habían entrado al gabinete. Fueron expulsados del partido y Jaurés tardíamente los tachó de «traidores que se dejan utilizar por los intereses capitalistas».

Al igual que la polémica con Bernstein, el episodio de Millerand fue una gran divisoria de aguas en la historia del movimiento marxista internacional. Más adelante, los partidos comunistas de distintos países, como el de Francia, aplicaron la «política Millerand» durante el periodo del Frente Popular en los años 30, y nuevamente después de la Segunda Guerra Mundial, y hoy existen partidos socialdemócratas que encabezan los gobiernos de numerosos países capitalistas. Pero esa participación en los gobiernos burgueses sirve para medir en qué medida han roto con los principios marxistas; hace setenta años se establecieron claramente los principios socialistas revolucionarios de rechazo al «millerandismo» y el frentepopulismo.

El escrito siguiente está tomado de las ediciones de agosto y octubre de 1939 de *New International*. La traducción al inglés es de Ernest Erber. En otro artículo, que no incluimos aquí, Rosa Luxemburgo analiza en detalle las diferencias entre las relaciones de clase en la Primera, la Segunda y la Tercera República. Demuestra que en 1899 el peligro para la república no eran los monárquicos sino la creciente independencia del ejército.

Al comienzo del segundo artículo pregunta: ¿hasta qué punto resiste la crítica la supuesta defensa de la república que hace Waldeck-Rousseau? Y responde: «Si la existencia de la república dependiera del gabinete de Waldeck-Rousseau, hubiera perecido hace mucho tiempo».]

Hace diecinueve meses que este gabinete está al timón. Ha cumplido dos veces la edad promedio de un gabinete francés: los fatídicos nueve meses. ¿Qué ha logrado?

Cuesta imaginar una contradicción más aguda entre medios y fines, tarea y cumplimiento, propaganda previa y realización posterior que la que encontramos entre las expectativas suscitadas por el gabinete Waldeck-Rousseau y sus realizaciones.

Todo el programa de reformas de la justicia militar se redujo a la promesa del ministro de guerra de que se tomarán en cuenta las «circunstancias atenuantes» en los juicios de guerra. El socialista Pastre propuso ante la Cámara en la sesión del 27 de diciembre pasado que se sancionara el servicio militar de dos años, reforma ya sancionada en la Alemania semiabsolutista. El ministro de defensa de la República, radical, el general André, contestó que no podía tomar posición sobre el tema. El socialista Dejeante propuso en la misma sesión que se saque al clero de las academias militares, que se reemplace al personal religioso del hospital militar con personal laico y que el ejército no distribuya más literatura religiosa. El ministro de defensa de la república, que tiene la tarea de secularizar el ejército, respondió rechazando de plano las propuestas y glorificando la espiritualidad del ejército francés, ante la ovación tempestuosa de los nacionalistas.

En febrero de 1900 los socialistas denunciaron una serie de horribles abusos en el ejército, pero el gobierno rechazó todas las propuestas de efectuar una investigación parlamentaria. El radical Vigne d'Octon hizo algunas revelaciones truculentas en la cámara (sesión del 7 de diciembre de 1900) sobre la conducta del régimen militar francés en las colonias, sobre todo en Madagascar e Indochina. El gobierno rechazó la propuesta de una investigación parlamentaria por «peligrosa e inconducente». Finalmente, el clímax: el ministro de guerra ascendió a la tribuna en la Cámara para hablar en heroica defensa de… un oficial de Dragones que fue boicoteado por sus colegas por haberse casado con una divorciada.

Se elabora una fórmula legal que afecta a las órdenes monásticas de la misma manera que a las sociedades abiertas. Su aplicación contra el clero dependerá de la buena voluntad, y contra los socialistas de la mala voluntad, de los futuros ministros.

La república no ha debilitado a las órdenes autorizadas. Mantienen su propiedad de casi 400 millones de francos, su clero secular subvencionado

por el Estado, con 87 obispos, 87 seminarios, 42 000 curas y un presupuesto para publicaciones de alrededor de 40 millones de francos. La fuerza principal del clero reside en su influencia sobre la educación de dos millones de niños franceses a quienes se envenena en las escuelas parroquiales para convertirlos en enemigos de la república. El gobierno se agita y prohíbe esa educación… cuando la imparten las órdenes no autorizadas. Pero casi toda la educación religiosa está a cargo de las órdenes autorizadas y la reforma de los radicales consiste en sacar a quince mil niños de un total de dos millones que están en manos de los regadores de agua bendita. La capitulación del gobierno ante la Iglesia comenzó con el discurso en que Waldeck-Rousseau saludó al Papa y quedó sellada con el voto de confianza que los nacionalistas dieron al gobierno.

La «defensa de la república» a la Waldeck-Rousseau alcanzó su gran clímax en diciembre pasado con la aprobación de la ley de amnistía.

Durante dos años Francia estuvo revuelta. Durante dos años se escucharon los gritos clamando verdad, luz y justicia. Durante dos años un asesinato judicial pesó sobre su conciencia. La sociedad se sofocaba en una atmósfera envenenada de mentiras, perjurio y fraude.

Por fin llegó el gobierno que defendería a la república. Todo el mundo contuvo el aliento. El «gran sol de la justicia» estaba por salir.

Y salió. El 19 de diciembre el gobierno obligó a la Cámara a aprobar una ley que garantizaba la inmunidad a todos los acusados de algún crimen, que negaba la satisfacción legal a los acusados falsamente, y cerraba todos los juicios abiertos. Los que ayer eran tachados de peligrosos enemigos de la república hoy son acogidos en su seno cual hijos pródigos. Para defender la república, se extiende un perdón general a todos los que la atacan. Para rehabilitar la justicia republicana, se niega la reivindicación de todas las víctimas de los fraudes judiciales.

El radicalismo pequeñoburgués se mantuvo fiel a su imagen. En 1893 los radicales burgueses tomaron el timón a través del gabinete de Ribot para liquidar la crisis originada por el escándalo de Panamá. Pero como se declaró a la república en estado de peligro, no se persiguió a los diputados acusados y se permitió que todo el asunto se desvaneciera en el aire.

Waldeck-Rousseau, encargado de solucionar la cuestión Dreyfus, la disuelve en un fiasco total «para cerrarle la puerta al peligro monárquico».

La cantilena ya es muy conocida: «La poderosa obertura que anuncia la batalla se pierde en un tímido bufido apenas empieza la acción. Los actores dejan de tomarse en serio a sí mismos y toda la interpretación cae como un globo inflado pinchado con una aguja» (Marx, *El dieciocho brumario de Luis Bonaparte*).

¿Fue para realizar estas medidas grotescas, mezquinas, cómicas —hablo, no desde el punto de vista socialista, ni siquiera de un partido radical a medias, sino simplemente en comparación con las medidas republicanas de los oportunistas de la década del 80 como Gambetta, Jules Ferry, Constant y Tirard— fue para eso que incorporaron a un socialista, representante del poder obrero, al gabinete?

El oportunista Gambetta con sus republicanos moderados exigió en 1879 la remoción de todos los monárquicos del gobierno, y con esta agitación echó a MacMahon de la presidencia. En 1880 estos republicanos «respetables» impusieron la expulsión de los jesuitas y un sistema de educación libre y obligatoria. El oportunista Jules Ferry destituyó a más de 600 jueces monárquicos con sus reformas judiciales de 1883 y le dio un fuerte golpe al clero con su ley sobre el divorcio. Para serrucharle el piso al boulangismo, los oportunistas Constant y Tirard redujeron el servicio militar de cinco a tres años.

El gabinete radical de Waldeck-Rousseau no se ha puesto a la altura siquiera de estas modestísimas medidas republicanas de los oportunistas. Con una serie de maniobras ambiguas arrastradas durante 19 meses no logró nada, absolutamente nada. No reorganizó la justicia militar en lo más mínimo. No redujo el periodo del servicio militar. No tomó una sola medida decisiva para sacar a los monárquicos del ejército, el poder judicial y la administración. No tomó una sola medida contra el clero. Lo que *sí* hizo fue mantener su actitud de valentía, firmeza e inflexibilidad, la típica actitud del pequeño burgués cuando se mete en problemas. Finalmente, después de mucho aspaviento, declaró que la república no está en condiciones de tomar medidas contra la pandilla de canallas militares y debe dejarlos en libertad

sin más. ¿Para esto era necesaria la colaboración de un socialdemócrata en el gabinete?

Se ha dicho que la persona de Millerand era indispensable para montar el gabinete Waldeck-Rousseau. Es sabido que lo que falta en Francia no es precisamente hombres que codician una cartera ministerial. Si Waldeck-Rousseau pudo encontrar dos generales en las filas del ejército rebelde que le sirvieran de ministros de guerra, podría haber encontrado media docena de hombres en su propio partido que estañan ávidos de ocupar el ministerio de comercio. Pero después de conocer la trayectoria del gabinete hay que reconocer que Waldeck-Rousseau podría haber tomado tranquilamente a cualquier radical que estuviese de acuerdo y la comedia de la «defensa de la república» no hubiese empeorado por ello. Los radicales siempre han sabido comprometerse sin ayuda de afuera.

Hemos visto que el peligro monárquico, que tanto asustó a todo el mundo durante la crisis Dreyfus, fue más un fantasma que una realidad. Por lo tanto, la «defensa» de Waldeck-Rousseau no era necesaria para salvar a la república de un golpe de Estado. Los que, a pesar de todo, siguen defendiendo la entrada de Millerand en el gabinete hace dos años, y señalan al peligro monárquico como motivo de esa entrada y permanencia, hacen un juego peligroso. Cuanto más sombría se pinta la situación más lamentables parecen las acciones del gabinete y más cuestionable el papel de los socialistas que entraron en el gabinete.

Si el peligro monárquico era, como tratamos de demostrar, leve, los esfuerzos defensivos del gobierno, iniciados con pompa y circunstancia y terminados en un fiasco, fueron una farsa. Si por el contrario el peligro era grande y serio, los *bluff* del gabinete constituyen una traición a la república y a los partidos que lo apoyan.

Sea como fuere, la clase obrera, al enviar a Millerand al gabinete, no ha asumido esa «gran parte de la responsabilidad» de la que con tanto orgullo hablan Jaurés y sus amigos.

Simplemente se ha convertido en heredera de una parte de la vergonzosa desgracia «republicana» del radicalismo pequeñoburgués.

La contradicción entre las esperanzas puestas en el gabinete y las realizaciones de éste ha puesto al ala Jaurés-Millerand del socialismo

francés ante una única alternativa posible. Podría reconocer la pérdida de sus ilusiones, reconocer la inutilidad de la participación de Millerand en el gobierno y exigir su renuncia. O podrían declararse satisfechos con la política del gobierno, afirmar que lo hecho es justamente lo que se esperaba y disminuir el tono de sus expectativas y consignas para hacerlas coincidir con la evaporación gradual de la voluntad de actuar del gobierno.

Mientras el gabinete hurtó el cuerpo al problema principal y se mantuvo en el terreno de las escaramuzas preliminares —y esta etapa duró 18 meses — todas las tendencias políticas que lo seguían, comprendidos los socialistas, podían flotar a favor de la corriente. Pero la primera medida significativa del gobierno, la ley de amnistía, sacó el problema de las penumbras y lo introdujo en la brillante luz del día.

El desenlace del asunto Dreyfus fue para los socialistas, les guste o no, de importancia decisiva. Aplicaron toda su táctica jugándose esta carta, esta única carta, durante dos años. El asunto Dreyfus era el eje de su política. Lo describieron como «¡una de las batallas más grandes de este siglo, una de las más grandes de la historia de la humanidad!» (Jaurés en *Petit Republique*, 12 de agosto de 1899). Retroceder ante esta gran tarea de la clase obrera equivalía a «la peor capitulación, la peor humillación» (*Ibíd.*, 15 de julio de 1899). «*Toute la vérité! La pleine lumière!*». «Toda la verdad, la plena luz», tal era el objetivo de la campaña socialista. Nada podía detener a Jaurés y sus correligionarios, ni las dificultades, ni las maniobras de los nacionalistas, ni las protestas del grupo socialista dirigido por Guesde y Vaillant[47].

«Seguimos batallando —proclamó Jaurés con noble orgullo— y si los jueces de Rennes, engañados por las detestables maniobras de los reaccionarios, vuelven a inculpar al inocente para salvar a los jefes militares criminales, mañana nos volveremos a alzar, pese a todas las proclamas de expulsión, pese a todas las acusaciones indirectas de falsificación, distorsión y desprecio por la lucha de clases, pese a todos los peligros, y gritaremos en la cara de jueces y militares: ¡Sois verdugos y criminales!» (*Ibíd*, 15 de julio de 1899).

Durante el juicio de Rennes, Jaurés escribió confiado: «¡Sea como fuere, la justicia triunfará! ¡Ya está próxima la hora de la liberación de los

mártires y del castigo a los criminales!» (*Ibíd*, 13 de agosto de 1899).

Ya en noviembre del año pasado, poco antes de la promulgación de la ley de amnistía, Jaurés declaró en Lille: «Yo estaba dispuesto a ir más allá. Quería proseguir hasta obligar a las bestias venenosas a escupir su veneno. Sí, era necesario perseguir a todos los falsificadores, todos los mentirosos, todos los criminales, todos los traidores; es necesario llevarlos a punta de cuchillo hasta las cimas de la verdad para obligarlos a reconocer sus crímenes y la ignominia de sus crímenes ante todo el mundo». (*Les deux méthodes*, Lille, 1900, p. 5.)

Y Jaurés tenía razón. El asunto Dreyfus había despertado todas las fuerzas reaccionarias latentes en Francia. El militarismo, ese viejo enemigo de la clase obrera, se había mostrado de cuerpo entero, y había que dirigir todas las lanzas contra ese cuerpo. Por primera vez se convocó a la clase obrera a combatir en una gran batalla política. Jaurés y sus amigos condujeron a la clase obrera a la lucha, abriendo así una nueva era en la historia del socialismo francés.

Cuando se presentó la ley de amnistía ante la Cámara, los socialistas de derecha se encontraron repentinamente ante un Rubicón. Quedaba claro que el gobierno que se había constituido para liquidar la crisis Dreyfus, en lugar de «echar luz», en lugar de revelar «toda la verdad» y poner a los déspotas militares de rodillas, había apagado la luz y la verdad y se había hincado ante los déspotas militares. Fue una traición a las esperanzas que Jaurés y sus amigos habían depositado en el gobierno. La cartera ministerial se reveló como herramienta inútil para la política socialista y la defensa de la república. La herramienta se había vuelto contra su dueño. Si el grupo de Jaurés quería permanecer fiel a su posición en la campaña por Dreyfus y por la defensa de la república, debía tomar las armas inmediatamente y utilizar todos los medios para derrotar la ley de amnistía. El gobierno había puesto sus cartas sobre la mesa. Había que poner un triunfo.

Pero resolver el problema de la amnistía era decidir la suerte del gabinete. Dado que los nacionalistas se declararon contrarios a la amnistía y convirtieron el asunto en un voto de confianza al gobierno, era fácil formar una mayoría contra el proyecto y provocar la caída del gabinete.

Jaurés y sus amigos se vieron ante la necesidad de elegir entre proseguir su campaña por Dreyfus hasta el fin o apoyar el gabinete de Waldeck-Rousseau, «toda la verdad» o el gabinete, la defensa de la república o la cartera de Millerand. Los platillos de la balanza se mantuvieron en equilibrio apenas unos pocos minutos. Waldeck-Millerand tenía más peso que Dreyfus. El ultimátum del gabinete consiguió lo que los manifiestos de excomunión de Guesde y Vaillant no habían logrado: para salvar al gabinete los jauresistas votaron a favor de la amnistía y capitularon así en la campaña por Dreyfus.

La suerte estaba echada. Al aceptar la ley de amnistía, los socialistas de derecha convirtieron en guía para la acción, no sus propios intereses políticos sino el mantener al timón al gabinete de Waldeck-Rousseau. El voto por la ley de amnistía fue el Waterloo de su campaña por Dreyfus. En un abrir y cerrar de ojos, Jaurés liquidó todo su trabajo de dos años.

Después de vender su paquete accionario político, el grupo de Jaurés prosiguió alegremente su camino. Para salvar al gobierno liquidó —con reservas y con gran desorden interno por el elevado costo— el objetivo de dos años de tremendas batallas: «Toda la verdad, la plena luz». Pero para justificar su apoyo a un gobierno de fiascos políticos, tenían que negar los fiascos. El paso siguiente fue la justificación de su capitulación ante el gobierno.

El gobierno archivó el asunto Dreyfus en lugar de luchar hasta el fin. Pero ello era necesario para «poner fin a los juicios que se han vuelto inútiles y monótonos y no aburrir al pueblo con el exceso de publicidad, que terminaría por oscurecer la verdad». (Jaurés en *Petit Republique*, 18 de diciembre de 1900).

Es cierto que dos años atrás se había llamado a toda la «Francia leal y honesta» a jurar: «Juro que Dreyfus es inocente, que los inocentes serán reivindicados y los culpables castigados». (*Ibíd., 9* de agosto de 1899).

Pero hoy «estos juicios serían absurdos. Cansarían al país sin darle claridad y dañarían la causa que tratamos de servir […] La verdadera justificación del asunto Dreyfus está hoy en el trabajo por la república en su conjunto». (*Ibíd.*, 18 de diciembre de 1900).

Otro paso más y los viejos héroes de la campaña por Dreyfus se convierten en molestos fantasmas del pasado, a los que hay que liquidar rápidamente.

Zola, el «gran defensor de la justicia», el «orgullo de Francia y de la humanidad», el del atronador *J'Accuse!* protesta contra la ley de amnistía. Insiste, como antes, en «toda la verdad, la plena luz». Vuelve a acusar. ¡Qué confusión! ¿Acaso no comprende —pregunta Jaurés— que ya hay «suficiente luz» como para llegar a todas las mentes? Zola debería olvidar que no ha habido rehabilitación por una corte de justicia y recordar su glorificación «por parte de ese gran juez, la humanidad en su conjunto» y, por favor, tenga la bondad de no molestarnos más con ese eterno *J'Accuse!* «¡Nada de acusaciones, nada de repeticiones sin sentido!» (*Ibíd*. 24 de diciembre de 1900). El trabajo por la república en su conjunto, eso es lo que importa.

El heroico Picquart, «honor y orgullo del ejército francés», «verdadero caballero de la verdad y la justicia» considera que su llamado a filas bajo la ley de amnistía es un insulto y lo rechaza. ¡Qué arrogancia! ¿Acaso el gobierno no le ofrece, con la reincorporación, «la reivindicación más brillante»? Picquart tiene todo el derecho, por cierto, a que la verdad quede inscripta en las actas de la corte de justicia. Pero el buen amigo Picquart no debe olvidar que la verdad concierne a la humanidad en su conjunto, no sólo al coronel Picquart. Y en comparación con la humanidad de conjunto, la reivindicación de Picquart queda bastante empequeñecida. «En efecto, no nos debemos limitar, en nuestra búsqueda de la justicia, a los casos individuales» (Gerault-Richard en *Petit Repúblique*, 30 de diciembre de 1900). El trabajo por la república en su conjunto, eso es lo que importa.

Dreyfus, ese «ejemplo de sufrimiento humano en su más profunda agonía», «encarnación de la humanidad misma en el pináculo del infortunio y la desesperación» (Jaurés, *Petit Republique*, 10 de agosto de 1898), se defendió, confuso, contra la ley de amnistía, que liquidó su última esperanza de obtener su rehabilitación legal. «¡Qué rapacidad!». ¿Acaso sus torturadores no sufren bastante? Esterhazy se arrastra por las calles de Londres «hambriento, su espíritu quebrado». Boisdeffre tuvo que huir del Estado Mayor. Gonse ya no está en los puestos superiores del escalafón y se

siente deprimido. De Pellieux murió en desgracia. Henry se suicidó degollándose. A Du Paty de Clam le han dado de baja. ¿Qué más se puede pedir? ¿Acaso los reproches de la conciencia no son castigo suficiente para los criminales? Y si Dreyfus no está satisfecho con este desenlace de los acontecimientos y exige que la justicia humana castigue, que tenga paciencia. «Vendrá la hora en que los desgraciados serán castigados» (Jaurés, *ibíd.*, 5 de enero de 1901). «Vendrá la hora», pero el buen Dreyfus debe comprender que existen problemas más importantes que estos juicios «aburridos e interminables». «Tenemos algo mejor que sacar del asunto Dreyfus que toda esta agitación, estos actos de venganza» (Gerault-Richard, *Petit Republique*, 15 de diciembre de 1900). El trabajo por la república en su conjunto, eso es lo que importa.

Un paso más, y el grupo de Jaurés considerará que toda crítica a la política del gobierno, al cual ofreció el caso Dreyfus como chivo emisario, es jugar frívolamente con el «gobierno de defensa republicana».

Gradualmente se elevan las voces más sobrias del campo jauresista para cuestionar la acción del gabinete en la «democratización del ejército» y la «secularización de la república». ¡Qué falta de seriedad! Es terrible «desacreditar sistemática e impacientemente [después de dieciocho meses —R. L.] las primeras realizaciones de nuestro común esfuerzo… ¿Para qué descorazonar al proletariado?» (Jaurés, *Petit Republique*, 5 de enero de 1901). ¿El proyecto del gobierno para las órdenes religiosas fue una capitulación ante la Iglesia? Sólo un «diletante y tramposo» podría afirmarlo. En realidad es «la más grande lucha entre la Iglesia y la sociedad burguesa desde las leyes sobre la secularización de las escuelas». (12 de enero de 1901).

Y si, en general, el gobierno va de fiasco en fiasco, ¿acaso no queda «la certeza de futuras victorias»? (*Ibíd.*, 5 de enero de 1901). No se trata de leyes solamente: el trabajo por la república en su conjunto, eso es lo que importa.

Después de tanta demora, ¿qué significa «trabajar por la república en su conjunto»? Ya no es la liquidación del asunto Dreyfus, ni la reorganización del ejército, ni la subordinación de la Iglesia. Apenas se ve amenazada la existencia del gabinete, se olvida todo lo demás. Basta que el gobierno, para

conseguir la aprobación de las medidas de su preferencia, las plantee como voto de confianza, para que Jaurés y sus amigos entren en vereda.

Ayer el gabinete debió actuar defensivamente para salvar a la república. Hoy, hay que abandonar la defensa de la república para salvar al gabinete. «Trabajar por la república en su conjunto» significa hoy la movilización de todas las fuerzas republicanas para mantener al gabinete de Waldeck-Millerand al timón…

La línea actual del grupo de Jaurés respecto de la política del gobierno está, en cierto sentido, en contradicción con su posición durante el asunto Dreyfus. Pero en otro sentido es la continuación directa de la política anterior. El mismo principio —unidad con los demócratas burgueses— forma la base de la política socialista en ambos casos. Sirvió durante dos años de lucha sin cuartel por Dreyfus, y hoy, cuando los demócratas burgueses abandonan la lucha, los socialistas también liquidan la campaña por Dreyfus y abandonan todo intento de reformar el ejército y cambiar las relaciones entre la república y la Iglesia.

En lugar de hacer de la lucha política independiente del Partido Socialista el elemento *permanente, fundamental*, y de la unidad con los radicales burgueses el elemento *variable* y *circunstancial*, Jaurés formula la táctica opuesta: la alianza con los demócratas burgueses se convierte en elemento *constante*, *y* la lucha política independiente en el elemento *circunstancial*.

Ya en la campaña por Dreyfus los socialistas jauresistas no comprendieron la demarcatoria entre los campos burgués y proletario: si para los amigos de Dreyfus se trataba de luchar contra un subproducto del militarismo —limpiar el ejército y suprimir la corrupción—, un socialista debía considerarlo como una lucha contra la raíz del mal: el ejército profesional. Y si para los radicales burgueses la consigna central y única de la campaña era justicia para Dreyfus y castigo de los culpables, para un socialista el asunto Dreyfus debía servir de base para agitar en favor del sistema de milicias. Sólo así el asunto Dreyfus y los admirables esfuerzos de Jaurés y sus amigos le hubieran hecho un gran servicio agitativo al socialismo. En la realidad, empero, la agitación de los socialistas transcurrió por los mismos canales estrechos que la agitación de los radicales

burgueses, con unas cuantas excepciones individuales en las que había alguna referencia al significado profundo del problema Dreyfus. Fue en esta esfera, precisamente, que, a pesar de sus mayores esfuerzos, perseverancia y brillo, los socialistas no fueron la vanguardia sino simplemente los colaboradores y compañeros de lucha del radicalismo burgués. Con la entrada de Millerand al gabinete radical, los socialistas quedaron en el mismo terreno que sus aliados burgueses.

El hecho que divide a la política socialista de la política burguesa es que los socialistas se oponen a todo el orden existente y deben actuar en un parlamento burgués fundamentalmente en calidad de *oposición*. La actividad socialista en el parlamento cumple su objetivo más importante, la educación de la clase obrera, a través de la crítica sistemática del partido dominante y de su política. Los socialistas están demasiado distantes del orden burgués como para imponer reformas prácticas y profundas, de carácter progresivo. Por lo tanto, la oposición principista al partido dominante se convierte, para todo partido de oposición, y sobre todo para el socialista, en el único método viable para lograr resultados prácticos.

Al carecer de la posibilidad de imponer su política mediante una mayoría parlamentaria, los socialistas se ven obligados a una lucha constante para arrancarle concesiones a la burguesía. Pueden lograrlo haciendo una oposición crítica de tres maneras: 1) Sus consignas son las más avanzadas, de modo que cuando compiten en las elecciones con los partidos burgueses hacen valer la presión de las masas que votan. 2) Denuncian constantemente al gobierno ante el pueblo y agitan la opinión pública. 3) Su agitación dentro y fuera del parlamento atrae a masas cada vez más numerosas y así se convierten en una potencia con la cual deben contar el gobierno y el conjunto de la burguesía.

Cuando Millerand entró al gabinete los socialistas de Jaurés cerraron los tres caminos de acercamiento a las masas.

Por encima de todo, la crítica implacable de la política del gobierno es algo imposible para los socialistas de Jaurés. Cuando quieren fustigar al gabinete por su debilidad, sus medidas a medias, su traición, los golpes recaen sobre sus propias espaldas. Si los esfuerzos que hace el gobierno para defender a la república terminan en un fiasco, surge inmediatamente la

pregunta de qué hace un socialista en semejante gobierno. Para no comprometer la cartera de Millerand, Jaurés y sus amigos deben mantenerse en silencio ante todos los actos del gobierno que podrían utilizarse para abrir los ojos de la clase obrera. Es un hecho que desde que se organizó el gabinete Waldeck-Rousseau todas las críticas al gobierno han desaparecido de las páginas del órgano del ala derecha del movimiento socialista, *Petit Republique*, y cada vez que se formula una crítica Jaurés se apresura a tacharla de «nerviosismo», «pesimismo», «extremismo». La primera consecuencia de la participación socialista en un gabinete de coalición es, por tanto, el cese de la más importante de las actividades socialistas y, sobre todo, de la actividad parlamentaria: *la educación política y clarificación de las masas*.

Más aún, en todos los casos en que han hecho críticas, los partidarios de Millerand han desprovisto a las mismas de toda significación práctica. Su conducta en el asunto de la amnistía demostró que para ellos ningún sacrificio es excesivo cuando se trata de mantener al gobierno en el poder. Reveló que están dispuestos de antemano a votar a favor del gobierno *en todos los casos* en que éste les apunte al pecho con una pistola, dándole un voto de confianza.

Es cierto que los socialistas de un país gobernado por un parlamento no pueden actuar tan libremente como, por ejemplo, en el Reichstag alemán, donde pueden utilizar su condición de oposición sin temer las consecuencias y expresarla en todo momento sin tapujos. Por el contrario, los socialistas franceses, en virtud del «mal menor», se consideran obligados a defender el gobierno con sus votos. Pero por otra parte es justamente a través del parlamento que los socialistas se adueñan de un arma filosa para suspenderla cual espada de Damocles sobre la cabeza del gobierno y agregarles énfasis a sus consignas y críticas. Pero al ponerse en situación de dependencia del gobierno a través del puesto de Millerand, Jaurés y sus amigos independizaron al gobierno. En lugar de poder utilizar el espectro de una crisis de gabinete para exigirle concesiones al gobierno, los socialistas, por el contrario, colocaron al gobierno en situación de utilizar la crisis de gabinete como espada de Damocles sobre la cabeza de los socialistas, a ser utilizada en todo momento para mantenerlos en vereda.

El grupo de Jaurés se ha convertido en un segundo Prometeo encadenado. Un ejemplo vivido de ello es el reciente debate sobre la ley de reglamentación del derecho de asociación. Viviani, correligionario de Jaurés, despedazó la propuesta del gobierno sobre las órdenes religiosas en un brillante discurso ante la Cámara y planteó la verdadera solución al problema. Pero cuando Jaurés al otro día, luego de cubrir el discurso de elogios encendidos, pone en boca del gobierno las respuestas a las críticas de Viviani y, sin siquiera esperar la apertura del debate para tratar de mejorar la propuesta del gobierno, aconseja a los socialistas y radicales que garanticen la aprobación de las medidas del gobierno a cualquier precio, destruye todo el impacto político del discurso de Viviani.

La cartera ministerial de Millerand transforma —como segunda consecuencia— la crítica socialista de sus amigos en la Cámara en discursos para los días de fiesta, *carentes de toda influencia sobre la política práctica del gobierno*.

Por último, la táctica de presionar a los partidos burgueses para que avancen se revela, en esta instancia, como un sueño desprovisto de contenido.

Para salvaguardar la existencia futura del gobierno los partidarios de Millerand creen que deben mantener la más estrecha colaboración con los demás grupos de izquierda. El grupo de Jaurés queda absorbido por la charca «republicana» de izquierda, de la cual Jaurés es el cerebro.

Los amigos socialistas de Millerand que están a su servicio desempeñan el papel que en general está reservado a los radicales burgueses.

Sí; contrariamente a lo que sucede en general, los radicales constituyen la oposición más coherente dentro de la actual mayoría republicana y los socialistas son el ala derecha, los elementos oficialistas moderados.

D’Octon y Pelletan, radicales ambos, exigieron una investigación de la horrorosa administración colonial, mientras dos diputados socialistas del ala derecha votaron en contra. El radical Vazeille se opuso a la estrangulación del asunto Dreyfus mediante la ley de amnistía, mientras que los socialistas votaron contra Vazeille.

Por último, es el radical socialistoide Pelletan el que les da el siguiente consejo a los socialistas: «El problema se reduce a esto: ¿un gobierno existe

para servir a las ideas del partido que lo sustenta, o para conducir a dicho partido a la traición de sus ideas? ¡Ah, pero los que mantenemos al timón no nos engañan! Con excepción de dos o tres ministros, todos gobiernan como lo haría un gabinete encabezado por Meline. Y esos partidos que deberían advertir y fustigar al gabinete se arrastran ante el mismo. Yo por mi parte soy de los que consideran que el intento del Partido Socialista de colocar uno de sus hombres en el poder en vez de aislarse en una lucha sistemática contra el gobierno es una estrategia excelente. Sí, considero que es de primera. Pero ¿para qué? Para que las medidas progresivas del gabinete reciban apoyo adicional de los socialistas, no para tenerlos de rehenes justificando las peores omisiones del gabinete… Hoy Waldeck-Rousseau ya no es un aliado, como quisiéramos creer, sino la guía para la conciencia de los partidos progresistas. Y él los guía, me parece, demasiado lejos. Para hacerse obedecer le basta sacar del bolsillo el espectro de la crisis de gabinete. ¡Cuidado! La política de este país perderá algo cuando nosotros y ustedes formemos una nueva categoría de suboportunistas». (*Depeche de Toulouse*, 29 de diciembre de 1900).

Socialistas que tratan de sacar a los demócratas pequeñoburgueses de la oposición al gobierno, demócratas pequeñoburgueses que acusan a los socialistas de arrastrarse ante el gobierno y traicionar sus ideas: éste es el punto más bajo al que haya llegado el socialismo jamás, y a la vez la consecuencia última del ministerialismo socialista…

ESTANCAMIENTO Y PROGRESO DEL MARXISMO

[Este artículo fue escrito en 1903, veinte años después de la muerte de Marx. Aquí Rosa trata un problema que a menudo se discute hoy, sobre todo en los círculos intelectuales: ¿es la doctrina marxista algo tan rígido y dogmático que no deja margen para la creatividad intelectual?

Su respuesta es un *no* enfático. Demuestra que si en los últimos veinte años del siglo XIX hubo pocos aportes a la teoría marxista fuera de los escritos de Engels, ello no se debía a que el marxismo estaba perimido o era incapaz de seguir avanzando. Por el contrario; es que la lucha de clases no había llegado al punto de crear nuevos problemas prácticos que exigieran sus correspondientes avances teóricos. «Marx, en su creación científica, nos ha sacado distancia como partido de luchadores. No es cierto que Marx ya no satisface nuestras necesidades. Por el contrario, nuestras necesidades todavía no se adecúan a la utilización de las ideas de Marx».

Su confianza en que las propias necesidades de la lucha provocarían el surgimiento de marxistas capaces de elaborar y desarrollar la teoría revolucionaria se vio confirmada en poco tiempo. En los años turbulentos de las dos primeras décadas de este siglo aparecieron los aportes teóricos necesarios para garantizar el triunfo de la Revolución Rusa, como las teorías de Lenin sobre el partido, la cuestión nacional y el derecho de las naciones a la autodeterminación, y la teoría de la revolución permanente de Trotsky.

«Estancamiento y progreso del marxismo» apareció en *Karl Marx: Thinker and Revolutionist* (Karl Marx: Pensador y Revolucionario),

simposio recopilado por D. Riazanov (New York, International Publishers, 1927). La presente versión es de la traducción al inglés de Eden y Cedar Paul.]

En su argumentación, superficial pero a ratos interesante, titulada *Die socale Bewegung in Frankreich und Belgien* [El movimiento socialista en Francia y Bélgica] Karl Grün[48] señala con acierto que las teorías de Fourier y Saint-Simon afectaron de manera muy diversa a sus respectivos partidarios. Saint-Simón fue el antepasado espiritual de toda una generación de brillantes escritores e investigadores de distintos campos de la actividad intelectual; los seguidores de Fourier se limitaron a repetir como loros las palabras de su maestro, incapaces de desarrollar sus enseñanzas. La explicación de Grün es que Fourier entregó al mundo un sistema, acabado, en todos sus detalles, mientras que Saint-Simon[49] entregó a sus discípulos un saco lleno de grandes ideas. Aunque me parece que Grün presta poca atención a la diferencia profunda, esencial entre las teorías de estos dos clásicos del socialismo utópico, pienso que su comentario es acertado. No cabe duda de que un sistema de ideas esbozado en sus rasgos más generales resulta mucho más estimulante que una estructura acabada y simétrica que no deja nada que agregar ni ofrece terreno para los esfuerzos independientes de una mente activa.

¿Explica esto el estancamiento de la doctrina marxista que se ha visto durante varios años? Es un hecho que —aparte de uno o dos aportes teóricos que señalan un avance— desde el último tomo de *El capital* y los últimos escritos de Engels no han aparecido más que unas cuantas popularizaciones y explicaciones excelentes de la teoría marxista. La esencia de la teoría quedó donde la dejaron los dos fundadores del socialismo científico.

¿Se debe ello a que el sistema marxista ha impuesto un marco demasiado rígido a las actividades intelectuales? Es innegable que Marx ha ejercido una influencia un tanto restrictiva sobre el libre desarrollo teórico de muchos de sus discípulos. ¡Tanto Marx como Engels se vieron obligados

a negar toda responsabilidad por las perogrulladas de muchos autotitulados marxistas! Los escrupulosos esfuerzos dirigidos a mantenerse «dentro de los límites del marxismo» han resultado tan desastrosos para la integridad del proceso intelectual como el otro extremo, que repudia totalmente el enfoque marxista y manifiesta la «independencia de pensamiento a toda costa».

Pero es sólo en el terreno económico que podemos hablar de un cuerpo más o menos acabado de doctrinas legadas por Marx. La más valiosa de sus enseñanzas, la concepción materialista dialéctica de la historia, no se nos presenta sino como un método de investigación, unos cuantos pensamientos geniales que nos permiten entrever un mundo totalmente nuevo, que nos abren perspectivas infinitas para el pensamiento independiente, que le dan a nuestro espíritu alas para volar audazmente hacia regiones inexploradas.

Sin embargo, incluso en este terreno la herencia marxista, salvo pocas excepciones, no ha sido aprovechada. Esta arma nueva y espléndida se herrumbra por falta de uso; la teoría del materialismo histórico está tan incompleta y fragmentaria como nos la dejaron sus creadores cuando la formularon por primera vez.

No puede afirmarse, pues, que la rigidez y el acabado de la estructura marxista sean la explicación de que sus herederos no hayan proseguido la edificación.

Se nos suele decir que nuestro movimiento carece de personas de talento capaces de elaborar las teorías de Marx. Esa carencia es de larga data; pero la carencia en sí exige una explicación, y no puede plantearse como respuesta al interrogante fundamental. Debemos recordar que cada época forma su propio material humano; que si un periodo realmente exige exponentes teóricos, el periodo mismo creará las fuerzas necesarias para la satisfacción de esa exigencia.

¿Existe una verdadera necesidad, una real demanda de mayor elaboración de la teoría marxista?

En un artículo acerca de la controversia entre las escuelas marxista y jevonsiana en Inglaterra, Bernard Shaw[50], hábil exponente del semisocialismo fabiano, fustiga a Hyndman[51] por afirmar que el primer tomo de *El capital* le permitió un entendimiento total del marxismo, y que

no había lagunas en la teoría marxista, a pesar de que Federico Engels, en su prefacio al segundo tomo de *El capital*, dijo que el primer tomo, con la teoría del valor, había dejado sin solución un problema económico fundamental, solución que no aparecería hasta la publicación del tercer tomo. Shaw realmente logró que Hyndman quedara un poco en ridículo, aunque Hyndman podría consolarse pensando que prácticamente todo el mundo socialista está en la misma situación.

El tercer tomo de *El capital*, con la solución del problema de la tasa de ganancia (el problema fundamental de la economía marxista) apareció recién en 1894. Pero en Alemania, como en otros países, se había utilizado para la agitación el material incompleto del primer tomo, la doctrina marxista se había popularizado y había encontrado aceptación sobre la base de este único tomo; la teoría marxista incompleta había obtenido un éxito fenomenal; nadie había advertido que había una laguna en la enseñanza.

Además, cuando el tercer tomo vio la luz, aunque llamó un poco la atención en los círculos cerrados de los expertos y suscitó algunos comentarios, en lo que concierne al movimiento socialista en su conjunto el nuevo volumen casi no impresionó en las grandes regiones donde las ideas expuestas en el primero se habían impuesto. Las conclusiones teóricas del tercer tomo no provocaron intento alguno de popularizarlas, ni lograron amplia difusión. Por el contrario, entre los mismos socialdemócratas solemos sentir los ecos de la «desilusión» que tanto expresan los economistas burgueses con respecto al tercer volumen de *El capital*; estos socialdemócratas demuestran así hasta qué punto habían aceptado la exposición «incompleta» de la ley del valor del primer tomo.

¿Cómo explicar tan notable fenómeno?

Shaw, quien (para usar su propia expresión) gusta de «reírse disimuladamente» de los demás, tiene un buen motivo para burlarse de todo el movimiento socialista, ¡en la medida en que se basa en Marx! Pero, de hacerlo, se «reiría solapadamente» de una manifestación muy seria de nuestra vida social. La extraña suerte de los tomos segundo y tercero de *El capital* es prueba terminante del destino general de la investigación teórica en nuestro movimiento.

Desde el punto de vista científico, hay que considerar que el tercer tomo de *El capital* completa la crítica de Marx al capitalismo. Sin este tercer volumen no podemos comprender la ley que rige la tasa de ganancia; ni la división de la plusvalía en ganancia, interés y renta; ni la aplicación de la ley del valor al campo de la competencia. Pero, y esto es lo principal, todos estos problemas, por importantes que sean para la teoría pura, son relativamente poco importantes desde el punto de vista de la lucha de clases. En lo que a ésta concierne, el problema teórico fundamental es el origen de la plusvalía, o sea la explicación científica de la explotación, junto con la dilucidación de la tendencia hacia la socialización del proceso de producción, es decir, la explicación científica de las bases objetivas de la revolución socialista.

Ambos problemas encuentran solución en el primer tomo de *El capital*, que deduce que la «expropiación de los expropiadores» es el resultado inevitable y definitivo de la producción de plusvalía y de la concentración progresiva del capital. Con ello queda satisfecha, en cuanto a teoría, la necesidad esencial del movimiento obrero. Los obreros, partícipes activos en la lucha de clases, no tienen un interés directo en la forma en que la plusvalía se distribuye entre los distintos grupos de explotadores; o cómo, en el curso de esta distribución, la competencia provoca ajustes en el proceso de producción.

Es por eso que, para la generalidad de los socialistas, el tercer tomo de *El capital* sigue siendo un libro cerrado.

Pero en nuestro movimiento lo que vale para la doctrina económica de Marx vale para la investigación teórica en general. Es totalmente ilusorio pensar que la clase obrera, que lucha por elevarse, puede adquirir por su cuenta gran capacidad creadora en el dominio de la teoría. Es cierto que, como dijo Engels, hoy sólo la clase obrera ha conservado interés por la teoría y la comprende. La sed de conocimientos que demuestra la clase obrera es una de las manifestaciones culturales más notables de la lucha de clases contemporánea. En un sentido moral, la lucha de la clase obrera es también un índice de la renovación cultural de la sociedad. Pero la participación activa de los trabajadores en el avance de la ciencia está sujeta al cumplimiento de condiciones sociales muy bien definidas.

En toda sociedad de clases, la cultura intelectual (arte y ciencia) es una creación de la clase dominante; y el objetivo de esta cultura es en parte asegurar la satisfacción directa de las necesidades del proceso social, y en parte satisfacer las necesidades intelectuales de la clase gobernante.

En la historia de luchas de clase anteriores, la clase aspirante al poder (como el Tercer Estado en tiempos recientes) podía anticipar su dominio político instaurando un dominio intelectual, en la medida en que, siendo una clase dominada, podía instaurar una nueva ciencia y un nuevo arte contra la cultura obsoleta del periodo decadente.

El proletariado se halla en situación muy distinta. En tanto que clase no poseedora, no puede crear espontáneamente en el curso de su lucha una cultura intelectual propia, a la vez que permanece en el marco de la sociedad burguesa. Dentro de dicha sociedad, mientras existan sus bases económicas, no puede haber otra cultura que la cultura burguesa. Aunque ciertos profesores «socialistas» proclamen que el hecho de que los proletarios vistan corbata, utilicen tarjeta y manejen bicicletas son instancias notables de la participación en el progreso cultural, la clase obrera en cuanto tal permanece fuera de la cultura contemporánea. A pesar de que los obreros crean con sus manos el sustrato social de esta cultura, sólo tienen acceso a la misma en la medida en que dicho acceso sirve a la realización satisfactoria de sus funciones en el proceso económico y social de la sociedad capitalista.

La clase obrera no estará en condiciones de crear una ciencia y un arte propios hasta que se haya emancipado de su situación actual como clase.

Lo más que puede hacer hoy es salvar a la cultura burguesa del vandalismo de la reacción burguesa y crear las condiciones sociales que son requisitos para un desarrollo libre de la cultura. Incluso dentro de estos límites, los obreros, dentro de la sociedad actual, pueden avanzar sólo en la medida en que creen las armas intelectuales que necesitan en la lucha por su liberación.

Pero esta reserva le impone a la clase obrera (mejor dicho, a los dirigentes intelectuales de la clase obrera) márgenes muy estrechos en el campo de la actividad intelectual. Toda su energía creadora está relegada a una rama específica de la ciencia, la ciencia social. Porque, en tanto que

«gracias a la vinculación peculiar de la idea del Cuarto Estado con nuestra época histórica», el esclarecimiento relativo a las leyes del desarrollo social se ha vuelto esencial para los obreros en la lucha de clases, esta vinculación ha dado buenos frutos en la ciencia social y el monumento a la cultura proletaria de nuestro tiempo es… la doctrina marxista.

Pero la creación de Marx, que como hazaña científica es una totalidad gigantesca, trasciende las meras exigencias de la lucha del proletariado para cuyos fines fue creada. Tanto en su análisis detallado y exhaustivo de la economía capitalista, como en su método de investigación histórica con su infinito campo de aplicación, Marx nos ha dejado mucho más de lo que resulta directamente esencial para la realización práctica de la lucha de clases.

Sólo en la proporción en que nuestro movimiento avanza y exige la solución de nuevos problemas prácticos nos internamos en el tesoro del pensamiento de Marx para extraer y utilizar nuevos fragmentos de su doctrina. Pero como nuestro movimiento, como todas las empresas de la vida real, tiende a seguir las viejas rutinas del pensamiento, y aferrarse a principios que han dejado de ser válidos, la utilización teórica del sistema marxista avanza muy lentamente.

Si, pues, detectamos un estancamiento en nuestro movimiento en lo que hace a todas estas cuestiones teóricas, ello no se debe a que la teoría marxista sobre la cual descansan sea incapaz de desarrollarse o esté perimida. Por el contrario, se debe a que aún no hemos aprendido a utilizar correctamente las armas intelectuales más importantes que extrajimos del arsenal marxista en virtud de nuestras necesidades apremiantes en las primeras etapas de nuestra lucha. No es cierto que, en lo que hace a nuestra lucha práctica, Marx esté perimido o lo hayamos superado. Por el contrario, Marx, en su creación científica, nos ha sacado distancia como partido de luchadores. No es cierto que Marx ya no satisface nuestras necesidades. Por el contrario, nuestras necesidades todavía no se adecúan a la utilización de las ideas de Marx.

Así, las condiciones sociales de la existencia proletaria en la sociedad contemporánea, condiciones desentrañadas por primera vez por Marx, se desquitan con la suerte que le imponen a la propia teoría marxista. Aunque

esa teoría es un instrumento sin igual para la cultura intelectual no se la utiliza porque, imposible de aplicar a la cultura burguesa, trasciende enormemente las necesidades de la clase obrera en materia de armas para la lucha diaria. Recién cuando la clase obrera se haya liberado de sus condiciones actuales de existencia, el método de investigación marxista será socializado junto con todos los demás medios de producción para utilizarlo en beneficio de la humanidad en su conjunto y para poder desarrollarlo en toda su capacidad funcional.

PROBLEMAS ORGANIZATIVOS DE LA SOCIALDEMOCRACIA

[Rosa Luxemburgo nació y se crió en la Polonia rusa de esa época, y el destino del partido que ayudó a fundar y dirigir, el Partido Socialdemócrata de Polonia y Lituania (PSDPyL) siempre estuvo ligado al Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (POSDR). Por esa razón mantuvo constante su interés por lo que ocurría en Rusia y en el movimiento socialdemócrata ruso. Hasta sus enemigos de Alemania la consideraban la máxima autoridad partidaria en cuestiones rusas y polacas. Como representante del PSDPyL ante la Segunda Internacional, participaba frecuentemente en las polémicas entre y acerca de las distintas fracciones del POSDR.

Jamás se alineó sin reservas con los bolcheviques ni con los mencheviques[52]. Fundamentalmente abogaba por la unidad del POSDR. Como lo demuestra el siguiente artículo, no estaba de acuerdo con la clase de partido que los bolcheviques se empeñaban en construir. Pero después del «ensayo general» de la Revolución Rusa de 1905-1906, se mantuvo esencialmente de acuerdo con el análisis de la revolución que hacían los bolcheviques, con la forma en que se habían desempeñado en la insurrección, a la vez que sentía gran desprecio por los errores prácticos y teóricos de los mencheviques. De allí en adelante generalmente se alineaba con los bolcheviques aunque discrepaba profundamente con Lenin sobre la política bolchevique de apoyar las aspiraciones nacionalistas de las minorías oprimidas dentro del imperio zarista. También discrepaba con la política bolchevique de construir una fracción disciplinada de revolucionarios profesionales y de estar dispuestos, cuando fuese necesario, a romper el POSDR.

La presión moral en favor de la unidad a toda costa era muy fuerte en la Segunda Internacional, y recién cuando los bolcheviques demostraron lo acertado de sus métodos al dirigir la Revolución Rusa triunfante se les empezó a considerar como algo más que simples fraccionistas incorregibles y destructivos.

«Problemas organizativos de la socialdemocracia» apareció simultáneamente *en Neue Zeit* y en *Iskra* en 1904. Ésta era el órgano central del POSDR, controlado por los mencheviques. Es la respuesta de Rosa Luxemburgo al *¿Qué hacer?* y a *Un paso adelante, dos pasos atrás*, ambos de Lenin. El primero escrito antes del segundo congreso del POSDR (1903), y el segundo es un análisis del mismo congreso.

Dos representantes del PSDPyL estuvieron presentes en la primera parte del congreso de 1903, aunque se fueron antes del debate sobre los estatutos del POSDR y de la votación, que dividió al partido en bolcheviques (mayoritarios) y mencheviques (minoritarios). Los representantes del PSDPyL traían el mandato del congreso de su propio partido, celebrado unos días antes, de negociar la afiliación de los polacos al POSDR.

El problema fundamental a negociar era qué grado de autonomía gozaría el PSDPyL en el POSDR. Aunque los dirigentes del PSDPyL afirmaban oponerse al principio de un partido federativo de organizaciones totalmente autónomas, las condiciones que pusieron para su ingreso al POSDR los acercaban de hecho al concepto de federación. Exigían mantener intactas su propia organización y estructura de control y no les gustaba la idea de que el Comité Central del POSDR —en el cual estarían representados, desde luego— fuera el máximo organismo de dirección del PSDPyL. Durante las negociaciones en el congreso mismo, Rosa Luxemburgo llegó a plantear a los representantes del PSDPyL ¡que no estaría dispuesta a admitir la presencia de un delegado del POSDR en el Comité Central del PSDPyL! Sin embargo, entonces ya estaba decidida a impedir la unidad y el objetivo de esa posición puede haber sido el de apurar la liquidación de las negociaciones.

El incidente que suscitó la decisión de liquidar los intentos de unidad (decisión tomada aparentemente por Rosa Luxemburgo y Leo

Jogiches[53] sin consultar al resto del partido y que los convirtió en blanco de serias críticas durante un tiempo) fue la publicación en la *Iskra* de julio de un artículo de Lenin sobre el derecho de las naciones a su autodeterminación. El artículo no contenía ninguna concepción nueva. Era simplemente una exposición de la posición del POSDR, incorporada a los estatutos a votarse en el congreso (parágrafo 7) y contra el cual el partido polaco no había formulado serias objeciones. Habían aclarado que no estaban de acuerdo con la posición, pero que por la manera en que estaba formulada podían aceptar que no se la retirara.

El artículo de Lenin, empero, que ponía un énfasis mucho mayor en el derecho a la autodeterminación que cualquiera de los artículos previos de *Iskra*, escritos por Martov[54], le resultaba totalmente inaceptable a Rosa Luxemburgo. Inmediatamente ordenó a los delegados del PSDPyL que terminaran las negociaciones si el congreso no modificaba el parágrafo 7 y repudiaba la interpretación de Lenin del mismo. Informados de que el congreso iba a reafirmar el parágrafo 7 junto con la interpretación de Lenin, dejaron su posición por escrito y lo abandonaron.

Las negociaciones por la unidad se reiniciaron recién en el cuarto congreso del POSDR, después de la Revolución de 1905-1906, y el PSDPyL se afilió al POSDR en ese momento. Para un análisis más exhaustivo de las diferencias entre Rosa Luxemburgo y Lenin, véase el prólogo a esta edición. [Ésta es la versión castellana de la traducción al inglés hecha por Integer en 1934.]

I

A la socialdemocracia rusa le cabe en suerte una tarea que no tiene precedentes en la historia del movimiento socialista mundial. Es la tarea de decidir cuál es la mejor táctica socialista en un país dominado aún por la monarquía absoluta. Es un error trazar un paralelo rígido entre la situación rusa actual y la que existía en Alemania en 1878-1890, cuando estaban en

vigor las leyes antisocialistas de Bismarck[55]. Ambas tienen un elemento en común: la policía. Fuera de ello, no tienen punto de comparación.

Los obstáculos que la ausencia de las libertades democráticas le ponen al movimiento socialista son de importancia relativamente secundaria. En la propia Rusia el movimiento popular ha logrado superar los escollos impuestos por el Estado. El pueblo ha hecho del desorden callejero una «constitución» (bastante precaria por cierto). Si continúa en este curso el pueblo ruso triunfará, con el tiempo, sobre la autocracia.

La dificultad más importante planteada a la militancia socialista es consecuencia de que en ese país el dominio de la burguesía se escuda tras la fuerza absolutista. Esto le otorga a la propaganda socialista un carácter abstracto, mientras que la agitación política inmediata asume un disfraz democrático revolucionario.

Las leyes antisocialistas de Bismarck sacaron a nuestro movimiento del marco de las garantías constitucionales en una sociedad burguesa altamente desarrollada, donde los antagonismos de clase ya habían florecido en el debate parlamentario. (En esto reside, dicho sea de paso, lo absurdo del proyecto de Bismarck). La situación es muy diferente en Rusia. Aquí el problema es cómo crear un movimiento socialdemócrata en una época en que la burguesía aún no controla el Estado.

Esta circunstancia ejerce su influencia sobre la agitación, sobre la manera de trasplantar la doctrina socialista al suelo ruso. También afecta de manera peculiar y directa al problema de la organización partidaria.

En circunstancias normales —es decir, cuando la dominación de la burguesía precede al surgimiento del movimiento socialista— la propia burguesía le infunde a la clase obrera los rudimentos de la solidaridad política. En esta etapa, afirma el *Manifiesto comunista*, la unificación de los trabajadores no es el resultado de las aspiraciones de éstos, sino el resultado de la actividad de la propia burguesía, «que, para lograr sus fines políticos, se ve obligada a poner al proletariado en movimiento…».

En Rusia, la socialdemocracia deberá compensar esta carencia con sus propios esfuerzos durante todo un periodo histórico. Tiene que conducir a los proletarios rusos desde su situación «atomizada» actual, que prolonga la vida del régimen autocrático, a una organización de clase que les ayude a

adquirir conciencia de sus objetivos históricos y a prepararlos para luchar en pos de esos objetivos históricos.

Los socialistas rusos se ven forzados a asumir la tarea de construir semejante organización sin contar con las garantías que normalmente existen en una estructura democrática formal. No disponen de la materia prima política que la propia burguesía provee en otros países. Al igual que Dios Todopoderoso, deben crear esta organización de la nada, por así decirlo.

¿Cómo efectuar la transición del tipo de organización característico de las etapas preparatorias del movimiento socialista —por regla general, grupos y clubes locales sin vinculaciones entre sí— a la unidad de una gran organización nacional, apta para la acción política concertada en todo el inmenso territorio dominado por el Estado ruso? Tal es el problema específico que la socialdemocracia rusa viene estudiando desde hace un tiempo.

La autonomía y el aislamiento son las características más notables de la vieja forma de organización. Se comprende, por tanto, que la consigna de quienes quieren una organización nacional amplia sea: «¡Centralismo!».

El centralismo es el eje de la campaña que el grupo *Iskra* desarrolla desde hace tres años. El resultado de esta campaña fue el congreso de agosto de 1903, llamado Segundo Congreso de la socialdemocracia rusa, pero que fue, en realidad, su asamblea constituyente.

En el congreso del partido quedó claro que el término «centralismo» no soluciona completamente el problema organizativo de la socialdemocracia rusa. Una vez más aprendimos que ninguna fórmula rígida puede ser solución de nada en el movimiento socialista.

Un paso adelante, dos pasos atrás de Lenin, el gran representante del grupo *Iskra*, es una exposición metódica de las ideas de la tendencia ultracentralista en el movimiento ruso. El punto de vista que este libro presenta con incomparable vigor y rigor lógico es el del centralismo implacable. Se eleva a la altura de un principio la necesidad de seleccionar y organizar a todos los revolucionarios activos, diferenciándolos de la masa desorganizada, aunque revolucionaria, que rodea a esta élite.

La tesis de Lenin es que el Comité Central del partido debe gozar del privilegio de elegir a todos los organismos de dirección local. Debe poseer también el derecho de elegir los ejecutivos de tales organismos, desde Ginebra a Lieja, de Tomsk a Irkutsk[56], y de imponerles a todos sus normas de conducta partidaria. Tiene que contar con el derecho de decidir, sin apelación, cuestiones tales como la disolución y reconstitución de las organizaciones locales. De esta manera el Comité Central podría decidir a voluntad la composición de los organismos más importantes y del propio congreso. El Comité Central sería el único organismo pensante en el partido. Los demás serían sus brazos ejecutores.

Lenin argumenta que la combinación del movimiento socialista de masas con una organización tan rígidamente centralizada constituye un principio científico del marxismo revolucionario. Presenta en apoyo de esta tesis una serie de argumentos que pasaremos a considerar.

En términos generales, es innegable que una fuerte tendencia a la centralización es inherente al movimiento socialdemócrata. Esta tendencia surge de la estructura económica del capitalismo, que constituye generalmente un factor centralizados El movimiento socialdemócrata realiza su actividad en la gran ciudad burguesa. Su misión consiste en representar, dentro de las fronteras del estado nacional, los intereses de clase del proletariado y oponerlos a todos los intereses locales o sectoriales.

Por tanto la socialdemocracia generalmente es hostil a toda manifestación de localismo o federalismo. Busca unificar a todos los obreros y organizaciones obreras en un partido único, por encima de sus diferencias nacionales, religiosas o laborales. La socialdemocracia abandona este principio en favor del federalismo sólo en circunstancias excepcionales, como en el caso del Imperio Austrohúngaro.

Es claro que la socialdemocracia rusa no debe organizarse como conglomerado federativo de muchos grupos nacionales. Debe constituirse en partido único para todo el imperio. Pero eso no es lo que está en discusión aquí. Lo que estamos considerando es el grado de centralización necesario dentro del partido ruso unificado para hacer frente a la situación peculiar bajo la cual debe funcionar.

Considerándolo desde el punto de vista de las tareas formales de la socialdemocracia en su carácter de partido para la lucha de clases aparece a primera vista que el poder y la energía del partido dependen directamente de la posibilidad de centralizarlo. Sin embargo, estas tareas formales son válidas para todos los partidos militantes. En el caso de la socialdemocracia son menos importantes que la influencia de las circunstancias históricas.

La socialdemocracia es el primer movimiento en la historia de las sociedades de clase que se apoya, en todo momento y para toda su actividad, en la organización y movilización, directas e independientes de las masas.

En virtud de ello la socialdemocracia crea un tipo de organización completamente distinta de las que eran comunes a los movimientos revolucionarios anteriores, tales como la de los jacobinos[57] o los partidarios de Blanqui.

Lenin parece menospreciar este hecho cuando afirma en su libro (p. 140) que el socialdemócrata revolucionario no es sino «un jacobino indisolublemente ligado a la organización del proletariado, que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase».

Para Lenin, la diferencia entre la socialdemocracia y el blanquismo se reduce al comentario de que en lugar de un puñado de conspiradores tenemos un proletariado con conciencia de clase. Olvida que esa concepción entraña una revisión total de nuestras ideas sobre organización y, por tanto, una concepción completamente distinta del centralismo y de las relaciones que imperan entre el partido y la lucha misma.

El blanquismo no contaba con la acción directa de la clase obrera. Por lo tanto, no necesitaba organizar al pueblo para la revolución. Se esperaba que el pueblo cumpliera su papel únicamente en el momento mismo de la revolución. La preparación de la revolución concernía únicamente al grupito de revolucionarios que se armaban para dar el golpe. Más aún, para garantizar el éxito de la conspiración revolucionaria se consideraba que lo más inteligente era mantener a la masa un tanto apartada de los conspiradores. Los blanquistas podían tener esa concepción porque no había contacto estrecho entre la actividad conspirativa de su organización y las luchas cotidianas de las masas populares. Las tácticas y las tareas

concretas de los blanquistas tenían poco que ver con la lucha de clases más elemental. Las improvisaban libremente. Por eso las resolvían a priori y les daban la forma de un plan ya elaborado. La consecuencia fue que los militantes de la organización se convertían en simples brazos ejecutores, que cumplían las órdenes previamente fijadas fuera del ámbito de su actividad. Se convertían en instrumentos del Comité Central. He aquí la segunda particularidad del centralismo conspirativo: el sometimiento ciego y absoluto de la base del partido a la voluntad del centro, y la extensión de dicha autoridad a todos los sectores de la organización.

Pero la actividad socialdemócrata se realiza en condiciones totalmente distintas. Surge históricamente de la lucha de clases elemental. Se difunde y desarrolla bajo la siguiente contradicción dialéctica: el ejército proletario es reclutado y adquiere conciencia de sus objetivos en el curso de la lucha. La actividad de la organización partidaria y la conciencia creciente de los obreros sobre los objetivos de la lucha y sobre la lucha misma no son elementos diferentes, separados mecánica y cronológicamente. Son distintos aspectos del mismo proceso. Salvo los principios generales de la lucha, para la socialdemocracia no existe un conjunto detallado de tácticas que un Comité Central enseña al partido de la misma manera que las tropas reciben su instrucción en el campo de entrenamiento. Además, la influencia de la socialdemocracia fluctúa constantemente con los flujos y reflujos de la lucha en cuyo transcurso se crea y desarrolla el partido.

Por ello el centralismo socialdemócrata no puede basarse en la subordinación mecánica y la obediencia ciega de los militantes a la dirección. Por ello el movimiento socialdemócrata no puede permitir que se levante un muro hermético entre el núcleo consciente del proletariado que ya está en el partido y su entorno popular, los sectores sin partido del proletariado.

Ahora bien, el centralismo de Lenin descansa precisamente en estos dos principios: 1) Subordinación ciega, hasta el último detalle, de todas las organizaciones al centro, que es el único que decide, piensa y guía. 2) Rigurosa separación del núcleo de revolucionarios organizados de su entorno social revolucionario.

Semejante centralismo es una trasposición mecánica de los principios organizativos del blanquismo al movimiento de masas de la clase obrera socialista.

Es desde este punto de vista que Lenin define al «socialdemócrata revolucionario» como «un jacobino unido a la organización del proletariado que ha adquirido conciencia de sus intereses de clase».

Pero es un hecho que la socialdemocracia no está *unida* al proletariado. Es el proletariado. Y por ello el centralismo socialdemócrata es distinto del centralismo blanquista. Puede ser sólo la voluntad concentrada de los individuos y grupos representantes de los sectores más conscientes, activos y avanzados de la clase obrera. Es, por así decirlo, el «autocentralismo» de los sectores más avanzados del proletariado. Es el predominio de la mayoría dentro de su propio partido.

Las condiciones indispensables para la implantación del centralismo socialdemócrata son: 1) la existencia de un gran contingente de obreros educados en la lucha política, 2) la posibilidad de que los obreros desarrollen su actividad política a través de la influencia directa en la vida pública, en la prensa del partido, en congresos públicos, etcétera.

Estas condiciones no están dadas en Rusia. La primera —una vanguardia proletaria, consciente de sus intereses de clase, capaz de autodirigirse en la lucha política— recién está surgiendo en Rusia. Toda la agitación y organización socialistas deben apuntar a apurar la formación de esa vanguardia. La segunda condición sólo puede existir en un régimen de libertades políticas.

Lenin discrepa violentamente con estas conclusiones. Está convencido de que en Rusia ya están dadas las condiciones para la creación de un partido poderoso y centralizado. Declara que «ya no son los proletarios, sino algunos intelectuales quienes necesitan educarse en materia de organización y disciplina» (p. 145). Ensalza la influencia de la fábrica, que, según él, acostumbra al proletariado a la «disciplina y organización» (p. 147).

Con ello Lenin parece demostrar una vez más que su concepción de la organización socialista es bastante mecanicista. La disciplina que visualiza Lenin ya está siendo aplicada, no sólo en la fábrica, sino también por el

militarismo y por la burocracia estatal existente: por todo el mecanismo del Estado burgués centralizado.

Utilizamos mal las palabras y nos autoengañamos cuando aplicamos el mismo término —disciplina— a nociones tan disímiles como son la ausencia de pensamiento y voluntad en un cuerpo con mil manos y pies que se mueven automáticamente, y la coordinación espontánea de los actos políticos conscientes de un grupo de hombres. ¿Qué tienen en común la regulada docilidad de una clase oprimida y la autodisciplina y organización de una clase que lucha por su emancipación?

La autodisciplina de la socialdemocracia no es el simple reemplazo de la autoridad de la burguesía dominante por la autoridad de un Comité Central socialista. La clase obrera será consciente de la nueva disciplina, la autodisciplina libre de la socialdemocracia, no como resultado de la disciplina que le impone el Estado capitalista sino extirpando de raíz los viejos hábitos de obediencia y servilismo.

El centralismo socialista no es un factor absoluto aplicable a cualquier etapa del movimiento obrero. Es una *tendencia*, que se vuelve real en proporción al desarrollo y educación política adquiridos por la clase obrera en el curso de su lucha.

Va de suyo que la ausencia de las condiciones necesarias para la completa realización de este tipo de centralismo en el movimiento ruso constituye un obstáculo tremendo.

Es un error creer que es posible sustituir «provisoriamente» el poder absoluto de un Comité Central (que actúa de alguna manera por «elección tácita») por la todavía irrealizable dirección de la mayoría de obreros conscientes del partido y reemplazar así el control abierto de las masas obreras sobre los organismos del partido por el del Comité Central sobre el proletariado revolucionario.

La historia del movimiento ruso nos señala el dudoso valor de semejante centralismo. Un centro todopoderoso investido, como quiere Lenin, con el derecho ilimitado de controlar e intervenir, sería absurdo si se limitara su autoridad a problemas técnicos como el de la administración de las finanzas, la distribución de tareas entre los propagandistas y agitadores, el transporte y difusión de la literatura. El objetivo político de un organismo

con poderes tan enormes se entiende sólo si esos poderes se aplican a la elaboración de un plan uniforme para la acción, si el centro revolucionario toma la iniciativa de una gran actividad revolucionaria.

Pero ¿cuál ha sido la experiencia del movimiento obrero ruso hasta ahora? El cambio más importante y fructífero producto de su táctica política durante los diez últimos años no ha sido el surgimiento de grandes dirigentes ni menos aún de grandes organismos organizativos. Éstos siempre aparecieron como consecuencia espontánea de la fermentación del movimiento. Fue así en la primera etapa del movimiento proletario en Rusia, que empezó con la huelga general espontánea de San Petersburgo de 1896, acontecimiento que señala el comienzo de una era de luchas económicas del pueblo ruso. Ocurrió lo mismo en el periodo siguiente, iniciado por las manifestaciones callejeras espontáneas de los estudiantes petersburgueses, en marzo de 1901. La huelga general de Rostov, en 1903, que inició el siguiente gran viraje táctico del movimiento proletario ruso, también fue un acto espontáneo. «Por sí sola» la huelga dio lugar a manifestaciones políticas, agitación callejera, grandes mítines al aire libre, cosas que el revolucionario más optimista no hubiera soñado unos años antes.

Nuestra causa efectuó grandes avances durante estos acontecimientos. Sin embargo, la iniciativa y la dirección consciente de la socialdemocracia desempeñaron un papel insignificante. Es cierto que las organizaciones no estaban preparadas para eventos de tanta magnitud. Sin embargo, este hecho no explica el papel poco importante de los revolucionarios. Ni se lo puede atribuir a la ausencia del aparato partidario central todopoderoso que exige Lenin. La existencia de ese centro probablemente hubiera incrementado la desorganización de los comités locales al acentuar la diferencia entre el avance ávido de las masas y la línea prudente de la socialdemocracia. El mismo fenómeno —el papel insignificante que desempeñaron los organismos centrales del partido en la elaboración de la línea táctica— se observa hoy en Alemania y otros países. En general, no se puede «inventar» la táctica de la socialdemocracia. Es el producto de una serie de grandes actos creadores de una lucha de clases a menudo espontánea que busca la manera de avanzar.

Lo inconsciente precede a lo consciente. La lógica del proceso histórico precede a la lógica subjetiva de los seres humanos que participan en el proceso histórico. Existe una tendencia a que los organismos que dirigen el partido socialista desempeñen un rol conservador. La experiencia demuestra que cada vez que el movimiento obrero gana terreno esos organismos lo mantienen hasta el último momento. Lo transforman al mismo tiempo en una especie de bastión que detiene aún más el avance.

La táctica actual de la socialdemocracia alemana se ha ganado la aprobación universal porque es tan flexible como firme. Esto es un índice de la adaptación del partido hasta el último detalle de su actividad cotidiana, al régimen parlamentario. El partido ha estudiado metódicamente todos los recursos que ofrece este terreno. Sabe utilizarlos sin modificar sus principios.

Sin embargo, la perfección de esta adaptación le cierra perspectivas al partido. Existe en él una tendencia a considerar que la táctica parlamentarista es inmutable y especifica de la actividad socialista. Se niega, por ejemplo, a tener en cuenta la posibilidad (planteada por Parvus) de cambiar nuestra táctica en caso de que el sufragio universal sea abolido en Alemania, eventualidad que dirigentes de la socialdemocracia alemana no consideran del todo improbable.

Esa inercia se debe en gran medida a que resulta muy inconveniente definir, dentro del vacío de las hipótesis abstractas, los lineamientos y formas de situaciones políticas todavía inexistentes. Evidentemente, lo importante para la socialdemocracia no es la elaboración de un cuerpo de directivas ya preparadas para la política futura. Es importante: 1) efectuar una evaluación histórica correcta de las formas de lucha que corresponden a la situación dada, y 2) comprender la relatividad de la etapa que se vive y el incremento inevitable de la tensión revolucionaria a medida que se acerca el objetivo final de esa lucha.

Si le otorgamos, como quiere Lenin, poderes absolutos de carácter negativo al órgano más encumbrado del partido fortalecemos peligrosamente el conservadorismo inherente a dicho organismo. Si la táctica del partido socialista no ha de ser creada por un Comité Central sino por todo el partido o, mejor dicho, por todo el movimiento obrero, es claro

que las secciones y federaciones del partido necesitan la libertad de acción que les permita desarrollar su iniciativa revolucionaria y utilizar todos los recursos que ofrece la situación. El ultracentralismo que pide Lenin está colmado del espíritu estéril del capataz, no de un espíritu positivo y creador. *A Lenin le preocupa más controlar el partido que hacer más fructífera la actividad del mismo; estrechar el movimiento antes que desarrollarlo, atarlo antes que unificarlo*.

En la situación actual, semejante experimento sería doblemente peligroso para la socialdemocracia rusa. Estamos en vísperas de batallas decisivas contra el zarismo. Está por entrar o ha entrado en un periodo de actividad creadora intensificada, durante el cual ampliará (como siempre sucede en situaciones revolucionarias) su esfera de influencia y crecerá espontáneamente a grandes saltos. Tratar de frenar la iniciativa del partido en este momento, rodearlo de alambres de púas, es incapacitarlo para el cumplimiento de las grandes tareas del momento.

Las ideas generales que hemos expuesto sobre el problema del centralismo socialista no bastan para elaborar un proyecto de estatuto para el partido ruso. En última instancia, un estatuto de este tipo sólo lo pueden determinar las circunstancias bajo las que se desarrolla la actividad del partido en una etapa dada. En Rusia se trata de poner en marcha una gran organización proletaria. Ningún proyecto de estatuto puede considerarse infalible. Tiene que pasar por la prueba de fuego.

Pero por nuestra concepción general de la naturaleza de la organización socialdemócrata, creemos que se justifica que deduzcamos que su espíritu requiere —sobre todo al comienzo de la formación del partido de masas— la coordinación y unificación del movimiento y no su subordinación rígida a un reglamento. Si el partido posee el don de la flexibilidad política, complementado por la lealtad absoluta a los principios y la preocupación por la unidad, podemos estar tranquilos respecto a que cualquier defecto en el estatuto del partido se corregirá en la práctica. Para nosotros, no es la letra sino el espíritu vivo que los militantes llevan a la organización lo que decide el valor de tal o cual forma de organización.

II

Hasta aquí hemos examinado el problema del centralismo desde el punto de vista de los principios generales a la socialdemocracia, y hasta cierto punto a la luz de las condiciones particulares de Rusia. Sin embargo, el ultracentralismo militar que proclaman Lenin y sus partidarios no es producto de diferentes opiniones. Se dice que está relacionado con una campaña contra el oportunismo que Lenin ha preparado hasta el último detalle organizativo.

«Es importante —dice Lenin— forjar un arma más o menos efectiva contra el oportunismo» (*Ibíd*. p. 52). Cree que el oportunismo surge de la tendencia característica de los intelectuales a la descentralización y la desorganización, de su animadversión a la disciplina estricta y a la «burocracia» que es, de todas maneras, necesaria para el buen funcionamiento del partido.

Lenin dice que los intelectuales siguen siendo individualistas y tienden a la anarquía incluso después de haberse unido al movimiento socialista. Según él, sólo a los intelectuales les repugna la idea de la autoridad absoluta de un Comité Central. El proletario auténtico, sugiere Lenin, en virtud de su instinto de clase encuentra un cierto placer voluptuoso al abandonarse a las garras de una firme dirección y una disciplina implacable. «Oponer la burocracia a la democracia —dice Lenin— es contraponer el principio organizativo de la socialdemocracia revolucionaria con los métodos organizativos oportunistas». (*Ibíd*. p. 151).

Declara que se da un conflicto similar entre las tendencias centralistas y autonomistas en todos los países en los que el reformismo y el socialismo revolucionario se encuentran cara a cara. Señala particularmente la controversia reciente en la socialdemocracia alemana sobre el problema del grado de libertad de acción que el partido puede permitirles a los representantes socialistas en las asambleas legislativas.

Veamos los paralelos que traza Lenin.

En primer lugar, hay que señalar que ensalzar el supuesto genio de los proletarios en materia de organización socialista y la desconfianza general hacia los intelectuales en cuanto tales no es un índice de mentalidad

«marxista revolucionaria». Es muy fácil demostrar que semejantes argumentos son oportunistas.

Las tendencias que presentan el antagonismo entre los elementos proletarios y no proletarios en el movimiento obrero como problema ideológico son el semianarquismo de los sindicalistas franceses, cuya consigna es «¡Cuidado con los políticos!»; el tradeunionismo inglés, que desconfía de los «visionarios socialistas»; y, si nuestros informes son correctos, el «economicismo puro», representado hasta hace poco en la socialdemocracia rusa por *Rabochaia Misl* (Pensamiento Obrero), publicado clandestinamente en San Petersburgo.

En la mayoría de los partidos socialistas de Europa Occidental existe indudablemente una relación entre el oportunismo y los «intelectuales», al igual que entre los intelectuales y las tendencias descentralizadoras del movimiento obrero.

Pero nada más ajeno al método histórico dialéctico del pensamiento marxista que el separar los fenómenos sociales de su marco histórico y presentar esos fenómenos como fórmulas abstractas susceptibles de ser aplicadas en forma absoluta y general.

Razonando de manera abstracta podríamos decir que el «intelectual», elemento social proveniente de la burguesía y por lo tanto ajeno al proletariado, no ingresa al movimiento socialista al impulso de sus tendencias clasistas sino en oposición a ellas. Por eso tiene mayor tendencia que el obrero a caer en aberraciones oportunistas. El obrero, decimos, puede encontrar apoyo revolucionario real en sus intereses de clase, siempre que no abandone su medio ambiente, o sea la masa trabajadora. Pero la forma concreta que asume la tendencia al oportunismo del intelectual y, sobre todo, la forma en que esa inclinación se expresa en el terreno organizativo son cuestiones que dependen siempre del medio social en que se mueve.

El parlamentarismo burgués es la base social de los fenómenos que observa Lenin en los movimientos socialistas alemán, francés e italiano. Este parlamentarismo es el caldo de cultivo de todas las tendencias oportunistas que existen en la socialdemocracia occidental.

El tipo de parlamentarismo que tenemos ahora en Francia, Italia y Alemania proporciona terreno para las ilusiones del oportunismo actual,

tales como la sobrevaloración de las reformas sociales, la colaboración de clases y partidos, la fe en una evolución pacífica hacia el socialismo, etcétera. Esto ocurre al colocar a los intelectuales, como parlamentarios, por encima del proletariado, y separándolos del proletariado dentro del propio partido socialista. Con el crecimiento del movimiento obrero, el parlamentarismo se vuelve un trampolín para los oportunistas políticos. Por eso tantos fracasados con ambiciones de la burguesía corren a cobijarse bajo la bandera de los partidos socialistas. Otra fuente del oportunismo contemporáneo la constituyen los grandes medios materiales con que cuenta la socialdemocracia, y la influencia de las grandes organizaciones socialdemócratas.

El partido es el baluarte que defiende al movimiento clasista de las desviaciones parlamentaristas burguesas. Para triunfar, dichas tendencias deben destruir el baluarte. Deben disolver al sector activo, consciente del proletariado en la masa amorfa del «electorado».

Así surgen las tendencias «autonomistas» y descentralizantes en nuestros partidos socialdemócratas. Vemos que esas tendencias sirven a fines políticos definidos. No se las puede explicar, como quisiera Lenin, con referencias a la sicología del intelectual, a su supuesta inestabilidad innata de carácter. Sólo se las explica en base a las necesidades del político parlamentario burgués, es decir, por la política oportunista.

La situación es distinta en la Rusia zarista. En términos generales, el oportunismo en el movimiento obrero ruso no es un subproducto de la fuerza socialdemócrata ni de la descomposición de la burguesía. Es el producto del atraso político de la sociedad rusa.

El medio de donde provienen los intelectuales rusos que ingresan al socialismo es mucho más desclasado y menos burgués que en Europa Occidental. Sumada a la inmadurez del movimiento obrero ruso, esta circunstancia coadyuva a la digresión teórica, desde la negación total del aspecto político del movimiento obrero a la creencia total en la efectividad de los actos terroristas aislados o la indiferencia política más completa, en las charcas del liberalismo y del idealismo kantiano. Sin embargo, es difícil atraer al intelectual que integra el movimiento socialdemócrata ruso hacia la desorganización. Es algo que va en contra de la posición general del medio

en que se mueve el intelectual ruso. No hay en Rusia un parlamento burgués que favorezca esta tendencia.

El intelectual occidental que practica en este momento el «culto del ego» y les da a sus aspiraciones socialistas un tinte aristocrático no representa a la *intelligentsia* burguesa «en general». Representa una fase del desarrollo social. Es el producto de la decadencia burguesa.

Por otra parte, los sueños utópicos u oportunistas del intelectual ruso que se ha unido al movimiento socialista tienden a nutrirse de fórmulas teóricas en las que el ego no es exaltado sino humillado, en las que la moral del renunciamiento y el castigo constituye el principio rector.

Los *narodniki* (populistas[58]) de 1875 llamaban a la *intelligentsia* rusa a diluirse en la masa campesina. Los partidarios ultra-civilizados de Tolstoi[59] hablan de asumir la vida de la «gente simple». Los partidarios del «economicismo puro» en la socialdemocracia rusa quieren que nos inclinemos ante la «mano callosa» del trabajador.

Si en vez de aplicar mecánicamente en Rusia las fórmulas elaboradas en Europa Occidental enfocamos el problema organizativo desde la perspectiva de la situación rusa, arribamos a conclusiones diametralmente opuestas a las de Lenin.

Atribuirle al oportunismo una preferencia invariable por determinado tipo de organización, la descentralización, es no comprender su esencia.

En cuanto al problema organizativo, o cualquier otro problema, el oportunismo conoce un solo principio: la ausencia de principios. El oportunismo escoge sus métodos con el fin de adecuarse a las circunstancias dadas, siempre que estos medios parezcan conducir a los fines previstos.

Si definimos al oportunismo, con Lenin, como esa tendencia que paraliza al movimiento revolucionario independiente y lo transforma en un instrumento de intelectuales burgueses ambiciosos, debemos reconocer también que en la etapa inicial de un movimiento obrero lo que facilita su influencia es la centralización rigurosa más que la descentralización. La extrema centralización pone al movimiento proletario joven e inculto en manos de los intelectuales que conforman el Comité Central.

En Alemania, en los albores del movimiento socialdemócrata y antes del surgimiento de un núcleo sólido de proletarios conscientes y una línea táctica basada en la experiencia, se produjo un enfrentamiento polémico entre los partidarios de los distintos tipos de organización. La Asociación General de Obreros Alemanes, fundada por Lassalle, estaba a favor de la centralización extrema. El principio autonomista era defendido por el partido que se había organizado en el congreso de Eisenach, con la colaboración de Wilhelm Liebknecht y Auguste Bebel.

La táctica de los «eisenacheanos» era bastante confusa. Sin embargo, su aporte al despertar de la conciencia de clase de las masas alemanas fue muchísimo mayor que el de los lassalleanos. Desde el comienzo los obreros desempeñaron un rol preponderante en ese partido (como lo demostró la cantidad de publicaciones obreras que aparecieron en las provincias) y la influencia del movimiento extendiéndose rápidamente. Al mismo tiempo, los lassalleanos, a pesar de todos sus experimentos con los «dictadores», condujeron a sus seguidores de desventura en desventura.

En general el centralismo riguroso y despótico cuenta con las preferencias de los intelectuales oportunistas en la etapa en que los elementos revolucionarios de la clase obrera carecen de cohesión y el movimiento avanza a los tanteos, como ocurre ahora en Rusia. En una etapa posterior, bajo un régimen parlamentario y en relación con un partido obrero fuerte, las tendencias oportunistas de los intelectuales se manifiestan en favor de la «descentralización».

Si aceptamos el punto de vista que Lenin considera propio y tememos la influencia de los intelectuales en el movimiento, no podemos concebir mayor peligro para el partido ruso que el plan organizativo de Lenin. *Nada contribuirá tanto al sometimiento de un joven movimiento obrero a una élite intelectual ávida de poder que este chaleco de fuerza burocrático, que* inmovilizará al partido y lo convertirá en un autómata manipulado por un Comité Central. *En cambio,* no puede haber garantía más efectiva contra la intriga oportunista y la ambición personal que la acción revolucionaria independiente del proletariado, cuyo resultado es que los obreros adquieren el sentido de la responsabilidad política y la confianza en sí mismos.

Lo que hoy es un fantasma que ronda la imaginación de Lenin puede convertirse en realidad mañana.

No olvidemos que la revolución pronta a estallar en Rusia será burguesa y no proletaria. Esto trastorna todas las circunstancias de la lucha social. También los intelectuales rusos quedarán imbuidos de ideología burguesa. La socialdemocracia es, en la actualidad, la única guía del proletariado ruso. Pero al día siguiente de la revolución veremos a la burguesía, sobre todo a los intelectuales burgueses, tratando de utilizar a las masas como puente hacia su dominio.

El juego de los demagogos burgueses se verá facilitado si en la etapa actual la acción, iniciativa y sentido político espontáneos del proletariado se ven obstaculizados en su desarrollo y restringidos por el proteccionismo de un Comité Central autoritario.

Más importante aún es la falsedad fundamental de la idea que subyace tras el plan de centralismo irrestricto: la idea de que el camino al oportunismo puede cerrarse mediante los artículos de un estatuto partidario.

Impactados por los hechos ocurridos recientemente en los partidos socialistas de Francia, Italia y Alemania, los socialdemócratas rusos tienden a considerar al oportunismo como un elemento foráneo importado al movimiento obrero por los representantes de la democracia burguesa. Si así fuera, ninguna sanción prevista en el estatuto del partido podría detener esta invasión. La influencia de elementos no proletarios en el partido del proletariado es el resultado de causas sociales profundas, tales como el derrumbe económico de la pequeña burguesía, la bancarrota del liberalismo burgués y la degeneración de la democracia burguesa. Es ingenuo confiar en detener esta corriente con una fórmula escrita en el estatuto del partido.

Un reglamento puede regir la vida de una pequeña secta o de un círculo privado. Una corriente histórica, en cambio, atravesará las redes del parágrafo estatutario. Además, no es cierto que rechazar los elementos que la descomposición de la sociedad burguesa lleva al movimiento socialista signifique defender los intereses de la clase obrera. La socialdemocracia ha afirmado siempre que representa no sólo los intereses de clase del proletariado, sino también las aspiraciones progresistas de la sociedad en su conjunto. Representa los intereses de todos los que sufren la opresión de la

dominación burguesa. Esto no hay que entenderlo simplemente en el sentido de que todos estos intereses se ven reflejados idealmente en el programa socialista. La evolución de la historia traduce esta afirmación en la realidad. Como partido político, la socialdemocracia se convierte en refugio de todos los elementos descontentos que hay en nuestra sociedad y del pueblo todo, en contraposición a la pequeña miñona de amos capitalistas.

Pero los socialistas deben saber subordinar la angustia, rencor y esperanza de este conglomerado heterogéneo al objetivo supremo de la clase obrera. La socialdemocracia debe encuadrar a la turba de iracundos no proletarios dentro de los límites de la acción revolucionaria del proletariado. Debe asimilar a los elementos que se le acercan.

Esto sólo es posible si la socialdemocracia tiene un núcleo proletario fuerte, políticamente culto, con la suficiente conciencia de clase como para ser capaz, como en Alemania, de arrastrar a los elementos desclasados y pequeñoburgueses que se unen al partido. En ese caso, la mayor rigidez en la aplicación del principio de centralización y la disciplina más severa formulada específicamente en los estatutos del partido pueden ser una barrera efectiva contra el peligro oportunista. Así se defendió el socialismo francés contra la confusión jauresista. Enmendar el estatuto de la socialdemocracia alemana sería una medida muy oportuna.

Pero inclusive en este terreno no debemos pensar que el estatuto del partido es un arma que, de alguna manera, basta por sí misma. Puede, en el mejor de los casos, ser un método de coerción para imponer la voluntad de la mayoría proletaria en el partido. Si esa mayoría no existe de nada servirán las sanciones más drásticas.

Sin embargo, la influencia de elementos burgueses en el partido dista de ser la única causa de las tendencias oportunistas que están levantando cabeza en la socialdemocracia. Otra causa la constituye la naturaleza misma de la militancia socialista y sus contradicciones internas.

El movimiento internacional del proletariado hacia su emancipación total es un proceso peculiar en este sentido: por primera vez en la historia de la civilización el pueblo expresa su voluntad conscientemente y en

oposición a todas las clases dominantes. Pero esta voluntad puede satisfacerse únicamente fuera de los marcos del sistema imperante.

Ahora bien, las masas sólo pueden adquirir y fortalecer esta voluntad en el curso de su lucha cotidiana contra el orden social existente: es decir, dentro de los límites de la sociedad capitalista.

Por un lado, las masas; por el otro, su objetivo histórico, situado fuera de la sociedad imperante. Por un lado, la lucha cotidiana; por el otro, la revolución social. Tales los términos de la contradicción dialéctica por la cual avanza el movimiento socialista.

De ahí se desprende que la mejor manera en que puede avanzar el movimiento es oscilando entre los dos peligros que lo acechan constantemente. Uno es la pérdida de su carácter masivo; el otro, el abandono del objetivo. Uno es el peligro de retrotraerse al estado de secta; otro, el peligro de convertirse en un movimiento para la reforma social burguesa.

Por eso es ilusorio, y va en contra de la experiencia histórica, esperar fijar de una vez por todas la orientación de la lucha socialista revolucionaria con métodos formales, que se supone defenderán al movimiento obrero de toda posibilidad de desviación oportunista.

La teoría marxista es un arma segura para reconocer y combatir las manifestaciones típicas del oportunismo. Pero el movimiento socialista es un movimiento de masas, sus peligros no son producto de las maquinaciones insidiosas de individuos y grupos, surgen de situaciones sociales inevitables. No podemos resguardarnos por adelantado contra todas las posibilidades de desviación oportunista. Sólo el movimiento puede superar esos peligros, con la ayuda de la teoría marxista, sí, pero recién después de que esos peligros se hayan hecho tangibles.

Desde este punto de vista el oportunismo aparece como un producto y una fase inevitable del desarrollo histórico del movimiento obrero.

La socialdemocracia rusa surgió hace poco. Las circunstancias políticas bajo las cuales se desarrolla el movimiento proletario en Rusia son bastante anormales. En ese país el oportunismo es en gran medida un subproducto de los tanteos y experimentos de la militancia socialista, que trata de avanzar sobre un terreno que no se parece a ningún otro en Europa.

En vista de ello, nos resulta increíble la afirmación de que es posible evitar el oportunismo escribiendo determinadas palabras en lugar de otras en el estatuto partidario.

El intento de conjurar el oportunismo con un pedazo de papel puede resultar sumamente dañino, no para el oportunismo sino para el movimiento socialista.

Si se detiene el pulso natural de un organismo viviente, se lo debilita y se disminuyen sus posibilidades de resistencia y su espíritu combativo, en este caso no sólo contra el oportunismo sino también (y esto reviste una gran importancia, por cierto) contra el orden social existente. Los medios propuestos se vuelven contra los fines a los que se supone deberían servir.

En la ansiedad de Lenin por implantar la dirección de un Comité Central omnisciente y todopoderoso para proteger a un movimiento obrero tan joven y prometedor contra cualquier paso en falso reconocemos los síntomas del mismo subjetivismo que ya le ha hecho más de una mala pasada al pensamiento socialista de Rusia.

Divierte observar los tumbos que ha debido dar el respetable «ego» humano en la historia rusa reciente. Tirado en el suelo, casi reducido a polvo por el absolutismo ruso, el «ego» se venga dedicándose a la actividad revolucionaria. Reviste la forma de un comité de conspiradores que, en nombre de una Voluntad Popular inexistente, se sienta en una especie de trono y proclama su omnipotencia. Pero el «objeto» resulta ser el más fuerte. El *knut* triunfa porque el poder zarista parece ser la expresión «legítima» de la historia.

Con el tiempo vemos aparecer en escena un hijo todavía más «legítimo» de la historia: el movimiento obrero ruso. Por primera vez están sentadas las bases para una verdadera «voluntad popular» en tierra rusa. Pero ¡hete aquí nuevamente el «ego» del revolucionario ruso! Haciendo piruetas cabeza abajo, se proclama una vez más director todopoderoso de la historia. Esta vez con el título de Su Excelencia el Comité Central del Partido Social Demócrata Ruso.

El ágil acróbata no percibe que el único «sujeto» que merece el papel de director es el «ego» colectivo de la clase obrera. La clase obrera exige el derecho de cometer sus errores y aprender en la dialéctica de la historia.

Hablemos claramente. Históricamente, los errores cometidos por un movimiento verdaderamente revolucionario son infinitamente más fructíferos que la infalibilidad del Comité Central más astuto.

EL SOCIALISMO Y LAS IGLESIAS

[La revolución estalló en Rusia en 1905. En pocos días había llegado a la Polonia rusa y a todos los confines del imperio zarista. Rosa Luxemburgo, residente a la sazón en Alemania, volcó su atención a la siguiente doble tarea: ayudar a dirigir el Partido Social Demócrata de Polonia y Lituania (PSDPyL) durante acontecimientos de ese año y difundir e interpretar las noticias de la Revolución de 1905 entre la clase obrera alemana.

Recién pudo abandonar Alemania en diciembre de 1905, dirigiéndose clandestinamente a Varsovia para participar directamente de la dirección del PSDPyL. Pero su residencia en Alemania no le impidió continuar y acrecentar sus funciones de analista político del PSDPyL y seguir siendo su más prolífica y hábil propagandista y agitadora. Durante 1905, además de sus muchos artículos para la prensa alemana, escribió constantemente para las publicaciones del PSDPyL y una serie de libros y folletos más extensos.

La Revolución de 1905 acercó a miles de elementos nuevos al PSDPyL, obreros e intelectuales que recibían un curso aceleradísimo de práctica y teoría revolucionarias. Desde enero de 1905 y principios de 1906 el PSDPyL creció de algunos cientos de militantes a más de treinta mil, con una periferia de miles. A Rosa le preocupaba el problema de educarlos en las bases del marxismo, de responder a los problemas más fundamentales y desterrar algunos de los prejuicios más arraigados en los obreros que empezaban a radicalizarse.

El *socialismo y las iglesias* es uno de los frutos del año 1905: un intento de explicar a los obreros polacos que estaban adquiriendo conciencia de clase exactamente por qué la Iglesia es una institución reaccionaria, que se opone a la revolución, y cómo llegó a convertirse

en uno de los explotadores más inhumanos y ricos de los trabajadores. Apareció por primera vez en Cracovia en 1905 firmado con el seudónimo Josef Chmura. La edición rusa apareció en Moscú en 1920 y el Partido Socialista Francés hizo una edición francesa en 1937. La presente es una traducción de la versión inglesa, que a su vez es traducción del francés de Juan Punto.]

I

Desde el momento en que los obreros de nuestro país y de Rusia comenzaron a luchar valientemente contra el gobierno zarista y los explotadores, observamos que los curas en sus sermones se pronuncian con frecuencia cada vez mayor contra los obreros en lucha. El clero lucha con extraordinario vigor contra los socialistas y trata por todos los medios de desacreditarlos a los ojos de los trabajadores. Los creyentes que concurren a la iglesia los domingos y festividades se ven obligados a escuchar un violento discurso político, una verdadera denuncia del socialismo, en lugar de escuchar un sermón y encontrar consuelo religioso. En vez de reconfortar al pueblo, lleno de problemas y cansado de su vida tan dura, que va a la iglesia con su fe en el cristianismo, los sacerdotes echan denuestos contra los obreros que están en huelga y se oponen al gobierno; además, los exhortan a soportar su pobreza y opresión con humildad y paciencia. Convierten a la iglesia y al púlpito en una tribuna de propaganda política.

Los obreros pueden comprobar fácilmente que el encono del clero hacia los socialdemócratas no es en modo alguno provocación de estos últimos. Los socialdemócratas se han impuesto la tarea de agrupar y organizar a los obreros en la lucha contra el capital, es decir, contra los explotadores que les exprimen hasta la última gota de sangre, y en la lucha contra el gobierno zarista, que mantiene prisionero al pueblo. Pero los socialdemócratas jamás azuzan a los obreros contra el clero, ni se inmiscuyen en sus creencias religiosas; ¡de ninguna manera! Los socialdemócratas del mundo y de nuestro país consideran que la conciencia y las opiniones personales son sagradas. Cada hombre puede sustentar la fe y las ideas que él cree son

fuente de felicidad. Nadie tiene derecho a perseguir o atacar a los demás por sus opiniones religiosas. Eso piensan los socialistas. Y por esta razón, entre otras, los socialistas llaman al pueblo a luchar contra el régimen zarista, que viola continuamente la conciencia de los hombres al perseguir a católicos, católicos rusos, judíos, herejes y librepensadores. Son precisamente los socialdemócratas quienes más abogan por la libertad de conciencia. Parecería por tanto que el clero debería prestar ayuda a los socialdemócratas, que tratan de esclarecer al pueblo trabajador. Cuanto más comprendemos las enseñanzas que los socialistas le brindan a la clase obrera, menos comprendemos el odio del clero hacia los socialistas.

Los socialdemócratas se proponen poner fin a la explotación de los trabajadores por los ricos. Cualquiera pensaría que los servidores de la Iglesia serían los primeros en facilitarles la tarea a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo (cuyos siervos son los sacerdotes) no enseñó que «es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que los ricos entren en el reino de los cielos»? Los socialdemócratas tratan de imponer en todos los países un régimen social basado en la igualdad, libertad y fraternidad de todos los ciudadanos. Si el clero realmente desea poner en práctica el precepto «ama a tu prójimo como a ti mismo», ¿por qué no acoge con agrado la propaganda socialdemócrata? Con su lucha desesperada, con la educación y organización del pueblo, los socialdemócratas tratan de sacarlos de su opresión y ofrecer a sus hijos un futuro mejor. A esta altura todos tendrían que admitir que los curas deberían bendecir a los socialdemócratas. ¿Acaso Jesucristo, a quien ellos sirven, no dijo «lo que hacéis por los pobres lo hacéis por mí»?

En cambio vemos al clero por un lado excomulgar y perseguir a los socialdemócratas, y por el otro, ordenar a los obreros que sufran pacientemente, es decir, que permitan pacientemente que los capitalistas los exploten. El clero brama contra los socialdemócratas, exhorta a los obreros a no «alzarse» contra los amos, a someterse obedientemente a la opresión de este gobierno que mata a gentes indefensas, envía a millones de obreros a la monstruosa carnicería de la guerra, persigue a católicos, católicos rusos y «viejos creyentes[60]». Así el clero, al convertirse en vocero de los ricos, en defensor de la explotación y la opresión, se coloca en contradicción

flagrante con la doctrina cristiana. Los obispos y curas no propagan la enseñanza cristiana: adoran el becerro de oro y el látigo que azota a los pobres e indefensos.

Además, todos saben cómo los curas se aprovechan de los obreros; les sacan dinero en ocasión del casamiento, bautismo o entierro. ¿Cuántas veces sucede que un cura, llamado al lecho de un enfermo para administrarle los últimos sacramentos, se niega a concurrir hasta tanto se le pague su «honorario»? El obrero, presa de la desesperación, sale a vender o empeñar todo lo que posee con tal de que no les falte consuelo religioso a sus seres queridos.

Es cierto que hay eclesiásticos de otra talla. Hay algunos llenos de bondad y compasión, que no buscan el lucro; éstos están siempre dispuestos a ayudar a los pobres. Pero debemos reconocer que son muy pocos, que son las moscas blancas. La mayoría de los curas, con sus caras sonrientes, se arrastran ante los ricos, perdonándoles con su silencio toda depravación, toda iniquidad. Otro es su comportamiento con los obreros; sólo piensan en esquilmarlos sin piedad; en sus severos sermones fustigan la «codicia» de los obreros, cuando éstos simplemente se defienden de los abusos del capitalismo. La flagrante contradicción que existe entre las acciones del clero y las enseñanzas del cristianismo debe ser materia de reflexión para todos. Los obreros se preguntan por qué, en su lucha por la emancipación, encuentran en los siervos de la Iglesia enemigos y no aliados. ¿Cómo es que la Iglesia defiende la riqueza y la explotación sangrienta en vez de ser un refugio para los explotados? Para comprender este fenómeno extraño basta echar un vistazo a la historia de la Iglesia y examinar su evolución a través de los siglos.

II

Los socialdemócratas quieren el «comunismo»; eso es principalmente lo que el clero les reprocha. En primer lugar es evidente que los curas que hoy

combaten al «comunismo» en realidad combaten a los primeros apóstoles. Porque éstos fueron comunistas ardientes.

Todos saben que la religión cristiana apareció en la antigua Roma, en la época de la decadencia del Imperio, que antes había sido rico y poderoso y comprendía lo que hoy es Italia y España, parte de Francia, parte de Turquía, Palestina y otros territorios. La situación de Roma en la época del nacimiento de Cristo era muy parecida a la que impera actualmente en la Rusia zarista. Por una parte, un puñado de ricos viviendo en la holgazanería y gozando de toda clase de lujos y placeres; por otra, una inmensa masa popular que se pudría en la pobreza; por encima de todos, un gobierno despótico, basado en la violencia y la corrupción, ejercía una opresión implacable. Todo el Imperio Romano estaba sumido en el desorden más completo, rodeado de enemigos amenazantes; la soldadesca desatada descargaba su crueldad sobre la población indefensa; el campo estaba desierto; las ciudades, sobre todo Roma, la capital, estaban plagadas de pobres que elevaban sus ojos, llenos de odio, a los palacios de los ricos; el pueblo carecía de pan y techo, ropas, esperanzas y la posibilidad de salir de la pobreza.

Hay una sola diferencia entre la Roma decadente y el imperio del zar; Roma no conocía el capitalismo; la industria pesada no existía. En esa época el orden imperante era la esclavitud. Los nobles, los ricos, los financistas satisfacían sus necesidades poniendo a trabajar a los esclavos que las guerras les dejaban. Con el pasar del tiempo estos ricos se adueñaron de casi todas las provincias italianas quitándoles la tierra a los campesinos romanos. Al apropiarse de los cereales de las provincias conquistadas como tributo sin costo, invertían esas ganancias en sus propiedades, plantaciones magníficas, viñedos, prados, quintas y ricos jardines, cultivados por ejércitos de esclavos que trabajaban bajo el látigo del capataz. Los campesinos privados de su tierra y de pan fluían a la capital desde todas las provincias. Pero allí no se encontraban en mejor situación para ganarse la vida, puesto que todo el trabajo lo hacían los esclavos. Así se formó en Roma un numeroso ejército de desposeídos —el proletariado— carente inclusive de la posibilidad de vender su fuerza de trabajo. La industria no podía absorber a esos proletarios provenientes del

campo, como ocurre hoy; se convirtieron en víctimas de la pobreza sin remedio, en mendigos. Esta gran masa popular, hambrienta y sin trabajo, que atosigaba los suburbios y los espacios abiertos y las calles de Roma, constituía un peligro permanente para el gobierno y las clases poseedoras. Por ello el gobierno se vio obligado a salvaguardar sus intereses aliviando su pobreza. De vez en cuando distribuía entre el proletariado maíz y otros comestibles almacenados en los graneros del Estado. Para hacerles olvidar sus penas les ofrecía espectáculos circenses gratuitos. A diferencia del proletariado contemporáneo, que mantiene a toda la sociedad con su trabajo, el inmenso proletariado romano vivía de la caridad.

Los infelices esclavos, tratados como bestias, hacían todo el trabajo en Roma. En este caos de pobreza y degradación, el puñado de magnates romanos pasaba los días en orgías y en medio de la lujuria. No había salida para esta monstruosa situación social. El proletariado se quejaba, y de vez en cuando amenazaba con iniciar una revuelta, pero una clase de mendigos, que vive de las migajas que caen de la mesa del señor, no puede iniciar un nuevo orden social. Los esclavos que con su trabajo mantenían a toda la sociedad estaban demasiado pisoteados, demasiado dispersos, demasiado aplastados por el yugo, tratados como bestias, y vivían demasiado aislados de las demás clases como para poder transformar la sociedad. A menudo se alzaban contra sus amos, trataban de liberarse mediante batallas sangrientas, pero el ejército romano aplastaba las revueltas, masacraba a miles de esclavos y crucificaba a otros tantos.

En esta sociedad putrefacta, donde el pueblo no tenía salida de su trágica situación, ni esperanzas de una vida mejor, los infelices volvieron su mirada al cielo para encontrar allí la salvación. La religión cristiana aparecía ante estos infelices como una tabla de salvación, un consuelo, un estímulo y se convirtió, desde sus comienzos, en la religión del proletariado romano. De acuerdo con la situación material de los integrantes de esta clase, los primeros cristianos levantaron la consigna de la propiedad común: el comunismo. ¿Qué podía ser más natural? El pueblo carecía de los medios de subsistencia y moría de hambre. Una religión que defendía al pueblo; que exigía que los ricos compartan con los pobres los bienes que debían pertenecer a todos; una religión que predicaba la igualdad de todos los

hombres, tenía que lograr gran éxito. Sin embargo, nada tiene en común con las reivindicaciones que hoy levantan los socialdemócratas con el objetivo de convertir en propiedad común los instrumentos de trabajo, los medios de producción, para que la humanidad pueda vivir y trabajar en armonía.

Hemos visto que los proletarios romanos no vivían de su trabajo sino de las limosnas del gobierno. De modo que la consigna de propiedad colectiva que levantaban los cristianos no se refería a los bienes de producción sino a los de consumo. No exigían que la tierra, los talleres y las herramientas se convirtieran en propiedad colectiva, sino simplemente que todo se dividiera entre ellos, casa, comida, ropas y todos los productos elaborados necesarios para vivir. Los comunistas cristianos se cuidaban bien de averiguar el origen de estas riquezas. El trabajo productivo recaía siempre sobre los esclavos. Los cristianos sólo deseaban que los que poseían la riqueza abrazaran el cristianismo y convirtieran sus riquezas en propiedad común para que todos gozaran de estas cosas en igualdad y fraternidad.

Así estaban organizadas las primeras comunidades cristianas. Un contemporáneo escribió: «Esta gente no cree en la fortuna, sino que predica la propiedad colectiva y ninguno de ellos posee más que los demás. El que quiere entrar en su orden debe poner su fortuna como propiedad común. Es por ello que no existe entre ellos pobreza ni lujos: todos poseen todo en común como hermanos. No viven en una ciudad propia, pero en cada ciudad tienen casa para ellos. Si cualquier extranjero perteneciente a su religión llega allí, comparten con él toda su propiedad, y él puede beneficiarse de la misma como si fuese propia. Aunque no se conocieran hasta entonces, le dan la bienvenida y son todos muy fraternales entre ellos. Cuando viajan no llevan sino un arma para protegerse de los ladrones. En cada ciudad tienen su administrador, quien distribuye ropas y alimentos entre los viajeros. No existe el comercio entre ellos. Pero si uno le ofrece a otro un objeto que éste necesita recibe algún otro objeto a cambio. Pero cada cual puede exigir lo que necesita, aun sin tener con qué retribuir».

En los «Hechos de los apóstoles» leemos lo siguiente acerca de la primera comunidad de Jerusalén: «Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía; todo era poseído en común. Los que poseían tierras o casas,

después de venderlas traían lo obtenido para colocarlo a los pies de los apóstoles. Y a cada uno se le daba de acuerdo a sus necesidades».

En 1780 el historiador alemán Vogel escribió lo mismo acerca de los primeros cristianos: «Según las reglas, todo cristiano tenía derechos sobre la propiedad de los demás cristianos de la comunidad; en caso de necesidad, podía exigir que los más ricos dividieran su fortuna y la compartieran con él según sus necesidades. Todo cristiano podía utilizar la propiedad de sus hermanos; los que poseían algo no tenían derecho a privar a sus hermanos de su utilización. Así, el cristiano que no tenía casa podía exigirle al que tuviera dos o tres que lo recibiera; el dueño se guardaba solamente su propia vivienda. Debido a la utilización común de los bienes había que darle casa al que no la tuviera».

Se colocaba el dinero en una caja común y un miembro de la sociedad, especialmente designado para este propósito, repartía entre todos la fortuna común. Habían eliminado, por lo tanto, la vida familiar; todas las familias cristianas de una ciudad vivían juntas, como una sola gran familia.

Para terminar, digamos que algunos curas atacan a los socialdemócratas diciendo que abogamos por la comunidad de las mujeres. Es obvio que ésta es una mentira enorme, producto de la ignorancia o del encono del clero. Los socialdemócratas lo consideran una distorsión vergonzosa y bestial del matrimonio. Y sin embargo esta práctica era común entre los primeros cristianos.

III

Así, los cristianos de los primeros siglos eran comunistas fervientes. Pero era un comunismo basado en el consumo de bienes elaborados y no en el trabajo y se demostró incapaz de reformar la sociedad, de poner fin a la desigualdad entre los hombres y de derribar las barreras que separaban a los pobres de los ricos. Porque, al igual que antes, las riquezas creadas por el trabajo volvían a un grupo restringido de poseedores, ya que los medios de producción (sobre todo la tierra) seguían siendo propiedad individual y el

trabajo —para toda la sociedad— lo seguían haciendo los esclavos. El pueblo, privado de los medios de subsistencia, sólo recibía limosnas, según la buena voluntad de los ricos.

Mientras que algunos (un puñado, en relación con la masa popular) posean para su uso exclusivo las tierras cultivables, bosques y prados, animales de labranza y aperos, talleres, herramientas y materiales para la producción, y mientras los demás la inmensa mayoría, no posea los medios indispensables para la producción, ni hablarse puede de igualdad entre los hombres. En esa situación la sociedad se encuentra dividida en dos clases, ricos y pobres, los que viven en el lujo y los que viven en la pobreza. Supongamos, por ejemplo, que los propietarios ricos, influidos por la doctrina cristiana, ofrecieran repartir entre los pobres la riqueza que poseen en dinero, granos, fruta, ropa y animales. ¿Cuál sería el resultado? La pobreza desaparecería durante varias semanas y en ese lapso la población podría alimentarse y vestirse. Pero los productos elaborados se gastan en poco tiempo. Pasado un breve lapso el pueblo habría consumido las riquezas distribuidas y quedaría nuevamente con las manos vacías. Los dueños de la tierra y de los medios de producción producirían más, gracias a la fuerza de trabajo de los esclavos, y nada cambiaría.

Bien, he aquí por qué los socialdemócratas discrepan con los comunistas cristianos. Dicen: «No queremos que los ricos compartan sus bienes con los pobres; no queremos caridad ni limosna; nada de ello puede borrar la desigualdad entre los hombres. Lo que exigimos no es que los ricos compartan con los pobres, sino la desaparición de ricos y pobres». Ello es posible bajo la condición de que todas las fuentes de riqueza, la tierra, junto con los demás medios de producción y herramientas, pasen a ser propiedad colectiva del pueblo trabajador, que producirá según las necesidades de cada uno. Los primeros cristianos creían poder remediar la pobreza del proletariado con las riquezas dispensadas por los poseedores. ¡Eso es lo mismo que sacar agua con un colador! El comunismo cristiano era incapaz de cambiar o mejorar la situación económica, y no prosperó.

Al principio, cuando los seguidores del nuevo Salvador constituían sólo un pequeño sector en el seno de la sociedad romana, el compartir los bienes y las comidas y el vivir todos bajo un mismo techo era factible. Pero a

medida que el cristianismo se difundía por el imperio, la vida comunitaria de sus partidarios se hacía más difícil. Pronto desapareció la costumbre de la comida en común y la división de bienes tomó otro cariz. Los cristianos ya no vivían como una gran familia; cada uno se hizo cargo de sus propiedades y sólo se ofrecía a la comunidad el excedente. Los aportes de los más ricos a las arcas comunes, al perder su carácter de participación en la vida comunitaria, se convirtieron rápidamente en simple limosna, puesto que los cristianos ricos dejaron de participar de la propiedad común y pusieron al servicio de los demás sólo una parte de lo que poseían, porción que podía ser mayor o menor según la buena voluntad del donante. Así, en el corazón mismo del comunismo cristiano surgió la diferencia entre ricos y pobres, diferencia análoga a la que imperaba en el Imperio Romano, y a la que habían combatido los primeros cristianos. Pronto los únicos participantes en las comidas comunitarias fueron los cristianos pobres y los proletarios; los ricos cedían una parte de su riqueza y se apartaban. Los pobres vivían de las migajas que les arrojaban los ricos y la sociedad volvió rápidamente a ser lo que había sido. Los cristianos no habían cambiado nada.

Los Padres de la Iglesia prosiguieron sin embargo la lucha contra esta penetración de la desigualdad social en el seno de la comunidad cristiana, fustigando a los ricos con palabras ardientes y exhortándolos a volver al comunismo de los primeros apóstoles.

San Basilio, en el siglo IV después de Cristo, predicaba así contra los ricos: «Infelices, ¿cómo os justificaréis ante el Juez Celestial? Me preguntáis, "¿cuál es nuestra culpa, si sólo guardamos lo que nos pertenece?". Yo os pregunto, ¿cómo conseguisteis lo que llamáis vuestra propiedad? ¿cómo se enriquecen los poseedores si no es tomando posesión de las cosas que pertenecen a todos? Si cada uno tomara lo que necesitare y dejare el resto para los demás, no habría ricos ni pobres».

Quien más predicó el retorno de los cristianos al primitivo comunismo de los apóstoles fue San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla, nacido en Antioquía en el 347 y muerto en el exilio, en Armenia, en el 407. Este célebre pastor, en su Undécima Homilía sobre los «Hechos de los apóstoles», dijo:

«Y reinaba entre ellos la caridad; entre ellos (los apóstoles) nadie era pobre. Nadie consideraba que lo suyo le pertenecía, toda la riqueza era propiedad común […] reinaba una gran caridad entre todos ellos. Esta caridad consistía en que no había pobres entre ellos, hasta tal punto aquellos que poseían bienes se apresuraban a despojarse de los mismos. No dividían su fortuna en dos partes, entregando una y guardando para sí la otra; daban lo que tenían. De modo que no había desigualdad entre ellos; todos vivían en la abundancia. Todo se hacía con la mayor reverencia. Lo que daban no pasaba de la mano del dador a la del receptor; lo que daban lo hacían sin ostentación; ponían sus bienes a los pies de los apóstoles, que eran los administradores y los amos y utilizaban los bienes como cosa comunitaria y no privada. Con ello ponían coto a cualquier intento de caer en la vanagloria. ¡Ay! ¿Por qué se han perdido estas tradiciones? Ricos y pobres, todos nos beneficiaríamos con esta piadosa conducta y todos derivaríamos el mismo placer de conformarnos a ella. Los ricos, al despojarse de sus posesiones, no se empobrecerían, y los pobres se enriquecerían […] Pero intentemos dar una idea exacta de lo que habría que hacer […]

Supongamos —y que ni ricos ni pobres se alarmen pues se trata de una mera suposición— supongamos que vendemos todo lo que nos pertenece y ponemos todo el producto de la venta en un pozo común. ¡Qué cantidad de oro tendríamos! No sé cuánto, exactamente, pero si todos, sin distinción de sexo, trajeran sus tesoros, si vendieran sus campos, sus propiedades, sus casas —no hablo de esclavos porque no los había en la comunidad cristiana, y los que llegaban a ella se convertían en hombres libres— si todos hicieran eso, digo, tendríamos cientos de miles de libras de oro, millones, sumas inmensas.

¡Pues bien! ¿Cuánta gente, creéis, vive en esta ciudad? ¿Cuántos cristianos? ¿Estáis de acuerdo en que son cien mil? El resto son judíos y gentiles. ¿Cuántos no se unirían? Contad los pobres, ¿cuántos son? A lo sumo cincuenta mil necesitados. ¿Cuánto requeriría su alimentación diaria? Calculo que el gasto no sería excesivo, si se organizara la distribución y provisión comunitaria de los alimentos.

Acaso preguntaréis: “¿Qué será de nosotros cuando esta riqueza sea consumida?”. ¿Qué? ¿Acaso ello ocurriría? ¿Acaso la gracia de Dios no se

multiplicaría por mil? ¿No estaríamos creando un cielo en la tierra? Si esta comunidad de bienes existía entre cinco mil fieles con tan buenos resultados como la desaparición de la pobreza, ¿qué no lograría una multitud tan grande? Y entre los mismos paganos, ¿quién no acudiría a incrementar el tesoro común? La riqueza en manos de unas pocas personas se pierde más fácil y rápidamente; la distribución de la propiedad es la causa de la pobreza. Tomemos el ejemplo de un hogar compuesto por un hombre, su mujer y diez hijos; la mujer carda la lana, el hombre aporta su salario; ¿en qué caso gastan a más esta familia, viviendo juntos o separados? Es obvio que si vivieran separados. Diez casas, diez mesas, diez sirvientes y diez asignaciones especiales de dinero si los hijos vivieran separados. ¿Qué hacéis los que poseéis numerosos esclavos? ¿No es cierto, acaso, que para disminuir los gastos los alimentáis a la misma mesa? La división origina pobreza; la concordia y la unidad de las voluntades origina riquezas.

En los monasterios se vive como en los primeros tiempos de la Iglesia. ¿Quién muere allí» de hambre? ¿Quién no tiene allí suficiente alimento? ¡Sin embargo los hombres de nuestro tiempo sienten mayor temor ante ese tipo de vida que ante el peligro de caer al mar! ¿Por qué no lo hemos intentado? Lo temeríamos menos. ¡Qué cosa buena sería! Si un puñado de fieles, apenas ocho mil, osaron en un mundo donde sólo había enemigos tratar de vivir en forma comunitaria, sin ayuda exterior, ¿cuánto mejor podríamos hacerlo hoy, cuando hay cristianos en todo el mundo? ¿Quedaría un solo gentil? Creo que ninguno. Atraeríamos a todos a nuestra causa.

San Juan Crisóstomo pronunció en vano estos ardientes sermones. Los hombres no trataron de imponer el comunismo en Constantinopla, ni en ningún otro lugar del mundo. A medida que el cristianismo se difundía, y pasaba a ser en Roma después del siglo IV la religión dominante, los fieles se alejaban cada vez más del ejemplo de los primeros apóstoles. Dentro de la propia comunidad cristiana se acrecentaba la desigualdad en la posesión de bienes.

En el siglo VI, nuevamente, Gregorio Magno dijo: “De ninguna manera basta con no robar la propiedad ajena; erráis si guardáis la riqueza que Dios creó para todos. Quien no da a los demás lo que posee, es un asesino, un homicida; cuando guarda para sí lo que podría dar a los pobres, puede

decirse que mata a quienes podrían haber vivido de esa abundancia; cuando compartimos con los que sufren, no les damos lo que nos pertenece sino lo que les pertenece. No es un acto de compasión, sino el saldo de una deuda".

Estos llamados no rindieron frutos. Pero la culpa de ninguna manera recae sobre los cristianos de aquellas épocas, quienes respondían mucho mejor a las palabras de los Padres de la Iglesia que los cristianos contemporáneos. No es la primera vez en la historia de la humanidad que las condiciones económicas resultan más poderosas que los más bellos discursos.

El comunismo, esta comunidad de consumidores de bienes que proclamaron los primeros cristianos, no podía existir sin el trabajo comunitario de toda la población, la propiedad común de la tierra y de los talleres. No fue posible en la época de los primeros cristianos iniciar el trabajo comunitario (con medios de producción comunitarios) porque, como ya hemos dicho, el trabajo no lo realizaban los nombres libres sino los esclavos, marginados de la sociedad. El cristianismo no se propuso abolir la desigualdad entre el trabajo de los hombres, ni entre su propiedad. Por eso fracasaron sus esfuerzos por suprimir la distribución desigual de bienes de consumo. Las voces de los Padres de la Iglesia que proclamaban el comunismo encontraban cada vez menos eco. Rápidamente esas voces se volvieron más espaciadas, hasta desaparecer completamente. Los Padres de la Iglesia dejaron de predicar la comunidad y división de los bienes, porque el crecimiento de la comunidad cristiana provocó cambios fundamentales en la propia Iglesia.

IV

Al principio, cuando la comunidad cristiana era pequeña, no existía un clero en el sentido estricto del término. Los fieles, reunidos en una comunidad religiosa independiente, se unían en cada ciudad. Elegían un responsable de dirigir el culto de Dios y realizar los ritos religiosos. Cualquier cristiano podía ser obispo o prelado. Era una función electiva,

susceptible de ser revocada, *ad honorem* y sin más poder que el que la comunidad estaba dispuesta a otorgarle libremente. A medida que se incrementaba el número de fieles y las comunidades se volvían más numerosas y ricas, administrar los negocios de la comunidad y ejercer un puesto oficial se volvió una ocupación que requería mucho tiempo y dedicación. Puesto que los funcionarios no podían realizar estas tareas y dedicarse al mismo tiempo a sus ocupaciones, surgió la costumbre de elegir entre los miembros de la comunidad un eclesiástico que se dedicaba exclusivamente a dichas funciones. Por tanto, estos empleados de la comunidad debían recibir una compensación por su dedicación exclusiva a los negocios de ésta. Así se formó en el seno de la Iglesia una nueva casta de empleados, separada del común de los fieles: el clero. Paralelamente a la desigualdad entre ricos y pobres, surgió la desigualdad entre clero y pueblo. Los eclesiásticos, elegidos al comienzo entre sus iguales para cumplir una función temporaria, se elevaron rápidamente a la categoría de una casta que dominaba al pueblo.

Cuanto más numerosas se volvían las comunidades cristianas en el inmenso Imperio Romano, más sintieron los cristianos, perseguidos por el gobierno, la necesidad de unirse para cobrar fuerzas. Las comunidades, dispersas por todo el territorio del Imperio, se organizaron en una Iglesia única. Esta unificación ya era una unificación del clero y no del pueblo. Desde el siglo IV los eclesiásticos de las diversas comunidades se reunían en concilios. El primer concilio se reunió en Nicea en el 325. Así se formó el clero, sector aparte y separado del pueblo. Los obispos de las comunidades más fuertes y ricas pasaron a dominar los concilios. Es por eso que el obispo de Roma se colocó rápidamente a la cabeza del conjunto de la cristiandad y se convirtió en Papa. Así surgió un abismo entre el pueblo y el clero dividido jerárquicamente.

Al mismo tiempo, las relaciones económicas entre el pueblo y el clero sufrieron cambios profundos. Antes de la creación de esta orden, todo lo que los miembros ricos de la Iglesia aportaban al fondo común era propiedad de los pobres. Después, gran parte de los fondos empezaron a ser utilizados para pagarle al clero que administraba la Iglesia. Cuando, en el siglo IV, el gobierno comenzó a proteger a los cristianos y a reconocer que

su religión era la dominante, cesaron las persecuciones, los ritos ya no se celebraron en catacumbas ni en casas modestas sino en iglesias cuya magnificencia era cada vez mayor. Estos gastos redujeron aún más las sumas destinadas a los pobres. Ya en el siglo V los haberes de la Iglesia se dividían en cuatro partes: una para el obispo, la segunda para el clero inferior, la tercera para la manutención de la Iglesia y la cuarta para su distribución entre los pobres. La población cristiana pobre recibía, por tanto, una suma igual a la que el obispo tenía para él solamente.

Con el pasar del tiempo se perdió la costumbre de asignar a los pobres una suma determinada de antemano. Por otra parte, a medida que aumentaba la importancia del clero superior, los fieles perdían el control sobre las propiedades de la Iglesia. Los obispos dispensaban limosna a los pobres a voluntad. El pueblo recibía limosna de su propio clero. Y eso no es todo. En los comienzos de la cristiandad los fieles hacían ofrendas según su buena voluntad. A medida que la religión cristiana se convertía en religión de Estado, el clero exigía que tanto los pobres como los ricos hicieran aportes. Desde el siglo VI el clero impuso un impuesto especial, el diezmo (la décima parte de la cosecha) a pagar a la Iglesia. Este impuesto cayó como una carga pesadísima sobre las espaldas del pueblo; en la Edad Media se convirtió en un verdadero infierno para los campesinos oprimidos por la servidumbre. Este diezmo se imponía a cada pedazo de tierra, a cada propiedad. Pero era el siervo quien lo pagaba con su trabajo. Así los pobres no sólo perdieron el socorro y la ayuda de la Iglesia, sino que vieron cómo los curas se aliaban a los demás explotadores: los príncipes, nobles y prestamistas. En la Edad Media, mientras la servidumbre reducía al pueblo trabajador a la pobreza, la Iglesia se enriquecía cada vez más. Además del diezmo y otros impuestos, la Iglesia se benefició en este periodo con grandes donaciones, legados de libertinos ricos de ambos sexos, quienes a último momento querían pagar por su vida pecaminosa. Entregaban a la Iglesia dinero, casas, aldeas enteras con sus siervos y a menudo la renta de las tierras y los impuestos en trabajo (corvea).

De esta manera la Iglesia adquirió riquezas enormes. Al mismo tiempo el clero dejó de ser el «administrador» de la riqueza que la Iglesia le había confiado. Declaró abiertamente en el siglo XII, en una ley que, dijo,

provenía de las Sagradas Escrituras, que la riqueza de la Iglesia no pertenece a los pobres sino al clero y, sobre todo, a su jefe, el Papa. Por tanto los puestos eclesiásticos eran la mejor posibilidad de gozar de una buena renta. Cada eclesiástico disponía de la propiedad de la Iglesia como si fuera propia y la legaba a sus propios parientes, hijos y nietos. Así se consumó el pillaje de los bienes de la Iglesia, que quedaron en manos de los familiares de los clérigos. Por esa razón los papas se proclamaron soberanos de la fortuna de la Iglesia y ordenaron el celibato sacerdotal, para impedir la dispersión de su patrimonio. El celibato se decretó en el siglo XI, pero se lo puso en práctica recién en el siglo XIII, debido a la oposición del clero. Para impedir aún más la dispersión de la riqueza de la Iglesia, en 1297 el Papa Bonifacio VIII prohibió a los eclesiásticos entregar sus rentas a legos sin permiso papal. Así la Iglesia llegó a acumular riquezas inmensas, sobre todo en tierras fértiles, y el clero de los países cristianos se convirtió en el más rico de los propietarios terratenientes. ¡En algunos casos poseía un tercio o más de todas las tierras del país!

Los campesinos no sólo pagaban impuestos en trabajo (corvea), sino también el diezmo, en tierras de príncipes y nobles y en las tierras inmensas pertenecientes a obispos, arzobispos, párrocos y conventos. Entre los señores feudales más poderosos, la Iglesia apareció como el más grande explotador. Por ejemplo, en Francia, a fines del siglo XVIII, antes de la Gran Revolución, el clero era dueño de la quinta parte de las tierras de ese país, con una renta anual de aproximadamente cien millones de francos. Los diezmos sumaban veintitrés millones. Con esta suma engordaban a 2800 prelados y obispos, 5600 superiores y priores, 60 000 párrocos y curas y a los 24 000 monjes y 36 000 monjas que pueblan los conventos. Este ejército de curas estaba exento del pago de impuestos y del servicio militar. En momentos de «calamidades» —guerra, mala cosecha, epidemia— la Iglesia pagaba al fisco un impuesto «voluntario» que jamás excedía los 16 000 francos.

El clero privilegiado formaba con la nobleza una clase dominante que vivía de la sangre y el sudor de los siervos. La jerarquía eclesiástica, los puestos mejor pagos, sólo eran accesibles a los nobles y quedaban en manos de la nobleza. A consecuencia de ello, en la época de la servidumbre el

clero fue el aliado fiel de la nobleza, la apoyaba y la ayudaba a oprimir al pueblo, al cual no le brindaba sino sermones donde lo exhortaba a ser humilde y resignarse a su suerte. Cuando el proletariado rural y urbano se alzaba contra la opresión y la servidumbre, encontraba en el clero un enemigo feroz. Es cierto que en el seno de la Iglesia misma existían dos clases: el clero superior, que absorbía toda la riqueza, y la gran masa de curas rurales cuyos modestos ingresos no sumaban más de doscientos a quinientos francos al año. Esta clase sin privilegios se alzaba contra el clero superior, y en 1789, durante la Gran Revolución, se unió al pueblo para luchar contra el poder de la nobleza secular y eclesiástica.

V

Así se fueron modificando las relaciones entre la Iglesia y el pueblo en el curso de los siglos. La cristiandad se inició como mensaje de consuelo para los desheredados y oprimidos. Creó una doctrina para combatir la desigualdad social y el antagonismo entre ricos y pobres; enseñó la comunidad de la riqueza. Rápidamente este templo de igualdad y fraternidad se convirtió en fuente de nuevos antagonismos sociales. Al abandonar la lucha contra la propiedad privada que habían librado los primeros apóstoles, el clero se dedicó a amasar fortunas; se alió a las clases poseedoras que vivían de la explotación de las masas trabajadoras. En épocas feudales la Iglesia era miembro de la clase dominante, la nobleza, y defendía con pasión el poder de ésta contra la revolución. A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX los pueblos de Europa central liquidaron la servidumbre y los privilegios de la nobleza. En ese momento la Iglesia se volvió a aliar con las clases dominantes: la burguesía industrial y comercial. Hoy la situación es distinta y el clero ya no posee grandes extensiones de tierras, pero tiene capitales a los que trata de hacer productivos mediante la explotación del pueblo en el comercio y la industria, como hacen los capitalistas.

La Iglesia Católica de Austria poseía, según sus propias cifras, un capital de más de 813 millones de coronas, de las cuales 300 millones consistían en tierras para el cultivo, 387 millones en bonos y había prestado con intereses 70 millones a industriales y comerciantes. De esa manera la Iglesia se ha adaptado a los tiempos modernos, transformándose de señor feudal en capitalista de la industria y el comercio. Al igual que antes, colabora con la clase que enriquece a costillas del proletariado rural e industrial.

Este cambio es más notable aun en la organización de los conventos. En algunos países como Alemania y Rusia los claustros católicos fueron cerrados hace mucho tiempo.

Pero en los países donde todavía existen, como en Francia, Italia y España, todo corrobora el papel importantísimo que desempeña la Iglesia en el régimen capitalista.

En la Edad Media los conventos eran refugios del pueblo. Éste se refugiaba allí de la crueldad de señores y príncipes; allí encontraba alimentos y protección en casos de extrema pobreza. Los claustros no negaban pan y alimentos a los hambrientos. No debemos olvidar que la Edad Media no conocía el comercio que es corriente en nuestros días. Cada granja, cada convento producía en abundancia lo que necesitaba, gracias al trabajo de siervos y artesanos. Sucedía a menudo que las reservas no encontraban salida. Cuando había excedente de maíz, vegetales, leña, éste carecía de valor. No había comprador y no todos los productos podían conservarse. En estos casos los conventos proveían generosamente a las necesidades de los pobres, dándoles en el mejor de los casos una pequeña porción de lo que les habían sacado a sus siervos. (Ésta era la costumbre de la época y casi todas las granjas pertenecientes a la nobleza hacían lo mismo). Para los conventos esta benevolencia era una fuente de ganancias; con su reputación de abrir sus puertas a los pobres, recibían grandes regalos y herencias de los ricos y poderosos.

Con el surgimiento del capitalismo y la producción para el cambio cada objeto adquirió un precio y se volvió intercambiable. En este momento acabaron las buenas acciones de los conventos, las casas de los señores y la Iglesia. El pueblo perdió su último refugio. Ésta es, entre otras, la razón por

la cual, en los inicios del capitalismo, en el siglo XVIII, cuando los obreros aún no se hallaban organizados para defender sus intereses, apareció una pobreza tan impresionante que parecía que la humanidad había regresado a la decadencia del Imperio Romano. Pero mientras que la Iglesia Católica de los viejos tiempos trató de ayudar al proletariado romano predicando el comunismo, la igualdad y la fraternidad, en la etapa capitalista actuó de manera completamente distinta. Trató sobre todo de sacar ganancias de la pobreza del pueblo, de la mano de obra barata. Los conventos se convirtieron en infiernos de explotación capitalista, peores aún porque hacían trabajar a mujeres y niños. El juicio contra el Convento del Buen Pastor en 1903 en Francia fue un ejemplo notable de estos abusos. Había niñas de doce, diez y nueve años, obligadas a trabajar en condiciones abominables, arruinando su vista y su salud, mal alimentadas y sometidas a un régimen carcelario.

En la actualidad casi todos los conventos franceses están cerrados y la Iglesia ya no tiene posibilidad de explotar directamente. Asimismo el diezmo, azote de los campesinos, fue abolido hace mucho. Ello no le impide al clero exprimirle dinero a la clase obrera mediante otros métodos, sobre todo misas, casamientos, entierros y bautismos. Y los gobiernos que apoyan al clero obligan al pueblo a pagarle tributo. Además en todos los países, salvo Estados Unidos y Suiza, donde la religión es un asunto personal, la Iglesia le saca al Estado sumas enormes que provienen, obviamente, del trabajo del pueblo.

Por ejemplo, en Francia los gastos del clero suman 40 millones de francos anuales.

En síntesis, el trabajo de millones de explotados garantiza la existencia de la Iglesia, el gobierno y la clase capitalista. Las estadísticas de los ingresos de la Iglesia, antes refugio de los pobres, en Austria, dan una idea de su riqueza. Hace cinco años (o sea, en 1900) sus ingresos anuales sumaban 60 millones de coronas, y sus gastos no excedían los 35 millones. Así, en un año “ahorraba” 25 millones, a costillas del sudor y la sangre de los trabajadores. He aquí algunos detalles sobre esa suma:

El Arzobispado de Viena, con un ingreso anual de 300 000 coronas y gastos no mayores de la mitad de esa suma, «ahorró» 150.000. El capital

fijo de ese arzobispado suma alrededor de 7 millones de coronas. El Arzobispado de Praga posee un ingreso de más de medio millón y gastos de alrededor de 300 000; su capital es de casi 11 millones. El Arzobispado de Olomouc (Olmutz) tiene ingresos de más de medio millón y gastos por alrededor de 400.000. Su fortuna asciende a 14 millones. El clero inferior, que tanto se lamenta de su pobreza, explota a la población en igual medida. Los ingresos anuales de los párrocos austríacos suman más de 35 millones, los gastos sólo 21 millones y como resultado los «ahorros» de los curas párrocos suman 14 millones anuales. Las propiedades parroquiales ascienden a más de 450 millones. Por último, los conventos hace cinco años poseían, deducidos los gastos, una «entrada neta» de cinco millones anuales. Estas riquezas se acrecentaban con los años, mientras que la pobreza de los trabajadores explotados por el capitalismo y el Estado se acrecentaba todos los años. En nuestro país y en todos los demás la situación es idéntica a la de Austria.

VI

Después de haber pasado revista a la historia de la Iglesia, no nos puede sorprender que el clero apoye al zar y a los capitalistas contra los obreros revolucionarios que luchan por un futuro mejor. Los obreros conscientes, organizados en el Partido Social Demócrata, luchan por convertir la idea de la igualdad social y la fraternidad entre los hombres en una realidad, lo que alguna vez fue la causa de la Iglesia cristiana.

Pero la igualdad es irrealizable en una sociedad basada en la esclavitud o la servidumbre; puede realizarse en nuestra época de capitalismo industrial. Lo que los apóstoles cristianos no lograron con encendidos discursos contra el egoísmo de los ricos, lo pueden lograr los proletarios modernos, los obreros conscientes de su situación como clase, en un futuro cercano, conquistando el poder político en todos los países, arrancando las fábricas, las tierras y todos los medios de producción de manos de los capitalistas para convertirlos en propiedad comunitaria de los trabajadores.

El comunismo por el que luchan los socialdemócratas no consiste en dividir entre los mendigos, los ricos y los ociosos la riqueza producida por esclavos y siervos sino el trabajo comunitario honesto y el goce de los frutos comunes de dicho trabajo. El socialismo no es la generosidad de los ricos con los pobres sino la abolición total de las diferencias entre ricos y pobres, obligando a todos a trabajar según su capacidad mediante la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

Para implantar el orden socialista los obreros se organizan en el partido obrero, el Partido Social Demócrata, que persigue este fin. Y es por ello que la socialdemocracia y el movimiento obrero suscitan el odio feroz de las clases poseedoras que viven a costillas de los trabajadores.

Las riquezas inmensas amasadas por la Iglesia sin esfuerzo de su parte provienen de la explotación y pobreza del pueblo trabajador. La riqueza de arzobispos y obispos, conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los conventos y parroquias, la riqueza de los dueños de las fábricas y de los comerciantes y terratenientes, se consigue al precio de los esfuerzos inhumanos de los obreros urbanos y rurales. ¿Cuál puede ser el origen de los presentes y legados que los señores ricos dejan a la Iglesia? No es, obviamente, el trabajo de sus manos y el sudor de sus frentes, sino la explotación de los obreros que trabajan para ellos; siervos ayer, obreros asalariados hoy. Además, la subvención que el Estado le otorga al clero proviene en su mayor parte de los impuestos que pagan las masas populares. El clero, al igual que la clase capitalista, vive a costillas del pueblo, saca ganancias de la degradación, ignorancia y opresión del pueblo. El clero y los parásitos capitalistas odian a la clase obrera organizada, consciente de sus derechos, que lucha por la conquista de sus libertades. La abolición del desgobierno capitalista y la instauración de la igualdad entre los hombres serían un golpe mortal para el clero, que subsiste debido a la explotación y la pobreza. Pero, sobre todas las cosas, el socialismo quiere garantizarle a la humanidad la felicidad real y honesta acá abajo, educar lo más posible al pueblo y asegurarle el primer puesto en la sociedad. Los sirvientes de la Iglesia temen esta felicidad como a la misma plaga.

Los capitalistas moldearon a martillazos los cuerpos de los trabajadores, forjaron sus cadenas de pobreza y esclavitud. Junto con ello el clero, para

ayudar a los capitalistas y servir a sus propios intereses, encadena la mente del pueblo a la más crasa ignorancia, porque bien sabe que la educación significaría el fin de su poder. Pues bien, el clero falsifica las primeras enseñanzas del cristianismo, cuyo objeto era brindar la felicidad terrena a los humildes, trata hoy de convencer a los trabajadores de que el sufrimiento y la degradación que soportan no son producto de una estructura social defectuosa, sino del cielo, de la voluntad de la «providencia». Así la Iglesia mata la esperanza del obrero, su fuerza, su deseo de un futuro mejor, su fe y su amor propio. Los curas de hoy, con sus enseñanzas falsas y venenosas, perpetúan la ignorancia y degradación del pueblo. He aquí algunas pruebas irrefutables.

En países donde el clero católico ejerce gran poder sobre las mentes de las masas, por ejemplo en España e Italia, el pueblo está sumido en la más profunda ignorancia. Florecen allí la bebida y el crimen. Por ejemplo, comparemos las provincias alemanas Bavaria y Sajonia. Bavaria es una provincia agrícola cuya población sufre la influencia preponderante del clero católico. Sajonia es una provincia industrializada donde los socialdemócratas desempeñan un gran papel en la vida de los trabajadores, ganan las elecciones parlamentarias en la mayoría de los distritos, una de las razones por las que la burguesía odia esta provincia socialdemócrata «roja». ¿Y con qué nos encontramos? Las estadísticas oficiales demuestran que la cantidad de crímenes cometidos en la Bavaria ultracatólica es relativamente mucho más elevada que en la «Sajonia roja». En 1898, de cada 100 000 habitantes, observamos:

Robo a mano armada:	En Bavaria: 204	En Sajonia: 185
Asalto calificado:	» : 296	» : 72
Perjurio:	» : 4	» : 1

La situación es casi idéntica cuando comparamos Possen, dominada por los curas, con Berlín, donde la influencia de los socialdemócratas es mayor. En Possen, en el curso de un año, vemos 232 casos de asalto calificado por cada 100 000 habitantes, en Berlín sólo 172.

En la Ciudad Papal de Roma, en un solo mes de 1869 (penúltimo año del poder temporal del Papa), se dictaron las siguientes condenas: 279 por homicidio, 728 por asalto calificado, 297 por robo y 21 por incendio. Éstos son los resultados del dominio del clero sobre el pueblo.

Esto no significa que el clero incite al pueblo al crimen. Todo lo contrario: en sus sermones los curas denuncian el hurto, el robo, la embriaguez. Pero los hombres no hurtan, roban o se emborrachan porque les guste. Lo hacen por su pobreza o ignorancia. Por lo tanto, el que perpetúa la ignorancia y pobreza del pueblo, el que aplasta su energía y voluntad para salir de esa situación, el que pone obstáculos en el camino de quienes quieren educar al proletariado, es tan responsable de los crímenes como si fuese su cómplice.

La situación era parecida hasta hace poco en las zonas mineras de la Bélgica católica. Los socialdemócratas fueron allá. Por todo el país resonó su vigoroso llamado a los obreros, infelices y degradados: «¡Obrero, levántate! ¡No robes, no bebas, no desesperes, no agaches la cabeza! ¡Únete a tus hermanos de clase en la organización, lucha contra los explotadores que te maltratan! ¡Saldrás de la pobreza, serás un hombre!».

Así, en todas partes los socialdemócratas levantan al pueblo y fortalecen a quienes han perdido las esperanzas, unen a los débiles en una poderosa organización. Abren los ojos de los ignorantes y les enseñan el camino de la igualdad, la libertad y el amor al semejante.

En cambio, los servidores de la Iglesia sólo llevan al pueblo palabras de humillación y desaliento. Y si Cristo reapareciera hoy sobre la tierra seguramente atacaría a los curas, obispos y arzobispos que defienden a los ricos y explotan a los desgraciados, así como antes atacó a los mercaderes, a quienes echó del templo para que su innoble presencia no manchara la Casa del Señor.

Por eso se libra una batalla sin cuartel entre el clero, sostén de la opresión, y los socialdemócratas, voceros de la liberación. No se puede considerar este combate como si lo libraran la noche oscura y el sol naciente. Porque al no poder combatir al socialismo con la inteligencia y la verdad, los curas tienen que recurrir a la violencia y la maldad. Estos judas calumnian a quienes despiertan la conciencia de clase. Con mentiras y

calumnias tratan de manchar la memoria de quienes dieron sus vidas por la causa obrera. Estos sirvientes y adoradores del becerro de oro apoyan y aplauden los crímenes del gobierno zarista y defienden el trono de este déspota que oprime al pueblo como otro Nerón.

Pero os agitáis en vano, siervos degenerados de Cristo que os habéis convertido en siervos de Nerón. En vano ayudáis a quienes nos asesinan, en vano protegéis a los explotadores del proletariado bajo el signo de la cruz. Vuestras crueldades y calumnias no pudieron impedir en el pasado el triunfo de la idea cristiana, idea que hoy habéis sacrificado al becerro de oro: hoy vuestros esfuerzos no obstaculizarán la marcha del socialismo. Hoy sois vosotros, vuestras mentiras y enseñanzas, los paganos, y nosotros quienes predicamos entre los pobres y explotados la fraternidad y la igualdad. Somos nosotros quienes marchamos a la conquista del mundo, como antes aquel que dijo que es más fácil que un camello atraviese el ojo de una aguja que un rico entre en el reino de los cielos.

Dos palabras para terminar.

El clero posee dos armas para combatir a la socialdemocracia. En los lugares en que el movimiento obrero empieza a cobrar fuerzas, como es el caso de nuestro país, donde las clases poseedoras tienen la esperanza de aplastarlo, el clero combate a los socialistas con sermones, calumniándolos y denunciando la «codicia» de los trabajadores. Pero en los países donde hay libertades democráticas y el partido obrero es fuerte, como en Alemania, Francia, Holanda, el clero busca otros métodos. Oculta sus verdaderos propósitos y no enfrenta a los obreros como enemigo sino como amigo falso. Así se puede ver a los curas organizando a los obreros en sindicatos «cristianos». Así tratan de atrapar a los peces en la red, atraer a los obreros a la trampa de esos sindicatos falsos, donde se enseña humildad, a diferencia de las organizaciones socialdemócratas, cuyo objetivo es que los obreros luchen y se defiendan.

Cuando el gobierno zarista caiga bajo los golpes del proletariado revolucionario de Polonia y Rusia, cuando la libertad política exista en nuestro país, veremos al mismísimo arzobispo Popiel y a los curas que echan denuestos contra los activistas empezar repentinamente a organizar a los obreros en asociaciones «cristianas» y «nacionales» para engañarlos. Ya

vemos los comienzos de la actividad solapada de la «democracia nacional», que asegura a los curas su colaboración futura y los ayuda hoy a calumniar a los socialdemócratas.

Por eso los obreros deben estar advertidos del peligro para no permitir que los engañen, en la mañana de la victoria de la revolución, con palabras melosas, los que hoy desde el púlpito osan defender al gobierno zarista, que mata obreros, y al aparato represivo del capital, causa principal de la pobreza del proletariado.

Para defenderse en la actualidad del antagonismo del clero durante la revolución y contra su falsa amistad de mañana, después de la revolución, es necesario que los obreros se organicen en el Partido Social Demócrata.

Y ésta es la respuesta a los ataques del clero: la socialdemocracia de ninguna manera combate a los credos religiosos. Por el contrario, exige total libertad de conciencia para todo individuo, y la mayor tolerancia para cada fe y opinión. Pero, desde el momento en que los curas utilizan el púlpito como medio de lucha política contra la clase obrera, los obreros deben combatir a los enemigos de su derecho y su liberación. Porque el que defiende a los explotadores y el que ayuda a perpetuar este régimen de miseria es el enemigo mortal del proletariado, ya vista sotana o uniforme de la policía.

HUELGA DE MASAS, PARTIDO Y SINDICATOS

[Huelga de masas, partido y sindicatos fue escrito para concretar la segunda tarea que se planteó Rosa Luxemburgo en relación a la Revolución de 1905: interpretar para los obreros alemanes los acontecimientos de 1905-1906 y extraer de ellos enseñanzas para el futuro de la lucha de clases en Alemania. Es también uno de los ataques más efectivos de Rosa Luxemburgo al conservadurismo institucionalizado de la burocracia sindical socialdemócrata de Alemania.

Como explica Rosa Luxemburgo en la primera parte de su artículo, hubo una larga historia de controversias alrededor de la cuestión de la huelga de masas o huelga general como arma a ser utilizada por la clase obrera en sus batallas, desde los días de la Primera Internacional[61] en adelante. Sin embargo, la Revolución Rusa de 1905 arrojó nueva luz sobre el debate. Un análisis marxista de esos acontecimientos sólo podía conducir a una apreciación más amplia del rol que juega en la lucha revolucionaria la huelga de masas, en la que se confunden inextricablemente los factores económicos y políticos. Aunque sus argumentos son, en lo fundamental, absolutamente correctos, tiende a ir demasiado lejos en la tendencia a poner al mismo nivel la huelga de masas con la revolución misma.

Hace una descripción y un análisis vividos del desarrollo de la lucha en el Imperio Ruso para ejemplificar su argumento central: que la huelga de masas no es un estéril concepto creado artificialmente en las mentes de algunos osificados y tímidos burócratas sindicales, «no un método artesanal descubierto por un razonamiento sutil con el

propósito de hacer más efectiva la lucha proletaria, *sino el método de movimiento de la masa proletaria*, la forma fenoménica de la lucha proletaria en la revolución».

Sus argumentos están dirigidos principalmente contra los dirigentes de los sindicatos alemanes, a quienes había llegado a considerar como sus más serios adversarios. Todo el folleto está empapado de su total desprecio por la cobardía, el conservadurismo y el estrecho reformismo de los dirigentes sindicales. No tenía esperanzas de cambiar la mentalidad de éstos, pero sí de convencer a algunos de los demás dirigentes del PSD del peligro que representaba la creciente independencia de los dirigentes sindicales de la disciplina partidaria.

Más aún, esperaba educar a los obreros alemanes en el verdadero espíritu de la Revolución Rusa y hacerles comprender las implicancias internacionales de esa revolución. Esperaba vacunarlos contra el oportunismo de sus dirigentes. «Esos dirigentes sindicales y parlamentarios que consideran que el proletariado alemán es "demasiado débil" y que las condiciones en Alemania "no están lo suficientemente maduras" para la lucha revolucionaria de masas, evidentemente no tienen la menor idea de que la medida del nivel de madurez de las relaciones de clase en Alemania y de la fuerza del proletariado no reside en las estadísticas del sindicalismo alemán o en las cifras electorales, sino en los acontecimientos de la Revolución Rusa».

En el otoño de 1905, antes de que Rosa Luxemburgo partiera para Varsovia, los dirigentes sindicales rompieron abiertamente con la política del PSD. En el congreso partidario de Jena se discutió si el partido incluiría o no en su arsenal de armas potenciales el llamado a una huelga de masas. Se adoptó una resolución aprobándolo, pero sólo en la eventualidad de que el gobierno intentara restringir el derecho al voto. Incluso esta débil resolución propuesta por la dirección central del PSD fue suficiente para aterrorizar a los sindicalistas. En el Congreso de Sindicatos Alemanes que se realizó en Colonia inmediatamente después que el de Jena, se consideró que hasta la discusión teórica sobre la huelga general significaba «jugar con fuego» y se la rechazó. Así, por primera vez el congreso sindical dirigido por

miembros del PSD adoptó una política que estaba en abierta contradicción con la del partido.

Sin embargo, no se los sancionó ni se les llamó la atención; en febrero de 1906 el PSD y los dirigentes sindicales acordaron en una reunión secreta enterrar calladamente la resolución de Jena. Y en el siguiente congreso partidario, que se realizó en 1906, se votó oficialmente una resolución que estableció que no existía contradicción alguna entre la resolución de Jena y la posición sindical de Colonia.

El 4 de marzo de 1906 Rosa había sido arrestada, al denunciar un diario conservador alemán su presencia en Varsovia. A pesar de sus documentos falsos, casi inmediatamente se reveló su verdadera identidad debido a un allanamiento policial a la casa de su hermana, en donde se obtuvieron algunas fotografías suyas. Se la acusó de serios crímenes contra el Estado, pero fue liberada en julio de 1906, gracias a sustanciosas coimas, advertencias del Partido Social Demócrata Polaco de que se tomarían represalias si algo le sucedía a Rosa y certificados que confirmaban que su salud era muy débil.

En agosto se le permitió dejar Varsovia; de allí se fue a Finlandia para encontrarse con Lenin, Zinoviev, Kamenev y otros dirigentes bolcheviques. Las experiencias de 1905 habían acercado mucho el PSDPyL a los bolcheviques, a quienes aquellos reconocían como su equivalente ruso en la acción y la teoría. Finalmente, en abril de 1906 el PSDPyL se unió al partido ruso y se ubicó junto a los bolcheviques y contra los mencheviques en la mayoría de las cuestiones.

Rosa Luxemburgo pasó en Finlandia las últimas semanas de agosto y las primeras de septiembre, discutiendo con los dirigentes bolcheviques y escribiendo el folleto sobre la huelga de masas. Luego volvió a Alemania a tiempo para participar en el congreso partidario de 1906, donde intentó infructuosamente hacer volver atrás al PSD en su capitulación a los sindicatos en la cuestión de la huelga de masas y restablecer la autoridad del partido sobre los dirigentes sindicales.

El folleto fue publicado en inglés por primera vez en 1925 por la Sociedad de Educación Marxista de Detroit. La traducción al inglés es de Patrick Lavin.

El folleto sobre la huelga de masas fue escrito en agosto de 1906 en Kuokala, Finlandia, donde Rosa Luxemburgo se recuperaba de las

consecuencias de su prisión en Varsovia.]

1. La Revolución Rusa, el anarquismo y la huelga general

Casi todos los trabajos y declaraciones del socialismo internacional sobre el tema de la huelga general datan de la época anterior a la Revolución Rusa[62], la primera experiencia histórica en la que este medio de lucha fue utilizado en vasta escala. Por lo tanto es evidente que la mayoría de dichos textos están desactualizados. Su concepción es esencialmente la de Engels que, en su crítica a los garrafales errores revolucionarios de los bakuninistas[63] en España, escribió en 1873:

«En el programa bakuninista, la huelga general es la palanca de que hay que valerse para desencadenar la revolución social. Una buena mañana, los obreros de todos los gremios de un país y hasta del mundo entero dejan el trabajo y, en cuatro semanas a lo sumo, obligan a las clases poseedoras a darse por vencidas o a lanzarse contra los obreros, con lo cual dan a éstos el derecho a defenderse y a derribar, aprovechando la ocasión, toda la vieja organización social. La idea dista mucho de ser nueva; primero los socialistas franceses y luego los belgas se han hartado, desde 1848, de montar este palafrén que es, sin embargo, por su origen, un caballo de raza inglesa. Durante el rápido e intenso auge del cartismo[64] entre los obreros británicos, que siguió a la crisis de 1837, se predicó, ya en 1839, el “mes santo”, el paro en escala nacional; y la idea tuvo tanta resonancia que los obreros fabriles del norte de Inglaterra intentaron ponerla en práctica en julio de 1842. También en el congreso de los aliancistas celebrado en Ginebra el 1.º de septiembre de 1873 desempeñó un gran papel la huelga general, si bien todo el mundo reconoció que para esto hacía falta una organización perfecta de la clase obrera y una caja bien repleta. Y aquí reside precisamente la dificultad del asunto. De una parte, los gobiernos, sobre todo si se les deja envalentonarse con el abstencionismo político, jamás permitirán que la organización ni las cajas de los obreros lleguen tan

lejos; y, por otra parte, los acontecimientos políticos y los abusos de las clases gobernantes facilitarán la emancipación de los obreros mucho antes de que el proletariado llegue a reunir esa organización ideal y ese gigantesco fondo de reserva. Pero, si dispusiese de ambas cosas, no necesitaría dar el rodeo de la huelga general para llegar a la meta[65]».

He aquí el razonamiento característico de la actitud de la socialdemocracia internacional hacia la huelga de masas en las décadas siguientes. Se basa en la teoría anarquista de la huelga general —o sea en la teoría de la huelga general como medio para desencadenar la revolución social, en contraposición con la lucha política diaria de la clase obrera— y se agota en este simple dilema: o bien el proletariado en su conjunto no posee aún la poderosa organización y los recursos financieros necesarios, en cuyo caso no puede llevar adelante la huelga general; o ya está lo suficientemente bien organizado, en cuyo caso no necesita la huelga general. Este razonamiento es tan simple y a primera vista tan irrefutable que, durante un cuarto de siglo, prestó un excelente servicio al movimiento obrero moderno como herramienta lógica contra el fantasma anarquista y como medio para llevar la idea de la lucha política a amplias capas de la clase obrera. Los enormes saltos dados por el movimiento sindical en todos los países capitalistas durante los últimos veinticinco años son la evidencia más concluyente del valor de las tácticas de la lucha política en las que insistieron Marx y Engels en oposición al bakuninismo; y la socialdemocracia alemana, en su posición de vanguardia de todo el movimiento sindical internacional, no deja de ser el producto directo de la aplicación consecuente y enérgica de esas tácticas.

La Revolución Rusa ha traído ahora como consecuencia una revisión radical de este razonamiento. Por primera vez en la historia de la lucha de clases se ha logrado una grandiosa concreción de la idea de la huelga de masas y, como demostraremos luego, ha madurado la huelga general abriendo por lo tanto una nueva era en el desarrollo del movimiento obrero. De esto no se desprende, por supuesto, que las tácticas de lucha política recomendadas por Marx y Engels fueran falsas o que fuera incorrecta la crítica que hacían del anarquismo. Por el contrario, es en la misma línea de pensamiento, en el mismo método, en las tácticas de Marx y Engels, en que

se basa toda la práctica previa de la socialdemocracia alemana; y que producen ahora en la Revolución Rusa nuevos factores y nuevas condiciones en la lucha de clases. La Revolución Rusa, el primer experimento histórico de huelga de masas, no sólo no ofrece una reivindicación del anarquismo sino que en realidad implica la *liquidación histórica del anarquismo*. La penosa existencia a la que se vio condenada esta tendencia en las últimas décadas por el poderoso desarrollo de la socialdemocracia en Alemania puede, en cierta medida, explicarse por el dominio exclusivo y la larga duración del periodo parlamentario. Una tendencia basada enteramente en el «primer golpe» y la «acción directa», una tendencia «revolucionaria» en el más crudo sentido del llamado al patíbulo, no puede menos que languidecer temporariamente en la calma del momento parlamentario y, cuando vuelve el periodo de lucha directa abierta, renacer y desplegar su fuerza inherente.

Rusia, particularmente, pareció haberse convertido en un campo experimental para las heroicas acciones del anarquismo. Un país en que el proletariado no tenía ningún derecho político y sus organizaciones eran extremadamente débiles, un complejo multicolor de diversos sectores de población, un caos de intereses en conflicto, un bajo nivel de educación en la masa del pueblo, una brutalidad extrema en el uso de la violencia por parte del régimen dominante: todo parecía a propósito como para darle al anarquismo un súbito si bien tal vez efímero poder. Además, Rusia fue la cuna histórica del anarquismo. Pero la patria de Bakunin iba a convertirse en la tumba de sus enseñanzas. No sólo no estuvieron ni están los anarquistas rusos a la cabeza del movimiento de la huelga de masas. No sólo está toda la dirección política de la acción revolucionaria y también de la huelga de masas en manos de las organizaciones socialdemócratas, a las que los anarquistas rusos se oponen amargamente tachándolas de «partidos burgueses», o parcialmente en manos de organizaciones socialistas más o menos influidas por la socialdemocracia o más o menos cercanas a ésta (como el partido terrorista, los «socialistas revolucionarios»); sino que los anarquistas directamente no existen como tendencia política seria en la Revolución Rusa. Sólo en una pequeña ciudad de Lituania donde las condiciones son particularmente difíciles —una confusa mescolanza de

nacionalidades entre los obreros, una industria a pequeña escala muy dispersa, un proletariado muy seriamente oprimido—, en Bialistok, hay, entre los siete u ocho grupos revolucionarios diferentes, un puñado de «anarquistas» imberbes que siembran la confusión y el desconcierto entre los obreros lo mejor que pueden; y finalmente en Moscú, y tal vez en otras dos o tres ciudades, se hace ver un puñado de gente de ésta.

Pero aparte de estos pocos grupos «revolucionarios», ¿qué papel real juega el anarquismo en la Revolución Rusa? Se ha convertido en el símbolo del robo y del pillaje comunes; una gran proporción de los innumerables robos y actos de saqueo a personas privadas se llevaron a cabo en nombre del «anarco-comunismo», actos que se volverían como una ola tumultuosa contra la revolución en cada periodo de depresión y en cada periodo defensivo temporario. En la Revolución Rusa el anarquismo no se ha convertido en la teoría de la lucha del proletariado sino en la bandera ideológica del lumpenproletariado contrarrevolucionario que, como una escuela de tiburones, pululan tras el barco de guerra de la revolución. Por lo tanto la carrera histórica del anarquismo está poco menos que liquidada.

Por otra parte, la huelga de masas en Rusia no se ha realizado como un medio para evadir la lucha política de la clase obrera, y especialmente del parlamentarismo, o de saltar repentinamente a la revolución social por medio de un golpe teatral sino como medio para, en primer lugar, crear las condiciones para la lucha política diaria del proletariado y especialmente del parlamentarismo. El pueblo trabajador, y especialmente el proletariado, de Rusia lleva a cabo la lucha revolucionaria por esos derechos políticos y esas condiciones cuya necesidad e importancia en la lucha por la emancipación de la clase obrera señalaron por primera vez Marx y Engels, y por los cuales lucharon contra el anarquismo con todas sus fuerzas en la Internacional. Así, de la dialéctica histórica, la roca sobre la que se apoya toda la enseñanza del socialismo marxista, resultó que hoy en día el anarquismo, con el cual está indisolublemente asociada la idea de la huelga de masas, se ha vuelto en la práctica contrario a ella. Por otro lado, la huelga de masas, que fue combatida como opuesta a la actividad política del proletariado, aparece hoy como el arma más poderosa de la lucha por los derechos políticos. Por lo tanto, si bien la Revolución Rusa hace imperativa

la necesidad de una revisión fundamental de la antigua posición marxista sobre la cuestión de la huelga de masas, una vez más el método general y los puntos de vista del marxismo son los que salen ganadores, esta vez de una manera nueva. «A la amada del moro sólo la puede matar la mano del moro[66]».

2. La huelga de masas, producto histórico y no artificial

En lo que hace a la cuestión de la huelga de masas, lo primero que la experiencia de Rusia nos lleva a revisar es la concepción general del problema. En la actualidad, cuando ya todo se ha dicho y hecho, nos encontramos con que la posición de los más fervientes defensores de «ensayar la huelga de masas» en Alemania, como Bernstein, Eisner[67], etcétera, y la de los más enconados adversarios de esta idea, como por ejemplo Bomelburg[68] en el campo sindical, en la práctica resultan lo mismo, es decir la concepción anarquista. Los polos aparentemente opuestos no se excluyen uno al otro sino, como siempre sucede, se condicionan y al mismo tiempo se complementan. Pues el modo de pensar anarquista es la especulación directa sobre el «gran *Kladderadatsch*[69]», sobre la revolución social simplemente como característica externa e inesencial. Lo esencial del anarquismo es la concepción abstracta, ahistórica, de la huelga de masas y de las condiciones en que generalmente se libra la lucha proletaria.

Para el anarquista existen sólo dos cosas como supuestos materiales de sus especulaciones «revolucionarias»: primero la imaginación, y segundo la buena voluntad y el coraje para rescatar a la humanidad del valle de lágrimas del capitalismo. Este caprichoso modo de razonar tuvo como resultado que hace sesenta años se concibiera la huelga de masas como el camino más breve, seguro y fácil para saltar a un futuro social mejor. El mismo modo de razonar originó recientemente la idea de que la lucha sindical era la única y verdadera «acción directa de las masas», y también la

única lucha revolucionaria verdadera. Ésta, como sabemos, es la última posición de los «sindicalistas» franceses e italianos. Lo fatal para el anarquismo fue siempre que los métodos de lucha improvisados en el aire son como invitaciones a una casa cuyo dueño está ausente, es decir, son puramente utópicos.

Además, estas especulaciones que en un momento dado fueron en general revolucionarias, al no contar con la despreciable y vil realidad, son transformadas por ésta, de hecho, en instrumentos de la reacción.

Los que hoy fijan un día en el calendario para la huelga de masas en Alemania, como si se tratara de un compromiso anotado en la agenda de un ejecutivo; los que, como los participantes del congreso sindical de Colonia, pretenden eliminar por medio de una prohibición «propagandística» el problema de la huelga de masas de la faz de la tierra, se guían por estos mismos métodos de observación abstractos y ahistóricos. Ambas tendencias se basan en el supuesto netamente anarquista de que la huelga de masas es un medio de lucha puramente técnico, que puede «decidirse» a placer y de modo estrictamente consciente, o que puede ser «prohibido», una especie de navaja que se guarda cerrada en el bolsillo «lista para cualquier emergencia», y se puede abrir y utilizar cuando uno lo decida. Los adversarios de la huelga de masas reclaman para sí el mérito de tomar en cuenta la situación histórica y las condiciones materiales de la situación actual en Alemania, al contrario de los «románticos revolucionarios» que flotan en las nubes y que no cuentan en ningún momento con la dura realidad, con las posibilidades e imposibilidades. «¡Hechos y cifras, cifras y hechos!», claman, igual que Mr. Gadgring en *Tiempos difíciles* de Dickens.

Para el adversario sindical de la huelga de masas «base histórica» y «condiciones materiales» significan dos cosas: por un lado la debilidad del proletariado, por otro la fuerza del militarismo prusiano-germano. La inadecuada organización de los obreros y la imponente bayoneta prusiana: éstos son los hechos y cifras sobre los cuales basan los dirigentes sindicales su política práctica en este caso. Ahora bien; es cierto que la caja fuerte de los sindicatos y la bayoneta prusiana son fenómenos materiales y muy históricos; pero la concepción que se apoya en ellos no es materialismo histórico en el sentido marxista sino materialismo policial a lo

Puttkammer[70]. Los representantes del Estado policial capitalista toman muy en cuenta, por cierto casi exclusivamente, tanto la fuerza real que en ocasiones tiene el proletariado organizado como el poder material de la bayoneta. De la comparación de estas dos hileras de cifras extraen siempre la reconfortante conclusión de que el movimiento obrero revolucionario es producto de demagogos y agitadores individuales. Por lo tanto, la prisión y las bayonetas son el medio adecuado para reprimir ese desagradable «fenómeno pasajero».

Los obreros alemanes con conciencia de clase han entendido por fin lo ridículo de la teoría policial de que todo el movimiento obrero moderno es un producto artificial, arbitrario, de un puñado de «demagogos y agitadores» inconscientes.

Sin embargo, es exactamente la misma concepción la que se refleja cuando dos o tres respetables camaradas constituyen una brigada de vigías voluntarios con el fin de advertir a la clase obrera alemana contra la peligrosa agitación de unos pocos «románticos revolucionarios» y su «propaganda de la huelga de masas». O la que se expresa cuando, por otro lado, aquellos que creen que pueden evitar el estallido de la huelga de masas en Alemania estableciendo acuerdos «confidenciales» entre el ejecutivo del partido y la comisión general de los sindicatos lanzan una ruidosa e indignada campaña.

Si dependiera de la inflamada «propaganda» de los románticos revolucionarios o de las decisiones secretas o públicas de la dirección partidaria, en Rusia no se hubiera dado todavía una sola huelga de masas seria. En ningún país del mundo —como ya lo señalé en marzo de 1905 en el *Sachische Arbeiterzeitung*— se «difundió» o incluso se «propagó» tan poco la huelga de masas como en Rusia. Los ejemplos aislados de las decisiones y los acuerdos del ejecutivo del partido ruso, que realmente pretendía proclamar por su cuenta la huelga de masas (como lo demuestra, por ejemplo, el último intento en agosto de este año después de la disolución de la Duma), carecen prácticamente de valor.

Por lo tanto, si algo nos enseña la Revolución Rusa, es, sobre todo, que la huelga de masas no se «fabrica» artificialmente, que no se «decide» al azar, que no se «propaga»; es un fenómeno histórico que, en un momento

dado, surge de las condiciones sociales como una inevitable necesidad histórica. Por lo tanto, no se puede entender ni discutir el problema basándose en especulaciones abstractas sobre la posibilidad o la imposibilidad, sobre lo útil o lo perjudicial de la huelga de masas. Hay que examinar los factores y condiciones sociales que originan la huelga de masas en la etapa actual de la lucha de clases. En otras palabras, no se trata de la *crítica subjetiva* de la huelga de masas desde la perspectiva de lo que sería deseable, sino de la *investigación objetiva* de las causas de la huelga de masas desde la perspectiva de lo históricamente inevitable.

En el terreno irreal del análisis lógico abstracto, se puede demostrar con la misma fuerza que la huelga de masas es absolutamente imposible y será derrotada o que sí es posible y su triunfo incuestionable. En consecuencia, el valor de la evidencia a que apela cada parte es el mismo: cero. El temor a la «propagación» de la huelga de masas, al que se blande como un anatema formal contra las personas acusadas de tal crimen, es solamente el producto de la extraña confusión de algunos. Es tan imposible «propagar» la huelga de masas como medio abstracto de lucha como lo es propagar la «revolución». La «revolución», como la «huelga de masas», es una forma externa de lucha de clases, que sólo adquiere sentido y significado en determinadas situaciones políticas.

Si alguien se dedicara a hacer de la huelga de masas en general, como forma de acción proletaria, el objeto de una agitación metódica, y fuera de casa en casa solicitando apoyo para esta «idea» a fin de ganar gradualmente para ella a la clase obrera, resultaría una ocupación tan vana, inútil y absurda como lo sería la de hacer agitación especial alrededor de la revolución o de la lucha de barricadas.

La huelga de masas se ha convertido ahora en el centro de interés de la clase obrera alemana y mundial porque es una forma nueva de lucha, y como tal constituye un síntoma seguro de una revolución interna total, tanto en las relaciones entre las clases como en las condiciones de la lucha de clases. El que, a pesar de la obstinada resistencia de sus dirigentes sindicales, la masa proletaria alemana tome este nuevo problema con tanto interés constituye un testimonio de su probado instinto revolucionario y su rápida inteligencia.

Pero no es el caso, en vista de este interés y este extraordinario afán intelectual y de realizaciones revolucionarias de los obreros, de entrenarlos en una gimnasia mental abstracta sobre la posibilidad o la imposibilidad de la huelga de masas. Se los debe esclarecer sobre el desarrollo de la Revolución Rusa, la importancia internacional de esa revolución, la agudización de los antagonismos de clase en Europa Occidental, las más amplias perspectivas políticas de la lucha de clases en Alemania, el rol y las tareas de las masas en las luchas por venir. Sólo de esta manera la discusión sobre la huelga de masas contribuirá a ampliar el horizonte intelectual del proletariado, a agudizar su pensamiento, a impulsar sus energías.

Considerando el problema desde esta perspectiva, se ve qué absurdas son las medidas que quieren tomar los enemigos del «romanticismo revolucionario» por el hecho de que éstos, al analizar la cuestión, no se adhieren estrictamente al texto de la resolución de Jena. Los «políticos prácticos» están de acuerdo con esta resolución cuando les conviene, porque relacionan la huelga de masas principalmente con el destino del sufragio universal, de lo que se deduce que ellos pueden creer dos cosas: primero, que la huelga de masas es puramente defensiva; segundo, que la huelga de masas está incluso subordinada al parlamentarismo, es decir, que se ha vuelto un simple apéndice del parlamentarismo. Pero el meollo real de la resolución de Jena en relación a esto es que en la situación actual de Alemania un ataque por parte de la reacción predominante contra el voto parlamentario sería probablemente la señal que desataría un periodo de tormentosas luchas políticas en las que la huelga de masas probablemente se utilizaría como arma de lucha por primera vez en Alemania.

Pero intentar, por medio de la resolución de un congreso, ahogar y limitar artificialmente el objetivo histórico de la huelga de masas como fenómeno y problema de la lucha de clases, limitar su alcance histórico, es un error que por la falta de visión sólo puede compararse con el veto a la discusión que se impuso en el congreso sindical de Colonia. En las resoluciones del Congreso de Jena la socialdemocracia alemana tomó conciencia en forma oficial del cambio fundamental que produjo la Revolución Rusa en las condiciones internacionales de la lucha de clases proletaria, demostrando su capacidad para desarrollarse en un sentido

revolucionario y adaptarse a las nuevas exigencias de la próxima etapa de la lucha de clases. Allí reside la importancia de la resolución de Jena. En cuanto a la aplicación práctica de la huelga de masas en Alemania, lo decidirá la historia, así como lo decidió en Rusia; la historia, de la cual la socialdemocracia alemana es, por cierto, un factor importante, pero al mismo tiempo sólo *un* factor entre muchos.

3. Desarrollo del proceso de la huelga de masas en Rusia

La huelga de masas, tal como se la encara hoy en la discusión en Alemania, aparece como un fenómeno aislado muy claro y simple, agudamente delineado. Se habla exclusivamente de la huelga política de masas, entendiéndose ésta como un gran levantamiento único del proletariado industrial, que se produce por algún móvil político de la mayor importancia. Este levantamiento se encara en base al entendimiento mutuo entre las autoridades dirigentes del partido y las de los sindicatos. Se lleva adelante con disciplina partidaria y en perfecto orden. En un orden más perfecto aún —como una señal dada en el momento preciso— se presentan ante los comités, los cuales determinan de antemano, con exactitud, la organización del apoyo, el costo, el sacrificio, en una palabra todo el balance material de la huelga de masas.

Ahora bien, cuando comparamos este esquema teórico con la huelga de masas real, tal como se dio en Rusia hace cinco años, nos vemos obligados a decir que esta representación, que en la discusión en Alemania ocupa el lugar central, difícilmente concuerde con una sola de las muchas huelgas de masas que ya han tenido lugar. Por otra parte, la huelga de masas en Rusia desplegó tal multiplicidad de formas de acción diferentes que resulta prácticamente imposible hablar de «la» huelga de masas en forma abstracta y esquemática. Todos los elementos de la huelga de masas y sus características no sólo son diferentes en cada una de las ciudades y distritos del país, sino que además su carácter general muchas veces ha ido

cambiando en el transcurso de la revolución. La huelga de masas vivió en Rusia una historia muy definida, y todavía la está viviendo. Por ende, para hablar de la huelga de masas en Rusia, antes que nada hay que tener presente su historia.

La actual etapa oficial, por así decirlo, de la Revolución Rusa comienza con el levantamiento del proletariado del 22 de enero de 1905, cuando la manifestación de doscientos mil obreros terminó en un aterrorizante baño de sangre ante el palacio del zar. La masacre de San Petersburgo fue, como se sabe, la señal para el estallido de la primera serie gigantesca de huelgas de masas que se extendieron sobre toda Rusia en pocos días, llevando el llamado revolucionario a la acción desde los confines de San Petersburgo a todos los rincones del imperio y a las más amplias capas del proletariado. Pero el levantamiento de San Petersburgo del 22 de enero fue sólo el momento crítico de una huelga de masas emprendida por el proletariado de la capital zarista en enero de 1905. Esta huelga de masas de enero se emprendió sin ninguna duda bajo la influencia inmediata de la gigantesca huelga general que estalló en el Cáucaso (Bakú) en diciembre de 1904, que durante largo tiempo mantuvo en suspenso a toda Rusia. Por su parte, los acontecimientos de diciembre en Bakú fueron la última y poderosa ramificación de esas tremendas huelgas de masas que, como episódicos temblores de tierra, sacudieron el sur de Rusia, cuyo preludio fue la huelga de masas de Batum, en el Cáucaso, en marzo de 1902.

Este primer movimiento de huelgas de masas dentro de la serie continua de erupciones revolucionarias actuales está separado por cinco o seis años de la gran huelga general de los obreros textiles de San Petersburgo de 1896 y 1897. Varios años de aparente estancamiento y reacción separan a ese movimiento de la revolución actual. Pero cualquiera que conozca el desarrollo político interno que siguió el proletariado ruso hasta alcanzar su presente nivel de conciencia de clase y energía revolucionaria reconocerá que la etapa actual de la lucha de clases se inicia con aquellas huelgas generales de San Petersburgo. En consecuencia, éstas son importantes para dilucidar los problemas que plantea la huelga de masas porque ya contienen en germen los principales elementos de las que la sucedieron.

Nuevamente, la huelga general de San Petersburgo de 1896 aparece como una lucha salarial parcial puramente económica. Sus causas fueron las intolerables condiciones de trabajo de los hilanderos y tejedores de San Petersburgo; la jornada de trabajo de 13, 14 ó 15 horas; la miserable paga por pieza y un montón de subterfugios despreciables utilizados por los empleadores. Esta situación, sin embargo, fue pacientemente soportada por los trabajadores durante largo tiempo, hasta que una circunstancia aparentemente trivial hizo desbordar la copa. En mayo de 1896 se celebró la coronación del actual zar (Nicolás II), que se había venido posponiendo durante dos años por temor a los revolucionarios. En esa ocasión los patrones de San Petersburgo dieron libre cauce a su celo patriótico otorgando a sus trabajadores tres días de vacaciones obligatorias que, resulta curioso decirlo, no pensaban pagarles. Los trabajadores, furiosos, comenzaron a moverse. Se celebró un congreso en los jardines de Ekaterinof con la participación de alrededor de trescientos obreros de los más conscientes, que decidió ir a la huelga por las siguientes reivindicaciones: pago de los feriados por la coronación, jornada laboral de diez horas, aumento de la paga por pieza. Esto sucedió el 24 de mayo. En una semana estaban paradas todas las hilanderías y fábricas textiles, y cuarenta mil obreros habían ido a la huelga general. Hoy este acontecimiento, comparado con la gigantesca huelga de masas de la revolución, puede parecer muy poca cosa. Dentro de la polar rigidez política de la Rusia de esa época una huelga general era algo nunca visto; era una revolución total en pequeño. Allí comenzó, por supuesto, la persecución más brutal. Alrededor de mil obreros fueron arrestados y se levantó la huelga general.

Ya aquí vemos aparecer las características fundamentales de las huelgas de masas posteriores. El movimiento siguiente fue enteramente accidental, casi sin importancia, su estallido muy elemental. Pero su éxito hizo evidentes los frutos de la agitación de la socialdemocracia, que venía trabajando desde hacía varios años. En el curso de la huelga general los agitadores socialdemócratas se pusieron a la cabeza del movimiento, lo dirigieron y lo utilizaron para impulsar la agitación revolucionaria. La huelga era una simple lucha económica salarial, pero la actitud del gobierno

y la agitación de la socialdemocracia la transformaron en un fenómeno político de primera línea. Y finalmente la huelga fue liquidada; los trabajadores sufrieron una «derrota». Pero en enero del año siguiente los trabajadores textiles de San Petersburgo fueron a la huelga general una vez más, y esta vez lograron un éxito notable: el reconocimiento legal de la jornada de trabajo de once horas para toda Rusia. Sin embargo, se logró un resultado mucho más importante: desde esa primera huelga general de 1896, en la que no había ni trazas de organización o fondos de huelga, comenzó una intensa lucha sindical en la misma Rusia, que se extendió desde San Petersburgo al resto del país, que abrió perspectivas enteramente nuevas a la agitación y organización social demócratas. Ello les permitió realizar un trabajo clandestino de preparación de la revolución, durante el período siguiente, de aparente calma mortal.

En marzo de 1902 estalló otra huelga en el Cáucaso, aparentemente accidental y provocada por causas parciales puramente económicas (aunque la produjeron otros factores), igual que la de 1896. Estaba relacionada con la seria crisis industrial y comercial que precedió en Rusia a la guerra japonesa y que, junto con ella, fue el detonante más poderoso del incipiente fermento revolucionario. La crisis produjo una enorme masa de desempleados que alimentó la agitación entre las masas proletarias, y por lo tanto el gobierno, para restablecer la tranquilidad entre los trabajadores, tomó a su cargo trasladar en grupos a las «manos superfluas» a sus respectivos hogares. Esta medida, que afectaba a alrededor de cuatrocientos obreros petroleros, provocó una protesta masiva en Batum, que derivó en manifestaciones, arrestos, una masacre, y finalmente en un juicio político en el que el motivo parcial y puramente económico se transformó súbitamente en un acontecimiento político y revolucionario. La consecuencia de la «infructífera» huelga de Batum, que agonizaba y fue suprimida, fue una serie de manifestaciones obreras revolucionarias y masivas en Nizni Novgorod, Saratov y otras ciudades, y por lo tanto un poderoso avance de la marea revolucionaria.

Ya en noviembre de 1902 se hizo sentir el primer eco revolucionario genuino en la huelga general de Rostov, sobre el río Don. Las disputas sobre los salarios a pagar en los talleres del Ferrocarril del Vladicáucaso

dieron impulso a este movimiento. Como la administración trataba de disminuir los salarios, el comité del Don de la socialdemocracia lanzó una proclama llamando a la huelga por las siguientes reivindicaciones: jornada de nueve horas, aumento de salarios, abolición de las multas, destitución de los ingenieros más detestados, etcétera. Participaron de la huelga talleres ferroviarios enteros. Enseguida se les unieron las demás industrias, y en un momento imperó en Rostov una situación nunca vista hasta entonces: Todos los centros industriales estaban paralizados. Todos los días se celebraban al aire libre gigantescos mítines de quince a veinte mil personas, a veces rodeados por un cordón de cosacos. Por primera vez se escuchó a los oradores socialdemócratas; se pronunciaban inflamadas arengas sobre el socialismo y la libertad política, que eran recibidas con inmenso entusiasmo, y se distribuían decenas de miles de copias de llamamientos revolucionarios. En la rígida Rusia absolutista, el proletariado de Rostov ganó por asalto, por primera vez, el derecho de reunión y de libre expresión. Ni falta hace decir que hubo una masacre aquí también. Las disputas salariales en el ferrocarril del Vladicáucaso devinieron en pocos días en una huelga política general y en una batalla callejera revolucionaria. Las siguió inmediatamente una huelga general en la estación de Tichoretzkaia, en el mismo ferrocarril. Aquí también tuvieron lugar una masacre y un juicio; también Tichoretzkaia ocupa su lugar en la ininterrumpida cadena de acontecimientos revolucionarios.

La primavera de 1903 fue la respuesta a la derrota de las huelgas de Rostov y Tichoretzkaia; en mayo, junio y julio se encendió todo el sur de Rusia. Bakú, Tiflis, Batum, Elisavetgrado, Odesa, Kiev, Nikolaev y Ekaterinoslav estaban en huelga general, en el sentido literal de estas palabras. Aquí tampoco el movimiento surgió sobre la base de algún plan preconcebido; se desencadenó por razones diferentes, en lugares diferentes y de forma diferente para confluir luego. Comenzó en Bakú, donde varias luchas salariales parciales en distintas fábricas y departamentos culminaron en una huelga general. En Tiflis iniciaron la huelga dos mil empleados de comercio, cuya jornada de trabajo se extendía desde las 6 de la mañana hasta las 11 de la noche. El 4 de julio dejaron los negocios y recorrieron la ciudad exigiendo que los propietarios los cerraran. La victoria fue total; los

empleados de comercio consiguieron que su jornada comenzara a las 8 de la mañana y terminara a las 8 de la noche, y los siguieron inmediatamente todas las fábricas, negocios y oficinas. No salieron los periódicos y no pudieron hacer andar el transporte tranviario bajo custodia militar.

El 4 de julio comenzó una huelga en Elisavetgrado, en todas las fábricas, levantando reivindicaciones puramente económicas. Se concedieron casi todas y la huelga terminó el 14. Sin embargo, dos semanas después estalló nuevamente. Esta vez empezaron los panaderos, y se les unieron los albañiles, los carpinteros, los tintoreros, los molineros y finalmente todos los obreros fabriles.

En Odesa el movimiento comenzó con una lucha salarial durante la cual se impuso la central sindical «legal», fundada por agentes del gobierno según el programa del famoso gendarme Zubatov[71]. La dialéctica histórica otra vez tuvo ocasión de jugar una de sus maliciosas bromitas. Las luchas económicas del primer periodo (entre ellas la gran huelga general de San Petersburgo de 1896) desviaron a la social democracia rusa hacia la exageración de la importancia de lo «económico»; de esta forma quedó preparado el terreno para la actividad demagógica de Zubatov. Después de un tiempo, sin embargo, la gran corriente revolucionaria hizo dar un viraje a ese barquito que navegaba con su bandera falsa y lo obligó a encabezar la flota del proletariado revolucionario. Los sindicatos zubatovianos dieron la señal para la gran huelga general de Odesa en la primavera de 1904 y para la huelga general de San Petersburgo en enero de 1905. Los obreros de Odesa, que no se dejaban engañar por la actitud aparentemente amistosa del gobierno hacia los trabajadores y su simpatía por las huelgas puramente económicas, exigieron que se lo probaran con un ejemplo, obligando al «sindicato obrero» zubatoviano de una fábrica a declarar una huelga por reivindicaciones muy moderadas. Inmediatamente fueron despedidos, y cuando exigieron la protección de las autoridades que les había prometido su dirigente el caballero se hizo humo dejándolos sumidos en la mayor de las furias.

Los socialdemócratas se pusieron inmediatamente a la cabeza y el movimiento huelguístico se extendió a otras fábricas. El 1.º de julio dos mil quinientos estibadores abandonaron el trabajo exigiendo aumento de

salarios (de ochenta cópecs a dos rublos) y la reducción en media hora de la jornada de trabajo. El 16 de julio los marineros se unieron al movimiento. El 13 comenzó una huelga del personal tranviario. Luego se realizó un mitin de todos los huelguistas, unos siete u ocho mil hombres; fueron en manifestación de fábrica en fábrica, creciendo como una avalancha; entonces una multitud de cuarenta a cincuenta mil hombres se dirigió a los muelles para hacer parar allí todo el trabajo. Pronto toda la ciudad se embarcó en una huelga general.

En Kiev comenzó el 21 de julio una huelga de los talleres ferroviarios. Aquí también la causa inmediata fueron las miserables condiciones de trabajo, y se presentaron demandas salariales. Al otro día siguieron el ejemplo los trabajadores de las fundiciones. El 23 de julio ocurrió un incidente que dio la señal para la huelga general. Dos delegados ferroviarios fueron arrestados durante la noche. Los trabajadores en huelga inmediatamente exigieron su libertad; como no fue concedida, decidieron no permitir que los trenes partieran de la ciudad. Todos los huelguistas se sentaron en el andén con sus esposas y familiares, un mar de seres humanos. Fueron amenazados con salvas de rifle. Los obreros se pusieron delante y gritaron «¡tiren!». Dispararon una salva contra la multitud indefensa sentada en el andén; quedaron en el suelo de treinta a cuarenta cadáveres, muchos de mujeres y niños. Al conocerse el hecho, toda la ciudad de Kiev fue a la huelga el mismo día. Los cadáveres de los obreros asesinados fueron llevados en alto por la multitud en una manifestación masiva. Mítines, discursos, arrestos, luchas callejeras aisladas: Kiev estaba en plena revolución. El movimiento pronto terminó. Pero los imprenteros lograron la reducción en una hora de su jornada de trabajo y un aumento de salarios de un rublo; en una fábrica de levadura se introdujo la jornada de ocho horas; se cerraron los talleres ferroviarios por orden del ministerio; otros departamentos continuaron con huelgas parciales por sus reivindicaciones.

En Nikolaev se declaró la huelga general bajo la influencia inmediata de las noticias que venían de Odesa, Bakú, Batum y Tiflis, a pesar de la oposición del comité socialdemócrata, que quería postergar el estallido del movimiento hasta el momento en que los militares dejaran la ciudad para

irse de maniobras. Las masas se rehusaron a esperar; comenzó una fábrica, las huelgas se extendieron de taller en taller. La resistencia de los militares sólo echó leña al fuego. Se realizaron manifestaciones masivas que marchaban al son de canciones revolucionarias, en las que participaban todos los obreros, empleados, personal tranviario, hombres y mujeres. El paro fue total. En Ekaterinoslav salieron a la huelga los panaderos el 5 de agosto, el 7 los trabajadores de los talleres ferroviarios y el 8 el resto de las fábricas. Pararon los tranvías y no salieron los periódicos.

Así nació la colosal huelga general del sur de Rusia en el verano de 1903. Por los infinitos pequeños canales de las luchas económicas parciales y los pequeños «incidentes» confluyó rápidamente en un rugiente mar, y transformó durante algunas semanas todo el sur de Rusia en una extraña república obrera revolucionaria. «La multitud que inundaba las calles de la mañana al atardecer se confundía en abrazos fraternales, gritos de gozo y entusiasmo, canciones de libertad, risas alegres, humor y alegría. Los ánimos estaban exaltados; casi se podía creer que una vida nueva y mejor comenzaba en el mundo. Un espectáculo muy solemne, y al mismo tiempo idílico, conmovedor». Así se expresaba entonces el corresponsal del periódico liberal *Osvoboshdenie* [Liberación] de Peter Struve.

El año 1904 trajo consigo la guerra y un intervalo en el movimiento huelguístico de masas. Al comienzo asoló todo el país una ola de manifestaciones «patrióticas» impulsadas por la policía. La sociedad burguesa «liberal» resultó herida de muerte por el chovinismo zarista liberal. Pero pronto los socialdemócratas se hicieron dueños del terreno; a las manifestaciones del lumpenproletariado patriótico organizadas bajo el patrocinio de la policía se opusieron las manifestaciones de los obreros revolucionarios. Al fin las vergonzosas derrotas del ejército zarista despertaron de su letargo a la sociedad liberal; comenzó entonces la era de los congresos democráticos, banquetes, discursos, llamados y manifiestos. El absolutismo, momentáneamente disminuido por el bochorno de la guerra, dio amplia libertad de acción a estos caballeros, que de más en más veían todo color de rosa. Durante seis meses el liberalismo burgués ocupó el centro de la escena y el proletariado quedó en las sombras. Pero después de una larga depresión el absolutismo resurgió, y bastó un único y poderoso

movimiento de la bota cosaca para que el liberalismo quedara relegado en un rincón. Se prohibieron los banquetes, discursos y congresos tachándolos de «intolerable presunción», y el liberalismo se encontró de pronto con que se le había acabado la cuerda.

Pero exactamente en el punto en que quedó agotado el liberalismo comenzó la acción del proletariado. En diciembre de 1904 estalló la huelga general en Bakú a causa del desempleo; la clase obrera nuevamente estaba en el campo de batalla. Prohibida la palabra, comenzó la acción. En Bakú, durante la huelga general, los socialdemócratas tuvieron la dirección durante algunas semanas como dueños absolutos de la situación. Los acontecimientos de diciembre en el Cáucaso habrían causado una inmensa sensación si no hubieran sido tapados tan rápidamente por la ascendente marea revolucionaria que justamente ellos habían puesto en movimiento. Aún no habían llegado a todo el imperio zarista las noticias confusas y fantásticas de la huelga general de Bakú cuando en enero de 1905 estalló en San Petersburgo la huelga de masas.

Aquí también, como es sabido, la causa inmediata fue trivial. Dos trabajadores de los establecimientos de Putilov fueron despedidos por estar afiliados al sindicato legal zubatoviano. Esta medida provocó una huelga general de solidaridad, el 16 de enero, de los doce mil empleados de esos establecimientos. Los socialdemócratas aprovecharon la huelga para comenzar una viva agitación en pro de la extensión de las demandas; planteaban la jornada de ocho horas, el derecho de asociación, la libertad de palabra y prensa, etcétera. La inquietud reinante entre los trabajadores de Putilov se comunicó rápidamente al resto del proletariado, y en pocos días estaban en huelga ciento cuarenta mil obreros. Tuvieron lugar congresos unitarios y discusiones violentas, de los cuales resultó ese programa proletario de libertades burguesas, encabezado por la consigna de la jornada de ocho horas, con el cual el 22 de enero doscientos mil obreros dirigidos por el Padre Gapón[72] marcharon al palacio del zar. El conflicto de los dos obreros de Putilov sometidos a un castigo disciplinario se transformó en una semana en el preludio de la revolución más violenta de los tiempos modernos.

Lo que siguió es bien conocido. La masacre sangrienta de San Petersburgo tuvo como respuesta gigantescas huelgas de masas y la huelga general, en enero y febrero, en todos los centros y ciudades industriales de Rusia, Polonia, Lituania, las provincias del Báltico, el Cáucaso, Siberia, de norte a sur y de este a oeste. Un examen más atento, sin embargo, revela que la huelga de masas se estaba dando en formas distintas a las del periodo anterior. En todas partes las organizaciones socialdemócratas iban a la vanguardia con sus proclamas; en todas partes se planteaba explícitamente la solidaridad revolucionaria con el proletariado de San Petersburgo como la causa y el objetivo de la huelga general; en todas partes, al mismo tiempo, había manifestaciones, discursos, conflictos con los militares.

Pero incluso en este caso no hubo un plan determinado previamente, no hubo una acción organizada; las proclamas de los partidos apenas podían seguir el paso a los levantamientos espontáneos de las masas; los dirigentes apenas tenían tiempo de formular las consignas para la ferviente multitud proletaria. Además, las primeras huelgas de masas y generales se originaron en la confluencia de luchas salariales aisladas que, en el clima general creado por la situación revolucionaria y bajo la influencia de la agitación socialdemócrata, se transformaban rápidamente en manifestaciones políticas. El factor económico y el carácter disperso del sindicalismo eran el punto de partida; la acción generalizada de la clase y la dirección política, la consecuencia. Ahora el movimiento se revertía.

Las huelgas generales de enero y febrero se lanzaron como acciones revolucionarias unificadas que comenzaron bajo la dirección de los socialdemócratas; pero pronto derivaron en una serie interminable de huelgas locales parciales, económicas, en distintos distritos, ciudades, departamentos y fábricas. Durante toda la primavera y mitad del verano de 1905 una ininterrumpida huelga económica contra el capital, que abarcó casi al conjunto del proletariado, fermentó a través del inmenso imperio. Por un lado, entraron en la lucha todas las profesiones pequeñoburguesas y liberales, los empleados de comercio, los técnicos, actores y artistas. Por otro, el movimiento penetró en el servicio doméstico, en las categorías más bajas de la policía, incluso en el lumpenproletariado. Simultáneamente se

extendió de las ciudades a los distritos campesinos, y llegó a golpear los portones de hierro de los cuarteles.

Es un fresco gigantesco y multicolor de un enfrentamiento general entre el capital y el trabajo, que refleja toda la complejidad de la organización social y de la conciencia política de cada sector y cada distrito. La escala se extiende desde la lucha sindical ordenada de una capa selecta y probada del proletariado de la gran industria hasta la protesta informe de un puñado de obreros rurales y los primeros temblores leves de una guarnición militar agitada; de la revuelta bien educada y elegante de los trabajadores de puños almidonados y cuello duro en las oficinas de un banco hasta los tímidos murmullos de una tosca reunión de policías insatisfechos en un sucio puesto de guardia oscuro y lleno de humo.

Para los teóricos amantes de las luchas «ordenadas y bien disciplinadas», que siguen un plan y un esquema; especialmente para aquellos que siempre, desde lejos, pretenden saber mejor que nadie «cómo habría que haber actuado», que la gran huelga general política de enero de 1905 haya degenerado en un montón de luchas económicas fue «un gran error», que arruinó esa acción y la convirtió en un «fuego de artificio». La socialdemocracia rusa, que participó en la revolución pero no la «hizo», que tuvo que aprender sus leyes en el mismo curso de la lucha, en primera instancia se desorientó durante un tiempo por la marea aparentemente estéril levantada por la tormenta de la huelga general. Sin embargo, la historia, que cometió ese «gran error», realizó, pese a los razonamientos de sus profesores oficiosos, un gigantesco trabajo en favor de la revolución, que era tan inevitable como incalculables fueron sus consecuencias.

El súbito levantamiento proletario general de enero, provocado por el ímpetu poderoso de los acontecimientos de San Petersburgo, fue exteriormente un acto político, una declaración revolucionaria de guerra al absolutismo. Pero esta primera acción general directa detonó, como una corriente eléctrica, una poderosa reacción interna, ya que por primera vez se despertaron en millones de personas los sentimientos y la conciencia de clase. Y ese despertar del sentimiento de clase se expresó luego en el hecho de que la masa de millones de proletarios tomó conciencia, rápida y agudamente, de lo intolerable de esa existencia económica y social a la que

la condenaba el capitalismo, existencia que había sobrellevado pacientemente durante décadas. Acto seguido comenzó un espontáneo movimiento general sacudiendo y rompiendo esas cadenas. Los innumerables sufrimientos del proletariado moderno les recordaban sus viejas heridas siempre sangrantes. Aquí se peleaba por la jornada de ocho horas; allí se resistía el trabajo a destajo; aquí se «sacaba del medio» a los capataces brutales embolsados en una carretilla; en otro lugar se luchaba contra el infame sistema de multas; en todas partes se peleaba por mejores salarios y en uno u otro lugar por la abolición del trabajo domiciliario. Los oficios más retrasados y degradados de las grandes ciudades, las pequeñas poblaciones de provincia, que hasta entonces habían dormido un sueño idílico, la aldea con su herencia feudal, súbitamente puestos en pie por el rayo de enero, reflexionaban sobre sus derechos y febrilmente trataban de recuperar el tiempo perdido.

La lucha económica no fue en este caso un retroceso, una dispersión de la acción; se trató simplemente de un cambio de frente, de la alteración súbita y natural del primer enfrentamiento generalizado con el absolutismo en un choque generalizado con el capital que, conforme a su naturaleza, asumió la forma de luchas salariales aisladas, dispersas. En enero, el cambio de la huelga general en huelgas económicas no destruyó ninguna acción política de clase, sino al contrario; después de agotado todo el contenido político posible de la acción en esa situación dada y en esa etapa determinada de la revolución, irrumpió como acción económica, o más bien se transformó en ésta.

De hecho, ¿qué más podría haber logrado la huelga general de enero? Solamente la total falta de reflexión podía pretender destruir al absolutismo de un golpe, con una huelga general única «de larga duración», según el plan anarquista. En Rusia el absolutismo debe ser derribado por el proletariado. Pero para ser capaz de ello el proletariado necesita un alto nivel de educación política, de conciencia de clase y de organización. Estas condiciones no se logran con folletos y volantes sino únicamente con la escuela política viva, con la lucha y en la lucha, en el proceso continuo de la revolución. Además, no puede derribarse el absolutismo en el momento en que se lo desee, solamente con «esfuerzo» y «perseverancia». La calda del

absolutismo será la expresión exterior del desarrollo interno social y de clase de la sociedad rusa.

Antes de que se den las posibilidades de derribar al absolutismo debe formarse en el interior del país la Rusia burguesa, con sus modernas divisiones de clase. Ello exige el agolpamiento de las distintas capas e intereses sociales, además de la educación de los partidos proletarios revolucionarios, y también de los liberales, radicales pequeñoburgueses, conservadores y reaccionarios. Exige conciencia de sí, conocimiento de sí y conciencia de clase no solamente de los sectores populares sino también de las distintas capas burguesas. Éstas también podrán constituirse y madurar solamente en la lucha, en el proceso mismo de la revolución, en la escuela viva de la experiencia, enfrentándose con el proletariado y entre ellas mismas en un incesante choque. El peculiar rol dirigente del proletariado por una parte traba y dificulta esta división y maduración de clase de la sociedad burguesa, mientras que su lucha contra el absolutismo, por otra parte, la estimula y acelera. Las diferentes corrientes subterráneas del proceso social revolucionario se entrecruzan, chocan unas con otras, incrementan las contradicciones internas de la revolución, pero al final aceleran su estallido haciéndolo más violento.

En consecuencia, este problema simple y puramente mecánico puede plantearse así: el derrocamiento del absolutismo es un proceso social largo y continuo, y su solución exige que se socaven totalmente las bases de la sociedad. Lo de arriba ha de ser tirado abajo y lo de abajo elevado, el «orden» aparente debe transformarse en caos y el caos aparentemente «anárquico» debe transformarse en un nuevo orden. Ahora bien; en este proceso de transformación social de la vieja Rusia jugaron un rol indispensable no sólo el luminoso enero de la primera huelga general sino también las tormentas de primavera y verano que lo siguieron. La manera descarnada en que se plantearon las relaciones entre el trabajo asalariado y el capital contribuyeron en igual medida al agrupamiento de los diferentes sectores populares y de los sectores burgueses; a la toma de conciencia de clase del proletariado revolucionario y a la de la burguesía liberal y conservadora. Y de la misma manera en que la lucha salarial urbana contribuyó a la formación de un fuerte partido monárquico industrial en

Moscú, el violento levantamiento rural en Livonia condujo a la rápida liquidación del famoso liberalismo aristocrático-agrario de los *zemstvos*[73].

Al mismo tiempo, el periodo de luchas económicas de la primavera y el verano de 1905 permitió al proletariado urbano, a través de la agitación y dirección de la activa socialdemocracia, asimilar luego las lecciones del preludio de enero y comprender claramente los objetivos ulteriores de la revolución. En relación con esto, se da otra circunstancia de carácter social duradero: *un aumento general del nivel de vida del proletariado*, económico, social e intelectual.

Casi todas las huelgas de enero de 1905 terminaron en un triunfo. Como prueba aportamos algunos datos de la enorme y casi inaccesible masa de material, referidos a algunas de las huelgas impulsadas solamente en Varsovia por el Partido Social Demócrata Polaco y Lituano. En veintidós grandes fábricas metalúrgicas de Varsovia los obreros ganaron, después de huelgas de cuatro a cinco semanas (desde el 25-26 de enero), la jornada de nueve horas, un veinticinco por ciento de aumento de salarios y obtuvieron varias concesiones menores. Las fábricas son: Lilpop Ltda.; Ran y Lowenstein; Rudzki y Cía.; Borman, Schwede y Cía.; Handtke, Gerlach y Pulst; Geisler Hnos.; Eberherd, Wolsky y cía.; Konrad y Yarnuszkiewicz Ltda.; Weber y Dajehu; Ewizdzinski y Cía.; Establecimientos Metalúrgicos Wolonski, Gostynski y Cía. Ltda.; Rrun e Hijo; Frage Norblin; Werner; Buch; Kenneberg Hnos.; Labor; Fábrica de Lámparas Dittunar; Serkowski; Weszk. En los grandes talleres de la industria de la madera en Varsovia: Karmanski, Damieki, Gromel, Szerbinskik, Twemerovski, Horn, Devensee, Tworkowski, Daab y Martens (doce en total), el 23 de febrero los huelguistas habían obtenido la jornada de nueve horas; no contentos con esto insistieron en la jornada de ocho horas, que también ganaron, junto con un aumento de salarios, después de otra semana de huelga.

El 27 de febrero fue a la huelga toda la industria de la construcción exigiendo, en conformidad con la consigna de la social democracia, la jornada de ocho horas. El 11 de marzo ganaron la jornada de diez horas y un aumento de salarios para todas las categorías, el pago regular de los salarios semanalmente, etcétera. Los pintores de obra, los carreteros, los

talabarteros y los herreros obtuvieron todos la jornada de ocho horas sin disminución del salario.

Los telefónicos pararon diez días y ganaron la jornada de ocho horas y un aumento de salarios de entre el diez y el quince por ciento. Las grandes hilanderías de lino de Hielle y Dietrich (diez mil obreros) obtuvieron luego de una huelga de nueve semanas la reducción en una hora de la jornada laboral y un aumento salarial del cinco al diez por ciento. Similares resultados, con infinitas variaciones, se observaron en las ramas más antiguas de la industria en Varsovia, Lodz y Sosnovitz.

En Rusia propiamente dicha, consiguieron la jornada de ocho horas en diciembre de 1904 una cuantas categorías de obreros petroleros en Bakú; en mayo de 1905 los trabajadores azucareros del distrito de Kiev; en enero de 1905 todas las imprentas de Samara (donde al mismo tiempo se obtuvo un aumento de la paga por pieza y la abolición de las multas); en febrero en el establecimiento donde se fabrican los instrumentos médicos para el ejército, en una fábrica de muebles y en la fábrica de municiones de San Petersburgo. Luego se introdujo la jornada de ocho horas en las minas de Vladivostok, en marzo en los talleres mecánicos estatales y en mayo para los empleados del ferrocarril eléctrico de Tiflis. En el mismo mes se ganó la jornada de ocho horas y media en la gran fábrica de tejidos de algodón de Morosov (también la abolición del trabajo nocturno y un aumento de salarios del ocho por ciento); en junio, la jornada de ocho horas en algunos talleres petroleros de San Petersburgo y Moscú; en julio la jornada de ocho horas y media para los herreros de los muelles de San Petersburgo; en noviembre en todas las imprentas privadas de la ciudad de Orel (y al mismo tiempo un aumento del veinte por ciento en la paga por hora y un cien por ciento en la paga por pieza, además de una comisión conciliadora donde obreros y patrones están paritariamente representados).

La jornada de nueve horas se introdujo en febrero en todos los talleres ferroviarios; también en muchos talleres del gobierno, militares y navales, en la mayoría de las fábricas de la ciudad de Berdiansk, en todas las imprentas de las ciudades de Poltava y Munsk; de nueve horas y media en los astilleros, talleres mecánicos y fundiciones de la ciudad de Nikolaev; en junio, después de una huelga general de mozos en Varsovia, en muchos

restaurantes y cafés (y al mismo tiempo un aumento salarial del veinte al cuarenta por ciento y dos semanas anuales de vacaciones).

La jornada de diez horas se impuso en casi todas las fábricas de las ciudades de Lodz, Sosnovitz, Riga, Kovno, Oval, Dorfat, Minsk, Jarkov, en las panaderías de Odesa, para los mecánicos de Kishinev, en algunas fundiciones de San Petersburgo, en las fábricas de fósforos de Kovno (con un aumento de salarios del diez por ciento), en casi todos los astilleros estatales y para todos los estibadores.

Los aumentos de salarios fueron en general menores que la reducción de las horas de trabajo, pero siempre más significativos: en Varsovia la municipalidad fijó, a mediados de marzo de 1905, un aumento del quince por ciento para las fábricas que dependen de ella; en el centro de la industria textil, Ivanovo Vosnesensk, el aumento fue del siete al quince por ciento, en Kolvno afectó al setenta y tres por ciento de los obreros. Se introdujo un salario mínimo fijo en algunas panaderías de Odesa, en los astilleros Neva de San Petersburgo, etcétera.

De más está decir que estas concesiones fueron retiradas luego en uno u otro lugar. Esto sin embargo provocó nuevas luchas y llevó a batallas aún más enconadas. Así, el periodo de huelgas de la primavera de 1905 se transformó en el preludio de una serie infinita, que todavía continúa, de luchas económicas que se expanden y se entrelazan. En la etapa de aparente estancamiento de la revolución, cuando el telégrafo no transmitía ninguna noticia sensacional del campo de guerra ruso al mundo exterior, cuando el europeo occidental hacia a un lado su periódico desalentado por la noticia de que «nada se estaba haciendo en Rusia», en realidad se llevaba a cabo el gran trabajo revolucionario clandestino sin pausa, día a día y hora a hora, en el corazón mismo del imperio. La incesante e intensa lucha económica efectuó, con métodos rápidos y abreviados, la transición del capitalismo de la etapa de acumulación primitiva, de formas de trabajo patriarcales y ametódicas, a un capitalismo sumamente moderno y civilizado.

En la actualidad, la jornada de trabajo real de la industria en Rusia dejó atrás no sólo la legislación fabril rusa, o sea la jornada legal de once horas, sino también la situación real imperante en Alemania. En la mayor parte de la gran industria rusa predomina la jornada de diez horas, considerada un

objetivo inalcanzable por la legislación social alemana. Y lo que es más, en medio de la tormenta revolucionaria y de la revolución misma nació el tan añorado «constitucionalismo industrial», que tanto entusiasmo despierta en Alemania y en función del cual los partidarios de la táctica oportunista están dispuestos a proteger de la más leve brisa las aguas estancadas de su parlamentarismo que todo lo aguanta, así como las del «constitucionalismo político». En realidad no se trata simplemente de que haya tenido lugar una elevación del nivel general de vida o del nivel cultural de la clase obrera. En la revolución no se alcanza un nivel de vida material como etapa permanente de bienestar. Llena de contradicciones y contrastes trae simultáneamente sorprendentes victorias económicas y los más brutales actos de venganza de parte de los capitalistas; hoy la jornada de ocho horas y mañana los lock-outs masivos y el hambre para millones de personas.

La consecuencia más preciosa, por lo permanente, de este rápido flujo y reflujo de la marea es su sedimento mental: el crecimiento intelectual y cultural del proletariado, que avanza a saltos, y que ofrece una inviolable garantía de su irresistible progreso en la lucha económica y política. Y no sólo eso. Incluso las relaciones del trabajador con su patrón se han dado vuelta; desde la huelga general de enero y las huelgas de 1905 que la siguieron, el principio del capitalista “señor de su casa” fue abolido *de facto*. En las fábricas más grandes de todos los centros industriales importantes se estableció, como cosa natural, el comité obrero, el único con el que negocia el patrón y el que decide en todos los conflictos.

Y finalmente otra cosa: las huelgas aparentemente «caóticas» y la acción revolucionaria «desorganizada» posterior a la huelga general de enero se están convirtiendo en el punto de partida de un febril *trabajo de organización*. La señora Historia, allá lejos, se mofa sonriente de los fantoches burocráticos que vigilan celosamente el destino de los sindicatos alemanes. Las firmes organizaciones que, según su hipótesis, para que estallara una eventual huelga de masas en Alemania deberían estar fortificadas como inexpugnables ciudadelas, en Rusia, por el contrario, nacieron de la huelga de masas. Y mientras los guardianes de los sindicato; alemanes temen por sobre todo que el huracán revolucionario haga caer las organizaciones haciéndolas pedazos, como si fueran una rara porcelana, los

revolucionarios rusos nos muestran un cuadro exactamente opuesto; del huracán y la tormenta, del fuego y la hoguera de la huelga de masas y de la lucha callejera, surgen, como Venus de las olas, sindicatos frescos, jóvenes, poderosos, vigorosos.

Otra vez un pequeño ejemplo, que sin embargo es típico de todo el imperio. En el segundo congreso de los sindicatos rusos, que tuvo lugar a fines de febrero de 1906 en San Petersburgo, el representante de los sindicatos petersburgueses, en su informe sobre el desarrollo de las organizaciones sindicales en la capital zarista decía:

«El 22 de enero de 1905, que barrió con el sindicato de Capón, fue un momento decisivo. La experiencia enseñó a gran cantidad de obreros a valorar y comprender la importancia de la organización, y que sólo ellos pueden crear estas organizaciones. El primer sindicato —el de los tipógrafos— se creó directamente relacionado con el movimiento de enero. La comisión designada para fijar las cotizaciones elaboró los estatutos y el 19 de julio el sindicato comenzó su existencia. También por esta época nació el sindicato de empleados de oficina y tenedores de libros.

»Además de estas organizaciones, que funcionaban casi abiertamente, surgieron entre enero y octubre de 1905 sindicatos semilegales y legales. Entre los primeros estaba, por ejemplo, el sindicato de asistentes de laboratorio y empleados de comercio. Entre los sindicatos ilegales se debe prestar especial atención al de relojeros, que celebró su primera sesión secreta el 24 de abril. Todos los intentos por celebrar un mitin público chocaron con la obstinada resistencia de la policía y de los patrones, agremiados en la Cámara de Comercio. Este hecho desafortunado no impidió la existencia del sindicato. Sus afiliados se reunieron secretamente el 9 de junio y el 14 de agosto, además de las sesiones que celebró el ejecutivo sindical. El sindicato de sastres y modistas se fundó en 1905 en un mitin que se realizó en un bosque al que asistieron sesenta sastres. Luego de discutirse la formación del sindicato se designó una comisión a la que se le encargó la tarea de redactar los estatutos. Fracasaron todos los intentos de la comisión de conseguir la legalidad para el sindicato. Su actividad se limitó a la agitación y al reclutamiento de nuevos miembros en los talleres aislados. Similar destino le estaba reservado al sindicato de zapateros. En

julio se realizó una reunión nocturna secreta en un bosque cerca de la ciudad. Concurrieron alrededor de cien zapateros; se leyó un informe sobre la importancia del sindicalismo, su historia en Europa Occidental y sus tareas en Rusia. Se decidió entonces formar un sindicato; se designó una comisión de doce personas para redactar los estatutos y convocar una asamblea general de zapateros. Los estatutos se redactaron, pero hasta ahora no fue posible imprimirlos ni se llamó a asamblea general».

Así fueron los primeros y difíciles comienzos. Luego vinieron las jornadas de octubre, la segunda huelga general, el manifiesto del zar del 30 de octubre y el breve «periodo constitucional». Los obreros se zambulleron con ardiente celo en la corriente de las libertades políticas con el fin de utilizarlas para el trabajo organizativo. Además de las reuniones políticas diarias, los debates y la formación de clubes, tomaron inmediatamente la tarea de impulsar el sindicalismo. En octubre y noviembre aparecieron *cuarenta* sindicatos nuevos en San Petersburgo. Se estableció un «buró central», es decir, un consejo sindical, aparecieron varios periódicos sindicales y desde noviembre se publica un órgano central, *El Sindicato*.

Lo que informamos sobre Petersburgo es válido también para Moscú y Odesa, Kiev y Nicolaev, Saratov y Voronez, Samara y Nizni Novgorod y para todas las ciudades grandes de Rusia, y más aún para Polonia. Los sindicatos de las distintas ciudades tratan de mantenerse en contacto y se celebran congresos. El fin del «periodo constitucional» y el retorno a la reacción en diciembre de 1905 pusieron punto final por el momento a la actividad abierta de los sindicatos pero no la apagaron del todo. Funcionan como organizaciones secretas y ocasionalmente llevan a cabo luchas salariales abiertas. Se está imponiendo una peculiar combinación de legalidad e ilegalidad en la vida sindical, que se corresponde con la situación revolucionaria sumamente contradictoria.

En medio de la lucha el trabajo organizativo se extiende cada vez más, a fondo y hasta con cierta pedantería. Los sindicatos del Partido Social Demócrata de Polonia y Lituania, por ejemplo, que en el último congreso (1906) contaban con cinco delegados que representaban a diez mil miembros, cuentan con los acostumbrados estatutos, carnets impresos de afiliados, declaraciones de adhesión, etcétera. Y los mismos panaderos y

zapateros, ingenieros y tipógrafos de Varsovia y Lodz, que en junio de 1905 estaban en las barricadas y en diciembre sólo esperaban la señal de Petersburgo para lanzarse a la lucha callejera, encuentran tiempo y entusiasmo, entre una y otra huelga de masas, entre la cárcel y el lock-out, bajo el estado de sitio, para elaborar sus estatutos sindicales y discutirlos acaloradamente. Estos luchadores de las barricadas de ayer y de mañana más de una vez recriminaron severamente a sus dirigentes amenazándolos con irse del partido por no haber impreso aquéllos las desgraciadas listas de afiliados sindicales con suficiente rapidez (en imprentas secretas y bajo una incesante persecución policial). Hasta hoy continúan este celo y entusiasmo. Por ejemplo, en las dos primeras semanas de julio de 1906 aparecieron quince sindicatos nuevos en Ekaterinoslav, seis en Kostroma, varios en Kiev, Poltava, Smolensk, Cherkasi, Proskurvo, hasta en las más insignificantes poblaciones de provincia.

En la sesión del 4 de junio de este año el consejo sindical de Moscú, después de la aceptación de los informes individuales de los delegados sindicales, se decidió «que los sindicatos deben disciplinar a sus miembros y abstenerse de participar de reyertas callejeras porque no se considera que sea momento oportuno para la huelga de masas. Ante una posible provocación del gobierno, debemos tener cuidado de que las masas no se vuelquen a las calles». Finalmente, el consejo decidió que si en algún momento un sindicato salía a la huelga los otros tenían que abstenerse de cualquier lucha salarial. En la actualidad la mayor parte de las luchas económicas están dirigidas por los sindicatos.

Vemos así que la gran lucha económica que siguió a la huelga general de enero y que no se ha detenido hasta la actualidad constituyó un amplio trasfondo revolucionario. De allí, en una recíproca e incesante acción con la agitación política y los acontecimientos exteriores de la revolución, surgen aquí y allá nuevas expresiones aisladas y nuevas acciones generales del proletariado. Se destacan contra este trasfondo los siguientes acontecimientos, uno después de otro; en las manifestaciones del Primero de Mayo hubo en Varsovia una huelga general total que terminó en un sangriento encuentro entre la multitud indefensa y los soldados. En junio, un acto masivo en Lodz que fue dispersado por los soldados llevó a una

manifestación de cien mil trabajadores en el funeral de algunas de las víctimas de la soldadesca brutal y a un nuevo enfrentamiento con los militares; finalmente, el 23, 24 y 25 de junio se llevó a cabo la primera lucha de barricadas del imperio zarista. También en junio estalló la primera gran revuelta de los marinos de la flota del Mar Negro, en el puerto de Odesa, a partir de un incidente trivial a bordo del acorazado *Potemkin*, que provocó inmediatamente una violenta huelga de masas en Odesa y Nikolaev. La siguieron como un eco lejano la huelga de masas y las revueltas de los marineros de Kronstadt, Libau y Vladivostok.

En el mes de octubre se realizó el grandioso experimento de San Petersburgo con la introducción de la jornada de ocho horas. El consejo general de delegados obreros decidió conquistar la jornada de ocho horas de manera revolucionaria. En el día señalado todos los obreros de Petersburgo debían informar a sus patrones que no querían trabajar más de ocho horas diarias y abandonar los lugares de trabajo transcurrido ese lapso. La idea causó gran agitación, los obreros la aceptaron y aplicaron con entusiasmo, pero no se pudieron evitar grandes sacrificios. Por ejemplo, la jornada de ocho horas significaba una enorme disminución en el salario de los textiles, que hasta entonces habían trabajado once horas y a destajo. Sin embargo, lo aceptaron voluntariamente. *En una semana se había impuesto la jornada de ocho horas en todas las fábricas y talleres de Petersburgo*; la alegría de los trabajadores no tenía límites. Pronto, sin embargo, los estupefactos patrones prepararon su defensa; amenazaron en todas partes con cerrar las fábricas. Algunos trabajadores aceptaron negociar y obtuvieron en determinados lugares la jornada de diez horas y en otros la de nueve. La élite del proletariado de Petersburgo, los obreros de los grandes talleres mecánicos estatales, permaneció firme; el lock-out dejó en la calle durante un mes entre cuarenta y cinco a cincuenta mil hombres. El movimiento por la jornada de ocho horas llevó a la huelga general de diciembre, preparada en gran medida por el lock-out.

Mientras tanto, la segunda formidable huelga general de todo el imperio se lanza en octubre como respuesta a la Duma de Buligin[74], huelga que fue iniciada por los ferroviarios. Esta segunda gran acción del proletariado ya tiene un carácter esencialmente distinto de la de enero. El elemento

«conciencia política» juega ahora un rol mucho mayor. Aquí también, la razón inmediata del estallido de la huelga de masas fue secundaria y aparentemente accidental; el conflicto de los ferroviarios con la administración por los fondos para pensiones. Pero el levantamiento general del proletariado industrial que lo siguió fue llevado adelante con ideas políticas claras. El preludio de la huelga de enero fue una procesión pidiéndole al zar mayores libertades políticas; la consigna de la huelga de octubre era «¡Terminemos con la comedia constitucional del zarismo!».

Y gracias al inmediato éxito de la huelga general, al manifiesto del zar del 30 de octubre, el movimiento no se repliega en sí mismo sino que se expande en la ansiosa actividad de la libertad política recientemente adquirida. Manifestaciones, reuniones, una prensa nueva, discusiones públicas y masacres sangrientas al final de la historia, y luego nuevas huelgas de masas y manifestaciones; éste es el tormentoso cuadro de los días de noviembre y diciembre. En noviembre, a instancias de los socialdemócratas de Petersburgo, la primera huelga de masas de protesta surge a partir de una manifestación contra los sangrientos hechos y el establecimiento del estado de sitio en Polonia y Livonia.

El fermento del breve periodo constitucional y el despertar brutal finalmente conduce en diciembre al estallido de la tercera huelga general en todo el imperio. Esta vez su curso y sus resultados son totalmente diferentes de los de los dos casos anteriores. La acción política no se transforma en económica como en enero pero tampoco logra una rápida victoria como en octubre. La camarilla zarista ya no hizo más intentos de conceder una libertad política real, y entonces la acción revolucionaria, por primera vez en su historia, chocó contra los espesos muros de la violencia física del absolutismo. Por la lógica interna del proceso de asimilación de la experiencia, esta vez la huelga de masas se transforma en insurrección abierta, en barricadas armadas, y en Moscú en lucha callejera. Las jornadas de diciembre en Moscú cierran el primer año de la revolución, y constituyen el punto culminante de la línea ascendente de la acción política y el movimiento de huelgas de masas.

Los acontecimientos de Moscú muestran un cuadro típico del desarrollo lógico y a la vez del futuro del movimiento revolucionario de conjunto: su

culminación inevitable en una insurrección general abierta, que tampoco puede darse de otra forma que a través del entrenamiento en una serie de insurrecciones parciales preparatorias, que momentáneamente acabarán en «derrotas» parciales que, consideradas aisladamente, pueden parecer «prematuras».

El año 1906 trae consigo las elecciones y los incidentes en la Duma. El proletariado, por su poderoso instinto revolucionario y su claro conocimiento de la situación, boicotea la farsa constitucional zarista y el liberalismo ocupa durante algunos meses el centro de la escena. Parece que se hubiera vuelto a la situación de 1904, cuando se pronunciaban discursos en lugar de actuar, y el proletariado, durante un tiempo, se retira en las sombras para dedicarse con esmero a la lucha sindical y al trabajo organizativo. Ya no se habla de huelga de masas, mientras se disparan día tras día los fuegos de artificio de la retórica liberal. Por fin se arranca la cortina que parecía de hierro, se dispersan los actores y de los artificios liberales ya no queda más que el humo y el vapor. El intento del Comité Central de la socialdemocracia rusa de impulsar una huelga de masas como demostración de fuerzas ante la Duma y la reapertura del periodo del discurseo liberal cae totalmente en el vacío. Quedó agotado el rol de la huelga de masas puramente política pero al mismo tiempo no se realizó la transición de la huelga de masas al levantamiento popular general. El episodio liberal ya pertenece al pasado; el episodio proletario todavía no comenzó. Por el momento el escenario está vacío.

4. Relación entre la lucha política y la económica

Hasta aquí hemos tratado de esbozar en unos pocos trazos la historia de la huelga de masas en Rusia. Aunque sólo echemos una mirada a vuelo de pájaro sobre esta historia, nos encontramos con un panorama que no concuerda en nada con el que surge frecuentemente de las discusiones en Alemania sobre la huelga de masas. En vez del esquema rígido y hueco de una árida acción política llevada a cabo por decisión de los organismos

superiores, encajada en un plan y una perspectiva determinados, nos encontramos con el latido de un cuerpo vivo, de carne y sangre, que no puede ser arrancado del gran marco de la revolución porque está conectado con todas sus partes por miles de vasos comunicantes.

La huelga de masas, como nos lo demuestra la Revolución Rusa, es un fenómeno tan variable que refleja todas las fases de la lucha política y económica, todas las etapas y factores que intervienen en la revolución. Su adaptabilidad, su eficiencia, los factores que la originan, cambian constantemente. Súbitamente, cuando la revolución parece haber llegado a un estrecho callejón sin salida sobre el cual resulta imposible hacer ningún tipo de cálculo con alguna seguridad, le abre nuevas y amplias perspectivas. Ora cae como una gran catarata sobre todo el reino, ora se divide en una gigantesca red de angostos arroyuelos; ora brota del suelo como un fresco manantial o se pierde completamente como un río subterráneo. Las huelgas políticas y las económicas, las huelgas de masas y las parciales, las huelgas de protesta y las de lucha, las huelgas generales de determinadas ramas de la industria y las huelgas generales en determinadas ciudades, las pacíficas luchas salariales y las masacres callejeras, las peleas en las barricadas; todas se entrecruzan, corren paralelas, se encuentran, se interpenetran y se superponen; es una cambiante marea de fenómenos en incesante movimiento. Y la ley que rige el movimiento de estos fenómenos es clara: no reside en la huelga de masas misma ni en sus detalles técnicos sino en las proporciones políticas y sociales de las fuerzas de la revolución.

La huelga de masas es simplemente la forma de la lucha revolucionaria. Todo desnivel en las relaciones de las fuerzas en lucha, en el desarrollo de los partidos y en las divisiones de clase, en la posición de la contrarrevolución, inmediatamente influye sobre la actividad de la huelga de mil maneras invisibles y apenas controlables. Pero la acción misma de la huelga no se detiene un solo minuto. Solamente altera sus formas, sus dimensiones, sus efectos. Es el pulso vivo de la revolución y al mismo tiempo su motor más poderoso. En una palabra, la huelga de masas, como nos lo demuestra la Revolución Rusa, no es un método artesanal descubierto por un razonamiento sutil con el propósito de hacer más

efectiva la lucha proletaria, *sino el método de movimiento de la masa proletaria*, la forma fenoménica de la lucha proletaria en la revolución.

Podemos examinar ahora algunos aspectos generales que nos pueden ayudar a formarnos una idea correcta del problema de la huelga de masas.

1 —Es absurdo pensar la huelga de masas como un acto, una acción aislada. La huelga de masas es en realidad el índice, la idea rectora de todo un periodo de la lucha de clases que dura años, tal vez décadas. Entre las innumerables huelgas de masas, muy variadas, que tuvieron lugar en Rusia durante los últimos cuatro años, pocas se adaptaban al esquema de que la huelga de masas es un movimiento puramente político, que comienza y termina según un plan preparado de antemano, un acto breve y único de una sola variante, y de una variante secundaria: la huelga puramente de protesta. Durante el transcurso de los cinco años vemos que en Rusia se sucedieron unas pocas huelgas de ese género, las que, debemos tenerlo en cuenta, se limitaban generalmente a ciudades aisladas. Así tenemos la huelga general anual del Primero de Mayo en Varsovia y Lodz, ya que en Rusia todavía no se ha extendido en medida considerable su celebración con la abstención de ir a trabajar; la huelga de masas en Varsovia el 11 de setiembre de 1905 en memoria de la ejecución de Martin Kasprzack[75]; la de noviembre de 1905 en Petersburgo como demostración de protesta contra la declaración del estado de sitio en Polonia y Livonia; la del 22 de enero de 1906 en Varsovia, Lodz, Czentochon y en la cuenca carbonífera de Dombrowa, al igual que las celebradas en algunas ciudades rusas en el aniversario del Domingo Sangriento de Petersburgo. Además, en julio de 1906 una huelga general en Tiflis como demostración de solidaridad con los soldados sentenciados por una corte marcial a raíz de la revuelta militar; finalmente, otra por la misma causa en setiembre de 1906, durante las deliberaciones de la corte marcial en Reval. Todas las huelgas de masas, amplias y parciales, ya mencionadas, y las huelgas generales, no fueron huelgas de protesta sino de lucha. Como tales se originaron en su mayor parte espontáneamente, en cada caso a partir de causas accidentales, específicas de cada localidad, sin plan ni intención. Crecieron con fuerza elemental hasta transformarse en grandes movimientos: no comenzaron un «repliegue en orden», sino que

algunas se transformaron en luchas económicas o callejeras y otras se extinguieron.

En este panorama general la huelga de protesta puramente política juega un rol bastante subordinado; son pequeños puntos aislados en medio de una poderosa ola expansiva. Por lo tanto, considerándolo en el aspecto temporal, aparece la siguiente característica: la huelga de protesta que, a diferencia de la de lucha, despliega la mayor proporción de disciplina partidaria, dirección consciente y reflexión política, y en consecuencia puede aparecer como la forma superior y más madura de la huelga de masas, juega en realidad el rol fundamental *al comienzo* del movimiento. Por ejemplo, el paro total del Primero de Mayo en Varsovia, como primer caso en que una decisión de los socialdemócratas se concreta de manera tan asombrosa, fue una experiencia de gran importancia para el movimiento obrero de Polonia. De la misma manera, la huelga de solidaridad que se realizó en Petersburgo ese mismo año produjo gran impresión por ser la primera experiencia rusa de acción de masas consciente y sistemática. Asimismo, el «ensayo de huelga de masas» de los camaradas de Hamburgo, del 17 de enero de 1906, jugará un rol prominente en la historia de la futura huelga de masas en Alemania puesto que fue el primer intento serio de utilizar el arma tan disputada, y también una prueba muy exitosa y convincente del temperamento luchador y el ánimo de pelea de la clase obrera hamburguesa. Y con toda seguridad, una vez que el periodo de la huelga de masas haya empezado verdaderamente en Alemania, llevará naturalmente a que el Primero de Mayo sea un día de real paro general. La celebración del Primero de Mayo puede llegar a ocupar el sitial de honor como la primera gran demostración bajo la égida de la lucha de masas. En este sentido, el viejo «caballo cojo», como se llamó a la celebración del Primero de Mayo en el congreso sindical de Colonia, tiene todavía ante sí un gran futuro y un importante rol que jugar en la lucha proletaria de clases en Alemania.

Pero a medida que la lucha revolucionaria se profundiza, la importancia de esas manifestaciones disminuye rápidamente. Son precisamente ésos los factores que objetivamente facilitan la realización de la huelga de protesta de acuerdo a un plan preparado de antemano y a la voz de orden del partido

(es decir, el crecimiento de la conciencia política y el entrenamiento del proletariado) los que hacen imposible esta variante de la huelga de masas. Hoy al proletariado ruso, la vanguardia de masas más capacitada, no le interesan las huelgas de masas; los obreros ya no están para bromas, piensan solamente en una lucha seria con todas sus consecuencias. En la primera gran huelga de masas de enero de 1905 el elemento de protesta jugó todavía un rol importante, no por cierto de manera intencional sino más bien instintiva, espontánea. Pero el intento del Comité Central de los socialdemócratas rusos de llamar a una huelga de masas en agosto como protesta por la disolución de la Duma no tuvo eco, entre otras cosas, por el positivo desinterés del proletariado educado en embarcarse en débiles acciones a medias, en simples manifestaciones.

2 —Sin embargo, si tomamos en consideración la variante menos importante de la huelga, la de protesta, en lugar de la huelga de lucha —que hoy constituye en Rusia la forma real de expresión de la acción proletaria— vemos con mayor claridad que es imposible separar los factores económicos de los políticos. Aquí también la realidad se desvía del esquema teórico, y resulta totalmente falso el planteo pedantesco de que la huelga de masas puramente política deriva lógicamente de la huelga general sindical como su etapa superior y más madura, pero al mismo tiempo se diferencia de ella. Esto no se expresa solamente en el hecho de que las huelgas de masas, desde aquella gran huelga salarial de los obreros textiles de Petersburgo en 1896-1897 hasta la última gran huelga de masas de diciembre de 1905, hayan pasado imperceptiblemente del terreno económico al político de manera tal que resulta casi imposible trazar una línea divisoria entre ambos.

Nuevamente, cada una de las grandes huelgas de masas repite, por así decirlo, a pequeña escala la historia completa de la huelga de masas en Rusia y comienza con un conflicto puramente económico, o en todo caso sindical y parcial, y atraviesa todas las etapas hasta la manifestación política. La gran avalancha de huelgas de masas que se descargó sobre el sur de Rusia en 1902 y 1903 comenzó, como ya lo hemos visto, en Bakú por una sanción disciplinaria impuesta a los desempleados, en Rostov por disputas salariales en los talleres ferroviarios, en Tifus por una lucha de los

empleados de comercio por la disminución de las horas de trabajo, en Odesa por una disputa salarial en una sola fábrica pequeña. La huelga de masas de enero de 1905 se desarrolló a partir de un conflicto interno en los establecimientos de Putilov, la huelga de octubre a partir de la lucha de los ferroviarios por un fondo para pensiones, y finalmente la huelga de diciembre a partir de la lucha de los empleados de correos y telégrafos por el derecho de asociación. El progreso del movimiento de conjunto no se expresa en la omisión de la etapa inicial sino mucho más en la rapidez con que se recorren todas las etapas hasta la manifestación política y en el punto hasta el cual llega la huelga.

Pero el movimiento de conjunto no avanza de la lucha económica a la política ni viceversa. Toda gran acción política de masas, después de alcanzar su pináculo político, se multiplica en un montón de luchas económicas. Y eso no sólo se aplica a cada una de las grandes huelgas de masas sino también a la revolución de conjunto. Con la extensión, clarificación y mayor complejidad de la lucha política, la lucha económica no sólo no retrocede sino que se extiende, se organiza v se ve involucrada en igual proporción. Entre ambas se da la más completa acción recíproca.

Cada nueva arremetida y cada nueva victoria de la lucha política se transforman en un poderoso estímulo a la lucha económica, extendiendo al mismo tiempo sus posibilidades externas e intensificando el anhelo interior de los trabajadores por mejorar su posición y su deseo de lucha. Cuando se retira la marea burbujeante de la acción política, deja tras de sí un fructífero depósito en el cual florecen millares de brotes de lucha económica. Y al revés. La situación de los obreros de lucha económica incesante con el capitalismo mantiene viva su energía en todos los interregnos políticos. Constituye, por así decirlo, la permanente fuente de reservas de las clases proletarias, que renueva continuamente la fuerza de la lucha política. Al mismo tiempo conduce, en todas las oportunidades, la infatigable y permanente energía para la lucha económica de los trabajadores, aquí y allá, a agudos conflictos aislados, que detonan la explosión de conflictos políticos a gran escala.

En una palabra: la lucha económica actúa como el transmisor de un centro político a otro; la lucha política es el fertilizante del sucio de la lucha

económica. Causa y efecto se intercambian continuamente sus lugares. Por lo tanto, en el periodo de la huelga de masas el factor político y el económico, ya sea ampliamente mezclados, completamente separados o excluyéndose mutuamente (como los quiere el esquema teórico) constituyen simplemente los dos aspectos entrelazados de la lucha proletaria de clases en Rusia. Y *su unidad* la constituye precisamente la huelga de masas. La sofisticada teoría propone hacer una inteligente y lógica disección de la huelga de masas con el propósito de llegar a la «huelga de masas puramente política». Esta disección, como cualquier otra, no permitirá percibir el fenómeno en su esencia viva; simplemente lo matará.

3 —Finalmente, los acontecimientos de Rusia nos demuestran que la huelga de masas es inseparable de la revolución. La historia de las huelgas de masas en Rusia es la historia de la Revolución Rusa. Seguramente, cuando los representantes de nuestro oportunismo alemán oyen hablar de «revolución», piensan inmediatamente en derramamientos de sangre, luchas callejeras y tiroteos. Y extraen una conclusión lógica: la huelga de masas inevitablemente conduce a la revolución, por lo tanto no nos atrevemos a encararla. De hecho, vemos que en Rusia casi todas las huelgas de masas llevan a la larga a enfrentamientos con los guardias armados del régimen zarista; en este aspecto las así llamadas huelgas políticas son exactamente lo mismo que las luchas económicas mayores. La revolución, sin embargo, es algo distinto y algo más que un derramamiento de sangre. A diferencia de la policía, que ve la revolución exclusivamente desde el punto de vista de los disturbios y grescas callejeros, es decir desde el punto de vista del «desorden», el socialismo científico ve la revolución sobre todo como una completa reversión interna de las relaciones sociales de ciase. Y desde esta perspectiva la conexión entre revolución y huelga de masas en Rusia resulta totalmente distinta a la supuesta por la concepción generalizada de que la huelga de masas siempre termina en un derramamiento de sangre.

Ya hemos visto el mecanismo interno de la huelga de masas en Rusia, que depende de la incesante acción recíproca entre las luchas políticas y las económicas. Pero esta acción recíproca se ve condicionada durante el periodo revolucionario. Sólo en la atmósfera cargada de la etapa

revolucionaria cada pequeño conflicto parcial entre el capital y el trabajo puede transformarse en una explosión general. En Alemania ocurren todos los años y todos los días choques violentos y brutales entre obreros y patrones, sin que la lucha traspase los límites de un distrito o una ciudad, o incluso de una fábrica. Es cosa de todos los días la sanción a los obreros organizados como en Petersburgo, el desempleo como en Bakú, las luchas salariales como las de Odesa, las luchas por el derecho de asociación como en Moscú. Sin embargo, ninguno de estos casos cambia súbitamente a una acción de clase mancomunada. Y cuando llegan a ser huelgas de masas aisladas, con una incuestionable coloración política, no provocan una tormenta general. La huelga general de los ferroviarios holandeses, que se extinguió, pese a la calurosa simpatía que despertó, en medio de la pasividad más completa del proletariado del país, constituye una prueba contundente de lo que decimos.

Por el contrario, solamente en el periodo revolucionario, cuando los cimientos y los muros sociales de la sociedad de clases se ven sacudidos y sometidos a un constante proceso de descomposición, cualquier acción política de clase del proletariado puede hacer emerger de su pasividad a sectores enteros de la clase obrera que hasta entonces se mantenían apartados, lo que se expresa inmediata y naturalmente en una tormentosa lucha económica. El obrero, despierto de golpe a la actividad por la corriente eléctrica de la acción política, empuña el arma que tiene más a mano para luchar contra su esclavitud económica. La sacudida violenta de la lucha política le hace sentir con intensidad inesperada el peso y la presión de sus cadenas económicas. Mientras que en Alemania, por ejemplo, las más violentas luchas políticas —la lucha electoral o la parlamentaria sobre las tarifas aduaneras— ejerció una influencia directa apenas perceptible sobre el curso y la intensidad de las luchas salariales que se estaban librando al mismo tiempo en el país, en Rusia toda acción política del proletariado se expresa en la extensión y profundización de la lucha económica.

La revolución crea primero las condiciones sociales que posibilitan este súbito cambio de la lucha económica en política y de la política a la económica, cambio que encuentra su expresión en la huelga de masas. Y si

bien el esquema vulgar ve la relación entre huelga de masas y revolución solamente en los sangrientos enfrentamientos callejeros en los que concluyen las huelgas de masas, la observación más profunda de los acontecimientos rusos muestra una relación exactamente opuesta: en realidad la huelga de masas no produce la revolución, sino que la revolución produce la huelga de masas.

Para comprender lo anterior basta con una explicación del problema de la dirección y la iniciativa conscientes en la huelga de masas. Si la huelga de masas no es un acto aislado sino un periodo completo de la lucha de clases, si este periodo es idéntico a un periodo revolucionario, es obvio que la huelga de masas no puede ser provocada a voluntad, aun cuando la decisión provenga del más alto comité del partido socialdemócrata más fuerte. En tanto la socialdemocracia no tiene el poder de imponer o retirar a capricho una revolución, el entusiasmo y la impaciencia más fervientes de las bases socialdemócratas no serán suficientes para hacer surgir un periodo de verdaderas huelgas de masas que sean un movimiento vivo y poderoso del pueblo. La decisión de la dirección y la disciplina partidaria pueden producir una sola manifestación breve, como la huelga de masas en Suecia, o la última en Austria, o incluso la de Hamburgo del 17 de enero. Estas demostraciones, sin embargo, se diferencian de una etapa de huelgas de masas revolucionarias real de la misma manera en que las maniobras en un puerto extranjero en un momento de tirantez en las relaciones diplomáticas se diferencian de una guerra naval. Una huelga de masas surgida del puro entusiasmo y la disciplina jugará, a lo sumo, un rol episódico, será un síntoma del ánimo de lucha de la clase obrera que refleja, sin embargo, las condiciones de un periodo pacífico.

Por supuesto, incluso durante la revolución las huelgas de masas no caen del cielo. Los trabajadores deben provocarlas de una u otra manera. La resolución y decisión de los trabajadores también juegan su parte, y la iniciativa y dirección general recaen naturalmente en el núcleo organizado y más esclarecido del proletariado. Pero los alcances de esta iniciativa y esta dirección se ven limitados, en su mayor parte, a acciones y huelgas aisladas cuando el periodo revolucionario recién comienza, y casi nunca traspasa las fronteras de una ciudad. Así, por ejemplo, como ya lo hemos dicho, los

socialdemócratas en algunas ocasiones han tenido éxito en la apelación directa a la huelga de masas en Bakú, Varsovia, Lodz y Petersburgo. Pero el éxito es mucho menos frecuente cuando se trata de movimientos generales de todo el proletariado.

Además, la iniciativa y la dirección conscientes tropiezan con límites muy definidos. Durante la revolución le resulta extremadamente difícil a cualquier organismo dirigente del movimiento proletario calcular y prever las oportunidades y los factores que pueden conducir a una explosión. Aquí también la iniciativa y la dirección no consisten en impartir órdenes según los propios deseos sino en la adecuación más hábil a la situación dada y el contacto lo más estrecho posible con el estado de ánimo de las masas. El elemento espontaneidad, según ya lo hemos visto, juega un gran rol en absolutamente todas las huelgas de masas en Rusia, ya sea como fuerza impulsora o influencia frenadora. Ello no se debe a que la socialdemocracia es todavía joven o débil. En cada acto de la lucha juegan y actúan unos sobre otros tantos importantes factores económicos, políticos y sociales, generales y locales, materiales y síquicos, que ninguna acción, por pequeña que sea, puede ser dispuesta y resuelta como un problema matemático. La revolución, aun cuando el proletariado, con los socialdemócratas a la cabeza, juega en ella el rol dirigente, no es una maniobra que efectúa la clase obrera a campo abierto sino una lucha librada en medio del incesante resquebrajamiento, cambio y derrumbe de los cimientos de la sociedad. En suma, en las huelgas de masas en Rusia el elemento espontáneo no juega un rol preponderante no porque los proletarios rusos «estén poco educados» sino porque las revoluciones no permiten que nadie juegue con ellas al maestro de escuela.

Por otra parte, vemos que en Rusia la misma revolución que les hizo tan difícil a los socialdemócratas tomar la dirección de la huelga de masas, y que de manera tan cómica en distintas oportunidades les daba o les sacaba el bastón de mando, resolvió por su cuenta todas las dificultades de la huelga de masas que según el esquema teórico de la discusión alemana son fundamentalmente patrimonio del «cuerpo directivo»: el «aprovisionamiento», el «cálculo de los costos» y del «sacrificio». De más está decir que no los resuelve de la misma manera que lo harían, lápiz en

mano, los miembros de los comités dirigentes superiores del movimiento obrero en una tranquila discusión secreta. La «organización» de todas estas cuestiones estriba en la circunstancia de que la revolución pone en escena una multitud tan enorme que cualquier cálculo o reglamentación del costo del movimiento, tal como podría hacerse en un proceso civil, resulta una tarea totalmente imposible de llevar a cabo.

Las organizaciones dirigentes de Rusia tratan de ayudar lo más posible a las víctimas directas de los conflictos. Así, por ejemplo, mantuvieron durante semanas enteras a los valientes obreros perjudicados por el gigantesco lock-out que siguió en San Petersburgo a la campaña por la jornada de ocho horas. Pero todas sus medidas, en el enorme balance de la revolución, son como una gota en el océano. En el momento en que comienza un periodo verdadero, serio, de huelgas de masas, todos estos «cálculos» de «costos» son como querer desagotar el océano con una cuchara. Y toda revolución trae a las masas proletarias un océano verdadero de privaciones y sufrimientos terribles. La solución que un periodo revolucionario aporta a esta dificultad aparentemente invencible consiste en la circunstancia de que se libera tan inmensa cantidad de idealismo en las masas que éstas se vuelven insensibles a los sufrimientos más amargos. Ni la revolución ni la huelga de masas pueden hacerse con la mentalidad del sindicalista que no faltará al trabajo el Primero de Mayo a menos que le garanticen previamente que en caso de que le suceda algo recibirá una determinada cantidad de ayuda. Pero en la tormenta del periodo revolucionario hasta el proletario se transforma; deja de ser un previsor *pater familias* para convertirse en un «romántico revolucionario», para quien hasta el bien supremo, la misma vida, por no decir nada del bienestar material, significa muy poco en comparación con los ideales de la lucha.

Pero, si bien la dirección de la huelga de masas en el sentido de decidir su estallido y calcular y aceptar sus costos es una cuestión que atañe al periodo revolucionario mismo, en un sentido totalmente diferente pasa a ser la obligación de la socialdemocracia y sus organismos dirigentes. En vez de romperse la cabeza con el aspecto técnico y los mecanismos de la huelga de masas, los socialdemócratas están llamados a asumir la dirección *política* de la huelga en el periodo revolucionario.

Proveer de línea y dirección a la lucha; disponer las tácticas a utilizar en cada fase y cada momento de la lucha política de modo tal que toda la fuerza disponible del proletariado, ya soliviantado y activo, encuentre expresión en el plan de batalla del partido; cuidar de que las tácticas que resuelvan aplicar los socialdemócratas sean resueltas e inteligentes y nunca caigan por debajo del nivel exigido por la real relación de fuerzas, sino que lo superen; ésa es la tarea más importante de la organización dirigente en una etapa de huelgas de masas. Esta dirección se va convirtiendo, en cierta medida, en dirección técnica. Una táctica coherente, resuelta, progresiva por parte de los socialdemócratas produce en las masas un sentimiento de seguridad, confianza en sí mismas y deseos de luchar; una láctica vacilante, débil, basada en la subestimación del proletariado paraliza y confunde a las masas. En el primer caso la huelga de masas irrumpe «por sí misma» y «oportunamente»; en el segundo, resultan estériles todas las convocatorias de los organismos dirigentes. La Revolución Rusa brinda contundentes ejemplos de ambas situaciones.

5. Lecciones de la movilización obrera rusa aplicables en Alemania

Veamos ahora en qué medida todas estas lecciones que se extraen de las huelgas de masas en Rusia pueden aplicarse a Alemania. Existen grandes diferencias entre las condiciones sociales y políticas, la historia y la situación del movimiento obrero de Alemania y de Rusia. A primera vista puede parecer que las leyes internas que rigen las huelgas masivas rusas, tal como las hemos expuesto más arriba, son producto exclusivo de condiciones específicamente rusas que el proletariado alemán no tiene por qué tener en cuenta. Existe un vínculo interno muy estrecho entre la lucha política y la económica en la Revolución Rusa; su unidad se materializa en la etapa de las huelgas de masas. Pero ¿no es eso consecuencia del absolutismo ruso? En un estado en que toda forma de expresión del movimiento obrero está prohibida, en que la huelga más simple es un

crimen político, toda lucha económica se transforma lógicamente en lucha política.

Más aun cuando, por el contrario, el primer estallido de la revolución política trajo consigo el ajuste general de cuentas de la clase obrera rusa con su patronal; ello se debe asimismo a que el obrero ruso hasta ahora tuvo un nivel de vida muy bajo y jamás libró una lucha económica para mejorar su situación. La primera tarea del proletariado ruso es, en cierta medida, luchar por salir de su situación miserable; ¿qué tiene de extraño que se haya apropiado, con toda las ansias de la juventud, del primer medio que le permitiera alcanzar ese fin, apenas la revolución trajo la primera brisa fresca al enmohecido aire del absolutismo?

Y por último, la explicación del curso tempestuoso y revolucionario de la huelga de masas rusa, al igual que su carácter predominantemente espontáneo, elemental, reside, por un lado, en el atraso político ruso, en la necesidad de derrocar al despotismo oriental y, por otro, en la falta de organización y disciplina del proletariado ruso. En un país en que la clase obrera tiene la experiencia de treinta años de vida política, un poderoso partido socialdemócrata de tres millones de afiliados y un cuarto de millón de combatientes probados, organizados en sindicatos, ni la lucha política ni la huelga de masas tienen la posibilidad de asumir el mismo carácter tempestuoso y elemental que en un estado semibárbaro que acaba de consumar el salto de la Edad Media al moderno orden burgués. Ésta es la concepción en boga entre quienes deducen el grado de madurez de las condiciones sociales de un país leyendo el texto de las leyes escritas.

Examinemos en orden los problemas. Para empezar, es un error enfocar el problema como si la lucha económica rusa recién hubiera comenzado con el estallido de la revolución. En realidad, las huelgas y conflictos salariales han estado siempre, y cada vez lo están más, a la orden del día, en Rusia propiamente dicha, a partir de la década de 1890, y en la Polonia rusa, donde los obreros conquistaron derechos cívicos, a partir de 1880. Pese a que desataban una feroz represión policial, eran un fenómeno cotidiano. Por ejemplo, ya en 1891 tanto en Varsovia como en Lodz había un buen fondo de huelga, y el entusiasmo sindical de aquellos años había creado en

Polonia esa ilusión «económica» de corta duración que luego prevalecería en Petrogrado y el resto de Rusia.

Es igualmente errónea la concepción exagerada de que el proletariado tenía, en el imperio zarista de antes de la revolución, el nivel de vida de un mendigo. El sector obrero de la gran industria en las grandes ciudades, que tuvo una participación más activa y combativa tanto en la lucha económica como en la política, posee un nivel material de vida casi tan elevado como su similar alemán; en algunos oficios los salarios rusos son tan elevados como los alemanes y, en determinados casos, más altos aún. En lo que hace a la jornada laboral, la diferencia entre las grandes industrias de ambos países es insignificante. La noción de la supuesta esclavitud material y cultural de la clase obrera rusa tampoco tiene asidero en los hechos. Esta noción se contradice, como lo demuestra un mínimo de reflexión, con el hecho en sí de la revolución y el papel prominente que desempeñó el proletariado en la misma. Con mendigos no se puede llevar a cabo una revolución de tanta madurez política y lucidez de pensamiento, y los obreros industriales de San Petersburgo y Varsovia, Moscú y Odesa, que se encuentran a la cabeza de la lucha, están cultural y mentalmente mucho más cerca del tipo europeo occidental de lo que se imaginan quienes ven en el parlamentarismo burgués y en la actividad sindical metódica la escuela indispensable, inclusive la única, para el aprendizaje del proletariado. El gran desarrollo capitalista moderno de Rusia y la década y media de influencia intelectual de la socialdemocracia, que ha estimulado y dirigido la lucha económica, han llevado a cabo una importante obra cultural sin las garantías externas del orden legal burgués.

El contraste, empero, se vuelve aún menor cuando observamos con cierto detenimiento el real nivel de vida de la clase obrera alemana. Las grandes huelgas políticas de masas en Rusia soliviantaron desde el comienzo a las más amplias capas del proletariado y las arrojaron a una lucha económica febril. Pero ¿acaso no existen en Alemania sectores obreros no esclarecidos entre los cuales casi no ha penetrado la cálida luz de los sindicatos, capas enteras que hasta el día de hoy no han intentado, o lo intentaron en vano, elevarse de la esclavitud social en la que están sumidos a través de conflictos salariales diarios?

Veamos *la pobreza de los mineros*. Ya en la tranquila jornada de trabajo, en la fría atmósfera de la monotonía parlamentaria alemana —al igual que en otros países, inclusive en el Eldorado del sindicalismo, en Inglaterra— el conflicto salarial de los obreros de las minas casi nunca se expresa de otra forma que en violentos estallidos esporádicos de huelgas masivas, de carácter elemental, típico. Esto demuestra que el antagonismo entre el capital y el trabajo es demasiado violento y agudo como para permitir su desgaste en luchas sindicales parciales, tranquilas y sistemáticas. La miseria de los mineros, campo minado que aun en las épocas «normales» es un centro de tormenta de la mayor violencia, tiene necesariamente que explotar en una furiosa lucha económica socialista ante cada gran movilización política de masas de la clase obrera, ante cada convulsión violenta que trastorna el equilibrio momentáneo de la vida social cotidiana.

Veamos, además, la *pobreza de los obreros textiles*. Aquí también, los tremendos estallidos de la lucha salarial, en su mayoría infructuosos, que devastan Vogtland cada tantos años, no dan sino una vaga idea de la violencia con que la gran masa concentrada de los esclavos del capital de los trusts textiles estalla necesariamente durante una convulsión política, durante una poderosa y audaz movilización masiva de los obreros alemanes. Veamos, además, la *pobreza de los trabajadores a domicilio, de los obreros del vestido, de los electricistas*, verdaderos centros de tormenta en los que es tanto más probable que estallen luchas violentas ante cada trastorno de la atmósfera política alemana cuanto menor sea la frecuencia con que el proletariado alemán salga a la lucha en épocas tranquilas. Y cuanto menos efectiva sea su lucha en cualquier momento, más brutal será la represión con que el capital los obligará a volver, rechinando los dientes, al yugo de la esclavitud.

Ahora, sin embargo, hay que tener en cuenta a enormes sectores del proletariado alemán que en el devenir «normal» de los acontecimientos no tienen posibilidad de participar en una lucha económica pacífica para mejorar su situación, ni gozan del derecho a la agremiación. Empezamos con el ejemplo de la terrible pobreza de los *empleados ferroviarios y de correo*. Para estos trabajadores estatales imperan condiciones similares a las rusas en el seno del Estado constitucional parlamentario alemán. Hablamos

de condiciones rusas previas a la revolución, durante el esplendor inmutable del absolutismo. Ya en la gran huelga de octubre de 1905, los obreros ferroviarios de la Rusia formalmente absolutista se encontraban, en lo que concierne a la libertad económica y política de su movimiento, a una cabeza de distancia de los alemanes. Los empleados ferroviarios y de correo rusos se ganaron en medio de la tormenta el derecho *de facto* a organizarse y si, por el momento, los juicios y represalias fueron cosa de todos los días, no pudieron afectar la unidad interna de los trabajadores.

Sin embargo, sería un cálculo sicológico totalmente falso suponer, como lo hace la reacción alemana, que la obsecuencia servil de los empleados ferroviarios y de correo alemanes será eterna, que es una roca que nada puede erosionar. Cuando hasta los dirigentes sindicales alemanes se han acostumbrado a las condiciones imperantes hasta el punto de sentarse, con una indiferencia que casi no tiene igual en toda Europa, a contemplar con entera satisfacción los resultados de la lucha sindical alemana, el resentimiento arraigado y reprimido de los esclavos uniformados del Estado encontrará inevitablemente la vía de escape en el alzamiento general de los obreros industriales. Y cuando la vanguardia industrial del proletariado, mediante la huelga de masas, se apropie de nuevos derechos políticos o trate de defender los que ya posee, el gran ejército de los empleados ferroviarios y de correo pensará necesariamente en su propia desgracia particular y se levantará para liberarse de la parte extra de absolutismo ruso que les tocó en suerte en Alemania.

La concepción pedante, que pretende que las grandes movilizaciones populares se desarrollen según planes y recetas, considera que es indispensable, antes de «atreverse a pensar» en una huelga de masas en Alemania, que los obreros ferroviarios logren el derecho a la agremiación. Pero el verdadero curso natural de los acontecimientos es exactamente lo opuesto a dicha concepción: el derecho de agremiación, tanto para los trabajadores postales como para los ferroviarios, sólo puede otorgarlo una poderosa movilización huelguística de masas. Y los problemas que en la realidad actual de Alemania resultan insolubles encontrarán rápida solución bajo la influencia y presión de una movilización política general del proletariado.

Por último, veamos la pobreza mayor y más importante: *la pobreza de los trabajadores de la tierra*. Es lógico que los sindicatos británicos agrupen exclusivamente a los obreros industriales, en vista del carácter peculiar de la economía británica y la poca importancia de la agricultura en la vida económica de ese país. En Alemania, una central sindical, por bien organizada que esté, si sólo agrupa a los obreros industriales y no es accesible al gran ejército de los trabajadores de la tierra sólo reflejará un cuadro débil y parcial de la situación del proletariado. Pero nuevamente sería una ilusión fatal pensar que la situación del país es inalterable e inmutable, que la infatigable obra educativa de la socialdemocracia y, más aún, toda la política de clase alemana, no socavan continuamente la pasividad exterior de los trabajadores agrícolas, que la primera gran movilización general clasista del proletariado alemán, cualquiera que sea su objetivo, puede no arrastrar al proletariado rural a la lucha.

Del mismo modo, el panorama de la supuesta superioridad económica del proletariado alemán sobre el ruso se altera considerablemente cuando nos alejamos de las estadísticas de las industrias y sectores sindicalizados y echamos una mirada a los grandes sectores del proletariado que están fuera de la lucha sindical o cuya situación económica especial no les permite incorporarse a la guerra de guerrillas cotidiana de los sindicatos. Vemos, uno tras otro, sectores importantes en los que la agudización de los antagonismos ha llegado al punto culminante, en los que hay abundancia de material explosivo acumulado, que padecen mucho de «absolutismo ruso» en su forma más cruda, que tienen que hacer las primeras rendiciones de cuentas económicas con el capital.

Una huelga general política masiva del proletariado, entonces, le presentará todas estas cuentas pendientes al sistema imperante. Una movilización del proletariado urbano artificialmente preparada, que ocurra de una sola vez, una mera huelga de masas hecha por disciplina y dirigida por la batuta de un dirigente del comité ejecutivo del partido, dejará a las amplias masas populares frías e indiferentes. Pero una movilización combativa, poderosa y audaz del proletariado industrial, surgida de una situación revolucionaria, seguramente actuará sobre los sectores más

sumergidos y en definitiva atraerá a la lucha económica general a quienes en épocas normales se abstienen de participar en la lucha sindical.

Pero, por otra parte, cuando nos volvemos hacia la vanguardia organizada del proletariado industrial alemán teniendo en vista los objetivos de la lucha económica por los que combatió la clase obrera rusa, de ninguna manera nos encontramos con una tendencia a despreciar las movilizaciones de la juventud, como lo hacen, y con razón, los sindicatos alemanes más antiguos. Así, la consigna más importante de las huelgas rusas desde el 22 de enero —la jornada de ocho horas— no es, por cierto, un objetivo inalcanzable para el proletariado alemán. Antes bien, en la mayoría de los casos, es un ideal hermoso y remoto.

Esto es válido también para la lucha por el programa del «dueño de casa», por la creación de comités obreros en todas las fábricas, por la abolición del trabajo a destajo y del trabajo a domicilio en las ramas artesanales, por el cumplimiento pleno del descanso dominical y por el reconocimiento del derecho de agremiación. Sí; visto más de cerca, todos los objetivos económicos de la lucha del proletariado ruso son muy reales para los obreros alemanes, y ponen el dedo en una llaga muy sensible para ellos.

La consecuencia que inevitablemente se deduce de esto es que la utilización preferente de la huelga de masas puramente política constituye un plan teórico carente de vida. Si las huelgas de masas provocan, de manera natural y en base a un fermento revolucionario, la lucha política de los obreros urbanos, se trasformarán, con la misma naturalidad con que ocurrió en Rusia, en todo un periodo de tempestuosos conflictos económicos elementales. Por tanto, los temores de los dirigentes sindicales de que la lucha por los intereses económicos en un periodo de grandes conflictos políticos, en un periodo de huelgas de masas, puedan dejarse de lado, se basan en una concepción del curso de los acontecimientos totalmente insensata y escolástica. Un periodo revolucionario en Alemania alteraría tanto el carácter de la lucha sindical y desarrollaría su potencial hasta tal punto que, en comparación con ella, la actual guerra de guerrillas que libran los sindicatos sería cosa de niños. Y por otra parte esta tempestad económica elemental de huelgas de masas daría nuevos ímpetus y fuerza a

la lucha política. La acción recíproca de la lucha económica y la política, principal motor de las huelgas contemporáneas en Rusia y, al mismo tiempo, mecanismo regulador, por así decirlo, de la movilización revolucionaria del proletariado, también surgiría en Alemania, con toda naturalidad, de la propia situación.

6. La colaboración de los obreros organizados y desorganizados es necesaria para la victoria

Ligado a esto, el problema de la organización en relación con el de la huelga de masas en Alemania presenta un aspecto esencialmente distinto.

La actitud de muchos dirigentes sindicales al respecto se resume en la siguiente afirmación: «Todavía no contamos con fuerzas suficientes como para arriesgarnos a una prueba tan dura como la huelga de masas». Esta posición es insostenible, en la medida en que no se puede determinar de manera pacífica, «cuantitativa», cuando el proletariado con «fuerza suficientes» como para luchar. Hace treinta años los sindicatos alemanes tenían cincuenta mil afiliados. No podía ni pensarse, obviamente, en una huelga de masas a gran escala. Quince años más tarde, los sindicatos habían cuadruplicado sus fuerzas y contaban con doscientos treinta y siete mil afiliados. Si en ese momento se les hubiera preguntado a los dirigentes sindicales de hoy en día si la organización proletaria ya estaba lo suficientemente madura como para una huelga de masas, seguramente hubiesen respondido que faltaba mucho, que antes sería necesario que los afiliados a los sindicatos se contaran de a millones.

Hoy el número de sindicalistas supera los dos millones, pero la posición de los dirigentes sigue siendo la misma, y bien puede seguir siéndolo hasta el fin. Su posición implícita es que toda la clase obrera de Alemania, hasta el último hombre y la última mujer, debe afiliarse al sindicato antes de que éste cuente con «fuerzas suficientes» como para arriesgarse en una movilización de masas, que en tal caso, siempre de acuerdo con la vieja fórmula, sería calificada de «superflua». Esta teoría es, de todas maneras,

totalmente utópica, por la simple razón de que adolece de una contradicción interna que la hace girar en un círculo vicioso. Antes de salir a la lucha los obreros deben organizarse. Las circunstancias y condiciones del desarrollo capitalista y el Estado burgués imposibilitan la organización de ciertos sectores —los más numerosos, importantes, bajos y oprimidos por el capital y el Estado— si no median grandes luchas de clases. Hasta en Inglaterra, que ha pasado por todo un siglo de actividad sindical infatigable sin «alborotos» —salvo al comienzo en el periodo del movimiento cartista— sin errores ni tentaciones «románticas revolucionarias», ha sido imposible ir más allá de la organización de una minoría bien remunerada del proletariado.

Por otra parte, los sindicatos, como cualquier otra organización de lucha del proletariado, no pueden subsistir en forma permanente si no es a través de la lucha. Y no hablamos de luchas como las que se dan entre las ranas y los ratones en la charca del periodo parlamentario burgués, sino de la lucha en los periodos revolucionarios de la huelga de masas. La concepción rígida, mecánico-burocrática, sólo puede concebir la lucha como producto de una organización que cuenta con cierto nivel de fuerza. Por el contrario, para la explicación viva, dialéctica, la organización surge como resultado de la lucha. Ya hemos visto un grandioso ejemplo de ese fenómeno en Rusia, donde un proletariado casi totalmente desorganizado creó una red global de apéndices organizativos en un año y medio de lucha revolucionaria tempestuosa.

Tenemos otro ejemplo en la historia de los sindicatos alemanes. En 1878 los sindicatos contaban con cincuenta mil afiliados. Según la teoría de los actuales dirigentes sindicales, tal como la expusimos más arriba, esta organización no contaba con «fuerzas suficientes» como para embarcarse en una lucha política violenta. Sin embargo, los sindicatos alemanes, por débiles que fuesen en ese momento, salieron a la lucha contra la ley antisocialista y demostraron que sí poseían «fuerza suficiente», no sólo para triunfar sino para quintuplicar su peso: en 1891, derogada la ley antisocialista, el número de afiliados ascendía a 277.659. Es cierto que los métodos que emplearon los sindicatos para salir triunfantes de la lucha contra la ley antisocialista no corresponden al ideal de un proceso pacífico,

minucioso e ininterrumpido: entraron en ruinas a la lucha, para surgir en la oleada siguiente y resucitar. Pero éste es precisamente el método específico que corresponde al desarrollo de las organizaciones de clase del proletariado: probarse en la lucha y emerger de ella con fuerzas redobladas.

Si examinamos más de cerca la situación de Alemania y de los distintos sectores de la clase obrera, resultará claro que el próximo periodo de grandes luchas políticas de masas no provocará la tan temida destrucción de los sindicatos alemanes sino que, por el contrario, se les abrirán perspectivas insospechadas para extender su esfera de poder; y esta extensión avanzará a pasos agigantados. Pero la cuestión presenta también otro aspecto. El plan de realizar huelgas de masas como seria movilización política de la clase contando únicamente con los obreros organizados no tiene esperanzas de triunfar. Para triunfar, la huelga y la lucha de masas primero deben convertirse en un verdadero movimiento popular, es decir, hay que llevar a la lucha a grandes sectores del proletariado. En su forma parlamentaria, el poder de la lucha proletaria de clases no reside en el pequeño grupo organizado sino en el proletariado con mentalidad revolucionaria que lo rodea. Si los socialdemócratas entran en la lid electoral contando únicamente con sus pocos cientos de miles de afiliados se condenarían al fracaso. Y aunque la socialdemocracia tiende en todas partes a hacer ingresar al partido el gran ejército de sus votantes, la masa de votantes, después de treinta años de experiencia con la socialdemocracia, no aumenta porque la organización partidaria crezca. Por el contrario, los nuevos sectores proletarios, ganados momentáneamente en la lucha electoral, constituyen terreno fértil para la semilla de la organización. Aquí la organización no provee tropas para la lucha sino que la lucha le provee efectivos a la organización.

Esto se aplica en un grado mucho mayor, obviamente, a la movilización política directa de masas que a la lucha parlamentaria. Si los socialdemócratas, en tanto que núcleo organizado de la clase obrera, son la vanguardia más importante del conjunto de los obreros, y si la claridad política, la fuerza y la unidad del movimiento obrero surgen de dicha organización, no se puede concebir la movilización de clase del proletariado como movilización de la minoría organizada. Toda lucha de clases

verdaderamente grande debe basarse en el apoyo y la colaboración de las más amplias masas. Una estrategia para la lucha de clases que no cuente con ese apoyo, que se base en una marcha puesta en escena por el pequeño sector bien entrenado del proletariado, está destinada a terminar en un miserable fracaso.

Por tanto, las huelgas y luchas políticas de masas no pueden ser realizadas en Alemania solamente por los obreros organizados, ni tampoco se las puede dirigir mediante «directivas» emanadas del Comité Central de un partido. En este caso, nuevamente —tal como ocurrió en Rusia— no dependen tanto de la «disciplina» y el «entrenamiento» ni de la evaluación exacta de apoyo y costo calculados *a priori*, sino de una verdadera movilización de clase revolucionaria y audaz, capaz de ganar para la lucha a los más amplios sectores de los obreros desorganizados, de acuerdo con su estado de ánimo y su situación.

La sobreestimación y la falsa estimación del papel de las organizaciones en la lucha de clases del proletariado generalmente se ve reforzada por la subestimación de la masa proletaria desorganizada y su grado de madurez política. En un periodo revolucionario, en medio de la tormenta de las luchas de clases, todo el efecto educativo del veloz desarrollo del capitalismo y de la influencia de la socialdemocracia se revela antes que nada en los amplios sectores populares que, en momentos de paz, casi ni figuran en las estadísticas de organizaciones y elecciones.

Rusia nos demostró que en dos años puede estallar una gran movilización general del proletariado a partir del menor conflicto parcial de los obreros contra los patrones, del más insignificante acto de brutalidad de los organismos gubernamentales. Desde luego, todos lo ven y lo creen porque en Rusia está «la revolución». Pero ¿qué significa eso? Significa que el sentimiento de clase, el instinto de clase del proletariado ruso es activo y vital, de modo que ve en cada problema parcial de un grupo pequeño de obreros un problema general, un asunto que concierne a la clase, y reacciona con la rapidez del rayo en forma unificada. Cuando en Alemania, Francia, Italia y Holanda los conflictos sindicales más violentos apenas si provocan una movilización generalizada de la clase —y en esos casos sólo se moviliza el sector organizado— en Rusia el conflicto más

pequeño desata una tormenta. Eso sólo significa que, por paradójico que parezca, el instinto de clase del proletariado más joven, menos entrenado, menos educado y todavía menos organizado de Rusia es muchísimo más fuerte que el de la clase obrera organizada, entrenada y esclarecida de Alemania o de cualquier otro país de Europa Occidental. Y no hay que considerar esto una virtud específica del «Oriente joven y enérgico» en contraposición al «Occidente torpe», sino simplemente el resultado de la movilización masiva revolucionaria directa.

En el caso del obrero alemán esclarecido la conciencia de clase creada por la socialdemocracia es *teórica y latente*: en la etapa dominada por el parlamentarismo burgués no puede, en general, participar activamente en una movilización de masas; es la suma ideal de las cuatrocientas acciones paralelas de las circunscripciones durante la lucha electoral, de muchas huelgas económicas parciales, etcétera. En la revolución, cuando las masas irrumpen en el campo de batalla político, esta conciencia de clase se vuelve *práctica y activa*. Por ello, un año de revolución le ha dado al proletariado ruso el «entrenamiento» que treinta años de lucha parlamentaria y sindical no le pudieron dar al proletariado alemán. Desde luego que este sentimiento de clase vivo, activo, del proletariado, disminuirá considerablemente en su intensidad o, más bien, pasará a una situación oculta y latente, cuando culmine el periodo revolucionario y se erija el Estado constitucional burgués parlamentario.

Y, asimismo, en una etapa de grandes luchas políticas, el sentimiento revolucionario de clase afectará a las capas más amplias y profundas del proletariado alemán. Y este proceso será tanto más rápido y profundo cuanto más enérgico sea el trabajo educativo que realice la socialdemocracia. Este trabajo de educación y el efecto provocativo y agitador de toda la política alemana actual se revelará cuando todos aquellos grupos que en la actualidad hacen gala de una aparente estupidez política y permanecen insensibles a los intentos organizativos de la socialdemocracia y los sindicatos se coloquen repentinamente bajo la bandera socialdemócrata, en un periodo verdaderamente revolucionario. Seis meses de etapa revolucionaria completarán la educación de esas masas desorganizadas, que no pudo llevarse a cabo en diez años de

manifestaciones públicas y distribución de panfletos. Y cuando la situación alemana haya alcanzado ese momento crítico, los sectores que hoy están desorganizados y atrasados resultarán los más radicales e impetuosos en la lucha, y no habrá necesidad de arrastrarlos. Si estallan las huelgas de masas en Alemania, con toda seguridad que no serán los trabajadores mejor organizados —no serán los tipógrafos, por cierto— quienes demostrarán la mayor capacidad para la acción, sino los peor organizados o los totalmente desorganizados: los mineros, los textiles, acaso los trabajadores rurales.

De esta manera, llegamos para Alemania a las mismas conclusiones que en nuestro análisis de los acontecimientos de Rusia, en lo que concierne a las tareas de *dirección*, al papel de la socialdemocracia en las huelgas de masas. Abandonemos el esquema pedante de las huelgas de protesta provocadas artificialmente por orden de partidos y sindicatos y volvámonos hacia el cuadro vivo de las movilizaciones populares, que estallan con gran energía al exacerbarse los antagonismos de clase y la situación política, movilizaciones que se convierten política y económicamente en luchas y huelgas de masas. Resultará obvio entonces que la tarea de la socialdemocracia no consiste en preparar y dirigir técnicamente las huelgas de masas sino, primero y principal, en *dirigir políticamente* la movilización en su conjunto.

Los socialdemócratas constituyen la vanguardia más esclarecida y consciente del proletariado. No pueden ni atreverse a esperar de manera fatalista, con los brazos cruzados, el advenimiento de la «situación revolucionaria», aquello que, en toda movilización popular espontánea, cae de las nubes. Por el contrario; ahora, al igual que siempre, deben acelerar el desarrollo de los acontecimientos. Esto no puede hacerse, empero, levantando repentinamente la «consigna» de huelga de masas al azar y en cualquier momento sino, ante todo, propagandizando ante las capas más amplias del proletariado el *advenimiento inevitable* del periodo revolucionario, los *factores sociales* internos que lo provocan y las *consecuencias políticas* del mismo. Si se gana a los sectores más extensos del proletariado para una movilización política masiva de la socialdemocracia; si, a la inversa, los socialdemócratas asumen y conservan la verdadera dirección de la movilización de masas; si se convierten, en un

sentido político, en dirigentes de todo el movimiento, deben, con toda claridad, consecuencia y firmeza, informar al proletariado alemán de sus tácticas y objetivos para la próxima etapa de lucha.

7. El papel de la huelga de masas en la revolución

Hemos visto que la huelga de masas rusa no es el producto artificial de alguna táctica premeditada de los socialdemócratas. Es un fenómeno histórico natural que se apoya en la actual revolución. Ahora bien, ¿cuáles son las causas entonces que han hecho surgir en Rusia esta nueva forma fenoménica de la revolución?

La próxima tarea de la Revolución Rusa será la abolición del absolutismo y la creación de un Estado moderno, parlamentario burgués, constitucional. Formalmente, es la misma tarea que plantearon la Revolución de Marzo en Alemania y la Gran Revolución Francesa de fines del siglo XVIII. Pero las condiciones y el medio histórico en que se dieron esas revoluciones formalmente análogas a la rusa son fundamentalmente distintas de las que imperan actualmente en Rusia. La diferencia fundamental deriva de que en el lapso que media entre aquellas revoluciones burguesas de Occidente y la actual revolución burguesa de Oriente se cumplió el ciclo del desarrollo capitalista. Y este proceso no afectó solamente a los países de Europa Occidental sino también a la Rusia absolutista.

La gran industria, con todas sus consecuencias: las modernas divisiones de clase, los agudos contrastes sociales, la vida actual en las grandes ciudades y el proletariado contemporáneo, se ha vuelto en Rusia la forma predominante, es decir decisiva, en el proceso social de la producción.

Esta situación histórica tan notable y contradictoria es fruto de que la revolución burguesa, de acuerdo con sus tareas formales, será realizada en primer término por un proletariado con conciencia de clase en un medio internacional caracterizado por la decadencia de la democracia burguesa. A diferencia de lo que sucedió en las primeras revoluciones occidentales, la

burguesía no es ahora el principal elemento revolucionario mientras que el proletariado, desorganizado y disuelto en la pequeña burguesía, suministra el material humano para el ejército burgués. Por el contrario, el proletariado consciente es el elemento dirigente y motor, mientras que la burguesía está dividida en grandes sectores, algunos francamente contrarrevolucionarios, otros débilmente liberales; sólo la pequeña burguesía rural y la *intelligentsia* pequeñoburguesa urbana están claramente en la oposición, algunos con mentalidad revolucionaria.

El proletariado ruso, destinado a desempeñar el rol dirigente en la revolución burguesa, entra a la lucha libre de toda ilusión respecto de la democracia burguesa, con una gran conciencia de sus intereses específicos de clase y en un momento en que ha alcanzado su apogeo el antagonismo entre el capital y el trabajo. Esta situación contradictoria se refleja en el hecho de que en esta revolución, formalmente burguesa, el antagonismo entre la sociedad burguesa y el absolutismo se rige por el antagonismo entre el proletariado y la sociedad burguesa; la lucha del proletariado va dirigida simultáneamente y con la misma energía contra el absolutismo y contra la explotación capitalista; y que el programa de la lucha revolucionaria pone igual énfasis en la libertad política que en la conquista de la jornada laboral de ocho horas y un nivel de vida material aceptable para el proletariado. Este carácter dual de la Revolución Rusa se expresa en la unión estrecha entre la lucha económica y la política y en su mutua interacción, fenómeno que caracteriza a los acontecimientos rusos y que encuentra su expresión adecuada en la huelga de masas.

En las primeras revoluciones burguesas, por un lado, la educación y dirección política de las masas revolucionarias estaba en manos de partidos burgueses y, por otro lado, se trataba simplemente de derrocar al gobierno. Por eso, la lucha revolucionaria encontraba su forma apropiada en el breve combate de las barricadas. Hoy, cuando las clases trabajadoras se educan en la lucha revolucionaria, cuando deben reunir sus fuerzas y dirigirse a sí mismas, cuando la revolución apunta tanto contra el viejo poder estatal como contra la explotación capitalista, la huelga de masas aparece como el medio natural de ganar para la lucha a las más amplias capas del proletariado y, a la vez, de derrocar el viejo poder estatal y terminar con la

explotación capitalista. El proletariado industrial urbano es ahora el alma de la Revolución Rusa. Pero para librar una lucha política directa masiva, primero se debe reunir el proletariado en masa; salir de la fábrica y el taller, la mina y la fundición y superar la atomización y la decadencia a las que se ve condenado por el yugo cotidiano de la explotación del sistema.

La huelga de masas es la primera forma natural e impulsiva de toda gran lucha revolucionaria de la clase obrera, y cuanto más desarrollado se encuentra el antagonismo entre el capital y el trabajo más efectiva y decisiva debe ser la huelga de masas. La forma principal de lucha de las revoluciones burguesas anteriores, las barricadas, el conflicto franco con el poder estatal armado es, en la revolución actual, nada más que el punto culminante, un momento en el proceso de la lucha de masas proletaria. Y con ello, en esta nueva forma de la revolución se alcanza la lucha de clases civilizada y mitigada que profetizaron los oportunistas de la socialdemocracia alemana: los Bernstein, David, etcétera. Es cierto que estos hombres veían su anhelada lucha de clases civilizada y mitigada a la luz de sus ilusiones pequeñoburguesas democráticas: creyeron que la lucha de clases se reduciría a un conflicto puramente parlamentario, y la lucha callejera simplemente desaparecería. La historia encontró una solución más profunda y elegante: el surgimiento de la huelga revolucionaria de masas. Por supuesto, ésta de ninguna manera reemplaza ni hace innecesaria la brutal lucha callejera, pero la reduce a un instante en el prolongado periodo de luchas políticas. A la vez, cumple en el periodo revolucionario una enorme obra cultural, en el sentido más preciso del término: eleva material y espiritualmente a la clase obrera de conjunto, «civilizando» la barbarie de la explotación capitalista.

Vemos, pues, que la huelga de masas no es un producto específicamente ruso, consecuencia del absolutismo, sino una forma universal de la lucha de clases que surge de la etapa actual del desarrollo capitalista y sus relaciones sociales. Desde este punto de vista, las tres revoluciones burguesas —la Gran Revolución Francesa, la Revolución Alemana de Marzo y la actual Revolución Rusa— forman una cadena continua en la que se advierte la suerte y el fin de la era capitalista. En la Gran Revolución Francesa las contradicciones internas de la sociedad burguesa, apenas desarrolladas,

dieron lugar a un largo periodo de luchas violentas en el que los antagonismos que germinaron y maduraron al calor de la revolución se desencadenaron, sin trabas ni restricciones, con un radicalismo desaforado. Un siglo después, la revolución de la burguesía alemana, que estalló cuando el desarrollo del capitalismo había llegado a mitad de camino, ya se encontraba trabada de ambos lados por el antagonismo de intereses y el equilibrio de fuerzas entre el capital y el trabajo. Se ahogaba en una especie de compromiso burgués-feudal que la redujo a un breve y miserable episodio que quedó en palabras.

Pasó otro medio siglo. La Revolución Rusa actual se encuentra en un punto del camino histórico que ya está del otro lado del punto culminante de la sociedad capitalista, en el que la revolución burguesa ya no puede ser ahogada por el antagonismo entre burguesía y proletariado sino que, por el contrario, abrirá un nuevo periodo prolongado de luchas sociales violentas, en el que la rendición de cuentas del absolutismo parecerá insignificante al lado de las numerosas cuentas abiertas por la propia revolución. La revolución actual concreta en el marco de la Rusia absolutista las consecuencias generales del desarrollo capitalista internacional. Aparece, no tanto como sucesor de las viejas revoluciones burguesas, sino como precursora de una nueva serie de revoluciones proletarias en Occidente. El país más atrasado, precisamente porque su revolución burguesa llegó en momento tan tardío, le muestra al proletariado de Alemania y de los países capitalistas más adelantados los nuevos métodos de la lucha de clases.

Desde este punto de vista, resulta totalmente erróneo considerar la Revolución Rusa un buen espectáculo, algo específicamente «ruso», para admirar, en el mejor de los casos, el heroísmo de los combatientes, o sea, lo accesorio de la lucha. Es mucho más importante que los obreros alemanes aprendan a ver la Revolución Rusa como *asunto propio*, no sólo en el sentido de la solidaridad internacional con el proletariado ruso sino ante todo como un *capítulo de su propia historia política y social*. Los dirigentes sindicales y parlamentarios que consideran al proletariado alemán «demasiado débil» y la situación alemana «inmadura» para las luchas revolucionarias de masas, obviamente no tienen la menor idea de que el grado de madurez de las relaciones de clase en Alemania y el poder del

proletariado no se reflejan en las estadísticas sindicales ni en las cifras electorales sino… en los acontecimientos de la Revolución Rusa. Así como la madurez de los antagonismos de clase en Francia durante la monarquía de julio y la batalla de París de junio se reflejaron en el proceso y fracaso de la Revolución de Marzo en Alemania, la madurez de los antagonismos de clase alemanes se refleja en los acontecimientos y la fuerza de la Revolución Rusa. Y los burócratas del movimiento obrero alemán, mientras revuelven los cajones de sus escritorios para recabar informes sobre su fuerza y madurez, no ven que lo que buscan lo pone ante sus ojos una gran revolución histórica. Porque, desde el punto de vista histórico, la Revolución Rusa refleja el poder y la madurez de la Internacional y, por tanto, en primer término del movimiento obrero alemán.

Sería un fruto demasiado miserable y grotescamente insignificante de la Revolución Rusa el que el proletariado alemán extrajera de ella —como lo desean los camaradas Frohome, Elm y otros—, como única lección, la manera de utilizar la forma extrema de lucha, la huelga de masas, como mera fuerza de reserva en caso de la supresión del voto parlamentario, debilitándola por lo tanto hasta el punto de convertirla en medio pasivo de defensa parlamentaria. Cuando se nos quite el voto parlamentario, resistiremos. Eso es evidente. Pero para ello no es necesario asumir la pose heroica de un Danton, como lo hizo el camarada Elm en Jena; la defensa del modesto derecho parlamentario no es una innovación violenta sino el primer deber de todo partido de oposición, si bien fueron necesarias para impulsarlo las terribles hecatombes de la Revolución Rusa. Pero el proletariado no puede quedarse a la defensiva en un periodo revolucionario. Y si bien es difícil predecir con certeza si la liquidación del sufragio universal provocaría en Alemania una acción huelguística de masas en forma inmediata, por otra parte es absolutamente cierto que cuando Alemania entre en una etapa de acciones violentas de masas los socialdemócratas no podrán basar su táctica en la mera defensa parlamentaria.

Fijar de antemano la causa por la que estallarán las huelgas de masas y el momento en que lo harán no está en manos de la socialdemocracia, puesto que ésta no puede provocar situaciones históricas mediante

resoluciones de los congresos del partido. Pero lo que sí puede y debe hacer es tener claridad acerca de las situaciones históricas cuando aparecen, y formular tácticas resueltas y consecuentes. El hombre no puede detener los acontecimientos históricos mientras elabora recetas, pero puede ver de antemano sus consecuencias previsibles y ajustar según éstas su modo de actuar.

El primer peligro político que acecha, que ha preocupado durante años al proletariado alemán, es un golpe de Estado reaccionario que les arranque a las amplias masas populares su derecho político más importante: el sufragio universal. A pesar de la gran importancia de este probable acontecimiento es imposible, como hemos dicho, decir con certeza que el golpe de Estado provocará una movilización popular inmediata, porque hay que tener en cuenta una gran cantidad de circunstancias y factores. Pero si consideramos lo agudo de la actual situación alemana y, por otra parte, las múltiples reacciones internacionales que provocará la Revolución Rusa y la futura Rusia rejuvenecida, es claro que el derrumbe de la política alemana que sobrevendría como consecuencia de la revocación del sufragio universal no bastaría para detener la lucha por ese derecho. Más bien, el golpe de Estado provocaría, tarde o temprano y con gran fuerza, un gran ajuste general de cuentas de la masa popular soliviantada e insurgente; ajuste de cuentas por la usura del pan; por el aumento artificial de los precios de la carne; por los gastos que exigen un ejército y una marina que no conocen límites; por la corrupción de la política colonial; por la desgracia nacional del juicio de Königsberg; por el cese de la reforma agraria; por los despidos masivos a los obreros ferroviarios, empleados de correo y trabajadores rurales; por los engaños y burlas perpetradas contra los mineros; por el juicio de Lobtau y todo el sistema judicial de clase; por el bárbaro sistema del lock-out, en fin, por la opresión de treinta años a manos de los *junkers* y el gran capital trustificado.

Una vez que la bola empiece a rodar, la socialdemocracia, quiéralo o no, no podrá detenerla. Los adversarios de la huelga de masas suelen decir que las elecciones y ejemplos de la Revolución Rusa no pueden ser un criterio válido para Alemania, porque en Rusia primero se debe dar el gran paso del despotismo oriental al orden legal burgués moderno. Se dice que la

distancia formal entre el viejo orden político y el nuevo es explicación suficiente de la violencia y vehemencia de la revolución en Rusia. En Alemania hace tiempo que gozamos de las formas y garantías de un Estado constitucional, de donde se deduce que aquí es imposible que se desate semejante tormenta de los antagonismos sociales.

Los que así especulan, olvidan que en Alemania, cuando estallen las luchas políticas abiertas, el objetivo históricamente determinado no será el mismo que en Rusia. Precisamente porque el orden legal burgués ha existido durante tanto tiempo en Alemania, porque ha tenido tiempo de agotarse y llegar a su fin, porque la democracia y el liberalismo burgués han tenido tiempo de morir, aquí ya ni se puede hablar de revolución *burguesa*. Por eso, en el periodo de luchas políticas populares en Alemania, el objetivo último históricamente necesario no puede ser sino la *dictadura del proletariado*. Sin embargo, la distancia que media entre esta tarea y la situación que impera actualmente en Alemania es mayor aún que la distancia entre el orden legal burgués y el despotismo oriental. Por tanto, esa tarea no puede realizarse de golpe; se consumará en una etapa de gigantescas luchas sociales.

Pero ¿no hay una gran contradicción en el cuadro que hemos trazado? Por un lado, decimos que en un eventual periodo futuro de acción política de masas los sectores más atrasados del proletariado alemán —los trabajadores rurales, los ferroviarios y los esclavos del correo— ganarán antes que nada el derecho de agremiación, y que en primer lugar hay que liquidar las peores excrecencias de la explotación capitalista. Por otro lado, ¡decimos que la tarea política del momento es la toma del poder por el proletariado! ¡Por un lado, luchas económicas y sindicales por los intereses inmediatos, por la elevación material de la clase obrera; por el otro, el objetivo último de la social democracia! Es cierto que se trata de contradicciones muy grandes, pero no se deben a nuestro razonamiento sino al desarrollo del capitalismo. Éste no avanza en una hermosa línea recta, sino en un relampagueante zigzag. Así como los distintos países reflejan los más variados niveles del desarrollo, dentro de cada país se revelan las distintas capas de la misma clase obrera. Pero la historia no espera a que los países más atrasados y las capas más avanzadas se fundan para que toda la

masa avance simétricamente como una sola columna. Hace que los sectores mejor preparados estallen apenas las condiciones alcanzan la madurez necesaria, y luego, en la tempestad revolucionaria, se recupera terreno, se nivelan las desigualdades y todo el ritmo del progreso social cambia súbitamente y avanza velozmente.

Así como en la Revolución Rusa todos los grados de desarrollo y todos los intereses de las distintas capas de obreros se unifican en el programa revolucionario socialdemócrata, y los innumerables conflictos parciales se unifican en la gran movilización común del proletariado, lo mismo ocurrirá en Alemania cuando la situación esté lo suficientemente madura. Y la tarea de la socialdemocracia será, entonces, regular su táctica, según las necesidades de los sectores más avanzados, no de los más atrasados.

8. La unidad de acción de los sindicatos y la socialdemocracia

Lo más importante para el periodo de grandes luchas que se abrirá tarde o temprano es que la clase obrera alemana actúe con la mayor audacia y coherencia táctica. Para ello necesitará una gran capacidad para la acción, y por tanto la mayor unidad posible del sector socialdemócrata de las masas proletarias. Los primeros intentos débiles de organizar grandes movilizaciones de masas han revelado una gran falla en ese sentido: la separación e independencia totales de las dos organizaciones del movimiento obrero, la socialdemocracia y los sindicatos.

Observando más de cerca tanto las huelgas de masas rusas como la situación imperante en Alemania, resulta claro que una gran movilización de masas, si no es la mera manifestación de un día de lucha sino una verdadera movilización combativa, no puede concebirse como una huelga política de masas. En una movilización de esta clase en Alemania, los sindicatos se verían tan comprometidos como la socialdemocracia. Ello no se debe a que los dirigentes sindicales piensen que los socialdemócratas, por lo reducido de su organización, no tengan más remedio que cooperar

con el millón y cuarto de sindicalistas, sino a un motivo mucho más profundo: toda movilización de masas en el periodo de lucha de clases abierta tendría un carácter a la vez político y económico. Si por determinada causa y en cualquier momento llegara a abrirse en Alemania un periodo de grandes luchas políticas, de huelgas de masas, se abriría a la vez una era de violentas luchas sindicales, y los hechos no se detendrían para solicitar el visto bueno de los dirigentes sindicales. Si se marginan o tratan de detener los acontecimientos, sean dirigentes sindicales o partidarios, la marea de los acontecimientos los barrerá de la escena, las masas librarán sus luchas económicas y políticas sin ellos.

En realidad, la separación e independencia de la lucha política y la económica no es sino un producto artificial, si bien determinado por la historia, del periodo parlamentario. Por un lado, en el curso pacifico, «normal», de la sociedad burguesa la lucha económica se ve dividida en una serie de luchas individuales en cada rama de la producción y en cada empresa. Por otra parte, no son las mismas masas quienes dirigen su lucha política en la acción directa sino, en concomitancia con la forma del Estado burgués, a través de sus representantes parlamentarios. Apenas comienza el periodo de luchas revolucionarias, es decir, apenas las masas irrumpen en escena, queda liquidada la separación entre las luchas económica y política y también la forma indirecta de lucha política a través del parlamento. En la movilización revolucionaria de masas, la lucha política y la económica se funden en una, y la frontera artificial entre sindicalismo y socialdemocracia como dos formas de organización del movimiento obrero totalmente independientes entre sí es barrida por la marea. Pero lo que encuentra su expresión concreta en la época de las movilizaciones revolucionarias de masas es también una realidad en la etapa parlamentaria. No existen dos luchas distintas de la clase obrera, económica una y política la otra, sino *una* única lucha de clases, que apunta a la vez a la disminución de la explotación capitalista dentro de la sociedad burguesa y a la abolición de la explotación junto con la sociedad burguesa.

Cuando estos dos aspectos de la lucha de clases se separan por razones técnicas en la etapa parlamentaria, no forman dos acciones que transcurren paralelas, sino simplemente dos fases, dos estadios de la lucha por la

emancipación de la clase obrera. La lucha sindical abarca los intereses inmediatos, la lucha socialdemócrata los intereses futuros del movimiento obrero. Los comunistas, dice el *Manifiesto Comunista*, representan, contra los distintos intereses sectoriales, nacionales o locales del proletariado, el interés común del proletariado en su conjunto. En las distintas etapas de la lucha de clases representan los intereses de conjunto del movimiento, es decir, el objetivo final: la liberación del proletariado. Los sindicatos representan únicamente los intereses sectoriales y una sola etapa del desarrollo del movimiento obrero. La socialdemocracia representa la clase obrera y la causa de su liberación como totalidad. Por eso, los sindicatos se relacionan con la socialdemocracia como parte de un todo. El hecho de que entre los dirigentes sindicales esté tan en boga la teoría de la «igual autoridad» del sindicato y la socialdemocracia se basa sobre una concepción errónea de la esencia del sindicalismo y de su rol en la lucha general por la liberación de la clase obrera.

Esta teoría de la acción paralela de la socialdemocracia y los sindicatos y de su «igual autoridad» no carece, sin embargo, de fundamentos, sino que posee sus propias raíces históricas. Se basa en la ilusión del periodo pacífico, «normal», de la sociedad burguesa, en el que la lucha política de la socialdemocracia parece consumarse en la lucha parlamentaria. Sin embargo, la lucha parlamentaria, junto con su contrapartida sindical, se libra exclusivamente en el terreno del orden social burgués. Es, por naturaleza propia, una obra de reforma política, así como la de los sindicatos es una obra de reforma económica. Representa un trabajo político para el presente, así como los sindicatos hacen un trabajo económico para el presente. Es, como ellos, una mera fase, una etapa en el desarrollo del proceso de la lucha de clases del proletariado cuyo objetivo final trasciende tanto la lucha parlamentaria como la lucha sindical. En relación a la política socialdemócrata, la lucha parlamentaria es, al igual que la lucha sindical, parte de una totalidad. La socialdemocracia comprende hoy a la lucha parlamentaria y a la lucha sindical en una sola lucha de clases que apunta a destruir el orden social burgués.

La teoría de la «igual autoridad» de sindicatos y partido no es un mero malentendido teórico, no se trata de una confusión, sino que refleja la ya

conocida tendencia oportunista del ala socialdemócrata que reduce la lucha política de la clase obrera a la discusión parlamentaria, y busca trasformar a la socialdemocracia de partido revolucionario proletario en partido reformista pequeñoburgués[76].

Si la socialdemocracia aceptara la teoría de los sindicatos de la «igual autoridad», aceptaría con ello, indirecta y tácitamente, la trasformación que buscan desde hace tiempo los representantes de la tendencia oportunista.

En Alemania existen, sin embargo, cambios tales en las relaciones en el movimiento obrero que serían imposibles en cualquier otro país. La concepción teórica en virtud de la cual los sindicatos son simplemente parte de la socialdemocracia tiene su expresión clásica en Alemania, de hecho, en tres sentidos. Primero, los sindicatos alemanes son producto directo de la socialdemocracia; ésta los creó, permitiéndoles así alcanzar sus dimensiones actuales, y hasta el día de hoy les provee de sus dirigentes y promotores más activos.

En segundo lugar, los sindicatos alemanes son producto de la socialdemocracia también en el sentido de que las enseñanzas socialdemócratas son el alma de la mili rancia sindical; los sindicatos socialdemócratas deben su primacía sobre los sindicatos burgueses y amarillos a la concepción de la lucha de clases; sus éxitos, su poder, son resultado del hecho de que su militancia está iluminada por la teoría del socialismo científico, que los eleva por encima del socialismo utópico estrecho. La fuerza de la «actividad práctica» de los sindicatos alemanes reside en su comprensión de las relaciones sociales y políticas más profundas del sistema capitalista; pero deben esta comprensión enteramente a la teoría del socialismo científico, que conforma el fundamento de su militancia. Considerado desde este punto de vista, cualquier intento de emancipar a los sindicatos de la teoría socialdemócrata en favor de otra «teoría sindical» opuesta es, desde el ángulo de los propios sindicatos y de su futuro, nada más que un intento de suicidio. La separación de la práctica sindical de la teoría del socialismo científico significaría, para los sindicatos alemanes, la pérdida inmediata de su superioridad sobre los sindicatos burgueses de todo tipo y su caída desde la altura que ocupan en la actualidad al nivel del tanteo inestable y la empiria vulgar.

Tercero y último, pese a que los dirigentes sindicales lo han ido perdiendo de vista gradualmente, la fuerza numérica de los sindicatos se debe al movimiento socialdemócrata y a su agitación. Es cierto que en muchos distritos la agitación sindical precede a la agitación socialdemócrata y que en todas partes el trabajo sindical le abre el camino al trabajo partidario. Desde el punto de vista del efecto, el partido y los sindicatos se prestan el máximo de ayuda mutua. Pero la proporción se altera considerablemente cuando contemplamos como una totalidad el cuadro de la lucha de clases alemana y sus conexiones internas. Muchos dirigentes sindicales tienen la costumbre de contemplar triunfalmente, desde su orgullosa altura de un millón y cuarto de afiliados, la miseria organizativa de la socialdemocracia, que todavía no llega al medio millón, y recordar cuando hace diez o doce años algunos socialdemócratas eran pesimistas respecto de las perspectivas de desarrollo del movimiento sindical.

Sí ven que entre estas dos cosas —el gran número de sindicalistas organizados y el pequeño número de socialdemócratas organizados— *existe, en cierta medida, una relación causal directa*. Miles y miles de obreros no entran al partido precisamente porque se afilian a los sindicatos. Según la teoría, todos los obreros deben pertenecer a dos organizaciones, asistir a dos clases de reuniones, pagar doble cotización, leer dos clases de periódicos obreros, etcétera. Pero para ello es necesario poseer un nivel de inteligencia superior y ese idealismo que, por sentido del deber para con el movimiento obrero, está dispuesto a sacrificar diariamente tiempo y dinero; y por último, un nivel más elevado de interés apasionado en la vida del partido, cosa que sólo puede engendrar la afiliación al partido. Todo esto es válido para la minoría más esclarecida e inteligente de los obreros socialdemócratas de las grandes ciudades, donde el partido lleva una vida plena y atractiva. Entre los sectores más amplios de la clase obrera de las grandes ciudades, al igual que en las provincias y en los pueblos y aldeas, donde la vida política local no es independiente sino un mero reflejo de los acontecimientos de la capital; donde, en consecuencia, la vida partidaria es aburrida y monótona; donde, por último, el nivel de vida de los obreros es, en la mayoría de los casos, miserable, resulta muy difícil lograr la doble afiliación.

Para el obrero socialdemócrata proveniente de las masas, la cuestión se resuelve con la afiliación al sindicato. Los intereses inmediatos de su lucha económica, condicionados por la naturaleza misma de la lucha, no pueden satisfacerse de otra manera que con la afiliación a un sindicato. Las cuotas que abona, con considerable sacrificio para su nivel de vida, le traen resultados visibles, inmediatos. Sus ideas socialdemócratas le permiten, sin embargo, participar en distintos tipos de tareas sin afiliarse al partido: votando en las elecciones parlamentarias, asistiendo a los mítines públicos socialdemócratas, siguiendo los informes de los discursos socialdemócratas en los organismos representativos, leyendo la prensa partidaria. En este sentido, ¡compárese la cantidad de electores socialdemócratas o el número de suscriptores del *Vorwaerts* con la cantidad de obreros afiliados al partido en Berlín!

Y, lo que es más decisivo, el obrero común que se siente socialdemócrata y que, como hombre de mediana educación, no puede comprender la complicada teoría de las dos almas, se siente, dentro del sindicato, miembro de una organización *socialdemócrata*. Aunque los comités centrales de los sindicatos no tienen la etiqueta partidaria, el trabajador de base de cada ciudad y aldea ve, a la cabeza de su sindicato, entre los dirigentes más activos del mismo, a aquellos colegas a quienes conoce también como camaradas socialdemócratas en la vida pública, ora como delegados al Reichstag, al Landtag o representantes locales, ora como hombres de confianza de la socialdemocracia, miembros de comités electorales, periodistas y secretarios del partido, o simples agitadores y oradores. Además, en el trabajo agitativo del sindicato oye las mismas ideas, que él comprende y que lo atraen, tales como explotación capitalista, relaciones de clase, etcétera, que provienen de la agitación socialdemócrata. Los oradores más queridos y escuchados en los mítines sindicales son los mismos socialdemócratas.

Así, todo se combina para darle al típico obrero consciente la sensación de que, en calidad de afiliado al sindicato, es también miembro de su partido obrero, de la organización socialdemócrata. *Allí reside el gran poder de atracción de los sindicatos alemanes*. No es su aparente neutralidad, sino la realidad socialdemócrata de su ser, lo que les ha dado a

las federaciones sindicales su fuerza actual. La necesidad de «neutralidad» política de los sindicatos se implantó artificialmente mediante la creación de otros sindicatos —católicos, Hirsch-Dunker, [sindicatos con direcciones «liberales»], etcétera— dirigidos por los partidos burgueses. Cuando el obrero alemán, con plena libertad de elección, opta por el «sindicato libre» en lugar del cristiano, evangélico-católico o librepensador, o abandona a éstos para afiliarse al primero, lo hace únicamente porque considera que los sindicatos centrales son las verdaderas organizaciones de la moderna lucha de clases o, lo que en Alemania es lo mismo, son sindicatos socialdemócratas.

En una palabra, la aparente «neutralidad» que existe en la mente de muchos dirigentes sindicales no existe para la masa de sindicalistas organizados. Y ésa es la buena suerte del movimiento sindical. Si esa aparente «neutralidad», esa alienación y separación de los sindicatos respecto de la socialdemocracia, verdaderamente se hiciera realidad a los ojos de las masas proletarias, los sindicatos perderían inmediatamente todas sus ventajas sobre sus competidores de los sindicatos burgueses, perdiendo así su poder de atracción, su fuego vital. Hay hechos conocidos que lo demuestran en forma tajante. La aparente «neutralidad» sindical con respecto a los partidos políticos prestaría un enorme servicio en un país donde la socialdemocracia no gozara del menor prestigio entre las masas, en los que el odio que suscita la organización obrera le resultaría una desventaja antes que una ventaja, donde, en una palabra, los sindicatos tendrían que empezar por captar sus efectivos entre una masa no esclarecida, totalmente aburguesada.

El mejor ejemplo de semejante país fue en el siglo pasado, y hasta cierto punto lo sigue siendo hoy, Gran Bretaña. En cambio, en Alemania las relaciones con el partido son totalmente distintas. En un país en el que la socialdemocracia es el partido más poderoso, en el que su poder de captación se refleja en un ejército de más de tres millones de proletarios, es ridículo hablar del efecto contraproducente de la socialdemocracia y de la necesidad de una organización obrera de combate para garantizar la neutralidad política. La mera comparación de las cifras de votantes de la socialdemocracia con las cifras de afiliados a las organizaciones sindicales

alemanas basta para demostrarle al más necio que los sindicatos alemanes, a diferencia de los ingleses, no recluían sus efectivos entre una masa no esclarecida y aburguesada sino en la masa proletaria esclarecida por la socialdemocracia y ganada por ella para la concepción de la lucha de clases. Muchos dirigentes sindicales repudian indignados esta idea —requisito para la «teoría de la neutralidad»— y consideran a los sindicatos un semillero de captación para la socialdemocracia. Esta idea, aparentemente insultante pero en realidad sumamente halagüeña, es una mera fantasía, ya que los papeles están invertidos; la socialdemocracia es el semillero de captación para los sindicatos.

Además, si el trabajo de organización sindical es difícil y engorroso, ello se debe, con excepción de unos pocos casos y de algunos distritos, no sólo a que el arado socialdemócrata todavía no ha roturado el terreno, sino también a que tanto la semilla sindical como la siembra deben ser socialdemócratas, «rojos», para que la cosecha pueda ser buena. Pero cuando comparamos de esta manera las cifras de la fuerza sindical, no con la de las organizaciones socialdemócratas, sino —y ésta es la única forma correcta de hacerlo— con las de las masas de votantes socialdemócratas, llegamos a una conclusión considerablemente distinta de la que está en boga actualmente. Es un hecho que los «sindicatos libres» no representan en la actualidad sino una minoría de los obreros conscientes de Alemania, que aun con su millón y cuarto de afiliados todavía no han logrado integrar a sus filas ni a la mitad de los obreros ya despiertos por la socialdemocracia.

La conclusión más importante a extraer de los hechos arriba mencionados es que la *unidad total* de los movimientos sindical y socialdemócrata, que es absolutamente indispensable para las luchas de masas que se avecinan en Alemania, *ya es un hecho*, incorporado a la gran masa que conforma simultáneamente la base de los sindicatos y de la socialdemocracia y en cuya conciencia ambas partes del movimiento se funden en una especie de unidad mental. El supuesto antagonismo entre la socialdemocracia y los sindicatos se reduce a un antagonismo entre la socialdemocracia y algunos dirigentes sindicales. Que es, al mismo tiempo, el antagonismo entre esos dirigentes sindicales y la masa proletaria organizada en los sindicatos.

El rápido crecimiento de los sindicatos alemanes en los últimos quince años, sobre todo en el periodo de gran prosperidad económica que abarca los años 1895 a 1910, ha traído consigo una gran independencia de los sindicatos, la especialización de sus métodos de lucha y, por último, la creación de toda una dirección sindical. Todos estos fenómenos son productos históricos, bastante naturales y comprensibles, del crecimiento de los sindicatos en ese periodo de quince años y de la prosperidad económica y la estabilidad política de Alemania. Aun cuando acarrean algunas desventajas constituyen, sin duda, un mal históricamente necesario. Pero la dialéctica de su desarrollo también trae consigo el hecho de que estos medios necesarios para fomentar el crecimiento de los sindicatos devienen, por el contrario, en obstáculos para su mayor crecimiento en determinada etapa de su organización y en cierto grado de madurez de las condiciones.

La especialización de su actividad profesional como dirigentes sindicales, al igual que el horizonte, naturalmente estrecho, que acompaña a las luchas aisladas de una etapa pacífica, facilita muchísimo la tendencia de los funcionarios sindicales hacia el burocratismo y la estrechez de miras. Ambos se expresan en toda una gama de tendencias que pueden ser fatales para el futuro de la organización sindical. Existe, en primer término, la sobrevaloración de la organización, que se convierte gradualmente de medio en fin, en una cosa preciosa a la que se deben subordinar los intereses de lucha. De ahí también surge esa necesidad de paz, reconocida abiertamente, que se achica ante el riesgo y los supuestos peligros que amenazan la estabilidad de los sindicatos y, además, la sobrevaloración del método de lucha sindical, sus perspectivas y éxitos.

Los dirigentes sindicales, constantemente absorbidos por la guerrilla económica, cuya tarea consiste en hacer que los obreros sobrevaloren en extremo la más mínima hazaña económica, cualquier aumento de salarios o reducción de la jornada laboral, pierden gradualmente el poder de visión de las grandes conexiones y de la situación en su conjunto. Ésta es la única explicación de por qué los dirigentes sindicales se refieren con la mayor satisfacción a los logros de los últimos quince años, en lugar de poner el acento en el reverso de la moneda; la tremenda disminución del nivel de vida proletario a causa de la usura de la tierra, la política impositiva y

aduanera, el tremendo aumento de los alquileres (fruto de la rapacidad de los dueños), en fin, todas las tendencias objetivas de la política burguesa que han neutralizado, en gran medida, las ventajas obtenidas en quince años de lucha sindical. De la verdad socialdemócrata *total* que, a la vez que pone el énfasis en la importancia del trabajo actual y su absoluta necesidad, atribuye importancia primordial a la crítica y limitaciones de dicho trabajo, se extrae la verdad sindical a medias que sólo enfatiza el aspecto positivo de la lucha cotidiana.

Y por último, del ocultamiento de los límites objetivos que el orden social burgués le impone a la lucha sindical surge la hostilidad a toda crítica teórica que se refiera a dichas limitaciones en conexión con los objetivos últimos del movimiento obrero. Se considera la adulación servil y el optimismo ilimitado como deber de todo «amigo del movimiento sindical». Pero, puesto que el punto de vista socialdemócrata consiste precisamente en combatir el optimismo sindical y parlamentario, falto de sentido crítico, se forma un frente contra la teoría socialdemócrata: los hombres buscan a tientas una «nueva teoría sindical», es decir, una teoría que le abra un horizonte ilimitado de avance económico para la lucha sindical en el marco capitalista, en oposición a la doctrina socialdemócrata. Esa teoría existe desde hace tiempo: es la teoría del profesor Sombart[77], promulgada con el objetivo manifiesto de introducir una cuña entre los sindicatos y la socialdemocracia alemana y de atraer a éstos a la posición burguesa.

En ligazón estrecha con esas corrientes teóricas se ha producido una revolución en las relaciones entre los dirigentes y las bases. En lugar de ser dirigidos por sus colegas a través de los comités locales, con todas sus faltas ya conocidas, surge la dirección formal de los funcionarios sindicales. De esa manera, la iniciativa y el poder de decisión quedan en manos de los especialistas sindicales, por darles un nombre, mientras que sobre la base recae la virtud más pasiva de la disciplina. Este aspecto desfavorable de la dirección entraña grandes peligros, por cierto, para el partido. También entraña peligros muy grandes la reciente innovación de crear secretariados partidarios a escala local, puesto que si la base socialdemócrata no los vigila de cerca pueden convertirse en meros órganos encargados de cumplir las resoluciones en lugar de ser los depositarios de toda la iniciativa y dirección

de la vida partidaria local. Pero, por la propia naturaleza del caso, en virtud del carácter de la lucha política, el burocratismo se mueve dentro de márgenes estrechos, tanto en la vida partidaria como sindical.

Pero en este caso la especialización técnica de las luchas salariales, como la firma de complicados acuerdos tarifarios y otras cosas por el estilo, significa con frecuencia que la masa obrera organizada se ve privada de su «visión de la vida industrial en su conjunto», quedando así incapacitada para tomar decisiones. La consecuencia de esta concepción es que se hace un tabú de la crítica teórica de las perspectivas y posibilidades del accionar sindical, en virtud de que semejante crítica significa un peligro para el piadoso sentimiento sindical de las masas. De allí se ha desarrollado la teoría de que a las masas trabajadoras sólo se las puede ganar para la organización si se les inculca una fe ciega e infantil en la eficacia de la lucha sindical. A diferencia de la socialdemocracia, que basa su influencia sobre la unidad de las masas en medio de las contradicciones del orden imperante, en el carácter complejo de su desarrollo y en la actitud crítica hacia todos los hechos y etapas de su propia lucha de clases, la influencia y el poder de los sindicatos se basa en la teoría invertida de la incapacidad de las masas para la crítica y la decisión. «Hay que mantener la fe del pueblo»: tal es el principio fundamental, que lleva a muchos dirigentes sindicales a calificar de atentado contra la vida del movimiento toda crítica a la insuficiencia objetiva del sindicalismo.

Por último, el resultado de esta especialización y burocratización de los dirigentes sindicales es la gran independencia y «neutralidad» de los sindicatos respecto de la socialdemocracia. La extrema independencia de la organización sindical es fruto natural de su crecimiento, como relación surgida de la división técnica del trabajo entre las formas de lucha política y sindical. La «neutralidad» de los sindicatos alemanes es, por su parte, producto de la legislación sindical reaccionaria del estado policial prusiano-germano. Con el tiempo, han cambiado ambos aspectos de su naturaleza. En base a la «neutralidad» política de los sindicatos, impuesta por la policía, ha surgido la teoría de su neutralidad voluntaria como necesidad basada en la supuesta naturaleza de la lucha sindical misma. Y de la independencia técnica de los sindicatos, que debería basarse en la división

del trabajo en la lucha de clase unificada de la socialdemocracia, ha surgido la separación de los sindicatos de la política y dirección socialdemócratas, hasta trasformarse en la supuesta «igual» autoridad de los sindicatos y la socialdemocracia.

Sin embargo, esta aparente separación e igualdad de los sindicatos y la socialdemocracia se corporiza principalmente en los dirigentes sindicales, y se fortalece a través del aparato de administración sindical. Debido a la existencia de todo un cuerpo de funcionarios sindicales, de un comité central totalmente independiente, de una gran prensa profesional y, por último, de un congreso sindical, se crea la ilusión de un paralelismo exacto con el aparato de administración, el comité ejecutivo, la prensa y el congreso partidarios. Esta ilusión de igualdad de los sindicatos con la socialdemocracia ha llevado, entre otras cosas, a la monstruosidad de que se discutan órdenes del día bastante parecidos en los respectivos congresos y que, en torno a las mismas cuestiones, se suelan aprobar resoluciones distintas, a veces diametralmente opuestas. A partir de la división natural del trabajo entre el congreso partidario, que representa los intereses y tareas generales del movimiento obrero, y el congreso sindical, que se ocupa del campo mucho más estrecho de los problemas e intereses sociales, se ha creado la división artificial entre un supuesto punto de vista sindical y otro socialdemócrata en torno a *los mismos* problemas e intereses generales del movimiento obrero.

Así surgió la situación tan peculiar de que este mismo movimiento sindical que, por abajo, para la gran masa proletaria, constituye un todo único con la socialdemocracia, se rompe abiertamente por arriba, en la superestructura administrativa, y se establece como una gran potencia independiente. Con ello el movimiento obrero alemán asume la forma peculiar de una doble pirámide, cuya base y cuerpo consisten en una sola masa sólida, pero cuyos ápices se encuentran bien separados.

Presentado el caso de esta manera, resulta claro cuál es la única manera natural y solvente de lograr la unidad compacta del movimiento obrero alemán, unidad que, en vista de las luchas políticas que se avecinan y teniendo en cuenta los intereses de los sindicatos y su futuro crecimiento, se vuelve indispensable. Nada hay más impotente y perverso que el deseo de

lograr la unidad entre la dirección socialdemócrata y los comités centrales sindicales a través de negociaciones esporádicas periódicas en torno a problemas aislados que afectan al movimiento obrero. Son precisamente los círculos más encumbrados de ambas formas de organización del movimiento obrero quienes, como hemos visto, al corporizar su separación y autosuficiencia, promueven la ilusión de la «misma autoridad» y de la existencia paralela de la socialdemocracia y el sindicalismo.

Desear la unidad de éstos mediante la unión del ejecutivo partidario y la comisión general sindical es querer construir un puente allí donde la distancia es mayor y el cruce más dificultoso. La garantía de la verdadera unidad del movimiento obrero no se encuentra en la cumbre, entre los dirigentes de las organizaciones y su alianza federativa, sino en la base, entre las masas proletarias organizadas. Para la conciencia de un millón de sindicalistas, el partido y los sindicatos son una *unidad*, representan de distintas maneras la lucha *socialdemócrata* por la emancipación del proletariado. Y de allí surge automáticamente la necesidad de quitar de en medio todas las causas de la fricción que ha surgido entre la socialdemocracia y algunos sindicatos, de adaptar sus relaciones mutuas a la conciencia de las masas proletarias, es decir, de *reunificar los sindicatos con la socialdemocracia*. Así se expresará la síntesis del proceso real que llevó a los sindicatos a separarse de la socialdemocracia, y se abrirá el camino para el próximo periodo de grandes luchas de masas del proletariado. En dicho periodo se producirá el vigoroso crecimiento de los sindicatos y la social-democracia cuya unidad, en bien de sus intereses mutuos, se volverá una necesidad.

No se trata, por supuesto, de fundir la organización sindical con la partidaria, sino de restaurar la unidad de la socialdemocracia con los sindicatos, lo que corresponde a las verdaderas relaciones entre el movimiento obrero en su conjunto y su expresión sindical parcial. Semejante revolución suscitará indudablemente una poderosa reacción de parte de algunos dirigentes sindicales. Pero ya es hora de que las masas trabajadoras socialdemócratas aprendan a expresar su capacidad de acción y decisión y, con ello, a demostrar su madurez para esa etapa de grandes

luchas y tareas en que ellas serán el coro, y los organismos dirigentes meras «voces cantantes», es decir, simples intérpretes de la voluntad de las masas.

El movimiento sindical no es aquel que se refleja en la ilusión, comprensible *pero irracional*, de una minoría de dirigentes sindicales, sino aquel que vive en la conciencia de miles de proletarios que han sido ya ganados para la lucha de clases. Para esta conciencia el movimiento sindical es parte de la socialdemocracia. «Y aquello que es, debe tener la osadía de aparentarlo».

¿QUE ES LA ECONOMÍA?

[En el otoño de 1906 el Partido Social Demócrata alemán creó una escuela partidaria en Berlín. El objetivo era dar a treinta estudiantes elegidos anualmente por el partido y los sindicatos un curso intensivo de seis meses sobre historia del socialismo, economía, sindicalismo y muchos temas más. En el primer año no se le pidió a Rosa Luxemburgo que enseñara pero en el otoño de 1907, cuando la policía alemana ordenó a dos de los profesores, que no eran ciudadanos alemanes, que cesaran sus actividades docentes. Rosa se hizo cargo del curso de economía. Desde 1907 hasta que la escuela cerró durante la Primera Guerra Mundial sus actividades docentes ocuparon buena parte de su tiempo y fueron muy bien aceptadas.

Por todos los informes que tenemos, sabemos que fue una profesora excepcional, y la lectura de «¿Qué es la economía?» nos da una idea de por qué sus clases gozaban de tanta popularidad. Cualquier estudiante que haya padecido un curso de economía y tratado de comprender las explicaciones secas, aburridas e intencionadamente oscuras de los profesores del tipo que Rosa Luxemburgo ridiculiza, deseará haber podido asistir a sus clases.

Durante muchos años trabajo en reunir sus conferencias en una exhaustiva introducción a la economía. Utilizó buena parte de su tiempo libre entre 1907 y 1912 trabajando en ese proyecto, rechazando más de una invitación para hablar en público a fin de tener más tiempo para trabajar. Recién durante su encarcelamiento, en la Primera Guerra Mundial, pudo pulir algunos capítulos para la publicación, entre ellos el primero, que aquí reproducimos.

El libro iba a constar de diez capítulos, pero cuando sus partidarios trataron de reunidos después de su muerte tan sólo hallaron seis. El

resto fue destruido probablemente cuando las tropas revolucionarias saquearon su casa, después de asesinarla. Paul Levi[78] publicó el manuscrito incompleto en los años 20, pero se lo acusa de alterar el original. El gobierno de Alemania Oriental publicó una segunda versión, supuestamente basada en el manuscrito original, en 1951.

Ésta es una versión reducida del primer capítulo. Se omiten algunas partes referentes a una polémica sobre la naturaleza de la economía contemporánea como entidad internacional antes que «nacional».]

I

La economía es una ciencia muy particular. Los problemas y las controversias aparecen apenas se da el primer paso en esta rama del conocimiento, apenas se plantea la pregunta fundamental: de qué trata esta ciencia. El obrero común, que tiene sólo una idea muy vaga de qué es la economía, atribuirá su falta de conocimiento a una deficiencia en su educación general. Pero en cierto sentido comparte su perplejidad con muchos estudiosos y profesores eruditos, que escriben obras de muchos tomos sobre el tema de la economía y dictan cursos de economía a los estudiantes universitarios. Parece increíble, pero es cierto: la mayoría de los profesores de economía tienen una idea muy nebulosa del contenido real de su erudición.

Puesto que es común que estos profesores galardonados con títulos y honores académicos trabajen con definiciones, es decir, que traten de expresar la esencia de los fenómenos más complejos en unas cuantas frases prolijamente elaboradas, hagamos un experimento, tratemos de aprender de un representante de la economía burguesa oficial de qué trata esta ciencia. Consultemos en primer lugar al decano del mundo académico alemán, autor de una inmensa cantidad de mamotretos sobre economía, el fundador de la llamada escuela histórica de la economía. Wilhelm Roscher[79]. En su primera gran obra, titulada *Principios de economía política, manual y texto para hombres de negocios y estudiantes*, publicada en 1854, pero que ha conocido desde entonces veintitrés ediciones, leemos en el capítulo 2,

parágrafo 16: «Por ciencia de la economía nacional o política entendemos aquella ciencia que trata de las leyes del desarrollo de la economía de una nación, o de su vida económica nacional (filosofía de la historia de la economía política, según von Mangoldt). Al igual que todas las ciencias políticas, o ciencias de la vida nacional, estudia, por una parte, al hombre individual y por la otra extiende su campo de investigación al conjunto de la humanidad.» (p. 87).

¿Comprenden ahora los «hombres de negocios y estudiantes» qué es la economía? Pues, la economía es la ciencia que estudia la vida económica. ¿Qué son los anteojos de carey? Anteojos con marco de carey, desde luego. ¿Qué es un asno de carga? Pues, ¡un asno con una carga sobre su lomo! En realidad, éste es un buen método para enseñarles a los niños el significado de las palabras más complejas. Es de lamentar, sin embargo, que si no se entiende el significado de las palabras de nada servirá que éstas se ordenen de tal o cual manera.

Consultemos ahora a otro estudioso alemán, actualmente catedrático de economía en la Universidad de Berlín, verdadera luminaria de la ciencia oficial, famoso «a lo largo y a lo ancho del país» —como se suele decir—, el profesor Schmoller[80]. En un artículo sobre economía publicado en el gran compendio de los profesores alemanes, el *Diccionario manual de las ciencias políticas*, de los profesores Konrad y Lexis, Schmoller nos da la siguiente respuesta:

«Yo diría que es la ciencia que describe, define y dilucida las causas de los fenómenos económicos, y los aprehende en sus interrelaciones. Ello supone, desde luego, que empecemos por definir correctamente a la economía. En el centro de esta ciencia debemos colocar las formas típicas, que se repiten en todos los pueblos civilizados modernos, de división y organización del trabajo, del comercio, de la distribución de los ingresos, de las instituciones socioeconómicas que, apoyadas por cierto tipo de leyes privadas y públicas y dominadas por fuerzas síquicas parecidas o similares, generan relaciones de fuerzas parecidas o similares, cuya descripción nos daría las estadísticas del mundo civilizado contemporáneo: una especie de cuadro de situación de éste. A partir de allí, la ciencia ha intentado discernir las diferencias entre las distintas economías nacionales, una en comparación

con las demás, los distintos tipos de organización aquí y en otras partes; se ha preguntado en qué relación y con qué secuencia aparecen las distintas formas y ha llegado así a la concepción del desarrollo causal de estas formas distintas y la secuencia histórica de las circunstancias económicas. Y puesto que ha llegado, desde el comienzo mismo, a la afirmación de ideales mediante juicios de valor morales e históricos, ha mantenido esta función práctica, en cierta medida, hasta el presente. Además de la teoría, la economía siempre ha propagado principios prácticos para la vida cotidiana».

¡Bueno! Respirar profundamente. ¿Cómo era eso? Instituciones socioeconómicas-ley pública y privada-fuerzas síquicas-parecido y similar-similar y parecido-estadísticas-estática-dinámica-cuadro de situación-desarrollo causal-juicios de valor histórico-morales… El común de los mortales no puede dejar de preguntarse, luego de leer esto, por qué su cabeza le da vueltas como un trompo. Con fe ciega en la sabiduría profesoral que aquí se dispensa, y buscando tozudamente un poco de sabiduría, se podría tratar de descifrar este galimatías dos, quizás tres veces; tememos que el esfuerzo sería en vano. Aquí no hay sino fraseología hueca, cháchara pomposa. Y ello constituye, de por sí, un síntoma infalible. Quien piense con seriedad y domine el tema que está estudiando, se expresará concisa e inteligiblemente. Quien, salvo cuando se trata de la acrobacia intelectual de la filosofía o los espectros fantasmagóricos de la mística religiosa, se expresa de manera oscura y carente de concisión, revela estar en la oscuridad… o querer evitar la claridad. Más adelante veremos que la terminología confusa y oscurantista de los profesores burgueses no es fruto de la casualidad, que refleja no sólo su falta de claridad sino también su aversión tendenciosa y tenaz hacia un verdadero análisis del problema que nos ocupa.

Se puede demostrar que la definición de la esencia de la economía es asunto polémico apoyándose en un hecho superficial: su edad. Se han expresado las opiniones más contradictorias en torno a la edad de esta ciencia. Por ejemplo, un conocido historiador y exprofesor de economía de la Universidad de París, Adolphe Blanqui[81] —hermano del famoso dirigente socialista y soldado de la Comunna Auguste Blanqui[82]—

comienza el primer capítulo de su *Historia del desarrollo económico* con la siguiente frase: «La economía es más antigua de lo que generalmente se cree. Los griegos y romanos ya la poseían». Por otra parte, otros autores que han estudiado la historia de la economía, por ejemplo Eugen Dühring[83], exprofesor en la Universidad de Berlín, consideran importante recalcar que la economía es mucho más moderna de lo que generalmente se cree; surgió en la segunda mitad del siglo XVIII. Para dar también una opinión socialista, citemos a Lassalle[84], en el prefacio de su clásica polémica escrita en 1864 contra *Capital y trabajo* de Schultze-Delitzsch: «La economía es una ciencia cuyos rudimentos existen, pero que todavía no ha sido definida».

Por otra parte, Carlos Marx le puso a su obra maestra de la economía —*El capital*— el subtítulo de *Crítica de la economía política*. El primer tomo apareció, como para cumplir la profecía de Lassalle, tres años más tarde, en 1867. Con este subtítulo Marx coloca a su obra fuera del marco de la economía convencional, considerando que ésta está terminada definitivamente: sólo resta criticarla.

Algunos sostienen que esta ciencia es tan antigua como la historia escrita de la humanidad. Para otros tiene apenas un siglo y medio de antigüedad. Un tercer grupo sostiene que se halla en pañales. Otros dicen que está perimida y que ha llegado la hora de pronunciar un juicio crítico y definitivo para acelerar su desaparición. ¿Quién no está dispuesto a reconocer que semejante ciencia presenta un fenómeno único y complicado?

No sería aconsejable preguntarle a algún representante oficial burgués de esta ciencia: ¿Cómo explica usted el hecho curioso de que la economía —ésta es la opinión predominante en nuestros días— haya comenzado hace apenas ciento cincuenta años? El profesor Dühring, por ejemplo, respondería con un gran palabrerío, afirmando que los griegos y los romanos no tenían concepciones científicas de los problemas económicos, sólo nociones «irresponsables, superficiales, muy vulgares» extraídas de la experiencia diaria; que la Edad Media fue «acientífica» hasta la enésima potencia. Es obvio que esta explicación erudita no nos sirve; por el

contrario, es bastante engañosa, sobre todo esa forma de generalizar sobre la Edad Media.

El profesor Schmoller nos brinda una explicación tan peculiar como la anterior. En su obra, que citamos más arriba, añade la siguiente perla a la confusión reinante: «Durante siglos se habían observado y descrito muchos fenómenos económicos privados y sociales, se habían reconocido unas cuantas verdades económicas y los códigos legales y éticos habían discutido problemas económicos. Estos hechos sin relación entre sí, fueron unificados en una ciencia especial cuando los problemas económicos adquirieron importancia sin precedentes en el manejo y administración del Estado; desde el siglo XVII hasta el XIX, cuando numerosos autores se ocuparon de estos problemas, el conocimiento de los mismos se convirtió en necesidad para los estudiantes universitarios y al mismo tiempo la evolución del pensamiento científico en general condujo a interrelacionar estos dichos y hechos económicos en un sistema independiente utilizando ciertas nociones fundamentales, tales como dinero y comercio, la política nacional en materia económica, el trabajo y la división del trabajo: todo ello lo intentaron los autores del siglo XVIII. Desde entonces la teoría económica existe como ciencia independiente».

Cuando extraemos el poco sentido que le encontramos a este verborrágico pasaje, obtenemos lo siguiente: existían varias observaciones económicas que, durante un tiempo, estuvieron tiradas aquí y allá, casi ociosas. Entonces, de repente, apenas el «manejo y administración del Estado» —quiere decir el gobierno— lo necesitaron, y en consecuencia se hizo necesario enseñar economía en las universidades, estos dichos económicos fueron rejuntados y enseñados a estudiantes universitarios. Asombroso, y a la vez, ¡qué típica de un profesor es esta explicación! Primero, en virtud de las necesidades del honorable gobierno, se funda una cátedra… cuya titularidad es ocupada por un honorable profesor. Entonces, desde luego, se crea la ciencia, si no, ¿qué podría enseñar el profesor? Al leer este pasaje nos acordamos —¿quién no?— del maestro de ceremonias de la Corte que afirmó estar convencido de que la monarquía perduraría para siempre; después de todo, si desapareciera la monarquía, ¿de qué viviría? Ésta es, pues, la esencia del parágrafo: la economía nació porque el

gobierno del Estado moderno necesitaba de esa ciencia. Se supone que la orden de las autoridades constituidas es el certificado de nacimiento de la economía: esa forma de razonar es típica de un profesor contemporáneo.

El sirviente científico del gobierno que, a pedido de éste, redoblará «científicamente» el tambor a favor de cualquier tarifa o impuesto para la Marina, que en época de guerra será una verdadera hiena del campo de batalla, predicador del chovinismo, el odio nacional y el canibalismo intelectual, semejante tipo no tiene empacho en imaginar que las necesidades financieras del soberano, los deseos fiscales del tesoro, la inclinación de cabeza de las autoridades constituidas, todo ello bastó para crear una ciencia del día a la noche… ¡de la nada! Para los que no ocupamos puestos de gobierno tales nociones presentan alguna dificultad. Además, la explicación plantea otro interrogante: ¿qué ocurrió en el siglo XVII, que obligó a los gobiernos de los estados modernos —siguiendo el razonamiento del profesor Schmoller— a sentir la necesidad de exprimir a sus amados súbditos en forma científica, de repente, mientras que durante siglos las cosas habían marchado bastante bien, por cierto, con los métodos viejos? ¿No se da vuelta las cosas aquí, no es más probable que las nuevas necesidades de los tesoros fiscales hayan sido una modesta consecuencia de esos grandes cambios históricos que fueron el origen real de la nueva ciencia de la economía a mediados del siglo XVIII?

En síntesis, sólo podemos decir que los profesores eruditos no nos quieren revelar de qué trata la economía y encima no quieren revelar cómo y por qué se originó esta ciencia.

V

Se suele definir a la economía de la siguiente manera: «ciencia de las relaciones económicas entre seres humanos». Este encubrimiento de la esencia de lo que estamos tratando no clarifica el interrogante, lo complica aún más. Surge la siguiente pregunta: ¿es necesario, y si lo es, por qué hay que tener una ciencia especial sobre las relaciones económicas entre «seres

humanos», esto es, *todos* los seres humanos, en todo momento y circunstancia?

Tomemos un ejemplo de relaciones económicas humanas, si es posible dar un ejemplo fácil e ilustrativo. Imaginémonos viviendo en el periodo histórico en que no existía la economía mundial, cuando el intercambio de mercancías florecía únicamente en las ciudades, mientras que en el campo predominaba la economía natural, es decir, la producción para el consumo propio, tanto en las grandes propiedades terratenientes como en las pequeñas granjas.

Veamos, por ejemplo, las condiciones en las Highlands de Escocia en la década de 1850, tal como las describió Dugald Stewart: «En ciertas partes de las Highlands de Escocia […] apareció más de un pastor, y también chacarero […] calzando zapatos de cuero por ellos curtido […] vistiendo ropas que no habían conocido otras manos que las suyas, puesto que las telas provenían de la esquila de sus propias ovejas, o de la cosecha de su propio campo de lino. En la preparación de los mismos casi ningún artículo había sido comprado, salvo la lezna, la aguja, el dedal y la herrería empleados en el telar. Las tinturas eran extraídas principalmente por las mujeres de los árboles, arbustos y hierbas» (Citado por Marx en *El capital*.).

O tomemos un ejemplo de Rusia donde hasta hace relativamente poco tiempo, a fines de 1870, la situación del campesinado era la siguiente: «El terreno que él [el campesino del distrito de Viasma en la provincia de Smolensk] cultiva lo provee de alimentos, ropa, casi todo lo que necesita para su subsistencia: pan, papas, leche, carne, huevos, tela de lino, pieles de oveja y lana para el abrigo […] Utiliza dinero únicamente cuando adquiere botas, artículos de tocador, cinturones, gorras, guantes y algunos enseres domésticos esenciales: platos de arcilla o madera, útiles para la chimenea, cacerolas y cosas similares». (Profesor Nikolai Siever, *Carlos Marx y David Ricardo*, Moscú, 1879, p. 480).

Hay hogares campesinos similares en Bosnia y Herzegovina, en Servia y en Dalmacia hasta el día de hoy. Si le preguntáramos a un campesino que se autoabastece ya sea en las Highlands de Escocia, en Rusia, Bosnia o Servia sobre el «origen y distribución de la riqueza» y demás problemas

económicos, nos miraría asombrado. ¿Por y para qué trabajamos? (O, como dirían los profesores, «¿cuál es la motivación de tu economía?»). El campesino respondería seguramente de la siguiente manera: Pues, veamos. Trabajamos para vivir, puesto que —como dice el dicho— nada sale de la nada. Si no trabajáramos moriríamos de hambre. Trabajamos para salir adelante, para tener qué comer, poder vestirnos, mantener un techo sobre nuestras cabezas. Cuando producimos, ¿cuál es el «propósito» de nuestro trabajo? ¡Qué pregunta más estúpida! Producimos lo que necesitamos, lo que toda familia campesina necesita para vivir. Cultivamos trigo y centeno, avena y cebada, papas; según la situación en que nos hallemos tenemos vacas y ovejas, gallinas y gansos. En invierno se carda la lana; ése es trabajo para las mujeres, mientras los hombres hacen todo lo que haya que hacer con el hacha, el serrucho y el martillo. Llámelo, si quiere, «agricultura» o «artesanía»; tenemos que hacer un poco de todo, puesto que necesitamos toda clase de cosas en la casa y en los campos.

¿Que cómo organizamos el trabajo? ¡Otra pregunta estúpida! Los hombres, naturalmente, realizan las tareas que exigen fuerza de hombre; las mujeres cuidan la casa, el establo y el gallinero; los niños hacen lo que pueden. ¡No vaya a pensar que yo envío a la mujer a cortar leña mientras yo ordeño la vaca! (El buen hombre no sabe, agreguemos, que en muchas tribus primitivas, por ejemplo entre los indios brasileños, son las mujeres quienes cortan leña, buscan raíces en el bosque y recolectan fruta, mientras que en las tribus ganaderas de Asia y África los hombres no sólo cuidan a las vacas, también las ordeñan. Aún hoy, en Dalmacia, puede observarse a la mujer cargando un pesado fardo sobre sus espaldas, mientras el robusto marido la acompaña montado en su burro, fumando su pipa. Esa «división del trabajo» les parece tan natural como le parece natural a nuestro campesino que él deba cortar la leña mientras su mujer ordeña la vaca). Prosigamos: ¿qué constituye mi riqueza? ¡Cualquier niño de la aldea podría responderle! Un campesino es rico cuando tiene un granero colmado, un establo poblado, una buena majada, un buen gallinero; es pobre cuando se le empieza a acabar la harina para Pascuas y le aparecen goteras en el techo cuando llueve. ¿Cuál es la pregunta? Si mi parcela fuera mayor yo sería

más rico, y si en el verano llegara a haber, Dios nos libre, una granizada, todos los aldeanos quedaremos pobres en menos de veinticuatro horas.

Le hemos permitido al campesino responder a las preguntas económicas usuales con mucha paciencia, pero podemos tener la certeza de que si el profesor se hubiera apersonado en la granja, cuaderno y pluma en mano para iniciar su investigación, se le hubiera mostrado la salida con cierta brusquedad antes de que hubiese llegado a la mitad del cuestionario. Y en realidad todas las relaciones en la economía campesina resultan tan obvias y trasparentes que su disección mediante el bisturí de la economía parece realmente un juego inútil.

Puede, desde luego, objetarse que el ejemplo no es muy feliz, que en un hogar campesino que se autoabastece esa simplicidad extrema es realmente hija de la escasez de recursos y la pequeña escala en que se produce. Bien, dejemos al pequeño hogar campesino que logra mantener alejados a los lobos en alguna localidad olvidada de Dios, elevemos nuestras miras hasta la cima de un poderoso imperio, examinemos el hogar de Carlomagno. Este emperador logró convertir al Imperio Germano en el más poderoso de Europa a comienzos del siglo IX; emprendió no menos de cincuenta y tres campañas militares con el fin de extender y consolidar su reino, que llegó a abarcar la Alemania moderna además de Francia, Italia, Suiza, el norte de España, Holanda y Bélgica; este emperador también se preocupaba de la administración de sus feudos y chacras.

Nada menos que su mano imperial redactó un decreto especial de setenta parágrafos en los que sentó los principios a aplicarse en la administración de sus propiedades de campo: el famoso *Capitulare de Villis*, es decir, la ley sobre los señoríos; por suerte este documento, tesoro invalorable de información histórica, se conserva hasta hoy entre la tierra y el moho de los archivos. Este documento merece una atención especial por dos razones. En primer lugar, casi todos los establecimientos agrícolas de Carlomagno se trasformaron en poderosas ciudades libres: Aix-la-Chapelle, Colonia, Munich, Basilea, Estrasburgo y muchas otras ciudades alemanas y francesas fueron en tiempos remotos propiedades agrícolas de Carlomagno. En segundo lugar, los principios económicos de Carlomagno eran el modelo que seguían todas las grandes propiedades eclesiásticas y seculares de la

Alta Edad Media; los señoríos de Carlomagno mantenían viva la vieja tradición romana y implantaban la exquisita cultura de las villas romanas al tosco ambiente de la joven nobleza teutónica; sus reglas sobre elaboración de vinos, cultivo de jardines, frutas y vegetales, cría de aves de corral, etcétera, constituyeron una hazaña económica perdurable.

Observemos este documento más de cerca. El gran emperador pide, en primer término, que se le sirva con honestidad, que todos los súbditos de sus feudos reciban cuidados y protección contra la pobreza; que no se les agobie con trabajos que superen su capacidad normal; que se les recompense el trabajo nocturno. Los súbditos, por su parte, deben dedicarse al cultivo de la vid y deben almacenar el jugo de la uva en botellas para que no se deteriore. Si se muestran remisos a cumplir con su deber, se les castigará «en la espalda u otra parte del cuerpo». El emperador decreta asimismo que se deben criar abejas y gansos; las aves de corral deben ser cuidadas y su número incrementado. Debe prestarse atención al cuidado del ganado vacuno y caballar y también del lanar.

Deseamos, además, escribe el emperador, que nuestros bosques sean administrados con inteligencia, que no se los tale, que haya siempre en ellos gavilanes y halcones. Debe haber a nuestra disposición gansos y pollos gordos en todo momento; los huevos que no se consumen han de venderse en los mercados. En cada uno de nuestros señoríos debemos tener siempre a mano una buena provisión de plumas para colchones, colchones, mantas, enseres de cobre, plomo, hierro, madera, cadenas, ganchos, hachas, taladros, de modo que no se deba pedir nada prestado a los demás.

Además, el emperador exige que se le rinda cuenta exacta de la producción de sus feudos, es decir, cuánto se produjo de cada ítem, y hace la lista de éstos: vegetales, mantequilla, queso, miel, aceite, vinagre, remolachas «y otras cosas sin importancia», como dice textualmente este famoso documento. El emperador ordena asimismo que en cada uno de sus dominios haya artesanos, expertos en todos los oficios, en número adecuado, y hace la lista de cada oficio, uno por uno. Designa a la Navidad la fecha anual en que se le rinden cuentas de todas sus riquezas. El campesino más pobre no cuenta cada cabeza de ganado y cada huevo que hay en su granja con mayor cuidado que el gran Emperador Carlos. El

parágrafo número 62 del documento dice: «Es importante que sepamos qué y cuánto poseemos, de cada cosa». Y una vez más hace una lista: bueyes, molinos, madera, embarcaciones, vinos, legumbres, lana, lino, cáñamo, frutas, abejas, peces, cueros, cera y miel, vinos nuevos y añejos y demás cosas que se le envían. Y para consuelo de sus queridos vasallos, quienes deben enviarle estas cosas, agrega sin malicia: «Esperamos que todo esto no les parezca demasiado dificultoso; pues cada uno de vosotros es señor de su feudo y puede exigir estas cosas a sus súbditos».

En otro parágrafo de la ley encontramos instrucciones precisas en cuanto al recipiente y modo de transporte de los vinos, asunto de Estado aparentemente muy caro al corazón del emperador. «El vino debe transportarse en cascos de madera con fuertes aros de hierro, jamás en odres de piel. En cuanto a la harina, será transportada en carros de doble fondo recubiertos de cuero, para que se pueda cruzar los ríos sin dañar la harina. Quiero también cuentas exactas de los cuernos de mis ciervos, además de los machos cabrios, asimismo de las pieles de lobos matados durante el año. En el mes de mayo no olvidéis declarar la guerra a muerte contra los lobos jóvenes». En el último parágrafo Carlomagno hace la lista de todas las flores y árboles y hierbas que quiere en sus señoríos, tales como: rosas, lirios, romero, pepinos, cebollas, rabanitos, semillas de alcaravea, etcétera. Este famoso documento legislativo finaliza con algo que parece ser la enumeración de las distintas variedades de manzanas.

Éste es, entonces, el cuadro de la casa imperial en el siglo IX, y aunque estamos hablando de uno de los soberanos más ricos y poderosos de la Edad Media cualquiera reconocerá que tanto su economía familiar como sus principios administrativos nos recuerdan al pequeño hogar campesino que vimos antes.

Si le planteáramos a nuestro anfitrión imperial las mismas preguntas acerca de su economía, la naturaleza de su riqueza, el objeto de la producción, la división del trabajo, etcétera, extendería su mano real para señalamos las montañas de trigo, lana y cáñamo, los cascos de vino, aceite y vinagre, los establos repletos de vacas, bueyes y ovejas. Y es probable que no pudiéramos encontrar misteriosos problemas para que la ciencia de

la economía analice y resuelva, puesto que todas las relaciones, causa y efecto, trabajo y resultado, son claras como el cristal.

Quizás alguien nos quiera observar que volvimos a encontrar un ejemplo poco feliz. ¿Acaso el documento no revela que no estamos tratando con la vida económica pública del Imperio Germano, sino con la hacienda privada del emperador? Pero cualquiera que contrapusiese ambos conceptos cometería un grave error respecto de la Edad Media. Es cierto que la ley se aplicaba a la economía de las propiedades y feudos del Emperador Carlomagno, pero él regenteaba esta hacienda como soberano, no como ciudadano particular. O, para ser más precisos, el emperador era señor en sus propios señoríos, pero todo gran señor de la Edad Media, sobre todo en la época de Carlomagno, era un emperador en menor escala, porque su posesión noble de la tierra lo convertía en legislador, recaudador de impuestos y juez de todos los habitantes de sus feudos. Los decretos económicos de Carlos eran, como lo demuestra su forma, decretos de gobierno: forman parte de las sesenta y cinco leyes, o *capitulare*, de Carlos, redactadas por el emperador y promulgadas en la dieta anual de sus príncipes. Y los decretos sobre rabanitos y cascos de vino reforzados con aros de hierro provienen de la misma autoridad déspota, y están redactados en el mismo estilo que, por ejemplo, sus amonestaciones a los eclesiásticos en el *Capitulare Episcoporum*, la «ley de obispos», donde Carlos toma a los siervos del Señor de las orejas y les impone severamente que no deben blasfemar, ni embriagarse, ni frecuentar lugares de mala fama, ni mantener amantes, ni vender los sacramentos por un precio demasiado elevado. Podríamos cansarnos de hurgar en la Edad Media, y no encontraríamos una sola unidad económica rural donde los señoríos de Carlomagno no fueran prototipos y modelos, ya se trate de propiedades señoriales o de pequeños campesinos, de familias campesinas tomadas individualmente o comunidades aldeanas.

Lo que más nos llama la atención en ambos ejemplos es que las necesidades de la subsistencia humana guían y dirigen el trabajo, que los resultados corresponden exactamente a las intenciones y necesidades y que, independientemente de la escala de la producción, las relaciones económicas denotan una asombrosa simplicidad y transparencia. Tanto el

pequeño campesino en su parcela como el gran soberano en sus feudos saben exactamente qué quieren lograr en la producción. Y, más aún, ninguno de los dos tiene que ser un genio para saberlo. Ambos quieren satisfacer las necesidades humanas fundamentales en cuanto a alimentos, bebida, ropa y las distintas cosas buenas de la vida. La diferencia consiste en que el campesino duerme en un camastro de paja, mientras el noble señor duerme en un lecho de plumas; el campesino bebe cerveza, hidromiel y también agua; el señor, vinos finos. La diferencia está en la cantidad y tipo de bienes producidos. La base de la economía y sus objetivos, son los mismos a saber: satisfacción directa de las necesidades humanas. Va de suyo que el tipo de trabajo necesario para lograr este propósito se adecúa a los resultados que se quieren obtener. Y también hay diferencias en el proceso de trabajo: el campesino trabaja con sus manos acompañado de su familia; recibe los productos del trabajo que su parcela y la parte que le corresponde de la tierra comunitaria le pueden brindar o, más precisamente —puesto que hablamos del siervo medieval—, todo lo que le queda después de los tributos y diezmos que le extraen el señor y el obispo. El emperador y los nobles no trabajan, obligan a sus súbditos y arrendatarios a trabajar para ellos.

Pero, trabaje la familia campesina para sí o para el señor, bajo la supervisión del anciano de la aldea o del administrador del noble, el resultado de la producción es una cantidad simple de medios de subsistencia (en el sentido más amplio del término): lo que se necesita y en la proporción requerida. Podemos darle a esta economía las vueltas que queramos; no encontraremos en ella enigma alguno que requiera el análisis profundo de una ciencia especial para su solución. El campesino más torpe de la Edad Media sabía qué era lo que determinaba su «riqueza» (quizás sería más acertado decir su «pobreza»), además de las catástrofes de la naturaleza, que asolaban su propiedad tanto como la del señor. El campesino sabía que su pobreza obedecía a una causa muy simple y directa: primero, la infinita serie de impuestos en trabajo y dinero que le extraía el señor; en segundo lugar, el pillaje de ese señor a expensas de las tierras comunes, bosques y agua de la aldea. Y el campesino clamaba su sabiduría a los cielos cada vez que asaltaba las casas de los chupasangres. Lo único

que le queda por investigar a la ciencia en este tipo de economía es el origen histórico y desarrollo de esta clase de relaciones: cómo fue que en Europa las que habían sido tierras de campesinos libres se transformaron en propiedades señoriales de las que se extraían rentas y tributos, cómo un campesinado antes libre se había transformado en una clase oprimida, obligada a rendir tributo en forma de trabajo, a permanecer en la tierra incluso en las etapas posteriores.

Las cosas toman un cariz enteramente distinto apenas volvemos nuestra atención a cualquiera de los fenómenos de la vida económica contemporánea. Veamos, por ejemplo, uno de los más notables y asombrosos: la crisis comercial. Cada uno de nosotros ha vivido unas cuantas crisis comerciales e industriales y conocemos por experiencia el proceso que Engels describe en una cita clásica: «El comercio se paraliza, los "mercados están sobresaturados de mercancías, los productos se estancan en los almacenes abarrotados sin encontrar salida; el dinero efectivo se hace invisible; el crédito desaparece; las fábricas paran; las masas obreras carecen de medios de vida precisamente por haberlos producido en exceso; las bancarrotas y las liquidaciones se suceden unas a otras. El estancamiento dura años enteros, las fuerzas productivas y los productos se derrochan y destruyen en masa, hasta que, por fin, las masas de mercancías acumuladas, más o menos depreciadas, encuentran salida, y la producción y el cambio van reanimándose poco a poco. Paulatinamente, la marcha comienza a andar al trote; el trote industrial se convierte en galope y, por último, en una carrera desenfrenada, en una carrera de obstáculos que juegan la industria, el comercio, el crédito y la especulación, para terminar finalmente, después de los saltos más arriesgados, en la fosa de una crisis» [F. Engels, *Anti-Dühring*, Kerr, p. 286-287].

Todos sabemos cómo aterroriza el espectro de la crisis comercial a cualquier país moderno: la manera de anunciarse el advenimiento de dicha crisis es, de por sí, significativa. Después de unos cuantos años de prosperidad y buenos negocios, empiezan a aparecer vagos rumores en los diarios; la Bolsa recibe algunas noticias poco tranquilizadoras de ciertas quiebras; las indirectas que lánzala prensa se vuelven más específicas; la Bolsa se pone cada vez más aprensiva; el banco nacional aumenta la tasa de

crédito, lo cual significa que el crédito es más difícil de obtener y los montos disponibles son menores; por último, las noticias de bancarrotas y cierres caen como gotas de agua en un chaparrón. Y una vez que la crisis está en pleno auge, empiezan las discusiones acerca de quién tiene la culpa. Los comerciantes echan la culpa a la negativa de los bancos a conceder crédito y a la manía especulativa de los corredores de bolsa; los corredores se la echan a los industriales; los industriales se la achacan a la escasez de dinero líquido, etcétera. Y cuando por fin los negocios empiezan a mejorar, la Bolsa y los diarios ven los primeros síntomas con alivio, hasta que vuelven por un tiempo la esperanza, la paz y la seguridad.

Lo más notable de esto es que todos los afectados, el conjunto de la sociedad, consideran y tratan a la crisis como algo fuera de la esfera de la voluntad y el control humanos, un golpe fuerte propinado por un poder invisible y mayor, una prueba enviada desde el cielo, parecida a una gran tormenta eléctrica, un terremoto, una inundación.

El lenguaje que suelen utilizar los periódicos especializados al referirse a la crisis está lleno de frases tales como: «el cielo del mundo de los negocios, hasta ahora sereno, se está empezando a cubrir de negros nubarrones»; o cuando se anuncia un drástico aumento de las tasas de crédito bancario, aparece invariablemente bajo el título de «se anuncian tormentas», y después de la crisis leemos cómo pasó la tormenta y qué despejado está el horizonte comercial. Este estilo periodístico revela algo más que el mal gusto de los plumíferos de la página financiera; es típico de la actitud hacia la crisis, como si ésta fuera el resultado de una ley natural. La sociedad moderna contempla con horror cómo se cierne; agacha la cabeza temblorosa bajo los golpes que caen como una granizada; aguarda el fin de la prueba y vuelve a levantar cabeza, tímida y escépticamente; mucho después la sociedad comienza a sentirse segura una vez más. Así esperaban los pueblos de la Edad Media las plagas y hambrunas; la misma consternación e impotencia ante una prueba severa.

Pero las hambrunas y pestes son antes que nada fenómenos naturales, aunque en última instancia las malas cosechas, las epidemias, etcétera, también tienen que ver con causas sociales. Una tormenta eléctrica es un acontecimiento provocado por elementos físicos y nadie, dado el desarrollo

alcanzado por las ciencias naturales y la tecnología, es capaz de producir o impedir una tormenta eléctrica. Pero ¿qué es una crisis moderna? Consiste en la producción de demasiadas mercancías. No hay compradores, y por lo tanto se detienen la industria y el comercio. La fabricación de mercancías, su venta, comercio, industria: tales son las relaciones en la sociedad moderna. Es el hombre quien produce las mercancías, y el hombre mismo quien las vende; el intercambio se da entre una persona y otra, y dentro de los factores que constituyen la crisis moderna no encontraremos un solo elemento que trascienda la esfera de la actividad humana. Es la sociedad humana, por tanto, la que produce periódicamente las crisis. Y al mismo tiempo sabemos que la crisis es un verdadero azote de la sociedad moderna, esperada con horror, soportada con desesperación y que nadie desea. Salvo para algunos especuladores bursátiles que tratan de enriquecerse rápidamente a costa de los demás, y que con frecuencia no se ven afectados por ella, la crisis constituye, en el mejor de los casos, un riesgo o un inconveniente para todos.

Nadie desea la crisis; sin embargo ésta se produce. El hombre la crea con sus propias manos, aunque no la quiere por nada del mundo. Tenemos aquí un hecho de la vida económica que ninguno de sus protagonistas puede explicar. El campesino medieval producía en su parcela lo que su señor, por un lado, y él mismo, por el otro, querían y deseaban: granos y ganado, buenos vinos y ropas lujosas, alimentos y bienes suntuosos para sí y para su hogar. Pero la sociedad moderna produce lo que no quiere ni necesita: depresiones. De vez en cuando produce bienes que no puede consumir. Sufre hambrunas periódicas mientras los almacenes se abarrotan de artículos imposibles de vender. Las necesidades y su satisfacción ya no concuerdan más; algo oscuro y misterioso se ha interpuesto entre ellas.

Tomemos otro ejemplo de la vida contemporánea, que conocemos todos, sobre todo los obreros de cualquier país: la desocupación. Al igual que la crisis, el desempleo es un cataclismo que aflige de tanto en tanto a la sociedad; en mayor o menor medida es uno de los síntomas constantes de la vida económica contemporánea. Los estratos mejor organizados y pagos de la clase obrera que llevan el registro de los desocupados de su gremio saben de la cadena ininterrumpida en las estadísticas de desocupación para cada

año y para cada semana y mes del año. La cantidad de obreros desocupados tendrá fluctuaciones, pero jamás, ni por un solo instante, se reduce a cero. La sociedad contemporánea demuestra su impotencia ante la plaga de la desocupación cada vez que ésta fe vuelve tan seria que los órganos legislativos se ven obligados a tratar el problema. Después de mucho discutir, estas deliberaciones concluyen en una resolución para iniciar una investigación sobre la cantidad real de desocupados. Generalmente se limitan a medir la envergadura de la tragedia, así como en las inundaciones se mide el nivel del agua con un indicador. En el mejor de los casos se aplica el débil paliativo del seguro al parado (a expensas, generalmente, de los obreros ocupados) para disminuir los efectos del fenómeno, sin siquiera tratar de llegar a la raíz del mal.

A principios del siglo XIX, el cura Malthus[85], ese gran profeta de la burguesía inglesa, proclamó con esa refrescante brutalidad tan característica en él: «Si el obrero no puede obtener medios de subsistencia de sus parientes, a quienes se los puede reclamar con justicia, y si la sociedad no necesita su trabajo, el que nace en un mundo donde ya existe el pleno empleo no tiene derecho a la menor partícula de alimento, en realidad nada tiene que hacer en ese mundo. No tiene un sitio reservado en la gran mesa de la naturaleza. Ésta le ordena desaparecer y rápidamente ejecuta la orden». La sociedad moderna, con esa hipocresía «social-reformista» que la caracteriza, frunce el ceño ante tanta candidez. En los hechos le permite al proletario desocupado «cuyo trabajo no necesita», «desaparecer» de alguna manera, tarde o temprano: así lo demuestran las estadísticas de deterioro de la salud pública, de mortalidad infantil, los crímenes contra la propiedad en todas las épocas de crisis.

La analogía que trazamos entre las inundaciones y la desocupación revela un hecho asombroso: ¡que nuestra impotencia ante las grandes catástrofes naturales es *menor* que la que padecemos ante nuestros propios asuntos puramente humanos, puramente sociales! Las inundaciones periódicas que provocan tamaños estragos en el este de Alemania todas las primaveras son, en última instancia, resultado de no aplicar contramedida alguna, como se ha demostrado hasta ahora. La tecnología, con el nivel de desarrollo que ha alcanzado, nos da los medios adecuados para proteger a la

agricultura de las devastaciones provocadas por las aguas incontroladas. Desde luego que para poner freno a esta fuerza potencial es necesario aplicar en gran escala los medios que nos brinda la tecnología: un gran plan regional de control de las aguas reconstruiría toda la zona de peligro, protegería los campos de labranza y pastoreo, construiría diques y compuertas y regularía el curso de los ríos. No se está realizando esta gran reforma en parte porque ni el Estado ni el capital privado quieren aportar los fondos necesarios, y en parte porque el gobierno tendría que hacer frente al obstáculo del derecho a la propiedad privada en la extensa zona afectada. Los medios para el control de las inundaciones y para encauzar las aguas turbulentas existen, aunque la sociedad sea incapaz de utilizarlos.

Por otra parte, la sociedad contemporánea no ha encontrado el remedio para la desocupación. Y sin embargo no se trata de una ley de la naturaleza, ni de una fuerza física de la naturaleza, ni de un poder sobrenatural, sino de un producto de relaciones económicas puramente humanas. Una vez más nos encontramos con un enigma económico, que nadie desea que nadie provoca adrede, pero que se sucede periódicamente, con la regularidad de un fenómeno natural, por encima de las cabezas de los hombres podríamos decir.

Ni siquiera tenemos necesidad de recurrir a hechos tan notables de la vida cotidiana como las depresiones y la desocupación, es decir, calamidades que quedan fuera de la esfera de lo normal (al menos la opinión pública sostiene que dichos eventos conforman una excepción al curso normal de los acontecimientos). Veamos, en cambio, el ejemplo más común de la vida diaria, que se multiplica en todos los países: la fluctuación de los precios de las mercancías. Hasta un niño sabe que los precios de las mercancías no son algo fijo e inmutable sino todo lo contrario, suben y bajan casi todos los días, incluso a toda hora. Tomemos cualquier diario, vayamos a las informaciones financieras y leamos los precios del día anterior; trigo: débil a la mañana, mejor al mediodía, más alto o más bajo al cierre. Lo mismo ocurre con el cobre, el hierro, el azúcar y el aceite de uva. Y lo mismo con las acciones de las empresas industriales, privadas o estatales, en la Bolsa.

Las fluctuaciones de los precios son un hecho incesante, «normal», cotidiano, de la vida económica contemporánea. Pero de estas fluctuaciones resulta que la situación financiera de los dueños de todas estas mercancías cambia en forma diaria y horaria. Si aumenta el precio del algodón, aumenta la riqueza de los comerciantes y fabricantes que poseen acciones en el algodón; si bajan, la riqueza disminuye. Si aumenta el precio del cobre, los accionistas se enriquecen; si disminuye, se empobrecen. Así con una simple fluctuación de precios, con los resultados bursátiles, una persona puede convertirse en millonario o en mendigo en cuestión de pocas horas. Desde luego, la especulación y el fraude se basan en este mecanismo. El propietario medieval se enriquecía o empobrecía con una buena o mala cosecha; o, como un caballero errante, se enriquecía si asaltaba en los caminos a una cantidad suficiente de comerciantes acaudalados; o aumentaba su riqueza (éste era el método consagrado y preferido) exprimiendo aún más a sus siervos mediante impuestos en especie y dinero.

Hoy una persona puede volverse rica o pobre sin mover Un dedo, sin que medie un acontecimiento natural, sin dar nada a nadie, sin robar cosa alguna. Las fluctuaciones de los precios son movimientos secretos dirigidos por un agente invisible que se mueve a espaldas de la sociedad, provocando cambios constantes en la distribución de la riqueza social. Observamos este movimiento así como leemos la presión en un barómetro, la temperatura en un termómetro. Y sin embargo los precios de las mercancías, con sus fluctuaciones, son asuntos evidentemente humanos, acá no hay magia negra. Nadie sino el hombre, con sus propias manos, produce estas mercancías y fija los precios, salvo que surja de sus acciones algo que no pretende ni desea; una vez más la necesidad, el objeto y el resultado de la actividad económica se encuentran en flagrante contradicción.

¿Cómo ocurre esto, cuáles son las leyes negras que, operando a espaldas de los hombres, conducen a la actividad económica del hombre contemporáneo a resultados tan extraños? Sólo la investigación científica puede resolver estos problemas. Se ha vuelto necesario resolver todos estos enigmas mediante la investigación exhaustiva, la meditación profunda, el análisis, la analogía, para penetrar en las relaciones ocultas cuyo resultado es que las relaciones económicas humanas no corresponden a las

intenciones, a la voluntad, en fin, a la conciencia del hombre. De esta manera el problema que enfrenta la investigación científica puede definirse como la falta de conciencia humana de la vida económica de la sociedad, y así llegamos a la razón inmediata del surgimiento de la economía.

Darwin[86], en la descripción de su viaje por el mundo, nos dice lo siguiente acerca de los indígenas que habitan Tierra del Fuego (en el extremo austral de América del Sur): «Suelen padecer hambrunas. El Sr. Low, capitán de un ballenero, que conoce íntimamente a los nativos de este país, hizo un relato curioso sobre la situación de un grupo de unos ciento cincuenta nativos en la costa occidental, sumamente delgados. Una serie de tormentas de viento había impedido a las mujeres recoger mariscos en la costa y a los hombres salir en sus canoas a cazar focas. Una pequeña partida de hombres salió una mañana y los indígenas que quedaban le explicaron a Low que se iban a buscar alimentos. A su regreso, Low salió a su encuentro, y los encontró sumamente cansados. Cada hombre portaba un gran trozo de carne podrida de ballena, a la que habían hecho un agujero en el medio por donde habían pasado la cabeza, como hacen los gauchos con sus ponchos. Apenas la carne era llevada al toldo, un anciano la cortaba en tiras y las asaba durante un minuto, murmurando alguna cosa, y las distribuía a los hombres famélicos, que durante todo este tiempo se mantenían en el más profundo silencio» [Darwin, *El viaje del Beagle*.].

Estamos hablando de uno de los pueblos más primitivos de la tierra. Los límites que enmarcan su voluntad y planificación son sumamente estrechos. El hombre se encuentra todavía muy ligado a la madre naturaleza, y dependiente de sus favores. Y sin embargo, dentro de límites tan estrechos, esta pequeña sociedad de ciento cincuenta hombres cumple un plan que organiza a todo el cuerpo social. Las previsiones tendientes a garantizar el bienestar futuro son el depósito de carne podrida, oculto en algún lado. Pero esta miseria se divide entre todos los miembros de la tribu, y se cumplen ciertas ceremonias; todos participan, bajo una dirección y con un plan, de la recolección de alimentos.

Consideremos ahora un *oikos* griego, la economía familiar esclavista de la Antigüedad, economía que constituía un verdadero «microcosmos», un pequeño mundo. Observamos grandes desigualdades sociales. La pobreza

primitiva ha cedido ante los confortables excedentes de los frutos del trabajo humano. El trabajo físico se convirtió en la maldición de unos, el ocio en privilegio de otros; el trabajador se volvió una propiedad del que no trabaja. Pero esta relación amo-esclavo tiene como base la planificación y organización más estrictas de la economía, del trabajo, del proceso de distribución. Su fundamento es la voluntad despótica del amo, su brazo ejecutor es el látigo del capataz.

En el señorío feudal de la Edad Media la organización despótica de la vida económica da lugar rápidamente al código de trabajo detallado, en el que se definen clara y rígidamente la planificación y la división del trabajo, los derechos y deberes de cada uno. En el umbral de este periodo histórico aparece ese bonito documento que vimos antes, el *Capitulare de Villis* de Carlomagno, rebosante de alegría y buen humor, gozando voluptuosamente de la abundancia de bienes materiales, cuya producción es el único objeto de la vida económica. Al fin del periodo histórico feudal encontramos un terrible código de tributos en trabajo y dinero impuesto por los señores feudales ávidos de riquezas, código que provocó las guerras campesinas del siglo XV en Alemania y que, dos siglos más tarde, redujo al campesino francés al estado de una bestia miserable que se levantaría a pelear por sus derechos al argentino clarín de la Gran Revolución Francesa. Pero mientras la escoba de la historia no barrió la basura feudal, la relación señor-siervo con toda su miseria determinaba clara y rígidamente las condiciones de la economía feudal, como una suerte preestablecida.

Hoy no tenemos amos, esclavos, señores feudales ni siervos. La libertad y la igualdad ante la ley liquidaron todas las relaciones despóticas, al menos en las naciones burguesas más antiguas; en las colonias —como todos saben— estos mismos estados frecuentemente introducen el esclavismo y la servidumbre. Pero en la propia casa de la burguesía reina la libre competencia como única ley que rige las relaciones económicas y todo plan, toda organización, ha desaparecido de la economía. Desde luego que si indagamos en las distintas empresas privadas, en las fábricas modernas o en un gran complejo fabril como Krupp[87] o cualquier empresa agrícola en gran escala de Estados Unidos, encontraremos la organización más estricta, la división más detallada del trabajo, la planificación más minuciosa basada

en la más reciente información científica. Aquí todo trascurre fluidamente, como por arte de magia, bajo la administración de *una* voluntad, *una* sola conciencia. Pero apenas nos alejamos de la gran fábrica o del gran establecimiento agrícola, nos encontramos en medio del caos. Mientras las innumerables unidades (y cualquier empresa privada, hasta la más gigantesca, es sólo un fragmento de la gran estructura económica que abarca a todo el globo) se encuentran bajo la disciplina más férrea, la entidad de todas las llamadas economías nacionales, o sea la economía mundial, está totalmente desorganizada. En la entidad que abarca océanos y continentes no existe planificación, conciencia ni reglamento, solamente el choque ciego de desconocidas fuerzas incontroladas que juegan caprichosamente con el destino económico del hombre. Desde luego que aun hoy un soberano todopoderoso domina a obreros y obreras: el capital. Pero la soberanía del capital no se manifiesta a través del despotismo sino de la anarquía.

Y es precisamente la anarquía la responsable de que la economía de la sociedad humana produzca resultados que constituyen un misterio imposible de predecir para todos los afectados. La anarquía hace de la vida económica humana algo desconocido, ajeno, incontrolable, cuyas leyes debemos descubrir de la misma forma que descubrimos las de la naturaleza, de la misma manera en que tratamos de descubrir las leyes que gobiernan la vida de los reinos animal y vegetal, las formaciones geológicas de la superficie terrestre, el movimiento de los cuerpos celestes. El análisis científico debe descubrir *expost facto* los propósitos y las leyes que gobiernan la vida económica humana, los que no fueron impuestos por una planificación consciente.

Ya deben de tener claro por qué a los economistas burgueses les resulta imposible explicar la esencia de su ciencia, poner el dedo en la llaga del organismo social, denunciar su malformación congénita. Reconocer y afirmar que la anarquía es la fuerza motriz vital del dominio del capital es pronunciar su sentencia de muerte, afirmar que sus días están contados. Resulta claro por qué los científicos defensores oficiales del dominio del capital tratan de oscurecer el problema mediante toda clase de artificios semánticos, tratan de alejar la investigación del meollo de la cuestión, tomar

las apariencias externas y discutir la «economía nacional» en lugar de la economía mundial. Al dar un solo paso más allá del umbral del conocimiento económico, con la primera premisa básica de la economía, las economías burguesa y proletaria se van por sendas distintas. Con el primer interrogante, por abstracto y poco práctico que parezca en relación a las luchas sociales que se libran en esta época, se forja un vínculo especial entre la economía como ciencia y el proletariado como clase revolucionaria.

VI

Si partimos de lo visto anteriormente, se aclaran varios interrogantes que en otras circunstancias nos podrían parecer enigmáticos.

En primer término se soluciona el problema de la edad de la economía. Una ciencia cuyo tema es el descubrimiento de las leyes de la anarquía de la producción capitalista mal podría haber surgido antes de esa forma de producción, antes de que aparecieran las condiciones históricas para el dominio de clase de la burguesía moderna, a través de siglos de dolores de parto, de cambios políticos y económicos.

Según el profesor Bucher[88], el surgimiento del orden social imperante fue un hecho muy simple, por supuesto, que poco tuvo que ver con fenómenos sociales anteriores: fue el producto de la exaltada decisión y la sublime sabiduría de los monarcas absolutistas. Nos dice Bucher: «El desarrollo final de la “economía nacional” —sabemos que para un profesor burgués la frase intencionalmente oscura “economía nacional” significa modo capitalista de producción— es en esencia fruto de la centralización política que comienza a fines de la Edad Media con la aparición de las organizaciones territoriales estatales y encuentra su concreción en la creación del Estado nacional unificado. La unificación económica de las fuerzas va de la mano con la primacía de los elevados destinos de la nación en su conjunto sobre los intereses políticos privados. En Alemania los príncipes territoriales más poderosos, a diferencia de los nobles rurales y la

aldea, tratan de poner en práctica la idea nacional moderna» (Bucher, *El surgimiento de la idea nacional*, p. 134).

Pero también en el resto de Europa —España, Portugal, Inglaterra, Francia, Países Bajos— el poder principesco acometió hazañas de igual bravura. «En todas estas tierras y con distintos grados de severidad aparece la lucha contra los poderes independientes de la Edad Media: la alta nobleza, las ciudades, provincias, corporaciones religiosas y seculares. El problema inmediato, por cierto, era la aniquilación de los círculos territoriales independientes que cerraban el camino a la unificación política. Pero en lo más profundo del movimiento que conducía hacia el absolutismo real duerme la idea universal de que las grandes tareas que se plantean a la civilización moderna exigen la unión organizada de pueblos enteros, una gran comunidad de fuerzas vivas; y ello sólo podía surgir sobre la base de la actividad económica común.» (*Op. cit.*).

He aquí la flor del lacayismo intelectual que señalábamos en los profesores alemanes. Según el profesor Schmoller la ciencia de la economía surgió por orden del absolutismo ilustrado. Según el profesor Bucher el modo de producción capitalista es producto de la decisión soberana y los planes de los monarcas absolutistas que claman al cielo. En realidad cometeríamos una injusticia con los grandes tiranos españoles y franceses, y también con los pigmeos déspotas alemanes, si sospecháramos que se movían bajo el impulso de una «idea histórico-universal» o de «las grandes tareas que tiene planteada la civilización humana» en sus rencillas con generales insolentes a fines de la Edad Media o durante las costosas cruzadas contra las ciudades holandesas. Hay veces que realmente se plantean los hechos históricos patas para arriba.

La formación de los grandes estados burocráticamente centralizados fue un requisito indispensable para el surgimiento del modo de producción capitalista, pero su formación fue consecuencia de necesidades económicas nuevas, y se podría dar vuelta la afirmación de Bucher para decir, correctamente: la realización de la centralización política fue «esencialmente» producto de la maduración de la «economía nacional» (esto es, del modo capitalista de producción).

Es característico del instrumento inconsciente del avance histórico (como lo fue el absolutismo en la medida en que desempeñó un papel en el proceso histórico preparatorio) que desempeñe su rol progresivo con la misma inconsciencia imbécil que emplea para inhibir estas tendencias cada vez que lo considera conveniente. Esto ocurría, por ejemplo, cuando los tiranos-por-la-gracia-de-Dios de la Edad Media veían en las ciudades que se les aliaban contra la nobleza feudal meros objetos de explotación, a ser traicionados y entregados nuevamente a los barones feudales apenas se presentara la oportunidad. Lo mismo ocurría cuando, desde el comienzo, no vieron en el continente descubierto, con toda su población y cultura, sino un sujeto apto para la explotación más brutal, insidiosa y cruel, para llenar los «tesoros reales» con pepitas de oro en el menor tiempo posible con el propósito de servir a «las grandes tareas de la civilización». Lo propio ocurría cuando los mismos tiranos-por-la-gracia-de-Dios se oponían tozudamente a sus «fieles súbditos» cuando éstos les presentaban ese pedazo de papel llamado constitución parlamentaria burguesa, que después de todo fue tan necesaria para el desarrollo irrestricto del capital como lo fueron la unificación política y la gran centralización estatal.

En realidad, eran otras fuerzas enteramente distintas las que estaban en juego: a fines de la Edad Media se sucedieron grandes tras formaciones en la vida económica de los pueblos europeos, y éstas inauguraron un nuevo modo de producción.

Después que el descubrimiento de América y la circunnavegación de África, es decir el descubrimiento de la ruta marítima a la India, produjeron un florecimiento hasta entonces insospechado y una redistribución de las rutas comerciales, la liquidación del feudalismo y de la dominación de las ciudades por las corporaciones avanzó a pasos agigantados. Los grandes descubrimientos, las conquistas, el pillaje de los países recientemente descubiertos, la afluencia repentina de metales preciosos provenientes del Nuevo Continente, el gran comercio de especias con la India, el comercio de esclavos que proveía de negros africanos a las plantaciones de América, todos estos factores crearon en Europa Occidental nuevas riquezas y deseos en un lapso muy breve. El pequeño taller del artesano, con sus mil y una limitaciones, se convirtió en freno para el necesario aumento y rápido

avance de la producción. Los grandes comerciantes superaron el escollo reuniendo a grandes cantidades de artesanos en las manufacturas, ubicadas fuera de la jurisdicción de las ciudades; supervisados por los mercaderes, liberados de las restricciones de las corporaciones, los mecánicos producían más y mejor.

En Inglaterra el nuevo modo de producción fue fruto de una revolución en la agricultura. El florecimiento de la manufactura lanera en Flandes y la gran demanda de lanas que fue su elemento concomitante impulsaron a la nobleza rural inglesa a convertir tierras antes cultivadas en pasturas para las ovejas; durante este proceso el campesinado inglés fue echado de su tierra en una escala jamás vista. La Reforma obró de manera similar. Después de la confiscación de las tierras de la Iglesia —las que fueron regaladas o perdidas por la nobleza cortesana y los especuladores— los campesinos que vivían en estas tierras también fueron expulsados. Así los manufactureros y los capitalistas del campo se encontraron con una gran provisión de proletarios empobrecidos situados fuera de los reglamentos y restricciones de las corporaciones feudales y artesanales. Después de un extenso periodo de martirio, de mendicidad o de reclusión en los asilos públicos, de crueles persecuciones por parte de la ley y la policía, estos pobres infelices encontraron refugio en la esclavitud asalariada en beneficio de una nueva clase de explotadores. Poco después sobrevino la gran revolución tecnológica que permitió una mayor utilización de trabajadores asalariados sin especialización al lado de los artesanos altamente especializados, sin llegar a reemplazarlos totalmente.

En todas partes el florecimiento y maduración de las nuevas relaciones chocaba con obstáculos feudales y la miseria de las pésimas condiciones de vida. La economía natural, base y esencia del feudalismo, y la pauperización de grandes masas, fruto de la presión irrestricta de la servidumbre, restringía la salida de las mercancías manufacturadas Por su parte las corporaciones dividían y maniataban el elemento más importante de la producción: la fuerza de trabajo. El aparato del Estado, dividido en un número infinito de fragmentos políticos, incapaz de garantizar la seguridad pública, y la sucesión de tarifas y leyes comerciales, restringían y molestaban al incipiente comercio y al nuevo modo de producción.

Era evidente que de alguna manera la naciente burguesía de Europa Occidental debía barrer estos escollos o renunciar de plano a su misión histórico-mundial. Antes de destrozar completamente al feudalismo en la Gran Revolución Francesa, la burguesía ajustó intelectualmente sus cuentas con el feudalismo, y así se origina la nueva ciencia de la economía, una de las armas ideológicas más importantes de la burguesía en su lucha contra el Estado medieval y por la instauración del moderno Estado de la clase capitalista. El nuevo orden económico apareció primero con las riquezas nuevas, rápidamente adquiridas, que inundaron la sociedad de Europa Occidental, provenientes de fuentes mucho más lucrativas, aparentemente inagotables y bastante diferentes de los métodos patriarcales de la explotación feudal, cuyo apogeo, por otra parte, ya había pasado.

Al principio la fuente más propicia para la nueva opulencia no fue el naciente modo de producción, sino su marcapasos: el gran auge del comercio. Es por ello que en los centros más importantes del comercio mundial, como las opulentas repúblicas italianas y España, se plantean los primeros interrogantes económicos y se hacen los primeros intentos de hallar respuestas a esos interrogantes.

¿Qué es la riqueza? ¿Qué es lo que hace que un estado sea rico o pobre? Éste era el interrogante que se planteaba cuando las viejas concepciones de la sociedad feudal perdieron su validez en el torbellino de las nuevas relaciones. La riqueza es el oro con el cual se puede comprar cualquier cosa. El comercio crea riqueza. Serán ricos los estados que importen grandes cantidades de oro y no permitan que se lo saque del país. El comercio mundial, las conquistas coloniales en el Nuevo Mundo, las manufacturas que producen para la exportación: todo ello debe ser fomentado; debe prohibirse la importación de productos foráneos, que sacan el oro del país. Éstas fueron las primeras enseñanzas de la economía, que aparecen en Italia a fines del siglo XVI y ganan popularidad en Inglaterra y Francia en el siglo XVII. Y esta doctrina, aunque muy elemental, fue la primera ruptura abierta con las concepciones de la economía feudal natural y su primera critica audaz; la primera idealización del comercio, de la producción de mercancías y, con ello, del capital; el primer programa político a la medida de la joven burguesía ascendente.

Pronto es el capitalista productor de mercancías, en lugar del comerciante, quien toma la delantera; al principio cautelosamente, disfrazado de sirviente pobre que espera en la antecámara del príncipe feudal. La riqueza de ninguna manera es oro, proclaman los iluministas franceses del siglo XVIII; el oro es simplemente un medio para el intercambio de mercancías. ¡Qué infantil la ilusión de ver en el brillante metal una varita mágica para pueblos y estados! ¿Puede el metal alimentarme cuando tengo hambre; puede protegerme del frío cuando estoy aterido? ¿Acaso el rey Darío de Persia no sufría los tormentos infernales de la sed mientras sostenía tesoros en sus brazos, y no estaba dispuesto a cambiarlos todos por un poco de agua para beber? No; la riqueza es la provisión por la naturaleza de alimentos y sustancias con las que todos, príncipes y mendigos, satisfacen sus necesidades. Cuanto mayor el lujo con que la población satisface sus necesidades, más rico será el Estado… porque mayores serán los impuestos que el Estado podrá cobrar.

¿Y qué produce el maíz para el pan, las fibras para la ropa, la madera y los metales brutos con que hacemos casas y herramientas? ¡La agricultura! ¡La agricultura, no el comercio, es la verdadera fuente de las riquezas! ¡La masa de la población rural, el campesinado, el pueblo que crea las riquezas de todos, debe ser rescatado de la explotación feudal y elevado a la prosperidad! (Para que yo pueda encontrar compradores para mis mercancías, agregaría *sotto voce* el capitalista manufacturero). Los grandes señores terratenientes, los barones feudales, deberían ser los únicos que paguen impuestos y mantengan al Estado, puesto que toda la riqueza producida por la agricultura pasa por sus manos. (De esa manera yo, que aparentemente no creo riquezas, no tendría que pagar impuestos, murmura astutamente el capitalista). Basta con liberar a la agricultura, al trabajo rural, de todas las trabas del feudalismo, para que la fuente de riquezas fluya en toda su plenitud para el Estado y la nación. Entonces vendrá la felicidad de todo el pueblo, y la armonía de la naturaleza volverá a reinar en el mundo.

Los primeros nubarrones que anunciaban el asalto a la Bastilla ya se veían claramente en las posiciones de los iluministas. Rápidamente la burguesía se sintió lo bastante poderosa como para quitarse la máscara de

sumisión y ponerse en primer plano para exigir resueltamente la remodelación del Estado a su imagen y semejanza. La agricultura de ninguna manera es la única fuente de riqueza, proclamó Adam Smith[89] en Inglaterra a fines del siglo XVIII. ¡Cualquier trabajo afectado a la producción de mercancías crea riqueza! (*Cualquier trabajo*, dijo Adam Smith, mostrando hasta qué punto él y sus discípulos se habían vuelto simples voceros de la burguesía; para él y para sus sucesores el trabajador ya era por naturaleza el asalariado del capitalista). Porque el trabajo asalariado, además de mantener al trabajador, crea también la renta para el terrateniente y ganancias para el dueño del capital, el patrón. Y la riqueza se incrementa cuanto mayor sea el número de obreros que trabajan en los talleres bajo el yugo del capital; cuanto más detallada y minuciosa sea la división del trabajo entre ellos.

Ésta era, pues, la verdadera armonía de la naturaleza, la verdadera riqueza de las naciones; cualquier trabajo se concreta en el salario del trabajador, que lo mantiene vivo y lo obliga a seguir trabajando por el salario; en renta, que le da al terrateniente una vida libre de preocupaciones; y en ganancias, que mantienen el buen humor del patrón y lo instan a perseverar en sus negocios. Así *todos* se ven favorecidos, sin necesidad de recurrir a los métodos torpes del feudalismo. «La riqueza de las naciones» es fomentada, entonces, cuando se incrementa la riqueza del empresario capitalista, el patrón que mantiene todo en funcionamiento y explota la dorada fuente de la riqueza: el trabajo asalariado. Por eso: basta de cadenas y restricciones de los buenos tiempos de *antaño* y también de medidas paternalistas protectoras recientemente instituidas por el Estado: libre competencia, manos libres al capital privado, que todo el aparato fiscal y estatal se ponga al servicio del patrón, y así todo estará perfectamente en el mejor de los mundos posibles.

Éste era, pues, el evangelio económico de la burguesía, desprovisto de todo disfraz, y la ciencia de la economía había quedado desnuda hasta el punto de mostrar su verdadera fisonomía. Desde luego, las propuestas de reformas y las sugerencias que la burguesía había hecho a los estados feudales fracasaron tan estruendosamente como todos los intentos históricos de poner vino nuevo en odres viejos. El martillo de la revolución consiguió

en veinticuatro horas lo que no se pudo lograr en medio siglo de remiendos. La conquista del poder político puso todos los medios y arbitrios en manos de la burguesía. Pero la economía, igual que todas las teorías filosóficas, legales y sociales del Siglo de las Luces, y antes que todas ellas, fue un método de adquirir conciencia, una fuente de conciencia de clase burguesa. En ese sentido fue un prerrequisito y un acicate para la acción revolucionaria. En sus variantes más remotas la tarea burguesa de remodelar el mundo fue alimentada por las ideas de la economía clásica. En Inglaterra, durante el apogeo de la lucha por el libre cambio, la burguesía sacaba sus argumentos del arsenal de Smith y Ricardo[90]. Y para las reformas del período Stein-Hardenburg-Schnarhorst[91] (en la Alemania posnapoleónica), que constituyeron un intento de volver a darle alguna forma viable a la basura feudal prusiana después de los golpes que recibió de manos de Napoleón en Jena, también tomaban sus ideas de las enseñanzas de los economistas clásicos ingleses: el joven economista alemán Marwitz escribió en 1810 que, después de Napoleón, Adam Smith era el soberano más poderoso de Europa.

Si ahora comprendemos por qué la economía se originó hace apenas siglo y medio, también podemos reconstruir su suerte posterior. Si la economía es una ciencia que estudia las leyes peculiares al modo capitalista de producción, la razón de su existencia y su función están ligadas a su tiempo de vida; la economía perderá su fundamento apenas haya dejado de existir ese modo de producción. En otras palabras, la ciencia de la economía habrá cumplido su misión apenas la economía anárquica del capitalismo haya desaparecido para dar paso a un orden económico planificado y organizado, dirigido sistemáticamente por todas las fuerzas laborales de la humanidad. La victoria de la clase obrera moderna y la realización del socialismo será el fin de la economía como ciencia. Aquí vemos el vínculo especial que existe entre la economía y la lucha de clase del proletariado moderno.

Si es tarea de la economía dilucidar las leyes que rigen el surgimiento, crecimiento y extensión del modo de producción capitalista, se plantea inexorablemente que, para ser coherente, la economía debe estudiar también la decadencia del capitalismo. Igual que los anteriores modos de

producción, el capitalismo no es eterno sino una fase transitoria, un peldaño más en la escala interminable del progreso social. Las enseñanzas sobre el surgimiento del capitalismo deben transformarse lógicamente en enseñanzas sobre la caída del capitalismo; la ciencia sobre el modo de producción capitalista se convierte en la prueba científica del socialismo; el instrumento teórico de la instauración del dominio de clase de la burguesía se vuelve un arma de la lucha de clases revolucionaria por la emancipación del proletariado.

Esta segunda parte del problema general de la economía no fue resuelta, desde luego, por los franceses ni los ingleses, ni mucho menos por los sabios alemanes provenientes de la burguesía. Las últimas conclusiones de la ciencia que analiza el modo de producción capitalista fueron extraídas por el hombre que, desde el comienzo, estuvo en la avanzada del proletariado revolucionario: Carlos Marx. Por primera vez el socialismo y el movimiento obrero moderno se asentaron sobre la roca indestructible del pensamiento científico.

El socialismo, en cuanto ideal de orden social basado en la igualdad y fraternidad de todos los hombres, ideal de comunidad comunista, tiene más de mil años. Entre los primeros apóstoles del cristianismo, entre las sectas religiosas de la Edad Media, en las guerras campesinas, el ideal socialista aparecía como la expresión más radical de la revolución contra la sociedad. Pero en cuanto ideal por el cual abogar en todo momento, en cualquier momento histórico, el socialismo era la hermosa visión de unos pocos entusiastas, una fantasía dorada siempre fuera del alcance de la mano, como la imagen etérea de un arco iris en el cielo.

A fines del siglo XVIII y comienzos del XIX la idea socialista, libre del frenesí sectario religioso como reacción ante los horrores y devastaciones perpetrados por el capitalismo en ascenso contra la sociedad, apareció respaldada por primera vez por una fuerza real. Pero inclusive en ese momento, el socialismo seguía siendo en el fondo un sueño, el invento de algunas mentes osadas. Si escuchamos a Cayo Graco Babeuf[92] el primer combatiente de vanguardia en las conmociones revolucionarias desatadas por el proletariado, que quiso con un golpe de mano introducir la igualdad social a la fuerza, veremos que el único argumento en que basa sus

aspiraciones comunistas es la flagrante injusticia del orden social existente. En sus artículos y proclamas apasionadas, como en su defensa ante el tribunal que lo sentenció a muerte, denunció implacablemente el orden social contemporáneo. Su evangelio socialista es una denuncia de la sociedad, de los sufrimientos y tormentos, la miseria y la degradación de las masas trabajadoras, sobre cuyas espaldas se enriquece el puñado de ociosos que domina la sociedad. Para Babeuf bastaba con la consideración de que el orden social existente bien merecía perecer; es decir, podría haber sido derribado un siglo antes de su tiempo si hubiera existido un puñado de hombres decididos a tomar el poder estatal para instaurar la igualdad social, tal como los jacobinos en 1793 tomaron el poder político e instauraron la República.

En las décadas de 1820 y 1830 tres grandes pensadores representaron, con genio y brillo mucho mayores, el pensamiento socialista: Saint-Simón y Fourier[93] en Francia, Owen[94] en Inglaterra. Se basaban en métodos totalmente distintos pero, en esencia, en la misma línea de razonamiento que Babeuf. Desde luego que ni uno de estos hombres pensaba siquiera remotamente en la toma revolucionaria del poder para la realización del socialismo. Por el contrario, al igual que todo el resto de la generación posterior a la Gran Revolución, se sentían desilusionados por las convulsiones sociales y políticas, convirtiéndose en firmes partidarios de los medios y propaganda puramente pacifista. Pero el ideal socialista les era común; constituía fundamentalmente un esquema, la visión de una mente ingeniosa que prescribe su realización a una humanidad sufriente para rescatarla del infierno del orden social burgués.

Así, a pesar de todo el poder de su crítica y la magia de sus ideales futuristas, las ideas socialistas no influenciaron en forma notable los verdaderos movimientos y luchas de su tiempo. Babeuf pereció con un puñado de amigos en la oleada contrarrevolucionaria, sin dejar más rastro que una estela luminosa en las páginas de la historia revolucionaria. Saint-Simón y Fourier fundaron pequeñas sectas de partidarios entusiastas y talentosos quienes —luego de sembrar ideas ricas y fértiles en ideales sociales, crítica y experimentos— se separaron en busca de mejor fortuna. De todos ellos fue Owen quien más atrajo a la masa proletaria, pero después

de agrupar a un sector elitista de obreros ingleses entre 1830 y 1840 su influencia también desaparece sin dejar rastros.

En 1840 surgió una nueva generación de dirigentes socialistas: Weitling[95] en Alemania, Proudhon, Louis Blanc[96], Blanqui en Francia. La clase obrera comenzaba a luchar contra la garra del capital; la insurrección de los obreros textiles de la seda de Lyon y el movimiento Cartista[97] de Inglaterra iniciaron la lucha de clases. Sin embargo no existía un vínculo directo entre los movimientos espontáneos de las masas explotadas y las distintas teorías socialistas. Las masas proletarias insurgentes no se planteaban objetivos socialistas, ni los teóricos socialistas trataban de basar sus ideas en las luchas políticas de la clase obrera. Su socialismo sería instaurado mediante algunos artificios astutos, tales como el Banco Popular de Proudhon o las asociaciones productoras de Louis Blanc. El único socialista para quien la lucha política era un medio para la realización de la revolución social era Blanqui; esto lo convierte en el único verdadero representante del proletariado y de sus intereses de clase revolucionarios de la época. Pero en lo fundamental su socialismo era un esquema realizable a voluntad, fruto de la férrea decisión de una minoría revolucionaria y resultado de un golpe de Estado repentino perpetrado por dicha minoría.

El año 1848 iba a ser el apogeo y también el momento crítico para el viejo socialismo en todas sus variantes. El proletariado de París, influenciado por la tradición de luchas revolucionarias anteriores, agitado por los distintos sistemas socialistas, adoptó con pasión algunas nociones vagas sobre un orden social justo. Derrocada la monarquía burguesa de Luis Felipe[98], los obreros parisinos utilizaron la relación de fuerzas favorable para exigir la instauración de una «república social» y una nueva «división del trabajo» a la burguesía aterrorizada. El gobierno provisional recibió el célebre periodo de gracia de tres meses para cumplir con esas demandas; durante tres meses los obreros pasaron hambre y aguardaron, mientras la burguesía y la pequeña burguesía se armaban secretamente y se preparaban para aplastar a los obreros. El periodo de gracia terminó con la memorable masacre de junio en la que el ideal de la «república social», realizable en cualquier momento, quedó ahogado en la sangre del proletariado parisino.

La Revolución de 1848 no instauró la igualdad social sino más bien la dominación política de la burguesía y un incremento sin precedentes de la explotación capitalista bajo el Segundo Imperio.

Pero a la vez que el socialismo de viejo cuño parecía enterrado definitivamente bajo las barricadas destrozadas de la Insurrección de Junio, Marx y Engels colocaron la idea socialista sobre bases enteramente nuevas. Ninguno de los dos buscó argumentos a favor del socialismo en la depravación moral del orden social existente ni intentó introducir de contrabando la igualdad social mediante ardides nuevos e ingeniosos. Se dedicaron al estudio de las relaciones económicas que se establecen en la sociedad. Allí, en las leyes de la anarquía capitalista, Marx descubrió la base de las aspiraciones socialistas. Los economistas clásicos franceses e ingleses habían descubierto las leyes de la vida y el crecimiento de la economía capitalista; Marx retomó su trabajo medio siglo después, partiendo de donde ellos habían abandonado. Descubrió cómo las mismas leyes que regulan la economía actual preparan su caída, mediante la anarquía creciente que hace peligrar cada vez más a la sociedad misma, forjando una cadena de catástrofes políticas y económicas devastadoras. Marx demostró que las tendencias inherentes al desarrollo capitalista, llegado cierto punto de madurez, hacen necesaria la transición a un modo de producción planificado, organizado conscientemente por toda la fuerza trabajadora de la humanidad, para que la sociedad y civilización humanas no perezcan en las convulsiones de la anarquía incontrolada. Y el capital acerca esta hora fatal a velocidad acelerada, movilizando a sus futuros sepultureros, los proletarios, en número creciente, extendiendo su dominación a todos los países del globo, instaurando una economía mundial caótica y sentando las bases para la solidaridad del proletariado de todos los países en un solo poder revolucionario mundial que barrerá el dominio de clase del capital. El socialismo dejó de ser un esquema, una bonita ilusión o un experimento realizado en cada país por grupos de obreros aislados, cada uno librado a su propia suerte. Programa político de acción común para todo el proletariado internacional, el socialismo se vuelve una *necesidad histórica* resultado del accionar de las propias leyes del desarrollo capitalista.

Debe resultar claro a esta altura por qué Marx ubicó su concepción fuera de la esfera de la economía oficial y la intituló *Crítica de la economía política*. Las leyes de la anarquía capitalista y de su colapso inevitable, desarrolladas por Marx, son la continuación lógica de la ciencia de la economía tal como la crearon los economistas burgueses, pero una continuación cuyas conclusiones finales son el polo opuesto del punto de partida de los sabios burgueses. La doctrina marxista es hija de la economía burguesa, pero su parto le costó la vida a la madre. En la teoría marxista la economía llegó a su culminación, pero también a su muerte como ciencia. Lo que vendrá —además de la elaboración de los detalles de la teoría marxista— es la metamorfosis de esta teoría en acción, es decir, la lucha del proletariado internacional por la instauración del orden económico socialista. La consumación de la economía como ciencia es una tarea histórica mundial: su aplicación a la organización de una economía mundial planificada. El último capítulo de la economía será la revolución social del proletariado mundial.

El vínculo especial entre la economía y la clase obrera moderna es una relación recíproca. Si, por una parte, la ciencia de la economía, perfeccionada por Marx, es más que cualquier otra ciencia la base indispensable para el esclarecimiento del proletariado, entonces el proletariado con conciencia de clase es el único auditorio capaz de comprender las enseñanzas de la economía científica. Contemplando las ruinas de la vieja sociedad feudal, los Quesnay y Boisguillebert[99] de Francia, los Ricardo y Adam Smith de Inglaterra volvieron sus ojos con orgullo y entusiasmo al joven orden burgués, y con fe en el milenio de la burguesía y su armonía social «natural», sin el menor temor, permitieron que sus ojos de águila penetraran en las profundidades de las leyes económicas del capitalismo.

Pero el impacto creciente de la lucha de la clase proletaria, sobre todo la Insurrección de Junio del proletariado de París, destruyó hace mucho la fe de la sociedad burguesa en su propio dios. Desde que comió del árbol de la sabiduría y supo de las modernas contradicciones de clase, la burguesía aborrece la clásica desnudez con la que los creadores de su propia economía política la pintaron para que estuviese a la vista de todos. La burguesía ganó

conciencia del hecho de que los voceros del proletariado moderno habían forjado sus armas mortíferas en el arsenal de la economía política clásica.

Así resulta que durante décadas no es sólo la economía socialista la que ha estado hablando a los oídos sordos de las clases poseedoras. La economía burguesa, en la medida en que fue alguna vez una verdadera ciencia, ha hecho lo mismo. Incapaces de comprender las enseñanzas de sus grandes antepasados, menos capaces aún de aceptar las enseñanzas del marxismo, que surgen de aquéllas y además anuncian la muerte de la sociedad burguesa, los profesores burgueses nos sirven un guisado desabrido hecho de las sobras de una mezcolanza de conceptos científicos y frases huecas intencionadas, sin el menor intento de explorar las verdaderas tendencias del capitalismo. Por el contrario, tratan de levantar una cortina de humo para defender al capitalismo como el mejor de todos los órdenes sociales y el único viable.

Olvidada y desechada de la sociedad burguesa, la economía científica puede encontrar oyentes solamente entre los proletarios con conciencia de clase; no sólo comprensión teórica, sino también acción concomitante. La famosa frase de Lassalle se aplica en primer lugar a la economía: «Cuando la ciencia y los trabajadores, polos opuestos de la sociedad, se abracen, aplastarán en su abrazo todos los obstáculos sociales».

UTOPÍAS PACIFISTAS

[Cuando apareció «Utopías pacifistas» en 1911, Europa ya iniciaba su descenso vertiginoso hacia la Primera Guerra Mundial. Las crecientes tensiones generadas por la competencia colonialista de las grandes potencias imperialistas, la carrera armamentista y el creciente militarismo, además de otros indicios, indicaban claramente el camino. El PSD alemán, engolosinado por los votos obtenidos en su país, parecía preocuparse cada vez menos por los llamados al sentimiento nacionalista, o se limitaba a señalar que la revolución socialista era la única alternativa a la guerra imperialista que se avecinaba.

Rosa Luxemburgo recogió el desafío y denunció implacablemente las ilusiones creadas por los voceros oficiales del PSD, incluido entre ellos su viejo amigo y aliado Karl Kautsky**[100]**, considerado el teórico marxista más ortodoxo de la Internacional. El propio Lenin iba a romper con Kautsky después de que éste apoyó al imperialismo alemán cuando el estallido de la guerra en 1914. Pero Rosa Luxemburgo, que estaba mucho más cerca de Kautsky y del creciente oportunismo del PSD, fue la primer dirigente de la Internacional que se percató de la orientación de las teorías idealistas de Kautsky y comenzó a atacar su creciente tendencia a capitular ante el ala derecha del PSD.

«Utopías pacifistas» se publicó por primera vez el 6 y 8 de mayo de 1911 en el *Leipziger Volkszeitung*. La presente versión resumida está tomada de *The Labour Monthly*, Londres, julio de 1926.]

I

¿Cuál es nuestra tarea en la cuestión de la paz? No consiste en demostrar en todo momento el amor a la paz que profesan los socialdemócratas; nuestra tarea primera y principal es clarificar ante las masas populares la naturaleza del militarismo y señalar con toda claridad las diferencias principistas entre la posición de los socialdemócratas y la de los pacifistas burgueses. ¿En qué consiste esta diferencia? No solamente en el hecho de que los pacifistas burgueses confían en la influencia de las grandes palabras, mientras que nosotros no dependemos únicamente de las palabras. Nuestros respectivos puntos de partida se oponen diametralmente: los amigos burgueses de la paz creen que la paz mundial y el desarme pueden realizarse en el marco del orden social imperante, mientras que nosotros, que nos basamos en la concepción materialista de la historia y en el socialismo científico, estamos convencidos de que el militarismo desaparecerá del mundo únicamente con la destrucción del Estado de clase capitalista. De ahí surgen nuestras distintas tácticas en la propagandización del ideal de la paz. Los pacifistas burgueses tratan —y desde su punto de vista es perfectamente lógico y comprensible— de inventar toda clase de proyectos «prácticos» para restringir gradualmente el militarismo y tienden naturalmente a considerar genuino cada síntoma externo de paz, aceptar todo lo que dice en ese sentido la diplomacia, exagerarlo hasta convertirlo en base para la actividad. Por su parte los socialdemócratas deben considerar que su deber al respecto, como en cualquier otra instancia de la crítica social, es denunciar que los intentos burgueses de restringir el militarismo no son sino lamentables medidas a medias y que la expresión de semejantes sentimientos de parte del gobierno es un engaño diplomático, y oponer a las expresiones y declaraciones burguesas el análisis implacable de la realidad capitalista.

Desde este punto de vista las tareas de los socialdemócratas con respecto a las declaraciones del gobierno británico sólo pueden ser las de denunciar que la limitación parcial de armamentos no es viable, que es una medida que se queda en la mitad del camino, y tratar de demostrarle al pueblo que el militarismo está estrechamente ligado a la política colonial, a la política tarifaria y a la política internacional, y que si las naciones existentes realmente quisieran poner coto, seria y honestamente, a la carrera

armamentista, tendrían que comenzar con el desarme en el terreno político comercial, abandonar sus rapaces campañas colonialistas y su política internacional de conquista de esferas de influencia en todas partes del mundo: en una palabra, su política interna y exterior debería ser lo opuesto de lo que exige la política actual de un estado capitalista moderno. Y así se explicaría lo que constituye el meollo de la concepción socialdemócrata, que el militarismo en todas sus formas —sea guerra o paz armada— es un hijo legítimo, un resultado lógico del capitalismo, de ahí que quien realmente quiera la paz y la liberación de la tremenda carga de los armamentos debe desear también el socialismo. Sólo así puede realizarse el esclarecimiento socialdemócrata y el reclutamiento para el partido, en relación con el debate sobre el armamento.

Este trabajo, empero, se volverá un tanto dificultoso y la posición de los socialdemócratas se hará oscura y vacilante si, por algún extraño cambio de papeles, nuestro partido trata de hacer lo contrario: convencer al Estado burgués de que bien puede limitar el armamentismo y lograr la paz desde su posición de Estado capitalista.

Ha sido hasta ahora un orgullo, y el fundamento científico, que no sólo las líneas generales de nuestro programa sino también las consignas que conforman nuestra táctica cotidiana no eran inventados según nuestros deseos, sino que confiábamos en nuestro conocimiento de las tendencias del desarrollo social y fundamentábamos nuestra línea sobre el curso objetivo de dichas tendencias. Para nosotros, el factor determinante hasta ahora no eran las posibilidades que se presentaban partiendo de la relación interna de fuerzas en el Estado, sino las posibilidades desde el punto de vista de las tendencias del desarrollo de la sociedad. La limitación del armamento, las restricciones al militarismo no coinciden con el desarrollo futuro del capitalismo internacional. Sólo quienes creen en la posibilidad de mitigar y mellar los antagonismos de clase y controlar la anarquía económica del capitalismo pueden creer en la posibilidad de disminuir, mitigar y liquidar estos conflictos internacionales. Porque los antagonismos internacionales de los estados capitalistas no son sino el complemento de los antagonismos de clase, y la anarquía política mundial no es sino el revés del anárquico sistema de producción del capitalismo. Ambos sólo pueden desarrollarse

juntos y perder juntos. «Un poco de orden y paz» es pues una utopía tan pequeñoburguesa y mezquina respecto al mercado mundial capitalista como la política mundial, y respecto a la limitación de las crisis como a la limitación del armamento.

Echemos un vistazo a los acontecimientos internacionales de los últimos quince años. ¿Dónde se ve alguna tendencia hacia la paz, hacia el desarme, hacia la solución negociada de los conflictos?

En los últimos quince años tuvimos: en 1895 la guerra entre Japón y China, preludio al surgimiento del imperialismo en Asia Oriental; en 1898 la guerra entre España y Estados Unidos; en 1899-1902, la guerra de los ingleses y los boers en Sudáfrica; en 1900 la penetración de las potencias europeas en China; en 1904 la guerra ruso-japonesa; en 19041 907 la guerra de los alemanes contra los hereros en África; en 1908, la intervención militar de Rusia en Persia; en este momento la intervención militar de Francia en Marruecos, sin mencionar las incesantes escaramuzas coloniales en África y Asia. La sola enumeración de los hechos demuestra que en el lapso de quince años no hubo uno solo sin actividad bélica de algún tipo.

Pero más importante aún es la consecuencia de estas guerras. Después de la guerra con China, Japón efectuó una reorganización militar que le permitió emprender diez años más tarde la guerra contra Rusia y convertirse en la fuerza militar predominante en el Pacífico. La guerra con los boers culminó en la reorganización militar de Inglaterra y el fortalecimiento de su fuerza armada terrestre. La guerra contra España impulsó a Estados Unidos a reorganizar su marina de guerra y entrar en la política colonial con los intereses imperialistas en Asia, creándose así el germen del antagonismo de intereses entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico. La campaña sobre China fue acompañada en Alemania por la importante Ley de la Marina de Guerra de 1900, que señala el inicio de la competencia marítima anglo-germana y la agudización de los conflictos entre ambas naciones. Pero existe otro factor de suma importancia: el despertar social y político de las colonias y los países que integran las «esferas de influencia» a la vida independiente. La revolución en Turquía, en Persia, el fermento revolucionario en China, India, Egipto, Arabia, Marruecos, Méjico, también son puntos de partida para los antagonismos políticos, las tensiones, las

actividades bélicas y el armamento a nivel mundial. Fue justamente en el transcurso de estos quince años que los puntos de fricción en la política internacional alcanzaron un grado sin precedentes, nuevos estados han ingresado a la escena internacional y todas las grandes potencias se reorganizaron militarmente. La consecuencia de todo ello es que los antagonismos se han agudizado a un grado jamás visto, y el proceso se profundiza más y más, puesto que por una parte el fermento en Oriente crece día a día, y por la otra cada acuerdo entre las potencias militares se convierte en punto de partida de nuevos conflictos. La Entente Reval[101] entre Rusia, Gran Bretaña y Francia que, según Jaurés, era una garantía para la paz mundial, agudizó la crisis en los Balcanes, detonó la revolución en Turquía, condujo a Rusia a la intervención militar en Persia y produjo un acercamiento entre Turquía y Alemania, lo que a su vez agudizó las tensiones anglo-germanas. El Acuerdo de Potsdam agudizó la crisis en China y la guerra ruso-japonesa tuvo el mismo efecto.

Por eso, con sólo observar los hechos, quien se niegue a comprender que los mismos dan lugar a cualquier cosa menos la mitigación de los conflictos internacionales y la paz mundial, está cerrando sus ojos.

En vista de todo ello, ¿cómo es posible hablar de una tendencia hacia la paz en el desarrollo burgués que neutralizará y superará las tendencias bélicas? ¿Dónde se refleja?

¿En la declaración de Sir Edward Grey[102] y en la del parlamento francés? ¿En el «cansancio armamentista» de la burguesía? Pero los sectores pequeños y medianos de la burguesía siempre se han quejado del peso del armamentismo, así como se quejan de la liquidación de la libre competencia, de las crisis económicas, la falta de conciencia que demuestran los especuladores de la bolsa, el terrorismo de los cárteles y trusts. La tiranía de los magnates de los trusts norteamericanos ha provocado una rebelión de amplias masas populares y un fatigoso procedimiento legal antitrust de parte del Estado. ¿Acaso los socialdemócratas lo interpretan como síntoma de la limitación del desarrollo de los trusts? Más bien miran con simpatía la rebelión de los pequeños burgueses y sonríen con desprecio ante la campaña estatal. La «dialéctica» de la tendencia burguesa hacia el pacifismo, que se suponía iba

a neutralizar y superar su tendencia bélica, es una prueba más que confirma la vieja verdad de que las rosas de la dominación capitalista tienen también espinas para la burguesía, que ésta prefiere mantener en su cabeza sufriente lo más posible, a pesar del dolor y la pena, antes que perder las espinas junto con la cabeza si sigue el consejo de los socialdemócratas.

Explicárselo a las masas, destruir implacablemente toda ilusión respecto de los intentos burgueses de lograr la paz, afirmar que la revolución proletaria es el primer y único paso hacia la paz: ésa es la tarea de los socialdemócratas respecto de las engañifas desarmamentistas, ya estén engendradas en Petersburgo, Londres o Berlín.

II

El utopismo de la posición que espera una era de paz y limitación del militarismo en el marco del orden social imperante se revela claramente en el hecho de que recurre a la elaboración de proyectos. Porque es típico de las ansias utópicas el crear, para demostrar su viabilidad, recetas «prácticas» lo más detalladas posible. En esta categoría se inscribe él proyecto de «Estados Unidos de Europa» como base para la limitación del armamentismo internacional.

«Apoyamos todos los esfuerzos —dijo el camarada Ledebour[103] en el Reichstag el 3 de abril— que apunten a liquidar los gastados pretextos que justifican el incremento incesante del armamentismo. Exigimos la unión económica y política de los estados europeos. Estoy seguro de que viviremos para ver, cuando se imponga el socialismo o tal vez antes, la formación de los Estados Unidos de Europa, impulsada por la competencia comercial de los Estados Unidos de América. Exigimos que la sociedad capitalista, los hombres de estado del capitalismo, por lo menos se preparen para esta unión de Europa en los Estados Unidos de Europa, en interés del desarrollo capitalista de Europa, con el fin de que ésta no sea hundida por la competencia mundial».

Y en el *Neue Zeit* del 28 de abril el camarada Kautsky escribe: «[…] Hoy hay un solo camino para lograr un largo periodo de paz, que desvanezca para siempre el fantasma de la guerra: la unión de los estados de la civilización europea en una liga con una política comercial, un parlamento, un gobierno y un ejército comunes; la formación de los Estados Unidos de Europa. Si se constituye se dará un tremendo paso adelante. La superioridad de esos Estados Unidos sería tal que sin mediar ninguna guerra podrían obligar a todas las demás naciones que no se les unan voluntariamente a liquidar sus ejércitos y sus flotas. Pero en ese caso desaparecería toda necesidad de armamentos para los nuevos Estados Unidos. Estarían en situación de dejar de lado la adquisición de armamento nuevo, de abandonar el actual ejército y las armas agresivas navales, y también de prescindir de todo medio de defensa, del sistema militar mismo. Comenzaría entonces, con toda seguridad, la era de la paz permanente».

A primera vista, la idea de los Estados Unidos de Europa como condición para la paz puede parecer plausible. Pero un examen más profundo de ella demuestra que no tiene absolutamente nada en común con el método de análisis ni con la concepción de la socialdemocracia.

Como partidarios de la concepción materialista de la historia, siempre sostuvimos la idea de que los estados modernos, como estructuras políticas, no son productos artificiales de una fantasía creadora, como lo fue, por ejemplo, el Estado de Varsovia de napoleónica memoria, sino productos históricos del desarrollo económico.

¿Pero sobre qué fundamento económico se apoya la idea de una federación de estados europeos? Es cierto que Europa es una unidad geográfica y, dentro de ciertos límites, una concepción histórica cultural. Pero la idea de Europa como unidad económica contradice el desarrollo capitalista en dos aspectos. Ante todo se dan dentro de Europa las luchas competitivas y antagonismos más violentos entre los distintos estados, y seguirán dándose mientras éstos existan. En segundo lugar, los estados europeos no pueden avanzar económicamente sin los países no europeos. Como proveedores de aumentos, materias primas y mercancías, incluso como consumidores de éstos, los demás países están ligados a Europa por miles de lazos. En la etapa actual del desarrollo del mercado y la economía

mundiales, la concepción de Europa como unidad económica aislada es una invención estéril de la mente. Europa no constituye una unidad económica especial dentro de la economía mundial en mayor medida que Asia o América.

La idea de una unión europea en el sentido económico ha sido superada hace largo tiempo; también lo ha sido en el sentido político.

Las épocas en que Europa constituía el centro de gravedad del desarrollo político y el agente polarizador de las contradicciones del capitalismo pertenecen al pasado. Hoy Europa es apenas un eslabón de la intrincada cadena de relaciones y contradicciones internacionales. Y lo que es más decisivo aún, los antagonismos entre los países europeos ya no se juegan solamente dentro del continente sino en todas partes del mundo y en todos los mares.

Solamente se dejan de lado estas contradicciones y acontecimientos y se plantea la bendita posibilidad de un acuerdo entre las potencias europeas cuando se tiene en cuenta nada más, por ejemplo, que hemos vivido cuarenta años de paz ininterrumpida. Esta concepción, que considera solamente los acontecimientos del continente europeo, no toma en consideración que la razón fundamental por la que no hubo guerra en Europa durante décadas es que los antagonismos internacionales han aumentado infinitamente más allá de las fronteras del continente europeo, y que los problemas e intereses europeos ahora se disputan en todos los mares del mundo y en la periferia de Europa.

De aquí que los «Estados Unidos de Europa» sea una idea que se enfrenta directamente con el proceso económico y político, y que no toma en absoluto en consideración los acontecimientos del último cuarto de siglo.

La suerte que corrió la consigna «Estados Unidos de Europa» confirma también que una posición tan en desacuerdo con la tendencia que sigue el proceso no puede ofrecer ninguna solución fundamentalmente progresiva, pese a todos los matices radicales con que se la presenta. Cada vez que los políticos burgueses levantaron la consigna del europeísmo, de la unión de los estados europeos, lo hicieron con el objetivo implícito o explícito de dirigirla contra el «peligro amarillo», el «continente negro», contra las «razas inferiores»; en síntesis, siempre fue un aborto imperialista.

Y si ahora nosotros, socialdemócratas, llenáramos este viejo odre de vino nuevo y aparentemente revolucionario, tenemos que decir que las ventajas no serían para nosotros sino para la burguesía. Las cosas poseen su propia lógica objetiva. Y la solución de la unión europea en los marcos del orden social capitalista objetivamente sólo puede significar, en lo económico, una guerra con América por las tarifas y políticamente una guerra colonial racista. La campaña china de los regimientos unidos europeos con el mariscal del mundo Waldersee[104] al frente y el evangelio germano como estandarte: ésa es la expresión real, la única posible, de la «Federación de Estados Europeos» en el orden social actual.

EL FOLLETO JUNIUS:

LA CRISIS DE LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

[Desde hace tiempo se reconoce el 4 de agosto de 1914 como una de las fechas más negras en la historia del movimiento socialista internacional. En los meses que la precedieron se veía claramente que la guerra era inminente, y los partidos socialdemócratas de Europa occidental habían denunciado los planes de sus burguesías imperialistas.

El 4 de agosto, cuando los ejércitos de Alemania, Austria y Francia y los zaristas ya estaban en marcha, el Reichstag[105] se reunió para discutir y aprobar los fondos necesarios para la guerra del Káiser. Con frases encendidas de condena, no del capitalismo alemán y del militarismo prusiano sino del enemigo zarista, el conjunto del bloque socialdemócrata del Reichstag, de más de cien diputados, votó a favor del presupuesto de guerra y la «defensa de la patria».

Siguiendo las huellas del PSD —esa joya de la Segunda Internacional[106], el partido de la autoridad revolucionaria indiscutida, a la que todos consideraban modelo de internacionalismo proletario— la mayoría de los socialdemócratas franceses e ingleses también votaron el apoyo a sus respectivos gobiernos. Sólo en Rusia, Servia, Polonia, Italia, Bulgaria y Estados Unidos la mayoría de los partidos socialdemócratas se negó a rendirse ante la ola de chovinismo y la histeria patriótica de la guerra.

Para las tendencias revolucionarias de la Segunda Internacional, el voto del bloque parlamentario socialdemócrata fue un golpe tremendo.

Cuando Lenin recibió los diarios alemanes portadoras de la noticia, creyó que se trataba de una falsificación de la policía alemana. Rosa Luxemburgo, a pesar de su conocimiento íntimo del grado de degeneración oportunista alcanzado por el PSD, quedó anonadada. No había osado extraer las conclusiones últimas de la podredumbre interna del PSD, aceptar el hecho de que el partido más grande e influyente de la Internacional fuera capaz de traicionar tan totalmente los principios más elementales del marxismo revolucionario sin siquiera tratar de negarlo. Rosa se abocó inmediatamente a la tarea de agrupar al pequeño núcleo de socialdemócratas revolucionarios que repudiaron la posición oficial del PSD. Los primeros resultados fueron magros. Un mes más tarde, el 10 de setiembre, dos diarios suizos publicaron la noticia de que en Alemania había socialdemócratas que se oponían a la política oficial del partido. El comunicado llevaba las firmas de Karl Liebknecht, Franz Mehring, Clara Zetkin y Rosa Luxemburgo[107].

Liebknecht, a la sazón diputado en el parlamento provincial prusiano y en el Reichstag, se había manifestado rotundamente en contra del presupuesto militar. Había dirigido a los disidentes dentro del bloque socialdemócrata, pero se había sometido a la disciplina partidaria en la votación del 4 de agosto. Fue la última vez. Se unió inmediatamente a la oposición revolucionaria y, debido a su cargo público, se convirtió en su vocero principal. Al final de la guerra el nombre de Liebknecht era sinónimo de las fuerzas revolucionarias en Alemania. En diciembre de 1914, cuando se votó un nuevo incremento de los fondos bélicos, el de Liebknecht fue el único voto en contra.

El trabajo de organizar una tendencia sólida, coherente, procedía con suma lentitud. En la primavera de 1915 apareció el primer número de *Die Internationale*, que fue inmediatamente prohibido por el gobierno. Desde entonces se difundió mediante una red clandestina. Durante el transcurso de la guerra circularon ilegal-mente las cartas Espartaco, primero mimeografiadas y luego impresas. Recién en el día de Año Nuevo de 1916, casi un año y medio después del comienzo de la guerra, delegados provenientes de toda Alemania se reunieron secretamente en el bufete de Liebknecht para crear el *Gruppe Internationale*, que aprobó las «Tesis sobre las tareas de la

socialdemocracia internacional» como programa y el *Folleto Junius* como primera declaración política. El *Gruppe Internationale* tomó el nombre de Liga Espartaco en noviembre de 1918 y fue el núcleo inicial del Partido Comunista Alemán, fundado a fines de diciembre del mismo año.

Durante la guerra surgió otro grupo de oposición. La camarilla centrista del bloque parlamentario socialdemócrata —que tenía pocas dudas respecto de la política oficial pero no quería comprometerse— se volvió más audaz a medida que avanzaba la guerra y su falta de popularidad en la clase obrera alemana fue en aumento. En diciembre de 1915, un año después de que Liebknecht emitiera su voto solitario de protesta, un total de veintisiete diputados votó contra el nuevo presupuesto de guerra y otros veinte se abstuvieron. Este grupo, llamado Grupo de Trabajo Ad Hoc, se convirtió en el núcleo del Partido Social Demócrata Independiente, fundado en enero de 1917, agrupación que osciló constantemente entre el PSD y Espartaco, siendo su única constante su falta de principios o de estructura. Su dirección volvió al PSD al finalizar la guerra, mientras que buena parte de la base ingresó al Partido Comunista Alemán.

Por supuesto que el gobierno alemán quería a toda costa silenciar a sus críticos revolucionarios y logró enviar a la mayoría de ellos a prisión. Cuando comenzó la guerra Rosa Luxemburgo ya había sido sentenciada a un año de cárcel por un discurso antibélico pronunciado a principios de 1914. En octubre le fue negada la apelación y, aunque por razones de salud se le permitió postergar el cumplimiento de la sentencia, fue aprehendida en febrero de 1915. Mientras cumplía la sentencia redactó lo que posteriormente se conoció con el nombre de *Folleto Junius*. Lo terminó en abril de 1915 y consiguió sacarlo de la prisión, pero dificultades de orden técnico, la falta de una imprenta y otros problemas, impedirían su publicación hasta abril de 1916.

Al mismo tiempo redactó las «Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional». Tenía el propósito de presentarlas en la conferencia de Zimmerwald**[108]** de socialdemócratas opuestos a la guerra, pero en virtud de un error de información respecto de la fecha de la conferencia y el secreto que necesariamente la rodeaba, los

amigos de Rosa no pudieron sacar a tiempo de la prisión el borrador de las Tesis como para poder llevarlas a Zimmerwald.

Rosa Luxemburgo fue liberada en enero de 1916 y permaneció en libertad durante seis meses. Fue arrestada nuevamente en julio de 1916 y encarcelada sin juicio hasta que la primera oleada de la Revolución Alemana la liberó en noviembre de 1918.

Liebknecht, protegido parcialmente por sus fueros parlamentarios, permaneció en libertad hasta mayo de 1916. El Primero de Mayo de 1916 el grupo Espartaco resolvió organizar una demostración en el centro de Berlín. Había invitado al Grupo de Trabajo Ad Hoc a participar, pero cuando este grupo se negó, los partidarios de Espartaco lo hicieron solos. Varios cientos se reunieron en la Potsdamerplatz para escuchar a Carlos Liebknecht decir «¡Abajo el gobierno! ¡Abajo la guerra!» antes de que lo arrestaran. [Ante su arresto, los excolegas de Liebknecht en el bloque socialdemócrata del Reichstag se apresuraron a quitarle su inmunidad. Puede medirse hasta qué punto se hundió la política reaccionaria del PSD durante la Primera Guerra Mundial en este discurso del diputado Landsberg**[109]**:

[«Caballeros […] vemos en Liebknecht a un hombre que quiso, apelando a las masas, obligar a declarar la paz a un gobierno que repetidas veces ha expresado su deseo de paz ante todo el mundo. […] Esta guerra es una guerra por nuestros hogares […] cuán grotesco fue su intento […] cómo puede alguien imaginarse que [Liebknecht] podría influenciar al mundo, jugando a la alta política tirando panfletos, haciendo una demostración en la Potsdamerplatz […] Comparad esta inestabilidad patológica con nuestra calma clarividente, sensata [del partido oficial] […]», (citado en *Rosa Luxembug* J. P. Nettl, Londres, Oxford University Press, 1966, p. 649).

Liebknecht fue sentenciado en junio y su arresto detonó, para sorpresa de todos, la primera gran huelga política de la guerra. En diciembre de 1916 comenzó a cumplir una sentencia de cuatro años y un mes.

El verdadero título del folleto de Rosa fue «La crisis de la socialdemocracia alemana» y lo firmó con el seudónimo Junius. El nombre proviene probablemente de Lucius Junius Brutus, legendario

patriota romano de quien se dice que dirigió una revolución republicana en la Roma clásica. También utilizó ese nombre un autor inglés no identificado cuyos ataques al ministerio del duque de Grafton aparecieron bajo la forma de cartas al diario londinense *Public Advertiser* en 1769-1772.

El contenido del folleto se refiere no tanto a la crisis del PSD como a las raíces y causas de la guerra. Dirigido a los obreros alemanes más conscientes, explica cuidadosamente los factores que hicieron que el holocausto fuera inevitable: es decir, los intereses de las clases capitalistas competidoras de Europa. Denuncia exhaustivamente los mitos con que el PSD justificó su apoyo a la guerra.

Lo que no trata de hacer, como explica Lenin en su comentario, incluido como apéndice al final de esta selección, es dar una explicación clara del derrumbe del PSD, ni de analizar el papel del grupo de Kautsky que, con el paso de los años, había capitulado cada vez más ante el ala derecha. Durante un cuarto de siglo se habían ido sentando las bases políticas y organizativas del 4 de agosto de 1914. Y el folleto tampoco da una perspectiva clara de qué hacer ahora, por dónde comenzar. Pero, como dice Lenin, a quien no le gustaban las alabanzas extravagantes, «de conjunto, el *Folleto Junius* es un espléndido trabajo marxista». En su comentario, Lenin se detiene largamente en dos errores que le pareció importante corregir: el error de afirmar que no habría más guerras nacionales y el error de hacer la menor concesión a la consigna de «defensa de la patria».

Lenin comprendió plenamente la importancia de que semejante trabajo apareciera en Alemania y el papel que jugaría en la lucha contra el PSD. Saludó cálidamente al autor, a quien probablemente desconocía, y planteó sus críticas en un espíritu de colaboración fraternal con los individuos aislados que obviamente trataban de llevar las consignas revolucionarias hasta sus últimas consecuencias.

La traducción inglesa apareció por primera vez en un folleto de la Socialist Publication Society en Nueva York, 1918, con las firmas de Rosa Luxemburgo, Karl Liebknecht y Franz Mehring. Hemos omitido el capítulo cuarto, que hace una historia larga y detallada de la dominación del imperialismo alemán en los Balcanes y Asia Menor, sobre todo Turquía, en las dos décadas que precedieron a la guerra.

Las Tesis siguen la traducción publicada en *Fourth International* (Amsterdam, invierno de 1959-1960).]

I

La escena ha cambiado totalmente. La marcha de 6 semanas sobre París se ha convertido en un drama mundial. El asesinato en masa se ha convertido en una tarea monótona, pero la solución final no parece estar más cerca. El capitalismo ha quedado atrapado en su propia trampa y no puede exorcizar el espíritu que ha invocado.

Ha pasado el primer defirió. Pasaron los tiempos de las manifestaciones patrióticas en la calle, de la persecución de automóviles de aspecto sospechoso, los telegramas falsos, de los pozos de agua envenenados con el germen del cólera. Ya terminó la época de las historias fantásticas de estudiantes rusos que arrojan bombas desde los puentes de Berlín, o de franceses que sobrevuelan Nuremberg; se acabaron los días en que el populacho cometía excesos al salir a cazar espías, de las multitudes cantando, de los cafés con coros patrióticos; no más turbas violentas, prestas a denunciar, a perseguir mujeres, a llegar hasta el frenesí del delirio ante cada rumor; se ha disipado la atmósfera del asesinato ritual, el aire de Kishinev, que hacía que el vigilante de la esquina fuera el único representante que quedaba de la dignidad humana[110].

El espectáculo ha terminado. El telón ha descendido sobre los trenes colmados de reservistas, que parten en medio de la alegre vocinglería de muchachas entusiastas. Ya no vemos sus rostros risueños, sonriendo alegremente desde las ventanillas del tren a una población hambrienta de guerra. Trotan silenciosamente por las calles, con los atados al hombro. Y el público, con rostro preocupado, vuelve al quehacer diario.

En la atmósfera de desilusión de la pálida luz del día resuena otro coro: el severo graznar de los gavilanes y las risas de las hienas del campo de batalla. Diez mil tiendas, garantizadas según las instrucciones, cien mil kilos de tocino, cacao en polvo, sustituto del café, pagadero contra entrega.

Metralla, instrucción militar, bolsas de municiones, agencias matrimoniales para las viudas de guerra, cinturones de cuero, órdenes de guerra: sólo se tendrán en cuenta las propuestas serias. Y la carne de cañón que subió a los trenes en agosto y setiembre se pudre en los campos de batalla de Bélgica y los Vosgos mientras las ganancias crecen como yuyos entre los muertos.

Los negocios florecen sobre las ruinas. Las ciudades se convierten en escombros, países enteros en desiertos, aldeas en cementerios, naciones enteras en mendigos, iglesias en establos. Los derechos del pueblo, las alianzas, los tratados, las palabras santas, las más grandes autoridades, están hechos pedazos; cada soberano por la gracia de Dios recibe el mote de estúpido, de desgraciado y desagradecido por parte de su primo del otro lado de la frontera; cada canciller califica a sus colegas de los países enemigos de criminales desesperados; cada gobierno mira a los demás como si fueran el ángel malo de su pueblo, digno tan sólo del desprecio del mundo. El hambre campea en Venecia, en Lisboa, en Moscú, en Singapur; la peste en Rusia, la miseria y la desesperación en todas partes.

Avergonzada, deshonrada, nadando en sangre y chorreando mugre: así vemos a la sociedad capitalista. No como la vemos siempre, desempeñando papeles de paz y rectitud, orden, filosofía, ética, sino como bestia vociferante, orgía de anarquía, vaho pestilente, devastadora de la cultura y la humanidad: así se nos aparece en toda su horrorosa crudeza.

Y en medio de esta orgía, ha sucedido una tragedia mundial: la socialdemocracia alemana ha capitulado. Cerrar los ojos ante este hecho, tratar de ocultarlo, sería lo más necio, lo más peligroso que el proletariado internacional puede hacer: “El demócrata (o sea, la clase media revolucionaria) —escribe Carlos Marx— sale del pozo más vergonzoso tan inmaculado como cuando entró inocentemente en él. Con su confianza en la victoria fortalecida, tiene más que nunca la plena certeza de que él y su partido no necesitan principios nuevos, que los acontecimientos y las circunstancias se deben ajustar a él”. Tan gigantescos como sus problemas son sus errores. Ningún plan firmemente elaborado, ningún ritual ortodoxo válido para todos los tiempos le muestra el camino a seguir. La experiencia histórica es su único maestro, su *Via Doloroso* hacia la libertad está jalonada no sólo de sufrimientos inenarrables, sino también de incontables

errores. La meta del viaje, la liberación definitiva, depende por entero del proletariado, de si *éste* aprende de sus *propios* errores. La autocrítica, la crítica cruel e implacable que va hasta la raíz del mal, es vida y aliento para el proletariado. La catástrofe a la que el mundo ha arrojado al proletariado socialista es una desgracia sin precedentes para la humanidad. Pero el socialismo está perdido únicamente si el proletariado es incapaz de medir la envergadura de la catástrofe y se niega a comprender sus lecciones.

Están en juego los últimos cuarenta y cinco años de historia del movimiento obrero. La situación actual es un cierre de cuentas, un resumen del debe y el haber de medio siglo de trabajo. En la tumba de la Comuna de París yace enterrada la primera fase del movimiento obrero europeo y la Primera Internacional. En lugar de tas revoluciones, motines y barricadas espontáneas, después de los cuales el proletariado volvía a caer en la pasividad, apareció la lucha diaria y sistemática, la utilización del parlamentarismo burgués, la organización de masas, la unión férrea de la lucha económica con la política, de los ideales socialistas con la defensa tenaz de los intereses más inmediatos. Por primera vez el conocimiento científico guiaba la causa de la emancipación del proletariado. En lugar de sectas y escuelas, de empresas y experimentos utópicos en cada país, total y absolutamente separados unos de otros, tenemos una base teórica uniforme e internacional que une a las naciones. Las obras teóricas de Marx fueron para la clase obrera de todo el mundo una brújula para fijar su táctica horas tras hora, en busca de la única meta inmutable.

El portador, el defensor, el protector del nuevo método fue la socialdemocracia alemana. La guerra de 1870 y la derrota de la Comuna de París habían trasladado el centro de gravedad del movimiento obrero europeo a Alemania. Así como Francia fue el país clásico de la primera etapa de la lucha de clase del proletariado, así como París fue el corazón, roto y ensangrentado, de la clase obrera europea, la clase obrera alemana se convirtió en vanguardia de la segunda etapa. Con incontables sacrificios, en forma de trabajo agitativo, ha construido la organización más fuerte, la organización modelo del proletariado, ha creado la prensa mayor, ha desarrollado los métodos más efectivos de educación y propaganda. Ha

reunido bajo sus banderas a las masas trabajadoras más numerosas, y ha elegido los bloques más grandes a los parlamentos nacionales.

En general se reconoce que la socialdemocracia alemana es la encarnación más pura del socialismo marxista. Ha adquirido y utilizado un gran prestigio como maestra y dirigente de la Segunda Internacional. En su famoso prólogo a *Las luchas de clases en Francia* de Marx, Federico Engels escribió: "Pero, ocurra lo que ocurriere en otros países, la socialdemocracia alemana tiene una posición especial, y con ello, por el momento al menos, una tarea especial también. Los dos millones de electores que envía a las urnas, junto con los jóvenes y mujeres que están tras de ellos y no tienen voto, forman la masa más numerosa y más compacta, la "fuerza de choque" decisiva del ejército proletario mundial[111]». Como dijo el *Wiener Arbeiterzeitung* del 5 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana era la joya de las organizaciones del proletariado consciente. Las socialdemocracias de Francia, Italia y Bélgica, los movimientos obreros de Holanda, Escandinavia, Suiza y Estados Unidos, seguían ilusionados sus pasos. Las naciones eslavas, los rusos y los socialdemócratas de los Balcanes contemplaban al movimiento alemán con admiración infinita, casi ciega. En la Segunda Internacional la socialdemocracia alemana era sin duda el factor decisivo. En cada congreso, en cada plenario del Buró Socialista Internacional, todo dependía de la posición del grupo alemán.

Especialmente en la lucha contra la guerra y el militarismo, la posición de la socialdemocracia ha sido siempre decisiva. Bastaba un «los alemanes no lo podemos aceptar» para determinar la orientación de la internacional. Con ciega confianza se sometía a la dirección de la muy admirada y poderosa socialdemocracia alemana. Era el orgullo de todos los socialistas, el terror de las clases dominantes de todos los países.

¿Y qué ocurrió en Alemania cuando sobrevino la gran crisis histórica? La peor caída, el peor cataclismo. En ningún lugar la organización proletaria se sometió tan dócilmente al imperialismo. En ningún lugar se soportó el estado de sitio con tanta sumisión. En ningún lugar se amordazó así a la prensa, se ahogó tanto a la opinión pública; en ningún lugar se

abandonó tan totalmente la lucha política y sindical de la clase obrera como en Alemania.

Pero la socialdemocracia alemana no era solamente el organismo más fuerte de la Internacional. Era también su cerebro pensante. Por eso, el proceso de autoanálisis y apreciación debe comenzar en su propio movimiento, en su propio caso. Su honor la obliga a encabezar la lucha por el rescate del socialismo internacional, a iniciar la crítica implacable de sus propios errores.

Ningún otro partido, ninguna otra clase en la sociedad capitalista puede atreverse a reflejar sus errores, sus propias debilidades en el espejo de la razón para que todo el mundo los vea, porque el espejo reflejaría la suerte que la historia le tiene reservada. La clase obrera siempre puede mirar la verdad cara a cara, aunque esto signifique la más tremenda autoacusación, porque su debilidad no fue sino un error, y las leyes inexorables de la historia le dan fuerzas y aseguran su victoria final.

Esta crítica implacable no sólo es una necesidad fundamental, sino también uno de los máximos deberes de la clase obrera. Tenemos los mayores tesoros de la humanidad, y la clase obrera está destinada a ser su protector. Mientras la sociedad capitalista, avergonzada y deshonrada, corre en medio de la orgía sangrienta al encuentro de su destino, el proletariado internacional reunirá los preciados tesoros que fueron arrojados a las profundidades en el torbellino salvaje de la guerra mundial en un momento de confusión y debilidad.

Una cosa es cierta. Es una ilusión necia creer que basta con sobrevivir a la guerra, como un conejo se oculta bajo un arbusto hasta que pase la tormenta, para seguir alegremente su camino al paso acostumbrado cuando todo pasa. La guerra mundial ha cambiado las circunstancias de nuestra lucha, y sobre todo nos ha cambiado a *nosotros*. No es que hayan cambiado o se hayan minimizado las leyes del desarrollo capitalista o el conflicto entre el capital y el trabajo. Aún ahora, en medio de la guerra, las máscaras caen y las viejas caras que conocemos nos sonríen con sorna. Pero la evolución ha recibido el poderoso ímpetu del estallido del volcán imperialista. La enormidad de las tareas que se presentan ante el

proletariado socialista en el futuro inmediato hacen que, en comparación, las luchas del pasado parezcan un delicioso idilio.

La guerra posee la misión histórica de darle un poderoso ímpetu a la causa de los trabajadores. Marx, cuyos ojos proféticos previeron tantos acontecimientos históricos mientras yacían en el vientre del futuro, escribe el siguiente párrafo significativo en *Las luchas de clases en Francia*: «En Francia, el pequeño burgués hace lo que normalmente debiera hacer el burgués industrial; el obrero hace lo que normalmente debiera ser la misión del pequeño burgués; y la misión del obrero, ¿quién la cumple? Nadie. Las tareas del obrero no se cumplen en Francia; sólo se proclaman. Su solución no puede ser alcanzada en ninguna parte dentro de las fronteras nacionales; la guerra de clases dentro de la sociedad francesa se convertirá en una guerra mundial entre naciones. La solución comenzará a partir del momento en que, a través de la guerra mundial, el proletariado sea empujado a dirigir al pueblo que domina el mercado mundial, a dirigir a Inglaterra. La revolución, que no encontrará aquí su término, sino su comienzo organizativo, no será una revolución de corto aliento. La actual generación se parece a los judíos que Moisés conducía por el desierto. No sólo tiene que conquistar un mundo nuevo, sino que tiene que perecer para dejar sitio a los hombres que estén a la altura del nuevo mundo[112]».

Esto fue escrito en 1850, cuando Inglaterra era el único país con un desarrollo capitalista, cuando el proletariado inglés era el mejor organizado y parecía destinado, por el desarrollo industrial de su país, a asumir la dirección del movimiento obrero internacional. Leamos Alemania donde dice Inglaterra, y las palabras de Carlos Marx se convierten en una profecía genial de la presente guerra mundial. Ésta tiene la misión de llevar al proletariado alemán «a la dirección del pueblo y así crear el comienzo del gran conflicto internacional entre el capital y el trabajo por la supremacía política del mundo».

¿Es que alguna vez tuvimos una concepción distinta del papel a desempeñar por la clase obrera en la gran guerra mundial? ¿Acaso nos hemos olvidado cómo describíamos este inminente acontecimiento hace apenas unos años? «Entonces sobrevendrá la catástrofe. Toda Europa será convocada a las armas, y dieciséis a dieciocho millones de hombres, la flor

de las naciones, armados con las mejores herramientas para el asesinato, librarán la guerra unos contra otros. Pero pienso que detrás de esta marcha se asoma la caída final. No somos nosotros sino ellos quienes lo realizarán. Están llevando las cosas al extremo, nos dirigen derecho a la catástrofe. Cosecharán lo que han sembrado. Estamos ante el *Gotterdämmerung*[113] del mundo burgués. Podéis estar seguros de ello. Se lo ve venir». Así habló Bebel[114], vocero de nuestro bloque en el Reichstag, sobre la cuestión de Marruecos.

Una hoja oficial publicada por el partido, *Imperialismo y socialismo*, distribuida en cientos de miles de ejemplares hace unos pocos años, termina con las siguientes palabras: «Así, la lucha contra el militarismo es cada vez más una lucha decisiva entre el capital y el trabajo. ¡Guerra, precios elevados: capitalismo; paz, felicidad para todos: socialismo! La opción es vuestra. La historia se apresura a llegar al desenlace. El proletariado debe bregar incansablemente por cumplir su misión mundial, debe fortalecer el poder de su organización y la claridad de su comprensión. Entonces, pase lo que pase, si logra mediante el ejercicio de su poder salvar a la humanidad de las horribles crueldades de la guerra mundial, o si el capitalismo vuelve atrás en la historia y muere como nació, en la sangre y la violencia, el momento histórico encontrará a la clase obrera preparada, y la preparación lo es todo».

La guía oficial para el votante socialista de 1911, año de la última elección parlamentaria, contiene en la página 42 el siguiente comentario sobre la guerra que se avecinaba: «¿Osan nuestros gobernantes y clases dominantes exigir semejante horror al pueblo? ¿No cundirá en todo el país un clamor de furia, de horror, de indignación que llevará al pueblo a poner fin a este asesinato? No preguntarán, tal vez, “¿Para quién y para qué? ¿Acaso somos locos para que se nos trate así, o para que aceptemos semejante trato?”. Quien estudie con objetividad las posibilidades de una gran guerra mundial europea no puede arribar a otra conclusión.

»La próxima guerra europea será un juego de *va banque* como el mundo nunca ha visto. Será, probablemente, la última guerra».

Con esas palabras los socialistas ganaron sus ciento diez escaños en el Reichstag.

Cuando en el verano de 1911 el *Panther* hizo un breve viaje a Agadir, y el ruidoso clamor de los imperialistas alemanes precipitó a Europa hacia una guerra mundial[115], una reunión internacional, celebrada el 4 de agosto en Londres, aprobó la siguiente resolución:

«Por la presente, los delegados de las organizaciones obreras de Alemania, España, Inglaterra, Holanda y Francia, se proclaman dispuestos a oponerse a toda declaración de guerra con todos los medios a SU disposición. Cada una de las nacionalidades aquí representadas se compromete, de acuerdo con las resoluciones aprobadas en sus respectivos congresos nacionales e internacionales, a oponerse a las maniobras criminales de las clases dominantes».

Pero cuando el Congreso Internacional por la Paz se reunió en noviembre de 1912 en Basilea[116], cuando la inmensa columna de delegados obreros penetró en la Catedral, el presentimiento de que se avecinaba la hora fatal los hizo temblar, y la heroica resolución se hizo carne en todos.

Víctor Adler[117], frío y escéptico, exclamó: «Camaradas, es sumamente importante que aquí, en la fuente común de nuestro poder, todos y cada uno de los presentes, derive de aquí la fuerza para hacer en su país todo lo que pueda, por todos los medios y formas de que disponga, para oponerse al crimen de la guerra, y si lo logramos, si realmente impedimos el estallido de la guerra, que sea ésta la piedra basal de nuestra victoria próxima. Ése es el espíritu que anima a nuestra Internacional.

»Y si el asesinato y la destrucción arrasan toda la Europa civilizada, esta idea provoca nuestro horror e indignación, y los gritos de protesta brotan de nuestro corazón. Y preguntamos: ¿acaso los proletarios de hoy son ovejas que se dejan llevar mansa y calladamente al matadero?».

Troelstra[118] habló en nombre de las naciones pequeñas, y también de los belgas: «Con su sangre y con todo lo que posee, el proletariado de los países pequeños jura su adhesión a la Internacional en todas las medidas que ésta resuelva para impedir la guerra. Y reiteramos que esperamos, cuando las clases dominantes de las naciones poderosas llamen a los hijos del proletariado a las armas para saciar su apetito de poder y la codicia de sus dirigentes a costa de la sangre y las tierras de los pueblos pequeños,

esperamos que los hijos del proletariado, bajo la influencia poderosa de sus padres proletarios y de la prensa proletaria, lo pensarán tres veces antes de venir a dañamos a nosotros, sus amigos, al servicio de los enemigos de la cultura».

Leído el manifiesto antibélico del Buró Internacional[119], Jaurés[120], en su discurso de cierre, dijo: «¡La Internacional representa las fuerzas morales del mundo! Cuando suene la hora trágica, cuando debamos sacrificamos, esto nos apuntalará y fortalecerá. ¡Declaramos, no con ligereza sino desde el fondo de nuestros corazones, que estamos dispuestos a afrontar todos los sacrificios!».

Fue como el juramento de Ruetli. El mundo dirigió su vista a la Catedral de Basilea, donde las campanas, lenta y solemnemente, doblaban por la gran lucha entre los ejércitos del capital y el trabajo.

El 3 de setiembre de 1912, el diputado socialdemócrata David habló en el Reichstag: «Fue el momento más hermoso de mi vida. Lo afirmo aquí. Cuando las campanas de la Catedral doblaron para la gran columna de socialdemócratas internacionalistas, cuando las banderas rojas flamearon en la nave en torno al altar, cuando el gran órgano hizo resonar su mensaje de paz para saludar a los emisarios del pueblo, me produjo una impresión que jamás olvidaré […]

»Todos ustedes deben comprender lo que ha pasado aquí. Las masas han dejado de ser un rebaño sin voluntad ni conciencia. Es un hecho nuevo en la historia universal. Hasta ahora las masas han seguido ciegamente a aquéllos a quienes les interesa la guerra, a los que conducen a los pueblos a la matanza masiva. Esto se acabará. Las masas han dejado de ser los instrumentos, los soldados de los que hacen sus ganancias con la guerra».

El 26 de julio de 1914, una semana antes del estallido de la guerra, la prensa partidaria alemana dijo: «No somos títeres; luchamos con todas nuestras fuerzas contra un sistema que convierte a los hombres en instrumentos impotentes del destino ciego, contra este capitalismo que se apresta a transformar a Europa, sedienta de paz, en un sangriento campo de batalla. Si la destrucción prosigue, si la resuelta voluntad de paz del proletariado alemán e internacional, que se expresará en el curso de los próximos días en grandes manifestaciones, se demuestra incapaz de impedir

la guerra mundial, ésta será, al menos, la última guerra, el *Gotterdämmerung* del capitalismo».

El 13 de julio de 1914, el órgano central de la socialdemocracia alemana proclamó: «El proletariado socialista rechaza toda responsabilidad por los acontecimientos precipitados por una clase dominante ciega y al borde de la locura. Sabemos que para nosotros surgirá una nueva vida de las ruinas. Pero la responsabilidad recae sobre los gobernantes actuales.

»¡Para ellos, se trata de su existencia misma!

»¡Es el juicio final de la historia mundial!».

Y entonces llegó el espantoso, el increíble 4 de agosto de 1914.

¿Era *necesario* que ocurriera? Un acontecimiento de tamaña importancia no puede ser un mero accidente. Debe obedecer a profundas causas objetivas. Pero quizás esas causas se encuentren en los errores de la dirección proletaria, la propia socialdemocracia, en el hecho de que nuestra disposición para la lucha ha flaqueado, de que nuestro coraje y nuestras convicciones nos han abandonado. El socialismo científico nos enseñó a reconocer las leyes objetivas del desarrollo histórico. El hombre no hace la historia por propia voluntad, pero la hace de todos modos. El proletariado depende en su acción del grado alcanzado por la evolución social. Pero la evolución social no es algo aparte del proletariado; es a la vez su fuerza motriz y su causa, tanto como su producto y su efecto. Y aunque no podemos saltear una etapa en nuestro proceso histórico, así como un hombre no puede saltar por encima de su propia sombra, está en nuestro poder el acelerarlo o retardarlo.

El socialismo es el primer movimiento popular del mundo que se ha impuesto una meta y ha puesto en la vida social del hombre un pensamiento consciente, un plan elaborado, la libre voluntad de la humanidad. Por eso Federico Engels llama a la victoria final del proletariado socialista el salto de la humanidad del reino animal al reino de la libertad. Este paso también está ligado por leyes históricas inalterables a los miles de peldaños de la escalera del pasado, con su avance lento y tortuoso. Pero jamás se logrará si la chispa de la voluntad consciente de las masas no surge de las circunstancias materiales que son fruto del desarrollo anterior. El socialismo no caerá como maná del cielo. Sólo se lo ganará en una larga cadena de

poderosas luchas en las que el proletariado, dirigido por la socialdemocracia, aprenderá a manejar el timón de la sociedad para convertirse de víctima impotente de la historia en su guía consciente.

Federico Engels dijo una vez: «La sociedad capitalista se halla ante un dilema: avance al socialismo o regresión a la barbarie». ¿Qué significa «regresión a la barbarie» en la etapa actual de la civilización europea? Hemos leído y citado estas palabras con ligereza, sin poder concebir su terrible significado. En este momento basta mirar a nuestro alrededor para comprender qué significa la regresión a la barbarie en la sociedad capitalista. *Esta guerra mundial* es una regresión a la barbarie. El triunfo del imperialismo conduce a la destrucción de la cultura, esporádicamente si se trata de una guerra moderna, para siempre si el periodo de guerras mundiales que se acaba de iniciar puede seguir su maldito curso hasta las últimas consecuencias. Así nos encontramos, hoy tal como lo profetizó Engels hace una generación, ante la terrible opción: o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras. Tal es el dilema de la historia universal, su alternativa de hierro, su balanza temblando en el punto de equilibrio, aguardando la decisión del proletariado. De ella depende el futuro de la cultura y la humanidad. En esta guerra ha triunfado el imperialismo. Su espada brutal y asesina ha precipitado la balanza, con sobrecogedora brutalidad, a las profundidades del abismo de la vergüenza y la miseria. Si el proletariado aprende *a partir de* esta guerra y en esta guerra a esforzarse, a sacudir el yugo de las clases dominantes, a convertirse en dueño de su destino, la vergüenza y la miseria no habrán sido en vano.

La clase obrera moderna debe pagar un alto precio por cada avance en su misión histórica. El camino al Gólgota de su liberación de clase está plagado de sacrificios espantosos. Los combatientes de Junio, las víctimas de la Comuna, los mártires de la Revolución Rusa[121]: una lista interminable de fantasmas sangrantes. Han caído en el campo del honor, como dijo Marx refiriéndose a los héroes de la Comuna, para ocupar para

siempre su lugar en el gran corazón de la clase obrera. Ahora millones de proletarios están cayendo en el campo del deshonor, del fratricidio, de la autodestrucción, con la canción del esclavo en sus labios. Ni eso se nos ha perdonado. Somos como los judíos que Moisés llevó por el desierto. Pero no estamos perdidos y la victoria será nuestra si no nos hemos olvidado cómo se aprende. Y si los dirigentes modernos del proletariado no saben cómo se aprende, caerán para «dejar lugar para los que sean más capaces de enfrentar los problemas del mundo nuevo».

II

«Nos encontramos ante el hecho irrevocable de la guerra. Nos amenazan los horrores de la invasión. Hoy no se trata de decidir a favor o en contra de la guerra; para nosotros, el problema es uno solo: ¿cómo conducir esta guerra? Mucho, sí, todo nuestro pueblo y nuestro futuro están en peligro si el despotismo ruso, manchado con la sangre de su propio pueblo, resulta vencedor. Hay que evitar este peligro, salvaguardar la civilización e independencia de nuestro pueblo. De modo que cumpliremos lo que siempre hemos prometido: en la hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria. En esto creemos estar de acuerdo con la Internacional, que siempre ha reconocido el derecho de los pueblos a su independencia nacional, así como estamos de acuerdo con la Internacional en la denuncia enérgica de toda guerra de conquista. Llevados por estas motivaciones, votamos a favor del presupuesto de guerra que exige el gobierno».

Estas palabras del bloque parlamentario fueron la contraseña que fijó y controló la posición de la clase obrera alemana durante la guerra. La patria en peligro, la defensa nacional, la guerra popular por la supervivencia, la *Kultur*[122], la libertad: tales eran las consignas proclamadas por los representantes parlamentarios de la socialdemocracia. Lo que vino después fue la consecuencia lógica. La posición de la prensa sindical y partidaria, el frenesí patriótico de las masas, la paz civil, la desintegración de la

Internacional, todos estos hechos fueron la consecuencia inevitable de esa determinada orientación del bloque parlamentario.

Si es cierto que en esta guerra se juega la existencia nacional, la libertad, si es cierto que sólo la herramienta de acero del asesinato-puede salvaguardar estos tesoros inapreciables, si es cierto que esta guerra es la causa santa del pueblo, entonces debemos aceptar todas las consecuencias de la guerra como parte del trato. El que desea el fin debe aceptar los medios. La guerra es asesinato gigantesco, metódico, organizado. Pero en los seres humanos normales este asesinato sistemático es posible sólo si previamente se ha alcanzado cierto grado de ebriedad. Éste ha sido siempre el método verificado y garantido de los que libran las guerras. La acción bestial debe contar con la misma bestialidad de pensamiento y sentido; ésta prepara y acompaña a aquélla. Así, el *Wahre Jacob* del 28 de agosto de 1914, con su retrato brutal de la trilladora alemana, los periódicos partidarios de Chemnitz, Hamburgo, Kiel, Francfort, Coburgo y otros, con sus alegatos patrióticos en verso y en prosa, fueron el estupefaciente necesario para un proletariado que podía rescatar su existencia y su libertad sólo a costa de hundir el acero mortífero en el cuerpo de sus hermanos franceses e ingleses. Estos periódicos chovinistas son, después de todo, mucho más coherentes que los que trataron de unir el valle a la montaña, el asesinato con el amor fraterno, el voto por el presupuesto de guerra con el internacionalismo socialista.

Si la posición asumida por el bloque socialista del Reichstag alemán el 4 de agosto fue correcta, se ha pronunciado la sentencia de muerte para la Internacional proletaria, para esta guerra y para siempre. Por primera vez desde la aparición del proletariado moderno, hay un abismo entre los mandamientos de solidaridad internacional de los proletarios del mundo y los intereses de libertad y de existencia nacional de los pueblos; por primera vez descubrimos que la independencia y libertad de las naciones exigen que los obreros se maten y destruyan mutuamente. Hasta ahora creíamos que los intereses de los pueblos de todas las naciones, que los intereses de clase del proletariado, forman una unidad armoniosa, que son idénticos, que no pueden entrar en conflicto. Ésta era la base de nuestra teoría y práctica, el espíritu de nuestra agitación. ¿Acaso equivocamos el eje cardinal de toda

nuestra filosofía universal? El socialismo internacional está en tela de juicio.

Esta guerra mundial no constituye la primera crisis por la que atraviesan nuestros principios nacionales. La primera prueba para nuestro partido fue hace cuarenta y cinco años. El 21 de julio de 1870, Wilhelm Liebknecht[123] y Auguste Bebel hicieron la siguiente declaración histórica en el Reichstag: «Esta guerra es una guerra dinástica, que sirve a los intereses de la dinastía Bonaparte, así como la guerra de 1866 sirvió a los intereses de la dinastía Hohenzollern.

»No podemos votar a favor de los fondos que el gobierno exige para la guerra porque equivaldría a un voto de confianza para el gobierno prusiano. Y sabemos que el gobierno prusiano, con su acción de 1866, preparó esta guerra. Al mismo tiempo no podemos votar contra el presupuesto, porque podría interpretarse como que apoyamos la política irresponsable y criminal de Bonaparte[124].

»Como opositores principistas a toda guerra de dinastías, como republicanos socialistas y miembros de la Asociación Internacional de Trabajadores[125], que, sin distinción de nacionalidad, ha luchado contra todos los opresores, ha tratado de unificar a todos los oprimidos en una gran hermandad, no podemos prestar apoyo directo ni indirecto a esta guerra. Por lo tanto, nos negamos a votar, a la vez que expresamos nuestra sincera esperanza de que los pueblos de Europa, aleccionados por estos acontecimientos indignos, lucharán por ganar el control de sus propios destinos, para liquidar el dominio del poder y de clase, causa de todos los males sociales y nacionales».

Con esta declaración los diputados del proletariado alemán colocaron su causa, claramente y sin reservas, bajo el estandarte de la Internacional, repudiaron la guerra contra Francia como guerra nacional de independencia. Todos saben que muchos años después, en sus memorias, Bebel dijo que hubiera votado contra el empréstito de guerra si hubiese sabido lo que ocurriría en los años siguientes.

Así, en una guerra que toda la burguesía y una gran mayoría del pueblo influenciados por la estrategia bismarckiana consideraban que servía a los intereses nacionales de Alemania, los dirigentes de la socialdemocracia

alemana se aferraron a la convicción de que el interés nacional y el interés de clase del proletariado es uno solo y ambos se oponen a la guerra. Esta guerra mundial y este bloque socialdemócrata han descubierto por primera vez la terrible alternativa: libertad nacional o… socialismo internacional.

Ahora bien, es un hecho casi seguro que la declaración del bloque parlamentario fue una inspiración repentina. Fue un simple eco del discurso de la corona y del discurso del canciller del 4 de agosto. «No nos impulsa el deseo de conquista —leemos en el discurso de la corona— nos inspira la decisión inalterable de conservar la tierra que Dios nos dio para nosotros y para las generaciones venideras. Del documento que os hemos presentado, habréis visto que mi gobierno y sobre todo mi canciller bregaron, hasta el último momento, por evitar la guerra. Tomamos la espada en defensa propia, clara la conciencia y las manos limpias». Y Bethmann-Hollweg[126] declaró: «Caballeros, actuamos en defensa propia, y la necesidad no conoce de restricciones. El que se ve amenazado como lo estamos nosotros, el que lucha por los objetivos más elevados sólo puede guiarse por una consideración: cómo evitar la lucha. Luchamos por los frutos de nuestro trabajo pacífico, por el legado de nuestro gran pasado, por el futuro de nuestra nación».

¿En qué difiere esto de la declaración socialdemócrata? (1) Hemos hecho lo posible por preservar la paz, el enemigo nos obliga a la guerra. (2) Ahora que la guerra ha llegado, debemos defendernos. (3) En esta guerra el pueblo alemán corre peligro de perderlo todo. Esta declaración de nuestro bloque parlamentario es obviamente una repetición de la declaración del gobierno con otras palabras. Así como éste basa sus pretensiones en las negociaciones diplomáticas y los telegramas imperiales, el bloque socialista recuerda las manifestaciones pacifistas de la socialdemocracia antes de la guerra. Allí donde el discurso de la corona niega todo afán de conquista, el bloque del Reichstag repudia toda guerra de conquista invocando al socialismo. Y cuando el emperador y el canciller proclaman: «Luchamos por los más elevados principios. No conocemos partidos, sino alemanes», la declaración socialdemócrata repite, como un eco: «Nuestro pueblo arriesga todo. En esta hora de peligro no abandonaremos a nuestra patria».

Hay un solo punto en que la declaración socialdemócrata difiere de su modelo, el gubernamental: coloca al despotismo ruso en el centro de su orientación, como peligro para la libertad alemana. El discurso de la corona dice, con respecto a Rusia: «Con gran pesar me he visto obligado a movilizarme contra un vecino a cuyo lado he combatido en tantos campos de batalla. Con sincero dolor he visto cómo una amistad respetada fielmente por Alemania cae hecha pedazos». El bloque socialdemócrata transforma esta penosa ruptura de una amistad sincera con el zar ruso en un alegato por la libertad contra el despotismo, utilizando el prestigio revolucionario del socialismo para muñir a la guerra de un manto democrático, de una aureola popular. Es en este único punto que la declaración socialdemócrata demuestra independencia de pensamiento de parte de nuestros socialdemócratas.

Como hemos dicho, ésta fue una inspiración repentina revelada a la socialdemocracia el cuatro de agosto. Todo lo dicho anteriormente hasta ese día, toda declaración hasta el día de la víspera, se opone diametralmente a la declaración del bloque del Reichstag. El 25 de julio, cuando el ultimátum de Austria a Servia tomó estado público, el *Vorwärts* escribió: «Los elementos inescrupulosos que influencian y manejan al Wiener Hofburg quieren la guerra. Quieren la guerra: la prensa negra y amarilla lo viene pidiendo a gritos. Quieren la guerra: el ultimátum de Austria a Servia lo proclama lisa y llanamente ante todo el mundo.

»¿Acaso porque la sangre de Francisco Fernando y su mujer[127] fue vertida por un fanático demente, habrá que verter la sangre de miles de obreros y campesinos? ¿Habrá que purgar un crimen demente mediante otro, más demente aún?… El ultimátum austríaco bien puede ser la antorcha que prenda fuego a Europa por los cuatro costados.

»’Porque este ultimátum es tan desvergonzado en su forma y contenido, que cualquier gobierno servio que retroceda humildemente ante el mismo, tendría que considerar la posibilidad de ser derrocado por las masas populares en menos de lo que canta un gallo…

»Fue un crimen de la prensa chovinista alemana el incitar a nuestro querido aliado a la guerra con todos los medios a su alcance. Y no cabe

duda que Herr von Bethmann-Hollweg le prometió a Herr Berchtold[128] nuestro apoyo. Pero el juego de Berlín es tan peligroso como el de Viena».

El *Leipziger Volkszeitung* dijo el 24 de julio: «El partido militar austríaco se ha jugado a una sola carta, porque en ningún país del mundo el chovinismo nacional y militar tiene algo que perder. En Austria los círculos chovinistas se encuentran en la bancarrota total; con aullidos nacionalistas intentan desesperadamente encubrir la ruina económica de Austria, con el pillaje y el asesinato de la guerra llenar sus arcas […]».

El *Dresden Volkszeitung* del mismo día dijo: «Hasta ahora los locos de la guerra del Wiener Ballplatz[129] no han aportado una sola prueba que justifique las exigencias de Austria a Servia. Mientras el gobierno austríaco no esté en posición de hacerlo, se coloca, con sus insultos y provocaciones a Servia, en una posición falsa ante toda Europa. Y aunque se demostrara la culpabilidad de Servia, aunque el asesinato de Sarajevo se hubiera preparado a la vista del gobierno servio, las exigencias que contiene la nota trascienden todos los límites normales. Sólo la más inescrupulosa sed de guerra puede justificar semejantes exigencias a otro estado […]».

El *Münchener Post* del 25 de julio dijo: «Esta nota austríaca es un documento sin parangón en la historia de los dos últimos siglos. En el transcurso de una investigación, cuyo resultado no ha sido revelado hasta ahora al público europeo, sin emprender acción legal contra el asesino del presunto heredero y su esposa, se le formulan a Servia exigencias que, de ser aceptadas, significarían el suicidio político de ese país […]».

El *Schleswig-Holstein Volkszeitung* del 24 de julio declaró: «Austria está provocando a Servia. Austria-Hungría quiere la guerra, y está cometiendo un crimen que bien puede ahogar a Europa en sangre… Austria está jugando a *va banque*. Osa provocar al estado servio en forma tal que éste, a menos que se halle totalmente impotente, no lo tolerará […]».

»Toda persona civilizada debe protestar enérgicamente contra la conducta criminal de los gobernantes de Austria. Es deber de todos los trabajadores, y de todos los seres humanos que honran la paz y la civilización, esforzarse hasta el límite de sus fuerzas por evitar las consecuencias de la sangrienta locura que ha hecho presa de Viena».

El *Madgeburger Volksstimme* del 25 de julio dijo: «Cualquier gobierno servio que siquiera pretendiese considerar seriamente esas exigencias sería derrocado en ese mismo instante por el parlamento y el pueblo.

»La acción de Austria es tanto más repudiable por cuanto Berchtold aparece ante el gobierno servio y ante Europa con las manos vacías.

»'Precipitar una guerra como ésta en la actualidad equivale a invitar a una guerra mundial. Actuar de esa manera demuestra un deseo de perturbar la paz de todo un hemisferio. Así no se pueden obtener conquistas morales ni convencer a los observadores de la rectitud de nuestras propias intenciones. Puede creerse con seguridad que la prensa de Europa, y con ella los gobiernos europeos, llamarán a los vanagloriosos e insensatos estadistas vieneses al orden, en forma clara e inequívoca».

El 24 de julio el *Frankfurter Volksstimme* escribió: «Con el respaldo de la prensa clerical, que llora en Francisco Fernando su mejor amigo y exige que por su muerte caiga la venganza sobre el pueblo servio, respaldado por los patriotas belicistas alemanes, cuyo lenguaje se vuelve día a día más despreciable y amenazante, el gobierno austríaco se ha dejado llevar a enviarle a Servia un ultimátum, escrito en un lenguaje que en punto a insolencia nada deja que desear, con exigencias que el gobierno servio obviamente no puede cumplir».

El mismo día el *Elberfelder Freie Presse* dijo: «Un cable del semioficial Buró Wolff informa de los términos del ultimátum de Austria a Servia. Del mismo puede inferirse que los gobernantes de Viena buscan la guerra con todas sus fuerzas. Porque las condiciones de la nota presentada anoche en Belgrado significan nada menos que convertir a Servia en protectorado austríaco. Es muy necesario que los diplomáticos berlineses hagan comprender a los agitadores belicistas vieneses que Alemania no moverá un dedo en apoyo de tan monstruosas exigencias y que convendría retirar las amenazas».

El *Bergische Arbeiterstimme* de Solingen dice: «Austria exige un conflicto con Servia y utiliza el asesinato de Sarajevo como pretexto para demostrar la culpabilidad moral de Servia. Pero todo el asunto ha sido conducido de manera demasiado torpe como para influenciar a la opinión pública europea…

»Pero si los agitadores belicistas de la Wiener Ballplatz creen que sus aliados de la Triple Alianza, Alemania e Italia, acudirán en su ayuda en un conflicto con Rusia, que también se verá involucrada, se encuentran bajo el influjo de una ilusión peligrosa. Italia vería de buen grado el debilitamiento de Austria-Hungría, su rival en el Adriático y los Balcanes, y por cierto que no estaría dispuesta a ayudar a Austria. En Alemania, por otra parte, los poderes dominantes —aunque tuvieran la insensatez de desearlo— no osarían arriesgar la vida de un solo soldado para satisfacer la criminal avidez de poder de los Habsburgo sin provocar la furia del pueblo todo».

Así toda la prensa obrera, sin excepción, juzgó la causa de la guerra una semana antes del estallido de la misma. Era obvio que no se trataba de la existencia ni la libertad de Alemania, sino de una aventura vergonzosa del partido belicista austríaco; no se trataba de un problema de autodefensa, protección nacional y una guerra santa a la que nos veíamos obligados en nombre de la libertad, sino de una provocación audaz y una amenaza odiosa contra la independencia y libertad de un país extranjero, Servia.

¿Qué fue lo que sucedió el 4 de agosto, que dio vuelta esta posición tan definida y unánimemente aceptada de la socialdemocracia? Había un solo factor nuevo: el *Libro Blanco* que el gobierno alemán puso a consideración del Reichstag ese día. Y éste decía, en su página cuatro:

»En estas circunstancias Austria debe convencerse de que es incompatible con la dignidad y seguridad de la monarquía permanecer inactivos ante lo que ocurre allende la frontera. El gobierno imperial de Austria nos ha notificado acerca de su actitud y nos solicita nuestra opinión. De todo corazón no pudimos menos que asegurar a nuestro aliado nuestra conformidad con esa interpretación de la situación y asegurarle que cualquier acción que le parezca necesaria para poner fin a los atentados servios contra la existencia de la monarquía austríaca contaría con nuestra aprobación. Comprendimos plenamente que eventuales medidas de guerra por parte de Austria no dejarían de arrastrar a Rusia a los acontecimientos y que nosotros, en cumplimiento de nuestro deber de aliados, podríamos vernos arrastrados a la guerra. Pero, comprendiendo que estaban en juego los intereses más vitales de Austria-Hungría, no podíamos aconsejar a

nuestro aliado que adoptara una política conformista que de ninguna manera estaría acorde con su dignidad, ni negamos a prestarle ayuda.

»Y lo que más nos impedía adoptar semejante actitud es el hecho de que la persistente agitación subversiva de Servia nos afecta seriamente. Si se hubiera permitido a los servios, con la ayuda de Rusia y Francia, continuar amenazando la existencia de la monarquía vecina, hubiera sobrevenido la caída gradual de Austria y el sometimiento de todas las razas eslavas bajo el cetro ruso, lo que hubiera hecho insostenible la situación de las razas germanas en Europa Central. Una Austria moralmente debilitada, que cayera ante el avance del paneslavismo ruso, ya no sería un aliado con el cual contar, del cual depender, como nos vemos obligados a hacerlo en vista de las crecientes amenazas provenientes de nuestros vecinos de Oriente y Occidente. Por tanto le dimos a Austria mano libre en sus medidas contra Servia. No hemos participado en los preparativos».

Tales las palabras puestas a consideración del bloque parlamentario socialdemócrata el 4 de agosto, las únicas frases importantes y decisivas de todo el *Libro Blanco*, una concisa declaración del gobierno alemán al lado de la cual todos los libros amarillos, grises, azules y anaranjados sobre los juegos diplomáticos que precedieron a la guerra y sus causas más inmediatas perdían absolutamente toda significación y relevancia. He aquí que el bloque parlamentario tenía en sus manos la clave para juzgar correctamente la situación. Una semana antes toda la prensa socialdemócrata había clamado que el ultimátum austriaco era una provocación criminal de guerra mundial y exigía acción preventiva y pacifista de parte del gobierno alemán. Toda la prensa socialista suponía que el ultimátum había caído sobre el gobierno alemán, al igual que sobre el público, como una bomba.

Pero ahora el Libro Blanco declaraba, clara y sintéticamente: (1) Que el gobierno austríaco había solicitado la aprobación alemana antes de tomar la última medida contra Servia. (2) Que el gobierno alemán comprendía claramente que la acción emprendida por Austria conduciría a la guerra con Servia y, en última instancia, con toda Europa, (3) Que el gobierno alemán no aconsejó que Austria cediera sino, por el contrario, que una Austria conformista y debilitada no sería considerada digna aliada de Alemania. (4)

Que el gobierno alemán aseguró a Austria, antes de que ésta marchara contra Servia, su ayuda en todas las circunstancias en caso de guerra y, por último, (5) Que el gobierno alemán, por añadidura, no había reservado para sí el control del ultimátum de Austria a Servia, del que dependía la guerra mundial, dado que le había dado a Austria «mano absolutamente libre».

Nuestro bloque parlamentario supo todo esto el 4 de agosto. Y supo por el gobierno de otro hecho: que las fuerzas alemanas ya habían invadido Bélgica. Y de allí todo el bloque social demócrata infirió que se trataba de una guerra de defensa contra la invasión extranjera, por la existencia de la patria, por la «*Kultur*», una guerra por la libertad, contra el despotismo ruso.

¿Fue el marco obvio de la guerra, y la puesta en escena que sirvió tan poco para ocultarla, fue toda la actuación diplomática que se efectuó a comienzos de la guerra, con su clamor acerca de un mundo de enemigos, todos acechando la vida de Alemania, todos motivados por el deseo de debilitar, humillar, someter al pueblo y nación alemanes; fue todo esto una sorpresa total? ¿Acaso estos factores exigían más juicio, más capacidad crítica de la que poseían? Esto es menos cierto para nuestro partido que para cualquiera. Ya había pasado por dos grandes guerras alemanas, habiendo recogido importantes enseñanzas en ambas.

Cualquier estudiante de historia mal informado sabe que Bismarck**[130]** preparó sistemáticamente la guerra de 1866 contra Austria mucho antes de que estallara, y que su política conducía desde el vamos a la ruptura de relaciones y a la guerra con Austria. El príncipe heredero, luego emperador Federico, habla de esto en sus memorias, en la parte correspondiente al 14 de noviembre de ese año: «Cuando él (Bismarck) asumió sus funciones, tenía la firme resolución de provocar la guerra entre Prusia y Austria, pero tuvo mucho cuidado de no revelar este propósito, en ese momento o en cualquier otro, a Su Majestad, hasta que llegó el momento que le pareció oportuno».

«Comparemos esta confesión —dice Auer**[131]** en su folleto *Die Sedanfeier und die Sozialdemokratie* [La conmemoración de Sedán y la Socialdemocracia]—, con la proclama que el Rey Guillermo dirigió “a *mi pueblo*”.

»¡La patria está en peligro! Austria y gran parte de Alemania se han levantado en armas contra nosotros.

»Fue hace pocos años que yo, por propia voluntad, sin pensar en malentendidos anteriores, tendí una mano fraternal a Austria para salvar a Alemania de la dominación extranjera. Pero mis esperanzas se han visto frustradas. Austria no puede olvidar que alguna vez sus señores fueron los dueños de Alemania; se niega a ver en la joven y viril Prusia un aliado, insiste en considerarla un peligroso rival. Prusia —cree Austria— debe ser contrariada en todos sus objetivos, porque lo que favorece a Prusia daña a Austria. Los viejos celos malditos han vuelto a surgir. Prusia debe ser debilitada, destruida, deshonrada. Todos los tratados con Prusia quedan invalidados, a los señores germanos no sólo se les llama, sino que se les convence, de que deben romper su alianza con Prusia. Dondequiera que dirigimos la vista en Alemania, vemos enemigos cuyo grito de guerra es: ¡Muera Prusia!».

Rogando la protección del cielo, el Rey Guillermo decretó un día dedicado a la oración y la penitencia para el 18 de julio, diciendo: «Dios no ha querido coronar con el éxito mis esfuerzos por asegurar la bendición de la paz para mi pueblo».

¿Acaso el acompañamiento oficial al estallido de la guerra el 4 de agosto no debería haber despertado en la memoria de nuestro bloque antiguas palabras y melodías? ¿Es que han olvidado la historia de su partido?

¡Pero no es suficiente! En 1870 comenzó la guerra con Francia y la historia ha unido ese estallido a un hecho inolvidable: el despacho de Ems, documento que se ha convertido en símbolo clásico del arte gubernamental capitalista de la guerra, y que marca un episodio memorable en nuestra historia partidaria. ¿No fue el viejo Liebknecht, no fue la socialdemocracia alemana quien se sintió en el deber de denunciar esos hechos y de mostrar a las masas «cómo se hacen las guerras»?

Digamos de paso que el hacer la guerra lisa y llanamente para la protección de la patria no fue invento de Bismarck. El sólo aplicó, con su inescrupulosidad característica, una vieja y probada receta internacional de los estadistas capitalistas. ¿Cuándo y dónde ha habido una guerra, desde

que la llamada opinión pública ha tenido cabida en los cálculos del gobierno, en que todos y cada uno de los bandos beligerantes no haya sacado con profundo pesar el sable de la vaina, con el único propósito de defender a su patria y a su santa causa contra los vergonzosos ataques del enemigo? Esta leyenda es tan parte del juego de la guerra como la pólvora y el plomo. El juego es viejo. Lo nuevo es que el Partido Socialdemócrata lo juegue.

III

Nuestro partido debería haber estado preparado para reconocer los verdaderos objetivos de esta guerra, recibirla sin sorpresas y juzgar los motivos profundos a la luz de su gran experiencia política. Los acontecimientos y fuerzas que provocaron el 4 de agosto de 1914 no eran secretos. El mundo se había preparado durante décadas, a plena luz, y con la más amplia difusión, paso a paso, hora tras hora, para la guerra mundial. Y si hoy algunos socialistas amenazan destruir la «diplomacia secreta» que ha preparado sus maldades en la trastienda, les atribuyen a los pobres infelices un poder mágico que no poseen, así como los botokudos azotan a sus fetiches para que hagan llover. Los autotitulados capitanes del barco del estado son, en esta guerra como en cualquier otra ocasión, simples peones del ajedrez, movidos por fuerzas y acontecimientos todopoderosos de la historia, sobre el tablero de la sociedad capitalista. Si hubo alguna vez personas capaces de entender estos acontecimientos y hechos, ésas eran los militantes de la socialdemocracia alemana.

Hay dos procesos en la historia reciente que conducen directamente a la actual guerra. Uno se origina en el período en que se constituyeron por primera vez los llamados estados nacionales, es decir, los estados modernos, a partir de la guerra bismarquiana contra Francia. La guerra de 1870 que, con la anexión de Alsacia y Lorena, arrojó a la República Francesa a los brazos de Rusia, dividió a Europa en dos bandos contrarios e inició un

periodo armamentista competitivo frenético, encendió la chispa de la actual conflagración mundial.

Las tropas de Bismarck se hallaban todavía en Francia cuando Marx escribió al *Braunschweiger Ausschuss*: «Quien no se ensordezca con el clamor momentáneo, y no desee ensordecer al pueblo alemán, debe comprender que la guerra de 1870 lleva necesariamente consigo los gérmenes de la guerra de Alemania contra Rusia, así como la guerra de 1866 engendró la de 1870. Digo necesariamente, a menos que ocurra lo improbable, o sea que estalle antes una revolución en Rusia. Si eso no ocurre, puede considerarse que la guerra entre Alemania y Rusia es ya *un fait accompli*. El que esta guerra haya sido útil o peligrosa depende enteramente de la actitud del vencedor alemán. Si toman Alsacia-Lorena, Francia y Rusia tomarán las armas contra Alemania. Sería superfluo señalar las desastrosas consecuencias».

En ese momento esta profecía provocó risas. Los vínculos que unían a Rusia con Prusia parecían tan sólidos, que se consideraba una locura creer en la posibilidad de una alianza entre la Rusia autocrática y la Francia republicana. Quienes apoyaban semejante profecía eran considerados locos. Y sin embargo todo lo que profetizó Marx se ha cumplido plenamente, hasta la última palabra. «Porque en esto —dice Auer en su *Sedanfeier*…— consiste la política socialdemócrata, en ver las cosas claramente como son, a diferencia de la política cotidiana de otros, que se inclinan ciegamente ante cada victoria coyuntural».

No hay que malinterpretar estas palabras en el sentido de que es el deseo francés de vengarse del robo perpetrado por Bismarck lo que ha llevado a ese país a la guerra con Alemania, de que el meollo de la guerra actual es la tan trillada «venganza por Alsacia-Lorena». Ésta es la leyenda nacionalista que tanto le conviene al agitador belicista alemán, que crea fábulas de una Francia obsesionada, que «no puede olvidar» su derrota, así como los periodistas turiferarios de Bismarck echaban denuestos contra la destronada princesa Austria que no podía olvidarse de su vieja superioridad sobre la encantadora Cenicienta Prusia. De hecho la venganza por Alsacia-Lorena ha pasado a ser parte del patrimonio escénico de unos cuantos

payasos patrioteros, y el «León de Belfort» no es más que un antiguo remanente.

Hace mucho que la anexión de Alsacia-Lorena dejó de jugar un papel de importancia en la política francesa, cediendo ante preocupaciones nuevas y más apremiantes; ni el gobierno ni ningún partido francés serio ha pensado en la guerra contra Alemania por esos territorios. Si de todas maneras la herencia de Bismarck es la chispa que encendió el fuego de la guerra mundial, lo es en el sentido de haber lanzado a Alemania por un lado, y Francia con todo el resto de Europa por el otro, por la pendiente de la competencia militar, de haber provocado la alianza franco-rusa, de haber unificado a Austria con Alemania, corolario inevitable de lo anterior. Esto le dio al zarismo ruso un prestigio enorme como factor en la política europea. Alemania y Francia han solicitado sistemáticamente sus favores. Y fue entonces que se forjaron los vínculos de unión de Alemania con Austria-Hungría cuya fuerza en esta guerra reside, al decir del *Libro Blanco*, en su «hermandad en armas».

Así la guerra de 1870 trajo como consecuencia el agrupamiento político formal de Europa en torno a los ejes del antagonismo franco-germano, e impuso el reinado del militarismo sobre las vidas de los pueblos europeos. El proceso histórico le ha otorgado a este agrupamiento y a este reinado un contenido enteramente nuevo. El segundo proceso que conduce a la actual guerra mundial, que confirma nuevamente y en forma brillante la profecía de Marx, se origina en acontecimientos internacionales acaecidos luego de la muerte de Marx: el desarrollo imperialista de los últimos veinticinco años.

La expansión acelerada del capitalismo, por una Europa reconstituida después de las guerras de los años sesenta y setenta, sobre todo después de la gran depresión que siguió a la inflación y el pánico de 1873, llegó a su cenit en la prosperidad de los años noventa y abrió una nueva etapa de tormenta y peligro entre las naciones europeas. Éstas competían en su expansión hacia los países y áreas no capitalistas del mundo. Ya en los años ochenta se reveló una fuerte tendencia hacia la expansión. Inglaterra se aseguró el control de Egipto y creó un poderoso imperio colonial en el sur de África. Francia tomó posesión de Túnez en el norte de África y Tonkín

en el este de Asia; Italia se estableció en Abisinia; Rusia logró conquistas en Asia Central y penetró en Manchuria; Alemania ganó sus primeras colonias en África y en el Mar del Sur, y Estados Unidos ingresó al círculo con la conquista de las Filipinas y la adquisición de «intereses» en el este de Asia. Este periodo de conquistas febriles ha provocado, a partir de la guerra chino-japonesa de 1895, una cadena casi ininterrumpida de cruentas guerras, que alcanzaron el clímax en la Gran Invasión China y culminaron con la guerra ruso-japonesa de 1904.

Todos estos acontecimientos, uno tras otro, crearon en todas partes antagonismos nuevos, extraeuropeos: entre Francia e Italia en el norte de África, entre Francia e Inglaterra en Egipto, entre Inglaterra y Rusia en el Asia central, entre Rusia y Japón en el Asia oriental, entre Japón e Inglaterra en China, entre Estados Unidos y Japón en el Pacífico, un océano muy turbulento, lleno de conflictos bruscos y alianzas temporarias, de tensión y relajamiento, amenazando cada tanto con provocar el estallido de la guerra entre las potencias europeas. No cabía duda, entonces, de (1) que los juegos bélicos secretos de cada nación capitalista contra todas las demás, sobre las espaldas de los pueblos africanos y asiáticos, debía llevar tarde o temprano a una rendición general de cuentas; que los vientos sembrados en África y Asia volverían a Europa en forma de una tempestad terrorífica, tanto más en cuanto cada aventura asiática o africana traía aparejada la consiguiente escalada armamentista en los estados europeos; (2) que la guerra mundial europea estallaría apenas los conflictos parciales y transitorios entre los estados imperialistas encontraran un eje centralizado, un conflicto de magnitud suficiente como para agruparlos, por el momento, en grandes bandos opositores. Esta situación fue creada por la aparición del imperialismo alemán.

En Alemania es posible estudiar el desarrollo del imperialismo, comprimido en el lapso más breve posible, en forma concreta. La rapidez inigualada de la expansión industrial y comercial alemana desde la fundación del imperio produjo en los años ochenta dos formas peculiares de acumulación capitalista: la monopolización más pronunciada de Europa y el sistema bancario más desarrollado y centralizado del mundo. Los monopolios han organizado la industria metalúrgica y siderúrgica, es decir,

la rama de producción capitalista que más interés tiene en las compras del gobierno, en el equipamiento militar y en las empresas imperialistas (construcción de ferrocarriles, explotación de minas, etcétera) para convertirla en el factor más influyente de la vida nacional. Ha cimentado los intereses monetarios en una totalidad rígidamente organizada, de inmensa y viril energía, creando un poder que domina autocráticamente la industria, el comercio y el crédito de la nación, que predomina tanto en el sector público como en el privado, con poderes de expansión ilimitados, siempre ávida de ganancias y actividades, impersonal y, por tanto, de mentalidad liberal, impetuosa e inescrupulosa, internacional por su propia naturaleza, destinada por sus funciones a tener el mundo por teatro de su accionar.

Alemania se halla bajo un régimen personalista, de fuerte iniciativa y actividad espasmódica, con un parlamentarismo del tipo más débil, incapaz de montar una oposición, que une a todos los sectores capitalistas en abierta oposición a la clase obrera. Es obvio que este imperialismo vivo, irrestricto, que llegó al mundo en un momento en que éste está prácticamente dividido, con un apetito voraz, no tardó en convertirse en un factor irresponsable de malestar general.

Esto ya se preveía en la convulsión radical suscitada en la política militar del imperio a fines de siglo. En ese momento se presentaron dos presupuestos navales que duplicaron el poder naval de Alemania y crearon un programa naval para más de dos décadas. Esto significó un cambio drástico en la política financiera y comercial de la nación. En primer lugar, implicaba un cambio llamativo en la política exterior del imperio. La política de Bismarck se basaba en el principio de que el imperio es y debe seguir siendo una potencia terrestre, que la flota alemana no es, en el mejor de los casos, sino un requisito no indispensable para la defensa de la costa. El secretario de estado Hollmann declaró en marzo de 1897 ante la Comisión Presupuestaria del Reichstag; «No necesitamos una marina para la defensa de las costas. Nuestras costas se protegen solas».

Con los dos decretos navales se creó un programa enteramente nuevo: en la tierra y en el mar, ¡Primero Alemania! Esto marca el viraje de la política continental bismarquiana a la *Welt Politik* [política mundial], de la defensiva a la ofensiva como fin y objetivo del programa militar alemán. El

lenguaje de estos hechos era tan inequívoco que el propio Reichstag lo comentó. Lieber, dirigente del Centro[132] en ese momento, habló el 11 de marzo de 1896, después de un famoso discurso del emperador en ocasión del vigésimo quinto aniversario de la fundación del imperio alemán, en el que había formulado el nuevo programa como precursor de los proyectos de leyes navales, y mencionó unos «planes navales sin costa» contra los cuales Alemania deberá prepararse para luchar. Otro dirigente del Centro, Schadler, exclamó en la sesión del 23 de marzo de 1898, en medio de la discusión del primer proyecto naval, «La nación cree que no podemos ser primeros en la tierra y primeros en el mar. ¡Vosotros, caballeros, contestáis que no es eso lo que queremos! Sin embargo, caballeros, os encontráis en los comienzos de semejante concepción, ¡en un comienzo muy fuerte!».

Cuando llegó el segundo proyecto el mismo Schadler, hablando ante el Reichstag el 5 de febrero de 1900, refiriéndose a una promesa anterior de que no habría más proyectos navales, dijo: «y ahora viene este proyecto, que significa nada más y nada menos que la inauguración de una flota mundial, como base de apoyo a una política mundial, duplicando la marina y comprometiendo las dos próximas décadas». En realidad el gobierno defendió abiertamente el programa político de su nuevo curso. El 11 de diciembre de 1899, von Buelow, secretario de relaciones exteriores, dijo en defensa del segundo proyecto: «cuando los ingleses hablan de una “Gran Inglaterra”, cuando los franceses hablan de la “Nueva Francia”, cuando los rusos abren Asia central para su penetración, también nosotros tenemos derecho a aspirar a una Alemania más grande. Si no creamos una marina apta para defender nuestro comercio, nuestros nativos en tierras extranjeras, nuestras misiones y la seguridad de nuestras costas, amenazamos los intereses vitales de nuestra nación. En el próximo siglo el pueblo alemán será el martillo o el yunque». Despojemos esto de la frase ornamental sobre la defensa de nuestras costas, y queda el programa colosal: la gran Alemania que cae como un martillo sobre las demás naciones.

No es difícil determinar en qué dirección apuntaban principalmente estas provocaciones. Alemania se convertiría en rival de la gran potencia naval mundial: Inglaterra. E Inglaterra no tardó en comprender. Los proyectos de reforma naval, con sus discursos concomitantes, no dejaron de

producir gran inquietud en Inglaterra, inquietud que subsiste hasta el día de hoy. En marzo de 1910, en el curso de un debate sobre asuntos navales en la Cámara de los Comunes, Lord Robert Cecil dijo: «Desafío a cualquiera a que me dé una razón lógica para la formidable marina que Alemania está construyendo, que no sea la de luchar contra Inglaterra». La lucha por el dominio del mar, que en uno y otro bando duró una década y media, y culminó en la construcción febril de acorazados y superacorazados fue, en efecto, la guerra entre Alemania e Inglaterra. El decreto naval del 11 de diciembre de 1899 fue una declaración de guerra por parte de Alemania. Inglaterra recogió el guante el 4 de agosto de 1914.

Debe notarse que esta lucha por la supremacía naval nada tenía que ver con la rivalidad económica por el mercado mundial. El «monopolio del mercado mundial» de Inglaterra que obstaculizaba ostensiblemente la expansión industrial alemana, tan discutida en la actualidad, pertenece a la esfera de las leyendas de guerra, de las cuales la fábula siempre lozana de la «venganza» francesa es la más útil. Este «monopolio» se había convertido en un cuento de hadas, con gran pesar de los capitalistas ingleses. El desarrollo industrial de Francia, Bélgica, Italia, Rusia, India y Japón, y, sobre todo, Alemania y Estados Unidos, había liquidado este monopolio en la primera mitad del siglo XIX. Junto con Inglaterra, una nación tras otra entró en el mercado mundial, el capitalismo se expandió automáticamente y, a pasos agigantados, devino una economía mundial.

La supremacía naval británica, que a tantos socialdemócratas les ha quitado el sueño, y que, según estos caballeros, debe ser destruida para bien del socialismo internacional, había molestado tan poco al capitalismo alemán hasta el momento, que éste pudo convertirse, bajo el «yugo», en un joven vigoroso, de mejillas sonrosadas. Sí, la propia Inglaterra junto con sus colonias, fue la piedra basal del crecimiento industrial alemán. Al mismo tiempo Alemania se convirtió, para Inglaterra, en su cliente más importante y necesario. Lejos de estorbarse mutuamente, el desarrollo capitalista británico y el alemán fueron altamente interdependientes, unificados por un amplio sistema de división del trabajo, fuertemente apuntalado por la política librecambista de Inglaterra. Por eso el comercio alemán y sus

intereses en el mercado mundial nada tuvieron que ver con el cambio de frente en la política y la construcción de la marina.

Tampoco las posesiones coloniales alemanas entraron en conflicto con la supremacía naval británica. Las colonias alemanas no necesitaban la protección de una potencia naval de primera. Nadie, menos aún Inglaterra, envidiaba las posesiones alemanas. Que Inglaterra y Japón se adueñaron de las mismas durante la guerra, que el botín cambió de manos, no es más que una medida de guerra aceptada por todos, de la misma manera que el apetito imperialista de Alemania clama por la anexión de Bélgica, deseo que nadie fuera de un manicomio se hubiera atrevido a expresar en época de paz. África del sudeste o del sudoeste, Wilhelmsland o Tsingtau jamás hubieran provocado una guerra, terrestre o marítima, entre Alemania e Inglaterra. En realidad, justo antes del estallido de la guerra, estas dos naciones habían concertado un trato de reparto pacífico de las colonias africanas de Portugal.

Cuando Alemania desplegó su estandarte de poderío naval y política mundial, anunció su deseo de mayores y más amplias conquistas para el imperialismo alemán. Con una marina agresiva de primera categoría, y con fuerzas militares terrestres creciendo en la misma proporción, se creó el aparato para la futura política, abriendo las puertas de par en par a posibilidades sin precedentes. La construcción naval y los armamentos militares pasaron a ser la gloriosa ocupación de la industria alemana, abriendo perspectivas ilimitadas para nuevas operaciones del capital monopolista y financiero en todo el ancho mundo. Así se obtuvo el acuerdo de todos los partidos capitalistas y su agrupamiento en torno a la bandera del imperialismo. El Centro siguió el ejemplo de los liberales nacionalistas, los más firmes defensores de la industria del acero y del hierro y, al aprobar el proyecto de ley naval que había denunciado vigorosamente en 1900, se convirtió en el partido oficial. Los progresistas corrieron tras el Centro cuando apareció el sucesor del proyecto naval (el festín de los altos impuestos); mientras los Junkers[133], los más firmes opositores de la «horrible marina» y del canal, cerraban la marcha como los cerdos y parásitos más entusiastas de esa misma política de militarismo naval y pillaje colonial a la que se habían opuesto con tanta vehemencia. Las

elecciones parlamentarias de 1907, llamadas Elecciones Hottentote, encontraron a toda Alemania en un paroxismo de entusiasmo imperialista, firmemente unida bajo una sola bandera, la de la Alemania de von Bülow[134], la Alemania que se sentía destinada a desempeñar el papel de martillo en el mundo. Estas elecciones, con su atmósfera de pogromo espiritual, fueron un preludio a la Alemania del 4 de agosto, un desafío no sólo a la clase obrera alemana, sino también a otras naciones capitalistas, desafío dirigido a nadie en particular, un guantelete que se agitaba ante el mundo entero…

V

¡Pero el zarismo! En los primeros momentos de la guerra éste fue indudablemente el factor que decidió la política del partido. La declaración socialdemócrata planteaba la consigna ¡abajo el zarismo! Y con esto la prensa socialista ha entablado una lucha por la cultura europea.

El *Frankfurter Volksstmme* del 31 de julio dijo: «La socialdemocracia alemana siempre ha odiado al zarismo por ser el sangriento guardián de la reacción europea: desde que Marx y Engels siguieron con ojos clarividentes cada movimiento de este gobierno bárbaro, hasta el día de hoy, en que sus cárceles están repletas de presos políticos y sin embargo tiembla ante cada movilización obrera. Ha llegado la hora en que debemos arreglar cuentas con estos terribles canallas, bajo la bandera de guerra alemana».

El *Pfälzische Post* de Ludwighafen escribió el mismo día: «Éste es un principio formulado por primera vez por nuestro Auguste Bebel. Es la lucha de la civilización contra la barbarie, y en esta lucha el proletariado cumplirá con su cometido».

El Münchener Post del 1.º de agosto decía: «Cuando se trata de defender a la patria del zarismo sediento de sangre, no seremos ciudadanos de segunda clase».

El *Halle Volksblatt* escribió el 5 de agosto: «Si es así, si Rusia nos ha atacado, y todo parece corroborarlo, la socialdemocracia debe por supuesto

votar a favor de la defensa por todos los medios. ¡Debemos luchar con todas nuestras fuerzas para echar al zarismo de nuestro país!».

Y el 18 de agosto: «Ahora que la suerte está echada a favor de la espada, no es sólo el deber de la defensa nacional y la existencia nacional el que pone el arma en nuestras manos al igual que en la de todo alemán, sino que comprendemos que al combatir al enemigo que viene del este, golpeamos al enemigo de toda cultura y progreso […] La caída de Rusia es sinónimo de victoria de la libertad en Europa».

El *Braunschweiger Volksfreund* del 5 de agosto escribió: «La fuerza irresistible de los preparativos bélicos barre todo lo que encuentra a su paso. Pero el movimiento obrero consciente no obedece a una fuerza foránea sino a sus propias convicciones, cuando defiende la tierra sobre la que está parado del ataque proveniente del este».

El *Essener Arbeiterzeitung* del 3 de agosto: «Si la decisión rusa amenaza al país, entonces los socialdemócratas, puesto que la lucha es contra el sanguinario zarismo ruso, contra el perpetrador de millones de crímenes de lesa humanidad y cultura, no permitirán que nadie los supere en el cumplimiento de su deber, en su disposición al sacrificio. ¡Abajo el zarismo! ¡Abajo la patria de la barbarie! ¡Sea ésta nuestra consigna!».

Asimismo el *Bielefelder Volkswacht* del 4 de agosto dice: «En todas partes, el mismo grito: abajo el despotismo y la mala fe de Rusia».

El órgano partidario de Elberfeld decía el 5 de agosto: «Toda Europa occidental tiene un interés vital en eliminar al zarismo podrido y asesino. Pero este interés humano está aplastado bajo la avidez de Inglaterra y Francia de controlar sus ganancias, posibilitadas por el capital alemán».

El *Rheinische Zeitung* de Colonia: «Cumplid vuestro deber, amigos, dondequiera que el destino os envíe. Lucháis por la civilización europea, por la independencia de vuestra patria, por vuestro propio bienestar».

El *Schleswig-Holstein Volkszeitung* del 7 de agosto: «Desde luego que vivimos en la era del capitalismo. Desde luego que la lucha de clases continuará cuando termine la gran guerra. Pero estas luchas de clases serán libradas en un estado más libre, quedarán mucho más relegadas al terreno económico que antes. En el futuro, una vez vencido el zarismo ruso, será

imposible tratar a los socialdemócratas de parias, de ciudadanos de segunda clase, desprovistos de derechos políticos».

El 11 de agosto el *Hamburger Echo* proclamó: «Luchamos no tanto para defendernos de Francia e Inglaterra como contra el zarismo. Pero libramos esta guerra con todo entusiasmo, porque es una guerra por la civilización».

Y el 4 de setiembre el órgano del partido de Lübeck declaraba: «Si se salva la libertad europea, Europa deberá agradecérselo a las armas germanas. Nuestra lucha es contra el peor enemigo de toda libertad, de toda democracia».

Así sonaba y resonaba el coro de la prensa del partido alemán.

Al comienzo de la guerra el gobierno alemán aceptó la ayuda ofrecida. Con todo aplomo ciñó el laurel de salvador de la cultura europea a su casco. Sí, trató de desempeñar el papel de «libertador de naciones», aunque frecuentemente con manifiesta incomodidad y torpeza. Aduló a los polacos y judíos de Rusia, y lanzó una nación contra otra, utilizando la política que con tantos éxitos la había coronado en la guerra colonial, donde una y otra vez levantaba un jefe contra otro. Y los socialdemócratas siguieron cada cabriola y salto del imperialismo alemán con notable agilidad. Mientras el bloque parlamentario encubría cada acto vergonzoso con un discreto silencio, la prensa socialdemócrata llenaba la atmósfera de jubilosos cánticos, regodeándose en la libertad que las «culatas alemanas» habían traído a las pobres víctimas del zarismo.

Hasta el órgano teórico del partido, *Neue Zeit*, dijo el 28 de agosto: «La población de las fronteras del reino del "padrecito" [el zar] recibió a las tropas germanas con clamoroso júbilo. Porque para estos polacos y judíos la única concepción de patria está asociada a la corrupción y el reino del látigo. ¡Qué pobres diablos, qué criaturas sin patria verdadera, estos súbditos oprimidos del sanguinario Nicolás! Por más que lo deseen nada tienen que defender sino sus cadenas. Y así viven y trabajan, esperando y deseando que los fusiles alemanes, portados por alemanes, vengan a aplastar todo el sistema zarista… En la clase obrera alemana subsiste un propósito claro y definido, aunque una guerra mundial truene sobre su cabeza. Se defenderá de los aliados occidentales de la barbarie rusa hasta

concluir una paz honorable. Entregará a la tarea de destruir el zarismo hasta el último aliento de hombres y bestias».

El bloque socialdemócrata caracterizó la guerra como de defensa de la nación alemana y la cultura europea, después de lo cual la prensa socialdemócrata procedió a bautizarla «salvadora de las naciones oprimidas». Hindenburg pasó a ser el albacea de Marx y Engels.

La memoria le ha jugado una mala pasada a nuestro partido. Olvidó sus principios, sus compromisos, las resoluciones de los congresos internacionales, precisamente en el momento en que debía ponerlos en práctica. Y, para su gran infortunio, recordó la herencia de Carlos Marx y le sacudió el polvo de los años en el momento en que solamente podía servir para decorar el militarismo prusiano, por cuya destrucción Carlos Marx estaba dispuesto a sacrificar «hasta el último aliento de hombres y bestias». Cuerdas largamente olvidadas que Marx había pulsado en el *Neue Reinische Zeitung* contra el estado vasallo de Nicolás I, durante la revolución alemana de marzo de 1848, volvieron a sonar nuevamente en los oídos de la socialdemocracia alemana en el año de Nuestro Señor 1914, llamándolos a las armas, codo a codo con los junkers prusianos, contra la Rusia de la Gran Revolución de 1905.

Es allí donde se debió haber efectuado la revisión; se deberían haber puesto las consignas de la revolución de marzo a tono con la experiencia histórica de los últimos setenta años.

En 1848 el zarismo ruso era, en verdad, «el guardián de la reacción europea». Producto de las condiciones sociales rusas, firmemente arraigadas en su estado medieval, agrícola, el absolutismo era el protector y a la vez el gran rector de la reacción monárquica. Éste era más débil, sobre todo en Alemania, allí donde imperaba un sistema de estados pequeños. Todavía en 1851 le era posible a Nicolás I asegurarle a Berlín por intermedio del cónsul prusiano von Rochow «que a él verdaderamente le hubiese complacido ver la revolución destruida desde sus cimientos cuando el general von Wrangel[135] marchó sobre Berlín en noviembre de 1848». En otra época, el zar advirtió a Manteuffel[136] que «confiaba en que el gabinete imperial, presidido por su Alteza, defendería los derechos de la corona contra las cámaras y observaría el debido respeto para con los

principios del conservadorismo». El mismo Nicolás I llegó a otorgar la Orden de Alejandro Nevski a un presidente del gabinete prusiano en reconocimiento de sus «esfuerzos constantes por mantener el orden legal en Prusia».

La Guerra de Crimea obró un cambio notable en este sentido. Provocó la bancarrota militar y por tanto política del viejo sistema. El absolutismo ruso se vio obligado a conceder reformas, modernizar su gobierno, adaptarse a las condiciones capitalistas. Así le tendió su meñique al diablo, que le ha tomado el brazo y eventualmente le tomará el cuerpo entero. La Guerra de Crimea fue, digámoslo al pasar, un ejemplo aleccionador sobre el tipo de liberación que se le puede dar a un pueblo pisoteado «por la fuerza de las armas». La derrota militar en Sedán le dio a Francia su república. Pero esta república no fue obsequio de la soldadesca de Bismarck. Prusia, en esa época al igual que ahora, no le puede dar a otros pueblos sino su propio gobierno junker. La Francia republicana fue el fruto maduro de las luchas sociales internas y de tres revoluciones que la precedieron. El choque en Sebastopol tuvo efectos similares al de Jena. Pero como en Rusia no había movimiento revolucionario, condujo a la renovación externa y afirmación del viejo régimen.

Pero las reformas que le abrieron el camino al desarrollo capitalista de Rusia en la década del sesenta sólo fueron posibles con el dinero de un sistema capitalista. Este dinero provino del capital del oeste de Europa. Vino de Alemania y Francia y creó una relación que aún subsiste. El absolutismo ruso ya no recibe subsidios de la burguesía europea occidental. Ni tampoco el rublo ruso «va rodando por los salones diplomáticos —como se lamentaba amargamente el rey Guillermo de Prusia en 1854— hasta la propia cámara real». Por el contrario, el dinero alemán y francés se va rodando a Petrogrado a alimentar a un régimen que hubiera dado su último aliento hace tiempo si no fuera por este jugo vital. El zarismo ruso ya no es el producto de las condiciones rusas; sus raíces se hunden ahora en el capitalismo de Europa occidental. Y esta relación cambia de década en década. En la misma medida en que se va destrozando la vieja raíz rusa del absolutismo ruso, su nueva raíz europea se va fortaleciendo. Además de prestarle apoyo financiero, Alemania y Francia, desde 1870, han competido

en su envío de apoyo político. A medida que surgen fuerzas revolucionarias del seno del pueblo ruso para combatir al absolutismo, éstas se estrellan contra la creciente resistencia de la Europa occidental, siempre dispuesta a prestarle al zarismo acechado su apoyo moral y político. De modo que, cuando al comienzo de la década del ochenta el viejo movimiento socialista ruso conmovió severamente al gobierno zarista y destruyó parcialmente su autoridad interna y exterior, Bismarck cerró su tratado con Rusia y fortaleció su posición en la política internacional.

El desarrollo capitalista, alimentado amorosamente por las propias manos del zarismo, finalmente rindió sus frutos: en la década del noventa surgió el movimiento revolucionario del proletariado ruso. El viejo «guardián de la reacción» se vio forzado a conceder una constitución insípida, a buscar un nuevo protector que lo resguardara de la marea en ascenso en su propio país. Y halló este protector: Alemania. La Alemania de Bülow debe saldar la deuda de gratitud en la que incurrió la Prusia de Wrangel y Manteuffel. Las relaciones se trastornaron completamente. El apoyo ruso a la contrarrevolución alemana es superado por la ayuda alemana a la contrarrevolución rusa. Espías, violaciones, traiciones: una agitación demagógica como la de la época de la Santa Alianza fue desatada en Alemania contra los combatientes de la causa libertaria rusa, y llegó hasta el mismo umbral de la revolución rusa. Esta ola persecutoria llegó a su momento culminante en el juicio de Königsberg de 1904. Este juicio arrojó una luz enceguecedora sobre todo el proceso histórico a partir de 1848, y demostró el cambio total de las relaciones entre el absolutismo ruso y la reacción europea. «*Tua res agitur*» [¡estamos abocados a tu problema!] aseguró el ministro de justicia prusiano a las clases dominantes alemanas, señalándoles los cimientos tambaleantes del régimen zarista. «La instauración de una república democrática en Rusia influenciaría decisivamente a Alemania», declaró el primer fiscal de distrito Schulze en Königsberg. «Cuando la casa de mi vecino se incendia, la mía corre peligro». Y su ayudante Casper señaló: «Incumbe naturalmente al interés público de Alemania, si este baluarte del absolutismo se mantiene o cae. Por cierto que las llamas de un movimiento revolucionario ruso bien pueden hacer presa de Alemania…».

La revolución fue derrocada, pero las propias causas que provocaron esta derrota temporaria son valiosas para la discusión de la posición asumida por la socialdemocracia alemana en esta guerra. Si la insurrección rusa de 1905-1906 no triunfó a pesar del gasto sin precedentes de energía revolucionaria, la claridad de objetivos y la tenacidad, esto se debe a dos causas bien definidas. Una concierne al carácter interno de la propia revolución, su inmenso programa histórico, la masa de problemas políticos y económicos que se vio obligada a enfrentar. Algunos, por ejemplo el problema agrario, son insolubles en la sociedad capitalista. Existía la dificultad adicional de crear un Estado clasista para la supremacía de la burguesía moderna contra la oposición contrarrevolucionaria de la burguesía en su conjunto. A un observador podía parecerle que la revolución rusa estaba condenada al fracaso por tratarse de una revolución proletaria con tareas y problemas burgueses o, si se quiere, una revolución burguesa librada con métodos proletarios socialistas, el choque de dos generaciones entre rayos y truenos, el fruto del desarrollo industrial retrasado de las condiciones de clase en Rusia y su excesiva madurez en Europa occidental. Desde este punto de vista su derrota en 1906 no significa su bancarrota, sino el cierre natural del primer capítulo, al que debe seguir el segundo con la inevitabilidad de una ley natural.

La segunda causa reviste una naturaleza externa, y se la debe buscar en Europa Occidental. La reacción europea acudió una vez más en ayuda de su protegido en peligro; no con plomo y balas, aunque había «fusiles alemanes» empuñados por alemanes ya en 1905 y sólo esperaban la señal de Petersburgo para lanzarse contra los polacos vecinos. Europa prestó una ayuda igualmente valiosa: subsidio financiero y alianzas políticas concertadas para ayudar al zarismo en Rusia. El dinero francés financió las fuerzas armadas que aplastaron la revolución rusa; de Alemania vino el respaldo moral y político que ayudó al gobierno ruso a salir del pozo de vergüenza donde lo habían arrojado los torpedos japoneses y los puños proletarios rusos. En 1910, en Potsdam, la Alemania oficial recibió al zarismo ruso con los brazos abiertos. La recepción del monarca manchado de sangre en las puertas de la capital alemana no era sólo la bendición alemana por el estrangulamiento de Persia sino también y sobre todo por su

trabajo de verdugo de la contrarrevolución rusa. Fue el banquete oficial de la «*Kultur*» alemana y europea sobre lo que creían que era la tumba de la revolución rusa.

¡Qué extraño! En esa época, cuando el festín desafiante sobre la tumba de la revolución rusa se celebraba en su propia patria, la socialdemocracia alemana permaneció en silencio, olvidando por completo el «legado de nuestros maestros» de 1848. En ese momento, cuando el verdugo fue recibido en Potsdam, ni un solo ruido, ni una protesta, ni un artículo vetó esta expresión de solidaridad con la contrarrevolución rusa. Recién desde el comienzo de la guerra, desde que la policía lo permite, hasta el órgano partidario más pequeño se embriaga con sangrientos ataques dirigidos al verdugo de la libertad rusa. Sin embargo, nada hubiese demostrado con mayor claridad que esta gira triunfal del zar en 1910, que el proletariado ruso oprimido era víctima, no sólo de la reacción autóctona, sino también de la reacción europea. Su lucha, como la de los revolucionarios de marzo de 1848, iba contra la reacción, de su propio país y de sus guardianes en todos los países europeos.

Cuando cesaron un tanto las cruzadas inhumanas de la contrarrevolución, el fermento revolucionario del proletariado ruso comenzó a revivir. La marea comenzó a crecer y hervir. Las huelgas económicas en Rusia, según los informes oficiales, comprendieron a 46 623 obreros y 256 386 días en 1910; 96 730 obreros y 768 556 días en 1911; y 89 771 obreros 1.214 881 días en los primeros cinco meses de 1912. Huelgas políticas de masas, protestas y movilizaciones comprendieron 1.005 000 obreros en 1912, 1.272 000 en 1913. En 1914 la marea siguió en aumento. El 22 de enero, aniversario del comienzo de la revolución, hubo una huelga conmemorativa de masas de 200 000 obreros. Como en las jornadas que precedieron a la revolución de 1905, la llama se encendió en junio, en el Cáucaso. En Bakú 40 000 obreros salieron a la huelga. Las llamas se extendieron a Petersburgo. El 17 de junio 80 000 obreros petersburgueses abandonaron sus herramientas y para el 20 de julio ya había 200 000 obreros en huelga; el 23 de julio la huelga se extendía por toda Rusia, se erigían barricadas, la revolución estaba en marcha. Pocos meses más y hubiera estallado con banderas al viento. Pocos años más y

quizás hubiese cambiado toda la constelación política mundial, frenándose el impulso demente del imperialismo.

Pero la reacción alemana frenó el movimiento revolucionario. De Berlín y Viena vinieron las declaraciones de guerra, y la Revolución Rusa quedó sepultada bajo las ruinas. Los «fusiles alemanes» están destrozando no al zarismo sino a su enemigo más peligroso. La bandera de la revolución, que ondeaba esperanzada, se hundió en el torbellino de la guerra. Pero bajó con honor y volverá a surgir de la horrenda masacre, a pesar de los «fusiles alemanes», a pesar de la victoria o derrota de Rusia en los campos de batalla.

Las revueltas nacionales en Rusia que los alemanes trataron de fomentar tampoco tuvieron éxito. Las provincias rusas estaban menos propensas a caer presa de la carnada de las cohortes de Hindenburg[137] que la socialdemocracia alemana. Los judíos, como pueblo práctico que son, se dieron cuenta con toda facilidad de que realmente no puede esperarse que los «puños alemanes»; que han sido incapaces de derrocar a la reacción prusiana, sean capaces de aplastar al absolutismo ruso. Los polacos, expuestos a la guerra en tres frentes, no estaban en posición de responder en lenguaje audible a sus «libertadores». Pero aquellos polacos que de niños aprendieron a decir el padrenuestro en alemán, al son de azotes que les llagaban las espaldas, no habrán olvidado la liberalidad de las leyes antipolacas prusianas. Todos ellos, polacos, judíos y rusos no tuvieron dificultad alguna en comprender que el «fusil alemán», cuando desciende sobre sus cabezas, no trae la libertad sino la muerte.

Unir la leyenda de la liberación rusa con el legado marxista es, viniendo de la socialdemocracia alemana, algo más que un mal chiste. Es un crimen. Para Marx, la revolución rusa era una divisoria de aguas en la historia universal. Hizo depender todas sus perspectivas políticas e históricas de la única consideración: «siempre que no haya estallado la revolución rusa». Marx creía en la revolución rusa y la esperaba, en una época en que Rusia era un estado de vasallos. Cuando estalló la guerra la Revolución Rusa había tenido lugar. Su primer intento no había triunfado, pero no se la podía ignorar; está a la orden del día. Y, sin embargo, nuestros socialdemócratas alemanes vinieron con «fusiles alemanes», declararon nula a la revolución

rusa y la arrancaron de las páginas de la historia. En 1848 Marx hablaba desde las barricadas alemanas; en Rusia imperaba la reacción irrestricta. En 1914 Rusia se hallaba en la agonía de la revolución; sus «libertadores» alemanes en el puño de los junkers prusianos, totalmente acobardados.

Pero la misión libertadora de los ejércitos alemanes era sólo un episodio. El imperialismo alemán se quitó esa máscara incómoda y se volvió abiertamente contra Francia e Inglaterra. En esto también fue respaldada valientemente por una gran cantidad de periódicos partidarios. Dejaron de atacar al sanguinario zar y expusieron a la «pérfida Albión» y su alma mercantilista al desdén general. Emprendieron la liberación de Europa, no ya del absolutismo ruso sino de la supremacía naval británica. La confusión total en la que se vio envuelto el partido se ve ilustrada drásticamente en el intento desesperado que hicieron los sectores más reflexivos de la prensa partidaria de explicar este nuevo cambio de frente. En vano trataron de encauzar la guerra por los canales originales, ajustaría al «legado de nuestros maestros»… esto es, al mito que ella, la socialdemocracia, había creado. «Con gran pesar me he visto obligado a movilizar un ejército contra un vecino a cuyo lado he combatido en tantos campos de batalla. Con sincero dolor he visto cómo una amistad respetada fielmente por Alemania cae a pedazos». Esas palabras eran sencillas, francas, honestas. Pero cuando la retórica de las primeras semanas de guerra cedió ante el lenguaje lapidario del imperialismo, la socialdemocracia alemana perdió su única excusa plausible.

VI

Reviste igual importancia en la actitud de la socialdemocracia la adopción de un programa de paz civil[138], es decir, la cesación de la lucha de clases hasta el fin de la guerra. La declaración del bloque socialdemócrata en el Reichstag el 4 de agosto era fruto de un acuerdo con representantes del gobierno y los partidos capitalistas. Fue poco más que un

recurso teatral patriótico, preparado entre bambalinas y pronunciado a beneficio del pueblo, en casa y en el extranjero.

Para los dirigentes del movimiento obrero, el voto a favor de los créditos de guerra por el bloque parlamentario fue la señal para la terminación de todos los conflictos laborales. Más aún, se lo anunciaron a los empresarios como deber patriótico asumido por el movimiento obrero cuando acordó observar la paz social. Los mismos dirigentes obreros se abocaron a encontrar trabajadores de la ciudad para el campo, para garantizar la rápida recolección de la cosecha. Las dirigentes del movimiento femenino socialdemócrata se unieron con las mujeres capitalistas para el «servicio nacional» y colocaron los elementos que quedaron luego de la movilización a disposición del trabajo nacional samaritano. Las socialistas fueron a trabajar a las ollas populares y comisiones asesoras en lugar de agitar por el partido.

Bajo las leyes antisocialistas el partido había utilizado las elecciones parlamentarias para difundir su agitación y mantener una firme ligazón con la población a pesar del estado de sitio declarado contra el partido y la persecución a la prensa socialista. En esta crisis, el movimiento socialdemócrata ha abandonado voluntariamente toda propaganda y educación por la lucha de clase del proletariado, durante las elecciones al Reichstag y a los landtag[139]. En todas partes se ha reducido las elecciones parlamentarias a la simple fórmula burguesa; la obtención de votos para los candidatos del partido sobre la base de acuerdos amigables y pacíficos con sus adversarios capitalistas. Cuando los representantes socialdemócratas de los landtag y las comisiones municipales —con las honrosas excepciones de los landtag de Prusia y Alsacia—, con referencias altisonantes al estado de paz civil imperante, votaron a favor del presupuesto de guerra exigido, sólo demostraron hasta qué punto el partido había roto con su pasado prebélico.

La prensa socialdemócrata, con pocas excepciones, proclamó el principio de unidad nacional como máximo deber del pueblo alemán. Advirtió al pueblo que no retirara sus fondos de los bancos de ahorro para no poner en peligro la vida económica de la nación, ni impedir a los bancos de ahorro la compra de grandes cantidades de bonos de guerra. Rogó a las proletarias que no les contaran a sus maridos en el frente de los sufrimientos

que ellas y los niños debían soportar, que soportaran en silencio la negligencia del gobierno, que alentaran a los combatientes con hermosas historias sobre la feliz vida familiar e informes favorables de ayuda inmediata por parte de las agencias gubernamentales. Se alegraban de que el trabajo educativo de tantos años en el movimiento obrero y por su intermedio se hubiera convertido en factor tan conspicuo para conducir la guerra. El siguiente ejemplo revela algo de este espíritu:

«Un amigo en las malas es realmente un amigo. El viejo dicho ha demostrado una vez más su validez. El proletariado socialdemócrata, perseguido y golpeado por sus opiniones salió, como un solo hombre, a proteger nuestros hogares. Los sindicatos alemanes que tantos sufrimientos han padecido en Alemania y Prusia informan que sus mejores afiliados se han puesto bajo bandera. Hasta los diarios capitalistas como el *General-Anzeiger* reconocen y expresan la convicción de que "esa gente" cumplirá con su deber como cualquier hombre, que los golpes serán más duros donde estén ellos.

»En cuanto a nosotros, estamos convencidos de que nuestros sindicalistas pueden hacer algo más que dar golpes. Los modernos ejércitos de masas no han simplificado en absoluto el trabajo de los generales. Es casi imposible movilizar a grandes divisiones de tropa en orden cerrado bajo el fuego mortífero de la artillería moderna. Es necesario agrandar las filas, controlarlas con mayor precisión. La guerra moderna exige disciplina y claridad de miras no sólo en las divisiones sino también en cada soldado individual. La guerra demostrará cuán enormemente ha mejorado el material humano con la tarea educativa de los sindicatos, cuanto le servirá su actividad a la nación en estas épocas de tremenda tensión. El soldado ruso y el francés podrán ser capaces de actos de valentía maravillosos. Pero en cuanto a serenidad y frialdad de juicio ninguno superará a los sindicalistas alemanes. Además muchos de nuestros obreros organizados conocen los caminos y senderos de la frontera como la palma de su mano y no pocos de ellos son verdaderos lingüistas. Se ha calificado al avance prusiano de 1866 de victoria de maestros de escuela. Éste será el triunfo de los dirigentes sindicales». (*Frankfurter Volksstmme*, 18 de agosto de 1914).

Con el mismo tenor el *Neue Zeit*, órgano teórico del partido, declaró (n.º 23, 25 de setiembre de 1914): «Hasta tanto se haya resuelto el problema del triunfo o la derrota, toda duda debe desaparecer, inclusive en cuanto a las causas de la guerra. Hoy no puede haber distinciones de partido, clase ni nacionalidad en el ejército o en el seno de la población».

Y en el n.º 8 del 27 de noviembre de 1914, el mismo *Neue Zeit*, en un artículo sobre «Las limitaciones de la Internacional», afirmó: «La guerra mundial divide a los socialistas del mundo en distintos bandos, sobre todo en distintos bandos nacionales. La Internacional no puede impedirlo. En otras palabras, la Internacional deja de ser un instrumento idóneo en época de guerra. Es, en general, un instrumento de paz. Su gran problema histórico es la lucha por la paz y la lucha de clases en época de paz».

En pocas palabras, pues, desde el 4 de agosto hasta el día en que se declare la paz, la socialdemocracia da por terminada la lucha de clases. El primer trueno de los cañones Krupp en Bélgica transformó a Alemania en un país de las maravillas donde reina la solidaridad de clases y la armonía social.

¿Cómo entender este milagro? Se sabe que la lucha de clases no es un invento socialdemócrata que se puede dejar arbitrariamente de lado durante un tiempo cada vez que parezca oportuno. La lucha de clases proletaria es más antigua que la socialdemocracia, es un producto elemental de la sociedad de clases. Apareció en Europa apenas el capitalismo se adueñó del poder. La socialdemocracia no llevó al proletariado moderno a la lucha de clases. Por el contrario, la lucha de clases creó el movimiento socialdemócrata internacional para darle objetivo y unidad conscientes a los distintos fragmentos locales y dispersos de la lucha de clases.

¿Qué cambió cuando estalló la guerra? ¿Acaso dejaron de existir la propiedad privada, la explotación capitalista y el dominio de clase? ¿Acaso las clases poseedoras, en un rapto de fervor patriótico, han declarado: en vista de las necesidades de la guerra entregamos los medios de producción, la tierra, las fábricas y las plantas de elaboración al pueblo? ¿Han renunciado al derecho de sacar ganancias de dichas posesiones? ¿Se han despojado de sus privilegios políticos, los sacrificarán en el altar de la patria, ahora que ésta se halla en peligro? Lo menos que se puede decir es

que se trata de una hipótesis bastante ingenua, que parece sacada de un libro de cuentos del jardín de infantes. Y, sin embargo, la declaración de nuestros dirigentes oficiales de que la lucha de clases está en suspenso no permite otra interpretación. Desde luego que nada de esto ha ocurrido. Los derechos propietarios, la explotación y el dominio de clase, hasta la opresión política en toda su perfección prusiana, permanecen intactos. Los cañones en Bélgica y el este de Prusia no han ejercido la menor influencia sobre la estructura política y social fundamental de Alemania.

Por eso, la cesación de la lucha de clases fue lamentablemente un hecho unilateral. Mientras que la opresión y explotación capitalistas, los peores enemigos de la clase obrera, siguen existiendo, los dirigentes socialistas y sindicales ponen generosamente a la clase obrera a disposición del enemigo por todo el transcurso de la guerra, sin presentar batalla. Mientras las clases dominantes están armadas de sus derechos de propiedad y supremacía, la clase obrera, aconsejada por la socialdemocracia, ha abandonado las armas.

Ya una vez, en 1848 en Francia, el proletariado conoció este milagro de la armonía entre las clases, esta fraternidad de todas las clases en un estado capitalista moderno de la sociedad. En *Las luchas de clases en Francia*, Marx dice: «Así, en la mente de los proletarios, que confundían la aristocracia financiera con la burguesía en general; en la imaginación de los probos republicanos, que negaban la existencia misma de las clases o la reconocían, a lo sumo, como consecuencia de la monarquía constitucional; en las frases hipócritas de las fracciones burguesas excluidas hasta allí del poder, la *dominación de la burguesía* había quedado abolida con la implantación de la república. Todos los monárquicos se convirtieron, por aquel entonces, en republicanos y todos los millonarios de París en obreros. La frase que correspondía a esta imaginaria abolición de las relaciones de clase era la *fratemité*, la confraternización y la fraternidad universales. Esta idílica abstracción de los antagonismos de clase, esto de conciliar sentimentalmente los intereses de clase contradictorios, de elevarse en alas de la fantasía por encima de la lucha de clases, esta *fraternité* fue, de hecho, la consigna de la Revolución de Febrero […] El proletariado de París se dejó llevar con deleite por esta borrachera generosa de fraternidad […] El proletariado de París, que veía en la república su propia obra, aclamaba,

naturalmente, todos los actos del gobierno provisional que ayudaban a éste a afirmarse con más facilidad en la sociedad burguesa. Se dejó emplear de buena gana por Caussidiére en servicios de policía para proteger la propiedad en París, como dejó que Louis Blanc fallase con su arbitraje las disputas de salarios entre obreros y patronos. Era su *point d'honneur* el mantener intacto a los ojos de Europa el honor burgués de la república[140]».

Así, en febrero de 1848, un ingenuo proletariado parisino dejó de lado la lucha de clases. Pero no olvidemos que inclusive ellos incurrieron en este error recién después de que cayó la monarquía de julio ante el embate de su acción revolucionaria, después de la instauración de una república. El 4 de agosto de 1914 es una Revolución de Febrero invertida. Es el dejar de lado las diferencias de clase, y no bajo una república sino bajo una monarquía militar; no después de una victoria del pueblo sobre la reacción sino del triunfo de la reacción sobre el pueblo; no con la proclama de *Liberté, Egalité, Fraternité*, sino con la proclama del estado de sitio, la estrangulación de la prensa y la aniquilación de la constitución.

Imponentemente, el gobierno de Alemania proclamó la paz civil. Solemnemente, los partidos juraron acatarla. Pero estos políticos experimentados saben bien que es fatal confiar en semejantes promesas. Aseguraron la paz civil para sí mismos con la implantación de una dictadura militar. El bloque socialdemócrata también lo aceptó sin protesta ni oposición. En las declaraciones del cuatro de agosto y del dos de diciembre no hay una sola sílaba de indignación por la afrenta contenida en la proclama del gobierno militar. Al votar por la paz civil y el presupuesto de guerra, la socialdemocracia asintió tácitamente a la implantación del gobierno militar y se colocó, atada de pies y manos, a los pies de la clase dominante. La instauración de la dictadura militar fue una medida puramente antisocialista. De ningún otro sector cabía esperar resistencia, protesta, movilización ni dificultades. El premio que recibió la socialdemocracia por su capitulación es lo mismo que hubiera recibido en cualquier otra circunstancia, inclusive después de una resistencia infructuosa: dictadura militar. La imponente declaración del bloque parlamentario pone el acento en el viejo principio socialista del derecho de las naciones a su autodeterminación para justificar su voto a favor del

presupuesto de guerra. Autodeterminación fue, para el proletariado alemán, el chaleco de fuerza del estado de sitio. Jamás en la historia universal un partido quedó tan en ridículo.

¡Más aún! Al refutar la existencia de la lucha de clases, la socialdemocracia ha negado su propia razón de existir. ¿Cuál es su aliento vital, si no es la lucha de clases? ¿Qué papel espera desempeñar en la guerra, una vez sacrificada la lucha de clases, el principio fundamental de su existencia? La socialdemocracia ha destruido su misión, para el periodo que dure la guerra, como partido político activo, como representante de la política de la clase obrera. Se ha despojado del arma más importante que poseía, el poder de criticar la guerra desde el enfoque particular de la clase obrera. Su única misión ahora es la de actuar como gendarme sobre la clase obrera bajo un Estado de gobierno militar.

La libertad alemana, la misma libertad en cuyo nombre, de acuerdo con la declaración del bloque parlamentario, están tronando los cañones de Krupp, se ve amenazada por esta actitud socialdemócrata mucho más allá de la duración de la guerra actual. Los dirigentes de la socialdemocracia están convencidos de que el premio que le darán a la clase obrera por su fidelidad a la patria serán las libertades democráticas. Pero jamás en la historia universal una clase oprimida ha recibido derechos políticos como premio por los servicios prestados a la clase dominante. La historia está plagada de ejemplos de engaños vergonzosos por parte de las clases dominantes, aun en los casos en que se formularon solemnes promesas antes del estallido de la guerra. La socialdemocracia no ha garantizado la extensión de la libertad en Alemania. Ha sacrificado las libertades que poseía antes del estallido de la guerra.

La indiferencia con que el pueblo alemán permitió que se lo despojara de la libertad de prensa, del derecho de reunión y de vida pública, el hecho de que no sólo aceptó con calma sino que también aplaudió el estado de sitio, no tiene parangón en la historia de la sociedad moderna. En ningún lugar de Inglaterra se ha violado la libertad de prensa, en Francia la libertad de opinión pública es incomparablemente mayor que en Alemania. En ningún país ha desaparecido tan completamente la opinión pública, en ningún país ha sido sustituida por la opinión oficial, por orden del gobierno,

como en Alemania. Inclusive en Rusia sólo existe la obra destructiva de una censura pública que elimina los artículos que expresan opiniones opositoras. Pero ni aún allí se han rebajado a la costumbre de dar a los diarios de oposición artículos ya preparados.

En ningún otro país el gobierno ha obligado a la prensa de oposición, a expresar en sus columnas la política dictada y ordenada por el gobierno en «reuniones confidenciales». Semejantes medidas eran desconocidas en Alemania, inclusive durante la guerra de 1870. En esa época la prensa gozaba de libertad irrestricta y acompañaba los vaivenes de la guerra, con gran resentimiento por parte de Bismarck, con críticas que solían ser sumamente fuertes. Los diarios rebosaban una animada discusión sobre los planes de guerra, el problema de las anexiones y la constitucionalidad. Cuando Johann Jacobi[141] fue arrestado, una ola de indignación recorrió toda Alemania, que obligó al mismísimo Bismarck a negar toda responsabilidad en este «error» cometido por la reacción. Tal era la situación en Alemania en la época en que Bebel y Liebknecht, en nombre de la clase obrera alemana, negaron toda comunidad de intereses con el imperialismo dominante. Se necesitó una socialdemocracia de cuatro millones y medio de votos para concebir la emocionante *Burgfrieden* [paz civil], aceptar el presupuesto de guerra, imponernos la peor dictadura militar que jamás se haya tolerado. El hecho de que ello sea posible en Alemania hoy, de que no sólo la prensa burguesa, sino también la altamente difundida e influyente prensa socialista permita que ocurran estas cosas sin siquiera afectar una oposición, tiene una significación fatal para el futuro de la libertad alemana. Demuestra que la sociedad alemana contemporánea no posee fundamentos internos para la libertad política, puesto que permite con tanta ligereza que se la despoje de sus más sagrados derechos.

No olvidemos que los derechos políticos que existían en Alemania antes de la guerra no se ganaron, como en Inglaterra y Francia, en tremendas y sucesivas luchas revolucionarias, no están firmemente arraigados en la vida del pueblo por el poder de la tradición revolucionaria. Son el regalo de una política bismarquiana, concedido luego de un periodo de veinte años de contrarrevolución triunfante. Las libertades alemanas no maduraron en el campo de la revolución, son el producto de los cálculos diplomáticos de la

monarquía militar prusiana, son el cemento con el que la monarquía militar unió el imperio alemán actual. El peligro que acecha a la libre expansión de la libertad alemana no proviene, como cree el bloque parlamentario alemán, de Rusia, sino de las entrañas mismas de Alemania. Yace en el singular origen contrarrevolucionario de la constitución alemana, es la sombra negra de los poderes reaccionarios que han regido el gobierno alemán desde la fundación del imperio, dirigiendo una guerra silenciosa pero implacable contra estas miserables «libertades alemanas».

Los junkers del este del Elba, los empresarios patrioteros, los archireaccionarios del Centro, los despreciables «liberales alemanes», el gobierno unipersonal, el imperio de la espada, la política Zabern que había triunfado en toda Alemania antes del estallido de la guerra, éstos son los verdaderos enemigos de la cultura y la libertad; la guerra, el estado de sitio y la posición de la socialdemocracia fortalecen los poderes del oscurantismo en todo el país. Por cierto que el liberal explica el cementerio en que se ha convertido Alemania con razones típicas de los liberales; para él, se trata de un sacrificio momentáneo, que durará mientras dure la guerra. Pero para un pueblo políticamente maduro, el sacrificio de sus derechos y vida pública, por temporario que sea, es tan imposible como para un ser humano sacrificar momentáneamente su derecho a respirar. Un pueblo que acepta tácitamente el gobierno militar en época de guerra demuestra con ello que la independencia política es superflua en todo momento. La sumisión pacífica de la socialdemocracia al estado de sitio imperante y su voto por el presupuesto de guerra sin el menor cuestionamiento, ha desmoralizado al pueblo, único pilar del gobierno constitucional, y ha fortalecido a los gobernantes, enemigos del gobierno constitucional.

Además, al sacrificar la lucha de clases, nuestro partido ha perdido, de golpe y para siempre, la posibilidad de hacer sentir su influencia en la determinación de la duración de la guerra y los términos de la paz. Sus actos han herido de muerte a su propia declaración oficial. A la vez que protesta contra todas las anexiones que, después de todo, son el resultado lógico de una guerra imperialista que logra éxitos desde el punto de vista militar, ha entregado todas las armas que poseía la clase obrera, las que le hubieran permitido movilizar a la opinión pública en su dirección propia, a

ejercer una presión efectiva sobre los términos de la guerra y la paz. Al garantizarle al militarismo la paz interna, la socialdemocracia les ha dado a los gobernantes militares permiso para seguir su propio curso sin tener en cuenta siquiera los intereses de las masas, ha desatado en los corazones de la clase dominante las pasiones imperialistas más desenfrenadas. En otras palabras, cuando la socialdemocracia aprobó la plataforma de paz civil y el desarme político de la clase obrera, condenó a la impotencia a su propia consigna de no anexión.

Así, la socialdemocracia ha agregado a su ya pesada carga un nuevo crimen: la prolongación de la guerra. El dogma, difundido y aceptado, de que nos podemos oponer a la guerra mientras se trate nada más que de una amenaza, para la socialdemocracia se ha vuelto una trampa peligrosa. La consecuencia inevitable es que, iniciada la guerra, la acción política socialdemócrata llega a su fin. Entonces sólo queda una cuestión, o sea victoria o derrota, y la lucha de clases debe cesar hasta el fin de la guerra. Pero en realidad, el problema mayor que se le plantea a la actividad política socialdemócrata comienza recién después del estallido de la guerra. En los congresos internacionales de Stuttgart en 1907, y Basilea en 1912, los dirigentes partidarios y sindicales alemanes votaron unánimemente a favor de una resolución que dice: «Si, de todas maneras, la guerra llegara a estallar, será el deber de la socialdemocracia movilizarse por una paz rápida, y luchar con todos los medios a su disposición para utilizar la crisis política e industrial para despertar al pueblo, acelerando así la caída del dominio de clase del capitalismo».

¿Qué ha hecho la socialdemocracia en esta guerra? Exactamente lo contrario. Al votar a favor del presupuesto de guerra y la paz social, ha luchado, por todos los medios a su disposición, por impedir la crisis industrial y política, por impedir que la guerra despierte a las masas. Lucha «con todos los medios a su disposición» para salvar al Estado capitalista de su propia anarquía, por disminuir el número de sus víctimas. Se dice —más de una vez escuchamos este argumento en boca de los diputados parlamentarios— que ni un hombre menos hubiera caído en el campo de batalla si el bloque socialdemócrata hubiera votado en contra del presupuesto de guerra. Nuestra prensa partidaria insiste en que debemos

apoyar la defensa de nuestro país y unirnos a ella para reducir la cantidad de víctimas que se cobrará esta guerra.

Pero la política que hemos aplicado ha ejercido el efecto contrario. En primer lugar, gracias a la paz civil y la actitud patriótica de la socialdemocracia, la guerra imperialista desató su furia sin temor. Hasta ahora, el temor a la inquietud interna, a la furia de la población hambrienta, ha pesado en la mente de las clases dominantes y mantuvo en jaque sus deseos belicistas. En las conocidas palabras de Von Bülow: «Están tratando de evitar la guerra sobre todo por temor a la socialdemocracia». Rohrbach**[142]** en su *Krieg und die Deutsche Politik* [La guerra y la política alemana] página 7, dice: «a menos que se interponga una catástrofe natural, el único elemento que puede obligar a Alemania a firmar la paz es el hambre de los sin pan». Es obvio que se refiere a un hambre que llama la atención, que se impone desagradablemente a las clases dominantes para obligarlas a escuchar sus exigencias.

Veamos, por último, lo que el prominente teórico militar, general Bemhardi**[143]**, dice en su importante obra *Von Heutigen Kriege* [Acerca de la guerra actual]: «De modo que los modernos ejércitos de masas dificultan la guerra por varias razones. Además, constituyen, en sí y para sí, un peligro que jamás hay que subestimar.

»El mecanismo de semejante ejército es tan inmenso y complicado, que será eficaz y flexible mientras, en general, se pueda confiar en sus engranajes y ruedas y se evite la confusión moral abierta. Son cosas que no se pueden evitar totalmente, así como no podemos conducir una guerra con puras victorias. Se las puede superar si aparecen solamente dentro de ciertos límites restringidos. Pero cuando las grandes masas compactas se sacan de encima a sus dirigentes, cuando se difunde el espíritu de pánico, cuando se hace sentir la falta de víveres, cuando el espíritu de rebelión se posesiona de las masas del ejército, éste se vuelve no sólo ineficaz respecto del enemigo sino también una amenaza para sí y para sus dirigentes. Cuando el ejército rompe los límites de la disciplina, cuando interrumpe voluntariamente el curso del operativo militar, crea problemas que sus dirigentes son incapaces de solucionar.

»La guerra, con sus ejércitos de masas modernos es, en todas circunstancias, un juego peligroso, un juego que exige el mayor sacrificio, personal y financiero, que el Estado pueda proponer. En dichas circunstancias va de suyo que en todas partes deben tomarse los recaudos, una vez iniciada la guerra, para ponerle fin lo antes posible, para aliviar la extrema tensión que acompaña ese esfuerzo supremo de las naciones».

Así, tanto los políticos capitalistas como las autoridades militares creen que la guerra, con sus ejércitos de masas modernos, es un juego peligroso. Y esto daba a la socialdemocracia la mejor oportunidad de impedir que los gobernantes del momento precipitasen la guerra y obligarlos a ponerle fin lo antes posible. Pero la posición de la socialdemocracia ante esta guerra barrió todas las dudas, derribó los diques de contención de la marea militarista. De hecho creó un poder con el cual ni Bernhardi ni ningún otro estadista capitalista hubiese soñado, ni siquiera en sus fantasías más extravagantes. Del campo de los socialdemócratas vino la consigna: «Durchhalten» [hasta el fin], es decir, continúen con la masacre humana. Y así, las miles de víctimas que han caído en los últimos meses en los campos de batalla pesan sobre nuestra conciencia.

VII

«Pero puesto que hemos sido incapaces de impedir las guerra, puesto que a pesar nuestro ha estallado y nuestro país aguarda la invasión, ¿lo dejaremos indefenso? ¿Lo entregaremos al enemigo? ¿Acaso el socialismo no exige el derecho de las naciones a la determinación de sus propios destinos? ¿No significa eso que cada pueblo tiene la justificación, mejor dicho el deber, de proteger su libertad, su independencia? “Cuando la casa se incendia, ¿no pagaremos el fuego antes de ponernos a descubrir quién es el incendiario?”». Estos argumentos se han repetido una y otra vez, en defensa de la posición de la socialdemocracia en Francia y Alemania.

Este argumento ha sido utilizado hasta en los países neutrales. En su versión holandesa leemos: «Cuando el barco hace agua, ¿no debemos acaso

tratar de reparar la avería en primer término?».

Por supuesto. ¡Ay del pueblo que capitula ante la invasión!, ¡ay del partido que capitula ante el enemigo interno!

Pero hay una cosa que los bomberos de la casa incendiada olvidan: que, en boca de un socialista, «defensa de la patria» no puede significar hacer de carne de cañón de una burguesía imperialista.

¿Es una invasión realmente el horror de horrores ante la magia sobrenatural? Según la teoría policíaca de patriotismo burgués y gobierno militar, toda manifestación de la lucha de clases es un crimen contra los intereses nacionales porque —según ellos— debilita la nación. La socialdemocracia se ha permitido degenerar hasta adoptar ese punto de vista distorsionado. ¿Acaso la historia de la sociedad capitalista moderna no demuestra que para la sociedad capitalista una invasión extranjera no es ese horror espantoso que generalmente se supone, que, por el contrario, es una medida a la que la burguesía recurre frecuentemente y gustosamente como arma efectiva contra el enemigo interno? ¿Acaso los Borbones y aristócratas franceses no llamaron a una invasión extranjera contra los jacobinos? ¿Acaso la contrarrevolución austríaca de 1849 no llamó a la invasión francesa contra Roma, a la rusa contra Budapest? ¿Acaso el Partido de la Ley y el Orden francés de 1850 no amenazó abiertamente a la Asamblea Nacional con una invasión de cosacos si ésta no se avenía a sus propósitos? ¿Acaso no quedó en libertad el ejército de Bonaparte y se aseguró el apoyo del ejército prusiano contra la Comuna de París mediante el famoso contrato entre Jules Favre[144], Thiers y Cía[145]., y Bismarck?

La evidencia histórica llevó a Carlos Marx, hace 45 años, a denunciar los fraudes miserables que son las guerras «nacionales» de la sociedad capitalista moderna. En su famoso discurso ante el Congreso General de la Internacional a propósito de la derrota de la Comuna, dijo: «Que, después de la guerra más grande de los tiempos modernos, los ejércitos beligerantes, el vencedor y el vencido, se unan para la masacre conjunta del proletariado, este hecho increíble demuestra, no lo que Bismark quiere que creamos, la derrota final del nuevo poder social, sino la desintegración total de la vieja sociedad burguesa. La prueba mayor del heroísmo de la que es capaz el viejo orden es la guerra nacional. Y esto se ha revelado como un fraude

perpetrado por el gobierno con el único motivo de frenar la lucha de clases, fraude que queda al descubierto apenas la lucha de clases estalla en guerra civil. El dominio de clase ya no puede ocultarse tras un uniforme nacional. Los gobiernos nacionales se han unido contra el proletariado».

En la historia capitalista invasión y lucha de clases no son opuestos, como nos quiere hacer creer la leyenda oficial, sino que una es el medio y la expresión de la otra. Así como la invasión es el arma probada y certera en manos del capital contra la lucha de clases, ésta, en su lucha audaz, siempre ha demostrado ser el mejor medio preventivo contra las invasiones extranjeras. En el albor de los tiempos modernos podemos citar como ejemplos las ciudades italianas de Florencia y Milán, con su siglo de guerra sin cuartel contra los Hohenstaufen. La tempestuosa historia de estas dos ciudades, desgarradas por conflictos internos, prueba que la fuerza y la furia de las luchas de clases internas no sólo no debilitan el poder defensivo de la comunidad, sino que, por el contrario, de sus fuegos estallan las únicas llamas capaces de detener cualquier ataque del enemigo exterior.

Pero el ejemplo clásico de nuestro tiempo es la Gran Revolución Francesa. En 1793 París, el corazón de Francia, estaba rodeado de enemigos. Y sin embargo París y Francia en ese momento no sucumbieron ante la invasión de la tremenda marea de la coalición europea; por el contrario, forjaron su fuerza ante el peligro creciente para formar una oposición más gigantesca. Si en ese momento crítico Francia pudo enfrentar cada coalición enemiga con una combatividad milagrosa que nunca decayó, esto se debió a la impetuosa irrupción de las fuerzas más profundas de la sociedad en la gran lucha de clases francesa. Hoy, con una perspectiva de un siglo, se puede discernir claramente que sólo la intensificación de la lucha de clases, sólo la dictadura del pueblo francés y su intrépida radicalización, podía hacer brotar del suelo francés los medios y fuerzas como para defender y apuntalar una sociedad recién nacida contra un mundo de enemigos, contra las intrigas de una dinastía, contra las traicioneras maquinaciones de la aristocracia, contra los atentados del clero, contra la traición de sus generales, contra la oposición de sesenta departamentos y capitales provinciales, y contra los ejércitos y marina unificadas de la Europa monárquica. Los siglos demuestran que no es el

estado de sitio sino la lucha de clases implacable lo que despierta el espíritu de abnegación, la fuerza moral de las masas; que la lucha de clases es la mejor protección y la mejor defensa contra un enemigo foráneo.

El mismo *quid pro quo* trágico hizo presa de la socialdemocracia cuando ésta basó su oposición ante la guerra en la doctrina del derecho a la autodeterminación nacional.

Es cierto que el socialismo otorga a cada pueblo el derecho a la independencia y la libertad de control independiente de sus propios destinos. Pero es una verdadera perversión del socialismo considerar que la sociedad capitalista contemporánea constituye una expresión de esta autodeterminación de las naciones. ¿Dónde hay una nación en la que el pueblo haya tenido el derecho de determinar la forma y condiciones de su existencia nacional, política y social? En Alemania la determinación del pueblo encontró su expresión concreta en las consignas formuladas por los demócratas revolucionarios alemanes de 1848; los primeros combatientes del proletariado alemán, Marx, Engels, Lassalle, Bebel y Liebknecht proclamaron y lucharon por una República Alemana unificada. Por este ideal las fuerzas revolucionarias de Berlín y Viena vertieron su sangre en las barricadas, en las trágicas jornadas de marzo. Para realizar este programa Marx y Engels exigieron que Prusia tomara las armas contra el zarismo. La primera consigna en este programa nacional fue por la liquidación de ese «basural de la decadencia organizada, la monarquía de Habsburgo», al igual que otras dos docenas de monarquías en miniatura dentro de la propia Alemania. La derrota de la revolución alemana, la traición de la burguesía alemana sus propios ideales democráticos, llevó al régimen de Bismarck y a su hija la Gran Prusia contemporánea, veinticinco patrias bajo un solo timón, al Imperio Alemán.

La Alemania moderna está construida sobre la tumba de la Revolución de Marzo [de 1848] sobre la destrucción del derecho a la autodeterminación del pueblo alemán. La guerra actual, que apoya a la monarquía de los Habsburgo y a Turquía, y refuerza la autocracia militar germana, es la segunda masacre de los revolucionarios de marzo y del programa nacional del pueblo alemán. Es una broma diabólica de la historia que los socialdemócratas, herederos de los patriotas alemanes de 1848, marchen a

la guerra bajo el estandarte de la «autodeterminación de las naciones». Pero ¿quizás la Tercera República Francesa, con sus posesiones coloniales en cuatro continentes, sus honores coloniales en dos, es la expresión de la autodeterminación de la nación francesa? ¿O la nación británica, con su India, con su Sudáfrica donde un millón de blancos dominan a cinco millones de negros? ¿Quizás Turquía, o el imperio del zar?

Los políticos capitalistas, para quienes los que gobiernan al pueblo y las clases dominantes constituyen la nación, pueden con toda honestidad hablar del «derecho a la autodeterminación nacional» en relación al imperio colonial. Para el socialista, ninguna nación es libre si su existencia nacional se basa en la esclavización de otro pueblo, porque para él los pueblos coloniales también están formados por seres humanos y, como tales, son parte del estado nacional. El socialismo internacional reconoce el derecho de las naciones libres e independientes, con igualdad de derechos. Pero sólo el socialismo puede crear tales naciones, puede dar a sus pueblos la autodeterminación. Esta consigna del socialismo, como todas las demás, no es una defensa de las condiciones imperantes sino una guía, un acicate para la política revolucionaria, regeneradora, combativa del proletariado. Mientras existan los estados capitalistas, es decir, mientras la política mundial imperialista determine y regule la vida interna y externa de una nación, no puede haber «autodeterminación nacional» ni en la guerra ni en la paz.

En este medio imperialista no puede haber guerras de defensa nacional. Todo programa socialista que dependa de este medio histórico determinante, que esté dispuesto a fijar su política para el torbellino mundial desde el punto de vista de un solo país, tiene pies de barro.

Ya hemos tratado de demostrar el trasfondo del conflicto actual entre Alemania y sus adversarios. Fue necesario mostrar más claramente las verdaderas fuerzas y relaciones que constituyen la fuerza motriz de esta guerra porque esta leyenda de la defensa de la existencia, libertad y civilización de Alemania desempeña un importante papel en la posición de nuestro bloque parlamentario y nuestra prensa socialista. Contra esta leyenda, es necesario resaltar la verdad histórica para demostrar que se trata de una guerra preparada por el militarismo alemán y sus ideas políticas

mundiales durante años, que fue provocada por la diplomacia austríaca y alemana en el verano de 1914, con perfecta conciencia de sus consecuencias.

En la discusión acerca de las causas generales de la guerra y su significación, no se trata de ver el problema del «culpable». Alemania ciertamente no tiene el menor derecho de hablar de una guerra de defensa, pero Francia e Inglaterra no tienen mayor justificación. Ellos tampoco protegen su existencia nacional, sino su existencia política mundial, sus viejas posesiones coloniales, de los ataques del advenedizo alemán. Sin duda las incursiones del imperialismo austríaco y alemán en Oriente detonaron el conflicto, pero el imperialismo francés, al devorar Marruecos, y el imperialismo inglés, al tratar de invadir la Mesopotamia, junto con todas las medidas destinadas a fortalecer su dominación por la fuerza en la India, la política rusa en el Báltico, que apunta hacia Constantinopla, todos estos factores han juntado y apilado, rama por rama, la leña que alimenta la conflagración. Si los armamentos capitalistas jugaron un papel importante en calidad de resorte que decide el estallido de la catástrofe, se trató de una competencia armamentista de todas las naciones. Y si Alemania puso la piedra basal de la competencia armamentista por intermedio de la política de Bismarck en 1870, esta política fue proseguida por la del Segundo Imperio y por la policía militar colonial del Tercer Imperio, por su expansión en el este de Asia y en África.

Los socialistas franceses tienen en que basar su ilusión de la «defensa nacional», porque ni el pueblo ni el gobierno de Francia abrigaban el menor sentimiento belicista en julio de 1914. «Hoy toda Francia está, honesta, correcta y desinteresadamente, a favor de la paz», insistió Jaurés en el último discurso de su vida, en vísperas de la guerra, cuando dirigió la palabra a un mitin en la Casa del Pueblo en Bruselas. Esto es totalmente cierto y explica sicológicamente la indignación de los socialistas franceses ante esta guerra criminal a la que su país se ve forzado a entrar. Pero esto no basta para fijar la posición socialista frente a la guerra mundial en cuanto hecho histórico.

Los acontecimientos que gestaron la guerra no comenzaron en julio de 1914 sino que se remontan a varias décadas antes. Un hilo tras otro ha sido

urdido en la rueca de un proceso natural inexorable hasta que la red implacable de la política mundial imperialista envolvió los cinco continentes. Es un gran complejo histórico de acontecimientos cuyas raíces se hunden hasta las plutónicas profundidades de la creación económica, cuyas ramas superiores se extienden hacia un nuevo mundo que está naciendo; acontecimientos ante cuya inmensidad, que todo lo abarca, las concepciones de culpa y castigo, defensa y ataque, se pierden en la nada.

El imperialismo no es la creación de un estado o grupo de estados imperialistas. Es el producto de determinado grado de madurez en el proceso mundial del capitalismo, condición congénitamente internacional, una totalidad indivisible, que sólo se puede reconocer en todas sus relaciones y del que ninguna nación se puede apartar a voluntad. Solamente desde este punto de vista es posible comprender correctamente el problema de la «defensa nacional» en la guerra actual.

El estado nacional, la unidad nacional y la independencia fueron el escudo ideológico bajo el cual se constituyeron las naciones capitalistas de Europa central en el siglo pasado. El capitalismo es incompatible con las divisiones económicas y políticas que acompañan el desmembramiento en pequeños estados. Para desarrollarse requiere grandes territorios unificados y un grado de desarrollo mental e intelectual de la nación que eleve las tareas y necesidades de la sociedad a un plano concomitante con el estadio prevaleciente de la producción capitalista y el mecanismo del moderno dominio de clase capitalista. El capitalismo, antes de poder desarrollarse, trató de crear para sí un territorio demarcado en forma tajante por las limitaciones nacionales. Este programa se realizó únicamente en Francia en la época de la Gran Revolución, puesto que en la herencia nacional y política que la Edad Media feudal legó a Europa, esto podría ser fruto únicamente de medidas revolucionarias. En el resto de Europa esta nacionalización, al igual que el movimiento revolucionario en su conjunto, siguió siendo un remiendo de promesas semicumplidas. El Imperio Germano, la Italia moderna, Austria-Hungría, Turquía, el Imperio Ruso y el Imperio Británico mundial son pruebas vivientes de este hecho. El programa nacional podía desempeñar un papel histórico siempre que representara la expresión ideológica de una burguesía en ascenso, ávida de

poder, hasta que ésta afirmara su dominación de clase en las grandes naciones del centro de Europa de uno u otro modo, y creara en su seno las herramientas y condiciones necesarias para su expansión. Desde entonces, el imperialismo ha enterrado por completo el viejo programa democrático burgués reemplazando el programa original de la burguesía en todas las naciones por la actividad expansionista sin miramientos hacia las relaciones nacionales. Es cierto que se ha mantenido la fase nacional pero su verdadero contenido, su función ha degenerado en su opuesto diametral. Hoy la nación no es sino un manto que cubre los deseos imperialistas, un grito de combate para las rivalidades imperialistas, la última medida ideológica con la que se puede convencer a las masas de que hagan de carne de cañón en las guerras imperialistas.

Esta tendencia general del capitalismo contemporáneo determina las políticas de los estados individuales como su ley suprema y ciega, así como las leyes de la competencia económica determinan las condiciones de producción del empresario individual.

Supongamos un instante, para seguir la discusión e investigar el fantasma de las «guerras nacionales» que controla en este momento la política socialdemócrata, que en uno de los estados beligerantes la guerra fuera, al comienzo, una guerra de defensa nacional. El éxito en el terreno militar exigiría la ocupación inmediata de territorio enemigo. Pero la influencia de grupos capitalistas interesados en la anexión imperialista despertará apetitos imperialistas a medida que prosigue la guerra. La tendencia imperialista que al comienzo fue, quizás, embrionaria, crecerá y se desarrollará en el invernadero de la guerra y en poco tiempo determinará su carácter, fines y resultados.

Además, el sistema de alianzas militares que ha regido las relaciones políticas de estas naciones durante décadas significa que en el curso de la guerra cada uno de los campos beligerantes tratará de conseguir la ayuda de sus aliados, nuevamente desde un punto de vista puramente defensivo. Así, uno tras otro, todos los países son arrastrados a la guerra, se tocan inevitablemente nuevos círculos imperialistas, se crean otros. De esa manera Inglaterra arrastró a Japón y, con la entrada de la guerra en Asia, la China ha entrado en el círculo de problemas políticos y ha influenciado la

rivalidad existente entre Japón y Estados Unidos, entre Inglaterra y Japón, y así se acumulan motivos para conflictos futuros. De esta manera Alemania arrastró a Turquía a la guerra, poniendo el problema de Constantinopla, los Balcanes y Asia occidental en primer plano.

Inclusive aquél que en sus comienzos no comprendió que la guerra mundial obedece a causas puramente imperialistas, después de un análisis objetivo de las consecuencias no puede dejar de comprender que, en las actuales circunstancias, ésta se convierte automática e inevitablemente en un conflicto por la división del mundo. Esto era obvio desde el comienzo. El equilibrio inestable de poder entre los dos campos beligerantes obliga a cada uno de ellos, aunque más no sea por razones de táctica militar, para fortalecer la propia posición o frustrar posibles ataques, a controlar los países neutrales mediante negociaciones que involucran a pueblos y naciones enteros: tales como las ofertas austro-germanas a Italia, Rumanía, Bulgaria y Grecia por un lado, y las anglorrusas por el otro. La «guerra de defensa nacional» ha surtido el efecto sorprendente de crear, inclusive en las naciones neutrales, una transformación general de la propiedad y del poder relativo, siempre en línea directa con las tendencias expansionistas. Por último, el hecho de que todos los estados capitalistas modernos poseen colonias que, aunque la guerra haya comenzado como guerra por la defensa nacional, se verán arrastradas al conflicto por razones de táctica militar; el hecho de que cada país tratará de ocupar las posesiones coloniales de su adversario o, al menos, tratará de fomentar el desorden allí, automáticamente transforma todas las guerras en conflictos imperialistas mundiales.

Así la concepción de esa modesta guerra defensiva, de devoto amor a la patria, que se ha convertido en el ideal de nuestros parlamentarios y editores, es pura ficción y demuestra, de su parte, una falta total de comprensión de la guerra y sus relaciones mundiales. Lo que determina el carácter de la guerra no son las declaraciones solemnes, ni siquiera las intenciones honestas de los políticos prominentes, sino la configuración momentánea de la sociedad y sus organizaciones militares. A primera vista la frase «guerra nacional de defensa» parecería aplicable en el caso de un país como Suiza. Pero Suiza no es un estado nacional y, por lo tanto, no es

pasible de comparación con otros estados modernos. Su misma existencia «neutral», su milicia de lujo, son los frutos negativos del estado de guerra latente en los grandes estados militares vecinos. Mantendrá esta neutralidad hasta tanto decida oponerse a esta situación. Cuánto tarda el talón de hierro del imperialismo en aplastar a un estado neutral en una guerra mundial lo demuestra la suerte que corrió Bélgica.

Lo que nos lleva a la posición peculiar de la «pequeña nación». Un ejemplo clásico de «guerra nacional» es Servia. Si hubo alguna vez un estado que poseyó, según las pautas formales, el derecho a la defensa nacional, ese estado es Servia. Despojada, en virtud de las anexiones austríacas, de su unidad nacional, amenazada su existencia misma como nación por las pretensiones austríacas, obligada por Austria a entrar en guerra, está luchando, según todas las pautas humanas, por su existencia, libertad y civilización. Pero si el bloque socialdemócrata tiene razón, entonces los socialdemócratas servios que protestaron contra la guerra en el parlamento de Belgrado y se negaron a votar los presupuestos de guerra son, en verdad, traidores a los intereses vitales de su propio país. En realidad los socialistas servios Laptchevic y Kaclerovic no sólo han inscrito sus nombres en letras de oro en los anales del movimiento socialista internacional, sino que han demostrado poseer una clara concepción histórica de las verdaderas causas de la guerra. Al votar en contra del presupuesto bélico le han prestado a su patria el mejor servicio posible. Servia participa, desde el punto de vista formal, en una guerra por la defensa nacional. Pero su monarquía y clases dominantes están tan animadas de deseos expansionistas como todas las clases dominantes de todos los estados modernos. Los rasgos étnicos les son indiferentes y, por tanto, su guerra posee características agresivas. Servia extiende sus brazos hacia la costa del Adriático donde está librando un conflicto netamente imperialista con Italia a costa de los albanos, conflicto que no será resuelto por ninguna de las dos potencias que tienen intereses directos en el mismo, sino por las superpotencias que tendrán la última palabra en cuanto a los términos de la paz. Pero, por encuna de todo, no debemos olvidar que detrás del nacionalismo servio está el imperialismo ruso. Servia no es más que un peón en el gran tablero de la política mundial. Cualquier análisis de la

guerra en Servia que no tome en cuenta estas grandes relaciones y el trasfondo político mundial general carece necesariamente de fundamento.

Lo propio ocurre con la reciente guerra de los Balcanes. Considerado como hecho aislado, los jóvenes estados balcánicos tenían una justificación histórica al defender el viejo programa democrático del estado nacional. En su conexión histórica, empero, que convierte a los Balcanes en un punto crítico y centro de la política imperialista, estas guerras balcánicas eran objetivamente sólo un eslabón en la cadena de acontecimientos que condujeron, fatalmente, a la presente guerra mundial. Después de la guerra de los Balcanes la socialdemocracia internacional, reunida en el congreso de paz de Basilea, recibió a los socialistas de los Balcanes con una estruendosa ovación por haberse negado firmemente a dar su apoyo moral y político a la guerra. Con este acto la Internacional repudió por adelantado la posición asumida por los socialistas franceses y alemanes en la guerra actual.

Todos los estados pequeños, Holanda por ejemplo, están en la misma situación que los estados balcánicos. «Cuando el barco hace agua hay que reparar la avería»; ¿y qué motivo tendría, en verdad, la pequeña Holanda para luchar, si no es su existencia nacional y la libertad de su pueblo? Si no tenemos en cuenta más que la decisión del pueblo holandés, incluso de sus clases dominantes, se trata indudablemente de un problema de defensa nacional lisa y llana. Pero aquí nuevamente la política proletaria no puede juzgar de acuerdo a las intenciones subjetivas de un solo país. En este caso, también, debe asumir una posición como parte de la Internacional, según la totalidad compleja de la situación política mundial. Holanda, también, quiéralo o no, es sólo un pequeño engranaje de la gran máquina de la política y diplomacia mundial modernas. Esto quedaría en claro inmediatamente si Holanda se viera arrastrada al torbellino de la guerra mundial. Sus enemigos atacarían sus colonias. Automáticamente Holanda se volcaría a la defensa bélica de sus posesiones. La defensa de la independencia nacional del pueblo holandés en el Mar del Norte se expandiría para abarcar concretamente la defensa de su derecho de dominio y explotación de los malayos en el Archipiélago del Océano Indico. Más aún: el militarismo holandés, de confiar únicamente en sí mismo, sería

aplastado como una cáscara de nuez en el torbellino de la guerra mundial. Queriéndolo o no, se uniría a alguna de las grandes alianzas nacionales. De un lado u otro sería portadora e instrumento de tendencias puramente imperialistas.

Así es como el medio histórico del imperialismo moderno determina el carácter de la guerra en los países individuales y este mismo medio imposibilita la guerra de defensa nacional.

Kautsky también lo dijo, hace apenas unos años, en su folleto *Patriotismo y socialdemocraáa*, Leipzig, 1907, páginas 12-14: «Aunque el patriotismo de la burguesía y del proletariado son dos fenómenos distintos, en verdad opuestos, hay situaciones en las que ambos tipos de patriotismo pueden unirse para la acción, inclusive en tiempo de guerra. La burguesía y el proletariado de una nación están interesados por igual en su independencia y autodeterminación nacionales, en la liquidación de toda forma de opresión y explotación a manos de una nación extranjera. En los conflictos nacionales que han surgido de tales intentos, el patriotismo del proletariado siempre se ha unido al de la burguesía. Pero en toda gran convulsión nacional el proletariado se ha convertido en un poder que puede resultarle peligroso a la clase dominante; la revolución acecha al final de cada guerra, como lo demuestran la Comuna de París de 1871 y el terrorismo ruso que surgió después de la guerra ruso-japonesa.

»En vista de esto, la burguesía de las naciones que no se encuentran lo bastante unificadas ha llegado a sacrificar sus pretensiones nacionales allí donde las mismas sólo puedan conservarse a expensas del gobierno, porque su odio y temor a la revolución supera de lejos su amor a la independencia y grandeza nacionales. Por eso la burguesía sacrifica la independencia de Polonia y permite la existencia de antiguas constelaciones como Austria y Turquía, aunque hace más de una generación que están condenadas a la destrucción. Las luchas nacionales en cuanto generadoras de revoluciones han cesado en la Europa civilizada. Los problemas nacionales que sólo la guerra o la revolución pueden solucionar serán resueltos en el futuro solamente por la victoria del proletariado. Pero entonces, gracias a la solidaridad internacional, asumirán una forma completamente distinta de la que impera hoy en un estado social de explotación y opresión. En los

estados capitalistas este problema ya no debe preocupar al proletariado en su lucha. Debe emplear todas sus fuerzas en otras tareas».

«Mientras tanto, la posibilidad de que el patriotismo burgués y el proletario se unifiquen para proteger la libertad del pueblo se vuelve cada vez más remota». Kautsky explica luego que la burguesía francesa se ha unido al zarismo, que Rusia ha dejado de ser una amenaza para Europa occidental porque la revolución la ha debilitado. «En estas circunstancias no se puede esperar una guerra en defensa de la libertad nacional en la que se unan el burgués y el proletario». (*Ibídem*, p. 16).

«Ya hemos visto que los conflictos que, en el siglo XIX, podrían haber llevado a pueblos amantes de la libertad a guerrear contra sus vecinos, han dejado de existir. Hemos visto en todas partes que el militarismo moderno de ninguna manera defiende derechos populares importantes, sino que apoya las ganancias. Sus actividades no apuntan a defender la independencia e invulnerabilidad de su propia nacionalidad, que en ninguna parte se ve amenazada, sino a asegurar y extender las conquistas de ultramar que sólo sirven para acrecentar las ganancias capitalistas. En la actualidad los conflictos entre estados no podrían dar lugar a guerra alguna que el proletariado no tenga el deber de repudiar enérgicamente» (*Ibídem*, p. 23).

En vista de todas estas consideraciones, ¿cuál será la posición de la socialdemocracia en esta guerra? ¿Declarará, acaso: puesto que se trata de una guerra imperialista, puesto que en nuestro país no gozamos de autodeterminación socialista alguna, su existencia o no existencia nos es indiferente, y lo entregaremos al enemigo? El fatalismo pasivo jamás puede cuadrarle a un partido revolucionario como el socialdemócrata. No puede colocarse a disposición del estado clasista existente, al mando de las clases dominantes, ni esperar en silencio a que pase la tormenta. Debe adoptar una política clasista activa, una política que acicatee a las clases dominantes en toda gran crisis social y llevará a la crisis misma a trascender de lejos su alcance original. Tal es el papel que deberá desempeñar la socialdemocracia a la cabeza del proletariado combatiente. En lugar de cubrir esta guerra imperialista con el manto engañoso de la autodefensa nacional, la socialdemocracia debería haber exigido seriamente el derecho a la

autodeterminación nacional, lo debería haber utilizado como palanca contra la guerra imperialista.

La exigencia más elemental de la defensa nacional es que la nación tome su defensa en sus propias manos. El primer paso en este sentido es la milicia; no sólo el inmediato armamento de toda la población masculina adulta, sino también, y sobre todo, la decisión popular en todas las cuestiones referentes a la guerra y la paz. Debe exigir, además, la liquidación inmediata de toda forma de opresión política, puesto que la mayor libertad política es la mejor base para la defensa nacional. Proclamar estas medidas fundamentales de defensa nacional, exigir su realización, es el primer deber de la socialdemocracia.

Durante cuarenta años hemos tratado de demostrar tanto a las masas como a las clases dominantes que sólo la milicia es capaz de defender a la patria y hacerla invencible. Y, sin embargo, ante la primera prueba, pusimos la defensa de nuestro país en manos del ejército permanente como si tal cosa, para convertirnos en carne de cañón bajo el garrote de las clases dominantes. Nuestros parlamentarios aparentemente ni se dieron cuenta de que las bendiciones fervientes que derramaron sobre estos defensores de la patria que partían rumbo al frente constituían, en la práctica, un reconocimiento total de que el ejército imperial prusiano permanente es el verdadero defensor de la patria. Evidentemente no comprendieron que con ese reconocimiento sacrificaban el punto de apoyo de nuestro programa político, que desechaban la milicia y disolvían en la nada el significado práctico de cuarenta años de agitación contra el ejército permanente. En virtud de este acto del bloque socialdemócrata, nuestro programa militar se convirtió en una doctrina utópica, una obsesión doctrinaria que nadie puede tomar en serio.

Los maestros del proletariado internacional analizaron el problema de la defensa de la patria bajo otra luz. Cuando el proletariado de París, rodeado de prusianos en 1871, tomó en sus manos las riendas del gobierno, Marx escribió con entusiasmo:

«París centro y sede de los viejos poderes gubernamentales y simultáneamente centro social de gravedad de la clase obrera francesa, París se ha levantado en armas contra el intento de Monsieur Thiers y su pandilla

de junkers de reinstaurar y perpetuar el gobierno de los viejos poderes de dominio imperial. París pudo resistir, únicamente porque en el sitio perdió su ejército, porque en su lugar puso una guardia nacional compuesta principalmente de obreros. Era necesario convertir esta innovación en una institución permanente. El primer acto de la Comuna fue, por tanto, la sustitución del ejército permanente por el pueblo armado… Si ahora la Comuna era el verdadero representante de todos los elementos sanos de la sociedad francesa y, por tanto, un verdadero gobierno nacional, era al mismo tiempo, como gobierno proletario, como valiente luchador de la emancipación del trabajo, internacional en el sentido más auténtico de la palabra. Bajo la vista del ejército prusiano, que ha anexado dos provincias francesas a Alemania, la Comuna ha anexado a todos los obreros del mundo a Francia» (*Discurso ante el Consejo General de la Intemaáonall*).

¿Pero qué dijeron nuestros maestros con respecto al papel de la socialdemocracia en la guerra actual? En 1892 Friedrich Engels expresó la siguiente opinión con respecto a los lineamientos fundamentales a los que debía ajustarse la política de los partidos proletarios en una gran guerra: «Una guerra en el curso de la cual rusos y franceses invadieran Alemania, sería para este país una lucha de vida o muerte. En esas circunstancias sólo podría asegurar su existencia nacional con los métodos más revolucionarios. El gobierno actual, a menos que se vea obligado a hacerlo, no provocará la revolución, pero tenemos un partido capaz de obligarlo a ello o, de ser necesario, de reemplazarlo: el Partido Social Demócrata.

»No hemos olvidado el glorioso ejemplo de Francia en 1793. Nos acercamos al centenario de 1793. Si el deseo de conquista de Rusia, o la impaciencia chovinista de la burguesía francesa detienen la marcha victoriosa, aunque pacífica, de los socialistas alemanes, estos están preparados —que nadie lo dude— para demostrarle al mundo que los proletarios alemanes de hoy no son indignos de los *sansculottes*[146] franceses, que 1893 será digno de 1793. Y si los soldados de Monsieur Constans llegan a poner el pie en suelo alemán saldremos a su encuentro con las palabras de la “Marsellesa”:

Contra nosotros la tiranía levanta su sangriento estandarte. ¿Oís en los campos el rugir de fieros soldados?

»En fin, la paz garantiza el triunfo del Partido Social Demócrata en alrededor de diez años. La guerra significará su victoria en dos o tres años o su liquidación total para los próximos 15 a 20 años».

Cuando Engels escribió estas palabras tenía en mente una situación muy distinta a la de hoy. Él veía el acecho del antiguo zarismo. Ya hemos visto la gran Revolución Rusa. Pensaba, además, en una verdadera guerra de defensa, en una Alemania atacada desde oriente y occidente por dos fuerzas hostiles. Por último, sobrestimaba la madurez de la situación alemana y la posibilidad de la revolución social, como los verdaderos combatientes, que tienden a sobrestimar el verdadero ritmo del proceso. Pero, con todo, sus frases demuestran con extraordinaria claridad que, para Engels, defensa de la patria en el sentido socialdemócrata no era el apoyo al gobierno militar de los junkers prusianos y su estado mayor, sino una acción revolucionaria, cuyo modelo eran los jacobinos franceses.

Sí, los socialistas tienen el deber de defender a su país en las grandes crisis históricas, y en esto yace la gran traición del bloque parlamentario socialdemócrata. Cuando anunció el 4 de agosto «en esta hora de peligro no abandonaremos a la patria», negó al mismo tiempo sus propias palabras. Porque en verdad ha desertado a la patria en el momento de mayor peligro. El más alto deber de la socialdemocracia para con la patria exigía que denunciara el verdadero trasfondo de la guerra imperialista, que rompiera la trama de mentiras imperialistas y diplomáticas que tapa los ojos del pueblo. Era su deber hablar fuerte y claramente, proclamar ante el pueblo alemán que la victoria sería tan funesta como la derrota, oponerse al amordazamiento de la patria mediante el estado de sitio, exigir que sólo el pueblo decidiera el problema de la guerra y la paz, exigir que el parlamento sesionara permanentemente durante la guerra, imponer un control vigilante del parlamento sobre el gobierno y del pueblo sobre el parlamento, exigir la eliminación inmediata de toda desigualdad política, puesto que sólo un pueblo libre puede gobernar adecuadamente su país, y, por último, oponer a la guerra imperialista, apoyada en las fuerzas más reaccionarias de Europa, el programa de Marx, Engels y Lassalle.

Tal era la bandera que debería haber ondeado sobre Alemania. Ésa hubiera sido una política verdaderamente nacional, verdaderamente libre,

acorde con las mejores tradiciones alemanas y de la política clasista internacional del proletariado.

La gran hora histórica de la guerra mundial exigía obviamente un accionar político unánime, una actitud tolerante y amplia que sólo la socialdemocracia puede asumir. En lugar de esto los representantes parlamentarios de la clase obrera capitularon miserablemente. La socialdemocracia no adoptó una política errónea. Simplemente no tuvo política. Se ha autoliquidado totalmente como partido con concepción del mundo propia, ha entregado el país, sin la menor protesta, a la suerte de la guerra imperialista afuera, a la dictadura de la espada adentro. Más aún, ha asumido la responsabilidad por la guerra imperialista. La declaración del «bloque parlamentario» dice: «Sólo hemos votado por la defensa de nuestro país. No aceptamos la menor responsabilidad por la guerra». Pero, en realidad, la verdad es lo opuesto. Los medios para «la defensa nacional», es decir, para la masacre masiva por parte de las fuerzas armadas de la monarquía militar no fueron votados por la socialdemocracia. Porque el presupuesto de guerra no dependía en lo más mínimo de la socialdemocracia. Como minoría que era, se enfrentaba con una mayoría compacta de las tres cuartas partes del Reichstag capitalista. Al votar a favor del presupuesto de guerra la socialdemocracia logró tan sólo una cosa. Puso a la guerra el sello socialdemócrata de defensa de la patria, y apoyó y respaldó las ficciones propagadas por el gobierno sobre la verdadera situación y los problemas de la guerra.

Así, la profunda alternativa entre los intereses nacionales y la solidaridad internacional del proletariado, la trágica opción que puso a nuestros parlamentarios «con amargura en el corazón» del lado del belicismo imperialista, fue un mero invento de su imaginación, una ficción nacionalista burguesa. En realidad, entre los intereses de la nación y los intereses de clase del proletariado, en la guerra y en la paz, existe la más completa armonía. Ambos exigen llevar adelante la lucha de clases con toda energía, aplicar el programa socialdemócrata con toda decisión.

Pero ¿qué debía hacer nuestro partido para dar peso y énfasis a nuestra oposición antibélica y a nuestras consignas acerca de la guerra? ¿Llamar a una huelga general? ¿Llamar a los soldados a negarse a cumplir con el

servicio militar? Así se plantea generalmente el interrogante. Contestar con un simple sí o no sería tan ridículo como decidir: «Cuando estalle la guerra iniciaremos una revolución». Las revoluciones no se «hacen» ni las grandes movilizaciones populares se producen según recetas técnicas que los dirigentes partidarios guardan en sus bolsillos. Pequeños grupos de conspiradores pueden organizar un tumulto para cierto día y a cierta hora, pueden darle al pequeño núcleo de sus partidarios la señal de empezar. Las movilizaciones de masas en medio de grandes crisis históricas no se pueden iniciar con medidas tan primitivas.

La huelga de masas mejor organizada puede fracasar miserablemente en el momento en que los dirigentes dan la señal, puede ceder completamente ante el primer ataque. El éxito de los grandes movimientos populares, sí, hasta el propio momento y las circunstancias de su iniciación, están sujetos a una serie de factores económicos, políticos y psicológicos. El grado de tensión entre las clases, el nivel de inteligencia de las masas y el grado o madurez de su espíritu de resistencia: todos estos factores, incalculables, constituyen premisas que ningún partido puede crear artificialmente. Tal es la diferencia entre las grandes convulsiones históricas y las pequeñas manifestaciones de protesta que un partido bien disciplinado puede llevar a cabo en tiempos de paz: actos tranquilos, bien organizados, que responden obedientemente a la batuta esgrimida por los dirigentes del partido. El gran momento histórico crea los métodos que llevarán a la movilización revolucionaria al triunfo, crea e improvisa armas nuevas, enriquece el arsenal del pueblo con armas desconocidas, que los partidos y sus dirigentes ni siquiera habían oído mencionar.

Lo que debería haber podido brindar la socialdemocracia, en tanto que vanguardia del proletariado consciente, no eran preceptos ridículos y recetas técnicas, sino una consigna política, claridad respecto de los problemas políticos e intereses del proletariado en época de guerra.

Porque lo que se ha dicho respecto de la huelga de masas en la Revolución Rusa también puede decirse de cualquier movilización de masas: «Si bien el propio período revolucionario exige la creación, el cálculo y el pago de los costos de la huelga de masas, los dirigentes socialdemócratas tienen una misión enteramente distinta que cumplir. En

lugar de preocuparse del mecanismo técnico de la huelga de masas, es el deber de la socialdemocracia asumir su dirección política, inclusive en medio de una crisis histórica. Formular la consigna, determinar la dinámica de la lucha, plantear las tácticas del conflicto político de modo que en cada fase de la movilización la suma total de fuerzas activas del proletariado, disponibles y ya movilizadas encuentren su expresión en la posición del partido, que la decisión y vigor de la táctica socialdemócrata jamás sea más débil que la fuerza que las respalda, antes bien se adelante a ella, tal es el problema importante que se le plantea a la dirección del partido en una gran crisis histórica. Entonces, esta dirección se convertirá, en cierto sentido, en dirección técnica. Una línea de acción decidida, coherente y progresiva de parte de la socialdemocracia generará en las masas seguridad, confianza y una voluntad combativa inquebrantable. Un curso débil, vacilante, basado en la subestimación del poder del proletariado, frena y confunde alas masas. En el primer caso, la acción de masas estallará “por su cuenta” y “en el momento apropiado”; en el segundo, el llamado a la acción por parte de los dirigentes suele ser ineficaz» (*Huelga de masas, partido político y sindicato*).

Mucho más importante que el aspecto técnico, externo, de la movilización, es su contenido político. Así, por ejemplo, la escena parlamentaria, el único escenario internacionalmente conspicuo y de largo alcance, podría haber sido una poderosa fuerza motriz para el despertar del pueblo, si los diputados socialdemócratas la hubiesen utilizado para proclamar fuerte e inequívocamente los intereses, problemas y demandas de la clase obrera.

«¿La posición antibélica de la socialdemocracia habría contado con la aprobación de las masas?». Imposible responder a ese interrogante. Pero carece de importancia. ¿Acaso nuestros diputados les exigieron a los generales prusianos una garantía absoluta de su victoria antes de votar por el presupuesto de guerra? Lo que es válido para los ejércitos militares es igualmente válido para los ejércitos revolucionarios. Van a la guerra cuando las circunstancias lo exigen, sin garantías previas de triunfar. En el peor de los casos el partido se habría visto condenado, en los primeros meses de guerra, a la ineficacia política.

Quizás su posición viril habría desatado contra nuestro partido las duras persecuciones que se ganaron Liebknecht y Bebel en 1870. «Pero, qué importa eso —dijo Ignaz Auer con toda sencillez en su discurso acerca del Sedanfeier en 1895—. El partido que ha de conquistar el mundo debe mantener en alto sus principios sin contar los peligros que esto pueda acarrearle. ¡El partido que actúe de otra manera está perdido!

»Nunca es fácil nadar contra la corriente —dijo el viejo Liebknecht—. Y cuando la corriente viene con la rapidez y fuerza de un Niágara es más difícil aún. Nuestros camaradas viejos recuerdan aún el odio de ese año de vergüenza nacional, bajo las leyes antisocialistas de 1878. En esa época millones consideraban a los socialdemócratas asesinos y viles criminales por su actuación en 1870; el socialista había sido un traidor y un enemigo a los ojos de las masas. La furia elemental del "alma popular" puede ser agobiadora, avasallante, asombrosa. Uno se siente impotente, como si se tratara de un poder superior. Es una verdadera *forcé majeure*. No hay un enemigo corpóreo. Es como una epidemia en el seno del pueblo, en el aire, en todas partes.

»No obstante, no se puede comparar el estallido de 1878 con el de 1870. Este huracán de pasiones humanas que dobla, rompe, destruye todo lo que encuentra en su camino, y junto con él la terrible maquinaria del militarismo en plena y horrible actividad; y nosotros nos hallamos entre los engranajes de hierro, cuyo roce significa la muerte inmediata, entre los brazos de hierro que amenazan a cada rato con atraparnos. Al lado de esta fuerza elemental de espíritus liberados estaba el mecanismo más completo para el arte del asesinato que se había visto en la historia de la humanidad; todo en la más frenética actividad, cada caldera a punto de estallar. En ese momento, ¿cuál es la voluntad y fuerza del individuo? Sobre todo cuando uno sabe que representa a una pequeña minoría, sin respaldo popular.

»En esa época nuestro partido se hallaba en estado de desarrollo. Estábamos ante una prueba durísima, cuando aún no poseíamos la organización necesaria para enfrentarla. Cuando llegó el movimiento antisocialista, en el año de la vergüenza de nuestros enemigos, en el año de honor de la socialdemocracia, ya teníamos una organización fuerte y arraigada. Todos y cada uno de nosotros sentíamos un poderoso apoyo que

nos fortalecía en el movimiento organizado que nos respaldaba, y ninguna persona cuerda podía concebir la destrucción del partido.

»De modo que en esa época nadar contra la corriente era una hazaña nada despreciable. Pero lo que ha de hacerse, se hará. De modo que apretamos los dientes ante lo inevitable. No era momento para caer presa del temor […] Por cierto que Bebel y yo […] jamás hicimos caso de las advertencias. No retrocedimos. ¡Debíamos mantenernos firmes, costara lo que costase!».

Se mantuvieron firmes, y durante cuarenta años la socialdemocracia se alimentó de la fuerza moral con la que había enfrentado un mundo de enemigos.

Lo mismo habría ocurrido ahora. Al principio no hubiéramos logrado nada excepto salvaguardar el honor del proletariado, y miles y miles de proletarios que están muriendo en las trincheras en la más espantosa oscuridad mental no hubieran muerto en medio de la confusión espiritual, sino con la certeza de que aquello que lo había sido todo en sus vidas, la internacional, la socialdemocracia emancipadora, era algo más que un sueño.

La voz de nuestro partido hubiera caído como un baldazo de agua sobre la embriaguez chovinista de las masas. Hubiera protegido al proletariado inteligente del delirio, le hubiera dificultado al imperialismo la tarea de envenenar y obnubilar la mente del pueblo. La cruzada contra la socialdemocracia hubiera despertado al pueblo en un lapso increíblemente breve.

Y a medida que prosiguiera la guerra, a medida que creciera el horror del derramamiento de sangre y la masacre sin fin, que la pezuña imperialista se hiciera más evidente, que la explotación por parte de los especuladores ávidos de sangre se tomara más desvergonzada, cada elemento vivo, honesto, progresista y humano de las masas se habría agrupado junto al estandarte de la socialdemocracia. La socialdemocracia alemana, en medio del torbellino enloquecido del colapso y la decadencia, hubiera parecido una roca en medio de un mar proceloso, el faro de toda la Internacional, guiando y dirigiendo a los movimientos obreros de todos los países del mundo. El inigualado prestigio moral de los socialistas alemanes

hubiera actuado sobre los socialistas de todas las naciones en poco tiempo. Los sentimientos de paz hubieran corrido como un reguero de pólvora, y la consigna popular de paz en todos los países hubiera acelerado el fin de la masacre, hubiera disminuido la cantidad de víctimas.

El proletariado alemán seguiría siendo el faro del socialismo y la emancipación humana.

Tarea muy digna, por cierto, de los discípulos de Marx, Engels y Lassalle.

VIII

A pesar de la dictadura militar y la censura de prensa, a pesar de la caída de la socialdemocracia, a pesar de la guerra fratricida, la lucha de clases surge de la paz civil con fuerza tremenda: de la sangre y el humo de los campos de batalla se levanta la solidaridad del movimiento obrero internacional. No en un esfuerzo débil por tratar de levantar artificialmente a la Internacional, no en juramentos aislados de mantenerse unidos cuando termine la guerra. No, aquí, en la guerra, de la guerra, se levanta con nuevo poder e intensidad el reconocimiento de que los proletarios de todos los países tienen los mismos intereses. La guerra mundial destruye todas las mentiras que ella misma creó.

¿Victoria o derrota? Ésa es la consigna del militarismo todopoderoso en las naciones beligerantes, y los dirigentes socialdemócratas se han hecho eco de la misma. Victoria o derrota se ha convertido en la gran aspiración de los obreros de Alemania, Francia, Inglaterra y otros países, al igual que para las clases dominantes de esas naciones. Cuando truenan los cañones, todos los intereses proletarios ceden ante los deseos de victoria —para su país, es decir, de derrota del enemigo. Y, sin embargo, ¿qué puede traerle la victoria al proletariado?

Según la versión oficial de los dirigentes de la socialdemocracia, aceptada rápidamente y sin críticas, la victoria alemana significaría para Alemania una expansión industrial ilimitada; la derrota, la ruina industrial.

Esta concepción coincide, en términos generales, con la que se sostenía durante la guerra de 1870. Pero la etapa de expansión capitalista que siguió a la guerra de 1870 no fue producto de la guerra, sino más bien de la unificación política de los distintos estados alemanes, aunque esta unificación tomó la forma de la figura lisiada que Bismarck llamó Imperio Germano. El ímpetu industrial provino de la unificación, a pesar de la guerra y los distintos escollos reaccionarios que la siguieron. Lo que consiguió la guerra fue implantar la monarquía militar y el gobierno junker prusiano en Alemania; la derrota de Francia en cambio provocó la caída de su imperio y la instauración de una república.

Pero hoy la situación es diferente para todas las naciones afectadas. Hoy la guerra no actúa como fuerza dinámica capaz de proveerle al capitalismo joven y en ascenso las condiciones políticas indispensables para su desarrollo «nacional». La guerra moderna cumple este papel únicamente en Servia, como fragmento aislado. Reducida a su significación histórica objetiva, la guerra no es sino la competencia armada de un capitalismo plenamente desarrollado que lucha por la hegemonía mundial, por la explotación de los remanentes de las áreas no capitalistas del mundo. Esto otorga a la guerra y a sus consecuencias políticas un carácter enteramente nuevo. El alto grado de desarrollo industrial mundial de la producción capitalista se refleja en el extraordinario avance tecnológico destructivo de los instrumentos de guerra, así como en el grado de perfección prácticamente uniforme que ha alcanzado en todos los países beligerantes. La organización internacional de la industria bélica se refleja en la inestabilidad militar que vuelve la balanza, a través de estadios y variaciones parciales, a su verdadero punto de equilibrio y posterga la decisión final para un futuro cada vez más remoto. Por otra parte, la indecisión de los resultados militares provoca una afluencia constante de reservas nuevas al frente, provenientes tanto de las naciones beligerantes como de países hasta hoy considerados neutrales. En todas partes la guerra encuentra material suficiente para los deseos y conflictos imperialistas, o crea ella misma combustible para alimentar la hoguera que se extiende como un incendio forestal. Pero cuanto mayores sean las masas y el número de naciones arrastradas a la guerra mundial, mayor será su duración.

Todos estos factores demuestran, antes de que se llegue a la victoria o derrota, cuál será el resultado de la guerra: la ruina económica de todas las naciones participantes y, en medida creciente, de las naciones formalmente neutrales, fenómenos no observados en las guerras anteriores de la era moderna. Cada mes de guerra que transcurre confirma y fortalece este efecto y quita así, por adelantado, los frutos que se espera dará la victoria militar. Esto no lo podrá alterar, en última instancia, ni la victoria ni la derrota; por el contrario, probablemente la solución no será de tipo militar y aumenta la probabilidad de que la guerra termine en virtud del cansancio general total. Pero aun una Alemania victoriosa, en esas circunstancias, aunque los agitadores belicistas imperialistas lograran llevar el asesinato en masa hasta la destrucción total de sus adversarios, aunque se cumplieran sus sueños más osados, lograría a lo sumo una victoria a lo Pirro. Sus trofeos serían una serie de territorios anexados, empobrecidos y despoblados, y la ruina bajo su propio techo.

El observador más superficial no puede dejar de observar que la nación más victoriosa no puede contar con reparaciones de guerra que compensen las heridas. Tal vez vean en la mayor ruina económica de Inglaterra y Francia, los países más cercanos a Alemania en virtud de sus vínculos comerciales, de cuya recuperación depende su propia prosperidad, un sustituto y un agregado a su victoria. Tales son las circunstancias bajo las que el pueblo alemán se vería obligado, aun después de una guerra victoriosa, a pagar al contado los empréstitos de guerra «votados» por el parlamento patriota; es decir, tomar sobre sus hombros la carga inconmesurable de los impuestos y una dictadura militar fortalecida como único fruto tangible y permanente de la victoria.

Si tratáramos ahora de imaginar las peores consecuencias de la derrota, encontraríamos que, con la única excepción de las anexiones imperialistas, serían en todo idénticas a las consecuencias inevitables de la victoria que pintamos más arriba: las consecuencias de la guerra actual poseen una envergadura tal y están tan profundamente arraigadas, que el resultado militar poco puede alterar las consecuencias definitivas.

Pero supongamos por un momento que la nación victoriosa se encontrara en una situación tal que fuera capaz de evitar la gran catástrofe

para su propio pueblo, que pudiera arrojar todo el peso de la guerra sobre los hombros del enemigo vencido, pudiera estrangular el desarrollo industrial de éste mediante toda clase de impedimentos. ¿Puede el movimiento obrero alemán abrigar esperanzas de desarrollarse mientras la actividad de los trabajadores franceses, ingleses, belgas e italianos se ve impedida por el retraso industrial? Antes de 1870 los movimientos obreros de los distintos países crecieron en forma independiente. La acción del movimiento obrero de una sola ciudad bastaba para controlar los destinos del movimiento obrero en su conjunto. Las batallas de la clase obrera se libraron y resolvieron en las calles de París.

El movimiento obrero moderno, su ardua lucha cotidiana en las industrias del mundo, su organización de masas, se basan en la colaboración de los trabajadores de todos los países donde impera la producción capitalista. Si es cierto el axioma de que la causa del trabajo sólo puede prosperar donde exista una vida industrial activa y vigorosa, esto es válido no sólo para Alemania, sino también para Francia, Inglaterra, Bélgica, Rusia e Italia. Y si el movimiento obrero de todos los estados capitalistas europeos se estanca, si la situación industrial provoca bajos salarios, sindicatos debilitados y un poder de resistencia minado, el sindicalismo alemán no tiene posibilidades de florecer. Desde este punto de vista la pérdida experimentada por la clase obrera en su lucha será idéntica, sea que el capital alemán se fortalezca a expensas del francés, o el inglés a expensas del alemán.

Veamos las consecuencias políticas de la guerra. Aquí la diferenciación debe ser menos difícil que en el aspecto económico, porque las simpatías del proletariado siempre tienden a asumir la causa del progreso contra la reacción. En esta guerra, ¿cuál de los bandos representa el progreso, cuál la reacción? Es claro que no se puede responder de acuerdo a los rótulos que designan superficialmente el carácter político de las naciones beligerantes como «democracia» y absolutismo. Debe juzgárselas exclusivamente en base a la dinámica de sus respectivas políticas mundiales.

Antes de poder determinar qué le puede aportar la victoria de Alemania al proletariado alemán, debemos estudiar los efectos que ejercerá sobre la situación política general de Europa. La victoria definitiva de Alemania

significaría, en primer término, la anexión de Bélgica, además de algunos territorios en el este y en el oeste y parte de las colonias francesas; el mantenimiento de la monarquía Habsburgo y el agregado de algunos territorios nuevos a su corona, por último, la instauración de una «integridad» ficticia para Turquía bajo protectorado alemán, o sea la conversión de Asia Menor y la Mesopotamia, de algún modo, en provincias alemanas. Eso resultaría, por último, en la hegemonía militar y económica de Alemania en Europa. Éstas son las consecuencias que se pueden esperar de una victoria militar absoluta de Alemania, no porque concuerde con los deseos de los agitadores imperialistas sino porque surgen inevitablemente de la posición política mundial asumida por Alemania, del conflicto de sus intereses con Francia, Inglaterra y Rusia que, en el curso de la guerra, ha crecido mucho más allá de sus dimensiones originarias. Basta recordar estos hechos para comprender que en ningún caso podrían lograr un equilibrio político mundial permanente. Aunque esta guerra puede significar la ruina de todos los participantes, sobre todo para los derrotados, los preparativos de una nueva guerra mundial, bajo la dirección de Inglaterra, comenzarían al día siguiente de la declaración de paz, para sacudir el yugo del militarismo prusiano-germano que pesaría sobre Europa y Asia. La victoria alemana sería el preludio de una próxima segunda guerra mundial y, por la misma razón, la señal para iniciar una nueva carrera armamentista febril, para desatar la más negra reacción en todos los países, sobre todo en Alemania.

Por otra parte, el triunfo de Francia e Inglaterra probablemente significaría para Alemania la pérdida de sus colonias además de Alsacia y Lorena y con toda seguridad la bancarrota de la posición política mundial del militarismo alemán. Pero esto significaría la desintegración de Austria-Hungría y la liquidación de Turquía. Por reaccionarios que sean estos estados, por más que su liquidación corresponda a las necesidades del avance progresista, en el contexto político actual la desintegración de la monarquía Habsburgo y la liquidación de Turquía significaría la entrega de sus pueblos al mejor postor: Rusia, Inglaterra, Francia o Italia. Esta gran redistribución del mundo y el cambio en la relación de fuerzas en los Balcanes y el Mediterráneo precedería al mismo fenómeno en Asia: la

liquidación de Persia y la redivisión de China. Esto traería el conflicto anglorruso al igual que el anglojaponés al centro de la escena política mundial y significaría, en relación directa con la liquidación de esta guerra, una nueva guerra, quizás por la posesión de Constantinopla; la provocaría inevitablemente en un futuro cercano. De modo que la victoria de ese bando también conduciría a una nueva y febril carrera armamentista de todas las naciones —encabezadas, desde luego, por la Alemania derrotada— e iniciaría una era de dominio general del militarismo y la reacción en toda Europa, cuya meta final sería una nueva guerra.

De modo que el proletariado, de querer volcar su influencia sobre uno u otro platillo de la balanza en bien del progreso y la democracia, se colocaría entre Escila y Caribdis, considerando la política mundial en su aplicación más amplia. Dadas las circunstancias, el problema de la victoria o la derrota se vuelve, para la clase obrera europea, una opción entre dos derrotas, tanto en sus aspectos políticos como económicos. Por eso, los socialistas franceses caen en una locura peligrosa si creen que pueden herir de muerte al imperialismo y al militarismo, y allanar el camino para la democracia pacífica derrotando a Alemania. El imperialismo y su sirviente, el militarismo, reaparecerán después de toda victoria y de toda derrota en esta guerra. Sólo cabe una excepción: que el proletariado internacional intervenga para derribar todos los cálculos previos.

La lección importante que debe derivar el proletariado de esta guerra es el hecho inmutable de que no puede ni debe hacerse eco de la consigna «victoria o derrota», ni en Alemania ni en Francia, tampoco en Inglaterra o en Austria. Porque es una consigna real únicamente para el imperialismo, y se identifica, ante los ojos de todas las grandes potencias, con la ganancia o pérdida de poder político mundial, de anexiones, de colonias, de supremacía militar.

Para el proletariado europeo en tanto clase, la victoria o derrota de cualquiera de los dos bandos sería igualmente desastrosa. Porque la guerra en sí, cualquiera que sea su resultado militar, es la peor derrota que puede sufrir el proletariado europeo. Si la acción revolucionaria internacional del proletariado logra liquidar la guerra y obligar a una paz rápida, ésta será la

única victoria posible. Y sólo esta victoria puede rescatar a Bélgica e imponer la democracia en Europa.

Que el proletariado consciente identifique su causa con la de cualquiera de los dos bandos es una posición insostenible. ¿Significa eso que los intereses proletarios exigen una vuelta al «*statu quo*», que no tenemos otro plan más que la esperanza de que todo vuelva a ser lo que era antes de la guerra? Las condiciones imperantes jamás fueron nuestro ideal, jamás han sido la expresión de la autodeterminación de nuestro pueblo. Además, es imposible reinstaurar las condiciones prebélicas, aunque no cambien las fronteras nacionales. Porque antes de su término formal, esta guerra ha provocado cambios enormes, en el reconocimiento mutuo de las fuerzas respectivas, en alianzas y en conflicto. Han modificado enormemente las relaciones entre países, entre las clases que componen la sociedad, ha destruido viejas ilusiones y esperanzas, ha creado nuevas fuerzas y problemas nuevos en medida tal, que será imposible volver a la Europa anterior al 4 de agosto de 1914, así como es imposible volver a la situación que imperaba antes de una revolución aunque ésta no haya triunfado. El proletariado no puede retroceder, sólo avanzar en pos de una meta que trasciende hasta las condiciones creadas más recientemente. Sólo en este sentido es posible que el proletariado oponga su propia política a la de ambos bandos de la guerra imperialista mundial.

Pero a esta política no le pueden preocupar las recetas para la diplomacia capitalista elaboradas por los partidos socialdemócratas individualmente, o juntos en conferencias internacionales, para determinar cómo hará el capitalismo para concertar la paz en forma tal que asegure un proceso futuro pacífico y democrático. Toda demanda de desarme total o gradual, de abolición de la diplomacia secreta, de partición de las grandes potencias en entidades nacionales más pequeñas, o cualquier otra proposición similar, es totalmente utópica mientras la clase capitalista permanezca en el poder. Para el capitalismo, en su fase imperialista actual, deshacerse del militarismo, de la diplomacia secreta y de la centralización de muchos estados nacionales es tan imposible, que sería mucho más coherente unificar estos postulados en una sola consigna «abolición de la sociedad capitalista de clases». El movimiento proletario no puede

reconquistar el lugar que se merece mediante consejos utópicos y proyectos para debilitar, domeñar o liquidar al imperialismo en el marco del capitalismo mediante reformas parciales.

El verdadero problema que la guerra mundial les ha planteado a los partidos socialistas, de cuya solución depende el futuro del movimiento obrero, *es la disposición de las masas proletarias para luchar contra el imperialismo*. El proletariado internacional no adolece de falta de postulados, programas y consignas, sino de falta de hechos, de resistencia efectiva, del poder de atacar al imperialismo en el momento decisivo, es decir, de guerra. No ha podido poner en práctica su vieja consigna de guerra contra la guerra. He aquí el nudo gordiano del movimiento proletario y de su futuro.

El imperialismo, con su política de fuerza bruta, con la cadena incesante de catástrofes sociales que provoca es, por cierto, una necesidad histórica de las clases dominantes del mundo contemporáneo. Sin embargo, nada podría ir en mayor detrimento del proletariado, que el que éste arribara a la menor ilusión, a partir de la guerra actual, de que es posible un desarrollo idílico y pacífico del capitalismo. Hay una sola conclusión que el proletariado puede extraer de la necesidad histórica del imperialismo. Capitular ante el imperialismo significará vivir para siempre a su sombra, alimentándose de las migajas que caigan de las mesas de sus victorias.

La historia avanza por medio de contradicciones, y por cada necesidad que trae al mundo, trae también su opuesto. La sociedad capitalista es, sin duda, una necesidad histórica, pero también lo es la rebelión de la clase obrera en su contra. El capital es una necesidad histórica, pero en la misma medida lo es su sepulturero, el proletariado socialista. El dominio mundial del imperialismo es una necesidad histórica, que la internacional proletaria lo derribe también lo es. Las dos necesidades históricas coexisten en constante conflicto. Nuestra necesidad es el socialismo. Nuestra necesidad recibe su justificación en el momento en que la clase capitalista deja de ser la portadora del progreso histórico, cuando se convierte en un freno, en un peligro para el desarrollo futuro de la sociedad. La guerra mundial demuestra que el capitalismo ha alcanzado esa etapa.

La avidez capitalista por la expansión imperialista, como expresión de su máxima madurez en el último periodo de su vida, tiene una tendencia económica a transformar todo el mundo en naciones donde impera el modo de producción capitalista, a barrer todos los métodos productivos y sociales perimidos precapitalistas, sojuzgar todas las riquezas de la tierra y todos los medios de producción al capital, convergir a las masas trabajadoras de todos los pueblos de la tierra en esclavos asalariados. En África y en Asia, desde las regiones más septentrionales hasta el extremo austral de Sudamérica y en los Mares del Sur, el capitalismo destruye y liquida los remanentes de los viejos grupos sociales comunitarios, de la sociedad feudal, de los sistemas patriarcales y de la antigua producción artesanal. Pueblos enteros son exterminados, antiguas civilizaciones destruidas, y en su lugar se instalan las formas más modernas del lucro.

Esta bárbara marcha triunfal del capitalismo en todo el mundo, acompañada por la fuerza, el pillaje, la infamia en todos sus aspectos, tiene un rasgo bueno: ha creado las premisas para su propia liquidación final, ha implantado el dominio capitalista en el mundo, cuyo único sucesor puede ser la revolución socialista mundial.

Tal es el único rasgo cultural y progresivo de las llamadas obras magnas de la cultura llevadas a otros países primitivos. Para los economistas y políticos capitalistas, progreso y cultura es ferrocarriles, cerillas, cloacas y almacenes. En sí estas obras, injertadas en las condiciones primitivas, no significan cultura ni progreso, porque se las paga demasiado caras con el repentino desastre económico y cultural de los pueblos que deben beber el amargo cáliz de miseria y horror de dos órdenes sociales, del terratenientismo agrícola tradicional y de la explotación capitalista supermoderna y supersofisticada al mismo tiempo. Las consecuencias de la marcha triunfal capitalista a través del mundo no pueden llevar el blasón del progreso en un sentido histórico, más que en su carácter de creadora de las condiciones materiales para la destrucción del capitalismo y la abolición de la sociedad de clases. También en este sentido, el imperialismo actúa a favor nuestro.

La guerra mundial actual es una divisoria de aguas en la historia del imperialismo. Por primera vez las bestias feroces que Europa lanzó sobre el

resto del mundo han saltado, de un brinco terrible, al seno de las naciones europeas. El mundo lanzó un grito horrorizado cuando Bélgica, esa joyita invalorable de la cultura europea, cuando los venerables monumentos artísticos del norte de Francia, cayeron hechos pedazos por el ataque avasallante de una fuerza ciega y destructora. El mundo «civilizado» que contempló con calma la masacre de decenas de miles de héroes a manos de este imperialismo, cuando el desierto de Kalahari se conmovió con el grito de los sedientos y los estertores de los moribundos, cuando diez años más tarde, en Putumayo, cuarenta mil seres humanos fueron torturados a muerte por una pandilla de piratas europeos, y lo que quedaba de todo un pueblo fue golpeado hasta la locura, cuando la antigua civilización china fue entregada a la destrucción y anarquía, a sangre y fuego, de la soldadesca europea, cuando Persia se ahogaba en el nudo corredizo del imperialismo que se estrechaba inexorablemente en torno a su garganta, cuando en Trípoli los árabes fueron masacrados bajo la espada del yugo capitalista que también arrasaba sus hogares: este mundo civilizado se acaba de enterar de que las fauces de la bestia imperialista son mortíferas, que su aliento es el tenor, que sus garras se han hundido en los pechos de su propia madre, la cultura europea. Y este reconocimiento tardío llega a Europa bajo la forma distorsionada de la hipocresía burguesa, que lleva a cada nación a reconocer la infamia únicamente cuando viste el uniforme de la otra. Se habla de la barbarie germana, ¡como si todo pueblo que se organiza para el asesinato no se transformara en una horda bárbara! Se hablan de los horrores perpetrados por los cosacos, como si la guerra misma no fuera el mayor de todos los horrores, como si la alabanza de la masacre humana en un periódico socialista no fuera la esencia misma del cosaquismo mental.

Pero los horrores de la bestialidad imperialista en Europa han tenido otra consecuencia, a la que el «mundo civilizado» no ha vuelto sus ojos cargados de honor, ni sus corazones desbordantes de pena. Es la destrucción en masa del proletariado europeo. Jamás se ha visto una guerra que liquidara naciones enteras; jamás, en el siglo pasado, la guerra se extendió por todas las grandes naciones de la Europa civilizada. Millones de vidas humanas fueron tronchadas en los Vosgos y en las Ardenas, en Bélgica, en Polonia, en los Cárpatos y en el Save; millones han quedado

irreparablemente lisiados. Pero las nueve décimas partes de esos millones provienen de las filas de la clase obrera de las ciudades y el campo. Es nuestra fuerza, nuestra esperanza la que ha caído, día tras día, ante la guadaña de la muerte. Eran las mejores, las más inteligentes, las más educadas fuerzas del socialismo internacional, los portadores de las tradiciones más sagradas, del más alto heroísmo, el movimiento obrero moderno, la vanguardia del proletariado mundial, los obreros de Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia los que están siendo amordazados y masacrados en masa.

Sólo de Europa, únicamente de las naciones capitalistas más viejas, puede venir, en su debido momento, la señal para iniciar la revolución social que liberará a las naciones. Solamente los obreros ingleses, franceses, belgas, alemanes, rusos e italianos juntos pueden dirigir el ejército de los explotados y oprimidos. Y cuando llegue el momento, solamente ellos pueden exigirle al capitalismo que rinda cuentas de siglos de crímenes perpetrados contra los pueblos primitivos; sólo ellos pueden vengar la destrucción de un mundo entero. Pero para el avance y triunfo del socialismo necesitamos un proletariado fuerte, educado y dispuesto, masas cuyas fuerzas residen en los conocimientos, tanto como en el número. Y estas mismas masas están siendo diezmadas en todo el mundo. La flor de nuestra fuerza juvenil, cientos de miles cuya formación socialista en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania y Rusia es el producto de décadas de educación y propaganda, otros cientos de miles dispuestos a recibir las lecciones del socialismo, han caído y se pudren en los campos de batalla. El fruto de los sacrificios y el trabajo de varias generaciones queda destruido en pocas semanas, la flor del ejército proletario internacional es arrancada de raíz.

El derramamiento de sangre de junio aplastó al movimiento obrero francés por una década y media. El derramamiento de sangre de la Comuna volvió a retrasarlo en más de una década. Lo que vemos ahora es una masacre como el mundo jamás ha conocido, que reduce a la población trabajadora de todas las naciones principales a los viejos, las mujeres y los lisiados; un derramamiento de sangre que amenaza desangrar al movimiento obrero europeo.

Una guerra más, y la esperanza del socialismo quedará enterrada bajo la barbarie imperialista. Es algo más que la destrucción de Lieja y de la Catedral de Rheims. Es un golpe que no atenta contra la civilización capitalista del pasado, sino contra la civilización socialista del futuro, un golpe mortal contra la fuerza que lleva al futuro de la humanidad en su vientre, la única que puede trasmitir los preciados tesoros del pasado a una sociedad mejor. Aquí el capitalismo muestra su calavera, demuestra que ha sacrificado su derecho histórico de existir, que su dominio ya no es compatible con el progreso humano.

Pero demuestra también que la guerra no es sólo el asesinato en gran escala, sino también el suicidio de la clase obrera europea. Los soldados del socialismo, los obreros de Inglaterra, Francia, Alemania, Italia, Bélgica, se matan mutuamente bajo las órdenes del capitalismo, clavan hierros asesinos en sus pechos, tambalean sobre sus tumbas, se estrechan en abrazos mortales.

«Deutschland, Deutschland uber alles» [Alemania, Alemania por encima de todo], «viva la democracia», «viva el zar y la esclavitud», «diez mil lonas para tiendas, según las instrucciones», «cien mil libras de tocino», «imitación café, envío inmediato»… las divisas suben, los proletarios caen, y con cada uno cae un luchador del futuro, un soldado de la revolución, un emancipador de la humanidad del yugo del capitalismo, a su tumba.

La demencia no tendrá fin, la sangrienta pesadilla del infierno no cesará hasta que los obreros de Alemania, de Francia, de Rusia y de Inglaterra despierten de su borrachera; se estrechen fraternalmente las manos y ahoguen al coro brutal de los agitadores belicistas y el grito ronco de las hienas capitalistas en el poderoso grito del trabajo, «¡Proletarios de todos los países, uníos!».

Tesis sobre las tareas de la socialdemocracia internacional

Un gran número de camaradas de distintas partes de Alemania han aprobado las siguientes tesis, que constituyen una aplicación del programa de Erfurt[147] a los problemas contemporáneos del socialismo internacional.

1 —La guerra mundial ha aniquilado la obra de cuarenta años del socialismo europeo: destruyendo al proletariado revolucionario como fuerza política; destruyendo el prestigio moral del socialismo; dispersando la Internacional obrera; enemistando a las distintas secciones en la lucha fratricida; ligando las aspiraciones y esperanzas de las masas populares de los principales países capitalistas a los destinos del imperialismo.

2 —Al votar a favor del presupuesto de guerra y proclamar la unidad nacional, las direcciones oficiales de los partidos socialistas de Alemania, Francia e Inglaterra (con excepción del Independent Labour Party) han fortalecido al imperialismo, inducido a las masas populares a resignarse a la miseria y horrores de la guerra, contribuido a desatar el frenesí imperialista sin límites, a la prolongación de la masacre y el aumento del número de víctimas, y asumido su parte de la responsabilidad por la guerra y sus consecuencias.

3 —Esta táctica de las direcciones oficiales de los partidos en los países beligerantes, en primer término en Alemania, hasta hace poco cabeza de la Internacional, constituye una traición a los principios elementales del socialismo internacional, a los intereses vitales de la clase obrera, y a los intereses democráticos de todos los pueblos. Esto bastó para condenar a la política socialista a la impotencia inclusive en aquellos países donde los dirigentes han permanecido fieles a sus principios: Rusia, Servia, Italia —con algunas excepciones— Bulgaria.

4 —Esto solo basta para afirmar que la socialdemocracia oficial de los países más importantes ha repudiado la lucha de clases en tiempo de guerra y la ha suspendido hasta el fin de la misma; le ha garantizado a la clase dominante de todos los países una demora que les permite fortalecer monstruosamente, a expensas del proletariado, sus posiciones económicas, políticas y morales.

5 —La guerra mundial no sirve a los intereses políticos y económicos de las masas populares, cualesquiera que sean, ni a la defensa nacional. No es sino el producto de la rivalidad imperialista de las clases capitalistas de

distintas naciones en pugna por la hegemonía mundial y por el monopolio de la explotación y opresión de las zonas que aún no se encuentran bajo el talón del capital. En esta era de imperialismo desatado, ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo.

6 —La política de los estados imperialistas y la guerra imperialista no pueden otorgar la libertad e independencia a una sola nación oprimida. Las naciones pequeñas, cuyas clases dominantes son cómplices de sus socios mayores en los grandes estados, no son más que peones en el tablero imperialista de las grandes potencias, quienes las utilizan, junto con sus masas trabajadoras en tiempos de guerra, como instrumentos para ser sacrificados a los intereses capitalistas después de la guerra.

7 —Esta guerra mundial significa, sea en caso de «derrota», o de «victoria», una derrota para el socialismo y la democracia. Cualquiera que sea su resultado —exceptuando la intervención revolucionaria del proletariado— incrementa y fortalece el militarismo, los antagonismos nacionales y las rivalidades económicas en el mercado mundial. Acentúa la explotación capitalista y la reacción en el terreno de la política interna, hace más precaria y formal la influencia de la opinión pública, y reduce a los parlamentos al estado de instrumentos más o menos dóciles del imperialismo. Esta guerra mundial lleva el germen de futuros conflictos.

8 —No puede garantizarse la paz mundial con proyectos utópicos, en el fondo reaccionarios, tales como tribunales de arbitraje conducidos por diplomáticos capitalistas, congresos diplomáticos de «desarme», «libertad en los mares», abolición del derecho de arresto en el mar, «Estados Unidos de Europa», una «unión aduanera para Europa central», estados tapón y demás ilusiones. Jamás se podrá abolir ni paliar el militarismo, el imperialismo y la guerra mientras la clase capitalista ejerza su hegemonía de clase sin cuestionamientos. La única manera de resistir con éxito, la única manera de garantizar la paz mundial, está en la capacidad combativa y en la voluntad revolucionaria con que el proletariado internacional arroja su peso en la balanza.

9 —El imperialismo, en tanto que última fase y punto culminante en la expansión de la hegemonía mundial del capital, es el enemigo mortal del proletariado de todos los países. Pero bajo su mando, al igual que en las etapas anteriores del capitalismo, las fuerzas de su enemigo mortal han crecido a la par de las suyas. Acelera la concentración de capital, la pauperización de las clases medias, el refuerzo numérico del proletariado, suscita una resistencia cada vez mayor entre las masas; intensifica, por tanto, la agudización de los antagonismos de clase. Tanto en la paz como en la guerra, la lucha del proletariado como clase debe dirigirse, en primer término, contra el imperialismo. Para el proletariado internacional, la lucha contra el imperialismo es, a la vez, la lucha por el poder, la rendición final de cuentas entre el capitalismo y el socialismo. El proletariado internacional realizará el objetivo último del socialismo solamente si se opone constantemente al imperialismo, si hace de la consigna «guerra a k guerra» el norte y guía de su política en la acción; y bajo la condición de desplegar todas sus fuerzas y mostrarse dispuesto, con su coraje y heroísmo, a realizarla.

10 —En este marco, la tarea más importante del socialismo en la actualidad consiste en reagrupar al proletariado de todos los países en una fuerza revolucionaria viva; convertirlo mediante una poderosa organización internacional, con una única concepción de sus tareas e intereses y una única táctica universal apta para la acción política, tanto en la paz como en la guerra, en el factor decisivo de la vida política: así podrá cumplir su misión histórica.

11 —La guerra ha aplastado a la Segunda Internacional. Su ineficacia ha quedado demostrada con su incapacidad para impedir la segmentación de sus fuerzas tras las fronteras nacionales en época de guerra, y dirigir al proletariado de todos los países en una sola táctica y un solo accionar común.

12 —En vista de que los representantes oficiales de los partidos socialistas de los principales países han traicionado los objetivos e intereses de la clase obrera; en vista de que se han pasado del campo de la Internacional obrera al campo político del imperialismo, constituye una necesidad vital para el socialismo crear una nueva Internacional obrera, que

tome en sus manos la dirección y coordinación de la lucha revolucionaria de clases contra el imperialismo mundial.

Para cumplir su misión histórica, el socialismo debe guiarse por los siguientes principios: 1 —La lucha de clases contra las clases dominantes dentro de las fronteras de los estados burgueses, y la solidaridad internacional de los obreros de todos los países, son dos normas de vida, inherentes a la lucha de clase obrera, y de importancia histórica mundial para su emancipación. No hay socialismo sin solidaridad proletaria internacional, y no hay socialismo sin lucha de clases. El renunciamiento a la lucha de clases y a la solidaridad internacional por parte del proletariado socialista, tanto en la paz como en la guerra, equivale al suicidio.

2 —La actividad del proletariado de todos los países, tanto en la paz como en la guerra, debe ponerse a la altura de su tarea suprema: la lucha contra el imperialismo y la guerra. La actividad parlamentaria y sindical, como cualquier otra del movimiento obrero, debe subordinarse a este fin, de modo que el proletariado de cada país se oponga de la manera más tajante a su burguesía nacional, para que la oposición política y espiritual que los separa sea en todo momento el problema más importante, y se subraye y practique la solidaridad proletaria internacional.

3 —El centro de gravedad de la organización del proletariado como clase es la Internacional. La Internacional decide en tiempo de paz la táctica que deben adoptar las secciones nacionales en cuestiones de militarismo, política colonial, política comercial y la celebración del Primero de Mayo y, por último, la táctica común a aplicar en caso de guerra.

4 —Se debe dar prioridad a la obligación de llevar a cabo las decisiones de la Internacional. Las secciones nacionales que no se encuadren dentro de estos principios quedan fuera de la Internacional.

5 —La puesta en marcha de las filas del proletariado de todos los países es decisiva en las luchas contra el imperialismo y la guerra.

Así, la táctica principal de las secciones nacionales apunta a capacitar a las masas para la acción política y la iniciativa resuelta para asegurar la cohesión internacional de las masas en la acción; construir las organizaciones políticas y sindicales de manera tal que, por su intermedio, se garantice en todo momento la colaboración rápida y efectiva de todas las

secciones, y de modo que la voluntad de la Internacional se vea materializada en la acción por la mayoría de las masas obreras del mundo.

6 —La misión inmediata del socialismo es la liberación espiritual del proletariado de la tutela de la burguesía, que se expresa a través de la influencia de la ideología nacionalista. Las secciones nacionales deben denunciar en la prensa y el parlamento que el palabrerío hueco del nacionalismo es un instrumento de la dominación burguesa. La única defensa de la verdadera independencia nacional es la lucha de clases revolucionaria contra el imperialismo. La patria obrera, a cuya defensa se subordina todo lo demás, Internacional Socialista.

EL ESPÍRITU DE LA LITERATURA RUSA: LA VIDA DE KOROLENKO

[Cuando Rosa Luxemburgo se hallaba en prisión, su editor le pidió que escribiera algo sobre Tolstoi, y su respuesta fue: «Su idea […] no me atrae para nada. ¿Para quién? ¿Por qué? Cualquiera puede leer los libros de Tolstoi[148] y quien no reciba de ahí un fuerte aliento vital no lo recibirá de comentario alguno».

Pero finalmente aceptó, después de alguna discusión, traducir y prologar una obra de un escritor ruso menos conocido. Tradujo la obra autobiográfica *La historia de mi contemporáneo* de Vladimir Korolenko[149], y su prólogo merece figurar entre los clásicos de la crítica cultural marxista.

Allí da un amplio panorama de la sociedad, cultura y política rusas del siglo XIX, compara las literaturas rusa y europea, analiza lo esencial, no lo circunstancial, en la gran literatura rusa.

Su ensayo es sumamente valioso por su crítica implícita a la perversión de la crítica literaria marxista que domina la política contemporánea de los soviéticos. (Decimos que es una denuncia implícita porque el ensayo data de 1918, cuando la limitación a la expresión artística por parte de un gobierno que se considerase socialista hubiera sido inconcebible para Luxemburgo, Lenin, Trotsky o cualquier otro marxista). Emplea su conocimiento del método marxista con habilidad y ductilidad para hacer un análisis crítico que honra las cualidades sociológicas y artísticas de las obras literarias en discusión.

Rosa Luxemburgo expone claramente su tesis central. «La característica principal del repentino surgimiento de la literatura rusa es

que surgió en oposición al régimen ruso, en el espíritu de lucha […] Bajo el zarismo, la literatura adquirió en Rusia un poder público como no había conocido en ningún otro país o época». La característica dominante de esa obra literaria fue su rechazo del *statu quo* y su búsqueda de alternativas, convirtiéndose rápidamente en una de las fuerzas más poderosas para minar las bases ideológicas y morales del absolutismo zarista.

Aunque hoy en la Unión Soviética impera un régimen con otro carácter de clase —construido sobre la destrucción del capitalismo— buena parte del análisis que hace Rosa Luxemburgo de la literatura rusa del siglo XIX podría aplicarse sin grandes alteraciones a lo mejor de la literatura rusa contemporánea: las obras de Siniavski, Daniel, Solzenitsin[150] y otros, cuyos escritos están prohibidos en la Unión Soviética.

Las opiniones de Rosa Luxemburgo nadie tienen que ver con las restricciones dogmáticas y burocráticas que se aplican al arte en la mayoría de los estados obreros, donde se permite la libertad de expresión sólo si sirve para fortalecer el control de la casta burocrática dominante en todos los aspectos de la vida social, política, económica y artística. Sus opiniones distan mucho de esa caricatura del arte que hoy se conoce como «realismo socialista», de la noción utilitaria y antidialéctica de la «cultura proletaria» tan combatida por Lenin y Trotsky en los primeros años de la revolución.

Aunque identifica la «oposición al régimen» como la principal característica de la literatura rusa del siglo XIX, no se refiere con ello a algo político. «Nada, desde luego, sería más erróneo que pintar la literatura rusa como un arte tendencioso en un sentido grosero, o creer que los poetas rusos fueran revolucionarios, o siquiera progresistas. Esquemas tales como “revolucionario” o “progresivo” significan poco en el arte». Clarifica este concepto al analizar a Dostoievski[151]: «En el verdadero artista, la fórmula social que propone reviste importancia secundaria: lo decisivo es la fuente de su arte, el espíritu que lo anima». Nada hay de tendencioso, grosero o estrecho en la visión crítica de Rosa Luxemburgo.

El siguiente es un extracto de la edición del invierno de 1943 de la ya desaparecida revista *New Essayys: A Quarterly Devoted to the Study of Modern Society* (Nuevos ensayos: Publicación trimestral dedicada al estudio de la sociedad moderna). La traducción al inglés es de Frieda Mattick.]

I

«Mi alma de triple nacionalidad ha encontrado por fin un hogar: la literatura rusa», dice Korolenko en sus memorias. Esta literatura, que para Korolenko fue patria, hogar y nacionalidad, y que él mismo enriquece, fue un caso único en la historia.

Durante siglos, durante toda la Edad Media y hasta el último tercio del siglo XVIII, Rusia estuvo inmersa en un silencio sepulcral, en la oscuridad y la barbarie. No poseía lenguaje literario pulido, literatura científica, editoriales, bibliotecas, periódicos ni centros culturales. La corriente del Renacimiento, que había tocado las playas de todos los países europeos y hecho florecer el jardín de la literatura universal, las tormentas de la Reforma, el fogoso aliento de la filosofía del siglo XVIII; nada de ello había llegado a Rusia. La tierra de los zares no poseía aún los medios para aprehender los rayos luminosos de la cultura occidental, ni terreno intelectual para que sus semillas germinaran. Los escasos monumentos literarios de la época, con su increíble fealdad, nos parecen hoy productos de las Islas Salomón o delas Nuevas Hébridas. No existe entre ellos y el arte occidental ninguna relación íntima, ningún vínculo interno.

Y entonces se produjo el milagro. Después de algunos intentos vacilantes, a fines del siglo XVIII, de crear una conciencia nacional, estallaron las guerras napoleónicas. La profunda humillación sufrida por Rusia que despertó en el zarismo por primera vez una conciencia nacional, como lo iba a hacer posteriormente la primera coalición, atrajo a la *intelligentsia* rusa hacia occidente, hacia París, hacia el corazón de la cultura europea, poniéndola en contacto con un mundo nuevo. Dela noche a

la mañana floreció una literatura rusa, cubierta de una armadura reluciente como Minerva cuando surgió de la cabeza de Júpiter; y esta literatura, que combina la melodía italiana, la virilidad inglesa, la nobleza y profundidad alemanas, derramó rápidamente su tesoro de talento, radiante belleza, pensamiento y emoción.

La noche larga y oscura, el silencio de muerte, habían sido una ilusión. Los rayos luminosos de occidente se habían mantenido en la oscuridad, pero como poder latente; las semillas de la cultura estaban aguardando el momento de florecer. Repentinamente la literatura rusa ocupó su lugar, como miembro indudable de esa literatura europea por cuyas venas fluye la sangre de Dante, Rabelais, Shakespeare, Byron, Lessing y Goethe[152]. Con un salto de león, superó el atraso de siglos y ocupó su lugar como un igual entre los integrantes del círculo familiar de la literatura universal.

La principal característica de este florecimiento repentino de la literatura rusa es que nació en la oposición al régimen ruso, en el espíritu de lucha. Este rasgo, que fue característico de todo el siglo XIX, explica la riqueza y profundidad de su calidad espiritual, la plenitud y originalidad de su forma artística y, sobre todo, su fuerza social creadora e impulsiva. Bajo el zarismo la literatura rusa adquirió un poder sobre la vida social tal como no había adquirido ninguna otra literatura de otro país o época. Permaneció en su puesto durante un siglo, hasta que la relevó el poder material de las masas, hasta que la palabra se hizo carne.

Fue esta literatura la que le ganó a ese estado semiasiático, despótico, un lugar en la cultura universal. Derribó la Muralla China levantada por el absolutismo y construyó un puente hacia occidente. Es una literatura que no sólo toma, sino que crea; discípula pero también maestra. Basta mencionar tres nombres para ilustrarlo: Tolstoi, Gogol[153] y Dostoievski.

En sus memorias Korolenko caracteriza a su padre, funcionario de gobierno en la época de la servidumbre, como típico representante de la gente de bien de esa generación. El padre de Korolenko se responsabilizaba únicamente por sus actividades. Esa sensación de responsabilidad social que corroe las entrañas le era ajena. «Dios, el zar y la ley» estaban más allá de toda crítica. Como juez de distrito, consideraba su deber aplicar la ley con el mayor escrúpulo. «Si la ley es ineficaz, el zar es responsable ante

Dios. Él, el juez, es tan responsable por la ley como por el rayo que viene del cielo y a veces cae sobre un niño inocente…». Para la generación de 1840 y 1850 la sociedad en su conjunto era inconmovible. Bajo el azote del oficialismo, los que servían con lealtad sabían que debían inclinarse como ante un huracán, esperando que pasara el mal. «Sí —dice Korolenko—, era una visión del mundo formada en un solo molde, una especie de equilibrio imperturbable de la conciencia. El autoanálisis no socavaba sus convicciones íntimas, la gente de bien de la época no conocía ese profundo conflicto interior que acompaña el sentimiento de responsabilidad personal por el orden social existente. Se supone que esta posición constituye el fundamento de Dios y el zar, y mientras la misma no se conmueve el poder del absolutismo es, en verdad, enorme».

Sería un error, sin embargo, considerar que ese estado mental que describe Korolenko es una característica exclusiva del espíritu ruso o de la época de la servidumbre. Esa actitud hacia la sociedad que le permite a uno liberarse del autoanálisis corrosivo y de la discordia interna, y que considera que la «voluntad de Dios» es lo fundamental, aceptando los hechos históricos como una especie de hado divino, es compatible con los más variados sistemas sociales y políticos. Hasta se la puede encontrar en las sociedades modernas, y fue un rasgo característico de la sociedad alemana durante la guerra mundial.

En Rusia este «equilibrio imperturbable de la conciencia» ya había comenzado a resquebrajarse alrededor de 1860 en los círculos intelectuales. Korolenko describe intuitivamente este cambio espiritual en la sociedad rusa, y demuestra con toda precisión de qué manera esa generación superó la mentalidad esclavista, cayendo presa de la nueva tendencia, cuyo rasgo característico era «el espíritu corrosivo, doloroso, pero a la vez creativo de la responsabilidad social».

Haber despertado este alto sentido de civismo, y haber socavado las profundas raíces psicológicas del absolutismo ruso, tal es el gran mérito de la literatura rusa. Desde su nacimiento, a principios del siglo XIX, jamás negó su responsabilidad social, jamás abandonó su crítica social. Desde su surgimiento, con Pushkin y Lermontov[154], su principio rector fue la lucha contra el oscurantismo, la ignorancia y la opresión. Con fuerza y

desesperación sacudió las cadenas sociales y políticas, se estrelló contra ellas y regó la lucha con su sangre.

En ningún otro país existió tan elevada tasa de mortalidad juvenil entre los representantes más prominentes de la literatura como en Rusia. Morían por docenas, en la flor de su juventud, los más jóvenes a los veinticinco o veintisiete años, los más viejos a los cuarenta, por ejecución o por suicidio —directo o disimulado tras un duelo— algunos por demencia y otros por agotamiento prematuro. Así murió Rileiev[155], noble poeta libertario, ejecutado en 1826 como dirigente de la insurrección decembrista. Así murieron también los brillantes creadores de la poesía rusa, Pushkin y Lermontov —víctimas de duelos— y todo su prolífico círculo. Así murió Belinski[156], fundador de la crítica literaria y exponente, junto con Dobroliubov[157], de la filosofía hegeliana en Rusia; así murió el tierno poeta Kozlov, cuyas canciones brotaron de la poesía folklórica rusa como hermosas flores silvestres; y el creador de la comedia rusa Griboiedov[158], junto con su gran sucesor, Gogol; y en épocas más recientes los brillantes cuentistas Garshin[159] y Chejov[160]. Otros languidecieron durante décadas en las penitenciarías o en el exilio. Tal es el caso de Novikov, fundador del periodismo ruso; Bestzushev, dirigente de los decembristas; el príncipe Odoievski, Alexander von Herzen, Dostoievski, Chernichevski, Shevchenko y Korolenko[161].

Turgueniev[162] relata, al pasar, que la primera vez que pudo gozar del canto de la alondra fue en algún lugar cerca de Berlín. Esta observación casual es muy característica. El canto de la alondra no es menos hermoso en Rusia que en Alemania. El inmenso imperio ruso contiene bellezas naturales tan vastas y variadas que un espíritu poético sensible goza profundamente a cada paso. Lo que le impedía a Turgueniev gozar de las bellezas de la naturaleza en su país era justamente la dolorosa cacofonía de las relaciones sociales, la conciencia siempre en vela de responsabilidad por las monstruosas condiciones sociales y políticas de las que no podía liberarse y que, penetrando profundamente en su espíritu, no le permitían ni por un momento abandonarse al olvido. Sólo lejos de Rusia, donde los miles de panoramas deprimentes de su patria quedaban atrás, sólo en un entorno extranjero, cuyo orden externo y cultura material habían sido

siempre objeto de la admiración ingenua de sus connacionales, podía un poeta ruso entregarse plenamente al goce de la naturaleza.

Nada sería más erróneo, desde luego, que considerar la literatura rusa un arte tendencioso en un sentido grosero, ni pintar a todos los poetas rusos como revolucionarios, o siquiera progresistas. Los esquemas tales como «revolucionario» y «progresista» tienen poco significado en el terreno del arte.

Dostoievski, sobre todo en sus escritos posteriores, es un reaccionario confeso, un místico que odia a los socialistas. Sus descripciones de los revolucionarios rusos son malévolas caricaturas. Las doctrinas místicas de Tolstoi reflejan también tendencias reaccionarias. Pero los escritos de ambos nos despiertan, inspiran y liberan. Y eso es porque su punto de partida no es reaccionario, sus pensamientos y emociones no obedecen al deseo de aferrarse al *statu quo*, ni los inspiran el resentimiento social, la estrechez mental ni el egoísmo de casta. Por el contrario, reflejan un gran amor por la humanidad, y una profunda reacción ante la injusticia. Así Dostoievski, el reaccionario, se convierte en agente literario de los «insultados e injuriados», como él los llama en sus trabajos. Sólo las conclusiones que él y Tolstoi han sacado, cada uno a su manera, sólo la salida del laberinto social que ellos creen haber encontrado, los conduce a las sendas del misticismo y el ascetismo. Pero en el verdadero artista la fórmula social que propone tiene una importancia secundaria; la fuente de su arte, el espíritu que lo anima: eso es lo decisivo.

Dentro de la literatura rusa existe también una tendencia que, aunque en escala menor y a diferencia de las ideas profundas y universales de Tolstoi y Dostoievski, propone ideales más modestos: la cultura material, el progreso y la eficiencia burguesa. Los mejores representantes de esta escuela son Goncharov[163] en la vieja generación, y Chejov en la nueva. Éste, en oposición a la tendencia ascética y moralizante de Tolstoi, pronunció la siguiente frase característica: «hay más amor a la humanidad en el vapor y la electricidad que en la castidad sexual y el vegetarianismo». En su búsqueda impetuosa y juvenil de cultura, dignidad personal e iniciativa, esta escuela rusa, un tanto sobria y «culterana», nada tiene que ver con el filisteísmo y la banalidad autosuficientes de los representantes franceses y

alemanes del *juste milieu*. Especialmente Goncharov, en su libro *Oblomov*, ha alcanzado alturas tales en su pintura de la indolencia humana, que su personaje, por su validez universal, tiene un sitio asegurado en la galería universal de los grandes tipos humanos.

Por último, tenemos los representantes de la decadencia en la literatura rusa. Uno de los exponentes más brillantes de la generación de Gorki es uno de ellos: Leonid Andreiev[164], de cuyo arte emana un aire sepulcral de decadencia en el que se ha marchitado todo deseo de vivir. Y sin embargo la raíz y la esencia de la decadencia rusa se opone diametralmente a la de un Baudelaire o un D'Annunzio[165], donde la base es la sobresaturación de cultura moderna, donde el egoísmo, altamente astuto en su expresión, bastante robusto en su esencia, ya no encuentra satisfacción en una existencia normal y busca estímulos venenosos. En Andreiev la desesperanza fluye de un temperamento que, bajo el ataque de la opresión social, se siente doblegado por el dolor. Al igual que los mejores escritores rusos, ha analizado profundamente los sufrimientos de la humanidad. Ha vivido la guerra ruso-japonesa, el primer periodo revolucionario y los horrores de la contrarrevolución de 1907 a 1911. Los describe en cuadros conmovedores, como *La risa roja*, *Los siete ahorcados*, y muchos otros. Al igual que su Lázaro, que vuelve de las orillas del país de las sombras, no puede desprenderse del hedor de la tumba; camina entre los vivos como «algo casi devorado por la muerte». Esta decadencia conoce un origen típicamente ruso: es esa plena simpatía social que quebranta la energía y resistencia del individuo.

Es precisamente esta simpatía social la responsable de la singularidad y el esplendor artístico de la literatura rusa. Sólo el que se siente afectado y conmovido puede afectar y conmover a los demás. El talento y el genio son, desde luego, en cada caso, un «don de Dios». Pero el gran talento no basta para dejar una impresión duradera. ¿Quién negaría el talento, inclusive el genio, de un Monti[166], que en *terza rima* dantesca celebró el asesinato del embajador de la Revolución Francesa por una turba romana y luego los triunfos de esa misma revolución; antes los austríacos y ahora el Directorio; ora al extravagante Suvarov, ora nuevamente a Napoleón y al emperador Francisco; endilgándole al vencedor en cada caso los más dulces trinos del

ruiseñor? ¿Quién podría poner en duda el enorme talento de un Saint-Beuve[167], creador del ensayo literario que, con el tiempo, puso su extraordinaria pluma al servicio de casi todos los grupos políticos de Francia, demoliendo hoy lo que ayer adoraba y viceversa?

Si el efecto ha de perdurar, si la sociedad ha de ser educada, se requiere algo más que talento. Se requiere poesía, carácter, personalidad, atributos profundamente ligados a una concepción del mundo grandiosa y acabada. Es esta concepción del mundo, esta conciencia social tan sensible la que agudizó el análisis de la literatura rusa de las condiciones sociales y la sicología de los distintos personajes y tipos. Es esta simpatía casi dolorosa la que inspira sus descripciones de esplendoroso colorido; es la búsqueda incesante, el cavilar sobre los problemas de la sociedad lo que le permite observar artísticamente la enormidad y la complejidad interna de la estructura social, y exponerla en inmensas obras de arte.

Todos los días y en todo lugar se cometen crímenes y asesina tos. «El peluquero X asesinó y robó a la rica Sra. Y. La corte criminal Z lo condenó a muerte». Todos hemos leído noticias de este tipo en los diarios, les hemos echado un vistazo indiferente y hemos pasado las hojas en busca de las últimas noticias hípicas o el programa de los teatros. ¿A quién le interesan los crímenes y asesinatos, además de la policía, el fiscal y los estadísticos? Fundamentalmente a los escritores de novelas policiales y a los cineastas.

El hecho de que un ser humano pueda asesinar a otro, y que esto pueda ocurrir en el corazón de nuestra «civilización», al lado de nuestro hogar dulce hogar, conmueve a Dostoievski hasta lo más profundo de su alma. Como a Hamlet, que en el crimen de su madre encuentra la ruptura de todo vínculo humano y la dislocación de su mundo, lo mismo le ocurre a Dostoievski cuando comprende que un ser humano puede asesinar a otro. Ya no encuentra sosiego, siente el peso del horror que lo oprime, como nos oprime a todos. Tiene que disecar el alma del asesino, buscar el origen de su miseria, de sus penas, hasta lo más recóndito de su corazón. Sufre todas sus torturas y queda enceguecido cuando llega a la terrible comprensión de que el asesino es el miembro más desgraciado de la sociedad. La poderosa voz de Dostoievski hace sonar la alarma. Nos despierta de la estúpida indiferencia del egoísmo civilizado que entrega al asesino al inspector de

policía, al fiscal y a sus secuaces, o a la penitenciaría, con la esperanza de vernos librados de él. Dostoievski nos obliga a pasar por todas las torturas que sufre el asesino, dejándonos aplastados al final. Quienquiera que haya experimentado a Raskolnikov, o la indagatoria de Dmitri Karamazov en la noche siguiente al asesinato de su padre, o *La casa de los muertos*, jamás encontrará el camino de retomo al filisteísmo y al egoísmo autosuficiente. Las novelas de Dostoievski atacan con furia la sociedad burguesa, en cuya cara grita: «¡El verdadero asesino, el asesino del alma humana, eres tú!».

Nadie ha cobrado venganza tan implacable por los crímenes que la sociedad perpetra contra el individuo, nadie ha puesto a la sociedad en el potro como lo ha hecho Dostoievski. Ése es su genio. Pero todos los grandes espíritus de la literatura rusa también encuentran en el asesinato una acusación contra la situación imperante, un crimen cometido contra el asesino como ser humano, por el cual todos somos responsables, cada uno de nosotros. Es por ello que los grandes genios vuelven una y otra vez al problema del crimen, como si les fascinara, colocándolo ante nuestros ojos en las más grandes obras de arte para despertarnos de nuestra indiferencia irresponsable. Tolstoi lo hizo en *El poder de las tinieblas* y en *Resurrección*, Gorki en *Las profundidades* y en *Los tres* y Korolenko en su cuento *El murmullo de la selva* y en el maravilloso cuento siberiano *Asesino*.

La prostitución es tan específicamente rusa como la tuberculosis, es más bien la institución más internacional de la vida social. Pero aunque desempeña un papel casi dominante en nuestra vida moderna, oficialmente, en el sentido de la mentira convencional, no se la acepta como integrante normal de la sociedad contemporánea. Se la trata como la escoria de la humanidad, como algo que no corresponde. La literatura rusa no toma el problema de la prostituta en el estilo acerbo de la novela de salón, ni con el sentimentalismo llorón de la literatura tendenciosa, ni como el vampiro misterioso, rapaz, del *Erdgeist* de Wedekind[168]. Ninguna literatura del mundo contiene descripciones de tan fiero realismo como la magnífica escena de la orgía en *Los Hermanos Karamazov, o Resurrección* de Tolstoi. Pero a pesar de esto el artista ruso no ve en la prostituta un «alma perdida» sino un ser humano cuyos sufrimientos y conflictos interiores provocan

simpatía. Dignifica a la prostituta y la rehabilita por el crimen que la sociedad ha perpetrado contra ella permitiéndole competir con los tipos femeninos más puros y hermosos por el corazón del hombre. La corona con rosas y la eleva, como Mahado con su Bajadere, del purgatorio de su corrupción y agonía a las alturas de la pureza moral y el heroísmo femenino.

No sólo el tipo y la situación excepcionales que resaltan contra el trasfondo gris de la vida cotidiana, sino también la vida misma, el hombre del montón y su miseria, despiertan profundas preocupaciones en el escritor ruso, cuyos sentidos están impregnados de injusticia social. «La felicidad humana —dice Korolenko en uno de sus cuentos—, la felicidad humana sincera es saludable y eleva el espíritu. Y yo siempre creo, sabe usted, que el hombre tiene un poco la obligación de ser feliz». En otro cuento, titulado *Paradoja*, un lisiado, que nació sin brazos, dice: «El hombre está hecho para ser feliz, como el pájaro para volar». Viniendo de la boca de un infeliz lisiado, esa máxima es obviamente una «paradoja». Pero para miles y millones de personas, no son los defectos físicos accidentales los que convierten su «vocación de felicidad» en tan grande paradoja, sino las condiciones sociales bajo las cuales deben existir.

La observación de Korolenko contiene, en verdad, un elemento importante de higiene social: la felicidad hace a la gente espiritual-mente pura y saludable, así como la luz del sol sobre el mar abierto desinfecta el agua. Además, en condiciones sociales anormales —y todas las condiciones sociales basadas en la desigualdad lo son— la mayoría de las deformaciones heterogéneas del alma son fenómenos de masas. La opresión permanente, la inseguridad, la injusticia, la pobreza y la dependencia, al igual que la división del trabajo que provoca la especialización unilateral, moldean a la gente de determinada manera. Y ello es válido tanto para el tirano y el esclavo, como para el opresor y el oprimido, el fanfarrón y el parásito, el oportunista inescrupuloso y el ocioso indolente, el pedante y el bufón: todos son igualmente productos y víctimas de sus circunstancias.

Es esta anormalidad sicológica peculiar, el desarrollo defectuoso del espíritu humano bajo la influencia de las condiciones sociales cotidianas, la que llevó a escritores como Gogol, Dostoievski, Goncharov, Saltikov[169],

Uspenski[170], Chejov y otros a hacer descripciones de fervor balzaciano. Nada hay en la literatura universal que supere la descripción de la tragedia de la banalidad del nombre común que hace Tolstoi en *La muerte de Irán Ilich*.

Existen, por ejemplo, esos picaros que, carentes de vocación e imposibilitados de hacer una existencia normal, llevan una vida parasitaria mechada con algunos conflictos con la ley. Ellos conforman la escoria de la sociedad burguesa, para la que el mundo occidental pone carteles que dicen «Prohibida la entrada a mendigos, buhoneros y músicos». Para con esta categoría —cuyo tipo es el exoficial Popkov de Korolenko— la literatura rusa siempre ha mostrado un vívido interés artístico y una simpática sonrisa comprensiva. Con la calidez de un Dickens[171], pero sin su sentimentalismo burgués, Turgueniev, Uspenski, Korolenko y Gorki miran a estas gentes «abandonadas» (el criminal tanto como la prostituta) con realismo y tolerancia, como iguales dentro de la sociedad humana, y logran, con este enfoque genial, trabajos de gran valor artístico.

La literatura rusa trata al mundo infantil con ternura y afecto excepcionales, como lo demuestran *La guerra y la paz y Ana Karenina* de Tolstoi, *Los hermanos Karamazov* de Dostoievski, *Oblomov* de Goncharov, *En mala compañía* y *De noche* de Korolenko y *Los tres* de Gorki. En su *Page d'amour*, del ciclo Rougon-Macquart, Zola describe los sufrimientos de un niño abandonado[172]. Pero el niño enfermizo e hipersensible, afectado morbosamente por los amoríos de una madre egoísta, es sólo la «evidencia» en una novela experimental, un sujeto para ilustrar la teoría de la herencia.

Para el ruso, en cambio, el niño y su alma forman una entidad independiente, objeto de interés artístico en la misma medida que el adulto, sólo que más natural, menos echado a perder y ciertamente más indefenso ante los males de la sociedad. «Quienquiera que ofenda a uno de estos niños… sería mejor para él que se le colgara una piedra al cuello», y así sigue. La sociedad actual ofende a millones de pequeños robándoles el bien más preciado e irrecuperable: una niñez feliz, sin penas, armoniosa.

Víctima de las condiciones sociales, el mundo infantil, con su miseria y su felicidad, ocupa un lugar muy cercano al corazón del artista ruso. No se

inclina ante el niño de esa manera hipócrita y alegre que la mayoría de los adultos creen necesario emplear, sino que lo trata con sincera y honesta camaradería. Sí, e incluso con cierta timidez y respeto hacia el pequeño ser intocado.

La manera en que se expresa la sátira literaria es un buen índice del nivel cultural de una nación. Inglaterra y Alemania representan los dos polos opuestos en la literatura europea. Trazando la historia de la sátira de von Hutten[173] a Heinrich Heine[174], se puede incluir también a Grimmelshausen. Pero en el trascurso de los tres últimos siglos los eslabones de esta cadena demuestran una decadencia horrorosa. A partir del ingenioso y fantasioso Fischart[175], cuya naturaleza exhuberante demuestra la influencia del Renacimiento, a Mosherosh, y desde éste, que al menos se atreve a ridiculizar a los poderosos, al pequeño filisteo Rabener[176], ¡qué decadencia! Rabener, que se enoja cuando la gente se atreve a ridiculizar a los príncipes, al clero y a las «clases altas», porque un satírico que se «porta bien» debe aprender en primer lugar a ser un «súbdito leal», muestra el punto débil de la sátira alemana. En cambio en Inglaterra la sátira conoció un tremendo auge desde comienzos del siglo dieciocho, es decir, después de la gran revolución. La literatura británica no sólo ha producido una serie de maestros como Mandeville, Swift, Sterne, Sir Philip Francis[177], Byron y Dickens, con el primer lugar reservado, naturalmente, para el *Falstaff* de Shakespeare, sino que la sátira ha dejado de ser privilegio de los intelectuales para convertirse en propiedad universal. Se ha nacionalizado, por así decirlo. Brilla en los folletos políticos, volantes, discursos parlamentarios, periódicos y también en la poesía. La sátira se ha convertido en algo tan vital como el aire para el inglés, hasta el punto que los cuentos de un Croker[178], destinados a la adolescente de la clase media alta, contienen las mismas descripciones ácidas de la aristocracia inglesa que los de un Wilde, Shaw o Galsworthy[179].

Esta tendencia a la sátira deriva de la libertad política que reina en Inglaterra desde hace muchos años y se explica por ésta. Puesto que la literatura rusa es similar a la británica en este sentido, puede decirse que los factores determinantes no son la constitución ni las instituciones del país, sino el espíritu de su literatura y la actitud de los círculos que dirigen la

sociedad. Desde el comienzo, la literatura moderna rusa ha dominado la sátira en todas sus instancias y se han logrado resultados excelentes en todas ellas. *Eugenio Oneguin*, de Pushkin, los cuentos y epigramas de Lermontov, las fábulas de Krilov, los poemas de Nekrasov[180] y las comedias de Gogol son otras tantas obras maestras, cada una a su manera. La épica satírica de Nekrasov *¿Quién puede ser feliz libre en Rusia?* refleja el delicioso vigor y riqueza de sus creaciones.

En Saltikov-Schedrin la sátira rusa ha producido su propio genio quien, para mejor azotar al despotismo y la burocracia, inventó un estilo literario muy peculiar y un idioma propio único e intraducible, influyendo enormemente en el desarrollo intelectual. Así, la literatura rusa combinó un alto *pathos* moral con una comprensión artística que recorre toda la gama de las emociones humanas. En medio de esa inmensa prisión que es la pobreza material del zarismo, creó su propio reino de libertad espiritual y una cultura exuberante donde uno puede respirar y compartir la vida intelectual y cultural. Pudo convertirse así en un poder social y, educando una generación tras otra, en una verdadera patria para los mejores hombres, como Korolenko.

II

La naturaleza de Korolenko es verdaderamente poética. Alrededor de su cuna se formó la densa atmósfera de la superstición. No la superstición corrompida de la decadencia metropolitana del espiritismo, la adivinación y la Ciencia Cristiana, sino la superstición ingenua del folklore: pura y aromatizada de especias como los vientos que recorren las llanuras ucranianas, y los millones de iris silvestres, milenramas y salvias que crecen entre la hierba. La atmósfera encantada de los cuartos de la servidumbre y de los niños de la casa paterna de Korolenko no distaba mucho del país de las hadas de Gogol, con sus enanos y brujas y su fantasma pagano de Navidad.

Descendiente a la vez de polacos, rusos y ucranianos, Korolenko debió soportar desde su niñez el peso de tres «nacionalismos», cada uno de los cuales le exigía «odiar o perseguir a alguien». Sin embargo, su sano sentido común le permitió defraudar dichas expectativas. Las tradiciones polacas, con su aliento moribundo de un pasado vencido por la historia, dejaron poco rastro en él. Su honestidad rechazaba las payasadas y el romanticismo reaccionario del nacionalismo ucraniano. Los métodos brutales empleados en la rusificación de Ucrania le sirvieron de severa advertencia contra el chovinismo ruso. Este muchacho tierno se sentía atraído instintivamente por los débiles y oprimidos, y no por los vencedores y los fuertes. Y así, del conflicto de las tres nacionalidades en pugna en su Volhinia natal, escapó al humanismo.

Huérfano de padre a la edad de diecisiete años, y obligado a depender de sí mismo, fue a Petersburgo y se arrojó al torbellino de la vida universitaria y la actividad política. Luego de tres años de estudio en una escuela técnica, pasó a la Academia de Agricultura de Moscú. Dos años más tarde, el «poder supremo» frustró sus planes, como les sucedió a muchos otros de su generación. Arrestado por hablar ante una movilización estudiantil, fue expulsado de la Academia y exiliado al distrito de Vologda, en el extremo norte de la Rusia europea. Puesto en libertad, se lo obligó a vivir bajo vigilancia policial en Kronstadt. Algunos años más tarde pudo volver a Petersburgo y, planeando comenzar una nueva vida, aprendió el oficio de zapatero para estar más cerca del pueblo trabajador y desarrollar su personalidad en otras direcciones. Arrestado nuevamente en 1879, se lo envió aún más al norte, a una aldea en el distrito de Viatka, en el confín de la tierra.

Korolenko lo aceptó con bohomía. Trató de sacar el mejor partido posible de su recién adquirido oficio de zapatero, que le dio lo suficiente para vivir. Pero esto iba a durar poco. Repentinamente, y aparentemente sin razón alguna, fue trasladado a la Siberia occidental, de allí a Perm, y de allí al rincón más remoto de Siberia oriental.

Pero esto no significó tampoco el fin de sus viajes. Después del asesinato del zar Alejandro II en 1881, el nuevo zar, Alejandro III, subió al trono. Korolenko, que había alcanzado mientras tanto la categoría de

funcionario jerárquico en los ferrocarriles, prestó el juramento de rigor, de fidelidad al nuevo gobierno, junto con los demás empleados. Pero las autoridades lo consideraron insuficiente. Se le pidió que prestara juramento nuevamente, en calidad de individuo y exiliado político. Korolenko, junto con los demás exiliados, se negó a hacerlo y como resultado fue enviado al desierto helado de Iakutsk.

No cabe duda de que todo el procedimiento fue un «gesto carente de contenido», aunque Korolenko no trataba de hacer demostraciones. No se alteran directa o materialmente las condiciones sociales si un exiliado político aislado en la taiga siberiana cerca del círculo polar jura o no fidelidad al gobierno del zar. Sin embargo, en la Rusia zarista se solía insistir en tales gestos vacíos. Y no sólo en Rusia. El tozudo *¡Eppur si muove!* de un Galileo nos recuerda otro gesto similar, cuyo único fruto fue que la Santa Inquisición pudo arrojar su venganza sobre un hombre torturado y encarcelado. Y sin embargo, para miles de personas que sólo tienen una vaga idea de la teoría de Copérnico, el nombre de Galileo queda para siempre identificado con este hermoso gesto, y el hecho de que en realidad no ocurrió carece de importancia. La mera existencia de tales leyendas, con las que los hombres adornan a sus héroes, es prueba suficiente de que tales «gestos vacíos» son indispensables para nuestro espíritu.

Por su negativa a prestar juramento, Korolenko sufrió cuatro años de exilio entre nómades semisalvajes en una miserable aldea a orillas del Aldan, tributario del río Lena, en el corazón del desierto siberiano, sufriendo las inclemencias de una temperatura bajo cero. Pero ni las privaciones, ni la soledad, ni el siniestro escenario de la taiga, ni el aislamiento del mundo civilizado pudieron cambiar la ductilidad mental de Korolenko, su alegre disposición. Compartía con ansia los intereses de los iakuts y su vida de privaciones. Trabajaba en el campo, cortaba el heno y ordeñaba las vacas. En invierno hacía zapatos y hasta iconos para los nativos. La vida del exiliado en Iakutsk, que George Kennan[181] llamó la «muerte en vida», Korolenko no la describió con lamentos y amargura, sino con humor, en cuadros de la más tierna y poética belleza. En esta época

maduró su genio literario, y recogió un rico botín en su estudio de los hombres y la naturaleza.

En 1885, vuelto de un exilio que, con breves interrupciones, duró casi diez años, publicó el cuento *El sueño de Makar*, que inmediatamente lo ubicó entre los maestros de la literatura rusa. Este producto, el primero y sin embargo ya maduro de un joven talento, irrumpió en la atmósfera plomiza de la década del ochenta como el canto de una alondra en un día gris de febrero. En rápida sucesión aparecieron *Cuentos de la Siberia*, *El murmullo de la selva*, *La búsqueda del icono*, *De noche*, *Iom Kippur*, *El estruendo del río*, y muchos más. Todos demuestran las mismas características de la creación de Korolenko: maravillosas descripciones de la naturaleza, encantadora candidez, y un cálido interés por los «humillados y desheredados».

Aunque son altamente críticos, los escritos de Korolenko no son polémicos, didácticos y dogmáticos como los de Tolstoi. Revelan simplemente su amor a la vida y su buen talante. Dejando de lado su concepción tolerante y bondadosa, Korolenko es un poeta ruso hasta el tuétano, quizás el más «nacionalista» de los grandes prosistas rusos. No sólo ama a su país; siente por él un amor juvenil; ama su naturaleza, con todos los encantos íntimos de este país gigantesco, con sus arroyos dormilones y sus valles boscosos; ama a la gente simple y su ingenua devoción religiosa, su áspero humor y su cavilosa melancolía. No se siente a sus anchas en la ciudad, ni en el cómodo camarote del tren. Odia la agitación y el ruido de la civilización moderna; su lugar es el camino abierto. Una buena caminata, mochila al hombro y un bastón casero en sus manos, entregarse por entero a las circunstancias; unirse a un grupo de peregrinos devotos en marcha hacia la imagen milagrosa de algún santo, platicar con los pescadores alrededor del fuego por las noches, o unirse al pintoresco grupo de campesinos, hacheros, soldados y mendigos en un vaporcito destartalado y escuchar su conversación: ésa es la vida que más le gusta. Pero a diferencia de Turgueniev, aristócrata elegante y perfectamente acicalado, no es un observador silencioso. No encuentra dificultades para mezclarse con la gente, sabe exactamente qué tiene que decir, qué tono emplear.

Así recorrió toda Rusia. Experimentó a cada paso las maravillas de la naturaleza, la poesía ingenua de la simplicidad que también había hecho sonreír a Gogol. Extasiado observó la indolencia elemental y fatalista, característica del pueblo ruso, que en época de paz parece profunda e inmutable, pero que en momentos tormentosos se transforma en heroísmo, grandeza y férreo poder. Korolenko colmó las páginas de su diario con sus impresiones vividas y llenas de color que, al transformarse en bocetos y novelas, quedaron húmedas de rocío y fragantes con el olor de la tierra.

Un producto peculiar de la literatura de Korolenko es *El músico ciego*. Es aparentemente un experimento psicológico, que no entra en el terreno artístico. El ser lisiado puede causar muchos conflictos, pero, de por sí, está más allá de toda interferencia humana, de toda culpa o venganza. En la literatura, como en las artes, los defectos físicos se mencionan solamente de pasada, de manera sarcástica, para hacer más odioso algún personaje desagradable, como el Tersites de Homero o los jueces tartamudos de las comedias de Molière y Beaumarchais[182], o en forma caricaturesca, como en las pinturas del Renacimiento holandés, tales como el dibujo de un rengo de Cornelius Dussart.

En Korolenko encontramos lo opuesto. El interés recae sobre un hombre, ciego de nacimiento, atormentado por un deseo irresistible de acceder a la luz. Korolenko encuentra una solución, que nos da inesperadamente la clave de su arte y que es, dicho sea de paso, la característica de toda la literatura rusa. El músico ciego experimenta un renacimiento espiritual. Al desprenderse del egoísmo de su propio sufrimiento sin perspectivas de remisión, al convertirse en portavoz de los ciegos, de todas sus angustias físicas y mentales, logra su propio esclarecimiento. El clímax llega en el primer concierto público del ciego, quien sorprende a su auditorio, y provoca su compasión, utilizando para sus improvisaciones las canciones populares de los trovadores ciegos. La solidaridad con la miseria humana significa la salvación y el esclarecimiento, tanto para el individuo como para las masas.

III

La clara línea demarcatoria entre escritores literarios y periodísticos que observamos hoy en Europa occidental no es tan estricta en Rusia, en virtud de la naturaleza polémica de su literatura. Ambas formas de expresión se combinan con frecuencia para abrir el camino a ideas nuevas, como ocurría en Alemania cuando Lessing guiaba al pueblo mediante críticas teatrales, dramas, tratados filosófico-teológicos o ensayos sobre estética. Pero mientras que Lessing vivió la tragedia de ser un hombre solo e incomprendido, en Rusia una constelación de grandes talentos de los distintos campos de la literatura abogaron con éxito por una visión liberal del mundo.

Alejandro von Herzen, famoso novelista, fue también un periodista de nota. En las décadas de 1850 y 1860 despertó a toda la *intelligentsia* rusa con su *Campana* [Kolokol], revista que publicaba desde el extranjero. Imbuido del mismo espíritu de lucha y la misma lucidez, el viejo hegeliano Chernichevski se encontraba tan a sus anchas en la polémica periodística como en los tratados de filosofía y economía nacional, y en la novela política. Tanto Belinski como Dobroliubov utilizaron la crítica literaria para combatir el atraso y propagar sistemáticamente una ideología progresista. Los sucedió el brillante Mijailovski, que orientó la opinión pública durante varias décadas e influyó también en la personalidad de Korolenko. El mismo Tolstoi, además de sus novelas, cuentos y obras dramáticas, se valió del folletín polémica y la fábula moralizante. Por su parte, Korolenko constantemente cambiaba el pincel y la paleta del pintor por la espada del periodista para tomar directamente los problemas sociales.

Una de las características de la vieja Rusia zarista era la hambruna endémica, el alcoholismo, el analfabetismo y el déficit presupuestario. El resultado de la mal parida reforma campesina que reemplazó a la servidumbre fueron los terribles impuestos combinados con el gran atraso de la tecnología agraria, que golpeaban regularmente a los campesinos con el fracaso de sus cosechas durante toda la octava década. El clímax llegó en 1891: en veinte provincias una sequía excepcionalmente severa provocó la

ruina de las cosechas, seguida de una hambruna de proporciones verdaderamente bíblicas.

Una indagación oficial para determinar la extensión de las pérdidas reunió más de setecientas respuestas de todo el país, entre ellas la siguiente descripción, de la pluma de un simple clérigo:

«En los últimos tres años nos hemos visto acechados por las malas cosechas, y una desgracia tras otra cae sobre los campesinos. Hay una plaga de insectos. Las langostas se comen el grano, los gusanos lo roen y los escarabajos liquidan lo que queda. La cosecha ha quedado destruida en los campos y las semillas se han secado en el suelo; los graneros están vacíos y no hay pan. Los animales se lamentan y caen, el ganado se mueve mansamente, y las ovejas mueren de sed y hambre […] Millones de árboles y miles de granjas han sido presa de las llamas. Nos rodea un muro de fuego y humo […] El profeta Zefanías escribió: "Arrasaré todo lo que hay en la faz de la tierra, dice el Señor, hombres, ganado, bestias salvajes, pájaros y peces"».

«¡Cuántas aves han muerto en los incendios forestales, cuántos peces en los ríos secos! […] El reno ha huido de nuestros bosques, la zarigüeya y la ardilla han muerto. El cielo se ha vuelto estéril y duro como el hierro; no cae rocío, sólo sequía y fuego. Los frutales se han marchitado, junto con la hierba y las flores. No maduran las frambuesas, y en ninguna parte hay vaccinio, zarzamora ni arándano […] ¿Dónde estáis, verdes bosques, aires deliciosos, bálsamo de los abetos que curaba a los enfermos? ¡Nada queda de ello!».

El escritor, avezado súbdito del zar, pide solícitamente al final de su carta que no se le haga «responsable de la descripción que antecede». Su preocupación no carecía de fundamentos, puesto que una poderosa nobleza declaró que la hambruna, por increíble que parezca, era un invento malévolo de «provocadores», y que cualquier socorro sería superfluo.

Así estalló la guerra entre los sectores reaccionarios y la *intelligentsia* progresista. La sociedad rusa fue presa de la excitación; los escritores hicieron sonar la alarma. Se crearon comités de socorro en gran escala; médicos, escritores, estudiantes, maestros y mujeres intelectuales acudían

de a miles al campo a curar a los enfermos, crear centros de alimentación, distribuir semillas, organizar la compra de cereales a bajo costo.

Sin embargo, todo esto no era fácil. Todo el desorden, todo el consagrado desgobierno de un país manejado por burócratas y militares salieron a la luz. Existía rivalidad y antagonismo entre las administraciones estatales y distritales, entre las oficinas centrales y rurales del gobierno, entre los escribas de aldea y los campesinos. A esto se añadía el caos ideológico, las exigencias y expectativas de los propios campesinos, su desconfianza hacia los habitantes de las ciudades, las diferencias entre los kulaks ricos y los campesinos empobrecidos. Todo conspiraba para erigir muros y escollos en el camino de los que venían a prestar ayuda. Todos los abusos y restricciones que afligían la vida cotidiana del campesino, todos los absurdos y contradicciones de la burocracia, salieron a la luz. La lucha contra el hambre, que es en sí un simple acto de caridad, se transformó en lucha contra las condiciones sociales y políticas del régimen absolutista.

Al igual que Tolstoi, Korolenko se puso a la cabeza de los grupos progresistas y dedicó a esta causa no sólo sus escritos, sino toda su personalidad. En la primavera de 1892 se trasladó a Nijni-Novgorod, verdadero avispero de la nobleza reaccionaria, para organizar ollas populares en las aldeas. Aunque desconocía las condiciones locales, rápidamente asimiló hasta el último detalle y comenzó una lucha tenaz para barrer los miles de obstáculos que se interponían en su camino. Pasó cuatro meses en la zona, caminando de una aldea a otra, de una oficina de gobierno a otra. Después de cada día de trabajo permanecía hasta avanzadas horas de la noche llenando cuadernos enteros de anotaciones en las viejas granjas, a la luz del farol, y al mismo tiempo libraba en los diarios de la capital una vigorosa campaña contra el atraso. Su diario, monumento inmortal del régimen zarista, presenta un cuadro espeluznante del calvario de la aldea rusa, con sus niños mendigos, silenciosas madres hundidas en la miseria, lamentaciones de los viejos, enfermedad y desesperanza.

Después del hambre vino el segundo jinete del Apocalipsis: la peste. Llegó en 1893, proveniente de Persia, y cubrió las tierras bajas del Volga remontando el río y difundiendo sus mortíferos vapores sobre las aldeas hambrientas y paralizadas. El nuevo enemigo provocó una reacción peculiar

entre los representantes del gobierno que, aunque raya en el ridículo, es, de todas maneras, la amarga verdad. Cuando estalló la peste, el gobernador, de Bakú huyó a las montañas, y al comenzar las insurrecciones el gobernador de Saratov se ocultó en una barca en el Volga. Pero la palma se la llevó el gobernador de Astrakán: temiendo que los barcos provenientes de Persia y el Cáucaso trajeran la peste, ordenó que los barcos patrulleros del Mar Caspio cerraran el acceso a todo el tránsito fluvial del Volga. Pero se olvidó de proveer de alimentos y agua a las embarcaciones que quedaron en cuarentena. Más de cuatrocientos vapores y barcazas fueron interceptados, y diez mil personas, sanos y enfermos, quedaron allí parar morir de hambre, sed y peste. Por fin, un barco bajó por el Volga hacia Astrakán, portador de la buena voluntad del gobierno. Los ojos de los moribundos, iluminados de nuevas esperanzas, aguardaron la llegada del barco de rescate. Su carga era de ataúdes.

La ira popular estalló con la fuerza de una tormenta. Las noticias sobre el bloqueo y los sufrimientos de los presos en cuarentena corrieron como un reguero de pólvora Volga arriba, seguidos del grito desesperado de que el gobierno difundía intencionalmente la plaga para disminuir así la población. Las primeras víctimas de la «insurrección de la peste» fueron los samaritanos, esos hombres y mujeres sacrificados que habían acudido heroicamente a las zonas afectadas para cuidar a los enfermos y adoptar los recaudos necesarios para proteger a los sanos. Las llamas devoraron los hospitales de campaña; médicos y enfermeras fueron asesinados. Después, lo de siempre: expediciones punitivas, derramamiento de sangre, ley marcial, ejecuciones. En Saratov solamente, se pronunciaron más de veinte sentencias de muerte. El hermoso país del Volga se transformó una vez más en un infierno dantesco.

Para traer un poco de sentido y esclarecimiento a este caos sangriento se requería una personalidad de la mayor integridad y un profundo conocimiento de los campesinos y su miseria. Después de Tolstoi, nadie en Rusia estaba más capacitado para esta tarea que Korolenko. Habiendo sido de los primeros en llegar, denunció a los verdaderos responsables de las insurrecciones: los funcionarios del gobierno. Registró sus observaciones y

nuevamente presentó al público un documento conmovedor, grande por su valor tanto histórico como artístico: *La cuarentena del cólera*.

Hacía mucho que en la vieja Rusia se había abolido la pena de muerte para crímenes menores. Normalmente, la ejecución era un honor reservado a los presos políticos. A fines de la década del setenta, empero, se volvió a implantar la pena de muerte, sobre todo cuando comenzó a actuar el movimiento terrorista. Después del asesinato del zar Alejandro II, el gobierno no vacilaba en ajusticiar inclusive a mujeres, como en el caso de la famosa Sofía Perovskaia y luego Hessa Helfman. Las ejecuciones eran cosa excepcional, pero afectaban profundamente al pueblo. El horror recorrió el país cuando cuatro soldados del «Batallón de Penados» fueron ejecutados por asesinar al sargento que los torturaba. Aun en la atmósfera sumisa y deprimente de esos años la opinión pública podía horrorizarse ante tales medidas.

La situación cambió en la revolución de 1905. En 1907 los poderes absolutistas se adueñaron una vez más de la situación y llevaron a cabo una sangrienta venganza. Los tribunales militares funcionaban día y noche; los cadalsos trabajaban sin descanso. Los «asesinos», hombres que habían participado en los motines armados, pero sobre todo los llamados expropiadores (muchachos adolescentes) eran ejecutados por centenares. Se lo hacía de la manera más irresponsable, y sin ningún respeto por las formalidades. Los verdugos carecían de experiencia, las sogas eran defectuosas, las horcas improvisadas de la manera más fantástica. A la contrarrevolución le gustaban las orgías.

Fue en esta época que Korolenko alzó su voz en fuerte protesta contra la reacción triunfante. Una serie de artículos, publicados en 1909 en forma de folleto, bajo el título de *Un hecho común*, es una obra típica suya. Al igual que sus artículos sobre el hambre y la peste, no tiene frases hechas, sentimentalismo hueco. La simplicidad y la flema campean en toda la obra. Informes verídicos, cartas de los ajusticiados y las impresiones de los presos forman parte del libro. Y sin embargo se destaca por su compasión ante el Sufrimiento humano, y su comprensión del corazón torturado. Al denunciar los crímenes de la sociedad, contenidos en cada sentencia de

muerte, esta obrita, cálida y de la más elevada ética, fue una acusación conmovedora.

Tolstoi, que había cumplido ya sus ochenta y dos años, impresionado por el folleto, le escribió a Korolenko: «Me acaban de leer su trabajo sobre la pena de muerte y, aunque quise, no pude retener las lágrimas. No encuentro palabras para expresar mi gratitud y afecto por una obra excelente, en expresión, pensamiento y sentimiento. Es necesario imprimir y distribuir millones de ejemplares. Ningún discurso en la Duma[183], ninguna disertación, drama ni novela podría producir un resultado tan bueno.

»Es tan impactante porque evoca una compasión tan intensa por las víctimas de la locura humana que uno está dispuesto a perdonar a las víctimas, no importa lo que hayan hecho. En cambio, por más que se quisiera, sería imposible perdonar a los responsables de semejantes horrores. Con asombro comprobamos su presunción y autoengaño, la insensibilidad de sus acciones, porque usted deja bien sentado que estas lamentables crueldades logran el efecto contrario del que se buscaba. Además su trabajo me ha hecho consciente de otra cosa más: un sentimiento de lástima, no sólo por los asesinados, sino también por esas pobres gentes equivocadas los carceleros, verdugos y soldados, que cometían los crímenes más atroces sin saber lo que hacían.

»Hay una sola satisfacción en todo esto: un libro como el que usted ha escrito unirá a una gran cantidad de personas en un grupo que luchará por los más elevados ideales de virtud y verdad, un grupo inspirado que, a pesar de sus enemigos, iluminará cada vez más».

Hace aproximadamente quince años, en 1903, un diario alemán envió un cuestionario sobre la pena capital a muchos representantes eminentes de las artes y las ciencias. Tratábase de los nombres más brillantes de la literatura y la jurisprudencia, la flor de la intelectualidad de la tierra de pensadores y poetas, y todos se pronunciaron con fervor a favor de la pena capital. Para cualquier observador inteligente, éste fue un síntoma entre muchos de lo que sobrevendría en Alemania durante la guerra mundial.

Uno de los rasgos de la civilización moderna es que la masa popular, cuando el zapato aprieta por una razón u otra, busca chivos emisarios entre

los integrantes de cualquier raza, religión o color para liberar la ira contenida. Luego vuelve aliviada a la vida cotidiana. Se entiende que los más apropiados para hacer de chivos emisarios son las minorías nacionales, que hasta el momento han sido abandonadas o maltratadas. Y precisamente en virtud de esa debilidad y del precedente de los malos tratos, se les practican, sin temor al castigo, las peores crueldades. En Estados Unidos, el discriminado y perseguido es el negro. En Europa Occidental son los italianos quienes suelen cumplir este papel.

A fines de siglo, en el barrio proletario de Zurich, Aussersihl, estalló un pogromo contra los italianos luego del asesinato de un niño. En Francia, el nombre de la ciudad de Aiguesmortes recuerda el célebre motín de los obreros quienes, amargados por los hábitos austeros de los inmigrantes italianos, que provocaron una reducción general de salarios, trataron de enseñarles la necesidad de poseer un mejor nivel de vida, en la mejor tradición de su antepasado, el *Homo hauseri* de Dordoña. Con el estallido de la guerra mundial, las tradiciones del hombre de Neanderthal adquirieron repentinamente una gran popularidad. En la tierra de pensadores y poetas, la «época de grandeza» vino acompañada del retorno repentino a los instintos de los contemporáneos del mamut, el oso de las cavernas y el rinoceronte lanudo.

La Rusia de los zares no era un estado tan civilizado, por cierto, y el maltrato de extranjeros y demás actividades públicas no reflejaban la psicología popular. Era, más bien, un monopolio del gobierno, fomentado y organizado en el momento oportuno por las instituciones estatales y estimulado con ayuda del vodka gubernamental.

Tenemos, por ejemplo, el famoso juicio de los «Votiaks de Multan», en los años 90. Siete campesinos de la tribu Votiak, de la aldea del Gran Multan en la provincia de Viatka, semipaganos y semisalvajes, fueron encarcelados bajo la acusación de practicar el asesinato ritual. El supuesto asesinato ritual no era, por supuesto, sino un pequeño y fortuito incidente en la política oficial, destinado a cambiar el estado de ánimo de las masas hambrientas y esclavizadas, con un poco de circo. Pero nuevamente la *intelligentsia* rusa, con Korolenko a la cabeza, se plegó a la causa de los semisalvajes votiaks. Korolenko se lanzó vehementemente a la lucha, para

desenredar el laberinto de malentendidos y mentiras. Trabajó pacientemente, con ese instinto infalible para hallar la verdad que nos recuerda a Jaurés en la defensa de Dreyfus[184]. Movilizó a la prensa y a la opinión pública, obtuvo un nuevo juicio y, haciéndose cargo de la defensa personalmente, consiguió finalmente la absolución.

En Europa oriental, el sujeto preferido para distraer la ira popular han sido siempre los judíos, y es de suponer que su papel todavía no está agotado. Las circunstancias en que se desarrolló el último escándalo público (el famoso juicio Beyliss) estaban realmente a tono. Este caso de asesinato ritual por un judío en 1913 fue, por así decirlo, el último acto de un régimen despótico en retirada. Podría llamarse el «collar de la reina» del *ancien regime* ruso. Como fruto tardío de la contrarrevolución de 1907-1911 ya la vez predecesor simbólico de la guerra mundial, este caso de asesinato ritual de Kishinev pasó rápidamente a ocupar el centro del interés público. La *intelligentsia* progresista rusa se identificó con la causa del carnicero judío de Kishinev. El juicio se convirtió en un campo de batalla donde se midieron las fuerzas progresistas y reaccionarias. Los abogados más astutos y los mejores periodistas, prestaron sus servicios a la causa. Por supuesto que Korolenko fue también uno de los dirigentes de la lucha. Así, poco antes de que se alzara el telón sangriento de la guerra mundial, la reacción rusa sufrió una aplastante derrota moral. La acusación cayó bajo el ataque avasallador de la *intelligentsia* opositora. Se reveló al mismo tiempo la hipocresía del régimen zarista que, muerto y podrido internamente, esperaba el golpe de gracia de parte del movimiento libertario.

Durante la década del 80, después del asesinato de Alejandro II, Rusia se sumergió en un periodo de desesperación paralizante. Las reformas judiciales y agrarias liberales de los años sesenta fueron derogadas en todas partes. Durante el reinado de Alejandro III prevalecía un silencio sepulcral. Desanimados por la imposibilidad de obtener reformas pacíficamente, y por la aparente inutilidad de la movilización revolucionaria, el pueblo ruso cayó totalmente en la apatía y la resignación.

En esta atmósfera de apatía y desaliento, la *intelligentsia* rusa comenzó a desarrollar tendencias metafísico-místicas como las que se observan en la filosofía de Soloviev[185]. Se veía claramente la influencia de Nietzsche[186].

En la literatura predominaba el tono pesimista de las novelas de Garshin y las poesías de Nadson. La mística de Dostoievski en *Los hermanos Karamazov* y las doctrinas ascéticas de Tolstoi concordaban perfectamente con el espíritu reinante. La idea de «no oponer resistencia al mal», el repudio de la violencia en la lucha contra la reacción, a la cual, se decía, había que oponer el «alma purificada» del individuo; tales teorías de pasividad social se convirtieron en un serio peligro para la *intelligentsia* rusa de la década del ochenta: tanto más cuanto eran presentadas por medios tan cautivantes como el genio literario y la autoridad moral de Tolstoi.

Mijailovski, dirigente espiritual de la organización Voluntad del Pueblo[187] dirigió una enconada polémica contra Tolstoi. También Korolenko saltó a la palestra. Él, el tierno poeta incapaz de olvidar una escena de su niñez, ya fuera el susurro de un bosque, una caminata al caer la tarde por los campos silenciosos o el recuerdo de un paisaje en sus múltiples tonos y luces; Korolenko, que despreciaba todo lo que fuera política, alzaba ahora la voz con decisión, para predicar el odio agresivo, filoso como la hoja de un sable, y la oposición beligerante. A las leyendas, parábolas y cuentos de Tolstoi, respondió con *La leyenda de Floro*, escrito al estilo del evangelio.

Los romanos gobernaban la Judea a sangre y fuego explotando la tierra y a su gente. El pueblo gemía y doblada la espalda bajo el odiado yugo. Conmovido por los sufrimientos de su pueblo, Menachem el Sabio, hijo de Yehuda apela a las heroicas tradiciones de sus antepasados y predica la rebelión contra los romanos, la «guerra santa». Pero entonces toma la palabra la secta gentil de los Sossaianos (quienes, al igual que Tolstoi, repudiaban la violencia y veían la solución únicamente en la purificación del alma, en el aislamiento y en la abnegación). «Siembras mucha miseria cuando llamas a los hombres a luchar», le dicen a Menachem. «Si una ciudad sitiada se resiste, el enemigo perdonará la vida de los humildes, pero matará a los rebeldes. Nosotros enseñamos al pueblo a someterse para evitar así su destrucción […] No se seca el agua con el agua, ni se apaga con el fuego el fuego. Por eso, no se vence a la violencia con violencia, que es en sí mala».

A lo que Menachem responde con firmeza: «La violencia no es mala ni buena, es solamente violencia. Buena o mala es solamente su aplicación. La violencia física es mala si se utiliza para robar u oprimir al débil; pero si se alza para trabajar o en defensa del prójimo, la violencia significa bienestar. Es cierto que no se apaga el fuego con fuego ni se seca el agua con agua, pero la piedra rompe a la piedra, y sólo se detiene al acero con el acero, y a la violencia con la violencia. Sabed esto: el poder de los romanos es fuego, pero vuestra humildad es […] madera. Y el fuego no se detendrá hasta haber consumido toda la madera».

La *Leyenda* concluye con la oración de Menachem: «¡Oh, Adonai, Adonai! No nos permitas mientras vivamos desobedecer el santo mandamiento: luchar contra la injusticia […] No nos permitas jamás pronunciar estas palabras: sálvate y deja a los débiles librados a su destino […] También creo, oh Adonai, que tu reino vendrá sobre la Tierra. La violencia y la opresión desaparecerán y el pueblo se congregará para celebrar la fiesta de la hermandad. Y jamás la mano del hombre volverá a verter la sangre del hombre».

Cual brisa refrescante, este credo rebelde penetró en la profunda niebla de la indolencia y el misticismo. Korolenko estaba preparado para la nueva «violencia» histórica rusa que pronto levantaría su brazo bienhechor, el brazo para trabajar y luchar por la libertad.

IV

Mi niñez, de Máximo Gorki es, en muchos sentidos, una interesante contrapartida de la *Historia de un contemporáneo*, de Korolenko. Artísticamente, son polos opuestos. Korolenko, como su adorado Turgueniev, posee una naturaleza enteramente lírica, un alma tierna donde caben muchos estados de ánimo. Gorki tiene, en la tradición dostoievskiana, una visión profundamente dramática de la vida; es un hombre de energía y acción concentradas. Aunque Korolenko conoce bien los horrores de la vida social, posee la capacidad de Turgueniev de presentar los incidentes más

crueles dentro de una perspectiva que disminuye su crueldad, enmarcados en los vapores de la visión poética y en los encantos del escenario natural. Para Gorki, al igual que para Dostoievski, hasta los eventos cotidianos más simples están llenos de horribles espectros y visiones atormentadas, presentados en pensamientos de implacable horror, sin perspectivas, casi desprovistos de todo escenario natural.

Si, como dice Ulrici, el drama es la poesía de la acción, el elemento dramático resalta, evidentemente, en las novelas de Dostoievski. Están repletas de acción, experiencia y tensión hasta un grado tal que la recopilación compleja e irritante parece por momentos aplastar el elemento épico de la novela, violar en cualquier momento sus fronteras. Después de leer con ansiedad asfixiante uno o dos de sus voluminosos libros, a uno le parece increíble haber vivido los acontecimientos de tan sólo dos o tres días. Es igualmente característico de la aptitud dramática de Dostoievski el presentar el problema central del argumento y los grandes conflictos que conducen al clímax al comienzo de la novela. El lector no experimenta los preliminares, el desarrollo de la novela, en forma directa. Los tiene que deducir retrospectivamente de la acción. También Gorki, al retratar la inercia absoluta, la quiebra total de la energía humana, como en *Las profundidades*, utiliza el drama como medio y logra incluso insuflar vida a la pálida faz de sus personajes.

Korolenko y Gorki representan no sólo dos personalidades literarias disímiles, sino dos generaciones de literatura e ideología libertaria rusa. El interés de Korolenko se centra en el campesino; Gorki, discípulo entusiasta del socialismo científico alemán, se interesa en los proletarios de las ciudades, y su sombra, el lumpen-proletariado. Mientras que la naturaleza es el marco habitual de los cuentos de Korolenko, en Gorki es el taller, la buhardilla y la pensión.

La clave de las respectivas personalidades de estos artistas está en sus diferentes orígenes. Korolenko se crió en un medio acomodado, de clase media. Su niñez le dio el sentimiento, que siempre acompaña a los niños felices, de que el mundo y todo lo que contiene es sólido y estable. Gorki, cuyas raíces se hunden en parte en la pequeña burguesía y en parte en el lumpenproletariado, se crió en una atmósfera realmente dostoievskiana de

horror, crimen y súbitos estallidos de pasiones humanas. De niño ya era un lobezno que mostraba los dientes al destino. Su juventud, llena de privaciones, insultos y opresión, llena de incertidumbre y abusos, transcurrió cerca de la escoria de la sociedad y abarcó todos los rasgos típicos del proletariado moderno. Sólo quienes hayan leído la autobiografía de Gorki pueden concebir su increíble ascenso desde lo más bajo de la sociedad a las alturas soleadas de la educación moderna, la artesanía ingeniosa y la perspectiva científica de la vida. Las vicisitudes de su vida son simbólicas del proletariado ruso como clase que, en el lapso increíblemente breve de dos décadas, ha ascendido también de la vida inculta, ruda y difícil bajo el zar, a través de la dura escuela de la lucha, a la acción histórica. Esto seguramente es inconcebible para los filisteos de la cultura, quienes piensan que la buena iluminación callejera, los ferrocarriles que marchan a horario, los cuellos almidonados y el trajín de la maquinaria parlamentaria representan la libertad política.

El inmenso encanto de la prosa poética de Korolenko constituye también su limitación. Vive por entero en el presente, en los acontecimientos del momento, en las impresiones sensoriales. Sus historias son como ramos recién cortados de flores silvestres. Pero el tiempo es duro para con sus colores alegres, su delicado aroma. La Rusia que pinta Korolenko ya no existe; es la Rusia de ayer. La atmósfera tierna y poética que envuelve a sus personajes y a su tierra ha desaparecido. Desapareció hace una década y media, desplazada por la trágica y tormentosa atmósfera de los Gorki, los pájaros agoreros de la revolución. En el propio Korolenko dio paso a una nueva agresividad. En él, al igual que en Tolstoi, el triunfo final fue para el luchador social; el gran ciudadano desplazó al poeta soñador. Cuando en la década del ochenta Tolstoi comenzó a predicar su evangelio moral bajo la forma de un nuevo estilo literario folklórico, Turgueniev escribió al sabio anciano de Iasnaía Poliana, para implorarle en nombre de la patria que volviera al arte puro. También los amigos de Korolenko se lamentaron amargamente cuando éste abandonó su fragante poesía para dedicarse por entero al periodismo. Pero el espíritu de la literatura rusa, el sentimiento de responsabilidad social, demostró ser más

fuerte para este poeta de ricos dones que su amor a la naturaleza, su deseo de una vida vagabunda sin molestias, y sus ansias poéticas.

Arrastrado por el torrente revolucionario de fines de siglo, el poeta que había en él se fue llamando a silencio, mientras el combatiente libertario desenvainaba su espada para ocupar el centro espiritual del movimiento de oposición de los intelectuales rusos. La *Historia de mi contemporáneo* publicada en la antología The Russian Treasury es el último producto de su genio, poesía a medias, pero enteramente la verdad, como todo en la vida de Korolenko.

LA REVOLUCIÓN RUSA

[En febrero de 1917 comenzó la Revolución Rusa con el derrocamiento del zarismo y la instauración de una democracia burguesa. Pero las contradicciones sociales eran tan agudas en Rusia que ningún gobierno capitalista tenía la menor posibilidad de resolverlas. Bajo la dirección de Lenin y Trotsky, el Partido Bolchevique denunció ante las masas, incansablemente, las contradicciones y errores del gobierno liberal burgués, y señaló que la única solución era la revolución socialista.

En octubre los bolcheviques tomaron el poder y procedieron a satisfacer las exigencias de tierra, paz y pan elevadas por los campesinos, soldados y obreros. Pronto se vieron embarcados en una lucha amarga y devastadora por la supervivencia de la revolución. Tuvieron que combatir al Ejército Blanco[188] contrarrevolucionario apoyado por las tropas invasores de catorce naciones.

Rosa Luxemburgo, todavía encerrada en su celda de Alemania, seguía con tremendo entusiasmo el desarrollo de la Revolución, y también con mucho temor de que no pudiera resistir a la furiosa embestida de sus enemigos si no acudía pronto en su ayuda la revolución en Europa Occidental, especialmente en Alemania. Todo lo que escribió sobre Rusia desde febrero de 1917 hasta noviembre de 1918 tenía el objetivo de extraer enseñanzas de la Revolución Rusa y movilizar a los obreros alemanes; los instaba a emprender la acción, en beneficio de ellos mismos y de la vanguardia combatiente de la revolución mundial, el proletariado ruso.

No mezquinó palabras en su condena a los «Kautskys rusos» (los mencheviques), que declaraban que Rusia no era capaz de llegar al socialismo y en consecuencia saboteaban todo esfuerzo por avanzar.

Elogiaba sin reservas a los bolcheviques y reconocía la importancia mundial de la tarea histórica que habían encarado. A eso se refiere exactamente cuando termina su folleto diciendo: «el futuro pertenece en todas partes al “bolchevismo”».

Rosa Luxemburgo percibió claramente la grandeza esencial de la Revolución Rusa, y reconocía que su curso podría haber sido muy distinto si los obreros alemanes hubieran acudido en auxilio de sus camaradas rusos. Al mismo tiempo, mantenía una posición muy crítica sobre algunos aspectos de la política bolchevique de gobierno, como lo expresa en el borrador inconcluso de «La Revolución Rusa».

En nuestra introducción a esta obra exponemos en extenso los temas de que trata y las circunstancias en que se escribió el folleto; aquí señalaremos sólo algunas cuestiones. Como ya dijimos, el folleto fue escrito en la cárcel, donde era muy restringido el acceso a la información sobre los acontecimientos que se sucedían en ese momento. Incluso fuera de los muros de la prisión, el gobierno alemán no tenía ningún interés en proporcionar a los obreros de su país, cada vez más rebeldes, un informe diario de cómo hacer una revolución. Los dirigentes de la Liga Espartaco que estaban en libertad adoptaron una política extremadamente cautelosa hacia cualquier crítica a los bolcheviques, a causa de la dificultad para obtener información desprejuiciada y exacta, y porque su responsabilidad fundamental era defender la Revolución Rusa y explicar su significación a los obreros alemanes. Eso era lo esencial, y no querían que hubiera ninguna ambigüedad respecto a quién apoyaba en Alemania a la Revolución Rusa.

En las publicaciones de Espartaco aparecieron algunos artículos criticando aspectos de la política bolchevique, pero un artículo escrito por Rosa Luxemburgo en prisión fue rechazado por los editores. Paul Levi viajó especialmente a Breslau para disuadirla de publicarlo. Estuvo de acuerdo, porque Levi la convenció de que daba armas a los enemigos de la Revolución Rusa aportando su autoridad moral a los ataques a la política de los bolcheviques, especialmente en lo referente a la conclusión del Tratado de Brest-Litovsk. [Después que partió Levi hizo un borrador de su folleto sobre la Revolución Rusa y se lo envió con una nota que decía: «Escribo esto para ti, y si logro convencerte *a*

ti el esfuerzo no estará perdido». Nunca lo publicó ni intentó hacerlo; fue recién después que a Levi se lo expulsó del Partido Comunista Alemán que éste lo publicó por su cuenta en 1922. Respecto a algunas cuestiones, aunque no todas, Rosa Luxemburgo cambió definitivamente su posición durante los últimos meses de su vida.

El capítulo sobre «La cuestión de las nacionalidades» constituye uno de sus ataques más claros y enconados al apoyo bolchevique al derecho de las naciones a su autodeterminación. [La traducción al inglés es de Bertram D. Wolfe. Fue publicada por primera vez por Workers Age Publishers en 1940. En 1961 apareció una nueva edición de Ann Arbor Paperbacks (Imprenta de la Universidad de Michigan). En muchas partes el original consiste en notas en borrador que nunca fueron muy elaboradas, pero en la mayor parte de estos casos queda claro qué quiso decir la autora.]

1. Importancia fundamental de la Revolución Rusa

La Revolución Rusa constituye el acontecimiento más poderoso de la Guerra Mundial. Su estallido, su radicalismo sin precedentes, sus consecuencias perdurables, son la condena más evidente a las mentiras que con tanto celo propagó la socialdemocracia oficial a comienzos de la guerra como cobertura ideológica de la campaña de conquista del imperialismo alemán. Me refiero a lo que se dijo respecto a la misión de las bayonetas alemanas, que iban a derrocar al zarismo ruso y liberar a sus pueblos oprimidos.

El poderoso golpe de la Revolución Rusa, sus profundas consecuencias que transformaron todas las relaciones de clase, elevaron a un nuevo nivel todos los problemas económicos y sociales, y, con la fatalidad de su propia lógica interna, se desarrollaron consecuentemente desde la primera fase de la república burguesa hasta etapas más avanzadas, reduciendo finalmente la caída del zarismo a un simple episodio menor. Todo esto deja claro como el día que la liberación de Rusia no fue una consecuencia de la guerra y de la

derrota militar del zarismo ni un servicio prestado por «las bayonetas alemanas en los puños alemanes», como lo prometió una vez, en uno de sus editoriales, el *Neue Zeit* dirigido por Kautsky. Demuestran, por el contrario, que la liberación de Rusia hundía profundamente sus raíces en la tierra de su propio país y su maduración completa fue un asunto interno. La aventura militar del imperialismo alemán, emprendida con la bendición ideológica de la socialdemocracia alemana, no produjo la revolución en Rusia. Sólo sirvió para interrumpirla al principio, para postergarla por un tiempo luego de su primera alza tempestuosa de los años 1911-1913 y luego, después de su estallido, para crearle las condiciones más difíciles y anormales.

Más aún; para cualquier observador reflexivo estos hechos refutan de manera decisiva la teoría que Kautsky compartía con los socialdemócratas del gobierno, que suponía que Rusia, por ser un país económicamente atrasado y predominantemente agrario, no estaba maduro para la revolución social y la dictadura del proletariado. Esta teoría, que considera que la única revolución posible en Rusia es la *burguesa*, es también la del ala oportunista del movimiento obrero ruso, los llamados mencheviques, que están bajo la experta dirección de Axelrod y Dan. En esta concepción basan los socialistas rusos su táctica de alianza con el liberalismo burgués. En esta concepción de la Revolución Rusa, de la que se deriva automáticamente su posición sobre las más mínimas cuestiones tácticas, los oportunistas rusos y los alemanes están en un todo de acuerdo con los socialistas gubernamentales de Alemania. Según estos tres grupos, la Revolución Rusa tendría que haberse detenido en la etapa que, según la mitología de la socialdemocracia alemana, constituía el noble objetivo por el que bregaba el imperialismo alemán al entrar en la guerra; es decir, tendría que haberse detenido con el derrocamiento del zarismo. Según ellos, si la revolución ha ido más allá, planteándose como tarea la dictadura del proletariado, eso se debe a un error del ala extrema del movimiento obrero ruso, los bolcheviques. Y presentan todas las dificultades con las que tropezó la revolución en su desarrollo ulterior, todos los desórdenes que sufrió, simplemente como un resultado de este error fatídico.

Teóricamente, esta doctrina (recomendada como fruto del «pensamiento marxista» por el *Vorwaerts* de Stampfer**[189]** y también por Kautsky) deriva

del original descubrimiento «marxista» de que la revolución socialista es nacional y un asunto, por así decirlo, doméstico, que cada país moderno encara por su cuenta. Por supuesto, en medio de la confusa neblina de la teoría, un Kautsky sabe muy bien cómo delinear las relaciones económicas mundiales del capital que hacen de todos los países modernos un organismo único e integrado. Además, los problemas de la Revolución Rusa, por ser éste un producto de los acontecimientos internacionales con el agregado de la cuestión agraria, no pueden resolverse dentro de los límites de la sociedad burguesa.

Prácticamente, esta teoría refleja el intento de sacarse de encima toda responsabilidad por el proceso de la Revolución Rusa, en la medida en que esa responsabilidad afecta al proletariado internacional, y especialmente al alemán; y también de negar las conexiones internacionales de esta revolución. Los acontecimientos de la guerra y la Revolución Rusa no probaron la inmadurez de Rusia sino la inmadurez del proletariado alemán para la realización de sus tareas históricas. Un examen crítico de la Revolución Rusa debe tener como primer objetivo dejar esto perfectamente aclarado.

El destino de la revolución en Rusia dependía totalmente de los acontecimientos internacionales. Lo que demuestra la visión política de los bolcheviques, su firmeza de principios y su amplia perspectiva es que hayan basado toda su política en la revolución proletaria mundial. Esto revela el poderoso avance del desarrollo capitalista durante la última década. La revolución de 1905-1907 despertó apenas un débil eco en Europa. Por lo tanto, tenía que quedar como un mero capítulo inicial. La continuación y la conclusión estaban estrechamente ligadas al desarrollo ulterior de Europa.

Concretamente, lo que podrá sacar a luz los tesoros de las experiencias y las enseñanzas no será la apología acrítica sino la crítica penetrante y reflexiva. Nos vemos enfrentados al primer experimento de dictadura proletaria de la historia mundial (que además tiene lugar bajo las condiciones más difíciles que se pueda concebir, en medio de la conflagración mundial y la masacre imperialista, atrapado en las redes del poder militar más reaccionario de Europa, acompañado por la más completa deserción de la clase obrera internacional). Sería una loca idea pensar que

todo lo que se hizo o se dejó de hacer en un experimento de dictadura del proletariado llevado a cabo en condiciones tan anormales representa el pináculo mismo de la perfección. Por el contrario, los conceptos más elementales de la política socialista y la comprensión de los requisitos históricos necesarios nos obligan a entender que, bajo estas condiciones fatales, ni el idealismo más gigantesco ni el partido revolucionario más probado pueden realizar la democracia y el socialismo, sino solamente distorsionados intentos de una y otro.

Hacer entender esto claramente, en todos sus aspectos y con todas las consecuencias que implica, constituye el deber elemental de los socialistas de todos los países. Pues sólo sobre la base de la comprensión de esta amarga situación podemos medir la enorme magnitud de la responsabilidad del proletariado internacional por el destino de la Revolución Rusa. Más aún; sólo sobre esta base puede ser efectiva y de decisiva importancia la resuelta acción internacional de la revolución proletaria, acción sin la cual hasta los mayores esfuerzos y sacrificios del proletariado de un solo país inevitablemente se confunden en un fárrago de contradicciones y errores garrafales.

No caben dudas de que los dirigentes de la Revolución Rusa, Lenin y Trotsky, han dado más de un paso decisivo en su espinoso camino sembrado de toda clase de trampas con grandes vacilaciones interiores y haciéndose una gran violencia. Están actuando en condiciones de amarga compulsión y necesidad, en un torbellino rugiente de acontecimientos. Por lo tanto, nada debe estar más lejos de su pensamiento que la idea de que todo lo que hicieron y dejaron de hacer debe ser considerado por la Internacional como un ejemplo brillante de política socialista que sólo puede despertar admiración acrítica y un fervoroso afán de imitación.

No menos erróneo sería suponer que un examen crítico del camino seguido hasta ahora por la Revolución Rusa debilitaría el respeto hacia ella o la fuerza de atracción que ejerce su ejemplo, que son lo único que puede despertar a las masas alemanas de su inercia fatal. Nada más lejos de la verdad. El despertar de la energía revolucionaria de la clase obrera alemana ya nunca más podrá ser canalizado por los métodos carceleros de la socialdemocracia de este país, de tan triste memoria. Nunca más podrá

conjurarla alguna autoridad inmaculada, ya sea la de nuestros «comités superiores» o la del «ejemplo ruso». La genuina capacidad para la acción histórica no renacerá en el proletariado alemán en un clima de aplaudir indiscriminadamente todo. Sólo puede resultar de la comprensión de la tremenda seriedad y complejidad de las tareas a encarar; de la madurez política y la independencia de espíritu; de la capacidad coartada, con distintos pretextos, por la socialdemocracia en el transcurso de las últimas décadas. El análisis crítico de la Revolución Rusa con todas sus consecuencias históricas constituye el mejor entrenamiento para la clase obrera alemana e internacional, teniendo en cuenta las tareas que le aguardan como resultado de la situación actual.

El primer periodo de la Revolución Rusa, desde su comienzo en marzo hasta la Revolución de Octubre, corresponde exactamente, en líneas generales, al proceso seguido tanto por la gran Revolución Inglesa como por la gran Revolución Francesa. Es el proceso típico de todo primer ensayo general que realizan las fuerzas revolucionarias que alberga la sociedad burguesa en sus entrañas.

Su desarrollo avanza siempre en línea ascendente: desde un comienzo moderado a una creciente radicalización de los objetivos y, paralelamente, desde la coalición de clases y partidos hasta el partido radical como único protagonista.

En el estallido de marzo de 1917, los «cadetes[190]», es decir la burguesía liberal, estaban a la cabeza de la revolución. La primera oleada ascendente de la marea revolucionaria arrasó con todos y con todo. La Cuarta Duma, producto ultrarreccionario del ultrarreaccionario derecho al sufragio de las cuatro clases, que fue una consecuencia del golpe de Estado, se convirtió súbitamente en un organismo revolucionario. Todos los partidos burgueses, incluyendo los de la derecha nacionalista, de pronto formaron un frente contra el absolutismo. Éste calló al primer golpe, casi sin lucha, como un organismo muerto que sólo necesita que se lo toque para caerse. También se liquidó en pocas horas el breve intento de la burguesía liberal de salvar al menos el trono y la dinastía. La arrolladora marcha de los acontecimientos saltó en días y horas distancias que anteriormente, en Francia, llevó décadas atravesar. En este aspecto, resulta claro que Rusia

aprovechó los resultados de un siglo de desarrollo europeo, y sobre todo que la revolución de 1917 fue la continuación directa de la de 1905-1907, no un regalo del «liberador» alemán. El movimiento de marzo de 1917 comenzó exactamente en el punto en que fue interrumpido diez años antes. La república democrática fue el producto completo, internamente maduro, del primer asalto revolucionario.

Pero luego comenzó la segunda tarea, la más difícil. Desde el primer momento la fuerza motriz de la revolución fue la masa del proletariado urbano. Sin embargo, sus reivindicaciones no se limitaban a la democracia política; atacaban esa cuestión tan candente que era la política internacional al exigir la paz inmediata. Al mismo tiempo, la revolución abarcó a la masa del ejército, que elevó la misma exigencia de paz inmediata, y a la gran masa campesina, que puso sobre el tapete la cuestión agraria, que desde 1905 constituía el eje de la revolución. Paz inmediata y tierra: estos dos objetivos provocarían inevitablemente la ruptura del frente revolucionario. La reivindicación de paz inmediata se oponía irreconciliablemente a las tendencias imperialistas de la burguesía liberal, cuyo vocero era Miliukov[191]. Y el problema de la tierra se erguía como un espectro terrorífico ante la otra ala de la burguesía, los propietarios rurales. Además significaba un ataque al sagrado principio general de la propiedad privada, punto sensible de toda clase propietaria.

En consecuencia, al día siguiente de los primeros triunfos revolucionarios comenzó una lucha interna sobre las dos cuestiones candentes: paz y tierra. En la burguesía liberal se dio la táctica de arrastrar los problemas y evadirlos. Las masas trabajadoras, el ejército, el campesinado, presionaban cada vez con más fuerza. No cabe duda que la cuestión de la paz y la de la tierra signaron el destino de la democracia política en la república. Las clases burguesas, arrastradas por la primera oleada de la tormenta revolucionaria, se dejaron llevar hasta el gobierno republicano. Luego comenzaron a buscarse una base de apoyo en la retaguardia y a organizar silenciosamente la contrarrevolución. La campaña del cosaco Kaledin[192] contra Petersburgo expresó claramente esta tendencia. De haber tenido éxito el ataque, no sólo hubiera quedado sellado el destino de la cuestión de la paz y de la tierra, sino también el de la

república. El resultado inevitable hubiera sido la dictadura militar, el reinado del terror contra el proletariado y luego el retorno a la monarquía.

De todo esto deducimos el carácter utópico y fundamentalmente reaccionario de las tácticas por las cuales los «kautskianos» rusos o mencheviques se permitían guiarse. Petrificados por el mito del carácter burgués de la Revolución Rusa —¡todavía hoy sostienen que Rusia no está madura para la revolución social!— se aferraron desesperadamente a la coalición con los liberales burgueses. Pero ésta implica la unión de elementos a los que el desarrollo interno natural de la revolución ha separado y ha hecho entrar en el más agudo de los conflictos. Los Axelrod y los Dan[193] querían, a toda costa, colaborar con las clases y los partidos que significaban el mayor peligro y la mayor amenaza para la revolución y la primera de sus conquistas, la democracia.

Resulta especialmente asombroso observar cómo este industrioso trabajador (Kautsky), con su incansable labor de escritor metódico y pacífico, durante los cuatro años de la guerra mundial horadó una brecha tras otra en la estructura del socialismo. De esa obra el socialismo emerge agujereado como un colador, sin un punto sano. La indiferencia acrítica con la que sus seguidores consideran la ardua tarea de su teórico oficial y se tragan cada uno de sus nuevos descubrimientos sin mover una pestaña, solamente encuentra parangón en la indiferencia con que los secuaces de Scheidemann[194] y Cía. contemplan cómo este último llena de agujeros al socialismo en la práctica. Ambos trabajos se complementan totalmente. Desde el estallido de la guerra, Kautsky, el guardián oficial del templo del marxismo, en realidad ha estado haciendo en la teoría las mismas cosas que los Scheidemann en la práctica, es decir: 1) la Internacional como instrumento de la paz; 2) el desarme, la liga de naciones y el nacionalismo; 3) democracia, *no* socialismo.

En esta situación, la tendencia bolchevique cumplió la misión histórica de proclamar desde el comienzo y seguir con férrea consecuencia las únicas tácticas que podían salvar la democracia e impulsar la revolución. Todo el poder a las masas obreras y campesinas, a los soviets: éste era, por cierto, el único camino que tenía la revolución para superar las dificultades; ésta fue la espada con la que cortó el nudo gordiano, sacó a la revolución de su

estrecho callejón sin salida y le abrió un ancho cauce hacia los campos libres y abiertos.

El partido de Lenin, en consecuencia, fue el único, en esta primera etapa, que comprendió cuál era el objetivo real de la revolución. Fue el elemento que impulsó la revolución, y por lo tanto el único partido que aplicó una verdadera política socialista.

Esto explica, también, cómo fue que los bolcheviques, que al comienzo de la revolución eran una minoría perseguida, calumniada y atacada por todos lados, llegaron en un breve lapso a estar a la cabeza de la revolución y a nuclear bajo su estandarte a las genuinas masas populares: el proletariado urbano, el ejército, los campesinos, y también a los elementos revolucionarios dentro de la democracia, el ala izquierda de los socialrevolucionarios.

La situación real en que se encontró la Revolución Rusa se redujo en pocos meses a la alternativa: victoria de la contrarrevolución o dictadura del proletariado, Kaledin o Lenin. Ésa era la situación objetiva, tal como se presenta en toda revolución después que pasa el primer momento de embriaguez, tal como se presentó en Rusia como consecuencia de las cuestiones concretas y candentes de la paz y la tierra, para las que no había solución dentro de los marcos de la revolución burguesa.

La Revolución Rusa no hizo más que confirmar lo que constituye la lección básica de toda gran revolución, la ley de su existencia: o la revolución avanza a un ritmo rápido, tempestuoso y decidido, derriba todos los obstáculos con mano de hierro y se da objetivos cada vez más avanzados, o pronto retrocede de su débil punto de partida y resulta liquidada por la contrarrevolución. Nunca es posible que la revolución se quede estancada, que se contente con el primer objetivo que alcance. Y el que trata de aplicar a la táctica revolucionaria la sabiduría doméstica extraída de las disputas parlamentarias entre sapos y ratones lo único que demuestra es que le son ajenas la sicología y las leyes de existencia de la revolución, y que toda la experiencia histórica es para él un libro cerrado con siete sellos.

Veamos el proceso de la Revolución Inglesa desde su comienzo en 1642. Allí la lógica de los acontecimientos determinó que los

presbiterianos, al vacilar, porque sus dirigentes eludían deliberadamente la batalla decisiva con Carlos I y el triunfo sobre éste, fueran reemplazados por los independientes, que los echaron del Parlamento y se adueñaron del poder. Del mismo modo, dentro del ejército de los independientes, la masa de soldados pequeño-burguesa más plebeya, los «niveladores» de Lilburn, constituían la fuerza motriz de todo el movimiento independiente; así como, por último, los elementos proletarios dentro de la masa de soldados, los que más lejos iban en sus aspiraciones de revolución social, y que estaban expresados por el movimiento de los «*Diggers*», constituían a su vez la levadura del partido democrático de los «*Levelers*[195]».

Sin la influencia moral de los elementos proletarios revolucionarios sobre la masa de soldados, sin la presión de la masa democrática de soldados sobre las capas superiores burguesas del Partido de los Independientes, no se hubiera «purgado» el Parlamento de presbiterianos; no hubiera terminado en un triunfo la guerra con el ejército de los *cavaliers*[196] y los escoceses; no se hubiera juzgado y ejecutado a Carlos I; no se hubiera abolido la Cámara de los Lores ni proclamado la República.

¿Y qué sucedió en la gran Revolución Francesa? Después de cuatro años de lucha, la toma del poder por los jacobinos demostró ser el único medio de salvar las conquistas de la revolución, de alcanzar la República, de liquidar el feudalismo, de organizar la defensa revolucionaria contra los enemigos internos y externos, de terminar con las conspiraciones de la contrarrevolución y de expandir la ola revolucionaria de Francia a toda Europa.

Kautsky y sus correligionarios rusos, que querían que la Revolución Rusa conservara su «carácter burgués» de la primera fase, son la contrapartida exacta de esos liberales alemanes e ingleses del siglo pasado que distinguían entre los dos consabidos periodos de la gran Revolución Francesa: la revolución «buena» de la primera etapa girondina y la «mala» de la etapa posterior al levantamiento jacobino. La superficialidad liberal de esta concepción de la historia seguramente no se toma el trabajo de comprender que sin el levantamiento de los jacobinos «inmoderados» hasta las primeras conquistas de la etapa girondina, tímidas y débiles como fueron, pronto hubieran sido enterradas bajo las ruinas de la revolución, y

que la alternativa verdadera a la dictadura jacobina, tal como el curso de hierro del desarrollo histórico planteó la cuestión en 1793, no era la democracia «moderada», ¡sino… la restauración borbónica! No se puede mantener el «justo medio» en ninguna revolución. La ley de su naturaleza exige una decisión rápida: o la locomotora avanza a todo vapor hasta la cima de la montaña de la historia, o cae arrastrada por su propio peso nuevamente al punto de partida. Y arrollará en su caída a aquellos que quieren, con sus débiles fuerzas, mantenerla a mitad de camino, arrojándolos al abismo.

Queda claro entonces que en toda revolución sólo podrá tomar la dirección y el poder el partido que tenga el coraje de plantear las consignas adecuadas para impulsar el proceso hacia adelante y de extraer de la situación todas las conclusiones necesarias para lograrlo. Esto hace evidente, también, el rol miserable que jugaron los Dan, los Tseretelli[197], etcétera, que al comienzo ejercían una enorme influencia sobre las masas pero, después de sus prolongadas oscilaciones y de que se opusieron con todas sus fuerzas a asumir el poder y la responsabilidad, fueron despiadadamente arrojados de la escena.

El partido de Lenin fue el único que asumió el mandato y el deber de un verdadero partido revolucionario garantizando el desarrollo continuado de la revolución con la consigna «Todo el poder al proletariado y al campesinado».

De esta manera resolvieron los bolcheviques el famoso problema de «ganar a la mayoría del pueblo», problema que siempre atormentó como una pesadilla a la socialdemocracia alemana. Como discípulos de carne y hueso del cretinismo parlamentario, estos socialdemócratas alemanes han tratado de aplicar a las revoluciones la sabiduría doméstica de la *nursery* parlamentaria: para largarse a hacer algo primero hay que contar con la mayoría. Lo mismo, dicen, se aplica a la revolución: primero seamos «mayoría». La verdadera dialéctica de las revoluciones, sin embargo, da la espalda a esta sabiduría de topos parlamentarios. El camino no va de la mayoría a la táctica revolucionaria, sino de la táctica revolucionaria a la mayoría.

Sólo un partido que sabe dirigir, es decir, que sabe adelantarse a los acontecimientos, consigue apoyo en tiempos tempestuosos. La resolución con que, en el momento decisivo, Lenin y sus camaradas ofrecieron la única solución que podía hacer avanzar los acontecimientos («todo el poder al proletariado y al campesinado»), los transformó de la noche a la mañana en los dueños absolutos de la situación, luego de haber sido una minoría perseguida, calumniada, puesta fuera de la ley, cuyo dirigente tenía que vivir, como un segundo Marat[198], escondido en los sótanos.

Más aún; los bolcheviques inmediatamente plantearon como objetivo de la toma del poder un programa revolucionario completo, de largo alcance; no la salvaguarda de la democracia burguesa sino la dictadura del proletariado para realizar el socialismo. De esta manera, se ganaron el imperecedero galardón histórico de haber proclamado por primera vez el objetivo final del socialismo como programa directo para la práctica política.

Todo lo que podía ofrecer un partido, en un momento histórico dado, en coraje, visión y coherencia revolucionarios, Lenin, Trotsky y los demás camaradas lo proporcionaron en gran medida. Los bolcheviques representaron todo el honor y la capacidad revolucionaria de que carecía la social democracia occidental. Su Insurrección de Octubre no sólo salvó realmente la Revolución Rusa; también salvó el honor del socialismo internacional.

2. La política agraria de los bolcheviques

Los bolcheviques son los herederos históricos de los niveladores ingleses y los jacobinos franceses. Pero la tarea concreta con la que se vieron enfrentados después de la toma del poder era incomparablemente más difícil que la de sus predecesores históricos. (Importancia de la cuestión agraria. Ya en 1905. ¡Luego, en la Tercera Duma, el ala derecha del campesinado! La cuestión campesina y la defensa, el ejército).

Con toda seguridad la solución del problema a través de la expropiación y distribución directas e inmediatas de la tierra por los campesinos era la manera más breve y simple de lograr dos cosas distintas: romper con la gran propiedad terrateniente y ligar inmediatamente a los campesinos al gobierno revolucionario. Como medida política para fortalecer el gobierno proletario socialista, constituía un excelente movimiento táctico. Desgraciadamente, sin embargo, la cuestión tiene dos caras; y el reverso consiste en que la apropiación directa de la tierra por los campesinos no tiene nada en común con la economía socialista.

En lo que se refiere a las relaciones dentro del agro, la transformación socialista de las relaciones económicas presupone dos cosas:

En primer lugar, sólo la nacionalización de las grandes propiedades rurales, que constituyen las formas y medios de producción agraria más avanzados técnicamente y más concentrados, puede servir de punto de partida al modo socialista de producción de la tierra. Por supuesto, no es necesario sacarle su parcela al pequeño campesino. Podemos esperar con confianza que será ganado voluntariamente por las ventajas de la producción social y que se persuada, primero, de la conveniencia de unirse a una cooperativa, y luego de la de entrar a formar parte del conjunto de la economía socializada. Sin embargo, toda reforma económica socialista de la tierra debe empezar obviamente por la gran propiedad y la mediana. El derecho de propiedad debe, antes que nada, ser patrimonio de la nación, o, lo que tratándose de un gobierno socialista significa lo mismo, del Estado. Ésta es la única manera de posibilitar la organización de la producción agrícola de acuerdo con las necesidades de la producción socialista a gran escala.

Además, en segundo lugar, constituye un requisito para esta transformación terminar con la separación entre economía rural e industria, tan característica de la sociedad burguesa; así se logrará la interpenetración y fusión de ambas, preparando el camino para la planificación de la producción agrícola e industrial con un criterio unificado. Cualquiera que sea la forma práctica particular en que se organice la economía (a través de comunas urbanas, como proponen algunos, o dirigida desde un centro gubernamental) debe estar precedida por una reforma introducida desde el

centro, y ésta a su vez precedida por la nacionalización de la tierra. Nacionalización de las grandes y medianas propiedades y unión de industria y agricultura: éstos son los dos requisitos fundamentales de cualquier reforma económica socialista; sin ellos no hay socialismo.

¡Quién puede reprochar al gobierno soviético no haber llevado a cabo estas poderosas reformas! Lenin y sus camaradas, en su breve periodo de gobierno, se han visto metidos en el centro de un rugiente remolino de luchas internas y externas, atacados por incontables enemigos y adversarios. Sería muy triste criticarlos porque, en tales circunstancias, no resolvieron, ni siquiera atacaron, una de las tareas más difíciles, con toda seguridad *la más difícil*, de todas las que plantea la transformación socialista de la sociedad. ¡Incluso en Occidente, en condiciones mucho más favorables, nos romperemos muchas veces los dientes cuando estemos en el poder con esta dura nuez antes de poder resolver las más complicadas de las miles de dificultades que presenta esta tarea gigantesca!

Un gobierno socialista que tomó el poder debe, en todo caso, hacer una sola cosa: tomar medidas que apunten en la dirección de ese requisito fundamental de una reforma socialista posterior de la agricultura; debe por lo menos evitar todo lo que pueda trabar el camino a esas medidas.

Pero la consigna levantada por los bolcheviques, toma y distribución inmediata de la tierra por los campesinos, necesariamente apunta en la dirección opuesta. No sólo no es una medida socialista; no permite encarar esas medidas; acumula obstáculos insuperables para la transformación socialista de las relaciones agrarias.

La toma de las grandes propiedades agrarias por los campesinos, siguiendo la consigna breve y precisa de Lenin y sus amigos: «*vayan y aprópiense de la tierra*», llevó simplemente a la transformación súbita y caótica de la gran propiedad agraria en propiedad campesina. No se creó la propiedad social sino una nueva forma de propiedad privada, es decir, la división de grandes propiedades en propiedades medianas y pequeñas, o de unidades de producción grandes relativamente avanzadas en primitivas unidades pequeñas que utilizan técnicas del tiempo de los faraones.

¡Y eso no es todo! Con estas medidas, y por la manera caótica y puramente arbitraria en que fueron ejecutadas, la diferenciación creada por

la propiedad de la tierra, lejos de eliminarse, se profundizó. Aunque los bolcheviques llamaron a los campesinos a formar comités para intentar, de alguna manera, que la apropiación de la tierra de los nobles constituyera un acto colectivo, resulta claro que este consejo general no podía cambiar la práctica y la relación de fuerzas reales en lo que se refiere a la tierra. Con o sin comités, los principales beneficiarios de la revolución agraria fueron los campesinos ricos y los usureros, la burguesía de las aldeas, que tienen en sus manos el poder real en cada aldea rusa. No hace falta estar presente allí para imaginarse que con la distribución de la tierra no se eliminó, sino que aumentó, la desigualdad económica y social entre los campesinos, y que los antagonismos de clase se agudizaron. Esta apropiación del poder va *en contra* de los intereses del proletariado y el socialismo. Antes, se oponían a la reforma socialista en el campo solamente una reducida casta de propietarios rurales nobles y capitalistas y una pequeña minoría de burgueses ricos de las aldeas. Y su expropiación por un movimiento popular revolucionario de masas era un juego de niños. Pero ahora, luego de la «apropiación», hay una masa enorme, recién desarrollada y poderosa de campesinos propietarios opuestos a todo intento de socialización de la producción agraria, que defenderán con uñas y dientes su propiedad recientemente adquirida contra cualquier ataque socialista. La cuestión de la futura socialización de la economía agraria (es decir, cualquier socialización de la producción en general en Rusia) se ha transformado ahora en una cuestión de oposición y lucha entre el proletariado urbano y la masa campesina. Hasta qué punto se ha vuelto agudo este antagonismo lo demuestra el boycot campesino a las ciudades, que les proporcionan el medio en el cual ejercer la especulación, de la misma manera en que lo hace el junker prusiano.

El pequeño campesino francés se transformó en el más firme defensor de la gran Revolución Francesa, que le dio la tierra confiscada a los *émigrés*[199]. Como soldado de Napoleón, condujo a la victoria el estandarte francés, cruzó toda Europa e hizo pedazos el feudalismo en un país tras otro. Lenin y sus amigos pueden haber esperado un resultado similar de su consigna agraria. Sin embargo, ahora que el campesino ruso se apropió de la tierra con su propio puño ni sueña con defender a Rusia y la revolución a

la cual le debe esa tierra. Se aferra obstinadamente a sus nuevas posesiones y abandonó la revolución a sus enemigos, el estado a la decadencia y la población urbana al hambre.

(Discurso de Lenin sobre la necesidad de la centralización en la industria, la nacionalización de los bancos, el comercio y la industria. ¿Por qué no de la tierra? Aquí, por el contrario, descentralización y propiedad privada.

El propio programa agrario de Lenin era diferente antes de la revolución. La consigna tomada, o casi, de los tan vituperados socialrevolucionarios sobre el movimiento campesino espontáneo.

Con el fin de introducir los principios socialistas en las relaciones agrarias, el gobierno soviético ahora intenta crear comunas agrarias con proletarios que en su mayoría son desempleados de la ciudad. Pero es fácil prever que los resultados de esos esfuerzos serán tan insignificantes que desaparecerán comparados con el amplio espectro de las relaciones agrarias. Buscando los puntos de partida más apropiados para la economía socialista, dividieron las grandes propiedades en unidades pequeñas; ahora tratan de construir unidades productivas modelo, comunistas, a partir de comienzos insignificantes. En estas circunstancias, estas comunas podrán considerarse solamente experimentos, no una reforma social general. Monopolio del grano con subvenciones. ¡Ahora, *post festum*, quieren introducir la guerra de clases en la aldea!).

La reforma agraria leninista creó una nueva y poderosa capa de enemigos populares del socialismo en el campo, enemigos cuya resistencia será mucho más peligrosa y firme que la de los grandes terratenientes nobles.

3. La cuestión de las nacionalidades

Los bolcheviques son en parte responsables de que la derrota militar se haya transformado en el colapso y la caída de Rusia. Más aún; ellos mismos, en cierta medida, profundizaron las dificultades objetivas de esta

situación con una consigna que adquirió importancia primordial en su política: el supuesto derecho de autodeterminación de los pueblos, o —lo que realmente estaba implícito en esta consigna— la desintegración de Rusia.

Nuevamente proclamaron con obstinación doctrinaria, como grito de batalla especial de Lenin y sus camaradas, la fórmula del derecho de las distintas nacionalidades del Imperio Ruso a determinar independientemente sus destinos, «incluso hasta el punto del derecho a tener gobiernos separados del de Rusia», durante su oposición al imperialismo miliukovista y luego al kerenskista. También fue el eje de su política interna después de la Revolución de Octubre. Y también constituyó el programa de los bolcheviques en Brest-Litovsk[200], todo lo que tenían para oponer al despliegue de fuerzas del imperialismo alemán.

Lo que inmediatamente llama la atención es la obstinación y la rígida consecuencia con que Lenin y sus camaradas adhieren a esta consigna, que se contradice totalmente tanto con el centralismo que otrora predicaban en política como con su actitud hacia otros principios democráticos. Demostraron un frío desprecio por la Asamblea Constituyente, el sufragio universal, las libertades de reunión y prensa, en síntesis, por todo el aparato de las libertades democráticas básicas del pueblo, que tomadas de conjunto constituyen el «derecho de autodeterminación» dentro de Rusia. A la vez tratan el derecho de autodeterminación de los pueblos como la joya de la política democrática, en función de la cual deben dejarse de lado todas las consideraciones prácticas de la política realista. No se permitieron la más mínima concesión en lo que se refiere al plebiscito para la Asamblea Constituyente en Rusia, plebiscito realizado sobre la base del sufragio más democrático del mundo, con toda la libertad de una república popular. Simplemente lo declararon nulo y vacío, en función de una evaluación muy sobria de sus resultados. Pero son los campeones del voto popular de las nacionalidades extranjeras de Rusia sobre la cuestión de a qué país quieren pertenecer, como si esto fuera la panacea de la libertad y la democracia, la quintaesencia pura de la voluntad de los pueblos y la forma de hacer la justicia más profunda en lo que se refiere al destino político de las naciones.

La contradicción que parece tan obvia resulta más difícil de entender ya que las formas democráticas de la vida política de cada país, como veremos, realmente involucran los fundamentos más valiosos e incluso los más indispensables de la política socialista, mientras que el famoso derecho «a la autodeterminación» de las naciones es solamente fraseología hueca y pequeñoburguesa.

¿Qué se supone que significa este derecho? Que el socialismo se opone a toda forma de opresión, incluso la de una nación por otra, constituye el ABC de la política socialista.

A pesar de esto, políticos tan serios y críticos como Lenin, Trotsky y sus amigos, que responden sólo con un irónico encogerse de hombros a cualquier tipo de fraseología utópica como desarme, Liga de las Naciones, etcétera, en este caso hicieron de una frase hueca exactamente del mismo tipo su *hobby* preferido. Ello se debe, me parece, a una política fabricada para la ocasión. Lenin y sus camaradas calcularon que no había método más seguro para ganar a los pueblos extranjeros del Imperio Ruso para la causa de la revolución, para la causa del proletariado socialista, que el de ofrecerles, en nombre de la revolución y el socialismo, la libertad más extrema e ilimitada para determinar sus propios destinos. Es una política análoga a la que se dieron los bolcheviques con el campesinado ruso, satisfaciendo su hambre de tierra con la consigna de apropiación directa de las propiedades nobles, en el supuesto de que así se los ganaría para la revolución y el gobierno proletario. En ambos casos, desafortunadamente, el cálculo resultó completamente erróneo.

Está claro que Lenin y sus amigos esperaban que, al transformarse en campeones de la libertad nacional hasta el punto de abogar por la «separación», harían de Finlandia, Ucrania, Polonia, Lituania, los países bálticos, el Cáucaso, etcétera, fieles aliados de la Revolución Rusa. Pero sucedió exactamente lo contrario. Una tras otra, estas «naciones» utilizaron la libertad recientemente adquirida para aliarse con el imperialismo alemán como enemigos mortales de la Revolución Rusa y, bajo la protección de Alemania, llevar dentro de la misma Rusia el estandarte de la contrarrevolución. Un ejemplo perfecto lo constituye el jueguito que se hizo en Brest con Ucrania, que provocó un giro decisivo en las negociaciones y

sacó a luz la situación política, tanto interna como externa, a la que se ven enfrentados en la actualidad los bolcheviques. La actitud de Finlandia, Polonia, Lituania, los países del Báltico, los pueblos del Cáucaso, nos demuestra de manera convincente que aquél no es un caso excepcional sino un fenómeno típico.

Seguramente, en todos estos casos no fue realmente el «pueblo» el que impulsó esta política reaccionaria sino las clases burguesas y pequeñoburguesas. Éstas, en total oposición a sus propias masas proletarias, pervirtieron el «derecho nacional a la autodeterminación», transformándolo en un instrumento de su política contrarrevolucionaria. Pero (y llegamos al nudo de la cuestión), aquí reside el carácter utópico, pequeñoburgués de esta consigna nacionalista: que en medio de las crudas realidades de la sociedad de clases, cuando los antagonismos se agudizan al máximo, se convierte simplemente en un instrumento de dominación de la burguesía. Los bolcheviques aprendieron, con gran perjuicio para ellos mismos y para la revolución, que bajo la dominación capitalista no existe la autodeterminación de los pueblos, que en una sociedad de clases cada clase de la nación lucha por «determinarse» de una manera distinta, y que para las clases burguesas la concepción de la liberación nacional está totalmente subordinada a la del dominio de su clase. La burguesía finesa, al igual que la de Ucrania, prefirió el gobierno violento de Alemania a la libertad nacional si ésta la ligaba al bolchevismo.

La esperanza de transformar estas relaciones de clase reales en su opuesto, de ganar el voto de la mayoría para la unión con la Revolución Rusa, haciéndolo depender de las masas revolucionarias, tal como seriamente lo pretendían Lenin y Trotsky, refleja un grado de optimismo incomprensible. Y si solamente se trataba de un recurso táctico en el duelo entablado con la política de fuerza de Alemania, entonces era un juego con fuego muy peligroso. Incluso sin la ocupación militar de Alemania, el resultado del famoso «plebiscito popular», suponiendo que se hubiera llegado hasta allí en los estados limítrofes, hubiera proporcionado pocos motivos de alegría a los bolcheviques. Tenemos que tener en cuenta la sicología de las masas campesinas y de grandes sectores de la pequeña burguesía, y las miles de maneras con que cuenta la burguesía para influir

sobre el voto. Por cierto, debe considerarse una ley absoluta que en estos asuntos de plebiscitos sobre la cuestión nacional la clase dominante siempre sabrá evitarlos cuando no sirven a sus propósitos, o, cuando se realizan, utilizará todos los medios para influir sobre sus resultados, los mismos medios que hacen imposible introducir el socialismo mediante el voto popular.

El simple hecho de que la cuestión de las aspiraciones nacionales y tendencias a la separación fuera introducida en medio de la lucha revolucionaria, incluso puesta sobre el tapete y convertida en el santo y seña de la política socialista y revolucionaria como resultado de la paz de Brest, produjo la mayor confusión en las filas socialistas y realmente destruyó las posiciones ganadas por el proletariado en los países limítrofes.

En Finlandia, donde el proletariado luchó formando parte de la estrecha falange socialista rusa, logró una posición predominante en el poder; tenía la mayoría en el Parlamento y el ejército, redujo a su burguesía a una impotencia completa y, dentro de sus fronteras, era dueño de la situación.

O tomemos Ucrania. A comienzos de siglo, antes de que se inventaran la tontería del «nacionalismo ucraniano» con sus rublos de plata y sus «universales», o el *hobby* de Lenin de una Ucrania independiente, Ucrania era la columna vertebral del movimiento revolucionario ruso. Allí, en Rostov, Odesa, la región del Donetz, brotaron los primeros ríos de lava de la revolución, que encendieron todo el sur de Rusia en un mar de llamas (ya en 1902-1904), preparando así el alzamiento de 1905. Lo mismo sucedió en la revolución actual, en la que el sur de Rusia proveyó las tropas selectas de la falange proletaria. Polonia y las tierras del Báltico fueron desde 1905 los núcleos revolucionarios más poderosos e importantes, y en ellos el proletariado jugó un rol de primera magnitud.

¿Cómo puede ser entonces que en todos estos países triunfe la contrarrevolución? El movimiento nacionalista, justamente porque alejó de Rusia al proletariado, lo mutiló y lo entregó a manos de la burguesía de los países limítrofes.

Los bolcheviques no actuaron guiándose por la misma genuina política internacionalista de clase que aplicaron en otros asuntos. No trataron de lograr la unión compacta de las fuerzas revolucionarias de todo el imperio.

No defendieron con uñas y dientes la integridad del Imperio Ruso como área revolucionaria, oponiendo a todas las formas del separatismo la solidaridad e inseparabilidad de los proletarios de todos los países que están bajo la esfera de la Revolución Rusa, haciendo funcionar a ésta como el comando político superior. En lugar de eso, los bolcheviques, con su hueca fraseología nacionalista sobre «el derecho a la autodeterminación hasta la separación», lograron todo lo contrario, y le dieron a la burguesía de los países limítrofes los pretextos más refinados, más deseables, para sus esfuerzos contrarrevolucionarios.

En vez de prevenir al proletariado de los países limítrofes de que todas las formas del separatismo son simples trampas burguesas, no hicieron más que confundir con su consigna a las masas de esos países y entregarlas a la demagogia de las clases burguesas. Con esta reivindicación nacionalista produjeron la desintegración de la misma Rusia y pusieron en manos del enemigo el cuchillo que se hundiría en el corazón de la Revolución Rusa.

Seguramente, sin la ayuda del imperialismo alemán, sin «los rifles alemanes en los puños alemanes», como decía el *Neue Zeit* de Kautsky, los Lubinski y otros bribonzuelos de Ucrania, los Erich y Mannerheim[201] de Finlandia, los barones bálticos, nunca hubieran ganado a lo mejor de las masas trabajadoras socialistas de sus respectivos países. Pero el separatismo nacional fue el caballo de Troya dentro del cual los «camaradas» alemanes, bayoneta en mano, hicieron su entrada en todas esas tierras. Los antagonismos de clase reales y la verdadera relación de fuerzas en el plano militar provocaron la intervención alemana. Pero los bolcheviques proporcionaron la ideología con la que se enmascaró esta campaña de la contrarrevolución; fortalecieron la posición de la burguesía y debilitaron la del proletariado.

La mejor prueba de esto la da Ucrania, que iba a jugar un rol tan tremendo en el destino de la Revolución Rusa. El nacionalismo ucraniano fue en Rusia algo bastante diferente, digamos, del nacionalismo checo, polaco o finlandés. El primero era un mero capricho, una tontería de unas pocas docenas de intelectuales pequeño-burgueses, sin ninguna raíz económica, política o sicológica. No se apoyaba en ninguna tradición histórica, ya que Ucrania nunca fue una nación ni tuvo gobierno propio, ni

tampoco una cultura nacional, a excepción de los poemas reaccionario-románticos de Shevchenko. ¡Es exactamente lo mismo que si un día los habitantes del *Wasserkante* quisieran fundar una nueva nación y un nuevo gobierno en la Baja Alemania [*Plattdeutsche]*! Y esta pose ridícula de unos cuantos profesores y estudiantes universitarios fue inflada por Lenin y sus camaradas hasta transformarla en una fuerza política con su agitación doctrinaria sobre «el derecho a la autodeterminación hasta etcétera». ¡Se le dio tanta importancia a lo que en sus comienzos fue una mera farsa, que la farsa se transformó en una cuestión de importancia fundamental, no como movimiento nacional serio, para lo cual carecía de raíces tanto antes como después, sino como flameante bandera de la contrarrevolución! En Brest asomaron las bayonetas alemanas de adentro de este huevo podrido.

Hay oportunidades en que frases como ésas adquieren un significado muy real en la historia de las luchas de clases. Es una desgracia del socialismo el que en esta guerra mundial le haya sido dado proporcionar los argumentos ideológicos a la política contrarrevolucionaria. Cuando estalló la guerra, la socialdemocracia alemana se apresuró a justificar la expedición depredatoria del imperialismo alemán con un argumento ideológico extraído de los desvanes del marxismo: declararon que se trataba de una expedición liberadora contra el zarismo ruso, tal como lo habían soñado nuestros viejos maestros (Marx y Engels). Y a les bolcheviques, que eran la antípoda de nuestros socialistas gubernamentales, les tocó ser quienes llevaran agua al molino de la contrarrevolución con su fraseología sobre la autodeterminación de los pueblos; en consecuencia, no sólo proporcionaron la ideología para justificar el estrangulamiento de la misma Revolución Rusa, sino también los planes que permitieron activar la crisis producida por la guerra mundial.

Tenemos buenas razones para analizar muy cuidadosamente la política de los bolcheviques sobre esta cuestión. El «derecho a la autodeterminación de los pueblos», junto con la Liga de las Naciones y el desarme por gracia del presidente Wilson[202], constituyen el grito de batalla que hará saltar el próximo enfrentamiento entre el socialismo internacional y la burguesía. Es obvio que la fraseología sobre la autodeterminación y el conjunto del movimiento nacionalista, que al presente constituye el mayor peligro para el

socialismo internacional, se han fortalecido extraordinariamente desde la Revolución Rusa y las negociaciones de Brest. Sin embargo, tendremos que tocar fondo en el camino que marca este programa. El trágico efecto de esta fraseología sobre la Revolución Rusa, en cuyas espinas los mismos bolcheviques estaban destinados a quedar prisioneros y a sufrir profundos arañazos, debe servir de advertencia y lección al proletariado internacional.

Todo esto dio lugar a la dictadura de Alemania desde la época del tratado de Brest a la del «tratado complementario». A los doscientos sacrificios expiatorios en Moscú. Al terror y la supresión de la democracia.

4. La Asamblea Constituyente

Analicemos más a fondo el problema tomando algunos ejemplos.

La tan conocida disolución de la Asamblea Constituyente en noviembre de 1917 jugó un rol destacado en la política de los bolcheviques. Esta medida fue decisiva en la posición que tomaron posteriormente; en cierta medida, representó el momento culminante de su táctica.

Es un hecho que Lenin y sus camaradas exigían furiosamente el llamado a la Asamblea Constituyente hasta su triunfo de octubre. La política del gobierno de Kerenski[203] de escabullirle el bulto a la cuestión constituía uno de los blancos preferidos de crítica de los bolcheviques y la base de algunos de sus más violentos ataques. Por cierto, Trotsky, en su interesante folleto *De Octubre a Brest-Litovsk*, dice que «la Revolución de Octubre representó la salvación de la Asamblea Constituyente», tanto como la salvación de la revolución de conjunto. “Y cuando dijimos —continúa— que no se podía llegar a la Asamblea Constituyente a través del Parlamento Preliminar de Tseretelli sino solamente a través de la toma del poder por los Soviets, teníamos completa razón.

Y luego, pese a estas declaraciones, el primer paso de Lenin después de la Revolución de Octubre fue… la disolución de esta misma Asamblea Constituyente a la cual se suponía se le abría el camino. ¿Qué razones

podían determinar un giro tan asombroso? Trotsky discute todo el asunto en el folleto antes mencionado. Expondremos aquí sus argumentos:

Así como en los meses anteriores a la Revolución de Octubre las masas fueron hacia la izquierda y los obreros, soldados y campesinos se volcaron espontáneamente hacia los bolcheviques, dentro del Partido Social Revolucionario este proceso se expresó en el fortalecimiento del ala izquierda a costa de la derecha. Pero en la lista de candidatos de los socialrevolucionarios los viejos nombres del ala derecha todavía ocupaban las tres cuartas partes de los puestos […]

Además se dio la circunstancia de que las elecciones se realizaron en el curso de las primeras semanas posteriores a la Revolución de Octubre. Las noticias del cambio que había ocurrido se expandían muy lentamente, en círculos concéntricos que iban desde la capital a las provincias y desde las ciudades a las aldeas. Las masas campesinas, en muchos lugares, apenas tenían noción de lo que sucedía en Petrogrado y Moscú. Votaban por "Tierra y libertad" y elegían como representantes a los comités locales a los que permanecían bajo la bandera de los *narodniki*. Votaban, en consecuencia, por Kerenski y Avxentiev, que habían disuelto los comités locales y arrestado a sus miembros […] Este estado de cosas da una idea clara de hasta qué punto la Asamblea Constituyente había quedado atrás en el desarrollo de la lucha política y de los agrupamientos partidarios.

Todo esto está muy bien y resulta bastante convincente. Pero uno no puede menos que preguntarse cómo personas tan inteligentes como Lenin y Trotsky no llegaron a la conclusión que surge inmediatamente de los hechos mencionados. Dado que la Asamblea Constituyente fue electa mucho antes del cambio decisivo, la Revolución de Octubre, y que su composición reflejaba el pasado ya desvanecido y no la nueva situación, se deduce automáticamente que tendría que haberse anulado la Asamblea Constituyente ya superada y llamado, sin dilación, a elecciones para una nueva Constituyente. No querían confiar, y no debían hacerlo, el destino de la revolución a una asamblea que reflejaba la Rusia kerenskista de ayer, del periodo de las vacilaciones y las alianzas con la burguesía. Por lo tanto, lo único que quedaba por hacer era convocar una asamblea que surgiera de la Rusia renovada que tanto había avanzado.

En lugar de esto, Trotsky extrae de las características específicas de la Asamblea Constituyente que existía en octubre una conclusión general respecto a la inutilidad, durante la revolución, de cualquier representación surgida de elecciones populares universales.

«Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro. Cuanto más extenso es el país y más rudimentario su aparato técnico, menores son las posibilidades del farragoso mecanismo de las instituciones democráticas de seguir el ritmo de este desarrollo».

Aquí nos encontramos con un cuestionamiento al «mecanismo de las instituciones democráticas» como tal. A esto debemos objetar inmediatamente que en esa estimación de las instituciones representativas subyace una concepción algo rígida y esquemática a la que la experiencia histórica de toda época revolucionaria contradice expresamente. Según la teoría de Trotsky, toda asamblea electa refleja de una vez y para siempre sólo la mentalidad, madurez política y ánimo propios del electorado justo en el momento en que éste concurre a las urnas. De acuerdo con eso, un cuerpo democrático es el reflejo de las masas al final del periodo electoral, del mismo modo que los espacios celestes de Herschel siempre nos muestran los cuerpos celestiales no como son en el momento en que los contemplamos, sino como eran en el momento en que enviaron a la tierra sus mensajes luminosos desde las inconmensurables distancias espaciales. Se niega aquí toda relación espiritual viva, toda interacción permanente entre los representantes, una vez que han sido electos, y el electorado.

Sin embargo, ¡hasta qué punto lo contradice toda la experiencia histórica! La experiencia demuestra exactamente lo contrario; es decir, que el fluido vivo del ánimo popular se vuelca continuamente en los organismos representativos, los penetra, los guía. Si no, ¿cómo sería posible el espectáculo, que a veces presenciamos en todo parlamento burgués, de las divertidas volteretas de «los representantes del pueblo», que se sienten súbitamente inspirados por un nuevo «espíritu» y pronuncian palabras totalmente inesperadas; o encontrarse en determinadas oportunidades con que las momias más resecas se comportan como jovencitos o con los

pequeños *Scheidemanchenn* más diversos que de golpe empiezan a usar un tono revolucionario; todo esto siempre que hay alboroto en las fábricas y talleres y en las calles?

¿Y habrá que renunciar, en medio de la revolución, a esta influencia siempre viva del ánimo y nivel de madurez política de las masas sobre los organismos electos, en favor de un rígido esquema de emblemas y rótulos partidarios? ¡Todo lo contrario! Es precisamente la revolución la que crea, con su hálito ardiente, esa atmósfera política delicada, vibrante, sensible, en la que las olas del sentimiento popular, el pulso de la vida popular, obran en el momento sobre los organismos representativos del modo más maravilloso. De este hecho dependen, con toda seguridad, los tan conocidos cambios de escena que invariablemente se presentan en las primeras etapas de toda revolución, cuando los viejos reaccionarios o los extremadamente moderados, que surgieron de una elección parlamentaria con sufragio limitado realizada bajo el antiguo régimen, súbitamente se transforman en los heroicos y ardientes voceros del alza. El ejemplo clásico es el del famoso “Parlamento Largo” de Inglaterra: fue electo y se reunió en 1642, permaneciendo en su puesto durante siete años completos. En ese periodo reflejó en su vida interna todas las alteraciones y desplazamientos del sentimiento popular, de la madurez política, de las diferenciaciones de clase, del progreso de la revolución hasta su culminación, desde la devota adoración a la corona del principio, cuando el orador permanecía de rodillas, hasta la abolición de la Cámara de los Lores, la ejecución de Carlos y la proclamación de la república.

¿Y acaso no se repitió la misma transformación maravillosa en los Estados Generales franceses, en el parlamento sujeto a la censura de Luis Felipe, e incluso (y este último ejemplo, el más impactante, le fue muy cercano a Trotsky) durante la Cuarta Duma rusa que, electa en el año de gracia de 1909, bajo el más rígido dominio de la contrarrevolución, sintió súbitamente el aliento ardiente de la revuelta que se preparaba y se convirtió en el punto de partida de la revolución?

Todo esto demuestra que «el farragoso mecanismo de las instituciones democráticas» cuenta con un poderoso correctivo, es decir con el movimiento vivo de las masas, con su inacabable presión. Y cuanto más

democráticas son las instituciones, cuánto más vivo y fuerte es el pulso de la vida política de las masas, más directa y completa es su influencia, a pesar de los rígidos programas partidarios, de las boletas superadas (listas electorales), etcétera. Con toda seguridad, toda institución democrática tiene sus límites e inconvenientes, lo que indudablemente sucede con todas las instituciones humanas. Pero el remedio que encontraron Lenin y Trotsky, la eliminación de la democracia como tal, es peor que la enfermedad que se supone va a curar; pues detiene la única fuente viva de la cual puede surgir el correctivo a todos los males innatos de las instituciones sociales. Esa fuente es la vida política activa, sin trabas, enérgica, de las más amplias masas populares.

5. La cuestión del sufragio

Tomemos otro ejemplo impactante: el derecho al sufragio tal como lo mantiene el gobierno soviético. No queda para nada claro que significación práctica se atribuye a este derecho al sufragio. Por la crítica que hacen Lenin y Trotsky a las instituciones democráticas, parecería que rechazan por principio la representación popular sobre la base del sufragio universal y que quieren apoyarse solamente en los soviets. Por qué, entonces, utilizan un sistema de sufragio universal, realmente no queda claro. No sabemos si este derecho al sufragio se puso en práctica en algún lado; no se oyó hablar de ninguna elección para ningún tipo de organismo popular representativo realizada con este sistema. Más probablemente se trata, por así decirlo, de un producto teórico de la diplomacia; pero, sea como sea, constituye un producto notable de la teoría bolchevique de la dictadura.

Todo derecho al sufragio, como cualquier derecho político en general, no puede medirse aplicando alguna suerte de patrón abstracto de «justicia» o de cualquier otro término burgués democrático, sino por las relaciones sociales y económicas a las que se aplica. El derecho al sufragio elaborado por el gobierno soviético está calculado para el periodo de transición de la sociedad burguesa capitalista a la socialista, o sea, está calculado para el

periodo de la dictadura del proletariado. Pero, según la interpretación de esta dictadura que representa Lenin y Trotsky, se garantiza el derecho a votar a todos aquellos que viven de su trabajo y se les niega a todos los demás.

Ahora bien; es obvio que este derecho a votar tiene significado solamente en una sociedad que está en condiciones de garantizar a todos los que quieren trabajar, en función de la tarea que realizan, una vida civilizada adecuada. ¿Es ese el caso de Rusia en la actualidad? Rusia se ve enfrentada con tremendas dificultades, separada como esta del mercado mundial y de sus fuentes de materias primas más importantes. La economía y las relaciones productivas han sufrido una sacudida terrible como resultado de la transformación de las relaciones de propiedad en la tierra, la industria y el comercio. En tales circunstancias, es evidente que incontables personas han de verse súbitamente desarraigadas, a la deriva, sin ninguna posibilidad objetiva de encontrar en el mecanismo económico empleo para su fuerza de trabajo. Esto no sucede solamente en la clase capitalista y en la terrateniente sino también en amplios sectores de la clase media e incluso en la misma clase obrera. Es un hecho conocido que la contracción industrial produjo un regreso del proletariado urbano al campo en escala masiva, en procura de ubicación en la economía rural. En tales circunstancias, otorgar el derecho político al sufragio en función de la obligación de trabajar constituye una medida bastante incomprensible. De acuerdo a la tendencia general, se supone que solamente los explotadores se verán privados de los derechos políticos. Y, por otro lado, a la vez que la fuerza de trabajo se desarraiga a escala masiva, el gobierno soviético se ve obligado a menudo a poner la industria nacional en manos de sus anteriores propietarios, en consignación, por así decirlo. Del mismo modo, el gobierno soviético se vio forzado a concluir un compromiso también con las cooperativas de consumo burguesas. Más aún; se demostró inevitable la utilización de los especialistas burgueses. Otra consecuencia de esta situación es que el Estado mantiene con los recursos públicos a sectores cada vez más amplios del proletariado, como los guardias rojos, etcétera. De hecho, amplias y crecientes capas de la pequeña burguesía y del proletariado, a las que el

mecanismo económico no les proporciona los medios para ejercer la obligación de trabajar, se ven privadas de sus derechos políticos.

No tiene sentido considerar el derecho al sufragio como un utópico producto de la fantasía desligado de la realidad social. Y por esta razón no es un instrumento serio de la dictadura proletaria. Es un anacronismo, una anticipación de la situación jurídica adecuada a una economía socialista ya realizada, no al periodo de transición de la dictadura proletaria.

Como toda la clase media, la burguesía y la *intelligentsia* pequeñoburguesa boicotearon durante meses al gobierno soviético después de la Revolución de Octubre haciendo sabotaje en los ferrocarriles, las líneas postales y telegráficas, los aparatos educacional y administrativo, oponiéndose de esta manera al gobierno obrero. Naturalmente se ejercieron sobre estos sectores todas las medidas de presión posibles. Éstas incluían la privación de los derechos políticos, de los medios económicos de existencia, etcétera, a fin de quebrar su resistencia con puño de hierro. Fue precisamente de esta manera que se expresó la dictadura socialista, que no puede abstenerse de usar la fuerza para garantizar o evitar determinadas medidas que afectan los intereses del conjunto. Pero cuando llega a una ley electoral que resulta en la privación del derecho del voto para amplios sectores de la sociedad, a los que políticamente se coloca fuera de los marcos sociales y, al mismo tiempo, no se está en condiciones de ubicar aunque sea económicamente dentro de esos marcos; cuando la privación de los derechos no es una medida concreta para lograr un objetivo concreto sino una ley general de largo alcance, entonces no se trata de una necesidad de la dictadura sino de una creación artificial a la que no se le puede insuflar vida. Esto se aplica tanto a los soviets como fundamento como a la Asamblea Constituyente y a la ley del sufragio general.

Pero el tema no se agota con la Asamblea Constituyente y la ley del sufragio. No hemos considerado hasta ahora la destrucción de las garantías democráticas más importantes para una vida pública sana y para la actividad política de las masas trabajadoras: libertad de prensa, derechos de asociación y reunión, que les son negados a los adversarios del régimen soviético. En lo que hace a estos ataques (a los derechos democráticos) los argumentos de Trotsky ya citados sobre el carácter farragoso de los

organismos democráticos electos distan mucho de ser satisfactorios. Por otra parte, es un hecho conocido e indiscutible que es imposible pensar en un gobierno de las amplias masas sin una prensa libre y sin trabas, sin el derecho ilimitado de asociación y reunión.

6. El problema de la dictadura

Lenin dice que el Estado burgués es un instrumento de opresión de la clase trabajadora, el Estado socialista de opresión a la burguesía. En cierta medida, dice, es solamente el Estado capitalista puesto cabeza abajo. Esta concepción simplista deja de lado el punto esencial: el gobierno de la clase burguesa no necesita del entrenamiento y la educación política de toda la masa del pueblo, por lo menos no más allá de determinados límites estrechos. Pero para la dictadura proletaria ése es el elemento vital, el aire sin el cual no puede existir.

«Gracias a la lucha abierta y directa por el poder —escribe Trotsky— las masas trabajadoras acumulan en un tiempo brevísimo una gran experiencia política, y en su desarrollo político trepan rápidamente un peldaño tras otro».

Aquí Trotsky se refuta a sí mismo y a sus amigos. ¡Justamente porque es así, bloquearon la fuente de la experiencia política y de este desarrollo ascendente al suprimir la vida pública! O de otro modo tendremos que convencernos de que la experiencia y el desarrollo eran necesarios hasta la toma del poder por los bolcheviques, y después, alcanzada la cima, se volvieron superfluos. (El discurso de Lenin: ¡¡¡Rusia ya está ganada para el socialismo!!!).

¡En realidad, lo que es cierto es lo opuesto! Las tareas gigantescas que los bolcheviques asumieron con coraje y determinación exigen el más intenso entrenamiento político y acumulación de experiencias de las masas.

La libertad sólo para los que apoyan al gobierno, sólo para los miembros de un partido (por numeroso que éste sea) no es libertad en absoluto. La libertad es siempre y exclusivamente libertad para el que

piensa de manera diferente. No a causa de ningún concepto fanático de la «justicia», sino porque todo lo que es instructivo, totalizador y purificante en la libertad política depende de esta característica esencial, y su efectividad desaparece tan pronto como la «libertad» se convierte en un privilegio especial.

Los mismos bolcheviques no se atreverán a negar, con la mano en el corazón, que ellos tienen que tantear paso a paso el terreno, probar, experimentar, tentar ora un camino, ora otro, y que muchas de sus medidas no son precisamente inapreciables perlas de sabiduría. Así deberá ocurrir y así ocurrirá con todos nosotros cuando lleguemos hasta el punto al que han llegado ellos, aunque en todos lados no se presenten las mismas circunstancias difíciles.

Bajo la teoría de la dictadura de Lenin-Trotsky subyace el presupuesto tácito de que la transformación socialista hay una fórmula prefabricada, guardada ya completa en el bolsillo del partido revolucionario, que sólo requiere ser enérgicamente aplicada en la práctica. Por desgracia —o tal vez por suerte— ésta no es la situación. Lejos de ser una suma de recetas prefabricadas que sólo exigen ser aplicadas, la realización práctica del socialismo como sistema económico, social y jurídico yace totalmente oculta en las nieblas del futuro. En nuestro programa no tenemos más que unos cuantos mojones que señalan la dirección general en la que tenemos que buscar las medidas necesarias, y las señales son principalmente de carácter negativo. Así sabemos más o menos que eliminar en el momento de la partida para dejar libre el camino a una economía socialista. Pero cuando se trata del carácter de las miles de medidas concretas, prácticas, grandes y pequeñas, necesarias para introducir los principios socialistas en la economía, las leyes y todas las relaciones sociales, no hay programa ni manual de ningún partido socialista que brinde la clave. Esto no es una carencia, sino precisamente lo que hace al socialismo científico superior a todas sus variedades utópicas.

El sistema social socialista sólo deberá ser, y sólo puede ser, un producto histórico, surgido de sus propias experiencias, en el curso de su concreción, como resultado del desarrollo de la historia viva, la que (al igual que la naturaleza orgánica, de la que, en última instancia, forma parte)

tiene el saludable hábito de producir siempre junto con la necesidad social real los medios de satisfacerla, junto con el objetivo simultáneamente la solución. Sin embargo, si tal es el caso, es evidente que no se puede decretar el socialismo, por su misma naturaleza, ni introducirlo por un úcase. Exige como requisito una cantidad de medidas de fuerza (contra la propiedad, etcétera). Lo negativo, la destrucción, puede decretarse; lo constructivo, lo positivo no. Territorio nuevo. Miles de problemas. Sólo la experiencia puede corregir y abrir nuevos caminos. Sólo la vida sin obstáculos, efervescente, lleva a miles de formas nuevas e improvisaciones, saca a luz la fuerza creadora, corrige por su cuenta todos los intentos equivocados. La vida pública de los países con libertad limitada está tan golpeada por la pobreza, es tan miserable, tan rígida, tan estéril, precisamente porque, al excluirse la democracia, se cierran las fuentes vivas de toda riqueza y progreso espirituales. (Una prueba: el año 1905 y los meses de febrero a octubre de 1917). Allí era de carácter político; lo mismo se aplica a la vida económica y social. Toda la masa del pueblo debe participar. De otra manera, el socialismo será decretado desde unos cuantos escritorios oficiales por una docena de intelectuales.

El control público es absolutamente necesario. De otra manera el intercambio de experiencias no sale del círculo cerrado de los burócratas del nuevo régimen. La corrupción se torna inevitable (palabras de Lenin, boletín N.º 29). La vida socialista exige una completa transformación espiritual de las masas degradadas por siglos de dominio de la clase burguesa. Los instintos sociales en lugar de los egoístas, la iniciativa de las masas en lugar de la inercia, el idealismo que supera todo sufrimiento, etcétera. Nadie lo sabe mejor, lo describe de manera más penetrante, lo repite más firmemente que Lenin. Pero está completamente equivocado en los medios que utiliza. Los decretos, la fuerza dictatorial del supervisor de fábrica, los castigos draconianos, el dominio por el terror, todas estas cosas son sólo paliativos. El único camino al renacimiento pasa por la escuela de la misma vida pública, por la democracia y opinión pública más ilimitadas y amplias. Es el terror lo que desmoraliza.

Cuando se elimina todo esto, ¿qué queda realmente? En lugar de los organismos representativos surgidos de elecciones populares generales,

Lenin y Trotsky implantaron los soviets como única representación verdadera de las masas trabajadoras. Pero con la represión de la vida política en el conjunto del país, la vida de los soviets también se deteriorará cada vez más. Sin elecciones generales, sin una irrestricta libertad de prensa y reunión, sin una libre lucha de opiniones, la vida muere en toda institución pública, se torna una mera apariencia de vida, en la que sólo queda la burocracia como elemento activo. Gradualmente se adormece la vida pública, dirigen y gobiernan unas pocas docenas de dirigentes partidarios de energía inagotable y experiencia ilimitada. Entre ellos, en realidad dirigen sólo una docena de cabezas pensantes, y de vez en cuando se invita a una élite de la clase obrera a reuniones donde deben aplaudir los discursos de los dirigentes, y aprobar por unanimidad las mociones propuestas —en el fondo, entonces, una camarilla— una dictadura, por cierto, no la dictadura del proletariado sino la de un grupo de políticos, es decir una dictadura en el sentido burgués, en el sentido del gobierno de los jacobinos (¡la postergación del Congreso de los Soviets de periodos de tres meses a periodos de seis meses!). Sí, podemos ir aún más lejos; esas condiciones deben causar inevitablemente una brutalización de la vida pública: intentos de asesinato, caza de rehenes, etcétera. (Discurso de Lenin sobre la disciplina y la corrupción).

7. La lucha contra la corrupción

Un problema muy importante en toda revolución es el de la lucha con el lumpenproletariado. También en Alemania, como en cualquier otro lado, tendremos que enfrentamos con este problema. El elemento lumpenproletario está profundamente incrustado en la sociedad burguesa. No es solamente un sector especial, una especie de escoria social que crece enormemente cuando se derrumban los cimientos del orden social, sino una parte integrante de éste. Los acontecimientos de Alemania —y en mayor o menor medida los de otros países— demostraron con qué facilidad todos los sectores de la sociedad burguesa caen en esa degeneración. Los matices

entre las excesivas ganancias comerciales, los negocios ficticios, la adulteración de alimentos, el fraude, el desfalco oficial, el robo, el hurto, el asalto a mano armada, se confunden de tal modo que la línea divisoria entre la ciudadanía honorable y la penitenciaría ha desaparecido. Se repite el mismo fenómeno que en la degeneración regular y rápida de los dignatarios burgueses cuando son trasplantados a tierra extraña en las colonias de ultramar. Con el derrumbe de las barreras convencionales y los puntales de la moralidad y la ley, la sociedad burguesa cae víctima de una degeneración directa e ilimitada [Verlumpung], pues la ley que rige su vida interna constituye la más profunda de las inmoralidades, es decir la explotación del hombre por el hombre. La revolución proletaria tendrá que luchar en todos lados contra este enemigo e instrumento de la contrarrevolución.

Y sin embargo, también en relación a esto, el terror es una espada de doble filo, sórdida, negativa. Las medidas más duras de la ley marcial son impotentes frente al estallido de la enfermedad lumpenproletaria. Por cierto, todo régimen persistente de ley marcial lleva inevitablemente a la arbitrariedad, y toda forma de arbitrariedad tiende a depravar la sociedad. Al respecto, las únicas medidas efectivas en manos de la revolución proletaria son: medidas radicales de carácter político y social, la transformación lo más rápida posible de las garantías sociales de la vida de las masas; despertar el idealismo revolucionario, que puede mantenerse durante un largo lapso si las masas llevan una vida intensamente activa en las condiciones de una ilimitada libertad política.

Así como la libre acción de los rayos del sol constituye el remedio más efectivo, purificador y curativo contra las infecciones y los gérmenes de la enfermedad, el único sol curativo y purificador es la revolución misma y su principio renovador, la vida espiritual, la actividad y la iniciativa de las masas que surgen con aquélla y se conforman en la más amplia libertad política.

En nuestro caso, como en cualquier otro, será inevitable la anarquía El elemento lumpenproletario está profundamente en-quistado en la sociedad burguesa y es inseparable de ella.

Pruebas:

1 - Prusia Oriental, los saqueos «cosacos».

2 - La irrupción generalizada del saqueo y el robo en Alemania. (Especulación, personal de correo y ferroviario, policía, disolución total de límites entre la sociedad bien ordenada y la penitenciaría).

3 - La rápida degeneración [*Verlumpung*] de los dirigentes sindicales.

Contra esto, son impotentes las medidas draconianas de terror. Por el contrario, producen una corrupción aún mayor. La única antitoxina: el idealismo y la actividad social de las masas, la libertad política ilimitada.

Es una ley objetiva todopoderosa a la que no puede escapar ningún partido.

8. Democracia y dictadura

El error básico de la teoría Lenin-Trotsky es que ellos también, igual que Kautsky, oponen la dictadura a la democracia. «Dictadura o democracia», es como plantean la cuestión tanto los bolcheviques como Kautsky. Éste se decide naturalmente en favor de «la democracia», es decir de la democracia burguesa, precisamente porque la opone a la alternativa de la revolución socialista oponiéndola a la democracia, y por lo tanto, a favor de la dictadura. Lenin y Trotsky, por otro lado, se deciden a favor de la dictadura de un puñado de personas, es decir de la dictadura según el modelo burgués. Son dos polos opuestos, ambos igualmente distantes de una genuina política socialista. El proletariado, cuando toma el poder, no puede nunca seguir el buen consejo que la da Kautsky, con el pretexto de «la inmadurez del país», de renunciar a la revolución socialista y dedicarse a la democracia. No puede seguir este consejo sin traicionarse a sí mismo, a la Internacional y a la revolución. Debería y debe encarar inmediatamente medidas socialistas, de la manera más enérgica, inflexible y firme, en otras palabras ejercer una dictadura, pero una dictadura de la *clase*, no de un partido o una camarilla. Dictadura de la clase significa, en el sentido más amplio del término, la participación más activa e ilimitada posible de la masa popular, la democracia sin límites.

«Como marxistas —escribe Trotsky— nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Es cierto que nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal Ni tampoco fuimos nunca adoradores fetichistas del socialismo ni tampoco del marxismo. ¿Se desprende de esto que también debemos tirar el socialismo por la borda, a la manera de Cunow, Lensch y Parvus[204], si nos resulta incómodo? Trotsky y Lenin son la refutación viviente de esta respuesta.

«Nunca fuimos adoradores fetichistas de la democracia formal». Lo que realmente quiere decir es: siempre hemos diferenciado el contenido social de la forma política de la democracia *burguesa*; siempre hemos denunciado el duro contenido de desigualdad social y falta de libertad que se esconde bajo la dulce cobertura de la igualdad y la libertad formales. Y no lo hicimos para repudiar a éstas sino para impulsar a la clase obrera a no contentarse con la cobertura sino a conquistar el poder político, para crear una democracia socialista en reemplazo de la democracia burguesa, no para eliminar la democracia.

Pero la democracia socialista no es algo que recién comienza en la tierra prometida después de creados los fundamentos de la economía socialista, no llega como una suerte de regalo de Navidad para los ricos, quienes, mientras tanto, apoyaron lealmente a un puñado de dictadores socialistas. La democracia socialista comienza simultáneamente con la destrucción del dominio de clase y la construcción del socialismo. Comienza en el momento mismo de la toma del poder por el partido socialista. Es lo mismo que la dictadura del proletariado.

¡Sí, dictadura! Pero esta dictadura consiste en la *manera de aplicar la democracia*, no en su *eliminación*, en el ataque enérgico y resuelto a los derechos bien atrincherados y las relaciones económicas de la sociedad burguesa, sin lo cual no puede llevarse a cabo una transformación socialista. Pero esta dictadura debe ser el trabajo de la *clase* y no de una pequeña minoría dirigente que actúa en nombre de la clase; es decir, debe avanzar paso a paso partiendo de la participación activa de las masas; debe estar bajo su influencia directa, sujeta al control de la actividad pública; debe surgir de la educación política creciente de la masa popular.

Indudablemente los bolcheviques hubieran actuado de esta manera de no haber sufrido la terrible presión de la guerra mundial, la ocupación alemana y todas las dificultades anormales que trajeron consigo, lo que inevitablemente tenía que distorsionar cualquier política socialista, por más que estuviera imbuida de las mejores intenciones y los principios más firmes.

Lo prueba el uso tan extendido del terror que hace el gobierno soviético, especialmente en el periodo más reciente, antes del colapso del imperialismo alemán y después del atentado contra la vida del embajador alemán. El lugar común de que en las revoluciones no todo es color de rosa resulta bastante inadecuado.

Todo lo que sucede en Rusia es comprensible y refleja una sucesión inevitable de causas y efectos, que comienza y termina en la derrota del proletariado en Alemania y la invasión de Rusia por el imperialismo alemán. Seria exigirles algo sobrehumano a Lenin y sus camaradas pretender que en tales circunstancias apliquen la democracia más decantada, la dictadura del proletariado más ejemplar y una floreciente economía socialista. Por su definida posición revolucionaria, su fuerza ejemplar en la acción, su inquebrantable lealtad al socialismo internacional, hicieron todo lo posible en condiciones tan endiabladamente difíciles. El peligro comienza cuando hacen de la necesidad una virtud, y quieren congelar en un sistema teórico acabado todas las tácticas que se han visto obligados a adoptar en estas fatales circunstancias, recomendándolas al proletariado internacional como un modelo de táctica socialista. Cuando actúan de esta manera, ocultando su genuino e incuestionable rol histórico bajo la hojarasca de los pasos en falso que la necesidad los obligó a dar, prestan un pobre servicio al socialismo internacional por el cual lucharon y sufrieron. Quieren apuntarse como nuevos descubrimientos todas las distorsiones que prescribieron en Rusia le necesidad y la compulsión, que en última instancia son sólo un producto secundario de la bancarrota del socialismo internacional en la actual guerra mundial.

Que los socialistas gubernamentales alemanes clamen que el gobierno bolchevique de Rusia es una expresión distorsionada de la dictadura del proletariado. Si lo fue o lo es todavía, se debe solamente a la forma de

actuar del proletariado alemán, a su vez una expresión distorsionada de la lucha de clases socialista. Todos estamos sujetos a las leyes de la historia, y el ordenamiento socialista de la sociedad sólo podrá instaurarse internacionalmente. Los bolcheviques demostraron ser capaces de dar todo lo que se puede pedir a un partido revolucionario genuino dentro de los límites de las posibilidades históricas. No se espera que hagan milagros. Pues una revolución proletaria modelo en un país aislado, agotado por la guerra mundial, estrangulado por el imperialismo, traicionado por el proletariado mundial, sería un milagro.

Pero hay que distinguir en la política de los bolcheviques lo esencial de lo no esencial, el meollo de las excrecencias accidentales. En el momento actual, cuando nos esperan luchas decisivas en todo el mundo, la cuestión del socialismo fue y sigue siendo el problema más candente de la época. No se trata de tal o cual cuestión táctica secundaria, sino de la capacidad de acción del proletariado, de su fuerza para actuar, de la voluntad de tomar el poder del socialismo como tal. En esto, Lenin, Trotsky y sus amigos fueron los *primeros*, los que fueron a la cabeza como ejemplo para el proletariado mundial; son todavía los únicos, hasta ahora, que pueden clamar con Hutten: «¡Yo osé!».

Esto es lo esencial y *duradero* en la política bolchevique. En este sentido, suyo es el inmortal galardón histórico de haber encabezado al proletariado internacional en la conquista del poder político y la ubicación práctica del problema de la realización del socialismo, de haber dado un gran paso adelante en la pugna mundial entre el capital y el trabajo. En Rusia solamente podía plantearse el problema. No podía resolverse. Y en *este* sentido, el futuro en todas partes pertenece al «bolchevismo».

CONTRA LA PENA CAPITAL

[En setiembre de 1918 cayó el frente occidental alemán y estalló una nueva oleada huelguística. El fin de la guerra se vislumbraba ya. El gobierno, deseoso de ampliar su base social para tratar de salvarse, decretó la amnistía para los presos políticos. Karl Liebknecht fue puesto en libertad el 23 de octubre y llevado en triunfo por las calles de Berlín hasta la embajada soviética, pero la amnistía aparentemente no incluía a Rosa Luxemburgo, que se hallaba detenida por orden administrativa, sin sentencia.

A fines de octubre se alzaron los marineros de la base naval de Kiel, y comenzaron a surgir consejos de obreros y soldados, organizados según el modelo ruso, en toda Alemania, que exigían que se reconociera su autoridad. El 9 de noviembre estalló una huelga general que obligó al gobierno a renunciar. El canciller, príncipe Max von Baden, entregó el poder al dirigente socialdemócrata Friedrich Ebert[205]. Presionados por el llamado de Liebknecht a la creación de una república socialista, los socialdemócratas abolieron la monarquía y proclamaron en Alemania una república democrática.

Rosa Luxemburgo, que se hallaba aún en prisión, fue liberada el 9 de noviembre cuando las masas de Breslau forzaron las puertas de la cárcel. Canosa y considerablemente avejentada por los años trascurridos en prisión, volvió a Berlín y colaboró en la dirección de la liga Espartaco durante los dos últimos meses de su vida.

Uno de sus primeros escritos al salir de la cárcel fue «Contra la pena capital», aparecido en *Rote Fahne* (Bandera Roja), periódico de la Liga Espartaco. Allí denuncia la inhumanidad de la «justicia» capitalista y expone los objetivos humanitarios de la revolución socialista, y el trato para con los prisioneros.

Esta versión proviene de Alemania después del armisticio: informe basado en el testimonio personal de alemanes representativos, acerca de la situación imperante en 1919, *de Maurice Berger, traducido al inglés por William L. McPherson.*].

No deseábamos la amnistía ni el perdón para los presos políticos del viejo orden. Exigíamos el derecho a la libertad, a la agitación y a la revolución para los cientos de hombres valientes y leales que gemían en las cárceles y fortalezas porque, bajo la dictadura de los criminales imperialistas, habían luchado por el pueblo, la paz y el socialismo.

Ahora están todos en libertad.

Nos encontramos nuevamente en las filas, listos para el combate. No fue la camarilla de Scheidemann y sus aliados burgueses, con el príncipe Max von Badén a la cabeza, quienes nos liberaron. Fue la revolución proletaria la que hizo saltar las puertas de nuestras celdas.

Pero la otra clase de infelices habitantes de esas sombrías mansiones ha sido completamente olvidada. Nadie piensa ahora en las figuras pálidas y tristes que suspiran tras los barrotes de la prisión por haber violado las leyes ordinarias.

Sin embargo, también ellos son víctimas desgraciadas del orden social infame contra el cual se dirige la revolución; víctimas de la guerra imperialista que llevó la desgracia y la miseria hasta los extremos más intolerables de la tortura; víctimas de esa horrorosa masacre de hombres que liberó los instintos más viles.

La justicia de las clases burguesas fue nuevamente como una red que permitió escapar a los tiburones voraces, atrapando únicamente a las pequeñas sardinas. Los especuladores que ganaron millones durante la guerra han sido absueltos o han recibido penas ridículas. Los ladronzuelos, hombres y mujeres, han sido sancionados con severidad draconiana.

Agotados por el hambre y el frío, en celdas sin calefacción, estos seres abandonados por la sociedad esperan piedad y compasión.

Han esperado en vano, porque en su afán de obligar a las naciones a degollarse mutuamente y distribuir coronas, el último de los Hohenzollern olvidó a estos infelices. Desde la conquista de Lieja no ha habido una sola amnistía, ni siquiera en la festividad oficial de los esclavos alemanes, el cumpleaños del káiser.

La revolución proletaria debería arrojar un rayo de bondad para iluminar la triste vida de las prisiones, disminuir las sentencias draconianas, abolir los bárbaros castigos —las cadenas y azotes— mejorar en lo posible la atención médica, la alimentación y las condiciones de trabajo. ¡Es una cuestión de honor!

El régimen disciplinario imperante, impregnado de un brutal espíritu de clase y de barbarie capitalista, debería modificarse radicalmente.

Pero una reforma total, acorde con el espíritu del socialismo sólo puede basarse en un nuevo orden social y económico; tanto el crimen como el castigo hunden sus raíces profundamente en la organización social. Sin embargo, hay una medida radical que puede tomarse sin complicados procesos legales. La pena capital, la vergüenza mayor del ultrarreaccionario código alemán, debería ser eliminada de inmediato. ¿Por qué vacila este gobierno de obreros y soldados? Hace doscientos años el noble Beccaria denunció la ignominia de la pena capital. ¿No existe esta ignominia para vosotros, Ledebour, Barth, Daumig[206]?

¿No tenéis tiempo, tenéis mil problemas, mil dificultades, mil tareas os aguardan? Cierto. Pero controlad, reloj en mano, el tiempo que se necesita para decir: «¡Queda abolida la pena de muerte!». ¿Diréis que para resolver este problema se requieren largas deliberaciones y votaciones? ¿Os perderías así en la maraña de las complicaciones formales, los problemas de jurisdicción, la burocracia departamental?

¡Ah! ¡Cuán alemana es esta revolución alemana! ¡Cuán habladora y pedante! ¡Cuán rígida, inflexible, carente de grandeza!

La olvidada pena de muerte es sólo un pequeño detalle aislado. Pero ¡con qué precisión se revela el espíritu motriz, que guía a la revolución, en estos pequeños detalles!

Tomemos cualquier historia de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, la aburrida crónica de Mignet[207].

¿Es posible leerla sin que el corazón lata con fuerza y arda la frente? Quien la haya abierto en una página cualquiera, ¿puede cerrarla antes de haber oído, conteniendo el aliento, la última nota de esa grandiosa tragedia? Es como una sinfonía de Beethoven elevada a lo grandioso y a lo grotesco, una tempestad tronando en el órgano del tiempo, grande y soberbia en sus errores al igual que en sus hazañas, en la victoria tanto como en la derrota, en el primer grito de júbilo ingenuo y en el último suspiro.

¿Y qué ocurre en este momento en Alemania?

En todo, sea grande o pequeño, uno siente que éstos son siempre los viejos y sobrios ciudadanos de la difunta socialdemocracia, para quienes el carnet de afiliado es todo, y el hombre y el espíritu, nada.

No debemos olvidar, empero, que no se hace la historia sin grandeza de espíritu, sin una elevada moral, sin gestos nobles.

Al abandonar Liebknecht y yo las hospitalarias salas donde vivimos en los últimos tiempos —él, entre sus pálidos compañeros de penitenciaría yo con mis pobres, queridas ladronas y mujeres de la calle con quienes pasé tres años y medio de mi vida— pronunciamos este juramento, mientras nos seguían con sus ojos tristes: «¡No os olvidaremos!».

¡Exigimos al comité ejecutivo de los Consejos de Obreros y Soldados que tome medidas inmediatas para mejorar la situación de los prisioneros en las cárceles alemanas!

¡Exigimos que se elimine inmediatamente la pena de muerte del código penal alemán!

Durante los cuatro años de masacre de los pueblos, la sangre fluyó en torrentes. Hoy, cada gota de ese precioso fluido debería preservarse devotamente en urnas de cristal.

La actividad revolucionaria y el profundo humanitarismo: tal es el único y verdadero aliento vital del socialismo.

Hay que dar vuelta un mundo. Pero cada lágrima que corre allí donde podría haber sido evitada es una acusación; y es un criminal quien, con inconsciencia brutal, aplasta una pobre lombriz.

DISCURSO ANTE EL CONGRESO DE FUNDACIÓN DEL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

[Los últimos dos meses de vida de Rosa Luxemburgo fueron de esfuerzo físico y mental casi ininterrumpido. Siendo una de las principales dirigentes de la ola revolucionaria que barría Alemania, tuvo poco tiempo para descansar y recuperarse de los duros años de prisión.

El periodo que va del 9 de noviembre de 1918 a mediados de enero de 1919 fue de continuo fermento revolucionario, con muchas alzas y reflujos. En movilización tras movilización, cientos de miles de obreros ganaron la calle para protestar por cada medida del gobierno contra sus organizaciones o partidarios. Día tras día se celebraban mítines masivos con miles de asistentes, a medida que las masas y los soldados que regresaban de la guerra se volvían al gobierno para exigir satisfacción. Era una situación muy parecida a la de Rusia en los primeros meses de 1917, luego de la Revolución de Febrero.

El 9 de noviembre, día en que cayó la monarquía, se planteó inmediatamente el problema: «¿Quién gobernará a Alemania?». El PSD y el PSDU iniciaron inmediatamente las negociaciones para formar un gobierno. El PSDU, en retribución por la generosa oferta de una representación paritaria, retiró sus consignas más radicales, y se instauró un Consejo de Comisarios del Pueblo de seis miembros, tres por el PSD y otros tantos por el PSDU. Inmediatamente llamaron a la elección de una asamblea nacional, a celebrarse lo antes posible.

La liga Espartaco, que funcionaba como fracción organizada dentro del PSDU, denunció el Consejo de Comisarios del Pueblo, negándose a

integrarlo. Llamó, en cambio, a pasar todo el poder a los Consejos de Obreros y Soldados. Sin embargo, el Consejo de Obreros y Soldados de Berlín se reunió el 10 de noviembre y reconoció el poder ejecutivo nacional provisional de los seis comisarios del pueblo, sin definir su propio papel y autoridad.

La generalidad de los Consejos de Obreros y Soldados formados en noviembre estaban dominados por el PSD o por soldados y civiles sin filiación política, con ciertas tendencias conservadoras. El PSDU controlaba varios consejos y tenía una minoría importante en casi todos. Espartaco sólo controló unos pocos y por poco tiempo, en Brunswick y Stuttgart. La debilidad organizativa de Espartaco se puso de manifiesto en la Conferencia del Reich de Consejos de Obreros y Soldados, celebrada a mediados de diciembre en Berlín. Allí ni siquiera hubo un bloque espartaquista organizado, aunque la organización decía tener diez delegados. El PSD tenía 288 delegados y el PSDU ochenta.

Durante noviembre y diciembre Espartaco llamó reiteradas veces a nuevas elecciones en los Consejos de Obreros y Soldados, en un intento de romper el control de las fuerzas conservadoras que pesaban sobre ellos y hacerlos más representativos de la creciente radicalización de las masas. Pero en la mayoría de los casos dichos llamados fueron firmemente rechazados, sobre todo en la crucial ciudad de Berlín, y los Consejos entregaron cada vez más su poder y autoridad moral a los dirigentes del PSD, uniéndose en definitiva a ellos para aplastar la revolución.

Hasta principios de enero los dirigentes espartaquistas creyeron que la ola revolucionaria seguiría en aumento, aunque no contaban con una victoria fácil ni rápida. Pero la relación de fuerzas siguió empeorando para los revolucionarios. Ebert, Scheidemann, Noske[208] y demás dirigentes del PSD estaban decididos a imponer «la ley y el orden» en Alemania, sabiendo perfectamente que eso significaba aplastar a la Liga Espartaco. Estaban dispuestos a recurrir a las fuerzas militares y paramilitares más reaccionarias con tal de suprimir las manifestaciones callejeras, perseguir a los dirigentes, a cuyas cabezas les habían puesto extraoficialmente un precio, tomar los bastiones de la izquierda y

liquidar cualquier respaldo que ésta pudiera tener en sectores de las tropas o la policía.

Luego de una serie de ataques contra las fuerzas de izquierda —enfrentamientos que no resolvieron nada— los miembros del PSDU en el Consejo de Comisarios del Pueblo renunciaron, dejando todo en manos del PSD. A principios de enero el gobierno provisional resolvió tratar de provocar un enfrentamiento militar para destrozar las fuerzas revolucionarias. Su primera medida fue destituir al jefe de policía de Berlín, Emil Eichhorn, miembro del PSDU, para reemplazarlo con alguien de su confianza. Eichhorn, no obstante, se negó a abandonar el puesto, declarando que él rendía cuentas únicamente al Consejo de Obreros y Soldados de Berlín (que confirmó su destitución un par de días después).

Una movilización llamada para el 5 de enero en protesta por la destitución de Eichhorn resultó mucho más grande de lo que se había esperado, y se llamó a nuevas movilizaciones para el día 6. Algunas fuerzas de izquierda consideraron que estaba planteado el problema de la toma del poder. Una débil coalición integrada por Espartaco (recientemente constituido como Partido Comunista Alemán-PCA), el PSDU y los Delegados Revolucionarios formaron un Ejecutivo Revolucionario, llamando a las masas a proseguir la lucha, derribar a Scheidemann y Ebert, a la toma del poder por el Consejo y otras medidas.

No queda claro si los representantes del PCA ante el Ejecutivo revolucionario —Liebknecht y Pieck[209]— contaban o no con el consentimiento del partido. El biógrafo de Rosa, Paul Frölich, sostiene que no contaban con el apoyo de la dirección partidaria y que particularmente Rosa Luxemburgo censuró a Liebknecht por haber comprometido al partido en la aventura peligrosa de una insurrección condenada a la derrota. En todo caso, pronto resultó evidente que no existían posibilidades de tomar el poder sobre bases tan inseguras, y finalmente el intento no se llevó a cabo. El 10 de enero, con la invasión de la ciudad por las tropas y una creciente ofensiva de las fuerzas paramilitares contrarrevolucionarias, el PCA se retiró formalmente del Ejecutivo Revolucionario, que, en los hechos, ya se había desintegrado.

(Miembros del PSDU y de los Delegados Revolucionarios estaban tratando de negociar una tregua con el PSD).

Al mismo tiempo, sin embargo, había miles de obreros armados en la calle, y Espartaco consideró que debía permanecer junto a las masas para dirigirlas en la acción y no perder contacto con ellas.

El 13 de enero, las tropas, cumpliendo órdenes del PSD, atacaron el edificio del *Vorwaerts* que había sido ocupado por las fuerzas revolucionarias, y asesinaron a la delegación enviada a negociar la rendición. Espías, provocadores y bandas armadas recorrían la ciudad buscando a los dirigentes espartaquistas, contra los cuales se venía montando desde hacía semanas una campaña histérica para lincharlos. Pero Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht se negaron terminantemente a abandonar la ciudad.

El 15 de enero una unidad militar invadió el escondite mal oculto de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht. Los llevaron a los cuarteles provisorios de una de las unidades paramilitares que funcionaban libremente con pleno conocimiento, y posiblemente con el respaldo del PSD.

Liebknecht fue llevado afuera y asesinado «mientras trataba de escapar». Rosa Luxemburgo murió de un tiro en la cabeza, y su cuerpo fue arrojado a un canal del cual se lo recuperó recién a principios de mayo.

Cuando comenzó la revolución, a principios de noviembre, los dirigentes de Espartaco resolvieron permanecer dentro del PSDU el mayor tiempo posible, para intentar ganar a su base. Rosa Luxemburgo temía perder el contacto con las masas, y tenía la certeza de que ése sería el resultado del intento prematuro de fundar un partido aparte del PSDU.

Durante los meses de noviembre y diciembre los dirigentes espartaquistas utilizaron todas sus energías para tratar de proveer de una dirección política al movimiento de masas que se agitaba a su alrededor, poniendo la construcción de una organización sólida y disciplinada en un segundo plano en la lista de prioridades. La Liga Espartaco era, en realidad, un grupo de pocos miles de miembros distribuidos por toda Alemania en una federación escasamente centralizada. Si bien los dirigentes espartaquistas de Berlín

proclamaron con toda claridad que nada tenían que ver con la dirección vacilante y centrista del PSDU, las líneas demarcatorias entre éste y la Liga tendían a borrarse cada vez más a medida que uno se alejaba de los cuadros dirigentes para adentrarse en las ciudades de provincia y en las propias bases en Berlín.

Recién después de que la dirección del PSDU se negó terminantemente a convocar a un congreso nacional —temeroso de darles a los dirigentes de Espartaco la posibilidad de ganar un número mayor de partidarios y clarificar las profundas diferencias existentes— recién entonces Espartaco resolvió romper con el PSDU y fundar el Partido Comunista Alemán.

El congreso de fundación del PC A se celebró entre el 30 y el 31 de diciembre de 1918 y el 1.º de enero de 1919, y fue en ese congreso que Rosa Luxemburgo pronunció el que iba a ser su último discurso. En nombre del comité ejecutivo presentó el proyecto de programa que el congreso aprobó. Paul Frölich, integrante también de la dirección de la Liga Espartaco, describe su discurso:

«La tensión que se produjo en el congreso entre la sobria sabiduría de los dirigentes y la impaciencia revolucionaria de los elementos más jóvenes, cedió inmediatamente [cuando] Rosa Luxemburgo dirigió la palabra al congreso para exponer el programa del partido. Los delegados habían observado con preocupación el esfuerzo tremendo que le costaba a su cuerpo exhausto sobreponerse a las consecuencias del prolongado encarcelamiento, la incesante excitación, la tensión nerviosa y las enfermedades, pero apenas comenzó a hablar, la inspiración obró maravillas y Rosa volvió a ser la de antes. Desapareció toda su debilidad física, volvió su energía y, por última vez, su temperamento apasionado y su brillante oratoria dejaron atónito al auditorio: lo convenció, atrapó, conmovió e inspiró. Fue, para todos los presentes, una experiencia inolvidable». [La tensión del congreso que menciona Frölich, y a la que Rosa hace alusión varias veces en el curso de su exposición, se creó en torno a la táctica que debía emplear el PCA ante las elecciones a la asamblea nacional. En su reunión de mediados de diciembre, el Congreso del Reich de Consejos Obreros y Campesinos había aprobado el llamado a elecciones del gobierno de Ebert. El comité ejecutivo de Espartaco propuso que el recientemente

formado PCA aprovechara la posibilidad de llegar a millones de personas con la propaganda revolucionaria, participando en las elecciones. Pero la mayoría de los delegados, adoptando una clásica actitud ultraizquierdista, no quería tener nada que ver con las elecciones y el congreso rechazó la resolución del comité ejecutivo por 62 votos contra 23. En una carta a Clara Zetkin, Rosa Luxemburgo caracteriza a esta votación como fruto de un «radicalismo un tanto infantil, inmaduro y estrecho» de parte de los delegados jóvenes e impacientes, actitud que creía iba a desaparecer rápidamente.

También discute extensamente el prefacio de Engels a la edición alemana de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. Su conocimiento de las intransigentes posiciones revolucionarias de Engels la hacía sospechar de la interpretación que predominaba en el PSD de ese prólogo, o al menos rechazarla.

El prefacio había sido escrito por Engels a pedido de los dirigentes del PSD, quienes temían la promulgación de una nueva ley antisocialista. Pero había un hecho que Rosa, y prácticamente todo el resto del partido, ignoraba: ese prefacio, escrito especialmente para ellos, no había sido del agrado de los dirigentes del PSD, que lo habían distorsionado groseramente. Suprimieron las partes del prefacio donde Engels expone su posición respecto de las formas de lucha ilegales, extraparlamentarias. En carta a Kautsky, fechada el 1.º de abril de 1895, Engels protestó por esta distorsión de su pensamiento: «Vi con asombro un extracto de mi introducción en *Vorwaerts*, publicado sin mi aprobación y construido de manera tal que se me presenta como pacífico adorador de la legalidad a cualquier precio. Quisiera tener la satisfacción de ver publicado el escrito completo en *Neue Zeit*, para liquidar esta impresión indigna». Pero el prefacio inédito no apareció en alemán hasta 1924.

Es un ejemplo notable de la profunda comprensión del marxismo revolucionario de Rosa Luxemburgo el hecho de que sospechara de ese pasaje y lo considerara incongruente con todo lo que habían defendido Marx y Engels. La historia no tardó en darle la razón. También rechazó la división tradicional entre programa «mínimo» y «máximo», entre las consignas para la acción inmediata y los objetivos postergados para el futuro, considerados irrelevantes en cuanto a la militancia práctica

cotidiana. Para ella esa división era uno de los baluartes del oportunismo del viejo PSD. La formulación de un programa único, que señalara el camino desde el presente hasta el futuro socialista, fue un paso decisivo para darle al PC A una perspectiva verdaderamente revolucionaria y un arma para luchar por las demandas que se pueden realizar bajo el capitalismo y también por las que inevitablemente llevarán a las masas, paso a paso, a la revolución socialista y su concreción triunfante. También aparece el viejo tema del folleto sobre la huelga de masas y todos sus demás escritos sobre la Revolución de 1905-1906. Predice una ola huelguística inminente, que pasará de objetivos económicos a políticos y provocará en última instancia una transformación económica y política total. Aquí, al igual que en 1905, tiende a sobreestimar el valor de la huelga como el arma fundamental.

El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht marcó el fin de la primera etapa de la revolución alemana, aunque ellos, de haber continuado con vida, no podrían haber alterado el curso inmediato de los acontecimientos. Su muerte fue un golpe tremendo para el joven partido, que quedó así privado de sus dirigentes más experimentados. Muchos más iban a caer en los meses subsiguientes, a medida que la contrarrevolución recorría Alemania.

El asesinato de Luxemburgo y Liebknecht fue también un golpe muy duro para la Revolución Rusa, acorralada por la guerra civil y las fuerzas invasoras y luchando por resistir hasta que la revolución alemana triunfante acudiese en su ayuda. Hablando ante el soviet de Petrogrado el 18 de enero de 1919, cuando llegó la confirmación de la noticia del asesinato y de la derrota de la revolución, Trotsky les rindió el más alto homenaje revolucionario:

«Para nosotros, Liebknecht no fue simplemente un dirigente alemán. Para nosotros, Luxemburgo no fue simplemente una socialista polaca que dirigió a los obreros alemanes. No, ambos son hermanos del proletariado mundial, y nos une a ellos un vínculo espiritual indisoluble. ¡Hasta su último aliento pertenecieron a la Internacional!».

El último discurso de Rosa Luxemburgo fue traducido al inglés por Cedar y Edén Paul. Esta versión fue publicada en 1943 en *The New International* (La nueva Internacional).]

¡Camaradas! Hoy tenemos la tarea de discutir y aprobar un programa. Al emprender esta tarea no nos motiva únicamente el hecho de que ayer fundamos un partido nuevo, y que un partido nuevo debe formular un programa. Grandes movimientos históricos fueron las causas determinantes de las deliberaciones de hoy. Ha llegado el momento de fundar todo el programa socialista del proletariado sobre nuevas bases. Nos encontramos ante una situación similar a la de Marx y Engels cuando escribieron su *Manifiesto Comunista*, hace setenta años. Como todos saben, el *Manifiesto Comunista* trata del socialismo, de la realización de los objetivos socialistas, como tarea inmediata de la revolución proletaria. Ésta fue la idea presentada por Marx y Engels en la revolución de 1848; así, también, concibieron la base para la acción proletaria en el campo internacional. Junto con todos los dirigentes del movimiento obrero, tanto Marx como Engels creían que estaba planteada la realización inmediata del socialismo. Bastaba provocar una revolución política, tomar el poder político del Estado y el socialismo pasaría inmediatamente del reino del pensamiento al reino de carne y hueso.

Posteriormente, como sabéis, Marx y Engels revisaron totalmente esta perspectiva. En el prefacio conjunto a la reedición del *Manifiesto Comunista* del año 1872, encontramos el siguiente pasaje: «[…] no se concede importancia exclusiva a las medidas revolucionarias enumeradas al final del capítulo II. Este pasaje tendría que ser redactado hoy de distinta manera, en más de un aspecto. Dado el desarrollo colosal de la gran industria en los últimos veinticinco años, y con éste, el de la organización del partido de la clase obrera; dadas las experiencias prácticas, primero de la revolución de febrero y después, en mayor grado aún, de la Comuna de París, que eleva por primera vez al proletariado, durante dos meses, al Poder político, este programa ha envejecido en algunos de sus puntos. La Comuna ha demostrado, sobre todo, que “la clase obrera no puede simplemente tomar posesión de la máquina estatal existente y ponerla en marcha para sus propios fines”.

¿Cuál es el pasaje que habría que redactar de manera distinta, por hallarse perimido? El que dice así:

El proletariado se valdrá de su dominación política para ir arrancando gradualmente a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase dominante, y para aumentar con la mayor rapidez posible la suma de las fuerzas productivas.

Esto, naturalmente, no podrá cumplirse al principio más que por una violación despótica del derecho de propiedad y de las relaciones burguesas de producción, es decir, por la adopción de medidas que desde el punto de vista económico parecerán insuficientes e insostenibles, pero que en el curso del movimiento se sobrepasarán a sí mismas y serán indispensables como medio para transformar radicalmente todo el modo de producción.

Estas medidas, naturalmente, serán diferentes en los diversos países.

Sin embargo, en los países más avanzados podrán ser puestas en práctica casi en todas partes las siguientes medidas:

1 —Expropiación de la propiedad territorial y empleo de la renta de la tierra para los gastos del Estado.

2 —Fuerte impuesto progresivo.

3 —Abolición del derecho de herencia.

4 —Confiscación de toda la propiedad de los emigrados y sediciosos.

5 —Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

6 —Centralización en manos del Estado de todos los medios de transporte.

7 —Multiplicación de las empresas fabriles pertenecientes al Estado y de los instrumentos de producción; roturación de los terrenos incultos y mejoramiento de las tierras, según un plan general.

8 —Obligación de trabajar para todos; organización de ejércitos industriales, particularmente para la agricultura.

9 —Combinación de agricultura y la industria; medidas encaminadas a hacer desaparecer gradualmente la oposición entre la ciudad y el campo.

10 —Educación pública y gratuita de todos los niños; abolición del trabajo de éstos en las fábricas tal como se practica hoy; régimen de

educación combinado con la producción material, etcétera, etcétera[210]».

Con pocas variantes estas son, como sabéis, las tareas que se nos plantean hoy. Llevando adelante estas medidas tendremos que construir el socialismo. Entre el día en que se formuló el programa citado y la hora actual median setenta años de desarrollo capitalista y la evolución del proceso histórico nos ha devuelto a la posición que Marx y Engels desecharon por errónea en 1872. En ese momento existían muy buenas razones para creer que la posición anterior era errónea. La evolución posterior del capital, empero, ha convertido el error de 1872 en la realidad de hoy, de modo que nuestro objetivo inmediato es cumplir la tarea que Marx y Engels pensaron que tendrían que cumplir en 1848. Pero entre ese momento del proceso, ese comienzo de 1848, y nuestras posiciones y tareas inmediatas, media toda la evolución no sólo del capitalismo, sino también del movimiento obrero socialista. Han intervenido, sobre todo, los procesos ya mencionados de Alemania, el país más importante del proletariado moderno.

Esta evolución de la clase obrera asumió formas peculiares. Cuando, después de las desilusiones de 1848, Marx y Engels desecharon la idea de que el proletariado podía realizar en forma inmediata el socialismo, surgieron en todos los países partidos socialistas inspirados en objetivos muy distintos. Se proclamó que el objetivo inmediato de dichos partidos era el trabajo local, la mezquina lucha cotidiana en los campos político e industrial.

Así, de a poco, se irían creando ejércitos proletarios, los que estarían prontos a construir el socialismo apenas madurara el proceso capitalista. El programa socialista quedó, por lo tanto, apoyado sobre cimientos totalmente distintos, y en Alemania el cambio asumió una forma típica y peculiar. Hasta el colapso del 4 de agosto de 1914, la socialdemocracia alemana defendía el programa de Erfurt, en virtud del cual las llamadas consignas mínimas pasaban a primer plano, mientras que el socialismo pasaba a ser un lucero distante.

Sin embargo, mucho más importante que la letra de un programa es la forma en que se lo interpreta en la práctica. En este sentido debe otorgarse gran importancia a uno de los documentos históricos del movimiento obrero

alemán: el prefacio escrito por Federico Engels a la edición de 1895 de *Las luchas de clases en Francia*, de Marx. No es sólo en base a consideraciones históricas que vuelvo a plantear la cuestión. Se trata de un problema de suma actualidad. Es nuestro deber perentorio volver a colocar nuestro programa sobre las bases sentadas por Marx y por Engels en 1848. En vista de los cambios ocurridos desde entonces en el proceso histórico, nos corresponde emprender una cautelosa revisión de las posiciones que llevaron a la socialdemocracia alemana al desastre del 4 de agosto.

Dicha revisión es la tarea que nos ocupa hoy oficialmente.

¿Cómo encaraba Engels el problema en su célebre prefacio a *Las luchas de clases en Francia*, escrito en 1895, doce años después de la muerte de Marx? En primer lugar, recordando el año 1848, demostró que la creencia en la inminencia de la revolución socialista ya había quedado perimida. Dijo:

«La historia nos ha dado un mentís, a nosotros y a cuantos pensaban de un modo parecido. Ha puesto de manifiesto que, por aquel entonces, el estado del desarrollo económico en el continente distaba mucho de estar maduro para poder eliminar la producción capitalista; lo ha demostrado por medio de la revolución económica que desde 1848 se ha adueñado de todo el continente, dando, por primera vez, verdadera carta de ciudadanía a la gran industria en Francia, Austria, Hungría, Polonia y últimamente Rusia, y haciendo de Alemania un país industrial de primer orden. Y todo sobre la base capitalista, lo cual quiere decir que esta base tenía todavía, en 1848, gran capacidad de expansión».

Después de resumir los cambios que sobrevinieron en el período intermedio, Engels analiza las tareas inmediatas del Partido Socialdemócrata. «Como Marx predijo, la guerra de 1870 a 1871 y la derrota de la Comuna desplazaron por el momento de Francia a Alemania el centro de gravedad del movimiento obrero europeo. En Francia, naturalmente, éste necesitaba años para reponerse de la sangría de 1871. En cambio en Alemania, donde la industria —impulsada como una planta de invernadero por el maná de los cinco mil millones pagados por Francia— se desarrollaba cada vez más rápidamente, la socialdemocracia crecía todavía más a prisa y con más persistencia. Gracias a la inteligencia con que los

obreros alemanes supieron utilizar el sufragio universal, implantado en 1866, el crecimiento asombroso del partido se ofrece en forma indiscutible, a los ojos del mundo entero[211]».

Luego viene la famosa enumeración que muestra el crecimiento de los votos del partido en elección tras elección, hasta llegar a cifras millonadas. Del análisis de este proceso Engels saca la siguiente conclusión: «Pero con este eficaz empleo del sufragio universal entró en acción un método de lucha proletario totalmente nuevo, que se siguió desarrollando con rapidez. Al comprobarse que las instituciones estatales en las que se organiza la dominación de la burguesía ofrecen nuevas posibilidades a la clase obrera para luchar contra las mismas instituciones, se tomó parte en las elecciones a las dietas provinciales, a los organismos municipales, a los tribunales industriales, se le disputó a la burguesía cada puesto, en cuya provisión mezclaba su voz una parte suficiente del proletariado. Así se dio el caso de que la burguesía y el gobierno llegasen a temer mucho más la actuación legal que la actuación ilegal del partido obrero, más los éxitos electorales que los éxitos insurreccionales[212]».

Engels añade una crítica minuciosa a la ilusión de que bajo las condiciones que crea el capitalismo moderno el proletariado puede aportar algo a la revolución en la lucha callejera. Sin embargo, me parece que, visto que hoy nos encontramos en medio de una revolución caracterizada por la lucha callejera, y todo lo que ésta significa, es hora de librarnos de las posiciones que han guiado la política oficial de la socialdemocracia alemana hasta nuestros días, de las posiciones responsables de lo que ocurrió el 4 de agosto de 1914. *[¡Muy bien, muy bien!*] Con ello no quiero decir que, en virtud de estas palabras, Engels debe compartir la responsabilidad por todo el curso de la evolución socialista de Alemania. Simplemente llamo vuestra atención hacia una de las citas clásicas que apuntala la posición prevaleciente en la socialdemocracia alemana, posición que resultó fatal para el movimiento. Como experto en ciencia militar, Engels demuestra en este prefacio que es una ilusión pura creer que los obreros podían, dado el estado de la técnica militar y la industria en ese momento, y en vista de las características de las grandes ciudades, realizar con éxito la revolución mediante el combate en las calles. Dos conclusiones

importantes surgirán de ese razonamiento. En primer lugar, se contrapuso la lucha parlamentaria a la acción revolucionaria directa del proletariado, y se señaló que aquélla es la única forma práctica de llevar adelante la lucha de clases. La consecuencia lógica de la crítica fue el parlamentarismo, y nada más que el parlamentarismo.

En segundo lugar, a la máquina militar, a la organización más poderosa del estado clasista, a todo el cuerpo de proletarios en uniforme, se lo declaró, apriorísticamente, inaccesible a la influencia socialista. Cuando en su prefacio Engels declara que, debido al actual desarrollo de gigantescos ejércitos, es una locura pensar que los proletarios puedan hacer frente a soldados armados de ametralladoras y equipados según el último grito de la técnica, esto se basa obviamente en la premisa de que cualquiera que se haga soldado se vuelve, de golpe y para siempre, partidario de la clase dominante.

Sería absolutamente incomprensible, a la luz de la experiencia contemporánea, que un dirigente de la talla de Engels cometiera semejante error, si no conociéramos las circunstancias históricas en que se escribió este documento histórico. En reivindicación de nuestros dos grandes maestros, y sobre todo de Engels, que murió doce años después de Marx y fue siempre un fiel exegeta de las teorías y de la reputación de su gran colaborador, debo recordaros que Engels escribió este prefacio bajo una fuerte presión del bloque parlamentario. En esa época en Alemania, en los primeros años de la década del noventa, luego de la derogación de las leyes antisocialistas, surgió una fuerte corriente hacia la izquierda, el movimiento de los que querían evitar que el partido quedara totalmente absorbido por la lucha parlamentaria. Bebel y sus secuaces querían argumentos convincentes, respaldados por la gran autoridad de Engels; querían una declaración que les permitiera mantener a los elementos revolucionarios bajo su férreo control.

Era típico de la situación del partido en esa época que los parlamentarios socialistas tuvieran la última palabra, tanto en la teoría como en la práctica. Aseguraron a Engels, que vivía en el extranjero y naturalmente aceptó de buena fe, que era absolutamente indispensable salvaguardar al movimiento obrero alemán de caer en el anarquismo: y así

lo obligaron a escribir en el tono que ellos querían. De ahí en más la táctica expuesta por Engels en 1895 guió a los socialdemócratas alemanes en todo lo que hicieron y dejaron de hacer hasta el inevitable final acaecido el 4 de agosto de 1914. El prefacio fue la proclamación formal de la táctica nada-más-que-parlamentarismo. Engels murió ese mismo año y no tuvo, por lo tanto, oportunidad de analizar las consecuencias prácticas de su teoría. Quienes conocen las obras de Marx y Engels, quienes están familiarizados con el espíritu verdaderamente revolucionario que anima todas sus enseñanzas y escritos, tendrán la certeza de que Engels hubiera sido uno de los primeros en protestar contra la corrupción del parlamentarismo y contra el derroche de energías del movimiento obrero, característico de Alemania en las décadas que precedieron a la guerra.

El cuatro de agosto no surgió de la nada, como un trueno en un cielo azul; lo que sucedió ese día no fue un giro casual de los acontecimientos, sino la consecuencia lógica de lo que los socialistas alemanes venían haciendo día tras día, durante muchos años. *[¡Muy bien, muy bien!*] Estoy convencida de que si Engels y Marx vivieran hoy protestarían con todo vigor, y utilizarían todas las fuerzas a su alcance para impedir que el partido se arroje al abismo. Pero después de la muerte de Engels en 1895, la dirección del partido en materia de teoría pasó a manos de Kautsky. Resultado de este cambio fue que en los sucesivos congresos anuales del partido las protestas enérgicas del ala izquierda contra la política del parlamentarismo puro, sus advertencias perentorias acerca de la esterilidad e inutilidad de semejante política, fueron tachadas de anarquismo, socialismo anarquizante o, al menos, antimarxismo. Lo que oficialmente se llamaba marxismo se convirtió en una capa para encubrir todo tipo de oportunismo, para rehuir consecuentemente la lucha de clases revolucionaria, para todo tipo de medidas a medias. Así, la socialdemocracia y el movimiento obrero alemanes, así como también el movimiento sindical, fueron condenados a languidecer en el marco de la sociedad capitalista. Ya ningún socialista ni sindicalista alemán hacía el menor intento serio de derrocar las instituciones capitalistas ni de descomponer la maquinaria capitalista.

Pero ahora llegamos a un punto, camaradas, en que podemos decir que nos hemos reencontrado con Marx, que marchamos nuevamente bajo su bandera. Si declaramos hoy que la tarea inmediata del proletariado es convertir el socialismo en una realidad viva y destruir el capitalismo hasta su raíz, al hablar así nos colocamos en el mismo terreno que ocuparon Marx y Engels en 1848; asumimos una posición cuyos principios ellos jamás abandonaron. Por fin queda claro qué es el verdadero marxismo, y qué ha sido el marxismo sustituto. [*Aplausos*]. Hablo de ese marxismo sustituto que durante tanto tiempo ha sido el marxismo oficial de la socialdemocracia. Ya veis a qué conduce esta clase de marxismo, el marxismo de los secuaces de Ebert, David y demás. Éstos son los representantes oficiales de lo que durante años se ha proclamado como marxismo inmaculado. Pero en realidad el marxismo no podía señalar esta dirección, no podía haber llevado a los marxistas a dedicarse a actividades contrarrevolucionarias codo a codo con tipos como Scheidemann. El verdadero marxismo también vuelve sus armas contra quienes pretenden falsificarlo. Cavando como un topo bajo los cimientos de la sociedad burguesa, ha trabajado tan bien que hoy más de la mitad del proletariado alemán marcha bajo nuestro estandarte, el pendón enhiesto de la revolución. Inclusive en el bando contrario, inclusive allí donde parece imperar la contrarrevolución, tenemos partidarios y futuros camaradas de armas.

Permítaseme repetir, entonces, que la evolución del proceso histórico nos ha conducido de vuelta a la ubicación de Marx y Engels de 1848, cuando enarbolaron por primera vez la bandera del socialismo internacional. Estamos donde estuvieron ellos, pero con la ventaja adicional de setenta años de desarrollo capitalista a nuestras espaldas. Hace setenta años, para quienes revisaron los errores e ilusiones de 1848, parecía que al proletariado le aguardaba un camino interminable por recorrer antes de tener la esperanza, siquiera, de realizar el socialismo. Casi no es necesario que diga que a ningún pensador serio se le ha ocurrido jamás ponerle fecha a la caída del capitalismo; pero después de las derrotas de 1848 esa caída parecía estar en un futuro distante. Esa creencia se desprende también de cada frase del prefacio que Engels escribió en 1895. Estamos ahora en condiciones de hacer el balance y podemos ver que el lapso ha sido breve si

lo comparamos con el curso de la lucha de clases a través de la historia. El desarrollo capitalista en gran escala ha llegado tan lejos en setenta años, que hoy nos podemos proponer seriamente liquidar al capitalismo de una vez por todas. No sólo estamos en condiciones de cumplir esta tarea, no sólo es un deber para con el proletariado, sino que nuestra solución le ofrece a la humanidad la única vía para escapar a la destrucción. *[Fuertes aplausos.*].

Después de la guerra, ¿qué ha quedado de la burguesía sino un gigantesco montón de basura? Formalmente, desde luego, todos los medios de producción y la mayor parte de los instrumentos de poder, prácticamente todos los instrumentos decisivos de poder, están aún en manos de las clases dominantes. No nos hacemos ilusiones. Pero lo que nuestros gobernantes podrán obtener con el ejercicio de sus poderes, más allá de sus esfuerzos frenéticos por reimplantar su sistema de expoliación mediante la sangre y la masacre, no será más que el caos. Las cosas han llegado a un punto tal que a la humanidad se le plantean hoy dos alternativas: perecer en el caos o encontrar su salvación en el socialismo. El resultado de la gran guerra es que a las clases capitalistas les es imposible salir de sus dificultades mientras sigan en el poder. Comprendemos ahora la verdad que encerraba la frase que formularon por primera vez Marx y Engels como base científica del socialismo, en la gran carta de nuestro movimiento, el *Manifiesto Comunista*. El socialismo, dijeron, se volverá una necesidad histórica. El socialismo es inevitable, no sólo porque los proletarios ya no están dispuestos a vivir bajo las condiciones que les impone la clase capitalista, sino también porque si el proletariado no cumple con sus deberes de clase, si no construye el socialismo, nos hundiremos todos juntos. *[Aplausos prolongados*].

Aquí tenéis las bases generales del programa que adoptamos hoy oficialmente, cuyo proyecto habéis leído todos en el folleto *¿Was will der Spartakusbund?* [¿Qué quiere la Liga Espartaco?]. Nuestro programa se opone deliberadamente al principio rector del programa de Erfurt; se opone tajantemente a la separación de las consignas inmediatas, llamadas mínimas, formuladas para la lucha política y económica, del objetivo socialista formulado como programa máximo. En oposición deliberada al programa de Erfurt liquidamos los resultados de un proceso de setenta años,

liquidamos, sobre todo, los resultados primarios de la guerra, declarando que no conocemos los programas máximos y mínimos; sólo conocemos una cosa, el socialismo; esto es lo mínimo que vamos a conseguir. *[¡Bien*, bien!]

No propongo entrar en los detalles del programa. Llevaría demasiado tiempo, y vosotros podréis formaros vuestras propias opiniones respecto a los detalles. La tarea que me incumbe es simplemente exponer los aspectos más generales que distinguen a nuestro programa de lo que ha sido hasta hoy el programa oficial de la socialdemocracia alemana. Considero, no obstante, de primordial importancia que nos pongamos de acuerdo en nuestra apreciación de las circunstancias concretas del momento, de las tácticas que debemos adoptar, de las medidas prácticas a tomar, a la luz del desarrollo del proceso revolucionario hasta el momento y también del probable curso futuro de los acontecimientos. Hemos de juzgar la situación política desde la perspectiva que acabo de caracterizar, desde la perspectiva de quienes apuntan a la realización inmediata del socialismo, de quienes están decididos a subordinar todo lo demás a ese fin.

Nuestro congreso, el congreso de lo que puedo llamar con orgullo el único partido socialista revolucionario del proletariado alemán, casualmente coincide con una crisis en el proceso de la revolución alemana. Digo «casualmente coincide»; pero, en verdad, la coincidencia no es casual. Después de los sucesos de los últimos días podemos afirmar que el telón ha descendido sobre el primer acto de la revolución alemana. Está comenzando el segundo acto, y tenemos el deber común de hacer un autoexamen y una autocrítica. Nos moveremos más sabiamente en el futuro, y ganaremos un ímpetu adicional para seguir avanzando, si analizamos cuidadosamente todo lo que hicimos y dejamos de hacer. Analicemos, pues, cuidadosamente, los acontecimientos del primer acto de la revolución.

La movilización comenzó el 9 de noviembre. La característica de la revolución del 9 de noviembre fue su insuficiencia y debilidad. Esto no debe sorprendernos. La revolución vino después de cuatro arios de guerra, cuatro años durante los cuales, bajo la tutela de la socialdemocracia y los sindicatos, el proletariado alemán se comportó con intolerable ignominia y repudió sus obligaciones socialistas hasta un punto inigualado en el resto del mundo. Nosotros, los marxistas, que nos guiamos por el principio de la

evolución histórica, no podríamos esperar que en la Alemania que contempló el horrendo espectáculo del 4 de agosto, y que durante cuatro años cosechó lo que se sembró ese día, apareciera repentinamente, el 9 de noviembre de 1918, una revolución gloriosa, inspirada en una conciencia de clase definida, dirigida hacia un objetivo concebido con toda claridad. Lo que ocurrió el 9 de noviembre fue, en menor medida, el triunfo de un nuevo principio; apenas un poco más que la caída del sistema imperialista existente. *[¡Muy bien!*].

Había llegado el momento de la caída del imperialismo, un coloso con pies de barro, que se resquebrajaba por dentro. La secuela de esta caída fue una movilización más o menos caótica, desprovista de un plan razonado. La única fuente de unidad, el único principio persistente y salvador fue la consigna «Por consejos de obreros y soldados». Ésa era la consigna de la revolución con la cual, a pesar de la insuficiencia y debilidad de la primera fase, inmediatamente reclamó el derecho de contarse entre las revoluciones obreras socialistas. A quienes participaron en la revolución del 9 de noviembre, y sin embargo arrojan calumnias sobre los bolcheviques rusos, no podemos dejar de preguntarles: «¿Dónde aprendisteis el alfabeto de vuestra revolución? ¿Acaso no fueron tos rusos quienes os enseñaron a pedir consejos de obreros y soldados?» *[Aplausos*].

Esos pigmeos que hoy, en su carácter de dirigentes de un gobierno que falsamente llaman socialista, consideran que una de sus tareas principales es unirse a los imperialistas ingleses en su ataque asesino contra los bolcheviques, han sido delegados de los consejos de obreros y soldados, reconociendo así que la Revolución Rusa creó las primeras consignas de la revolución mundial. El estudio de la situación imperante nos permite predecir con certeza que, cualquiera que sea el país donde estalle la próxima revolución proletaria después de Alemania, el primer paso será la formación de consejos de obreros y soldados. [*Murmullos de aprobación*].

He aquí el vínculo que une internacionalmente a nuestro movimiento. Éste es el lema que distingue tajantemente a nuestra revolución de todas las revoluciones anteriores, las revoluciones burguesas. El 9 de noviembre, el primer grito de la revolución, instintivo como el llanto de un recién nacido, fue por consejos de obreros y soldados. Ése fue nuestro grito de guerra

común, y sólo a través de los consejos podemos aspirar a la realización del socialismo. Pero es característico de los rasgos contradictorios de nuestra revolución, característico de las contradicciones que acompañan a toda revolución, que en el momento de lanzarse este poderoso, conmovedor e instintivo grito, la revolución era tan insuficiente, tan débil, tan falta de iniciativa, tan falta de claridad en cuanto a sus propios objetivos, que el 10 de noviembre nuestros revolucionarios permitieron que escaparan de sus manos casi la mitad de los instrumentos de poder que habían tomado el 9 de noviembre. De esto aprendemos, por un lado, que nuestra revolución está sujeta a la arbitraria ley del determinismo histórico, ley que garantiza que, a pesar de las dificultades y complicaciones, a pesar de todos nuestros errores, avanzaremos sin embargo paso a paso hacia nuestra meta. Por otra parte, debemos reconocer, al comparar este espléndido grito de guerra con la insuficiencia de los resultados obtenidos, que éstos no fueron más que los primeros pasos infantiles y vacilantes de la revolución, que tiene muchas tareas difíciles que cumplir y un largo camino por recorrer antes de poder realizar las primeras consignas.

Las semanas que transcurrieron entre el 9 de noviembre y el día de hoy están plagadas de toda clase de ilusiones. La primera ilusión de los obreros y soldados que hicieron la revolución fue creer en la posibilidad de unidad bajo la bandera de lo que se hace llamar socialismo. ¿Dónde se refleja mejor la debilidad de la revolución del 9 de noviembre que en el hecho de que desde el comienzo de dirección pasó a manos de individuos que pocas horas antes de que ésta estallara habían resuelto que su principal deber era lanzar advertencias en contra de la revolución *[¡muy bien*!], tratar de imposibilitar su realización; a manos de tipos de la calaña de Ebert, Scheideman y Hasse[213]? Una de las ideas directrices de la revolución del 9 de noviembre era la de unificar a las distintas tendencias socialistas. Dicha unión debía efectuarse por aclamación. Esta ilusión se cobró una venganza sangrienta, y los acontecimientos de los últimos días provocaron un amargo despertar; pero el autoengaño fue universal, y afectó a los grupos de Ebert y Scheideman y a la burguesía tanto como a nosotros.

Hubo otra ilusión, que también afectó a la burguesía, durante este acto inicial de la revolución: creyeron que mediante la combinación Ebert-

Hasse, mediante el gobierno autotitulado socialista, realmente podrían frenar a las masas proletarias y estrangular la revolución socialista. Otra ilusión sufrieron también los miembros del gobierno de Scheideman-Ebert al pensar que con la ayuda de los soldados que volvían del frente podrían controlar a los obreros y reprimir toda manifestación de la lucha de clases socialista. Tales son las distintas y variadas ilusiones que explican los recientes acontecimientos. Una tras otra, se han disipado. Se ha demostrado claramente que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman bajo la bandera del «socialismo» no es sino la hoja de parra que le da visos de decencia a la política contrarrevolucionaria. Nosotros mismos, como siempre sucede durante las revoluciones, nos hemos curado de nuestras ilusiones.

Existe un procedimiento revolucionario definitivo mediante el cual se libera al pueblo de las ilusiones pero, desgraciadamente, la cura exige sangrías. En la Alemania revolucionaria los acontecimientos siguieron el curso que es característico de todas las revoluciones. El derramamiento de sangre del 6 de diciembre en la calle Chaussee, la masacre del 24 de diciembre, les mostraron la verdad al grueso de las masas populares. A través de estos hechos aprendieron que lo que se hace llamar gobierno socialista es el gobierno de la contrarrevolución. Comprendieron que quienquiera que tolere semejante estado de cosas conspira contra el proletariado y contra el socialismo. [*Aplausos*].

Ha desaparecido también la ilusión abrigada por los señores Ebert, Scheideman y Cía. de que, con la ayuda de los soldados que vuelven del frente podrán someter a los obreros para siempre. ¿Cuál ha sido el resultado de las experiencias del 6 y el 24 de diciembre? Últimamente es notable como ha cundido la desilusión en la soldadesca. Estos hombres comienzan a mirar con ojos críticos a quienes los usaron de carne de cañón contra el proletariado socialista. En esto vemos otra vez la aplicación de la ley de que la revolución socialista sufre un determinado proceso objetivo, una ley según la cual los batallones del movimiento obrero aprenden, a través de la amarga experiencia, a reconocer el verdadero camino de la revolución. Nuevas unidades de soldados han sido traídas a Berlín, nuevos destacamentos de carne de cañón, fuerzas adicionales para aplastar a los

proletarios socialistas, con el resultado de que, de un cuartel tras otro, vienen los pedidos de folletos y volantes del grupo Espartaco.

Esto señala el fin del primer acto. Las esperanzas de Ebert y Scheideman de dominar al proletariado con la ayuda de los elementos reaccionarios de la soldadesca, ya han sido frustradas en gran medida. Lo que les aguarda para el futuro muy próximo es la creciente difusión de las tendencias revolucionarias en los cuarteles. Así aumentarán las fuerzas del proletariado combatiente a la vez que disminuyen las de los contrarrevolucionarios. Como consecuencia de estos cambios tendrá que desaparecer la ilusión que anima a la burguesía, la clase dominante. Al leer los periódicos de los últimos días, los de las jornadas posteriores a los incidentes del 24 de diciembre, no se puede dejar de percibir sentimientos de desilusión combinados con indignación, fruto de que los secuaces de la burguesía, los que ocupan los puestos de poder, han resultado ineficaces. *[¡Muy bien!*].

Se esperaba de Ebert y Scheideman que demostraran ser los hombres fuertes, buenos domadores de leones. ¿Qué han logrado? Han reprimido unos cuantos disturbios sin importancia, con el resultado de que la hidra de la revolución ha levantado su cabeza con más decisión que nunca. Por lo tanto la desilusión es mutua, o mejor dicho, universal. Los obreros han perdido la ilusión que los llevó a creer que la unión de Hasse con Ebert-Scheideman equivaldría a un gobierno socialista. Ebert y Scheideman han perdido la ilusión que los indujo a imaginar que con la ayuda de los proletarios en uniforme militar podrían controlar permanentemente a los proletarios de ropa civil. La clase media ha perdido la ilusión de que, por intermedio de Ebert, Scheideman y Hasse, pueden engañar a toda la revolución socialista alemana respecto de los objetivos que busca. Todas estas cosas poseen una fuerza negativa, y lo que queda de ellas son los retazos y harapos de las ilusiones perdidas. Pero es en verdad un gran aporte a la causa del proletariado que de la primera fase de la revolución no queden sino retazos y harapos, porque nada hay más dañino que una ilusión, a la vez que nada sirve tanto a la causa revolucionaria como la verdad desnuda.

Es apropiado que recuerde las palabras de uno de nuestros escritores clásicos, un hombre que no era un revolucionario proletario sino un espíritu revolucionario proveniente de la clase media. Me refiero a Lessing, y paso a citar un pasaje que siempre ha suscitado mi interés y simpatía: «No sé si es un deber sacrificar la felicidad y la vida en aras de la verdad […] Pero si sé que tenemos el deber, si queremos enseñar la verdad, de enseñarla completa o no enseñarla, enseñarla con claridad y franqueza, sin equívocos ni reservas, inspirados por la plena confianza en su poder […\ Cuanto más grosero el error, más corto y directo es el camino que conduce a la verdad. Pero un error altamente sofisticado nos alienará permanentemente de la verdad, tanto más cuánto más nos cueste comprender que se trata de un error […\ Quien piense en llevar a la humanidad la verdad enmascarada y pintarrajeada, puede ser el alcahuete de la verdad, pero jamás ha sido su amante». Camaradas, los señores Haase, Dittmann[214], etcétera, han querido traernos la revolución, implantar el socialismo, cubierto con una máscara, untado de carmín; han así demostrado ser los alcahuetes de la contrarrevolución.

Hoy estas máscaras han caído, y lo que en verdad se ofrecía se revela en la política brutal y dura de los señores Ebert y Scheidemann. Hoy ni el más necio puede equivocarse. Lo que ofrece es la contrarrevolución, en toda su repugnante desnudez.

El primer acto ha terminado. ¿Cuáles son las posibilidades para el futuro? No se trata, desde luego, de hacer profecías. Sólo podemos tratar de deducir las consecuencias lógicas de lo ocurrido, para sacar conclusiones en cuanto a las probabilidades futuras y así adaptar nuestras tácticas a dichas probabilidades. ¿A dónde conduce, aparentemente, ese camino? Podemos sacar algunos indicios de las últimas declaraciones del gobierno de Ebert-Scheidemann, declaraciones libres de ambigüedad. ¿Qué hará, posiblemente, este autotitulado gobierno socialista ahora que, como acabo de demostrar, las ilusiones se han disipado? Día a día el gobierno pierde más y más el apoyo de las amplias masas proletarias. Fuera de la pequeña burguesía, apenas les quedan algunos pequeños remanentes del movimiento obrero, y dudo mucho que éstos últimos sigan prestando ayuda a Ebert-Scheidemann por mucho tiempo.

El gobierno también pierde cada vez más el apoyo del ejército, puesto que los soldados han tomado la senda del autoexamen y la autocrítica. Las consecuencias de este proceso podrán parecer al comienzo algo lentas, pero los llevarán irresistiblemente a la adquisición de una mentalidad plenamente socialista. En cuanto a la burguesía, Eberr y Scheidemann también han perdido la confianza de este sector, al no mostrarse lo suficientemente fuertes. ¿Qué pueden hacer? No tardarán en poner fin a la comedia de la política socialista. Cuando leáis el nuevo programa de estos caballeros, veréis que marchan a todo vapor hacia la segunda fase, la de la contrarrevolución abierta o, se puede decir también, hacia la restauración de las condiciones preexistentes, prerrevolucionarias.

¿Cuál es el programa del nuevo gobierno? Propone la elección de un presidente que ocuparía una posición intermedia entre la del rey de Inglaterra y la del presidente de Estados Unidos *[¡Bravo!*] Vendría a ser una especie de Rey Ebert. En segundo lugar, proponen reimplantar el consejo federal. Podéis leer hoy las exigencias independientes que formulan los gobiernos del sur de Alemania, exigencias que subrayan el carácter federal de reino alemán. La reimplantación del viejo consejo federal, conjuntamente por supuesto, con su viejo apéndice, el Reichstag, es cuestión de un par de semanas, a lo sumo. Camaradas, Ebert y Scheidemann se dirigen así a la reimplantación usa y llana de las condiciones existentes antes del 9 de noviembre. Pero han entrado así en una aguda pendiente, y es posible que no tarden en encontrarse en el fondo del abismo, con todos los huesos rotos. Porque para el 9 de noviembre las condiciones que imperaban antes estaban ya perimidas, y hoy Alemania se encuentra a muchas millas de distancias de la posibilidad de restablecerlas.

Para conseguir el respaldo de la única clase cuyos intereses representa realmente este gobierno, para conseguir el apoyo de la burguesía —apoyo que les ha sido retirado en virtud de los recientes sucesos— Ebert y Scheidemann se verán obligados a aplicar una política cada vez más contrarrevolucionaria. Las exigencias de los estados alemanes del sur, publicadas hoy en los diarios berlineses, expresan francamente su deseo de lograr «mayor seguridad» para el reino alemán. Esto significa, en términos sencillos, que desean que se declare el estado de sitio para contener a los

elementos«anarquistas, turbulentos y bolchevistas»; en otras palabras, para contener a los socialistas. La presión de las circunstancias obligarán a Ebert y Scheidemann a recurrir a la dictadura, con o sin estado de sitio. Así, como resultado del proceso anterior, por la simple lógica de los acontecimientos yen función delas fuerzas que controlan a Ebert y Scheidemann, en el segundo acto dela revolución tendremos una oposición de tendencias mucho más pronunciada y una lucha de clases más acentuada. *[¡Bravo!*] Esta intensificación del conflicto no se producirá solamente en virtud de que las influencias políticas que acabo de mencionar provocarán, al disiparse todas las ilusiones, un combate de cuerpo a cuerpo entre la revolución y la contrarrevolución. Además, de las profundidades vienen las llamas de un nuevo incendio, las llamas de la lucha económica.

Fue un rasgo típico de la revolución que se mantuviera estrictamente en el campo político, durante el primer período, hasta el 24 de diciembre. De ahí el carácter infantil, la insuficiencia, el desgano, la falta de miras de la revolución. Ésa fue la primera etapa de una transformación revolucionaria cuyo objetivo principal está en el campo económico, cuyo objetivo principal es provocar un cambio fundamental en el terreno económico. Sus pasos fueron tan vacilantes como los de los de un niño que busca a tientas su camino sin saber a dónde va; porque en esta etapa, repito, la revolución se mantuvo en un terreno puramente político. Pero en las últimas dos o tres semanas se han producido algunas huelgas, en buena medida espontáneas. Ahora bien, yo considero que la esencia misma de la revolución reside en que las huelgas se extenderán más y más, hasta constituir, por fin, el foco de la revolución. *[Aplausos.*] Así tendremos una revolución económica y, junto con ello, una revolución socialista. La lucha por el socialismo debe ser librada por las masas, sólo por las masas, frente a frente con el capitalismo; se tiene que librar en todos los lugares de trabajo, cada proletario contra su patrón. Sólo así podrá ser una revolución socialista.

Los insensatos se habían trazado un cuadro muy distinto del curso de los acontecimientos. Imaginaban que bastaría derribar al viejo gobierno, poner un gobierno socialista a la cabeza de los asuntos de la nación, y proclamar el socialismo por decreto. ¿Otra ilusión? El socialismo no puede ser ni será creado por decreto; no lo puede crear gobierno alguno, por

socialista que sea. El socialismo lo deben crear las masas, lo debe realizar cada proletario. Allí donde estén forjadas las cadenas del capitalismo, deben ser rotas. Eso es lo único a lo que se puede llamar socialismo, y es la única manera en que éste puede implantarse.

¿Cuál es la forma eterna de la lucha por el socialismo? La huelga, y es por ello que la fase económica del proceso ha pasado al frente en el segundo acto de la revolución. Podemos estar orgullosos de ello, puesto que nadie nos puede disputar ese honor. Nosotros, los del grupo Espartaco, nosotros, el Partido Comunista Alemán, somos los únicos en toda Alemania que estamos de parte de los obreros huelguistas combatientes. *[¡Muy bien!*] habéis leído y sido testigos, una y otra vez, de la posición de los socialistas independientes respecto a las huelgas. No había diferencias entre la posición de *Vorwaerts* y la de *Freiheit*. Ambos periódicos entonaban el mismo estribillo: Trabajad, el socialismo significa trabajar mucho. ¡Esto decían aunque el capitalismo todavía está en el poder! El socialismo no se construye de esa manera, sino en la lucha sin cuartel contra el capitalismo. Sin embargo, vamos que las pretensiones capitalistas encuentran defensores, no sólo entre los más destacados especuladores sino también en los socialistas independientes y su órgano, el *Freiheit*, vemos que nuestro Partido Comunista es el único que apoya a los obreros contra las exacciones del capital. Esto basta para demostrar que hay todos los enemigos implacables de la huelga, salvo quienes levantan con nosotros la plataforma del comunismo revolucionario.

La conclusión a extraer es que durante el segundo acto de la revolución las huelgas no sólo tenderán a prevalecer, sino que, además, las huelgas pasarán a ser el rasgo central y el factor decisivo de la revolución, y las cuestiones puramente políticas pasarán a segundo plano. La consecuencia inevitable será que las luchas económicas se intensificarán enormemente. Por ese camino la revolución adquirirá ciertos aspectos que para la burguesía no son broma. Los integrantes de la clase capitalista están bien dispuestos a aceptar las mistificaciones en la esfera política, donde tales fantochadas son posibles, donde criaturas de la calaña de Ebert y Scheidemann pueden hacerse pasar por socialistas; pero los horroriza cualquier atentado directo contra sus ganancias.

Por eso, los capitalistas le plantearán el gobierno de Ebert-Scheidemann las siguientes alternativas. Poned fin a las huelgas —dirán— poned fin a este movimiento huelguístico que amenaza destruirnos; si no, no nos servís más. Yo creo, por cierto, que el gobierno se ha hundido a sí mismo con sus medidas políticas. Ebert y Scheidemann descubren con tristeza que la burguesía ya no los necesita más. Los capitalistas lo pensarán dos veces antes de ponerle la capa de armiño a ese arribista grosero que es Ebert. Si las cosas llegan a un punto tal que se necesite un monarca, dirán: «No basta tener sangre en las manos para ser rey; también hay que tener sangre azul en las venas». *[¡Muy bien!*] Si se llega a esa situación, dirán: "Ya que necesitamos un rey, no aceptaremos a un arribista que no posee modales regios". [*Risas.*].

No se puede especificar los detalles. Pero no nos preocupan las cuestiones de detalle, la cuestión de qué ocurrirá y cuándo, exactamente. Bástenos conocer las líneas generales del proceso. Bástenos saber que, al primer acto de la revolución, a la fase cuyo rasgo principal ha sido la lucha política, seguirá una fase caracterizada por la intensificación de la lucha económica, y que tarde o temprano el gobierno de Ebert y Scheidemann se irá al reino de las sombras.

No es fácil predecir que ocurrirá con la Asamblea Nacional durante el segundo acto de la revolución. Quizás resulte una nueva escuela para educar a la clase obrera. Pero parece igualmente probable que no llegue a aparecer nunca. Permítaseme agregar, entre paréntesis, para ayudarnos a comprender sobre qué bases defendíamos ayer nuestra posición, que objetábamos únicamente el limitar nuestra táctica a una sola alternativa. No reabriré toda la discusión, pero diré dos palabras para que ninguno crea que digo blanco y negro al mismo tiempo. Nuestra posición de hoy es precisamente la de ayer. No proponemos basar nuestra táctica en relación a la Asamblea Nacional sobre algo que es una posibilidad y no una certeza. Nos negamos a jugamos a la única carta de que la Asamblea Nacional jamás llegará a existir. *Queremos estar preparados para todas las eventualidades, inclusive la de utilizar la Asamblea Nacional para los fines revolucionarios, si es que llega a crearse*. Se cree o no, nos es indiferente, porque el éxito de la revolución es seguro.

¿Qué quedará, entonces, del gobierno de Ebert-Schiedemann o de cualquier otro gobierno supuestamente socialdemócrata cuando se haga la revolución? Ya he dicho que las masas obreras están alejadas de ellos, y que ya no se puede contar con los soldados para que sirvan de carne de cañón de la contrarrevolución. ¿Qué podrán hacer los pobres pigmeos? ¿Cómo salvarán la situación? Les quedará una última oportunidad. Quienes hayan leído los diarios de hoy habrán visto cuáles son sus últimas reservas, sabrán a quienes dirigirá contra nosotros la contrarrevolución alemana si se llega a la situación extrema. Habréis leído que las tropas alemanas estacionadas en Riga ya marchan hombro a hombro con los ingleses contra los bolcheviques rusos.

Camaradas, tengo en mis manos documentos que echan luz sobre los sucesos de Riga. Todo proviene del cuartel general del octavo ejército, que colabora con el dirigente socialdemócrata y sindical Herr August Winning[215]. Se nos dice siempre que los pobres Ebert y Scheidemann son víctimas de los aliados. Pero en las últimas semanas, desde el comienzo de nuestra revolución, *Vorwaerts* se ha dado la política de sugerir que los aliados desean sinceramente aplastar la Revolución Rusa. Tenemos documentos que demuestran cómo esto ha sido orquestado en detrimento del proletariado ruso y de la revolución alemana. En un telegrama fechado el 26 de diciembre, el Teniente Coronel Bürkner, jefe del estado mayor del octavo ejército, informa sobre las negociaciones que culminaron en este acuerdo en Riga. El telegrama dice:

El 23 de diciembre hubo una conversación del plenipotenciario alemán Winnig con el plenipotenciario británico Monsaquet, excónsul general en Riga. La entrevista se realizó a bordo del H.M.S. *Princess Margaret*, con la presencia, por invitación, del comandante de las tropas alemanas. Yo representé al mando del ejército. El propósito de la misma fue ayudar a cumplir las condiciones del armisticio. La conversación versó sobre lo siguiente:

De la parte inglesa: Los buques británicos en Riga supervisarán el cumplimiento del armisticio. Sobre estas condiciones se basan las siguientes exigencias:

1 - Los alemanes mantendrán una fuerza en esta región que baste para contener a los bolcheviques y les impida extender la zona que ocupan […]

3 - El oficial británico recibirá un informe de la disposición de las tropas que combaten a los bolcheviques, comprendidos los soldados letones y alemanes, para que el jefe militar naval esté informado. Asimismo se deben comunicar al mismo oficial todas las futuras disposiciones de las tropas que luchan contra los bolcheviques.

4 - Se debe mantener una fuerza armada en los lugares que se nombran a continuación, para impedir que los bolcheviques se apoderen de ellos o desborden la línea que los une: Walk, Wolmar, Wenden, Friedrichstadt, Pensk, Mitau.

5 —El ferrocarril que une Riga con Libau debe ser defendido del ataque bolchevique, y todas las provisiones y comunicaciones británicas que recorran esta línea recibirán trato preferencial.

Sigue una serie de exigencias adicionales.

Veamos ahora la respuesta de Herr Winnig, plenipotenciario alemán y dirigente sindical.

«Aunque no es usual que se exprese el deseo de obligar a un gobierno a mantener la ocupación de un estado extranjero, en este caso desearíamos hacerlo, puesto que se trata de proteger la sangre alemana - ¡Los barones del Báltico! —Además, consideramos que es nuestro deber moral ayudar al país al que hemos liberado de su estado de dependencia. Sin embargo, es probable que nuestros deseos se vean frustrados, porque nuestros soldados en esta región son en su mayoría hombres de cierta edad y poco aptos para el servicio y, en virtud del armisticio, muy ansiosos de volver a sus hogares y de poco espíritu de lucha; en segundo lugar, los gobiernos del Báltico tienden a considerar a los alemanes opresores. Pero trataremos de proveer tropas de voluntarios con espíritu de combate, y en realidad esto ya se ha hecho en parte».

Aquí vemos la contrarrevolución en marcha. Habréis leído hace poco de la formación de la División de Hierro, destinada a combatir a los bolcheviques en las provincias del Báltico. En ese momento existían dudas respecto de la actitud del gobierno Ebert-Scheidemann. Comprenderéis

ahora que quien tuvo la iniciativa en la creación de esta fuerza fue el gobierno.

Una palabra más respecto de Winnig. No es casual que un dirigente sindical preste semejantes servicios políticos. Podemos decir sin vacilar que los dirigentes sindicales alemanes y los social-demócratas alemanes son los canallas más infames que el mundo haya conocido. *[Gritos y aplausos.*] ¿Sabéis dónde tendrían que estar los tipos como Winnig, Ebert y Scheidemann? Según el código penal alemán que, se nos dice, sigue en vigor, y sigue siendo la base del sistema legal, ¡deberían estar en la cárcel! *[Gritos y aplausos.*] Porque el código penal alemán castiga con la cárcel a quien ponga a soldados alemanes al servicio de una potencia extranjera. Hoy, a la cabeza del gobierno «socialista» alemán hay hombres que son no sólo «judas» del movimiento socialista y traidores a la revolución proletaria, sino también criminales, que no merecen codearse con la gente decente. *[Fuertes aplausos*.]

Retomando el hilo de mi discurso, es claro que estas maquinaciones, la formación de Divisiones de Hierro y, sobre todo, el acuerdo con los imperialistas británicos, debe considerarse las últimas reservas, que serán convocadas en caso de necesidad para aplastar al movimiento socialista alemán. Además, el problema cardinal, el de las perspectivas de paz, está ligado íntimamente a este asunto. ¿A qué pueden conducir las negociaciones, sino a un nuevo brote de guerra? Mientras esos canallas hacen su comedia en Alemania, queriendo hacernos creer que trabajan horas extras para tratar de negociar la paz, y declarando que los espartaquistas somos los perturbadores de la paz que intranquilizamos a los aliados y la retrasamos, ellos mismos lanzan nuevamente la guerra, una guerra en el este a la que pronto seguirá una guerra en suelo alemán.

Una vez más nos hallamos ante una situación que no puede traer como consecuencia más que una etapa de grandes conflictos. Nos incumbe a nosotros defender, no sólo el socialismo, no sólo la revolución, sino también la paz mundial. He aquí la justificación de la táctica que empleamos en todo momento los del grupo Espartaco durante los cuatro años de guerra. La paz es la revolución mundial del proletariado. Hay una

sola manera de imponer y salvaguardar la paz: ¡la victoria del proletariado socialista! *[Aplausos prolongados*.]

¿Cuáles sen las consideraciones tácticas que debemos deducir de ello? ¿Cuál es la mejor manera de enfrentar la situación que probablemente se nos presentará en el futuro inmediato? Vuestra primera conclusión será indudablemente la esperanza de una próxima caída del gobierno Ebert-Scheidemann, y de que ocupe su lugar un gobierno que se declare socialista revolucionario proletario. Yo os pido que no dirijáis nuestra atención hacia la cumbre, sino a la base. No debemos recaer en la ilusión de la primera fase de la revolución, la del 9 de noviembre; no debemos pensar que cuando queramos realizar la revolución socialista bastará con derrocar al gobierno capitalista y poner otro en su lugar. Hay un solo camino hacia la victoria de la revolución proletaria.

Debemos comenzar socavando el gobierno Ebert-Scheidemann, destrozando sus cimientos mediante la movilización revolucionaria masiva del proletariado. Además, permitidme recordaros algunas de las insuficiencias de la revolución alemana, insuficiencias no superadas al cierre del primer acto de la revolución. Distamos de hallamos en una situación en la que la caída del gobierno garantice el triunfo del socialismo. He tratado de demostrar que la revolución del 9 de noviembre fue, ante todo, una revolución política; mientras que la revolución que cumplirá nuestros objetivos ha de ser, además y sobre todo, una revolución económica. Incluso, el movimiento revolucionario abarcó únicamente las ciudades, y hasta el día de hoy no ha llegado a las zonas rurales. El socialismo sería ilusorio si dejara intacto el sistema agrario imperante. Desde la amplia perspectiva de la economía socialista, la industria manufacturera no puede remodelarse a menos que se acelere el proceso mediante la transformación socialista de la agricultura. La idea directriz de la transformación económica que construirá el socialismo es la abolición de la diferencia y contraste entre la ciudad y el campo. Esta separación, este conflicto, esta contradicción es un fenómeno puramente capitalista, y debe desaparecer apenas asumimos el punto de vista socialista.

Si la reconstrucción socialista ha de emprenderse con toda la seriedad, nuestra atención debe dirigirse tanto al campo como a los centros

industriales, y sin embargo ni siquiera hemos dado el primer paso con respecto a aquél. Esto es esencial, no sólo porque no podemos construir el socialismo sin socializar la agricultura; sino porque, aunque pensemos que ya hemos considerado las últimas reservas de la contrarrevolución, queda otra importante que todavía no hemos tenido en cuenta. Me refiero al campesinado. Precisamente porque el socialismo no los ha tocado aún, los campesinos constituyen una reserva adicional para la burguesía contrarrevolucionaria. Lo primero que harán nuestros enemigos cuando la llama de la antorcha socialista les empiece a quemar los pies, será movilizar a los campesinos, defensores fanáticos de la propiedad privada. Hay una sola manera de adelantarse a esta potencia contrarrevolucionaria amenazante. Debemos llevar la lucha de clases al campo; debemos movilizar al proletariado sin tierras y a los campesinos pobres contra los campesinos ricos. *[Fuertes aplausos*.]

A partir de aquí podemos deducir qué tenemos que hacer para garantizar el triunfo de la revolución. Primero y principal, debemos extender en todas direcciones el sistema de consejos obreros. Lo que queda del 9 de noviembre son los comienzos débiles, y ni siquiera los tenemos todos. Durante la primera fase de la revolución perdimos fuerzas que habíamos adquirido al comienzo. Sabéis que la contrarrevolución se ha empeñado en la destrucción sistemática del sistema de consejos de obreros y soldados. El gobierno contrarrevolucionario de Hesse los ha abolido totalmente; en otras partes el poder ha sido arrancado de sus manos. Entonces, no basta con desarrollar el sistema de consejos de obreros y soldados, sino que debemos inducir a los trabajadores rurales y a los campesinos pobres a adoptar este sistema. Tenemos que tomar el poder, y el problema de la toma del poder se plantea de la siguiente manera: ¿Qué puede hacer, en cada lugar de Alemania, cada consejo de obreros y soldados? *[¡Bravo!*] Ésa es la fuente de poder. Debemos minar el Estado burgués, debemos, en todas partes, poner fin a la separación de poderes públicos, a la división entre los poderes ejecutivo y legislativo. Esos poderes deben unificarse en manos de los consejos de obreros y soldados.

Camaradas, tenemos un campo extenso por cultivar. Debemos construir de abajo hacia arriba, hasta que los consejos de obreros y soldados sean tan

fuertes que la caída del gobierno Ebert-Scheidemann será el último acto del drama. Para nosotros la conquista del poder no será fruto de un solo golpe. Será un acto progresivo porque iremos ocupando progresivamente las instituciones del Estado burgués, defendiendo con uñas y dientes lo que tomemos. Además, considero, junto con mis colaboradores más íntimos en el partido, que la lucha económica también estará en manos de los consejos obreros. La solución de los problemas económicos, y la expansión del área de aplicación de esta solución, deben estar en manos de los consejos obreros. Los consejos deben ejercer todo el poder estatal. Á ese fin debemos dirigir nuestras actividades en el futuro inmediato, y es obvio que si aplicamos esta línea la lucha no dejará de intensificarse inmediata y colosalmente. Paso a paso, en lucha cuerpo a cuerpo, en cada provincia, en cada ciudad, en cada aldea, en cada comuna, todos los poderes estatales deben pasar, pieza por pieza, de la burguesía a los consejos de obreros y soldados.

Pero antes de tomar estas medidas los militantes de nuestro partido y los proletarios en general deben educarse y disciplinarse. Aun en los lugares donde los consejos de obreros y soldados ya existen, no comprenden por qué existen. *[¡Muy bien!*] Debemos hacer comprender a las masas que el consejo de obreros y soldados debe ser el eje de la maquinaria estatal, que debe concentrar todo el poder en su seno y que debe utilizar dichos poderes para el único inmenso propósito de realizar la revolución socialista. Todavía los obreros organizados para formar consejos de obreros y soldados distan mucho de comprender esa perspectiva, y sólo minorías proletarias aisladas comprenden las tareas que les incumben. Pero no hay razón para quejarse de ello, puesto que es normal. Las masas deben aprender a ejercer el poder, ejerciendo el poder. No hay otro camino. Felizmente, quedaron atrás los días en que nos proponíamos «educar» al proletariado en el socialismo. Parecería que los marxistas de la escuela de Kautsky siguen viviendo en esas épocas pasadas. Educar en el socialismo a las masas proletarias significaba distribuir volantes y folletos, hacer conferencias. Pero ése no es hoy el método de educar a los proletarios. Hoy, los obreros aprenderán en la escuela de la acción. *[¡Muy bien!*].

Nuestro evangelio dice: en el principio era el hecho. La acción significa para nosotros que los consejos de obreros y soldados deben comprender su misión y aprender a convertirse en las únicas autoridades públicas en toda la extensión del reino. Sólo así prepararemos el terreno de modo que todo esté dispuesto cuando llegue la revolución que coronará nuestra obra. Deliberadamente, y con plena conciencia del significado de estas palabras, os dijimos ayer, os dije yo en particular: «¡No creáis que las cosas serán fáciles en el futuro!». Algunos camaradas imaginan erróneamente que yo sostengo que podemos boicotear la Asamblea Nacional y cruzarnos de brazos. Es imposible, en el tiempo que nos queda, discutir a fondo el problema, pero permitidme decir que yo jamás quise significar semejante cosa. Yo quise decir que la historia no va a facilitamos la revolución como facilitó las revoluciones burguesas. En esas revoluciones bastó con derrocar el poder oficial central y entregar la autoridad a unas cuantas personas. Pero nosotros debemos trabajar desde abajo. Allí se revela el carácter masivo de nuestra revolución, que busca transformar la estructura de la sociedad. Es una característica de la revolución proletaria moderna que no debamos conquistar el poder político desde arriba sino desde abajo.

El 9 de noviembre fue un intento, un intento débil, desganado, semiconsciente y caótico de derrocar la autoridad pública y poner fin al dominio de la propiedad privada. Lo que nos incumbe ahora es concentrar deliberadamente todas las fuerzas del proletariado para atacar las bases mismas de la sociedad capitalista. Allí, en la base, donde el patrón enfrenta a sus esclavos asalariados; allí, en la raíz, donde los órganos ejecutivos de la propiedad enfrentan a los objetos de su gobierno, a las masas; allí, paso a paso, debemos arrancar el poder de las clases dominantes, tomarlo en nuestras manos. Trabajando con esos métodos puede parecer que el proceso será bastante más pesado de lo que imaginábamos en el primer arrebato de entusiasmo. Creo que debemos comprender con toda claridad las dificultades y complicaciones que aparecen en el camino de la revolución. Espero que en vuestro caso, como en el mío, la descripción de las dificultades enormes que debemos enfrentar, de las inmensas tareas que debemos asumir, no disminuirá el entusiasmo ni paralizará las energías. Todo lo contrario, cuanto mayor la tarea, mayor el fervor con el que

concentraréis vuestras energías. Tampoco debemos olvidar que la revolución puede obrar con extraordinaria velocidad. No trataré de predecir cuánto tiempo necesitaremos. ¿Quién de nosotros se preocupa por el tiempo, mientras alcance la vida para lograr el objetivo? Bástenos tener claridad acerca del trabajo que nos aguarda; he tratado de bosquejar lo mejor posible, en rasgos generales, el trabajo que tenemos por delante. *[Aplausos tumultuosos*.]

Apéndice A

ACERCA DEL FOLLETO JUNIUS
por V. I. Lenin

[Lenin escribió esta crítica del *Folleto Junius* en julio de 1916. Fue publicada posteriormente en *Sbornik Sotsial Demokrata*, n.º 1, octubre de 1916. La versión en inglés proviene del Tomo XXII de *Lenin, Obras Completas*, edición rusa.]

¡Por fin ha aparecido en Alemania, ilegalmente, sin ningún respeto por la despreciable censura junker, un escrito social-demócrata acerca de la guerra! El autor, que evidentemente pertenece a la «izquierda radical» del partido, firma con el seudónimo Junius (en latín, joven) y titula su escrito *La crisis de la socialdemocraáa*. Lleva como apéndice las «Tesis acerca de las tareas de la socialdemocracia», que ya han sido presentadas ante el C. S.I. (Comité Socialista Internacional) de Berna, que lo publicó en su *Boletín* n.º 3; las tesis fueron elaboradas por el grupo *Internationale*, que en julio de 1915 publicó un número de una revista bajo ese título (con artículos de Zetkin, Mehring, R. Luxemburgo, Thalheimer, Duncker, Strobel y otros[216]), y que en el invierno de 1915-1916 convocó una conferencia de socialdemócratas de toda Alemania que aprobó las tesis.

El folleto, dice el autor en una introducción que lleva fecha del 2 de enero de 1916, fue escrito en abril de 1915 y publicado «sin alteraciones». «Circunstancias ajenas a su voluntad» impidieron su publicación en fecha más temprana. El folleto no analiza tanto la «crisis de la socialdemocracia» como la guerra; refuta la leyenda de que es una guerra de liberación

nacional, demuestra que, tanto de parte de Alemania como de las demás potencias, es una guerra imperialista, y hace una crítica revolucionaria de la conducta del partido oficial. Escrito en un estilo muy vivaz, el folleto de Junius ha desempeñado indudablemente, y seguirá desempeñando, un papel importante en la lucha contra el ex Partido Social Demócrata de Alemania, que se ha vendido a la burguesía y a los junkers. Enviamos un cálido saludo a su autor.

Al lector ruso que conoce la literatura socialdemócrata publicada en ruso en el extranjero en los años 1914-1916, el *Folleto Junius* no le dice, en principio, nada nuevo. Al leer este escrito y comparar los argumentos de este marxista revolucionario alemán con lo que dice, por ejemplo, el Manifiesto del Comité Central de nuestro partido (setiembre-noviembre de 1914) [«La guerra y la socialdemocracia rusa»], las resoluciones de Berna (marzo de 1915) [«La conferencia de las células del POSDR en la emigración»] y los numerosos comentarios al respecto, resulta claro que los argumentos de Junius son muy incompletos y que comete dos errores. Antes de pasar a la crítica de las omisiones y errores de Junius debemos subrayar que lo hacemos en bien de la autocrítica, que es tan necesaria para los marxistas, y para analizar desde todos los ángulos posibles las posiciones que deben servir de base ideológica para la Tercera Internacional. En general el *Folleto Junius* es una estupenda obra marxista y sus defectos son, probablemente, casuales.

El defecto principal del trabajo de Junius, lo que lo hace inferior a la revista legal (aunque inmediatamente suprimida) *Internationale*, es su silencio respecto a la conexión entre el social-chovinismo (el autor no utiliza este término ni el menos preciso de social patriotismo) y el oportunismo. El autor habla con acierto de la «capitulación» y caída de la socialdemocracia alemana y de la «traición» de su «dirección oficial», pero no va más allá. *Internationale*, en cambio, criticó al «Centro», es decir al kautskismo, y correctamente lo ridiculizó por su cobardía, su prostitución del marxismo, su servilismo hacia los oportunistas. Esta misma publicación *comenzó* a denunciar el verdadero rol de los oportunistas revelando, por ejemplo, el importante hecho de que el 4 de agosto de 1914 los oportunistas se presentaron con un ultimátum, una decisión ya tomada de votar *por* el

presupuesto de guerra, *pasara lo que pasase*. ¡Ni el *Folleto Junius* ni las tesis dicen *una palabra* acerca del oportunismo o el kautskismo! Éste es un error teórico, porque es imposible *explicar* la «traición» sin ligarla al oportunismo como *tendencia* que posee una larga historia, la historia de la Segunda Internacional. Es un error político porque es imposible comprender la «crisis de la socialdemocracia» y superarla sin clarificar el significado y rol de *dos corrientes*: la explícitamente oportunista (Legien[217], David, etc.) y la tácitamente oportunista (Kautsky y Cía). Éste es un paso atrás en comparación con el artículo histórico de Otto Rühle en *Vorwaerts* del 12 de enero de 1916, en el que señala directa y francamente que es *inevitable* que se produzca una ruptura en el Partido Social Demócrata de Alemania (los editores de *Vorwaerts* respondieron con frases kautskianas hipócritas y melosas, sin poder presentar un solo argumento para refutar la afirmación de que *ya* había dos partidos cuya reconciliación era imposible). Es increíblemente incoherente, porque la tesis doce de *Internationale* dice *directamente* que es necesario crear una «nueva» Internacional, debido a la «traición» de los representantes oficiales de los partidos socialistas de los países más importantes y su «adopción de los principios de la política imperialista burguesa». Es claramente absurdo sugerir que el viejo Partido Social Demócrata alemán, el partido que tolera a Legien, David y Cía., sería capaz de participar en una «nueva» Internacional.

No sabemos por qué este grupo *Internationale* dio este paso atrás. Es un enorme defecto del marxismo revolucionario alemán en su conjunto carecer de una organización ilegal compacta que siga sistemáticamente su línea y eduque constantemente a las masas en el espíritu de las nuevas tareas; semejante organización también tendría que definirse respecto del oportunismo y el kautskismo. Esto se hace tanto más necesario ahora que los socialdemócratas revolucionarios alemanes han perdido sus dos últimos diarios: el de Bremen (*Bremen Bürger-Zeitung*) y el de Brunswick (*Volksfreund*), ambos vendidos a los kautskistas. Los Socialistas Internacionales de Alemania (I. S.D.) son los *únicos* que permanecen inequívoca y definitivamente en sus puestos.

Es evidente que algunos miembros del *Internationale* se han hundido una vez más en el pantano del kautskismo sin principios. ¡Por ejemplo, Strobel llega a deslizar un elogio a Bernstein y Kautsky en *Neue Zeit*! Y hace pocos días, precisamente el 15 de julio de 1916, sacó un artículo en los diarios bajo el título de «Pacifismo y socialdemocracia» en el que defiende el pacifismo kautskista más vulgar. En cuanto a Junius, se opone vigorosamente a los esquemas fantásticos de Kautsky, tales como el «desarme», la «abolición de la diplomacia secreta», etcétera. Es posible que existan dos corrientes en *Internationale*: una revolucionaria y otra que tiende al kautskismo.

La primera posición errónea de Junius se concreta en la quinta tesis del grupo *Internationale*: «En esta época (era) de imperialismo desatado ya no puede haber guerras nacionales. Los intereses nacionales sólo sirven de pretexto para poner a las masas trabajadoras populares bajo la dominación de su enemigo mortal, el imperialismo». El comienzo de la quinta tesis, que concluye con las frases citadas, analiza la guerra *actual* como guerra imperialista. Puede ser que esta negación de las guerras nacionales en general sea simplemente una omisión, o una exageración casual resultante de subrayar la idea totalmente correcta de que *esta* guerra es una guerra imperialista, no una guerra nacional. Es necesario examinar este error, porque muchos socialdemócratas, en vista de las afirmaciones falsas de que *esta* guerra es una guerra nacional, cometen entonces el error de negar la posibilidad de *cualquier* guerra nacional.

Junius acierta plenamente al subrayar la influencia decisiva de la «atmósfera imperialista» de *esta* guerra, al decir que detrás de Servia está Rusia, «detrás del nacionalismo servio está el imperialismo ruso», y que la participación de, digamos, Holanda en la guerra sería *igualmente* imperialista, porque, en primer lugar, Holanda defendería sus colonias y, en segundo lugar, integraría una de las coaliciones *imperialistas*. Todo esto es irrefutable respecto de *esta* guerra. Y cuando Junius pone el acento en lo que para él es lo más importante, es decir la lucha contra el «fantasma de la guerra nacional», «que en la actualidad domina la política socialdemócrata», hay que reconocer que su posición es correcta y muy oportuna.

El único error sería, no obstante, exagerar esa verdad, distanciarse del requisito marxista de ser concreto, y aplicar el análisis de esta guerra a todas las guerras que puedan ocurrir bajo el imperialismo, ignorar los movimientos nacionales *contra* el imperialismo. El único argumento en defensa de la tesis «ya no puede haber guerras nacionales» es que el mundo ha sido repartido entre un pequeño grupo de «grandes» potencias imperialistas y por esta razón la guerra, aunque comience como guerra nacional, se *transforma* en guerra imperialista que afecta los intereses de una de las potencias o coaliciones imperialistas.

La falacia de este argumento es obvia. Que todas las líneas divisorias, tanto en la naturaleza como en la sociedad, son convencionales y dinámicas, que *todo* fenómeno, en ciertas circunstancias, puede transformarse en su contrario, es, desde luego, una de las leyes básicas de la dialéctica marxista. Una guerra nacional *podría* transformarse en una guerra imperialista *y viceversa*. Las guerras de la Gran Revolución Francesa, por ejemplo, comenzaron como guerras nacionales y lo fueron, en efecto. Fueron guerras revolucionarias: la defensa de la gran revolución contra la coalición de monarquías contrarrevolucionarias. Pero cuando Napoleón fundó el Imperio Francés y sometió a una serie de estados nacionales europeos grandes, viables y bien establecidos, estas guerras nacionales de los franceses se transformaron en guerras imperialistas *y a su vez* provocaron guerras de liberación nacional *contra* el imperialismo napoleónico.

Sólo un sofista puede despreciar las diferencias entre una guerra nacional y una imperialista sobre la base de que una *puede* transformarse en la otra. La dialéctica ha servido no pocas veces de puente a la sofística: la historia de la filosofía griega es un ejemplo. Pero seguimos siendo dialécticos y combatimos la sofística, no negando la posibilidad de las transformaciones en general sino analizando el fenómeno *dado* en su contexto y desarrollo concretos.

Es altamente improbable que la guerra imperialista actual de 1914-1916 se transforme en una guerra nacional, puesto que la clase *progresiva* es el proletariado, que lucha objetivamente por transformarla en una guerra civil contra la burguesía. También esto: no existen grandes diferencias entre las fuerzas de ambas coaliciones y el capital financiero ha creado una burguesía

reaccionaria en todas partes. Pero *no hay* que proclamar la *imposibilidad* de que ocurra semejante transformación: si el proletariado *europeo* permanece impotente, digamos, durante veinte años; *si* esta guerra *termina en* victorias a lo Napoleón y en el sometimiento de varios estados nacionales viables; *si* la transición al socialismo del imperialismo no europeo (principalmente el norteamericano y el japonés) también se ve detenida durante veinte años por una guerra entre esos dos países, por ejemplo, entonces podría darse una gran guerra nacional europea. Esto provocaría un *retroceso* de décadas en Europa. Es improbable pero *no* imposible, porque constituye un error teórico antidialéctico y anticientífico considerar que el curso de la historia universal es siempre parejo y marcha hacia adelante, sin algunos retrocesos gigantescos.

Además, las guerras libradas por las colonias y semicolonias en la era imperialista son no sólo probables, sino *inevitables*. Alrededor de mil millones de personas, es decir *más de la mitad* de la población mundial vive en las colonias y semicolonias (China, Turquía, Persia). Los movimientos de liberación nacional en esos lugares ya son muy fuertes o están madurando y fortaleciéndose. Toda la guerra es la continuación de la política por otros medios. La continuación de la política de liberación nacional en las colonias *inevitablemente* se convertirá en guerra nacional *contra* el imperialismo. Esas guerras *podrían* provocar una guerra imperialista entre las «grandes» potencias imperialistas actuales, o quizás no. Dependerá de muchos factores.

Por ejemplo: Gran Bretaña y Francia libraron la Guerra de los Siete Años por la posesión de las colonias. En otras palabras, libraron una guerra imperialista (que es posible tanto sobre la base de la esclavitud y el capitalismo primitivo como sobre la base del capitalismo moderno y altamente desarrollado). Francia sufrió una denota y perdió algunas colonias. Varios años después comenzó la guerra de liberación nacional de los Estados de Norteamérica contra Gran Bretaña únicamente. Francia y España, que poseían algunas partes de lo que es hoy Estados Unidos, firmaron tratados de amistad con los estados rebelados contra Inglaterra. Lo hicieron por hostilidad hacia Gran Bretaña, es decir en aras de sus propios intereses imperialistas. Tropas francesas combatieron con los americanos

contra los ingleses. Lo que tenemos aquí es una guerra de liberación nacional en que la rivalidad imperialista es un elemento auxiliar y no tiene mayor importancia. Es lo opuesto a lo que observamos en la guerra de 19141 916 (el elemento nacional en la guerra austro-servia carece de importancia en comparación con el elemento decisivo de la rivalidad imperialista). Sería, por tanto, absurdo aplicar el concepto de imperialismo indiscriminadamente y declarar que las guerras nacionales son «imposibles». Una guerra de liberación nacional librada, por ejemplo, por una alianza de China, India y Persia contra una o más potencias imperialistas es posible y probable, porque surgiría de los movimientos de liberación nacional de dichos países. La transformación de semejante guerra en guerra imperialista entre las potencias imperialistas actuales dependería de una gran cantidad de factores concretos, cuya aparición sería ridículo pronosticar.

Tercero, en la misma Europa, en la época imperialista, no puede considerarse que las guerras nacionales sean imposibles. La «época del imperialismo» convirtió a ésta en una guerra imperialista que engendra inevitablemente nuevas guerras imperialistas (hasta que triunfe el socialismo). Esta «época» ha convertido la política de las grandes potencias en imperialista de cabo a rabo, pero de ninguna manera excluye las guerras nacionales de parte, digamos, de países (anexados u oprimidos nacionalmente) pequeños *contra* las potencias imperialistas, así como no excluyó dos movimientos nacionales a gran escala en Europa del este. Junius asume una posición muy sobria, por ejemplo, respecto de Austria, estudiando concienzudamente no sólo los factores «económicos» sino también los políticos particulares. Observa la «falta intrínseca de cohesión en Austria» y reconoce que la «monarquía Habsburgo no es la organización política del Estado burgués, sino una laxa corporación de distintas camarillas de parásitos sociales», y que «la liquidación de Austria-Hungría es, desde un punto de vista histórico, sólo la continuación de la desintegración de Turquía y, a la vez, una necesidad del proceso histórico». Lo mismo puede decirse en gran medida de los balcanes y de Rusia. Y si las «grandes» potencias quedan totalmente exhaustas después de esta guerra, o si triunfa la revolución rusa, es muy posible que haya guerras nacionales,

inclusive triunfantes. La intervención de las potencias imperialistas no es siempre factible. Ésa es una cuestión. La otra es que a la observación superficial de que es imposible que un pequeño estado en guerra contra un gigante triunfe hay que responder con la observación de que una guerra sin esperanzas es una guerra al fin. Además, ciertos factores que entran en juego en el «gigante» —por ejemplo, el estallido de una revolución— pueden transformar una guerra «sin esperanzas» en una guerra muy «esperanzada».

Nos hemos detenido en todos los detalles de la premisa errónea «las guerras nacionales ya no son posibles» no sólo porque esté equivocada desde el punto de vista teórico: sería verdaderamente lamentable que la «izquierda» revelara una actitud irresponsable para con la teoría marxista en un momento en que la creación de la Tercera Internacional es posible sólo si se basa en el marxismo no vulgarizado. Pero el error es muy dañino desde el punto de vista de la política práctica, puesto que da lugar a la propaganda absurda del «desarme», al plantear que no puede haber sino guerras reaccionarias. Da lugar a la actitud ridícula y directamente reaccionaria de indiferencia hacia los movimientos nacionales. Y semejante actitud se convierte en chovinismo cuando los ciudadanos de las «grandes» naciones europeas, es decir de las naciones que oprimen a las masas de pueblos pequeños y coloniales, declaran con aire seudocientífico: «¡las guerras nacionales ya no son posibles!». Las guerras nacionales *contra* el imperialismo son no sólo posibles y probables; son inevitables, *progresivas y revolucionarias*, aunque, desde luego, si han de *triunfar*, requerirán el esfuerzo coordinado de millones de personas en los países oprimidos (cientos de millones en el ejemplo de China y la India), o una coyuntura internacional *sumamente* favorable (por ejemplo, que las potencias imperialistas no puedan interferir, hallándose paralizadas por el agotamiento, por la guerra, por su antagonismo mutuo, etcétera), o la insurrección *simultánea* del proletariado contra la burguesía en alguna de las grandes potencias (esta última variante es la mejor, es decir la más deseable y favorable para el triunfo del proletariado).

Sería injusto, empero, acusar a Junius de la indiferencia en lo que hace a los movimientos nacionales. Entre los pecados del bloque parlamentario

socialdemócrata señala el haber permanecido en silencio ante la sentencia de muerte aplicada a un dirigente nativo del Camerún por «traición» (no cabe duda que el hombre trató de iniciar una insurrección contra la guerra). En otro párrafo, Junius subraya (en beneficio de los Legien, Lensch y otros canallas que aún figuran en la lista de «socialdemócratas») que a los pueblos coloniales hay que considerarlos tan naciones como todas las demás. Junius dice, clara y explícitamente: «El socialismo reconoce el derecho de cada nación a la independencia y la libertad, a ser dueña de su destino»; «el socialismo internacionalista reconoce el derecho de las naciones a ser libres, independientes e iguales, pero sólo el socialismo puede crear tales naciones, y sólo el socialismo puede garantizar el derecho de las naciones a la autodeterminación. Y esta consigna socialista —señala con acierto Junius— sirve, como cualquier otra consigna socialista, no para justificar el orden imperante sino para señalar el camino hacia delante y para estimular al proletariado en su activa política revolucionaria de transformación». Sería, en efecto, un grave error pensar que todos los socialdemócratas de izquierda alemanes han caído en esa estrechez mental y caricatura del marxismo abrazada por ciertos socialdemócratas holandeses y polacos que niegan la autodeterminación de las naciones, inclusive en el socialismo. Pero las raíces *específicamente* holando-polacas de *este* error constituyen un capítulo aparte.

El otro argumento falaz de Junius se refiere al problema de la defensa de la patria. Es éste un problema político cardinal durante el transcurso de la guerra imperialista. Junius fortalece nuestra convicción de que nuestro partido es el único que ha enfocado correctamente el problema; el proletariado se opone a la defensa de la patria en esta guerra imperialista *debido* a su carácter rapaz, negrero y reaccionario, *debido* a que es posible y necesario oponer a la misma la guerra civil por el socialismo (y tratar de convertirla en tal). Sin embargo, Junius, a la par que denuncia brillantemente el carácter imperialista de esta guerra en contraposición a una guerra nacional, comete el extraño error de tratar de introducir un programa nacional en *esta* guerra *no nacional*. Increíble, pero cierto.

Los socialdemócratas oficiales, tanto los de Legien como los de Kautsky, en su servilismo ante la burguesía (hacen mucho barullo sobre la

«invasión» extranjera para engañar a las masas populares acerca del verdadero carácter imperialista de la guerra) han estado repitiendo muy asiduamente el argumento de la «invasión». ¡Kautsky, que ahora asegura a los ingenuos y crédulos (a través, dicho sea de paso, de Spectator, miembro del Comité Organizador Ruso) que él se unió a la oposición a fines de 1914, sigue utilizando este «argumento»! Para refutarlo, Junius encuentra ejemplos altamente aleccionadores en la historia, que demuestran que «la invasión y la lucha de clases, al contrario de lo que dice la leyenda oficial, no se contradicen en la historia burguesa sino que una es el medio y la expresión de la otra». Por ejemplo, los Borbones de Francia llamaron a la invasión extranjera contra los jacobinos; la burguesía en 1871 llamó a la invasión extranjera contra la Comuna.

En *Las guerras civiles en Francia*, Marx dice: «El mayor esfuerzo heroico de que es capaz aún la vieja sociedad es la guerra nacional; y ésta ha demostrado ser una engañifa del gobierno, destinada a postergar la lucha de clases y a ser desechada apenas esa lucha de clases estalla en guerra civil».

«El ejemplo clásico de nuestro tiempo —dice Junius, refiriéndose a 1793— es la Gran Revolución Francesa». De esto saca la siguiente conclusión: «Las experiencias del último siglo demuestran que no es el estado de sitio sino la incesante lucha de clases lo que hace surgir en la masa del pueblo el respeto a sí mismo, el heroísmo y la fuerza moral, y lo que constituye la mejor protección y defensa contra el enemigo externo».

La consecuencia práctica para Junius es: «Sí, los socialistas tienen el deber de defender a su país en las grandes crisis históricas, y en esto reside la gran traición del bloque parlamentario socialdemócrata. Cuando anunció el 4 de agosto “en esta hora de peligro no abandonaremos a la patria”, negó al mismo tiempo sus propias palabras. Porque en verdad *sí* abandonaron a la patria en el momento de mayor peligro. El más alto deber de la socialdemocracia para con la patria exigía que denunciara el verdadero carácter de la guerra imperialista, que rompiera el manto de mentiras imperialistas y diplomáticas que tapa los ojos del pueblo. Era su deber hablar fuerte y claramente, proclamar ante el pueblo alemán que la victoria será tan funesta como la derrota, oponerse al amordazamiento de la patria

mediante el estado de sitio; exigir el inmediato armamento del pueblo y que sólo el pueblo decida el problema de la guerra y la paz; exigir resueltamente que los representantes del pueblo sesionaran permanentemente durante la guerra, para imponer un control vigilante de los representantes del pueblo sobre el gobierno y del pueblo sobre sus representantes; exigir la desaparición de toda restricción a los derechos políticos, puesto que sólo un pueblo libre puede defender con éxito su país y, por último, oponer al programa de la guerra imperialista, de preservar a Austria y Turquía, o sea de perpetuar la reacción en Europa y en Alemania; el programa de Marx, Engels y Lassalle: la consigna de una Gran República Alemana unificada. Está es la bandera que debería haberse desplegado sobre Alemania, ésta hubiera sido una bandera verdaderamente nacional de liberación, acorde con las mejores tradiciones alemanas y con la política de clase internacional del proletariado […] Así, la profunda alternativa —los intereses nacionales y la solidaridad internacional del proletariado— la trágica opción que puso a nuestros parlamentarios "con amargura de corazón" del lado de la guerra imperialista, es puramente imaginaria, es una ficción nacionalista burguesa. Por el contrario, existe total armonía entre los intereses de la nación y los intereses de clase de la Internacional proletaria, tanto en tiempos de paz como de guerra; ambos exigen llevar adelante la lucha de clases con toda energía, luchar por el programa socialdemócrata con toda decisión».

Ésta es la argumentación de Junius. La falacia aquí es muy evidente, y puesto que los lacayos tácitos y confesos del zarismo, Plejanov y Jenkeli, y quizás inclusive Martov y Jeidze[218] pueden tomarse de las palabras de Junius para cubrir sus huellas y arrojar polvo a los ojos de los obreros, debemos dilucidar en detalle el origen *teórico* del error de Junius.

Sugiere que nos «opongamos» a la guerra imperialista con un programa nacional. ¡Llama a la clase avanzada a volver sus ojos al pasado y no al futuro! En Francia, Alemania y en toda Europa, lo que estaba *objetivamente* a la orden del día en 1793 y 1848 era la revolución democrático-burguesa. A esta situación histórica *objetiva* correspondía el programa «verdaderamente nacional», es decir, el programa nacional *burgués* de la democracia existente; en 1793 los elementos más revolucionarios de la burguesía y la plebe realizaron este programa; Marx lo proclamó en nombre

de toda la democracia progresista. *Objetivamente*, a las guerras feudales y dinásticas se oponían las guerras democráticas, las guerras por la liberación nacional. Tal era el contenido de las tareas históricas de la época.

En la actualidad la situación *objetiva* en los grandes estados adelantados de Europa es diferente. La única posibilidad de avanzar, si excluimos por el momento posibles retrocesos coyunturales, es en la dirección de la sociedad *socialista*, en la dirección de la *revolución socialista*. Desde el punto de vista del progreso, de la clase progresiva, a la guerra imperialista burguesa, a la guerra del capitalismo altamente desarrollado, puede *objetivamente* oponerse únicamente la guerra *contra* la burguesía, es decir principalmente la guerra civil del proletariado contra la burguesía por el poder; porque, *a menos* que se libre esa guerra, *no puede haber* progreso serio; y a ésta puede seguir —bajo ciertas condiciones especiales— una guerra para defender al estado socialista de los estados burgueses. Es por eso que los bolcheviques (afortunadamente, muy pocos, y nos apresuramos a entregarlos al grupo *Priziv*) que estaban dispuestos a aceptar la posición de la defensa condicional, o sea, defensa de la patria con la condición de que hubiera una revolución victoriosa y el triunfo de una república en Rusia, fueron fieles a la *letra* del bolchevismo, pero traicionaron su *espíritu*; puesto que, arrastrada a la guerra imperialista de las grandes potencias europeas, ¡Rusia *también* libraría una guerra imperialista, aun bajo un gobierno de tipo republicano!

Al decir que la lucha de clases constituye la mejor defensa contra la invasión, Junius aplica la dialéctica marxista sólo a medias, da un paso por el buen camino y se desvía inmediatamente. La dialéctica marxista exige un análisis concreto de cada momento histórico específico. Es cierto que la lucha de clases constituye la mejor defensa contra la invasión, cuando la burguesía derroca al feudalismo *al igual que* cuando el proletariado derroca a la burguesía. Precisamente porque es válida para cualquier forma de opresión de clases, esa verdad es *demasiado general* y, por tanto, *inadecuada* en *este* caso específico. La guerra civil contra la burguesía *también* es una forma de lucha de clases, y sólo esta forma de lucha de clases podría haber salvado a Europa (a toda Europa, no a un solo país) del

peligro de invasión. De haber existido en 1914-1916, la «Gran República Alemana» *también* hubiese librado una guerra *imperialista*.

Junius se aproximó mucho a la solución correcta del problema ya la consigna acertada: guerra civil contra la burguesía por el socialismo; pero, como si temiera decir toda la verdad, *retrocedió*, volvió a la fantasía de una «guerra nacional» en 1914, 1915, y 1916. Si no enfocamos el problema desde su ángulo teórico sino del político, el error de Junius es igualmente evidente. B conjunto de la sociedad burguesa, todas las clases alemanas, inclusive el campesinado, estaban *a favor* de la guerra (probablemente la situación era la misma en Rusia: la mayoría del campesinado rico y mediano y buena parte de los campesinos pobres se hallaban evidentemente bajo el embrujo del imperialismo burgués). La burguesía estaba armada hasta los dientes. En esas circunstancias, «proclamar» el programa republicano, parlamento permanente, elección de los oficiales por el pueblo (la «nación armada»), etc., hubiese significado *en la práctica «proclamar» una revolución* (¡con un programa revolucionario *equivocado*!).

Al mismo tiempo Junius afirma, correctamente, que no se puede «hacer» una revolución. La revolución estuvo a la orden del día en 1914-1916, estaba oculta en las entrañas de la guerra, *salía* de la guerra. Esto es lo que había que «*proclamar*» en nombre de la clase revolucionaria, *éste* es el programa que había que anunciar, completo y sin temores; es imposible realizar el socialismo en tiempo de guerra sin lanzar la guerra civil contra la archireaccionaria burguesía criminal, que condena al pueblo al desastre total. Se deberían haber planificado medidas sistemáticas coherentes y prácticas, *realizables no importa cual fuese* el ritmo del proceso de la crisis revolucionaria. La resolución de nuestro partido indica cuáles son: (1) votar contra el presupuesto de guerra; (2) violar la «tregua de clases»; (3) crear una organización ilegal; (4) confraternizar con los soldados; (5) apoyar todas las movilizaciones revolucionarias de las masas. El éxito de *todas* estas medidas conduce *inevitablemente* a la guerra civil.

La promulgación de un gran programa histórico poseía, indudablemente, gran significación; no el viejo programa nacional alemán, que quedó perimido en 1914, 1915 y 1916, sino el programa proletario intemacionalista y socialista. «Vosotros, burgueses, lucháis por el botín;

nosotros, los obreros de *todos* los países beligerantes, os declaramos la guerra por el socialismo»: tal hubiera sido el tipo de discurso pronunciado en el parlamento el 4 de agosto de 1914 por socialistas que no hubieran traicionado al proletariado como lo hicieron los Plejanov, Legien, David, Kautsky, Guesde, Sembat, etcétera[219].

Evidentemente el error de Junius obedece a dos falacias en su razonamiento. No cabe duda que Junius está decididamente en contra de la guerra imperialista y *a favor* de las tácticas revolucionarias; y todos los remilgos de los Plejanov en torno al «defensismo» de Junius no pueden alterar este *hecho*. Es necesario responder inmediata y frontalmente a las posibles y probables calumnias de este tipo.

Pero, en primer lugar, Junius no se ha liberado totalmente del «clima» de los socialdemócratas alemanes, inclusive los de izquierda, que temen una ruptura, que temen seguir las consignas revolucionarias hasta su conclusión lógica[220]. Se trata de un falso temor, y los socialdemócratas de izquierda de Alemania deben liberarse de él, y /o *harán. Es seguro que lo harán* en el transcurso de su lucha contra los socialchovinistas. Es un hecho que están librando una lucha resuelta, firme y *sincera* contra sus *propios* socialchovinistas, y ésta es la diferencia enorme y fundamental que existe entre ellos y los Martov y Jeidze, quienes, con una mano (al estilo Skobelev) enarbolan una bandera con el saludo «a los Liekbnechts de todos los países», ¡y con la otra abrazan cariñosamente a Jenkeli y Potresov[221]!

En segundo lugar, Junius aparentemente quiso hacer algo parecido a la «teoría de las etapas» menchevique, de triste memoria. Quiso *comentar* a aplicar el programa revolucionario desde el ángulo «más apto», «más popular» y más aceptable entre la *pequeña burguesía*. Es algo así como un plan para «engañar a la historia», para engañar a los filisteos.

Parece decir: seguramente, nadie se opondría a una manera *mejor* de defender la verdadera patria; y la verdadera patria es la Gran República Alemana, y la mejor defensa *es* una milicia, un parlamento en sesión permanente, etcétera. Una vez aceptado, ese programa conduciría a la etapa siguiente: a la revolución socialista.

Probablemente fue este tipo de razonamiento el que determinó consciente o semiconscientemente la táctica de Junius. Ni hace falta decir

que semejante razonamiento es falaz. El folleto de Junius nos hace evocar la imagen de un hombre *solitario* que carece de camaradas en una organización ilegal capaces de seguir las consignas revolucionarias hasta sus últimas conclusiones y educar sistemáticamente a las masas en su espíritu. Pero esta carencia —sería un grave error olvidarlo— no obedece a una falla personal de Junius sino a la debilidad de todos los izquierdistas alemanes, que han quedado enredados en la vil red de la hipocresía, pedantería y «amor» al oportunismo de Kautsky. Los partidarios de Junius han logrado, *a pesar de* su aislamiento, *comentar* la publicación de volantes ilegales e iniciar la guerra contra el kautskismo. Seguirán por el buen camino.

Apéndice B

DE «NOTAS DE UN PERIODISTA» por v. I. Lenin

[La siguiente nota es un extracto de «Notas de un periodista», escrito por Lenin a fines de febrero de 1922. El ensayo apareció por primera vez en *Pravda* n.º 86, del 16 de abril de 1924. Esta traducción (la inglesa) está tomada de *Lenin, Collected Works*, volumen XXXIII.]

Paul Levi quiere hacer buenas migas con la burguesía —y *en consecuencia* con sus agentes, las Internacionales Segunda y Dos y Medio — publicando los escritos de Rosa Luxemburgo en los que ella se equivocó. A esto responderemos con una frase de una vieja fábula rusa: «Suele suceder que las águilas vuelen más bajo que las gallinas, pero una gallina jamás puede remontar vuelo como un águila». Rosa Luxemburgo se equivocó respecto de la independencia de Polonia; se equivocó en 1903 en su análisis del menchevismo; se equivocó en la teoría de la acumulación de capital; se equivocó en junio de 1914 cuando, junto con Plejanov, Vandervelde[222], Kautsky y otros abogó por la unidad de bolcheviques y mencheviques; se equivocó en lo que escribió en prisión en 1918 (corrigió la mayoría de estos errores a fines de 1918 y comienzos de 1919 cuando salió en libertad). Pero, a pesar de sus errores fue —y para nosotros sigue siendo— un águila. Y no sólo los comunistas de todo el mundo venerarán su memoria, sino que su biografía y sus obras *completas* (cuya publicación los comunistas alemanes están demorando excesivamente, con la única excusa parcial de las tremendas pérdidas que están sufriendo) serán

manuales útiles para la educación de muchas generaciones de comunistas de todo el mundo. «Desde el 4 de agosto de 1914 la socialdemocracia alemana es un cadáver putrefacto»: esa frase hará famoso el nombre de Rosa Luxemburgo en la historia del movimiento obrero. Y desde luego, en el patio de atrás del movimiento obrero, entre los montones de estiércol, las gallinas tipo Paul Levi, Scheidemann y Kautsky cacarean en torno a los errores de la gran comunista. Cada uno hace lo que puede.

Apéndice C

FUERA LAS MANOS DE ROSA LUXEMBURGO
por León Trotsky

[Este artículo en defensa de Rosa Luxemburgo está fechado en Prinkipo, Turquía, el 28 de junio de 1932. Fue publicado en dos partes en *The Militant* del 6 y 13 de agosto de 1932.]

El artículo de Stalin «Acerca de algunos problemas de la historia del bolchevismo» me llegó con algún atraso. Después de recibirlo, por mucho tiempo no pude obligarme a mí mismo a leerlo, porque este tipo de literatura se atraganta como si fuera aserrín, o puré de ortigas. Pero, después de leerlo, llegué a la conclusión de que no se lo puede ignorar, aunque más no sea porque contiene una calumnia vil y descarada contra Rosa Luxemburgo. ¡Stalin coloca a la gran revolucionaria en el campo del centrismo! Él demuestra —no demuestra, desde luego, simplemente afirma — que el bolchevismo, desde su creación, mantuvo una línea rupturista con respecto a Kautsky, mientras que Rosa Luxemburgo defendía a Kautsky desde la izquierda. Cito sus palabras: «Mucho antes de la guerra, desde 1903-1904 aproximadamente, cuando el grupo bolchevique se había formado en Rusia y la izquierda elevó su voz por primera vez en la socialdemocracia alemana, Lenin eligió el camino de la ruptura con los oportunistas, tanto en casa, en el Partido Socialdemócrata Ruso, como en el extranjero, en la Segunda Internacional, y en la socialdemocracia alemana en particular». Si ello no se pudo lograr, empero, se debió enteramente a

que «los socialdemócratas de izquierda conformaban un grupo débil e impotente […] que temía siquiera pronunciar en voz alta la palabra "ruptura"». Ése es el eje del artículo. A partir de 1903, los bolcheviques estuvieron a favor de la ruptura, no sólo con la derecha sino también con el centrismo kautskista; mientras que Rosa temía pronunciar siquiera la palabra «ruptura».

Semejante afirmación revela una ignorancia total de la historia del propio partido y, en primer lugar, del proceso ideológico de Lenin. No hay una sola palabra de verdad en el punto de partida de Stalin. Es cierto que en 1903-1904 Lenin era un adversario irreconciliable del oportunismo de la socialdemocracia alemana. Pero, para él, el único oportunismo era la corriente *revisionista* dirigida por Bernstein[223].

En esa época Kautsky luchaba contra Bemstein. *Lenin consideraba a Kautsky su maestro*, y no perdía ocasión de afirmarlo. En las obras de Lenin de esa época, y en las de los años siguientes, no se encuentra ni rastros de crítica principista contra la corriente de Bebel-Kautsky. En lugar de ello uno se encuentra con una serie de declaraciones que afirman que el bolchevismo no es una corriente independiente sino la traducción a las circunstancias rusas de la tendencia Bebel-Kautsky. He aquí lo que decía Lenin en su famoso folleto *Dos tácticas*, escrito a mediados de 1905: «¿Cuándo y dónde afirmé que el revolucionarismo de Kautsky y Bebel es "oportunismo"? ¿Cuándo y dónde surgieron divergencias entre Bebel y Kautsky y yo? La total solidaridad que reina en la socialdemocracia internacional en todas las grandes cuestiones de programa y táctica es un hecho indiscutible». Las palabras de Lenin son tan claras, precisas y categóricas que agotan el problema.

Un año y medio más tarde, el 7 de diciembre de 1907, Lenin escribía, en su artículo «La crisis del menchevismo»: «[…] Desde el comienzo (véase *Un paso adelante, dos pasos atrás*) afirmamos que no estamos creando una tendencia bolchevique especial; en todas partes y en todo momento levantamos la posición de la socialdemocracia revolucionaria. Y dentro de la socialdemocracia, hasta el momento mismo de la revolución, habrá inevitablemente un ala oportunista y un ala revolucionaria».

Hablando del menchevismo como ala oportunista de la socialdemocracia, Lenin no lo comparaba con el kautskismo, sino con el revisionismo. Además, consideraba al bolchevismo la versión rusa del kautskismo, que a su vez se identificaba para él con el marxismo. El pasaje que citamos, dicho sea de paso, demuestra que Lenin de ninguna manera buscaba la ruptura con los oportunistas; no sólo reconocía sino que también consideraba «inevitable» la presencia de revisionistas en la socialdemocracia hasta el momento de la revolución.

Dos semanas después, el 20 de diciembre de 1906, Lenin saludaba con entusiasmo la respuesta de Kautsky al cuestionario de Plejanov acerca del carácter de la revolución rusa: «Lo que hemos dicho —que nuestra lucha por las posiciones de la socialdemocracia revolucionaria contra el oportunismo de ninguna manera supone la formación de una tendencia "bolchevista" original— se ha visto plenamente confirmado por Kautsky […]».

Confío en que dentro de estos límites el problema haya quedado claro. Según Stalin, Lenin, a partir de 1903, exigía que los alemanes rompieran con el oportunismo, no sólo de derecha (Bernstein), sino también de izquierda (Kautsky). Mientras que en diciembre de 1906 Lenin señalaba orgullosamente a Plejanov y los mencheviques que el kautskismo alemán y el bolchevismo ruso eran… idénticos. Ésa es la primera parte de la excursión de Stalin a la historia ideológica del bolchevismo. ¡La escrupulosidad de nuestro investigador disputa la palma con su conocimiento!

Después de su afirmación sobre 1903-1904, Stalin pega un salto hasta 1916 y se refiere a la crítica que dirigió Lenin al folleto sobre la guerra de Junius, es decir, Rosa Luxemburgo. Es cierto que en esa época Lenin ya había declarado la guerra a muerte contra el kautskismo, habiendo extraído las conclusiones organizativas correspondientes de su crítica. No puede negarse que Rosa Luxemburgo no planteó el problema de la lucha contra el centrismo con la plenitud que las circunstancias requerían, aquí las ventajas están enteramente de parte de Lenin. Pero entre octubre de 1916, cuando Lenin escribió en respuesta al folleto de Junius, y 1903, cuando nació el bolchevismo, median trece años; en el transcurso de la mayor parte de dicho

periodo Rosa Luxemburgo estaba en la oposición al Comité Central de Bebel y Kautsky, y su lucha contra el «radicalismo» formal, pedante y podrido de Kautsky asumió un carácter cada vez más tajante.

Lenin no participó en esta lucha y no apoyó a Rosa Luxemburgo hasta 1914. Inmerso en los asuntos rusos, mantenía una cautela extrema en cuestiones internacionales. A los ojos de Lenin, la estatura revolucionaria de Bebel y Kautsky era infinitamente mayor que a los ojos de Rosa Luxemburgo, que los observaba de cerca, en la acción, y estaba metida directamente en la atmósfera de la política alemana.

La capitulación del 4 de agosto de la socialdemocracia alemana fue para Lenin un hecho totalmente inesperado. Todos saben que Lenin consideró que la edición de *Vorwaerts* con la declaración patriótica del bloque socialdemócrata era una falsificación de la policía alemana. Una vez convencido de la amarga verdad revisó su evaluación de la tendencia fundamental de la socialdemocracia alemana, realizándolo de manera típicamente leninista, es decir, la liquidó de una vez por todas.

El 27 de octubre de 1914 Lenin escribió a A. Schliapnikov: «[…] odio y desprecio a Kautsky *ahora* más que a todo el resto del rebaño hipócrita, roñoso, vil y autosuficiente […] R. Luxemburgo tiene razón, ella comprendió *hace mucho* que Kautsky poseía en alto grado el "servilismo de un teórico": dicho más claramente, fue siempre un lacayo, un lacayo de la mayoría del partido, un lacayo del oportunismo». (*Antología leninista*, vol. II, p. 200. La bastardilla es mía, *L. T.)*.

Aunque no hubiera otros documentos (hay cientos) estas líneas bastan para clarificar inequívocamente la historia del problema. A fines de 1914 Lenin consideró oportuno informar a uno de sus colaboradores más íntimos del momento que «ahora», en el presente, hoy, a diferencia del pasado, «odia y desprecia» a Kautsky. La fuerza de la frase indica inequívocamente hasta qué punto Kautsky había traicionado las esperanzas y expectativas de Lenin. No menos vivida es la segunda frase: «R. Luxemburgo tenía razón, *hace mucho* que comprendió que Kautsky poseía en alto grado el "servilismo de un teórico" […]». Lenin se apresura a reconocer la «verdad» que no comprendió anteriormente, o que, al menos, no le reconoció a Rosa Luxemburgo.

Tales son los principales mojones cronológicos del problema que, a la vez, son hitos importantes en la biografía política de Lenin. Es un hecho que su órbita ideológica es una curva ascendente. Pero eso significa que Lenin no nació Lenin plenamente formado, como lo pintan los serviles aduladores de lo «divino», sino que se hizo Lenin. Lenin siempre extendía sus horizontes, aprendía de los demás, y se elevaba cada día a un plano superior al anterior. Este espíritu heroico encontró su expresión en esa perseverancia, en esa tozuda resolución de constante superación espiritual. Si el Lenin de 1903 hubiera comprendido y formulado todo lo que requerían los tiempos venideros, el resto de su vida hubiera sido una constante sucesión de reiteraciones. Pero no fue así, en realidad. Stalin simplemente le pone a Lenin el matasellos stalinista y lo acuña en las moneditas de los refranes numerados.

El militarismo, la guerra y el pacifismo ocupan un lugar importante en la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky, especialmente en 1910-1914. Kautsky defendía el programa reformista: limitación de armamentos, cortes internacionales, etcétera. Rosa Luxemburgo entabló una batalla decisiva contra esa ilusión. Lenin tenía dudas al respecto, pero en algunas cosas estaba más cerca de Kautsky que de Rosa Luxemburgo. De ciertas conversaciones que tuve en esa época con Lenin recuerdo que un argumento de Kautsky le produjo una honda impresión: así como en los problemas internos las reformas son producto de la lucha de clases revolucionaria, en las relaciones internacionales es posible luchar por ciertas garantías («reformas») mediante la lucha de clases internacional y ganarlas. A Lenin le parecía enteramente posible apoyar esta posición de Kautsky siempre que, terminada la polémica con Rosa Luxemburgo, volviera su artillería hacia la derecha (Noske y Cía). No quiero decir de memoria hasta qué punto este ciclo de ideas se vio reflejado en los artículos de Lenin: el problema requiere un análisis sumamente cuidadoso. Tampoco puedo asumir la responsabilidad de decir de memoria cuánto tardaron en resolverse las dudas de Lenin. En todo caso, se expresaron no sólo en las conversaciones sino también en la correspondencia. Una de estas cartas está en manos de Karl Radek[224].

Considero necesario proporcionar evidencias de esto, como testigo, para tratar de salvar un documento de excepcional valor para la biografía teórica de Lenin. En el otoño de 1926, cuando elaborábamos colectivamente la plataforma de la Oposición de Izquierda, Radek nos mostró a Kamenev. Zinoviev[225] y a mí —y probablemente a otros camaradas— una carta que Lenin le envió (¿1911?) donde defendía la posición de Kautsky contra las críticas de la izquierda. Según lo dispuesto por el Comité Central, Radek debía entregar esta carta al Instituto Lenin. Pero temiendo que la ocultaran, o inclusive destruyeran, Radek decidió guardarla para una ocasión más oportuna. No puede negarse que la actitud de Radek tenía cierta justificación. En la actualidad, empero, Radek se desempeña muy activamente, si bien no tiene un puesto de responsabilidad, en el trabajo de producir falsificaciones políticas. Baste recordar que Radek, que a diferencia de Stalin conoce la historia del marxismo y que, de todas maneras, conoce la carta de Lenin, llegó a solidarizarse públicamente con la evaluación insolente que hace Stalin de Rosa Luxemburgo. La circunstancia de que Radek actuó bajo la vara de Iaroslavski[226] no mitiga su culpa, porque sólo esclavos despreciables pueden renunciar a los principios marxistas en favor de los principios del látigo.

Sin embargo, aquí no nos interesa la caracterización de Radek, sino el destino de la carta de Lenin. ¿Qué ocurrió? ¿La sigue ocultando Radek al Instituto Lenin? Difícilmente. Lo más probable es que la haya confiado a quien correspondía confiarla, como prueba tangible de una devoción intangible. ¿Qué suerte le cupo posteriormente a la carta? ¿Está en los archivos privados de Stalin junto con los documentos que comprometen a sus colegas más íntimos? ¿O ha sido destruida, como fueron destruidos tantos documentos preciosos del pasado del partido?

En todo caso no puede haber ni sombra de razón para ocultar una carta escrita hace dos décadas y que trata problemas que hoy sólo revisten un interés histórico. Pero es precisamente en su carácter histórico que reside el gran valor de la carta. Lo muestra al Lenin verdadero, no como lo presentan los necios burócratas que lo recrean a su imagen y semejanza y pretenden ser infalibles. Preguntamos, ¿dónde está la carta de Lenin a Radek? ¡La

carta debe estar donde corresponde! ¡Ponedla sobre la mesa del partido y la Comintern!

Si se consideraran los desacuerdos entre Lenin y Rosa Luxemburgo en su totalidad, no cabe duda que la historia está incondicionalmente de parte de Lenin. Lo cual no significa que en determinadas épocas y en torno a ciertos problemas Rosa Luxemburgo no haya tenido razón contra Lenin. Sea como fuere, las discrepancias, pese a su importancia y, a veces, su enormidad, parten de una base política proletaria y revolucionaria común a ambos.

Cuando Lenin, remontándose al pasado, escribió en octubre de 1919 («Saludo a los comunistas italianos, franceses y alemanes») «[…] en el momento de la toma del poder y la creación de la República Soviética, el bolchevismo quedó solo en su campo, había atraído a su seno a los mejores elementos de *las tendencias más cercanas a él en el terreno del pensamiento socialista*», repito, cuando Lenin escribió estas líneas, pensaba indudablemente en Rosa Luxemburgo, cuyos partidarios más firmes, por ejemplo Marjlevsky y Djerjínsky[227], estaban militando en las filas bolcheviques.

Lenin comprendió los errores de Rosa Luxemburgo mejor que Stalin; pero no es casual que Lenin haya recordado la vieja copla

> A veces las águilas descienden
> y vuelan entre las aves de corral.
> Pero las aves de corral jamás
> se remontarán hacia las nubes.

¡Así es! ¡Precisamente! Por esa razón Stalin debería actuar con cautela antes de medir su mediocridad contra figuras de la talla de Rosa Luxemburgo.

En su artículo «En relación a la historia del problema de la dictadura» (octubre de 1920), donde se refiere a problemas del estado soviético y la dictadura del proletariado, Lenin escribe: «Representantes destacados del proletariado revolucionario y del marxismo sin falsificaciones, tales como Rosa Luxemburgo, apreciaron inmediatamente el significado de la

experiencia práctica, y efectuaron análisis críticos de la misma en mítines y a través de la prensa». Por el contrario, «gente de la calaña de los futuros Kautsky […] demostraron una incapacidad total para comprender el significado de la experiencia». En breves líneas Lenin rinde homenaje a la significación histórica de la lucha de Rosa Luxemburgo contra Kautsky: lucha que el propio Lenin tardó en apreciar en su verdadera dimensión. Si para Stalin, el aliado de Chiang Kai-shek, el camarada de armas de Purcell[228], el teórico del «partido obrero y campesino», de la «dictadura democrática», del «no molestar a la burguesía», etcétera; si para él Rosa Luxemburgo representa el centrismo, para Lenin ella es la representante del «marxismo sin falsificaciones». Cualquiera que tenga un mínimo conocimiento de Lenin sabe qué significa este apelativo de su parte.

Aprovecho la ocasión para señalar que en las notas que acompañan las obras de Lenin se dice lo siguiente, entre otras cosas, de Rosa Luxemburgo: «Durante el florecimiento del revisionismo bernsteiniano y luego del ministerialismo (Millerand[229]), Luxemburgo libró una batalla implacable contra dicha tendencia, asumiendo esta posición en el partido alemán […] En 1907 participó como delegada de la socialdemocracia polaca y lituana en el congreso de Londres del POSDR; allí apoyó a la fracción bolchevique en todas las cuestiones fundamentales concernientes a la revolución rusa. Desde 1907, Rosa Luxemburgo se entregó de lleno al trabajo en Alemania, desde una posición de izquierda, contra el centro y la derecha […] Su participación en la insurrección de enero de 1919 ha convertido su nombre en *bandera de la revolución proletaria*».

Por supuesto que el autor de esas notas mañana confesará sus pecados y anunciará que en la época de Lenin escribía con poco conocimiento de causa, que el esclarecimiento total vino con Stalin. En la actualidad esta clase de anuncios —mezcla de adulonería, idiotez y bufonismo— aparecen diariamente en la prensa moscovita. Pero esto no cambia la verdad de las cosas: «lo hecho, hecho está». ¡Sí, Rosa Luxemburgo se ha convertido en bandera de la revolución proletaria!

¿Cómo y por qué decidió Stalin ocuparse —en fecha tan tardía— de la revisión de la vieja caracterización bolchevique de Rosa Luxemburgo? Como ocurre con todos sus abortos teóricos anteriores, éste, que es el más

escandaloso, tiene su origen en su lucha contra la teoría de la revolución permanente. En su artículo «histórico» Stalin vuelve a concederle el primer puesto a dicha teoría. No aporta un solo argumento nuevo. Hace mucho respondí a todos sus argumentos en *La revolución permanente*. El problema histórico quedará clarificado, espero, en el segundo tomo de *Historia de la Revolución Rusa* (La Revolución de Octubre), que se encuentra en prensa. En este caso el problema de la revolución permanente nos preocupa en la medida en que Stalin lo vincula al nombre de Rosa Luxemburgo. Veremos después cómo este teórico infeliz se ha metido en una trampa mortal.

Después de recapitular la controversia entre los bolcheviques y los mencheviques respecto de las fuerzas motrices de la revolución rusa, y de comprimir con maestría sin igual varios errores en unas pocas líneas, que debo pasar por alto, Stalin dice: «¿Qué actitud tenían los socialdemócratas alemanes Parvus y Rosa Luxemburgo respecto de la controversia? Inventaron el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente. […] Poco después Trotsky hizo suyo este esquema semimenchevique (Martov parcialmente) y lo transformó en arma de lucha contra el leninismo […]». Tal es la historia inesperada del origen de la teoría de la revolución permanente, de acuerdo con las últimas investigaciones históricas de Stalin. Pero ¡ay de mí!, el investigador olvidó consultar la edición anterior de su propia obra. En 1925 el propio Stalin se había expedido en una polémica contra Radek: «*No es aerto que la teoría de la revolución permanente fue formulada por Rosa Luxemburgo y Trotsky en 1905*. En realidad, la teoría pertenece a Parvus y a Trotsky». Puede encontrarse esta cita en *Cuestiones del leninismo*, edición rusa, 1926, p. 185. Esperemos que figure en las ediciones extranjeras.

De modo que en 1925 Stalin declaró a Rosa Luxemburgo inocente del pecado mortal de participar en la creación de la teoría de la revolución permanente. «En realidad esta teoría pertenece a Parvus y a Trotsky». En 1931 el mismo Stalin nos dice que «Parvus y Rosa Luxemburgo […] crearon el esquema utópico y semimenchevique de la revolución permanente». Trotsky fue inocente de la creación, él la hizo suya junto con… ¡Martov! Una vez más agarramos a Stalin con las manos en la masa. Tal vez escribe sin tener la menor noción de lo que se trata. ¿O usa cartas

marcadas cuando trata los problemas fundamentales del marxismo? No se puede plantear los dos interrogantes como alternativa. Ambos se aplican aquí. Las falsificaciones stalinistas son conscientes en la medida en que están dictadas, en cada momento, por intereses personales concretos. Y son semiconscientes en la medida en que su ignorancia congénita no pone impedimentos a sus pretensiones teóricas.

Pero los hechos siguen siendo hechos. En su guerra contra el «contrabando trotskista», Stalin se ha hecho un nuevo enemigo, ¡Rosa Luxemburgo! No se detuvo ni por un instante antes de mentir y calumniarla; además, antes de poner en circulación sus dosis tremendas de vulgaridad y deslealtad, ni se molestó en verificar qué había escrito cinco años antes.

La nueva variante en la historia de la idea de la revolución permanente fue indicada en primer término por el deseo de servir un plato un poco más sabroso que los anteriores. No es necesario aclarar que Martov fue traído por los pelos para darle más sabor a la cocina histórica y teórica. La actitud de Martov hacia la teoría y práctica de la revolución permanente fue siempre de antagonismo implacable, y en los viejos tiempos él dijo más de una vez que las teorías de Trotsky acerca de la revolución eran rechazadas tanto por los bolcheviques como por los mencheviques. Pero no vale la pena detenernos en esto.

Lo que es verdaderamente fatal es que no hay un solo problema importante de la revolución proletaria internacional en el que Stalin no haya expresado dos opiniones contradictorias. Todos sabemos que en abril de 1924 demostró tajantemente en *Cuestiones del leninismo* la imposibilidad de construir el socialismo en un solo país. En otoño, en una nueva edición del mismo libro, sustituyó esa frase por la demostración (es decir, por la afirmación) de que el proletariado «puede y debe» construir el socialismo en un solo país. El resto del texto permaneció inalterado. En el problema del partido obrero campesino, las negociaciones de Brest-Litovsk, la dirección de la Revolución de Octubre, el problema nacional, etcétera, Stalin logró exponer en el curso de pocos años, a veces meses, opiniones que se excluyen mutuamente. Sería incorrecto atribuirlo a fallas en la memoria. El problema es más profundo. Stalin carece de un método científico para

pensar, no posee criterios principistas. Enfoca todos los problemas como si nacieran hoy y estuvieran aislados de los demás. Stalin basa sus juicios en su interés personal más importante en ese momento. Las contradicciones que lo liquidan son la venganza de su empirismo vulgar. No ubica a Rosa Luxemburgo en el marco del movimiento obrero polaco, alemán y mundial del último medio siglo. No, para él, ella es cada vez una figura nueva y, además, aislada respecto de la cual se ve obligado a preguntarse ante cada nueva situación, «¿quién vive, amigo o enemigo?». Su instinto infalible le ha dicho al teórico del socialismo en un solo país que la sombra de Rosa Luxemburgo le es irreconciliablemente hostil. Lo cual no le impide a la gran sombra seguir siendo la bandera de la revolución proletaria.

Rosa Luxemburgo formuló críticas muy severas y fundamentalmente incorrectas a la política bolchevique en 1918, desde su celda en la cárcel. Pero inclusive en éste, su trabajo más equivocado, se ven las alas del águila. He aquí su caracterización general de la insurrección de octubre: «Todo lo que el partido pudo hacer en el terreno de la valentía, la acción firme, la previsión y coherencia revolucionarias: todo eso hicieron Lenin, Trotsky y sus camaradas. Todo el honor revolucionario y la capacidad de acción, que tanto le faltan a la socialdemocracia occidental, los bolcheviques demostraron poseerlos. Su insurrección de octubre salvó no sólo a la Revolución Rusa sino también el honor del socialismo internacional». ¿Es posible que ésta sea la voz del centrismo?

En las páginas siguientes, Luxemburgo critica severamente la política bolchevique en lo que hace al problema agrario, la consigna de autodeterminación nacional y el rechazo de la democracia formal. Agreguemos que en esta crítica, dirigida por igual contra Lenin y Trotsky, ella no traza distinción alguna entre sus respectivas posiciones; y Rosa Luxemburgo sabía leer, comprender y distinguir los matices. Ni siquiera se le ocurrió acusarme, por ejemplo, de que, al solidarizarme con Lenin en el problema agrario, cambié mi posición con respecto al campesinado. Y ella conocía muy bien mi posición desde que yo escribí varios artículos para su periódico polaco, desde 1909. Rosa Luxemburgo finaliza su crítica diciendo: «En la política bolchevique hay que distinguir lo esencial de lo no esencial, lo fundamental de lo circunstancial». Lo fundamental, para ella, es

la fuerza de las masas en la acción, la voluntad de llegar al socialismo. «En ese sentido —escribe— Lenin, Trotsky y sus compañeros fueron los *primeros* en darle el ejemplo al proletariado mundial. Aún ahora siguen siendo *los únicos* que pueden gritar, con Hutten, "¡he osado!"».

Sí, Stalin tiene sobrados motivos para odiar a Rosa Luxemburgo. Pero tanto más imperioso es nuestro deber de cuidar la memoria de Rosa de las calumnias de Stalin, que han sido tomadas por los funcionarios de ambos hemisferios, y pasar esta imagen verdaderamente hermosa, heroica y trágica a las generaciones jóvenes del proletariado, para que la conozcan en toda su grandeza y fuerza inspiradora.

Apéndice D

LUXEMBURGO Y LA CUARTA INTERNACIONAL
por León Trotsky

[Trotsky terminó este artículo el 24 de junio de 1935, y se publicó en agosto del mismo año en New International.]

Actualmente se están haciendo esfuerzos en Francia y en otras partes para construir el llamado luxemburguismo como defensa de los centristas de izquierda contra los bolcheviques-leninistas. Esta cuestión puede adquirir considerable significación. En un futuro cercano, tal vez se vuelva necesario dedicar un artículo más extenso al luxemburguismo real y al pretendido. Aquí sólo voy a referirme a los aspectos esenciales de la cuestión.

Más de una vez hemos asumido la defensa de Rosa Luxemburgo contra las malas interpretaciones insolentes y estúpidas de Stalin y su burocracia. Seguiremos haciéndolo. No lo hacemos movidos por consideraciones sentimentales sino por las exigencias de la crítica materialista histórica. Sin embargo, nuestra defensa de Rosa Luxemburgo no es incondicional. Los aspectos débiles de las enseñanzas de Rosa Luxemburgo han sido desnudados en la teoría y en la práctica. La gente del SAP[230] alemán y otros elementos afines (véanse, por ejemplo, el diletantismo intelectual de la «cultura proletaria» del *Spartacus* francés, el periódico de los estudiantes socialistas belgas y, a menudo, también el *Action Socialiste* belga, etc.) sólo hacen uso de los aspectos débiles e inadecuados que de ninguna manera son

decisivos en Rosa, generalizan y exageran estas debilidades al máximo y construyen, sobre esa base, un sistema totalmente absurdo. La paradoja yace en que, en su viraje más reciente, los stalinistas —sin reconocerlo, sin siquiera entenderlo— también se aproximaron en teoría a los aspectos negativos caricaturizados del luxemburguismo, sin mencionar a los centristas tradicionales y de izquierda en el campo socialdemócrata.

Es innegable que Rosa Luxemburgo contrapuso apasionadamente la espontaneidad de las acciones de masas a la política conservadora «coronada por la victoria» de la socialdemocracia alemana, sobre todo después de la revolución de 1905. Esta contraposición revestía un carácter absolutamente revolucionario y progresivo. Mucho antes que Lenin, Rosa Luxemburgo comprendió el carácter retardatario de los aparatos partidarios y sindicales osificados y comenzó a librar la lucha contra los mismos. En la medida en que contó con la agudización inevitable de los conflictos de clase, ella siempre predijo con certeza la aparición elemental independiente de las masas contra la voluntad y la línea de conducta del oficialismo. En este sentido histórico general, está comprobado que Rosa tenía razón. Porque la revolución de 1918 fue «espontánea», es decir, las masas la llevaron a cabo contra todas las previsiones y precauciones de la dirección del partido. Pero por otra parte toda la historia posterior de Alemania demostró ampliamente que la espontaneidad sola está lejos de ser suficiente para lograr el éxito; el régimen de Hitler es un argumento de peso contra la panacea de la espontaneidad.

La misma Rosa nunca se encerró en la mera teoría de la espontaneidad, como Parvus, por ejemplo, que luego trocó su fatalismo socialrevolucionario por el más repugnante de los fatalismos. En contraposición a Parvus, Rosa se esforzó por educar de antemano al ala revolucionaria del proletariado y por reunirlo organizativamente todo lo posible. En Polonia, construyó una organización independiente muy rígida. Lo más que puede decirse es que en su evaluación histórico-filosófica del movimiento obrero, la selección preparatoria de la vanguardia era deficiente en Rosa, en comparación con las acciones de masas que podían esperarse; mientras que Lenin, sin conformarse con los milagros de futuras acciones, tomaba a los obreros avanzados y constante e incansablemente los unía en

núcleos firmes, legal o ilegalmente, en las organizaciones de masas o clandestinamente, mediante un programa claramente definido.

La teoría de Rosa de la espontaneidad era una sana herramienta contra el aparato osificado del reformismo. Pero el hecho de que se la dirigiera a menudo contra la obra de Lenin de construcción de un aparato revolucionario revelaba —en realidad solamente en embrión— sus aspectos reaccionarios. En Rosa misma esto ocurrió sólo episódicamente. Era demasiado realista, en el sentido revolucionario, como para desarrollar los elementos de la teoría de la espontaneidad en una metafísica consumada. En la práctica, como ya se ha dicho, ella misma minó esta teoría desde la base. Después de la revolución de noviembre de 1918, comenzó ardientemente a reunir a la vanguardia proletaria. A pesar de su manuscrito sobre la Revolución Soviética, muy débil teóricamente, escrito en prisión y que ella nunca publicó, el accionar posterior de Rosa permite concluir con seguridad que, día a día, se acercaba a la nítida concepción teórica de Lenin sobre la dirección consciente y la espontaneidad. (Seguramente fue esta circunstancia la que le impidió hacer público su manuscrito contra la política bolchevique del que luego se abusó tan vergonzosamente).

Tratemos nuevamente de aplicar a la etapa actual el conflicto entre las acciones de masas espontáneas y el trabajo organizativo deliberado. ¡Qué poderoso gasto de fuerza y desinterés hicieron las masas trabajadoras de todos los países civilizados y semicivilizados desde la guerra! No hay nada en toda la historia previa de la humanidad que pueda comparársele. En esta medida Rosa Luxemburgo tuvo toda la razón contra los filisteos, los cabos y los necios del conservadurismo burocrático «coronado por la victoria». Pero es justamente el derroche de estas energías inconmensurables lo que forma la base del gran retroceso del proletariado y el exitoso avance fascista. Puede decirse sin temor a exagerar: lo que determina la situación mundial *es la crisis de la dirección proletaria*. Hoy, el campo del movimiento obrero todavía está lleno de inmensos remanentes de las viejas organizaciones en bancarrota. Luego de innumerables sacrificios y desilusiones, el grueso del proletariado europeo se ha retirado, al menos, al cascarón. La lección decisiva que ha extraído, en forma consciente o semiconsciente, de estas amargas experiencias, dice: grandes acciones

requieren una gran dirección. Para asuntos corrientes, los obreros todavía les dan sus votos a las viejas organizaciones. Los votos; pero de ninguna manera su confianza ilimitada. El otro aspecto de esto es que, después del colapso miserable de la III Internacional, resulta mucho más difícil hacerles depositar confianza en una nueva organización revolucionaria. Es ahí, justamente, donde yace la crisis de la dirección proletaria. Cantar una monótona canción sobre acciones de masas en un futuro indeterminado en esta situación, en contraposición a una selección cuidadosa de cuadros para una nueva Internacional, significa llevar adelante un trabajo totalmente reaccionario. Ése es el papel del SAP en el «proceso histórico». Un hombre del ala izquierda del SAP perteneciente a la Vieja Guardia puede, por supuesto, juntar sus recuerdos marxistas para oponerse a la teoría del espontaneísmo bárbaro. Estas medidas proteccionistas puramente literarias no cambian el hecho de que los discípulos de un Miles, apreciado autor de la resolución sobre la paz y el no menos apreciado autor del artículo en la edición francesa del *Youth Bulletin*, hablen de las tonterías espontaneístas más desgraciadas aun dentro de las filas del SAP. La política práctica de Schwab[231] (el hábil «no decir lo que es» y el eterno consuelo de las acciones de masas futuras y el «proceso histórico» espontáneo) no es sino una explotación táctica de un luxemburguismo totalmente distorsionado y vulgarizado. Y en la medida en que los «izquierdistas» y los «marxistas» no atacan abiertamente esta teoría y práctica de su propio partido, sus artículos contra Miles tienen el carácter de un pretexto teórico. Este tipo de pretexto se vuelve necesario cuando uno toma parte de un crimen premeditado.

La crisis de la dirección proletaria no se supera, por supuesto, mediante una fórmula abstracta. Se trata de un proceso en extremo monótono. Pero no de un proceso puramente «histórico», es decir, de las premisas objetivas de la actividad consciente, sino de una cadena ininterrumpida de medidas ideológicas, políticas y organizativas con el propósito de unir a los mejores elementos, los más conscientes, del proletariado mundial bajo una bandera inmaculada, elementos cuyo número y confianza en sí mismos deben fortalecerse constantemente, cuya ligazón a sectores más amplios del proletariado debe desarrollarse y profundizarse, en una palabra: devolverle al proletariado, bajo condiciones nuevas y altamente difíciles y onerosas, su

dirección histórica. Los confusionistas del espontaneísmo tienen tanto derecho a referirse a Rosa como los miserables burócratas de la Comintern[232] a Lenin. Dejemos de lado los incidentes superados y, con toda justificación, podremos colocar nuestro trabajo por la IV Internacional[233] bajo el signo de las «tres L»: no sólo bajo el signo de Lenin, sino también de Luxemburgo y Liebknech.

ROSA LUXEMBURG o, por castellanización del apellido, ROSA LUXEMBURGO (Zamosc, Rutenia, 1870 - Berlín, 1919). Hija de un comerciante de Varsovia, su brillante inteligencia le permitió estudiar a pesar de los prejuicios que imperaban contra las mujeres en ese entonces, y pese a la discriminación antisemita que existía en Europa contra los judíos. Rosa Luxemburg hizo un doctorado en una época en la que poquísimas mujeres iban a la universidad. Se dice que hablaba once idiomas. Pronto destacó como una de los principales dirigentes de la socialdemocracia europea.

En 1889, a los 18 años, abandonó Polonia a consecuencia de la persecución de la policía debido a su militancia socialista, refugiándose en Suiza. Allí terminó sus estudios, entró en contacto con revolucionarios exiliados y se unió a la dirección del joven Partido Socialdemócrata Polaco. Contrajo matrimonio en 1895 con Gustav Lübeck para adquirir la nacionalidad alemana y poder trabajar con el movimiento obrero en este país.

Junto al político alemán Karl Liebknecht, fundó la liga de Spartacus, que más adelante se convertiría en el Partido Comunista Alemán. Fue redactora del periódico teórico marxista «Neue Zeit» y autora de varios libros. Fue sentenciada (1903-1904) a nueve meses de prisión acusada de «insultar al Káiser» (emperador). Participó directamente en la revolución de 1905 en Polonia. En marzo de 1906 fue arrestada y encarcelada en Varsovia durante cuatro meses.

Participó activamente tanto en el Congreso del partido socialdemócrata alemán en 1906 como en el Congreso Socialista Internacional celebrado en Stuttgart un año después, en el que intervino en nombre del partido ruso y polaco. Su pensamiento representaba a las opciones más radicales en el seno de la II Internacional. Gran teórica, realizó importantes contribuciones al desarrollo del marxismo, en especial en lo referente a las relaciones entre nacionalismo y socialismo, y sobre el socialismo democrático.

Hizo también aportes teóricos originales en torno al imperialismo y al derrumbe del capitalismo, en su obra La acumulación del capital de 1913. Su crítica a Marx se basa en las predicciones de éste acerca de las crisis cíclicas del capitalismo. Marx pensaba que el capitalismo, como sistema económico y político basado en el crecimiento y la búsqueda constante del beneficio, debía colapsar en algún momento, por saturación. Sin embargo, muchas décadas después de muerto Marx, las crisis periódicas del capitalismo parecían aplazarse o solventarse sin producir convulsiones en el sistema. Rosa Luxemburgo encontró la explicación a este hecho en el colonialismo, hallando que el crecimiento de las potencias capitalistas encontró una vía de expansión en las colonias, la cuales, al tiempo que procuraban materias primas a muy bajo costo, servían también de mercado donde colocar los productos manufacturados. En el mismo sentido, expuso las primeras teorías sobre el imperialismo, que más tarde desarrollaría Lenin. Rosa Luxemburg creía en una opción socialista internacional, esto es, alejada de particularismos y nacionalismos, en la que las masas obreras, solidariamente, tomaran el poder.

Lenin también fue objeto de críticas por parte de Rosa Luxemburg, en especial en lo referente a las concepciones que tenía sobre la democracia en

el partido y la dictadura del proletariado. Rosa Luxemburg postulaba un menor dirigismo y una mayor integración de las bases en la dinámica partidista, y se oponía a la concepción del centralismo democrático de un partido de revolucionarios profesionales que defendía Lenin.

Al estallar la Primera Guerra Mundial en 1914, el grupo parlamentario socialdemócrata alemán (SPD) apoya unánimemente a los créditos de guerra. Rosa Luxemburg, pacifista convencida, forma parte de la oposición interna en el SPD, que difunde centenares de miles de folletos para movilizar a la población contra la guerra. Ella es arrestada de nuevo el 20 de febrero, esta vez acusada de incitar a los soldados a la rebelión. Se la sentencia a un año de prisión, pero al salir del tribunal se dirige de inmediato a un mitin popular, en el que repite su revolucionaria propaganda antibélica. El conflicto alrededor de los créditos de guerra pedidos por el Kaiser para financiar la actividad bélica acaba llevando a la escisión del partido en enero de 1917, con la fundación, el 6 de abril, del USPD (Socialdemócratas Independientes).

En 1918 hay vientos de revolución en Alemania, cuyas fuerzas de izquierda miran hacia el ejemplo ruso y cuya población está cansada de la guerra. El 28 de enero se declara la huelga general y se inicia la formación de Consejos Obreros. El 31 de enero la huelga es prohibida y se declara el estado de sitio, extendiéndose la represión. En marzo, Rosa Luxemburg es encarcelada conjuntamente con Leo Jogiches y otros militantes espartaquistas que difundían propaganda revolucionaria en el ejército. El 9 de noviembre, a raíz de un levantamiento de marinos en Kiel, estalla la Revolución de Noviembre con la conformación de Consejos de Obreros y Soldados en todo el territorio nacional. El emperador Guillermo II abdica. Se pretende la refundación de Alemania como democracia socialista con una nueva Constitución. Rosa Luxemburg, liberada dos días antes, llega a Berlín y coedita Bandera Roja, el periódico de la liga de Spartacus, con Karl Liebknecht, para poder influir a diario en los sucesos políticos. En los últimos días del año 1918, participa en la fundación del Partido Comunista Alemán, KPD. Sin embargo, las fuerzas radicales de izquierda no logran

imponerse frente a la tendencia reformista del socialdemócrata Friedrich Ebert.

El 15 de enero 1919, Rosa Luxemburg y su coideario Karl Liebknecht son asesinados en Berlín por los soldados que reprimen el levantamiento. Sus cuerpos son arrojados a un canal. Estos asesinatos desatan una ola de protestas violentas en todo el país, que se extienden hasta mayo 1919, y cuya represión militar lleva a varios miles de muertos.

Notas

[1] J. P.Nettl, *Rosa Luxemburg*, Oxford University Press, Londres, 1966, vol. I, p. 131. <<

[2] *Op. cit*, p. 387. <<

[3] León Trotsky, *History of the Russian Revolution* [Historia de la Revolución Rusa], University of Michigan Press, 1957, vol. III, p. 38. <<

[4] V. I.Lenin, *The Right of Nations to Self Determination* [El derecho de las naciones a la autodeterminación], Moscú, Progress Publishers, 1968, p. 54. <<

[5] *Op. cit*, p. 110. <<

[6] *Op. cit.*, p. 98. <<

[7] *Op. cit*, p. 99. <<

[8] *Op. cit.*, p. 103. <<

[9] Trotsky, *Op. cit*, p. 45 <<

[10] Max Shachtman, «Lenin and Rosa Luxemburg» [Lenin y Rosa Luxemburgo], en *New International*, año 2, n.º 2, marzo de 1935, p. 64. <<

[11] Nettl, *Op. cit.*, p. 375. <<

[12] V. I.Lenin, *One Step Forward, Two Steps Back* [Un paso adelante, dos pasos atrás], Moscú, Foreign Language Publishing House, 1950, p. 281. <<

[13] León Trotsky, «Problems of Civil War» [Problemas de la guerra civil], en *International Socialist Review*, año 31,

n.º 2, marzo-abril 1970, pp. 10-11. <<

[14] Ver Apéndice D, *[N. del E]*. <<

[15] «The Germán Left and Bolshevism» [La izquierda alemana y el bolchevismo], citado por Walter Held, en *New International*, año 5, n.º 2, febrero de 1939, p. 47. <<

[16] Walter Held, «Once Again, Lenin and Luxemburg» [Otra vez, Lenin y Luxemburgo], en *Fourth International*, año 1, n.º 2, junio de 1940, p. 49. <<

[17] Citado por I. Deutscher en *The Prophet Armed*, *León Trotsky, 1879-1921* [El profeta armado, León Trotsky, 1879-1921], Nueva York, Vintage Books, 1959, p. 90. <<

[18] León Trotsky, *Writings of León Trotsky (1938-39)* [Escritos de León Trotsky, 1938-39], Nueva York, Merit Publishers, 1969, p. 137. <<

[19] Nettl, *Op. cit.*, p. 680. <<

[20] Nettl, *Op. cit.*, pp. 716-17. <<

[21] Nettl, *Op. cit.*, *p.* 730. <<

[22] *Edouard Bernstein* (1850-1923): socialdemócrata alemán; amigo y albacea literario de Engels; formuló la teoría revisionista del socialismo evolutivo; dirigente del ala más oportunista de la socialdemocracia. <<

[23] *Auguste Bebel* (1840-1913): uno de los fundadores y dirigentes del Partido Social Demócrata Alemán y de la Segunda Internacional; sentenciado a dos años de prisión junto con Liebknecht por traición. Autor de *La mujer y el socialismo*. Adversario de las tendencias revisionistas. *Kart Kautsky* (1854-1938): socialdemócrata alemán; uno de los principales teóricos de la Segunda Internacional; durante la guerra asumió una posición centrista pacifista; violento opositor del bolchevismo y del gobierno soviético. *Wilhelm Liebknecht* (1826-1900): participó en la Revolución Alemana de 1848, fue exiliado a Inglaterra donde se convirtió en discípulo de Marx y Engels; volvió a Alemania luego de la amnistía de 1860 y construyó un partido marxista que se unió al de Lassalle para constituir el PSD. Fue encarcelado en 1872; defendió la ortodoxia marxista contra el revisionismo en el PSD. *Ignaz Auer* (1846-1907): socialdemócrata bávaro; secretario de la Socialdemocracia alemana a partir de 1875; reformista. <<

[24] *Reichstag*: parlamento alemán. <<

[25] *Segunda Internacional*: a diferencia del carácter revolucionario y centralizado de la Primera Internacional (ver nota 39) y de la Tercera Internacional en sus cuatro primeros congresos leninistas, la Segunda Internacional, fundada en 1899, era una asociación de partidos socialistas de todo tipo. Su centro era el Buró Socialista Internacional, creado en 1900, con sede en Bruselas. En el congreso de 1904 (en Amsterdam) se denunciaron el revisionismo de Bernstein y el «ministerialismo» de Millerand y Jaurés (ver nota 24). Sin embargo, la teoría y práctica del reformismo la fueron copando gradualmente, y el proceso culminó en 1914 cuando la Internacional sufrió un colapso político y moral al votar la mayoría de sus secciones nacionales los presupuestos de guerra y el apoyo a sus respectivos gobiernos durante la guerra. Posteriormente el ala izquierda rompió para formar la Tercera Internacional y sus secciones, los partidos comunistas. Este proceso se inició en 1903 y lo dirigieron los bolcheviques rusos y Lenin.

La Segunda Internacional fue reflotada después de la Primera Guerra Mundial y sigue existiendo nominalmente. Algunos de sus partidos encabezan gobiernos (por ejemplo, el PSD alemán, el Partido Laborista inglés y el Mapam de Israel). <<

[26] *Georg Heinrich von Vollmar* (1850-1922): líder de la socialdemocracia bávara. En 1891, varios años antes que Bernstein, impulsó posiciones reformistas, transformándose así en precursor del reformismo alemán. <<

[27] *Parvus (Alexander Helphand)* (1869-1924): prominente teórico marxista de Europa Central; arribó a conclusiones parecidas a la teoría de la revolución permanente de Trotsky, quien rompió con Parvus cuando éste adhirió al ala de la socialdemocracia alemana que se manifestó a favor de la guerra. En 1917 trató en vano de reconciliar al partido alemán con los bolcheviques y luego al Partido Socialista Independiente con la dirección Ebert-Noske. <<

[28] *Ferdinand de Lassalle* (1825-1910): socialista alemán. Fundador, en 1863, de la Unión General de Obreros Alemanes, que más tarde se fusionó con el partido de Marx para formar el PSD. <<

[29] *Konrad Schmidt* (1863-1932): economista y socialdemócrata alemán que mantenía correspondencia con Engels; se convirtió luego en revisionista. <<

[30] *Sydney Webb* (1859-1947): el principal teórico inglés del socialismo gradualista, fundador de la Sociedad Fabiana y coautor, junto con su esposa Beatrice, de varios libros sobre cooperativismo y sindicalismo. Ministro de colonias durante el gobierno laborista, fue nombrado Lord Passfield. Él y su esposa se convirtieron en apologistas del stalinismo en la década del treinta. <<

[31] *François Marie Charles Fourier* (1772-1837): socialista utópico francés. <<

[32] *Wilhelm Weitling* (1808-1871): primer escritor alemán proletario, colaborador de Blanqui. Socialista utópico igualitario. <<

[33] *Louis Auguste Blanqui* (1805-1881): socialista revolucionario francés cuyo nombre ha quedado ligado a la teoría de la insurrección armada por grupos pequeños de hombres seleccionados y entrenados, en oposición a la concepción marxista de la insurrección de masas. Participó en la Revolución Francesa de 1830 y organizó la insurrección fallida de 1839. Liberado por la Revolución de 1848, fue encarcelado nuevamente luego de la derrota de ésta, y luego otra vez en vísperas de la Comuna de París. Quebrantada su salud después de treinta y cinco años de prisión, fue perdonado en 1879. Ese mismo año los obreros de Burdeos lo votaron para la Cámara de Diputados, pero el gobierno invalidó la elección. <<

[34] *William Stanley Jevons* (1835-1882): economista y lógico inglés. Desarrolló la teoría de la utilidad. <<

[35] *Kart Menger* (1840-1921): economista político austríaco. <<

[36] *Beatrice Potter-Webb* (1858-1943): socialista fabiana, esposa de Sydney Webb. Coautora, junto con éste, de varios libros. <<

[37] *Kart Johann Rodbertus* (1805-1875): economista alemán que tenía posiciones socialistas, pero no revolucionarias. <<

[38] *Gleb Ivanovich Uspenski* (1840-1902): novelista ruso que describía en sus libros la vida campesina. <<

[39] *Pierre Joseph Pmudhon* (1809-1865): socialista utópico francés que ideó una sociedad basada en el cambio entre productores independientes. Consideraba al Estado menos importante que los talleres que, según él, lo reemplazarían. Autor de *Filosofía de la miseria*, trabajo con el que polemiza Marx en *Miseria de la Filosofía*. *Franz Oppenheimer* (1864-1943): sociólogo y socialista alemán. *Friedrich Albert Fange* (1828-1875): filósofo neokantiano y social-reformista alemán. *Immanuel Kant* (1724-1804): filósofo idealista alemán. *Dr. Joseph Ritter von Neupauer*; economista burgués alemán cuyos planteos recomendaba Bernstein. *Julius Wolff* (1862-?): economista burgués alemán. <<

[40] *Lujo Brentano* (1844-1931): economista alemán, era uno de los «socialistas profesorales» que abogaban por la

«tregua de clases». Suponían que las contradicciones del capitalismo se superarían sin lucha de clases a través de sindicatos reformistas que permitieran a los capitalistas y obreros conciliar sus diferencias. *Jean-Baptiste Say* (1767-1832): economista burgués francés, popularizó a Adam Smith. Su ley era la tesis de que todo acto de producción creaba el poder de compra necesario para adquirir el producto. <<

[41] *Max Shippel* (1859-1928): revisionista de derecha en la socialdemocracia alemana; defendía el expansionismo, la política agresiva y el imperialismo alemanes. <<

[42] Ver Marx-Engels: *Obras Escogidas*, tomo 4, pág. 291. Buenos Aires, Editorial Ciencias del Hombre, 1973. <<

[43] *Alfred Dreyfus* (1859-1935): figura central del gran juicio político del siglo XIX. Oficial judío del Estado Mayor francés, fue acusado falsamente en 1894 de vender secretos militares a Alemania; el juicio dividió a Francia en dos bandos: monárquico antisemita y clerical contra republicano, izquierdista y anticlerical. Liberado de la cárcel en 1899 y reivindicado plenamente en 1906. <<

[44] *Pierre Waldeck-Rousseau* (1846-1904): republicano francés; como premier eligió ministros de izquierda (Millerand) y de derecha. Renunció en 1902. <<

[45] *Alexandre Millerand* (1859-1943): socialista francés que integró el gabinete de Waldeck-Rousseau. Fue la primera vez que un socialista integró un gobierno burgués. Expulsado del partido, formó el Partido Socialista Independiente. Presidente de la República Francesa de 1920 a 1924. *Jean Jaurés* (1859-1914): máximo dirigente del socialismo francés. Fundó el periódico *L'Humanité* en 1890. Después del asunto Dreyfus formó un bloque de socialistas y liberales para apoyar a Millerand en el gobierno burgués. Fuerte adversario del militarismo y la guerra, fue asesinado el 31 de julio de 1914. Su asesino fue absuelto por patriota. *Aristide Briand* (1862-1932): once veces premier de Francia. Socialista al comienzo, fue expulsado del PS en 1906 por aceptar un cargo en el gabinete capitalista y encabezó el gabinete durante la guerra (1815-1817). Delegado a la Liga de las Naciones. *Rene Viviani* (1853-1925): político francés. Expulsado del PS en 1906, cuando entró en el gabinete de Clemenceau. Llamó a la santa unión y fue premier del gabinete de defensa nacional durante la guerra. En 1915 cayó su gabinete, y pasó a ser ministro de justicia. <<

[46] *Emilio Zola* (1840-1902): novelista francés, fundador de la escuela naturalista. Cumplió un destacado papel en la denuncia de los juicios contra Dreyfus en su libro ¡*Yo acuso! Georges Clemenceau* (1841-1929): médico, periodista y político francés. Socialista en su juventud, luego dirigente burgués. Premier en 1906-1909 y 1917-1919. <<

[47] *Mes Guesde* (1845-1922): comunero, fundador del Partido Marxista Socialista de Francia y dirigente del ala marxista del Partido Social Demócrata Unificado. Se hizo socialpatriota cuando se declaró la Primera Guerra Mundial y entró a la coalición gubernamental. *Edouard Vaillant* (1840-1915): socialista francés, se destacó en la Comuna de París. Fue amigo y discípulo de Blanqui. Uno de los organizadores, en 1905, del Partido Socialista Unificado y miembro del Buró Socialista Internacional de la Segunda Internacional. Activo antimilitarista antes de la guerra, se hizo socialpatriota al estallar ésta. <<

[48] *Kart Grün* (1817-1887): predicador del socialismo «verdadero», tendencia reaccionaria que floreció en Alemania en la década del 40 entre la *intelligentsia* pequeñoburguesa. Sustituían la prédica del socialismo por la del amor y la hermandad, y negaban la necesidad de la revolución democrático-burguesa. <<

[49] *Claude Henri Saint-Simón* (1760-1825): socialista utópico francés. <<

[50] *George Bernard Shaw* (1858-1950): dramaturgo irlandés; socialista fabiano; escribió *Hombre y superhombre, Pigmalión, Santa Juana*, etcétera. <<

[51] *Henry Mayers Hyndman* (1842-1921): socialista inglés; uno de los fundadores, en 1884, de la Federación Social Demócrata. Fue expulsado en 1916 del Partido Socialista británico por apoyar la guerra. <<

[52] *Bolchevique* deriva de la palabra rusa que significa *mayoría*. En el congreso de 1903 del Partido Obrero Social Demócrata Ruso, celebrado en Londres, se produjo una ruptura en torno al tipo de organización revolucionaria que debía construirse. Lenin impuso sus posiciones por mayoría; desde entonces se conoció a su tendencia como bolcheviques. La otra fracción, dirigida por Martov (ver nota 33), quedó en minoría; de ahí su nombre de *mencheviques*. Los bolcheviques dirigieron la Revolución Rusa de octubre de 1917. Otros dirigentes mencheviques fueron Plejanov, Dan, Tseretelli, etcétera. <<

[53] *Leo Jogiches* (Tyszco) (1867-1919): dirigente de la socialdemocracia polaca; miembro fundador del Grupo Internacional y de la Liga Espartaco; arrestado y asesinado en 1919, un mes después del asesinato de Luxemburgo y Karl Liebknecht (revolucionario, hijo de W. Lieblnech, ver nota 2). <<

[54] *L. Martov* (Yuli Ossipovich Tsederbaum) (1873-1923): uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa; en sus años juveniles estuvo muy ligado a Lenin y luego fue dirigente del ala izquierda de los mencheviques. Se opuso a la Revolución de Octubre y emigró a Alemania en 1920. <<

[55] *Otto Bismarck* (1815-1898): estadista alemán reaccionario. Jefe del estado prusiano entre 1862 y 1871; canciller del Imperio Alemán entre 1871 y 1890. Organizó la unificación de Alemania en la Guerra de las Siete Semanas contra Austria, y en la Guerra Franco-Prusiana. Promulgó las leyes antisocialistas, también llamadas leyes de excepción, que estuvieron en vigor desde 1878 hasta 1890 y prohibían a las organizaciones y publicaciones hacer propaganda socialista. A los socialdemócratas sólo les permitían la actividad parlamentaria. <<

[56] Muchos socialistas rusos actuaban en Europa occidental, donde se habían exiliado para escapar a la opresión

zarista. Otros habían sido enviados por el gobierno a Siberia o Asia Central, donde gozaban de ciertas libertades

políticas. *(N. del E. norteamericano.)*. <<

[57] *Jacobinos*; miembros del Club Jacobino, la fracción de izquierda más radicalizada de la Revolución Francesa; gobernó desde la caída de la Gironda hasta el Termidor y la ejecución de Robespierre y otros en julio de 1973. <<

[58] *Narodniki* (populistas): organización de intelectuales rusos del siglo XIX que luchaba por la liberación campesina. Utilizaba tácticas conspirativas y terroristas. <<

[59] *León Tolstoi* (1828-1910): novelista ruso, autor de *La guerra y la paz*, *Ana Karenina*, etcétera. <<

[60] *Viejos creyentes*: también llamados *raskolnik*, (cismáticos). Secta religiosa que consideraba que la revisión de textos bíblicos y las reformas litúrgicas realizadas por la Iglesia Ortodoxa rusa eran contrarios a la verdadera fe. Fueron perseguidos durante el zarismo. <<

[61] *La Primera Internacional* o Asociación Internacional de los Trabajadores fue fundada en 1864 por Marx y Engels y se mantuvo hasta la derrota de la Comuna de París en 1871, cuando su centro se trasladó de Inglaterra a los Estados Unidos. Su último congreso se realizó en Filadelfia en 1876. <<

[62] La de 1905. *N. del E.*. <<

[63] *Mijail Bakunin* (1814-1876): contemporáneo y adversario de Marx en la Primera Internacional. Fundador del movimiento anarquista. <<

[64] *Cartismo*: gran movimiento de las masas británicas, que comenzó en 1838 y se prolongó hasta comienzos de la década de 1850. Fue una lucha por la democracia política y la igualdad social que alcanzó proporciones casi revolucionarias, centrada en un programa (la Carta) de sufragio universal y otras reformas políticas democráticas formulado por la London Workingmen's Association (Asociación de los Trabajadores de Londres). <<

[65] Ver de Friedrich Engels «Los bakuninistas en acción» en Karl Marx y Engels *La revolución española*, Moscú, Lenguas Extranjeras, pp. 196-197. <<

[66] Tomado del drama de Schiller *Los bandidos*. <<

[67] *Kurt Eisner* (1867-1919): editor y socialista alemán, miembro del PSDU. Primer ministro de Bavaria en 1918, fue asesinado por un oficial del ejército. <<

[68] *Bomelburg* (1862-1912): sindicalista alemán del gremio de la construcción. En 1906, en el Congreso sindical de Colonia, estuvo en contra de la táctica de huelga política de masas. <<

[69] Un gran ruido (*N. del T.*). <<

[70] *Tuttkammer* (1828-1900): Ministro del Interior de Alemania de 1881 a 1888. <<

[71] *Sergei Vasilievich Zubatov* (1864-1917): revolucionario ruso que se convirtió en agente policial y en 1880 llegó a ser jefe de la Ojrana (policía política secreta zarista). Actualizó los métodos de la policía rusa introduciendo la dactiloscopia, la fotografía, etcétera. Inspirador del «socialismo policial», u organización preventiva de los obreros auspiciada por la policía. Fue despedido cuando algunas de esas «sociedades» se le fueron de las manos y se convirtieron en núcleo de un movimiento huelguístico. Reincorporado en 1905, se suicidó luego de la Revolución de Febrero de 1917. <<

[72] *Padre Gapón* (1870-1906): sacerdote ruso que organizó la manifestación del 9 de enero de 1905 en San Petersburgo, conocida como el «domingo sangriento». Estaba en acuerdos con la policía de Zubatov. <<

[73] *Zemstvos*: asambleas rurales de la Rusia zarista a fines del siglo pasado y principios de éste. Contaba con poderes muy limitados, cumpliendo sólo funciones económicas y culturales. <<

[74] *La Duma de Buligin* fue un cuerpo parlamentario puramente consultivo creado en Rusia bajo la presión de la revolución de 1905. Electa por un sufragio muy restringido, el zar se reservaba el derecho de convocarla o disolverla a voluntad. La convocó el Ministro del Interior designado en febrero de ese año, Buligin (1851-1906). <<

[75] *Martin Kasprzack* (1860-1905): revolucionario polaco, amigo y mentor de Rosa Luxemburgo. Militó junto al PSD alemán. Pasó la mayor parte de su vida en prisión y murió en la horca. <<

[76] Puesto que se suele negar la existencia de semejante tendencia en la socialdemocracia alemana, no podemos menos que agradecer a la corriente oportunista por la sinceridad con que ha formulado sus verdaderos deseos y objetivos. En un mitin partidario celebrado en Mayence el 10 de setiembre de 1909 se aprobó la siguiente resolución, propuesta por el doctor David:

«Considerando que el Partido Social Demócrata interpreta el término "revolución", no en el sentido de un vuelco violento sino en el de un proceso pacífico, es decir, de realización gradual de un nuevo principio económico, el mitin público del partido en Mayence repudia todo tipo de "romanticismo revolucionario". Para este mitin, la conquista del poder político no es sino ganar a la mayoría del pueblo para las ideas y consignas de la socialdemocracia, conquista que no puede realizarse por medio de la violencia sino revolucionando la mente mediante la propaganda intelectual y la obra reformista práctica en todas las esferas de la vida política, económica y social. Con la convicción de que la socialdemocracia florece mejor cuando emplea métodos legales que cuando confía en medios ilegales y revolucionarios, este mitin, repudia la "*acción directa de las masas*" como principio táctico y adhiere al principio de "acción reformista parlamentaria", es decir, que desea que el partido haga todos los esfuerzos en el futuro, como lo hizo en el pasado, por *lograr sus objetivos mediante la legislación y la organización gradual* Para llevar adelante este método de lucha reformista, es indispensable que la *participación de las masas populares desposeídas en la legislación* del imperio y de los distintos estados no disminuya sino que *se incremente al máximo*. Por esta razón, este mitin declara que la clase obrera posee el derecho inalienable de dejar de trabajar durante un periodo más o menos prolongado para defenderse de todo ataque contra sus derechos legales y para obtener nuevos derechos, cuando no queden otros recursos. Pero puesto que la huelga política de masas sólo puede realizarse victoriosamente cuando se la mantiene dentro de los *cánones estrictamente legales* y cuando los huelguistas no le dan a las autoridades ninguna excusa para recurrir a la fuerza armada, este mitin

ve la única preparación necesaria y verdadera para el ejercicio de este método de lucha en la mayor extensión de las organizaciones políticas, sindicales y cooperativistas. Porque sólo así pueden crearse entre las grandes masas populares las condiciones que garanticen la continuación de una huelga de masas hasta obtener el triunfo: disciplina consciente y apoyo económico adecuado». [R. L.] <<

[77] *Werner Sombart* (1863-1941): economista y sociólogo alemán. En sus primeros trabajos estaba influido por el marxismo, pero luego se convirtió en su enemigo frontal. <<

[78] Paul Levi (1883-1930): socialdemócrata alemán. Conocido abogado defensor, amigo de Rosa Luxemburgo; miembro de la Liga Espartaco y luego del Partido Comunista Alemán. En 1922 rompió con el PC y volvió al PSD. <<

[79] Wilhelm Georg F. Roscher (1817-1894): economista alemán, fundador de la escuela histórica de la economía política. <<

[80] Gustav Schmoller (1838-1917): economista e historiador, fundó escuelas de historia social y económica en Alemania. <<

[81] Jerome-Adolphe Blanqui (1798-1854); economista burgués francés, hermano del revolucionario Auguste Blanqui. <<

[82] Louis Auguste Blanqui (1805-1881): socialista revolucionario francés cuyo nombre ha quedado ligado a la teoría de la insurrección armada por grupos pequeños de hombres seleccionados y entrenados, en oposición a la concepción marxista de la insurrección de masas. Participó en la revolución francesa de 1830, organizó la insurrección fallida en 1839 y fue encarcelado. Fue liberado por la revolución de 1848 y nuevamente encarcelado luego de su derrota. Volvió a prisión en vísperas de la Comuna de París. Por su quebrantada salud, luego de 35 años de prisión, fue perdonado en 1979. Ese mismo año los obreros de Burdeos lo votaron para la Cámara de Diputados, pero el gobierno impugnó la elección. La Comuna de París fue la primera dictadura del proletariado de la historia. Finalizada la Guerra Franco-Prusiana, los trabajadores de París, dirigidos por las organizaciones obreras, crearon su propio gobierno y resistieron los primeros intentos del gobierno burgués de Versalles de desarmarlo. La Comuna resistió los ataques del ejército de Versalles desde el 18 de marzo al 21 de mayo de 1871. Cayó después de una cruenta batalla en la que murieron 30 000 comuneros. <<

[83] Eugen Karl Dühring (1833-1921): economista pequeñoburgués alemán. Hoy se lo recuerda principalmente por la crítica que hizo Federico Engels a sus posiciones en el Anti-Dühring. <<

[84] Ferdinand Lassalle (1825-1864): socialista alemán, fundador de la Unión General de Obreros Alemanes en 1863, que más tarde se fusionó con el partido de Marx para formar el PSD. <<

[85] Thomas Robert Malthus (1766-1834): clérigo y economista inglés que predijo que la población mundial superaría la cantidad de alimentos disponibles. <<

[86] Charles Darwin (1809-1882): gran biólogo inglés. Formuló la teoría evolutiva de la biología. Autor de El origen de las especies. Eduard David (1863-1930): miembro del ala derecha de la socialdemocracia alemana; revisionista. Apoyó la guerra imperialista. Ministro sin cartera en 1919-1920. Primer presidente de la Asamblea Nacional en 1919. <<

[87] Alfred Krupp (1812-1887): gran empresario alemán, fabricante de municiones y magnate del acero. Principal empresario de Alemania en el momento de crearse el Imperio Germano. <<

[88] Karl Bucher (1847-1930): economista burgués alemán, representante de la escuela «histórica» de la filosofía política. <<

[89] Adam Smith (1723-1790): economista inglés, máximo representante de la escuela «clásica», autor de La riqueza de las naciones. <<

[90] David Ricardo (1772-1823): representante inglés de la escuela clásica de la economía política. <<

[91] Heinrich Friederich Karl barón von Stein (1757-1831): estadista y reformador prusiano. Funcionario del zar hasta la victoria de la coalición antinapoleónica. Inició la emancipación de los siervos y muchas otras reformas en la administración y gobierno locales de Prusia. Karl A. Furts von Hardenburg (1750-1822): ministro prusiano que abolió la servidumbre y reformó el Ejército y la educación, completando la obra de Stein y Scharnhorst. Gerhard Johann David von Scharnhorst (1755-1813): general que reorganizó el ejército prusiano luego de la paz de Tilsit, en 1807. <<

[92] François Noel Babeuf (Cayo Graco) (1760-1797): antecesor del socialismo francés. Dirigente de la llamada Conspiración de los Iguales en plena época de la reacción termidoriana durante la Revolución Francesa. Murió en la guillotina. <<

[93] Claude Henri Saint-Simón (1760-1825): socialista utópico francés. François Marie Charles Fourier (1772-1837): socialista utópico y crítico del capitalismo francés. <<

[94] Robert Owen (1771-1858): empresario inglés, socialista utópico. Intentó una experiencia cooperativa en sus empresas. <<

[95] Wilhelm Wietling (1808-1871): primer escritor alemán proletario, colaborador de Blanqui. Socialista utópico igualitario. <<

[96] Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865): socialista utópico francés que ideó una sociedad basada en el cambio entre productores independientes. Consideraba al Estado menos importante que los talleres que, según él, lo reemplazarían. Autor de Filosofía de la miseria, trabajo con el que polemizó Marx en su Miseria de la filosofía. Louis Blanc (1811-1862): socialista francés. Participó en el gobierno instaurado por la revolución de febrero de 1848. Adversario de la Comuna de París. <<

[97] Cartismo: gran movimiento de las masas inglesas que comenzó en 1838 y culminó a mediados de la década de 1850. Luchaba por la democracia política y la igualdad social. Asumió proporciones casi revolucionarias. Su eje era un programa (Carta) por el sufragio universal y otras reformas políticas democráticas, elaborado por la Asociación Obrera Londinense. <<

[98] Luis Felipe (1773-1850): rey de Francia, entronizado por la revolución de julio de 1830 y derrocado por la de febrero de 1848. <<

[99] François Quesnay (1694-1744): fisiócrata francés, el primero en intentar una descripción sistemática de la estructura económica capitalista en su Tableau économique (1758). Pierre le Pesant, Sieur de Boisguillebert (1646-1714): economista francés de la escuela clásica de la economía política burguesa. <<

[100] Karl Kautsky (1854-1938): dirigente socialdemócrata alemán. Principal teórico de la Segunda Internacional (ver nota 29), pacifista centrista durante la guerra. Adversario violento del bolchevismo y del gobierno soviético. <<

[101] La Entente, o alianza entre Francia, Inglaterra, Rusia y Servia, entró en guerra con Austria-Hungría y Alemania en agosto de 1914, comenzando así la Primera Guerra Mundial. <<

[102] Sir Edward Grey (1862-1933): estadista inglés. <<

[103] Georg Ledebour (1850-0000): socialdemócrata alemán, colaborador de Bebel y Haase (ver notas 36 y 132). Se opuso a la guerra y firmó el Manifiesto de Zimmerwald (ver nota 31). Miembro del PSDU. <<

[104] Conde Alfred von Waldersee (1832-1904) Mariscal de campo alemán. <<

[105] Reichstag: el parlamento de Alemania. <<

[106] A diferencia del carácter revolucionario y centralizado de la Primera Internacional y de la Tercera en sus cuatro primeros congresos leninistas (ver notas 45 y 150), la Segunda Internacional era una asociación laxa de partidos socialistas nacionales de todo tipo. En el congreso de 1904 (en Amsterdam) se denunciaron el revisionismo de Bernstein (n. 146) y el ministerialismo de Millerand y Jaurés (ns. 152 y 39), pero la teoría y la práctica del reformismo la fueron copando y en 1914 la mayoría de sus secciones votaron el apoyo a sus respectivos gobiernos durante la guerra. Fue reflotada después de la Primera Guerra Mundial y sigue existiendo nominalmente. Algunos de sus partidos encabezan gobiernos capitalistas, como en Alemania, el Laborismo en Inglaterra y el Mapam en Israel. <<

[107] Karl Liebknecht (1871-1919): hijo de Wilhelm Liebknecht (n. 43) y desde su juventud militante del ala izquierda del PSD. Sentenciado en 1907 por alta traición por su libro Militarismo y antimilitarismo. Fue el primero que votó contra el presupuesto de guerra en el Reichstag en 1914. Encarcelado por su actividad antibélica en 1916-1918. Dirigente del Grupo Internacional y la Liga Espartaco. Arrestado y asesinado junto con Rosa Luxemburgo en 1919. Franz Mehring (1846-1919): estudioso e historiador alemán, biógrafo de Marx. Socialdemócrata de izquierda, dirigente del Grupo Internacional y la Liga Espartaco. Clara Zetkin (1857-1937): compañera de Rosa Luxemburgo en la socialdemocracia alemana antes de la guerra. Editora del periódico femenino del partido. Fundadora, teórica y activista del movimiento feminista. Miembro fundador de la Liga Espartaco. Destacada militante del Partido Comunista Alemán y de la Internacional Comunista. <<

[108] En Zimmerwald, Suiza, se reunieron en setiembre de 1915 las corrientes y partidos intemacionalistas que se oponían a la guerra. La mayoría eran pacifistas, y el ala izquierda, liderada por Lenin, formaba una pequeña minoría. <<

[109] O. Landsberg: socialdemócrata alemán. Miembro del gabinete de Ebert en 1918 (ver nota 124). <<

[110] Se refiere a los rumores oficiales y semioficiales que circulaban a principios de agosto para justificar la declaración de guerra: que las tropas rusas habían penetrado en Alemania, que los ejércitos franceses habían bombardeado Nuremberg, que un médico francés había envenenado los pozos en Montsigny, que dos franceses habían sido muertos al intentar volar un túnel ferroviario. «Aire de Kishinev» simboliza una atmósfera de pogromo. *[N. ed. norteamericana]*. <<

[111] Citado de Federico Engels, prólogo a Las luchas de clases en Francia, Carlos Marx, Buenos Aires, Polémica, p. 33. <<

[112] Carlos Marx, op. cit., p. 142. <<

[113] Götterdämmerung: literalmente ocaso de los dioses. Título de la cuarta y última ópera de la tetralogía El anillo de los Nibelungos de Wagner; simboliza un estado de decadencia y disolución acompañado de tremenda violencia y caos. <<

[114] Auguste Bebel (1840-1913): uno de los fundadores y dirigentes del Partido Social Demócrata Alemán y la Segunda Internacional. Fue sentenciado a prisión junto con W. Liebknecht por traición (ver nota 43). Autor de La mujer y el socialismo. Adversario de las tendencias revisionistas. <<

[115] En julio de 1911 el crucero de guerra alemán *Panther* salió rumbo a Agadir, en Marruecos, para «proteger los intereses alemanes», es decir, para conseguir minas de hierro para las fábricas de acero Mannesmann. La guerra estuvo a punto de estallar entre Francia y Alemania, pero ante la amenaza de intervención británica, Alemania se retiró. En el Tratado de Berlín, noviembre de 1911 Alemania recibió una parte del Camerún, y abandonó sus pretensiones en Marruecos. [N. *ed. Norteamericana*]. <<

[116] El Congreso de Paz de Basilea, Suiza, se reunió en la Catedral de esa ciudad el 24 y 25 de noviembre de 1912. La causa inmediata era el temor de una guerra europea, puesto que Montenegro le había declarado la guerra a Turquía en octubre, provocando un problema en los Balcanes. Fue ésta la última reunión general de la Segunda Internacional antes de la guerra, y su importancia reside en que por primera vez una conferencia de paz socialista reconoció que había pasado la época de las guerras nacionales en Europa y de ahí en más todas las guerras serían imperialistas. [N. *ed. norteamericana*]. <<

[117] Víctor Adler (1852-1918): fundador y dirigente de la socialdemocracia austríaca, miembro de la dirección de la Segunda Internacional. Defensista durante la guerra. <<

[118] Píeter Jelles Troelstra (1860-1932): dirigente de la socialdemocracia holandesa; miembro de la dirección de la Segunda Internacional; defensista durante la guerra. <<

[119] El Buró Socialista Internacional, creado en 1900, era el centro de la Segunda Internacional. Su sede estaba en Bruselas. <<

[120] Jean Jaurés (1859-1914): máximo dirigente del socialismo francés. Fundó el periódico L'Humanité en 1890. Después del caso Dreyfus (ver nota 104), Jaurés formó un bloque de socialistas y radicales para apoyar a Millerand (ver nota 152 y tomo I de este libro) en el gobierno burgués. Gran adversario del militarismo y la guerra. Asesinado el 31 de julio de 1914, el asesino fue absuelto por patriota. <<

[121] La Revolución Rusa de 1905 surgió del descontento creado por la guerra ruso-japonesa y el despotismo zarista. Comenzó en enero con la masacre de una manifestación pacífica, el «Domingo sangriento», y desató una oleada de huelgas que culminaron en la formación de un comienzo de poder dual en los soviets (el más importante el de Petersburgo). Fue aplastada en diciembre del mismo año. <<

[122] Kultur: se refiere a la cultura nacional alemana. <<

[123] Wilhelm Liebknecht (1826-1900): participó en la Revolución Alemana de 1848. Fue al exilio en Inglaterra donde se hizo discípulo de Marx y Engels. Volvió a Alemania luego de la amnistía de 1860 y construyó un partido marxista que se unió al de Lassalle para constituir el PSD. Encarcelado en 1872. Defendió la ortodoxia marxista contra el revisionismo. <<

[124] Se refiere a Napoleón III (Luis Bonaparte) (1808-1873), sobrino de Napoleón I y emperador de 1852 a 1870. <<

[125] Asociación Internacional de Trabajadores (Primera Internacional): fundada por Marx y Engels en 1864. Después de la denota de la Comuna de París (1871) su centro se trasladó a EE. UU. El último congreso se celebró en 1876. <<

[126] Theobold von Bethmann-Hollweg (1865-1921): Canciller del Imperio Alemán en 1909-1917. <<

[127] Francisco Femando (1863-1914): Archiduque de Austria heredero del trono de los Habsburgo. Fue asesinado con su esposa Sofía en Sarajevo, Austria, por un nacionalista servio. El asesinato sirvió de pretexto para el ultimátum de Austria a Servia y la declaración de guerra, el 27 de julio de 1914. <<

[128] Conde Leopold Berchtold (1863-1942): terrateniente, empresario, el hombre más rico de Austria. Diplomático, embajador en Rusia en 1906-1911. Ministro de relaciones exteriores en 1912-1915. <<

[129] Ballplatz: cancillería alemana, dominada por aristócratas militaristas. <<

[130] Otto von Bismarck (1815-1898): estadista prusiano y alemán reaccionario. Jefe del estado prusiano en 1862-1871, canciller del Imperio Alemán en 1871-1890. Organizó la unificación de Alemania en la Guerra de las Siete Semanas contra Austria, y en la Guerra Franco-Prusiana. Promulgó las leyes antisocialistas. <<

[131] Ignaz Auer (1846-1907): socialdemócrata bávaro. Secretario de la social-democracia desde 1875. Reformista. <<

[132] Centro: partido católico alemán. Ocupaba las bancas centrales en la Cámara del Reichstag. Maniobraba entre el oficialismo y la izquierda. <<

[133] Junkers: aristocracia terrateniente prusiana. Sus posiciones eran extremadamente militaristas y antidemocráticas. <<

[134] Príncipe Bernhard von Bülow (1849-1929): secretario de relaciones exteriores de Alemania en 1897, canciller en 1900-1909, embajador en Italia en 1914. <<

[135] Ernst von Wrangel (1784-1877): general prusiano, el verdadero poder detrás del trono. <<

[136] Edwin von Manteuffel (1809-1885): mariscal prusiano, secretario de interior en 1849. Comandante militar en la Guerra de las Siete Semanas contra Austria y en la Franco-Prusiana de 1871. Dirigió la ocupación de Francia en 1871-1873, y fue gobernador militar en Alsacia-Lorena en 1879-1885. <<

[137] Paul von Hindenburg (1847-1934): militarista prusiano que luchó contra Francia en 1870-1871. Comandante en jefe de las fuerzas alemanas en la Primera Guerra Mundial, luego presidente de la República de Weimar. Los socialdemócratas lo apoyaron como «mal menor» frente a Hitler. Nombró a Hitler canciller en enero de 1933. <<

[138] Paz Civil: en la Edad Media, estado de cesación de toda lucha interna ante la amenaza de un peligro exterior. <<

[139] Landtag: Parlamentos provinciales alemanes. <<

[140] Marx, Las luchas…, pp. 54-55 y 56. <<

[141] Johan Jacobi (1805-1877): periodista y político alemán, dirigió a la izquierda prusiana contra Bismarck. Socialdemócrata a partir de 1872. <<

[142] Paul Rohrbach (1869-0000): periodista alemán, comentarista oficioso de asuntos militares. <<

[143] Friedrich von Bernhard (1849-1930): general de la caballería prusiana, autor de un libro en que exalta el pangermanismo y la gloria de la guerra. <<

[144] Jules Favre (1809-1880): político francés, miembro del gobierno provisional luego de la revolución de 1848. Dirigente de la Oposición Republicana bajo Luis Napoleón. Reprimió la Comuna de París. <<

[145] Louis-Adolphe Thiers (1797-1877): político e historiador francés. Primer ministro en 1836-1840, presidente en 1871-1873. Aplastó la Comuna. <<

[146] Sansculottes: en francés significa sin calzones. Los que no usaban los pantalones hasta la rodilla (culottes) de los caballeros sino los largos de las clases bajas. Las masas que hicieron la Revolución Francesa. <<

[147] Programa de Erfurt: elaborado por Karl Kautsky y aprobado en el congreso socialdemócrata de Erfurt, en 1891, en reemplazo del de Gotha. Introduce el concepto de «programa mínimo», realizable en el marco del capitalismo, y «programa máximo», con objetivos socialistas más lejanos. No menciona la dictadura del proletariado, y más adelante quedó claro el pleno significado de esta omisión. <<

[148] León Tolstoi (1828-1910): importante novelista ruso, autor de La guerra y la paz, Ana Karenina, etcétera. <<

[149] Vladimir Galaktionovich Korolenko (1853-1921): novelista ruso. Sus obras más conocidas son El sueño de Makar, El músico ciego, El murmullo de la selva y La historia de mi contemporáneo. <<

[150] Andrei Siniavski y Yuli Daniel son escritores soviéticos disidentes contemporáneos, cuyas obras les costaron el arresto en setiembre de 1965 y un sonado juicio en febrero de 1966 que conmovió a la opinión pública mundial. Ambos defendían los derechos democráticos dentro del socialismo en la URSS, y escribían en publicaciones clandestinas (Samizdat). Alexander Solzenitsin tuvo una trayectoria diferente, ya que terminó por convertirse en anticomunista y exilarse al mundo capitalista, donde sus libros tienen gran éxito. Para más datos sobre los escritos disidentes soviéticos ver Samizdat (voces de la oposición soviética), Bs. As., Pluma, 1975. <<

[151] Feodor Mijailovich Dostoievski (1821-1881): novelista ruso, autor de Crimen y castigo, El idiota, Los hermanos Karamazov, etcétera. <<

[152] Dante Alighieri (1265-1321): el máximo poeta italiano, autor de La Divina Comedia, viaje alegórico por

el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso. François Rabelais (1494-1553): escritor satírico francés, autor de Gargantúa y Pantagruel. William Shakespeare (1564-1616): considerado el padre de la literatura inglesa. Dramaturgo. Reflejó en sus obras (Hamlet, Macbeth, Sueño de una noche de verano, etcétera) los conflictos que agitaban su época. Lord George Gordon Byron (1788-1824): poeta romántico inglés, partidario de las causas revolucionarias. Gotthold Lessing (1729-1781): dramaturgo, periodista y filósofo del Siglo de las Luces alemán. Luchó por la libertad de pensamiento. Johann Wolfgang von Goethe (1797-1832): poeta y dramaturgo, el más grande escritor alemán. Autor de Fausto, El joven Werther, etcétera. <<

[153] Nicolai Gogol (1809-1852): escritor ruso, llamado el padre del realismo ruso. Escribió Taras Bulba, El inspector, etcétera. <<

[154] Alexander Pushkin (1799-1837): poeta ruso, que participó en la insurrección decembrista (1828). Autor de Boris Godunov, Eugenio Oneguin, etcétera. Mijail Lermontov (1814-1841): poeta y novelista revolucionario ruso, autor de El héroe de nuestro tiempo, El demonio, etcétera. <<

[155] Kondrati Rileiev (1795-1826): poeta lírico ruso. Decembrista. <<

[156] Vissarion Belinski (1811-1848): crítico literario y filósofo ruso. Demócrata revolucionario, sus escritos fueron el punto de partida de la crítica literaria rusa. Los marxistas lo consideran el precursor intelectual del pensamiento socialista ruso. <<

[157] Nicolai Dobroliubov (1836-1861): periodista / crítico ruso, considerado precursor de la militancia revolucionaria. <<

[158] Alexander Griboiedov (1795-1829): estadista y poeta ruso, autor de Gore et Uma (La tristeza y el humor). <<

[159] Vsevolod Mijailovich Garshin (1855-1888): escritor ruso. <<

[160] Antón Chejov (1860-1905): gran dramaturgo y cuentista ruso. Sus obras más conocidas son La gaviota, El tío Vania, La dama del perrito. <<

[161] Nicolai Novikov (1744-1818): periodista ruso que satirizaba la servidumbre, las influencias extranjeras y otros aspectos de la vida social rusa. Alexander Bestuzev (1797-1837): poeta ruso, autor de muchas novelas basadas en la vida en el Cáucaso. Dirigente del grupo decembrista. Alexander von Herzen (1812-1870): escritor político ruso. Después de cumplir varias condenas en Siberia, pasó al exilio en Francia e Inglaterra, donde publicó el periódico revolucionario Kolokol (La Campana), que entraba clandestinamente en Rusia y ejercía gran influencia entre los intelectuales. Padre de la teoría narodnik (populista). Nicolai Chernichevski (18281 889): escritor y crítico ruso. Su novela. ¿Qué hacer? tuvo gran influencia en el movimiento populista. Taras Shevchenko (1814-1861): poeta nacionalista revolucionario ucraniano. <<

[162] Ivan Turgueniev (1818-1883): novelista ruso. Autor de Padres e hijos, Relatos de un cazador, Tierra Virgen, etcétera. <<

[163] Goncharov (1812-1891): novelista ruso. Sus obras más conocidas son Oblomov y Una historia vulgar. <<

[164] Máximo Gorki (1868-1939): cuentista realista ruso. Socialdemócrata simpatizante de los bolcheviques. En 1917 adversario de la Revolución de Octubre, pero luego le dio apoyo crítico. Dejó de criticar públicamente a Stalin en los años treinta. Leónidas Andreiev (1871-1919): novelista, dramaturgo y cuentista ruso, famoso por su pesimismo extremo. Sus obras más conocidas son La risa roja y Los siete ahorcados. Patriota durante la Primera Guerra Mundial. Se exiló después de la revolución y llamó a la intervención armada en Rusia. <<

[165] Charles Baudelaire (1821-1867): poeta francés, dirigente del grupo literario de los Decadentes. Su obra más conocida es Las flores del mal. Gabriele D'Annunzio (1863-1938): poeta y dramaturgo italiano. Aviador durante la guerra de 1914. Cuando el Tratado de Versalles no le dio Fiume a Italia, encabezó un asalto armado a la ciudad y la proclamó estado independiente. <<

[166] Vincenzo Monti (1754-1828): poeta italiano. <<

[167] Charles Saint-Beuve (1804-1869): historiador y crítico literario francés, el primero en romper con los dogmas clásicos y promover el movimiento romántico. <<

[168] Frank Wedekind (1864-1918): dramaturgo y poeta alemán, autor de El espíritu de la tierra, La caja de Pandora, etcétera. <<

[169] Mijail Saltikov (firmaba N. Schedrin) (1826-1889): escritor ruso, autor de Contradicciones, etcétera. <<

[170] Gleb Ivanovich Uspenski (1840-1902): novelista ruso que describió la vida campesina. <<

[171] Charles Dickens (1812-1870): novelista inglés. La mayor parte de sus obras describía la miseria y la vida de los sectores marginados. Autor de David Copperfield, Oliver Twist, Aventuras de Pickwick, etcétera. <<

[172] Emilio Zola (1840-1902): novelista francés, fundador de la escuela naturalista. Cumplió un destacado papel en la denuncia del juicio contra Dreyfus en su libro ¡Yo acuso! <<

[173] Ulrich von Hutten (1488-1523): humanista y poeta alemán, teórico de la reforma nobiliaria del imperio mediante la supresión de los príncipes y la secularización de los bienes de la Iglesia. <<

[174] Heinrich Heine (1797-1856): poeta lírico revolucionario alemán. Casi toda su vida transcurrió en el exilio en Francia. Amigo de Marx y Engels. <<

[175] Johann Fischart (Mentzer) (1546-1590): poeta satírico alemán. <<

[176] Gottlieb Rabener (1714-1771): escritor satírico alemán, que se burlaba principalmente de la clase media. <<

[177] Bernard Mandeville (1670-1733): filósofo y satírico inglés, cuya obra más importante, La fábula de las abejas, es una sátira en verso donde sostiene que el bienestar social depende de los esfuerzos individuales de superación. Jonathan Swift (1667-1745): escritor satírico inglés, conocido sobre todo por Los viajes de Gulliver, una feroz sátira social. Laurence Sterne (1713-1768): novelista inglés, autor de Vida y opiniones de Tristram Shandy y Un viaje sentimental. Sir Philip Francis (1740-1818): funcionario de gobierno y escritor inglés. Se le atribuyen las Cartas Junius (1768-1772), atacando al gabinete inglés. <<

[178] John Wilson Croker (1780-1857): ensayista y editor británico. <<

[179] Oscar Wilde (1854-1900): dramaturgo y poeta irlandés, autor de El retrato de Dorian Gray, La importancia de llamarse Ernesto y La balada de la Cárcel de Reading. Se declaraba socialista y escribió varios ensayos sobre el tema (El espíritu del hombre bajo el socialismo). Fue encarcelado por homosexual en 1895, lo que constituyó uno de los grandes escándalos de su época. George Bernard Shaw (1856-1950): dramaturgo irlandés. Socialista fabiano. Escribió Hombre y superhombre, Pigmalion, Santa Juana, etcétera. John Galsworthy (1867-1933): dramaturgo y novelista inglés, autor de The Forsyte Saga. <<

[180] Víctor Krilov (1838-1906): dramaturgo ruso. Nicolai Nekrasov (1821-1877): poeta y periodista ruso, escribió. ¿Quién puede ser feliz y libre en Rusia?, Patria, etcétera. <<

[181] George Kennan (1845-1924): ingeniero estadounidense, experto en cuestiones siberianas. Sus escritos sobre los presos políticos y los deportados, sobre todo Siberia y el sistema de exilio (Nueva York, 1891), eran muy apreciados y citados por los adversarios del zarismo. <<

[182] Molière (Jean-Baptiste Poquelin) (1622-1673): gran dramaturgo satírico francés. Pierre Beaumarchais (1732-1799): dramaturgo francés, sus obras más conocidas son Las bodas de Fígaro y El barbero de Sevilla. <<

[183] Duma: organismo parlamentario del zarismo ruso, de carácter puramente consultivo. El zar podía convocarlo o disolverlo a voluntad. <<

[184] Alfred Dreyfus (1859-1935): figura central del gran juicio político del siglo XIX. Oficial judío del Estado Mayor francés, acusado falsamente de vender secretos militares a Alemania en 1894. El juicio dividió a Francia en dos bandos: monárquico antisemita clerical y republicano izquierdista anticlerical. Liberado de la cárcel en 1899 y rehabilitado plenamente en 1906. <<

[185] Vladimir Soloviev (1853-1900): filósofo religioso ruso, crítico y poeta. <<

[186] Friedrich Nietzsche (1844-1900): filósofo idealista alemán, autor de Así hablaba Zaratustra, El anticristo, etcétera. <<

[187] Narodnaia volia (Voluntad del pueblo), o narodnikis (populistas): organización de intelectuales rusos del siglo XIX que luchaba por la liberación campesina. Utilizaba tácticas conspirativas y terroristas. <<

[188] Ejército Blanco se llamaba a las fuerzas contrarrevolucionarias en Rusia después de la Revolución de Octubre. <<

[189] Friedrich Stampfer (1874-1917): uno de los principales dirigentes del PSD alemán y director de su diario, Vorwaerts. <<

[190] Cadetes (Partido Constitucional Demócrata): partido liberal burgués que postulaba en Rusia una monarquía constitucional. <<

[191] Pavel Nikolaievich Miliukov (1859-1943): dirigente del partido Cadete. Ministro de relaciones exteriores del gobierno provisional, marzo-mayo de 1917. Enemigo de la Revolución de Octubre, inició muchos intentos contrarrevolucionarios. <<

[192] Alexei Maximovich Kaledin (1861-1918): general zarista, comandante de los Cosacos del Don en 1917. Después de octubre inició la guerra civil contra los soviets. Derrotado por el Ejército Rojo y por las deserciones de su propio campo se suicidó. <<

[193] Pavel Axelrod (1850-1928): uno de los primeros dirigentes del Partido Socialdemócrata Ruso. Apoyó a los mencheviques. Feodor Dan (1871-1947) dirigente menchevique. Pacifista durante la guerra. Miembro del Soviet de Petrogrado en 1917. Adversario de la Revolución de Octubre. <<

[194] Philip Scheideman (1865-1937): dirigente socialdemócrata alemán del ala derecha. Apoyó la guerra. El kaiser lo nombró secretario de estado en 1918, pero no logró salvar a la monarquía. Ministro del gabinete de Ebert, aplastó la insurrección espartaquista. <<

[195] Diggers y Levelers (respectivamente «cavadores» y «niveladores»): los grupos más extremos en la guerra civil inglesa (1641-1649). <<

[196] Cavaliers (caballeros): los partidarios del rey Carlos. <<

[197] Iraklii Tseretelli (1882-1959): menchevique ruso. Apoyó la guerra. Fue ministro en marzo-agosto de 1917. Adversario de los bolcheviques, emigró en 1919. <<

[198] Jean Paul Marat (1743-1793): revolucionario francés del ala extrema. Murió asesinado. <<

[199] En francés en el original. [N. *del* T.]. <<

[200] Brest-Litovsk: aldea cercana a la frontera ruso-polaca donde se firmó el tratado de paz ruso-germano el 3 de marzo de 1918. <<

[201] Barón Cari von Mannerheim (1867-1951): responsable de la supresión de la República Obrera de Finlandia en 1918. En 1939 y 1941 dirigió el ejército finés contra Rusia. Presidente de Finlandia en 19441946. <<

[202] Woodrow Wilson (1856-1924): presidente de los EE. UU. en 1913-1921. <<

[203] Alexander Kerenski (1881-1972): socialrevolucionario ruso. Patriota durante la guerra. Vicepresidente del Soviet de Petrogrado, ocupó varios puestos ministeriales durante 1917. Primer ministro del gobierno provisional. Derrocado por la Revolución de Octubre, murió en el exilio en EE. UU. <<

[204] Heinrich Cunow (1862-1936): socialdemócrata y catedrático alemán, teórico del grupo de Scheideman. Antes de la guerra se consideraba marxista ortodoxo y luchó contra el revisionismo. Luego socialpatriota. Paul Lensch (1873-?): socialdemócrata alemán. Antes de la guerra pertenecía al ala izquierda, y su periódico publicaba trabajos de Rosa Luxemburgo, Mehring, etcétera. Cuando ésta estalló se volvió chovinista. Su evolución hacia la derecha prosiguió hasta ser publicista de Hugo Stinnes, empresario y magnate de la prensa alemana. Fue expulsado del PSD en 1922. Parvus (Alexander Helphand) (1869-1924): destacado teórico marxista antes de la guerra, llegó a conclusiones similares a la teoría de la revolución permanente de Trotsky. Éste rompió con él en 1914, cuando Parvus encabezó el ala guerrerista de la socialdemocracia alemana. En 1917 intentó en vano reconciliar al PSD alemán con los bolcheviques y luego a los socialistas independientes con la dirección Ebert-Noske. <<

[205] Príncipe Max von Baden (1867-1927): nombrado canciller de Alemania y derrocado diez días después por las movilizaciones obreras el 9 de noviembre de 1918. Friedrich Ebert (1870-1925): dirigente del bloque socialdemócrata alemán en el Reichstag, chovinista durante la guerra. Asumió el gobierno en 1918 para impedir la revolución y salvar a la monarquía. Luego fue premier del gobierno provisional y primer presidente de la república. <<

[206] César Beccaria (1735-1794): filósofo y criminologista italiano. Escribió Tratado sobre los delitos y las

penas, considerado un gran aporte al derecho penal. Emil Barth: militante del PSDU, entró al gobierno de Ebert en noviembre de 1918. Renunció en diciembre. Dirigió el Partido Comunista clandestino en 1921. Ernst Daurnig (1866-1922): socialdemócrata alemán, miembro del PSDU. Dirigió el Movimiento de Delegados Revolucionarios en 1918, y el Partido Comunista en la clandestinidad. Abandonó el PC en 1921. <<

[207] François Auguste Marie Mignet (1796-1884): historiador francés liberal de la Restauración. <<

[208] Gustav Noske (1868-1946): socialdemócrata de derecha. Como ministro de asuntos militares fue responsable de la muerte de Luxemburgo y Liebknecht. <<

[209] Wilhelm Pieck: miembro de la Liga Espartaco y dirigente del Partido Comunista Alemán desde su fundación. Pasó los años de la Segunda Guerra Mundial en Moscú. Luego volvió a Alemania Oriental y dirigió el Partido Socialista Unitario, en el gobierno. <<

[210] Citado de Carlos Marx - Federico Engels, Manifiesto Comunista, Bs. As., Pluma, 1974, pp. 26 y 89-90. <<

[211] Citado de Engels, prólogo a Las luchas…, pp. 19 y 23. <<

[212] Ibídem, p. 26. <<

[213] Hugo Haase (1863-1922): sucesor de Bebel en la conducción del PSD. Pacifista durante la guerra, pero se disciplinó al partido y votó a favor del presupuesto de guerra, renunciando a su cargo partidario en 1915. Encabezó el Partido Socialista Independiente en 1916, y fue ministro del gobierno de coalición formado después de la abdicación del kaiser Guillermo, en noviembre de 1918. Renunció a fines de diciembre en protesta por el curso contrarrevolucionario del gobierno. Fue asesinado en 1919. <<

[214] Wilhelm Dittmann (1874-1954): socialdemócrata alemán, muy ligado a Haase. En 1916 secretario de la Hermandad Obrera Socialdemócrata, luego dirigente del PSI. Apoyó el ingreso del PSI a la Comintern (ver n. 150), pero se negó a aceptar los 21 puntos estipulados por dicha organización para la afiliación. <<

[215] August Wining (1878-?): sindicalista alemán, socialdemócrata de la extrema derecha «imperialista». Creía representar los intereses de la clase obrera alemana mediante la conquista del mercado mundial por la industria alemana. Consejero del imperialismo alemán en la intervención contra los soviets. <<

[216] August Thalheimer (1884-1952): socialdemócrata alemán, colaborador de Luxemburgo en la Liga Espartaco. Dirigente del PC y editor de su órgano Die Rote Fahne (La Bandera Roja). Expulsado, formó la Oposición de Derecha. Hermann Duncker: socialdemócrata alemán, luego adhirió a la Liga Espartaco y al Partido Comunista. Heinrich Strobel: socialdemócrata alemán. Intemacionalista durante la guerra, miembro del Partido Socialista Independiente, escribía para la revista de Luxemburgo. Luego se unió a los social-chovinistas. <<

[217] Karl Legien (1861-1920): dirigente de los sindicatos socialdemócratas alemanes desde 1890, se opuso a la teoría de la huelga general. Apoyó la guerra. Después de la muerte de Bebel (1913) él y Ebert fueron los verdaderos dirigentes del PSD. <<

[218] George V. Plejanov (1856-1918): padre del marxismo ruso, editor de los periódicos de la socialdemocracia. Socialpatriota durante la guerra. Adversario de los bolcheviques. L. Martov (Yuli Ossipovich Tsederbaum) (1873-1923): uno de los fundadores de la socialdemocracia rusa. Al principio íntimo colaborador de Lenin, luego dirigente del ala izquierda menchevique. Adversario de la Revolución de Octubre, emigró a Alemania en 1920. Nicolai Semenovich Jdeize (1864-1926): diputado menchevique en la Duma. Centrista durante la guerra. Presidente del Soviet de Petrogrado en 1917. <<

[219] Jules Guesde (1845-1922): comunero, fundador del Partido Socialista Marxista en Francia y dirigente del ala marxista del Partido Social Demócrata Unificado (SFIO). Socialpatriota durante la guerra, ingresó en el gabinete de coalición. <<

[220] El mismo error aparece en los argumentos sobre qué es mejor, la victoria o la denota. La conclusión de Junius es que ambos son igualmente malos (ruina, armamentismo, etcétera). Éste no es el punto de vista del proletariado revolucionario, sino el de la pequeña burguesía pacifista. Si uno habla de la «intervención revolucionaria» del proletariado —tanto Junius como las tesis del Grupo *Internationale* hablan de ello aunque, desgraciadamente, en términos demasiado generales— *debe* plantear el problema desde *otro* punto *de vista*, *a saber*: (1) *¿es posible la «intervención revolucionaria» sin correr* el riesgo de sufrir una derrota?, (2) ¿Es posible escarnecer a la burguesía y al gobierno del *propio* país sin correr ese riesgo?, (3) ¿no hemos afirmado siempre, y no nos da la razón la experiencia histórica de las guerras reaccionarias, que las derrotas ayudan a la causa del proletariado? [V. I.L.] <<

[221] Alexander Potresov (1869-1934): perteneció, con Lenin, al consejo de redacción de Iskra hasta 1903, cuando se unió a los mencheviques. En 1930 editaba en París un periódico antisoviético. <<

[222] Emile Vandervelde (1866-1938): dirigente del Partido Socialista Belga y de la Segunda Internacional en 1929-1936. Uno de los primeros socialistas en entrar a un gabinete burgués. Firmó el Tratado de Versalles. <<

[223] Eduard Bernstein (1850-1932): socialdemócrata alemán, amigo y albacea literario de Engels. Formuló la teoría revisionista del socialismo evolutivo. Dirigente del ala más oportunista de la socialdemocracia. <<

[224] Oposición de Izquierda Rusa (n. 151), y el primero en capitular ante Stalin. Fue readmitido en el partido pero en el segundo juicio de Moscú fue sentenciado a diez años de prisión. <<

[225] León Kamenev (1883-1936): bolchevique de la Vieja Guardia (anterior a 1917) que junto con Gregori Zinoviev (1883-1936), importante figura de la Comintern en tiempos de Lenin y su primer presidente, se aliaron en un principio a Stalin contra Trotsky y luego formaron con éste la Oposición Conjunta. Capitularon en diciembre de 1927 y fueron readmitidos en el partido en 1928. Expulsados nuevamente en 1932, volvieron a capitular en 1933. Fueron ejecutados después del primer juicio de Moscú. <<

[226] Emelian Yaroslavski (1878-1943): uno de los máximos especialistas stalinistas en la extirpación del «trotskismo», lo que no lo libró de caer en desgracia en 1931-1932, cuando no logró cumplir a tiempo el encargo de Stalin de reescribir la historia soviética. <<

[227] Julián Marjlewsky (1866-1925): fundador con Rosa Luxemburgo del Partido Social Demócrata Polaco, trabajó durante años en el movimiento obrero alemán. Después de la Revolución de Octubre, dirigió la Universidad de los Pueblos de Oriente de la Comintern. Félix Dzerzinsky (1877-1926): fundador del PSDP, actuó en el movimiento revolucionario polaco y en el ruso. Después de la Revolución dirigió la Cheka, y desde 1924 también el Consejo Supremo de Economía Nacional. Apoyaba a Stalin. <<

[228] Chiang Kaishek (1887-1975): dirigente militar de derecha del partido nacionalista-burgués Kuomintang (Partido del Pueblo) de China durante la revolución de 1925-1927. Los comunistas habían entrado al partido por orden de la dirección de la Comintern en 1923, y los stalinistas lo consideraban un gran revolucionario hasta abril de 1927, en que dirigió la sangrienta masacre de comunistas y sindicalistas en Shangai. Gobernó en China hasta 1949, en que fue derrocado por los comunistas, y hasta su muerte en la llamada China Nacionalista (la isla de Formosa). Albert Purcell (1872-1935): dirigente del Consejo General del Congreso de Sindicatos Ingleses y del Comité Sindical Anglo-Ruso cuando la traición a la huelga general en Inglaterra en 1926. <<

[229] Alexandre Millerand (1859-1943): socialista francés. El primero en integrar un gabinete de un gobierno burgués, fue expulsado del partido y formó el Partido Socialista Independiente. Presidente de la República Francesa en 1920-1924. <<

[230] SAP (Socialistische Abeiter Partei - Partido Socialista Obrero): se formó en 1931 cuando la socialdemocracia expulsó a un grupo de diputados del ala izquierda. En 1932 se rompió la Oposición de Derecha Comunista, y un sector entró al SAP y pasó a dirigirlo. En 1933 acordaron trabajar con la Oposición de Izquierda en una nueva Internacional, pero luego cambiaron y se convirtieron en adversarios de la Cuarta Internacional (n. 151). <<

[231] J. Schwab (1887-0000): miembro de la Liga Espartaco y uno de los fundadores del PC alemán, del que fue expulsado en 1929 por pertenecer a la Oposición de Derecha. En 1932 se unió al SAP. Volvió al stalinismo después de la Segunda Guerra Mundial, y ejerció cargos en el gobierno de Alemania Oriental. <<

[232] Comintern (Internacional Comunista o Tercera Internacional): fue organizada por Lenin como sucesora revolucionaria de la Segunda Internacional. En tiempos de Lenin se hacían congresos una vez al año (desde 1919 a 1922). Luego que Stalin asumió el control del Estado, el siguiente congreso fue en 1924, el sexto en 1928 y el séptimo recién en 1935. Trotsky lo llamó el «congreso de liquidación», y de hecho fue el último hasta que Stalin anunció su disolución en 1943, en señal de amistad con sus aliados imperialistas. <<

[233] En 1923 se formó la Oposición de Izquierda en el Partido Comunista Ruso (bolcheviques-leninistas o «trotskistas»), y en 1930 la Oposición de Izquierda Internacional en la Comintern. Cuando el Partido Comunista Alemán dejó que Hitler tomara el poder sin mover un dedo y la Comintern no fue capaz de hacer una crítica de esta política, Trotsky decidió que la Tercera Internacional había muerto como movimiento revolucionario y que había que formar una nueva internacional. La conferencia de fundación de la Cuarta Internacional se llevó a cabo en París el 3 de setiembre de 1938. <<